

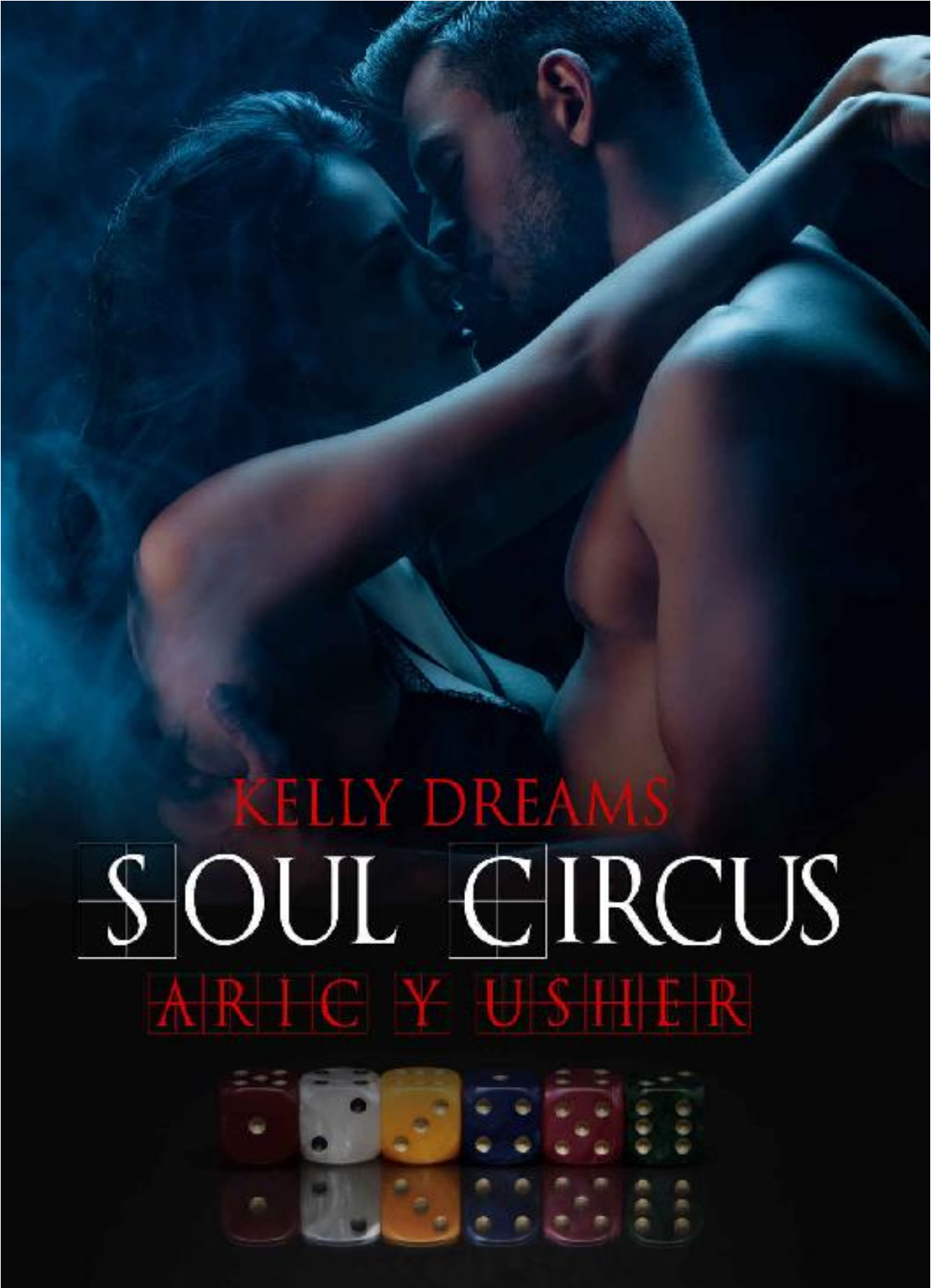


KELLY DREAMS

S O U L C I R C U S

A R I C Y U S H I E R





KELLY DREAMS

SOUL CIRCUS

ARIC Y USHER



SOUL CIRCUS

Aric y Usher

KELLY DREAMS

COPYRIGHT

SOUL CIRCUS

Aric y Usher

©Edición 2021

© Kelly Dreams

Portada: <https://stock.adobe.com/es/>

Diseño y Maquetación: Kelly Dreams

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler u otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del copyright.

A ***Carmen Diaz Añel***, mi *sister* asturiana.

Aquí tienes a tus demonios favoritos.

Gracias por ser como eres.

Te quiero, sis.

Kelly.

SINOPSIS

ARIC

Sacada a la fuerza de su casa y depositada sobre la acera de su edificio con nada más que lo puesto, **Helena** supo lo que era vivir una pesadilla. El hombre con el que llevaba viviendo desde hacía más de un año, se había esfumado llevándose todo lo que tenía y la había dejado en la calle con una desorbitada cantidad de deudas.

Ahora, una inesperada invitación le da la oportunidad de saldar la mayor de ellas y recuperar su hogar, pero para ello deberá arriesgarse en las mesas de juego del *Soul Circus Casino* y enfrentarse a un hombre que es mucho más de lo que se ve a simple vista.

Cuando la última deudora del *Soul Circus* se sienta a su mesa, **Aric** no puede evitar sentir que el pasado ha vuelto para recordarle que no puede vivir solo toda la eternidad. Ingenua, confiada, cabezota y con una infinitesimal tolerancia al alcohol, Helena convertirá su servicio en un verdadero infierno, uno en el que no puede evitar querer quemarse a pesar de todo.

USHER

Si le dijese que iba a caerle un meteorito encima, *Gwenevera Loft* habría preguntado el día y la hora exacta para apuntarlo en su agenda. Tras lo ocurrido esos últimos tres meses, creía posible cualquier cosa, pero encontrarse jugando a las cartas para saldar una deuda que ni siquiera era suya, era más de lo que podía soportar. Sobre todo porque el croupier resultó ser alguien salido del mismísimo infierno, empeñado en demostrarle que el cielo también podía existir en la tierra.

Usher supo que su nueva deudora sería un problema en cuanto la vio llevando zapatillas deportivas en el *Soul Circus Casino*. De espaldas a él, con la larga melena cayéndole por la espalda y vestida de blanco, tal y cómo la había visto en su visión, Gwen prometía ser un bonito y divertido desafío. El problema era que jugar con ella lo llevaría a tentar al destino, pues esa dulce y tierna mujer estaba destinada a compartir algo más que un juego de cartas con él, estaba destinada a compartir su futuro.

ÍNDICE

[COPYRIGHT](#)
[SINOPSIS](#)
[ÍNDICE](#)
[**SOUL CIRCUS**](#)

[**ARIC**](#)
[CAPÍTULO 1](#)
[CAPÍTULO 2](#)
[CAPÍTULO 3](#)
[CAPÍTULO 4](#)
[CAPÍTULO 5](#)
[CAPÍTULO 6](#)
[CAPÍTULO 7](#)
[CAPÍTULO 8](#)
[CAPÍTULO 9](#)
[CAPÍTULO 10](#)
[CAPÍTULO 11](#)
[CAPÍTULO 12](#)
[CAPÍTULO 13](#)
[CAPÍTULO 14](#)
[CAPÍTULO 15](#)
[CAPÍTULO 16](#)
[CAPÍTULO 17](#)
[CAPÍTULO 18](#)
[CAPÍTULO 19](#)
[CAPÍTULO 20](#)
[CAPÍTULO 21](#)
[CAPÍTULO 22](#)
[CAPÍTULO 23](#)
[CAPÍTULO 24](#)
[CAPÍTULO 25](#)

[EPÍLOGO](#)
[**SOUL CIRCUS**](#)

[**USHER**](#)
[CAPÍTULO 1](#)
[CAPÍTULO 2](#)
[CAPÍTULO 3](#)
[CAPÍTULO 4](#)
[CAPÍTULO 5](#)
[CAPÍTULO 6](#)
[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)
[CAPÍTULO 9](#)
[CAPÍTULO 10](#)
[CAPÍTULO 11](#)
[CAPÍTULO 12](#)
[CAPÍTULO 13](#)
[CAPÍTULO 14](#)
[CAPÍTULO 15](#)
[CAPÍTULO 16](#)
[CAPÍTULO 17](#)
[CAPÍTULO 18](#)
[CAPÍTULO 19](#)
[CAPÍTULO 20](#)
[CAPÍTULO 21](#)
[CAPÍTULO 22](#)
[CAPÍTULO 23](#)
[CAPÍTULO 24](#)
[CAPÍTULO 25](#)
[CAPÍTULO 26](#)
[CAPÍTULO 27](#)
[CAPÍTULO 28](#)
[CAPÍTULO 29](#)
[CAPÍTULO 30](#)
[CAPÍTULO 31](#)
[CAPÍTULO 32](#)
[CAPÍTULO 33](#)
[CAPÍTULO 34](#)
[CAPÍTULO 35](#)
[CAPÍTULO 36](#)
[CAPÍTULO 37](#)
[CAPÍTULO 38](#)
[CAPÍTULO 39](#)
[CAPÍTULO 40](#)
[CAPÍTULO 41](#)
[CAPÍTULO 42](#)
[CAPÍTULO 43](#)
[CAPÍTULO 44](#)
[CAPÍTULO 45](#)
[CAPÍTULO 46](#)
[CAPÍTULO 47](#)
[CAPÍTULO 48](#)
[CAPÍTULO 49](#)
[CAPÍTULO 50](#)
[EPÍLOGO](#)

SOUL CIRCUS

ARIC

CAPÍTULO 1

Helena podría haber enloquecido ante aquella situación de no ser porque su cerebro era bastante analítico y se había convencido de que antes de entrar en una institución psiquiátrica, tendría que matar a ese hijo de puta.

Si le quedaban dudas sobre su horrible suerte en las relaciones personales, con aquello se le habían despejado. Sus elecciones en materia de hombres eran un fiasco, igual de devastadoras que un tsunami, tenía un imán infalible para involucrarse con tipos extraños y problemáticos, pero cuando lo conoció, pensó que las cosas habían cambiado, porque él era muy distinto a los hombres con los que solía salir.

Mich Carmody era todo lo contrario a sus anteriores parejas, un hombre de negocios, un empresario carismático, educado y con ese aire sensual que lo hacía irresistible. Era alguien trabajador, responsable, no un vagabundo cualquiera sin oficio ni beneficio... o esa había sido la mentira que había sostenido delante de ella durante el último año.

Se habían conocido en la biblioteca en la que ella trabajaba, había sido galante y ocurrente, invitándola a tomar un café para seguir viéndose a lo largo de los meses siguientes hasta que él se declaró profundamente enamorado de ella.

Sí, el caballero de brillante armadura que había esperado la arrancase de las garras del enigmático amante que la había seducido y abandonado cinco años atrás, había resultado no ser tan brillante, en realidad era un chupóptero carroñero que la había desangrado sin que se diese cuenta para finalmente desaparecer de la faz de la tierra.

No había sospechado nada cuando la avisó apenas dos días atrás que iba a salir de viaje, era algo que hacía a menudo a causa de su trabajo. Le había

dicho que la adoraba, que la echaría de menos y la llamaría tan pronto se lo permitiesen las incontables reuniones que tenía programadas.

Bien, no solo no la había llamado, sino que era perfectamente consciente de que no lo haría jamás, le había tomado el pelo, se había reído de ella, se había aprovechado de su buen corazón, de su confianza e ingenuidad y la dejó con tan solo lo puesto.

¿Y cómo había llegado a tan sorprendente revelación? Pues por la pareja de policías que se presentó a la primera hora de la mañana en su casa acompañados de un tipo trajeado que representaba a no sé qué empresa y que le comunicaron que iba a ser desahuciada en ese preciso instante.

En un abrir y cerrar de ojos se había visto obligada a abandonar su hogar con lo puesto y una mochila en la que había conseguido meter algunas de sus pertenencias personales así como su documentación. El motivo de tal ejecución era el impago de las cuotas de la hipoteca de los últimos seis meses, así como varias deudas por facturas de elevado importe en tiendas y boutiques exclusivas en las que no había comprado en su jodida vida.

La habían arrastrado de su hogar entre gritos y pataleos para dejarla allí, sentada en la acera, con su pijama de unicornios, las zapatillas deportivas que había conseguido calzarse y la mochila que le habían permitido quedarse. Ese estirado abogado, notario o lo que quiera que fuese y que acompañaba a la policía, daba órdenes como un sargento y le había prohibido llevar nada más aludiendo a que todo lo demás sería tasado para pagar sus deudas. ¡Sus deudas!

Bajó la mirada a la carpeta que mantenía sobre las rodillas, una que había visto mejores días y que contenía lo absurdo de lo absurdo; un montón de facturas a su nombre y la firma de Mich Carmody.

Esa sabandija también le había vaciado las cuentas, llevándose incluso su fondo para emergencias y dejándola en la total ruina. Ella, que no era otra cosa que una bibliógrafa encargada del fondo antiguo de la biblioteca, ella, que había ahorrado como una hormiguita todos esos años, se encontraba ahora mismo sin un centavo y con un montón de deudas a la espalda.

Uno de los policías que habían acompañado a ese aspirador legal fue lo bastante amable para decirle que se pasase por la comisaría e interpusiese una denuncia contra el hijo de puta de su expareja, pero todavía no había encontrado las fuerzas para despegar su helado culo de la acera y arrastrarse

hasta allí para pedir que buscasen al hijo de puta de modo que pudiese pegarle un tiro.

—¿Cómo demonios he terminado en esta situación? —gimió y se pasó las manos por el pelo, revolviéndolo y haciendo que su ya de por sí salvaje melena, pareciese un nido de pájaros.

¿Por qué nunca había recibido una notificación o una llamada alertándola de su situación financiera? ¿Por qué nunca tuvo una carta de impago de esas supuestas boutiques? Más aún, ¿cómo podía haber sido tan estúpida de confiar ciegamente en un hombre hasta el punto de pensar que podían tener una vida en común, de permitirle tener acceso a sus pocas pertenencias? ¿En qué maldito punto de su relación él se había hecho con el control de todo?

Oh, Mich sabía cómo salirse con la suya sin mucho esfuerzo, su carisma era arrollador y tenía una habilidad especial para darle la vuelta a las cosas sin que te dieras cuenta de ello hasta que ya habías hecho lo que él quería. La había envuelto en mimos, en regalos, en pocas palabras, le había sorbido el seso con tanta efectividad que no había visto la maldad que se escondía tras cada una de sus acciones.

Tenía que haber sabido que aquello era demasiado bonito para ser real, que un hombre como él no se habría fijado en alguien como ella, que lo suyo siempre sería atraer a todo tipo de cabrones sin escrúpulos que estarían más que dispuestos a desangrarla.

—Esto es de locos, de locos, de locos, de locos —pataleó llena de rabia y desesperación—. ¿Qué coño voy a hacer ahora?

No podía afrontar ninguna de las deudas que le reclamaban, ni siquiera eran suyas, pero, ¿cómo explicarle eso a la gente que exigía su dinero? Tenía que poner todo aquello en conocimiento de la policía y buscarse un abogado de oficio, pues ni siquiera podía costearse uno.

Volvió a mesarse el pelo y gimió cuando sus dedos se encontraron con un nudo, tirándole del cuero cabelludo.

—Joder, joder, joder... ¡Ni un puto cepillo me ha dejado coger!

Quería llorar, tirarse en el suelo y berrear como un bebé, pero ya era suficiente espectáculo ver a una mujer de treinta y tantos sentada en la acera en pijama y pelos de loca.

—¿Helena Albus?

Unos lustrados zapatos aparecieron ante ella, levantó la mirada y comprobó que pertenecían a un hombre enorme, vestido de traje y con un maletín marrón oscuro en una mano enguantada; un atuendo un tanto extraño dado que estaban en plena primavera.

—Depende de quién lo pregunte —musitó mirándole con curiosidad y recelo. Lo último que necesitaba era recibir más malas noticias—. Si me trae facturas pendientes de pago, no, no lo soy. Ahora, si viene con una herencia bajo el brazo, entonces soy su chica.

El recién llegado ignoró su perorata, abrió el maletín y extrajo un sobre de color negro que le tendió sin más ceremonias.

—Esto es para usted.

Se lo quedó mirando sin atreverse a poner un solo dedo sobre ello.

—¿Qué es?

El extraño individuo dejó caer el objeto en su regazo.

—Es la deuda que ha contraído en el *Soul Circus Casino* —le informó —, le agradeceríamos que abone el importe antes de siete días.

—¿Una deuda en un casino? ¡Si yo no juego! —Abrió la carpeta y jadeó al ver el importe que estaba escrito en negrita, se levantó como un resorte dejando que todas sus cosas cayesen al suelo—. ¡Doscientos mil dólares! Esto tiene que ser una broma, es imposible, esto no es...

Levantó la cabeza para decirle que estaba zumbado, pero allí ya no había nadie. Miró de un lado a otro de la calle, incluso se adentró en la calzada, pero el tipo se había esfumado por completo.

—Esto no está pasando —jadeó dando media vuelta.

Hizo una mueca al ver todos los papeles de la carpeta esparcidos por el suelo, se agachó para recogerlos y, entre ellos encontró un sobre que no había visto antes. Con un tacto sedoso, el intenso color negro del sobre resaltaba el anagrama de la efigie de un anfiteatro romano en dorado y las palabras *SOUL CIRCUS CASINO* impresas justo en su base; el mismo diseño grabado en el lacre que cerraba lo que a todas luces parecía una especie de invitación.

Resopló, miró de nuevo a su alrededor sin ver a nadie que no fuese algún madrugador transeúnte que dejaba ya su hogar para dirigirse al trabajo y rompió el lacre. Efectivamente, en su interior encontró una invitación.

—Queda cordialmente invitada a participar de la noche de juego del viernes en el *Soul Circus Casino*, allí tendrá la opción de abonar el importe

de la deuda contraída o probar suerte y recuperar lo apostado —leyó en voz baja—. La esperamos.

Deslizó los ojos sobre la cartulina, la firma era de «La Banca» y había un pequeño epígrafe que hablaba sobre el código de etiqueta a utilizar en una de las esquinas inferiores.

—Blanco y de gala —leyó e hizo un mohín—. Tiene que ser una broma.

La dirección del casino aparecía en la parte de atrás de la tarjeta. Sacudió la cabeza, volvió a introducir la cartulina en el sobre y miró los papeles esparcidos por el suelo.

—¿Qué más me puede pasar hoy?

Quizá hubiese sido mejor que no hubiese hecho esa pregunta, pensó al escuchar el arrullo de una paloma que acababa de dejarle un regalito de lleno sobre los documentos.

Sí, era un hecho, las palomas podían entrar ya en su lista de «*los más odiados*».

CAPÍTULO 2

Cinco días después...

Aric atravesó la estúpida ilusión de Gawrin sin parpadear, agitó la mano apartando las volutas de humo en lo que se disolvió esa cosa y entró directamente en la zona VIP del casino.

—¿Tenías que hacer eso? —chasqueó el ilusionista—. ¿Tienes idea de la cantidad de energía que requiere crear esas cosas?

—Deberíamos recurrir al servicio de correos humano —comentó Usher, sentado en uno de los sitios de la mesa circular que presidía la adornada sala.

—Entonces sí que no se entregaría ni una sola de las invitaciones a tiempo, eso si llegasen a entregar y no terminan perdidas en algún lugar de esas inútiles oficinas y almacenes —bufó Brishen echando su largo pelo negro hacia atrás—. Que se lo digan a mi secretario.

—Me alegra que hayas decidido unirme a nosotros en esta reunión, Aricles.

Miró al hombre que tenía en frente, el único que, a diferencia de todos ellos, ocultaba su rostro tras una máscara de bronce inexpresiva. Era «*La Banca*», el demonio que movía los hilos del *Soul Circus Casino*, un ser del que nadie sabía gran cosa y, las que se sabían, ni siquiera podían asegurarse de que fuesen reales. Rubio, con un tono tan claro que se confundía en ocasiones con el blanco y con un atuendo que le recordaba a un novio humano durante la ceremonia de boda, era la antítesis física de los hombres presentes en la habitación. Pero esa luminosidad era engañosa, casi tanto como las ilusiones de Gawrin; si había alguien con un poder temible, era ese hombre.

—Bien, ya que estamos todos, procedamos con el informe trimestral —anunció recostándose contra el respaldo de su silla, cruzó las piernas y

esperó. Nunca sabías a quién miraba realmente, pero lo sentías—. ¿Cuáles han sido nuestros resultados?

Gawrin agitó una mano delante de él y una serie de documentos aparecieron frente a cada uno de ellos sobre la mesa.

—Veamos... —empezó a explicar las estadísticas—. Hubo tres bajas por suicidio, no hemos podido llegar a tiempo.

—Odio cuando pasa eso —gruñó Usher, sacudiendo la cabeza—. Si tan solo pudiésemos hacer algo antes...

Aquella era una emoción compartida por todos.

—De las deudas contraídas, cien en total, se presentaron noventa y siete deudores, de estos solo dos hicieron el pago directo —continuó Gawrin tras unos segundos de silencio—. De los noventa y cinco restantes, el setenta y cinco por ciento jugaron contra la banca, hubo un dos por ciento de ganadores y el resto, perdieron. De los perdedores, solo un cinco por ciento aceptaron iniciar el servicio y el resto, están en manos de la justicia y nuestros abogados. Lo más probable es que no salgan de la cárcel.

—¿Algún inocente en esa tesitura? —preguntó la Banca.

El maestro de las ilusiones asintió y miró a Fey, que se sentaba contiguo a él.

—Nuestros abogados ya están trabajando para sacarlos y que no queden antecedentes —explicó el aludido.

—Bien, asegúrate de que no quede ni una brizna de residuo mental de su paso por nuestras instalaciones.

—Dalo por hecho.

Asintió complacido, aunque solo era una suposición basada en su tono de voz, pues era imposible discernir una sola emoción tras esa máscara.

—¿Quiénes han superado el servicio?

—Karen Manzano, la rubia voluptuosa con boquita de corazón —ronroneó Gawrin—. Ha vuelto a su granja de Maine y ahora tiene el suficiente dinero como para llevar a cabo ese programa de cría para el que estaba ahorrando. Su extorsionador ha terminado entre rejas en una cárcel mexicana, eso le enseñará a no golpear a mujeres y robarles hasta el alimento.

—¿Alguna secuela? —preguntó él mirando al guerrero. Aric conocía a Gawrin desde hacía siglos, habían compartido buena parte de su pasado.

—Puede que no sea capaz de caminar bien en varios días —ronroneó el hombre, pasándose la punta de la lengua sobre los colmillos—. Todo lo que recuerda es haber ido a hablar con los del banco, hacer algunos trámites a lo largo de la semana y al volver a casa encontrarse con que tenía todo lo que necesitaba para sacar adelante su negocio.

Sí, aquel era un requisito indispensable, no debía quedar rastro en la mente de los deudores de su paso por el casino, a menos que estos decidiesen formar parte del operativo del casino al final del periodo de servidumbre.

—¿Alguna incorporación fija en este último trimestre? —preguntó de nuevo la Banca.

—Fey ha añadido una bonita y voluptuosa irlandesa a su harem —apuntó Brishen—. Para mí sigue siendo todo un misterio que no te arrancase los huevos de cuajo a la primera oportunidad.

No era un misterio que si bien Rhiannon había aceptado el servicio, no se había tomado demasiado bien el comprender que este incluía a Fey durante siete días. El tiempo que ambos habían pasado juntos había sido como una tormenta para el casino, pero era ese explosivo carácter de la mujer lo que había atraído también la atención del incubo. Ambos parecían haber llegado a alguna especie de entendimiento, pues la irlandesa había decidido quedarse al lado de su compañero después del servicio.

Su compañero era un demonio sexual, así que el cosechar a la humana había sido un inesperado regalo para él.

Más que *croupier* o agente de cobro, Aric se veía en ocasiones como un psicólogo y analista del género humano, en su caso solo se relacionaba con mujeres, pero había aprendido con el paso de los siglos lo que estas podían llegar a sufrir bajo el yugo de la violencia y la falta de empatía. Otra cosa ya era que fueran tontas de remate y no tuviesen dos dedos de frente, a esas sencillamente se limitaba a mostrarles lo que podía hacer un poco de trabajo duro.

—¿Qué hay de las últimas invitaciones enviadas? —La Banca parecía estar de humor charlatán a juzgar por todas las preguntas que no dejaba de soltar por esa boquita—. ¿Cuántos deudores se espera que se unan al casino esta noche?

—Se entregaron cinco invitaciones, estaremos al completo si se presentan en su totalidad.

—¿Son todas mujeres? —preguntó Gawrin con curiosidad. El demonio ilusionista era bisexual y disfrutaba tanto de hombres como de mujeres.

—Todos son deudores —replicó él encogiéndose de hombros—. ¿Qué más dará?

—Detecto cierto hastío en tu voz, Aricles.

Volvió la cabeza para mirar a la Banca, fijó sus ojos en los de la máscara y se encogió de hombros.

—Todavía piensas en ella.

La mención a ese episodio pasado le provocó una punzada, era algo que se había esforzado por olvidar, una equivocación que no podía volver a pasar.

—Tengo demasiadas cosas en la cabeza como para dedicarle un segundo extra a aquello que ya no importa.

No replicó, no dijo nada y él ser incapaz de ver su expresión a veces lo enervaba.

—Bien, en ese caso hoy te harás cargo de la mesa de *Craps*^[1] —declaró entonces con un tono de voz que no logró descifrar—. Se te da bien tentar a la suerte con los dados.

Se obligó a no poner los ojos en blanco. Aquella y la mesa del póker solían ser las áreas de las que se encargaba en el casino, así que no era una gran sorpresa. De hecho, prefería esa primera toma de contacto con las deudoras a tener que hacerse cargo de ellas durante el ritual de la «Arena» o el posterior servicio.

Su labor principal era la de conquistar el alma humana de la deudora a su cargo, para ello esta debía pasar la prueba en la mesa de juego: abonar su deuda en el acto o aceptar el servicio tras el cual le sería condonada.

Aric no se buscaba complicaciones y tampoco necesitaba la fuente de energía que alimentaba a los incubos, sus necesidades eran otras y tenía las armas necesarias para saciarlas. Solo necesitaba bucear en el alma de sus víctimas y extraer de ellas sus secretos, anhelos sexuales y hacerlos realidad. La satisfacción de su pareja era la propia y, bueno, si además obtenía un chupito de sangre, mejor que mejor, después de todo era un demonio *sanguinar* y el líquido rojo era la base de su existencia.

—Se me da bien hacer que pierdan, querrás decir.

—Siempre tan arrogante —chasqueó Gawrin—. Ardo en deseos de que llegue el día en que una de las deudoras te dé una paliza en tu propio terreno.

—¿Quieres que te dé yo una en el tuyo?

—Solo si lo haces desnudo y con la polla cubierta de chocolate, Aric —se relamió su amigo, deslizando una sensual mirada sobre él. Tenía que admitir que, si bien no estaba en el terreno homosexual, con Gaw podría hacer una excepción. Por suerte para ambos, antes le pegaría una zurra que dejar que le comiese la polla.

—Uy, esto se pone interesante —canturreó Fey.

—Cállate, Fey, o Gaw pasará sobre ti como una apisonadora y no sabrás que te ha follado.

—¿Dónde tengo que firmar? —Se emocionó el íncubo, guiñándole un ojo a su compañero.

—Niños, niños, si queréis jugar, tenéis la Arena para ello —les advirtió la Banca en tono divertido—. Pero no desperdiciéis las energías follando ahora sobre la mesa, dejadlas para los deudores.

Fey le guiñó un ojo solo para fastidiarle, entonces se volvió hacia el propietario del casino.

—Me quedaré en la mesa de *Baccarat*^[2] —anunció con un sexual ronroneo—, tengo ganas de jugar con la paleta.

—Yo me haré cargo de la ruleta —anunció Brishen.

—En ese caso yo me quedo con el *Blackjack*^[3] —se adjudicó Gawrin—, el nuevo *croupier* de apoyo está para que lo admire toda la noche.

—Usher, esta noche ocúpate tú de la sala —pidió la Banca al tiempo que se levantaba dejando la mesa—, y nada de juergas hasta después de las doce, ¿entendido, niños?

El aviso iba para todos, el casino cambiaba de aires después de medianoche, volviéndose un lugar recomendado para el erotismo y el juego sin normas.

Habiendo participado alguna que otra vez, Aric prefería encerrarse en sus dependencias con alguna fémica o buscar fuera del casino alguna donante dispuesta, que follar en el frenesí de una orgía. Al final no sabías ni dónde metías la polla.

—Alto y claro, jefe.

—Entendido.

—Sí, mantendré la polla dentro de los pantalones hasta que suene la doceava campanada.

Uno por uno fue dando su conformidad.

—Estupendo —asintió satisfecho y salió por la puerta—. Buena noche en la Arena, niños.

Una vez que la banca abandonó la sala, el aire pareció hacerse más liviano y cada uno de los presentes se relajó.

—Bueno, hermano, ¿tu nuevo pastelito todavía no le ha prendido fuego al harem? —preguntó Gawrin.

Fey se encogió de hombros.

—Lo ha intentado —asintió divertido—. Esa humana es un poquito temperamental y ha sido monógama hasta ahora, pero las chicas saben cómo hacer que se sienta en casa.

—Me parece un milagro que no te hubiese sacado los ojos después de descubrirlo.

El incubo sonrió dejando los colmillos al descubierto.

—No estaba en condiciones para hacer otra cosa que no fuese suspirar y acurrucarse en mis brazos.

El grupo se rio ante sus palabras.

—Es una polvorilla, me alegra que decidiese quedarse —continuó con gesto reflexivo—. No cualquier humana estaría dispuesta a renunciar a su libertad para quedarse con un demonio y menos para compartir a dicho demonio con otras hembras. Ella es... especial de una manera extraña, supongo que se debe a que es humana...

—Haznos un favor y no te enamores, no quiero ver corazoncitos flotando por la mansión —gruñó Brishen señalándolo con un dedo—. Es el único lugar dónde puedo escapar de la Corte y no quiero escuchar suspiros.

—¿Vas a presentársela a la Mansión?

La Mansión era lo más cercano que existía al término hogar para ellos, un lugar en el que estar a sus anchas, dónde no tenían que vestirse con su traje humano y podían ser ellos mismos con sus colmillos, garras, alas y lo que fuese que tuviesen. Al mismo tiempo, también era un ente en sí mismo y se mostraba bastante puntillosa con ciertas visitas.

—Deja que primero se acostumbre a estar entre demonios y luego, si ves que tal, la traes de visita —rumió Brishen y se pasó una mano por el largo

pelo negro—. Gracias a los cielos por ese elixir que has creado para el *Circus*, Usher, mis tímpanos te lo agradecerán hasta el fin de los tiempos.

Para un deudor el entrar en la arena del *Circus* era cómo enfrentarse a un mundo sobrenatural del que no tenían conciencia, sus mentes eran demasiado frágiles, demasiado quebradizas y se habían dado cuenta de que no siempre podían lidiar con lo desconocido de la manera correcta. Usher había recurrido a sus artes mágicas para crear un brebaje que minimizaba el impacto de ese nuevo mundo, permitiendo que aquellos que lo ingerían no terminasen rodando por el suelo abrazándose las rodillas o corriendo en círculos para luego chocar con una pared. No hacía desaparecer el miedo, la sorpresa u el horror que a veces causaba lo desconocido, pero los mantenía lo suficiente estables como para permitirles una paulatina inserción en su terreno. Al mismo tiempo, también hacía que se encontrasen más predispuestos a iniciar un servicio, con todo lo que ello conllevaba, sin llegar a anular en ningún momento sus propios deseos o voluntad.

—Y los míos.

—Y los míos también.

—Eso es unánime, chicos.

Sacudió la cabeza y estiró las piernas debajo de la mesa, estaba cansado, había tenido una noche movidita y no se había alimentado como debería, lo que hacía que estuviese un poco irascible.

—Aric, ¿alguna vez has pensado en que harás cuando alguna pobre deudora incauta decida elegirte?

Ladeó la cabeza para mirar a Fey, quién había hecho dicha pregunta.

—Sí, le mostraré dónde está la puerta y me encargaré personalmente de que la atraviese lo más rápido posible y sin billete de vuelta.

Sus compañeros se echaron a reír, sabían que lo haría y sin pestañear.

—Algún día te comerás esas palabras.

—Es probable, pero hoy no sucederá.

Lo último que necesitaba era volver a sentir algo por una mujer humana, despertar unas emociones que no hacían otra cosa que recordarle quién y qué era él.

Se levantó y abandonó su lugar al tiempo que se desperezaba.

—Necesito subir mis niveles de tolerancia antes de ir al casino. —Una sutil manera de decir que necesitaba alimentarse—. Os veré después.

—Si quieres puedo ofrecerte voluntario —ronroneó Gawrin.

Miró por encima del hombro y le guiñó el ojo.

—Gaw, la última vez que bebí de ti, terminé con una resaca sexual bestial.

—Debería haberme aprovechado entonces de ti —replicó su amigo pasándole el brazo sobre el hombro—. Ven, sé a quién puedes darle un mordisquito sin que te levante un dolor de cabeza tremendo... o la polla.

Sacudió la cabeza, pero no se soltó de su brazo. A pesar de sus chascarrillos sexuales, Gawrin era uno de los pocos por los que derramaría su propia sangre.

—De acuerdo, polla caliente, preséntame ese tentempié.

CAPÍTULO 3

—No puede pasar.

—¿Por qué no?

—No va vestida conforme la etiqueta.

—Sí, bueno, es un poquito difícil rescatar el *Vogue* del armario cuando no tienes acceso al armario.

El gorila de la puerta no se inmutó. Si fuese un luchador de sumo no impondría tanto como lo hacía esa montaña vestida con traje y corte de pelo al cero, pensó Helena, que llevaba unos buenos diez minutos lidiando con él.

—Mire, en circunstancias normales ni siquiera sabría que aquí hay una casa de apuestas —aseguró con un resoplido—. Bueno, en circunstancias normales hoy no estaría aquí, sino en mi sofá, con un cubo de helado de chocolate viendo la peli del viernes por la noche. Porque estoy segura de que ya me habría dado cuenta de que el hijo de puta de mi exnovio, porque ya no sería novio, habría estado viviendo la vida loca a mi costa y no me habría desplumado como a una gallina. Pero como no ha resultado así. He tenido que pasarme la última semana corriendo de un lado para otro, pidiendo asilo en albergues, cuando no me ha tocado dormir en un banco en el parque y, créame, no es buena idea hacerlo a pesar de estar en primavera. Mal comiendo, eso también, aunque no hay mal que por bien no venga, seguro que después de esto me quito esos kilitos que me sobran, por no mencionar que los malditos hijos de puta del banco se han lavado las manos porque esa puñetera comadreja tenía mis claves de acceso y estaba autorizado a sacar mi dinero. —Hizo una pausa para recuperar el aliento—. Los del banco han ejecutado mi hipoteca y la única opción que tengo para

recuperar mi casa es abonar un dineral que no tengo, porque, como ya dije me lo han robado. ¡Y si he venido aquí esta noche es para aclarar otro de esos puñeteros puntos!

A estas alturas todo su zen se había evaporado, sus buenas ideas se habían ido por la alcantarilla y todo lo que quería hacer era arrancarle la cabeza a alguien.

—¡Ese cabrón hijo de puta ha estado jugando, apostando o vete tú a saber, ahí dentro y me ha endosado a mí su deuda! —pateó el suelo con el pie—. Así que, o me deja pasar o hago una sentada y me tendrá aquí todo el puto mes. Después de todo, no tengo otro lugar a dónde ir y ese portal parece realmente cómodo...

—No va vestida conforme a la etiqueta.

Apretó los puños, siseó como una gata y le habría saltado encima como un ninja si no fuese porque: (a), no era un ninja y (b), la puerta se abrió en esos momentos dejando salir a un tipo vestido de negro de pies a cabeza, con unos increíbles ojos de algún extraño tono entre marrón y ámbar que dejó caer sobre ella.

—¿Qué es todo este escándalo?

Lo señaló por inercia.

—No quiere dejarme entrar.

El portero no tardó en replicar en el mismo tono aburrido que había utilizado hasta el momento.

—No va vestida de acuerdo con la etiqueta.

—Es un poco difícil hacerlo cuando no tengo otra cosa que lo puesto —resopló irritada—. Además, ni siquiera quiero entrar aquí, solo necesito hablar con quién esté a cargo. Se ha producido un malentendido y he venido para solucionarlo.

El recién llegado se cruzó de brazos y la recorrió con la mirada.

—¿Cómo has dado con este lugar?

—¿Con esto? —Sacó la tarjeta que ya le había enseñado al otro individuo—. Me la entregaron hace unos días, no me dieron tiempo a decirles que se había cometido un error.

Él cogió la cartulina, le echó un vistazo y la miró con gesto interrogante.

—¿No eres Helena Albus?

—Sí, lo soy.

Asintió y le devolvió la tarjeta.

—Entonces no hay ningún malentendido.

—Sí, lo hay —insistió—. Yo no tengo ninguna deuda de juego.

—Esto dice lo contrario.

—No. Lo que quiero decir es que la deuda no es mía, es del cabrón hijo de la gran puta de mi exnovio —rezongó y agitó la cartulina—. Eso tendría que habérselo enviado a él.

—Ese fue el nombre al que se inscribió la deuda, por ello está a su nombre —respondió el hombre con total tranquilidad—. Solo tiene que abonar el importe en la caja de cambio del casino, firmar y su deuda será condonada.

Se llevó las manos a las caderas.

—¿Te parece que soy capaz de llevar doscientos mil en los bolsillos?

La recorrió con la mirada.

—Aceptamos cheques.

Resopló.

—No tengo un cheque, ni un maletín y no voy a pagar una deuda que no es mía.

—En ese caso, señora Albus, deberá solucionar este asunto con la policía —le dijo y dio un paso hacia ella—. O puede aceptar la invitación del casino y entrar, estoy seguro de que podemos buscar una forma de solucionar este inconveniente sin tener que recurrir a las autoridades. ¿Y quién sabe? Puede incluso que gane lo suficiente para recuperar todo lo que ha perdido.

—¿Cómo sabe que he perdido algo?

La miró de nuevo de manera insultante.

—Bueno, no se ha molestado en vestir de etiqueta por lo que supongo que u odia el blanco o no tiene nada más que ponerse —aseguró tranquilo—. Por ello mismo estoy dispuesto a hacerme cargo de la responsabilidad y dejarla pasar, la acompañaré hasta el salón principal.

—No estoy interesada en los juegos de azar, a lo máximo que se me da bien jugar es al *Parchís*.

—Entonces se le darán bien los dados —comentó con un divertido gesto—. Hagamos una cosa, acompáñeme a la mesa, haga una única apuesta y, si gana esa única mano, daremos su deuda por saldada.

—¿Es usted el dueño del casino?

—Soy uno de sus socios.

Ella entrecerró los ojos, todo parecía demasiado bonito para ser real.

—¿Y si pierdo?

—Si pierde todavía tendrá una salida más para hacer frente a la deuda.

Negó con la cabeza.

—¿Y por qué no se la han ofrecido a ese orangután? —resopló—. Ya les he dicho que la deuda no es mía, yo jamás he pisado este lugar, si tienen cámaras de vigilancia, podrán constatar que lo que digo es así.

—Nuestros clientes tienen un mes para hacer frente a sus deudas de juego, pasado ese tiempo, solicitamos el pago inmediato y lo hacemos al nombre que nos han dado como pagador. —Se encogió de hombros—. Esas son las normas del casino. Si prefiere solucionar el tema de su deuda en una comisaría de policía sería lamentable para usted, ¿no cree?

Parpadeó ante el tono de voz empleado y la manera en que la miró.

—¿Me está amenazando?

Alzó las manos.

—Me limito a explicarle las normas, señora Albus...

—Es señorita —rechinó los dientes—, olvide esa cosa de señora.

—Señorita Albus —se corrigió—. Como le decía, me limito a explicarle las normas del casino, de usted depende si desea arriesgarse o dar media vuelta y afrontar este percance en dependencias policiales. Le he ofrecido una posibilidad de arreglar las cosas de una forma rápida y sin influencias externas...

—¿Jugando en sus mesas de juego? Sí, claro.

—Solo una tirada, si gana, toda la deuda quedará saldada y su suerte volverá a ser la que era.

—Ha dicho que había una segunda opción en caso de perder, ¿cuál es?

—Si pierde contra la banca tendrá la opción de abonar el importe en el momento o cambiarlo por siete días de servicio para el casino, tras el cual su deuda quedaría finalmente condonada.

Parpadeó.

—¿Siete días de servicio? ¿Se refiere a trabajar en el casino? —Arrugó la nariz—. ¿Una semana de trabajo por doscientos mil dólares? ¿Qué clase de trato es ese?

—Uno que la beneficiaría, sin duda —le sostuvo la mirada—. Ha dicho que la deuda no es suya.

—No lo es.

—Y a la luz está que no tiene solvencia suficiente para afrontarla.

—Por no tener, no tengo ni techo ahora mismo.

—En ese caso, ¿qué podría perder? —la engatusó—. Durante el servicio, en caso de que pierda usted, tendrá techo y todo lo que necesite. Y después, sencillamente la deuda será como si nunca hubiese existido.

—Suená demasiado bien para ser verdad —negó—. Tiene que haber gato encerrado, nadie da algo a cambio de nada.

—No le estoy haciendo un regalo, Helena, si decide entrar la suerte será quien decida en qué manera saldrá su deuda, si jugando o llevando a cabo el servicio para la banca —resumió con educada amabilidad—. Piénselo, tiene... una hora, si decide aceptar, solo atraviése las puertas.

Señaló al portero, dejando claro que si estaba allí fuera no era porque le gustase la acera.

—Le recuerdo que no me ha dejado entrar, no voy de etiqueta.

Sonrió de manera extraña y la tuteó.

—No te detendrá. Para ti, Helena, será como si no existiese.

Dicho eso dio media vuelta y volvió a desaparecer tras las puertas del casino.

CAPÍTULO 4

Aric levantó la cabeza de la mesa, sonrió al jugador que estaba haciendo la apuesta y esperó el tiempo suficiente para crear suspense antes de hacer un movimiento.

—Diez, la banca gana.

—Tshh. Eres bueno, muchacho —declaró el hombre, quien ya había perdido las dos últimas manos—. Voy a ser inteligente y retirarme ahora.

Un movimiento sin duda inteligente, pensó y aceptó la mano que le tendía, estrechándosela.

—Que tenga una buena noche, caballero.

Recogió los dados y las fichas, colocando cada cosa en su lugar, echó un vistazo a su alrededor y encontró a Usher caminando en su dirección con gesto meditativo.

—¿Qué ocurre?

—Tenemos a una deudora invitada que ha protagonizado una buena pelea con una de las sombras que guarda la entrada —comentó echando un vistazo sobre el hombro—. A juzgar por su aspecto, está claro que sus problemas financieros son acuciantes. Se ha saltado la etiqueta.

—¿Ha venido con invitación?

Asintió.

—Diría que pertenece a ese grupo de «incautas», cuya pareja, novio, marido o lo que sea, se aprovecha de todo lo que tiene sin que se dé cuenta de ello. Le ha endosado la deuda del casino —resopló y sacudió la cabeza—. Nunca se ha visto en algo semejante, a juzgar por su actitud reservada, las dudas que parecen ceñirla como un corsé y la desconfianza que destila por cada poro, está más perdida que una almeja en el desierto. De hecho, pidió, aunque eso parecía más bien una exigencia, hablar con el director.

Dejó escapar un pequeño bufido.

—Claro, díselo a la Banca, le va a hacer tanta ilusión el dialogar con una humana como arrancarse los colmillos. —Puso los ojos en blanco.

—Ya nos tiene a nosotros para eso —corroboro su compañero y señaló su área de juegos—. Ahora no tienes clientes, ¿podrías hacerte cargo de ella?

Imitó su gesto.

—Para eso, la mujer tendría que estar dentro del casino y sentadita en esa silla —le recordó—, y todo ello sin que la hayan coaccionado a ello.

—Si no hubiese visto que eso es lo que va a suceder, ¿crees que me habría molestado en venir a charlar contigo sobre ella?

Punto para el demonio, pensó Aric, Usher tenía la peculiar habilidad de ver el porvenir inmediato de las almas, eso hacía que fuese prácticamente imposible ganarle en las mesas de juego, a menos que quisiese que lo hicieses. Sabía lo que ibas a hacer incluso antes de que lo hicieras.

—¿Entonces?

—Entonces... Voy a seguir con mi trabajo de hoy, vigilar que todo marche sobre ruedas en el casino y tú te harás cargo de ese caramelito que entrará por la puerta en tres... dos... uno... ¡Bingo!

Se giró al sonido de la última palabra y ambos vieron cómo la puerta principal se abría y emergía de la breve zona sombría una figura femenina de melena leonada, generosas curvas y una forma de moverse que le dijo, sin necesidad de palabras, que el destino había vuelto a jugársela.

—Ya me darás las gracias después.

Usher le dedicó un guiño antes de atravesar la sala y reunirse con la recién llegada. Ella lo miró, estaba tensa, desconfiada y tan incómoda que era un milagro que no diese media vuelta y saliese huyendo. Pero, Helena no era así, si bien era de espíritu combativo, su alma era cálida, inocente, estaba predispuesta a confiar en los demás con todo lo que tenía y eso la había llevado, de alguna manera, hasta este lugar.

La recorrió con disimulo, no había error posible, la reconocería entre un millón de mujeres aún si estuviese cubierta de los pies a la cabeza. Se le llenó la boca de saliva y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por tragar, los colmillos le hormigueaban en recuerdo de su sabor, uno que se había obligado a olvidar y que a la vista de lo que estaba ocurriendo, había sido un intento fallido.

Usher pareció señalarle algo y ella se giró, durante unos segundos sus ojos se encontraron y Aric volvió al pasado, a otro momento en el que esas gemas azules lo habían mirado con un sentimiento del que ahora carecían.

—Lena...

El pronunciar su nombre era reconocerla, admitir que esa mujer que había traspasado las puertas del club formaba parte de su pasado y que este había vuelto para devolverle el golpe.

Su compañero le señaló su área y ambos avanzaron en su dirección, con cada paso que daba era más y más consciente de que era real y que sus problemas no habían hecho nada más que comenzar.

—Aric, esta es la señorita Helena Albus. —Se la presentó—. Ha sido invitada a jugar para saldar la deuda que tiene con nosotros.

—Yo no tengo ninguna deuda con vosotros —musitó mirando de soslayo a su compañero—, ¿cuántas veces he de decirlo? Yo no he estado en este casino...

—Y sin embargo la deuda figura a su nombre.

Se giró al escucharle y esos penetrantes ojos azules se clavaron en él. Fue como recibir un impacto de bala, parpadeó, agitando esas largas pestañas y ladeó suavemente la cabeza.

—Bienvenida al *Circus Casino*.

Entrecerró los ojos y lo observó casi entre las pestañas.

—¿Nos conocemos?

Era imposible que lo recordase, se había encargado de ello y sin embargo, parecía buscar en su mente dónde lo había visto antes.

—La única manera en que podría haberse dado tal situación sería si hubiese estado antes en el casino, señorita Albus.

Apretó los dientes, levantó un dedo y dijo.

—Helena, por favor, ni señora, ni señorita, solo Helena.

—Como desees, Helena.

Su mirada resultaba más penetrante de lo que recordaba, especialmente cuando la clavaba de esa manera sobre él.

—Es extraño, pero juraría que le conozco y, como acaba de apostillar, es imposible, ya que es la primera vez que pongo los pies en este lugar —replicó haciendo hincapié en la imposibilidad de haber estado en el casino—. Quizá le haya visto en otro lugar.

—Quien sabe. —Se limitó a ser cordial y mantener una actitud distante, si había una mujer a la que no habría querido ver en ese lugar, era esta—. Por favor, siéntate.

Usher le dedicó una mirada elocuente un segundo antes de que escuchase su voz en la cabeza.

«*Es ella, ¿no?*».

«*Lo es. Pero no debería tener siquiera un remoto recuerdo sobre mí*».

«*Te alimentaste de ella*». No era una pregunta, sino una categórica afirmación. «*Eso puede haber influido en tus otras habilidades*».

Se contuvo para no gruñir en voz alta, fulminó a su compañero con la mirada y se obligó a mantenerse dentro de su papel.

«*¿Podrás hacerte cargo de ella?*».

«*¿Tengo otra salida?*».

Había sido demasiado brusco, pero no podía evitar sentir que el maldito universo había conspirado contra él para traer a esa mujer al *Soul Circus* y a su mesa.

La última vez que la había visto estaba llorando, con una mirada de horror y pánico en el rostro, intentaba hablar a pesar del miedo, pero las palabras no emergían de su garganta y él, se empeñó en que así fuese. No hubo suavidad, no hubo comprensión, necesitaba alejarla de él y lo había hecho sin retener un solo gramo de su demoníaca presencia. Le había dado un motivo para temerle, para querer alejarse de él y entonces había nublado todos y cada uno de los recuerdos compartidos, esperando que fuese suficiente para permitirle seguir adelante y encontrar a alguien que la atesorase como se merecía.

Cinco años, cinco largos y malditos años habían pasado desde aquel atardecer en la playa y ahora aquí estaba, de nuevo frente a él.

«*Aric, ¿puedes encargarte de esta deudora?*».

Desvió la mirada para encontrarse con la de Usher, la insistencia en su voz era en parte trabajo y en parte preocupación.

«*Tengo que hacerlo*».

Comprendió que no permitiría que nadie más la tocara, no allí, no delante de sus narices. Su compañero dejó escapar un pequeño suspiro y posó la mano sobre el hombro de la mujer.

—Te dejo en buenas manos, disfruta de la noche, Helena.

«*A veces me gustaría ver estas cosas antes de que sucedan*». Escuchó de nuevo la voz de Usher. «*Buen juego, hermano mío*».

—Sí, claro, haría falta un milagro para que eso ocurriera.

El comentario de Helena devolvió su atención a la mujer que estaba sentada al otro lado de la mesa.

—Entiendo que esta es la primera vez que estás en un casino.

Su mirada volvió a caer sobre él, levantó la barbilla en un intento de mostrarse fuerte, pero el temor y la incertidumbre seguían presentes en su mirada.

—Una comprensión inmaculada la suya, señor...

—Aricles, puedes llamarse simplemente Aric.

—Aricles... No es un nombre común, tiene una fuerza antigua — comentó ella al tiempo que ladeaba la cabeza—. ¿Eres griego?

—Me considero un poco de todas partes.

—Ya —dijo sin más. Paseó la mirada sobre la mesa y suspiró—. Dios, ni siquiera sé que hago aquí.

—Deseas confiar en la suerte y en el porvenir.

—¿Tú crees?

Sonrió por costumbre, se inclinó bajo la mesa, simulando coger algo y conjuró el famoso cóctel del club.

—Estás aquí, esa ya es una respuesta para tu pregunta —aseguró, puso un posavasos sobre el borde de la mesa y dejó la copa con un líquido azul en su interior—. Invita la casa.

Miró la copa e hizo una mueca.

—¿Tiene alcohol? —preguntó al tiempo que se inclinaba hacia delante y olisqueaba el líquido—. No me llevo bien con las bebidas alcohólicas.

Oh, era muy consciente de ello, pensó con una punzada de nostalgia.

—No notarás que lo lleva, es muy suave.

Ella volvió a fijar esos ojos sobre él, como si quisiera averiguar si lo que decía era cierto. Cogió la copa y le dio un pequeñísimo sorbo, paladeando en busca de algo que le dijese si le mentía o no.

—De acuerdo, ¿qué se supone que tengo que hacer ahora? —Señaló la mesa—. Ni siquiera sé jugar a las cartas.

—Esta es la mesa del *Craps*, se juega con dados.

Su respuesta fue dar otro sorbo a la bebida.

—No tengo la menor idea de qué es el *Craps* —aseguró contemplando el tapiz verde que ocupaba la mesa con sus respectivos recuadros—. El único juego de dados que conozco es el Parchís.

Sí, de eso no le cabía duda, él había jugado con ella y, los resultados de dicha partida, cómo no, habían sido a su favor.

—Lo haremos sencillo —la tentó, sacó un par de brillantes dados rojos que posó sobre la mesa delante de ella y una ficha de color negro con letras doradas en la que podía leerse la palabra «deuda»—. Si obtienes una puntuación de 7 o 11 puntos en alguna de las tres tiradas que te concedo, ganas y tu deuda será olvidada. En cambio, si sacas una de 2, 3 o 12 puntos, perderás...

Miró los dados, se lamió los labios y tragó, podía ver como el cerebro le iba a mil.

—¿Y qué ocurrirá si pierdo? —preguntó con un ligero tono ansioso en la voz—. ¿Me entregaréis en bandeja a la policía acusada de qué? La deuda no la contraje yo...

No, ella no la había contraído, pero alguien se había aprovechado de su gentileza, de su confianza...

—Pero está a tu nombre...

—Yo no...

Levantó la mano, silenciándola.

—Si pierdes, Helena, tendrás una última oportunidad de abonar el importe de la deuda —cogió la ficha, le dio la vuelta y vio el número doscientos—, o elegir servir en el casino durante los próximos siete días. Esas son las normas aquí, tú eres la que elige.

Respiró profundamente, hizo girar el contenido de la copa y dio un largo sorbo al contenido.

—De acuerdo, juguemos.

CAPÍTULO 5

Helena lanzó su primera tirada, los dados de brillante color rojo rebotaron sobre el tapete de color verde, chocaron con las esquinas y se detuvieron.

—Un tres y un dos, eso hacen cinco puntos —le informó el atractivo *croupier*—. Ni ganas ni pierdes, tira de nuevo.

Se bebió el último trago del cóctel, se lamió los labios y estiró la mano para recuperar los dados. Había algo en esa mirada penetrante del otro lado de la mesa que le hacía cosquillas en la parte de atrás de la cabeza, como si hubiese algo que se le estaba escapando con respecto a ese hombre.

—Yo te conozco —murmuró jugando con los dados en la mano, sintiendo su tibieza, como si de verdad estuviesen calientes—. Estoy segura de que te conozco.

Él apoyó las manos sobre el borde de la mesa, los dedos largos, una piel muy bronceada que parecía hacer juego con la indumentaria completamente oscura que llevaba, solo el color rojo de la corbata resaltaba en medio de todo ese tono monocromático, eso y el peculiar tono entre marrón y ámbar de sus ojos.

—Tendré algún doble por ahí.

Negó con la cabeza, bajó la mirada a los dados y se frotó la nariz con el dorso de la mano con la que los sujetaba.

—No —negó de nuevo, sabía que no era así, pero no tenía la menor idea de por qué estaba tan convencida de ello—. Bah, da igual, antes o después me acordaré y me darás la razón.

Se echó atrás en la silla y miró los dados.

—Dijiste que el cóctel no tenía alcohol —rezongó, miró la copa vacía y se apoyó en la mesa, señalándole con el dedo—, que era suave, pero no me

lo parece, no señor.

—Tienes que volver a tirar, Helena.

El recordatorio vino junto con el calorcillo de los dados, cómo si estos le estuviesen advirtiendo que los lanzase ya sobre la mesa.

—No me presiones, no pienso bien bajo presión —protestó, dejó los dados fuera del tablero y los señaló—. Lanzaré los dados cuando yo quiera.

Miró los pequeños cubos e hizo un mohín.

—Y aquí estoy, jugando a los dados, ¿se puede ser más estúpida? —refunfuñó—. Pues claro que sí, claro que se puede. Si hubiese sido más avispada, si hubiese estado más atenta y no hubiese confiado en él, nada de esto habría sucedido.

Cogió los dados y los lanzó sobre la mesa. Bote tras bote esperó a que se detuvieran y, cuando por fin lo hicieron resopló.

—Un cuatro y un cinco, eso suman nueve puntos —relató el croupier—. Ni ganas, ni pierdes. Te queda una única tirada.

—¿Qué pasa si en esta tirada tampoco gano o pierdo?

—Esta es la tirada definitiva, ganar o perder es todo lo que puedes hacer —le aseguró.

Entrecerró los ojos y se apoyó en la mesa, su sonrisa había sido extraña a la par que reconfortante, pero había algo en ella...

—¡Claro! ¡Fue en la consulta del dentista!

Él parpadeó como si lo hubiese cogido por sorpresa.

—¿Disculpa?

—Te lo dije, nunca olvido una cara y esos colmillos... —chasqueó—. Tuvo que ser en la consulta del dentista... —Se frenó en seco, arrugó la nariz y se tocó el mentón—. Aunque llevo siglos sin visitar a ese matasanos.

—Ya seríamos dos.

Sacudió la cabeza, recogió los dados y se cruzó de brazos.

—¿Por qué no me dices la verdad?

—¿Qué verdad?

—Tú y yo nos conocemos. —Estaba segura de ello, era incapaz de decir el motivo, pero así era—. ¿Qué pasó? ¿Tuvimos un mal encuentro? ¿Nos separamos en malos términos? Ese tipo de cosas tiendo a borrarlas de mi mente. Bah, ya me acordaré...

—Me sorprendería que así fuera.

—No te caigo bien, ¿verdad? —insistió, la bebida le había soltado la lengua y, curiosamente se sentía bien, se sentía muy a gusto junto a ese hombre—. Supongo que no es la primera noche que tienes que aguantar el chaparrón de una mujer borracha contándote sus penas.

—¿De verdad te has emborrachado con el cóctel, Lena?

Sonrió ampliamente al escuchar aquel apelativo, no había mucha gente que la llamase de esa manera, de hecho, el último que había utilizado ese cariñoso apelativo había sido él... Ese hombre al que siempre tenía problemas para recordar, como si la necesidad de olvidarle hubiese emborronado su rostro y los días que pasaron juntos.

—Qué cosas, no hay mucha gente que me llame Lena, el último que lo hizo, se marchó. —Se llevó una mano a la frente y arrugó la nariz, tenía unas pequeñas molestias en las sienes, como si le pinchasen incluso entre los ojos—. Diablos, ¿estás seguro de que ese cóctel no tenía alcohol?

—La última tirada, Helena, lanza los dados.

Hizo una mueca, se incorporó, miró los dados en la mano y los dejó caer, ni siquiera los lanzó, solo dejó que resbalasen y rebotasen suavemente sobre el tablero.

—He perdido.

Un dos y un uno marcaban cada uno de los dados, dejó escapar un suspiro y lo miró.

—Dos y uno, suman un total de tres puntos, la banca gana.

Se encogió de hombros.

—Está bien, ¿cuándo quieres que empiece a trabajar en el casino? —preguntó sin más—. Tengo experiencia como camarera, aunque nunca fui muy buena y dudo que mis conocimientos como bibliógrafa os vayan a ser de alguna utilidad. No tengo ni idea sobre juegos de azar, como acabas de comprobar, pero...

—¿Trabajar en el casino?

Su voz era como una cancioncilla que la atraía, que captaba su atención.

—Sí, es lo que dijo tu compañero, algo sobre servir durante una semana —arrugó la nariz y lo apuntó con el dedo—. Tú también lo dijiste, no me vengas ahora con que era todo un vacile.

—Sí, así es, esas son las normas —le confirmó—. Aunque creo que has confundido los términos, no se trata de trabajar en el casino, sino de servir.

Ladeó la cabeza.

—Servir a los clientes, atender a los clientes, ¿no es lo mismo?

Sus labios empezaron a estirarse en una cálida y perezosa sonrisa, su rostro adquirió un matiz muy distinto, sobre todo porque sus ojos parecían haberse vuelto de un extraño tono caoba.

—No, Helena, no lo es —aseguró mirándola fijamente—, porque no vas a servir a ningún cliente, tu servicio será única y exclusivamente para un socio del casino.

—¿Qué quieres decir?

—Si aceptas el servicio a cambio de pagar tu deuda, estarás a mi cargo, solo me servirás a mí.

Tuvo que hacer un esfuerzo para hacer que su cerebro funcionase coherentemente y le diese las respuestas que se le estaban escapando y sabía que eran importantes.

—Espera, ¿servirte a ti? ¿Por qué?

—Porque soy quién te está dando la oportunidad de rescindir la deuda que has contraído con el *Soul Circus*.

Sacudió la cabeza una vez más, se pasó la mano por el pelo e hizo una mueca al notar como se le enredaban los dedos.

—¡Ay! Demonios, lo que daría por un cepillo.

Él estiró la mano y la deslizó por encima de su cabeza, sin tocarla, alisándole el pelo de una forma que solo habría podido conseguirlo en una peluquería. Cogió un mechón y lo examinó asombrada.

—¿Cómo has hecho eso?

—Si aceptas el servicio, lo descubrirás.

—Joder —dio un salto en la silla—. Creo que este cóctel era endemoniadamente fuerte porque me ha parecido ver que te brillaban los ojos.

Se pasó la mano por el rostro, frotándoselo y volvió a mirarle. Había algo en él que la inquietaba y, al mismo tiempo tiraba de ella desde lo más lejano de su mente.

—¿Quién eres? —musitó llevándose ambas manos a las sienes—. Dios, sé que te conozco, sé que te conozco...

—¿Vas a saldar tu deuda ahora o lo harás mediante la servidumbre? —Las palabras parecían resonar a su alrededor, como si hubiese cogido un micrófono—. Tienes que elegir.

Se cubrió los oídos.

—Espera, tengo que pensar —protestó, ese maldito martilleo y las agujas la estaban volviendo loca—. Maldita bebida...

—Elige, Lena, tienes que elegir.

Las sienes le palpitaban cada vez más, no podía pensar con claridad, intentó levantarse y tuvo que aferrarse a la mesa pues las piernas no le obedecían como deberían.

—¿Qué me has hecho? —Lo miró con recelo—. ¿Qué había en la bebida?

Un fuerte brazo le rodeó la cintura, la presencia de un cuerpo fuerte y cálido la golpeó, como también lo hizo su aroma, uno que recordaba, que pertenecía a alguien a quién había conocido tiempo atrás, a quién había visto marchar, a quién...

—Ari...

El nombre se abrió paso a través de la neblina de su mente, levantó la cabeza y contempló ese rostro masculino que le devolvía la mirada, uno en el que empezaba a reconocer pequeños gestos.

—¿Me servirás durante los próximos siete días a cambio de tu deuda, Helena?

Sacudió la cabeza haciendo volar su pelo, ¿por qué insistía en lo mismo?

—Esa deuda no es mía.

—Sí o no, Helena.

Esos ojos parecían volverse cada vez más brillantes y rojizos mientras los miraba.

—Demonios, estoy teniendo una jodida alucinación ahora mismo, tío, porque estoy viendo tus ojos del color de la sangre —entrecerró los propios y se puso de puntillas para poder acercarse más a él—. ¿Ves algo con esas lentillas?

—No son lentillas.

—Sí, ya, a otra con ese cuento, señor lobo.

Él enarcó una ceja y sonrió burlón, al hacerlo dejó al descubierto un puntiagudo colmillo. Se estremeció, pero eso no evitó que levantase la mano y la llevase a sus labios.

—Debes de traer a tu dentista de cabeza con estos, ¿de dónde los has sacado?

Se apartó, evitando que lo tocara, pero lo mostró de nuevo al resbalar la punta de la lengua por uno de ellos.

—Han estado todo el tiempo dentro de mi boca.

Arrugó la nariz, se incorporó y se apoyó en la mesa para mantener el equilibrio.

—Uy, mira, el tapete es verde. —Se rio bajando la mirada al tablero, acariciándolo con los dedos—. Hum, ¿se mueve el suelo? Ah, no, soy yo, parezco la torre inclinada de Piza.

—Lena. —Su nombre era como una cuerda que la llamaba a levantar de nuevo la mirada y encontrarse con la suya—. Respóndeme, ¿me servirás a cambio de la deuda?

—Si me lo pides con esa carita, es imposible negarte nada, guapetón — Sonrió como una idiota, le gustaba ese rostro, lo recordaba—. ¿Cómo te llamabas? Sé que nos conocemos, eres... eres esa persona, lo sé.

Dio un paso atrás y se rio, se apretó de nuevo contra la mesa y echó la cabeza hacia atrás para poder mirarlo.

—¿Cuándo quieres que me ponga a fregar los platos?

Unos fuertes brazos volvieron a atraerla hacia ese cuerpo duro y magnífico, los ojos se posaron en ella y sintió un escalofrío de placer cuando resbaló los nudillos sobre su mejilla.

—Recuérdame que no te deje beber nada que haya sido preparado en el casino.

—Te dije que no me sentaban bien las bebidas alcohólicas —murmuró apoyándose en él, acariciando la corbata y aspirando ese aroma tan conocido—. Hum, sí, este aroma... lo he echado tanto de menos...

—No puedo creer que seas capaz de recordar...

Como si sus palabras fueran todo lo que necesitaba para que cayese el telón, Helena levantó la cabeza y lo miró. Sabía quién era él, recordaba esos días, esos momentos compartidos.

—Pero te recuerdo, Ari —murmuró pronunciando ese diminutivo que había usado entonces con él.

Sus ojos la capturaron una vez más, se quedó prendada en ellos, viendo su propio reflejo como en aquella ocasión, parpadeó, su mente parecía querer advertirla de algo, entrecerró los ojos y tiró de ese hilo, de ese escondido recuerdo y con él llegó el miedo, la sorpresa, la incredulidad, una imagen que se había obligado a enterrar profundamente en su interior.

—Tú... tú eras... yo te vi... te vi entonces... tú, tú eres...

Recordó el miedo, el shock, el terror que sintió cuando el hombre que conocía, con el que había pasado unos días inolvidables se convirtió en algo sacado de una pesadilla delante de sus ojos.

Las lágrimas le empañaron la visión y resbalaron por sus mejillas, lo recorrió siendo ahora perfectamente consciente de quién era ese hombre, sin dar crédito a que estuviese ahora ante ella, pero así era y esos ojos, esos labios, esos colmillos...

—Tú... ¡tú me asustaste hasta la muerte! —Lo golpeó sin previo aviso, descargando su rabia sobre él—. Me... me mentiste, todo lo que dijiste, fue una mentira y entonces, entonces te fuiste. ¡Te marchaste!

La sujetó por los brazos, deteniéndola.

—Basta. —No necesito ni levantar la voz, una repentina calma la barrió como si le hubiesen echado encima un cubo de agua helada, su rabia se esfumó de su sistema, pero no así de su mente.

—Todos los hombres sois unas ratas —siseó a pesar de todo—. ¿Qué es esto? ¿Otro de tus juegos? ¿Te has compinchado con él para hacerme esto?

—No soy el responsable de que estés aquí, Helena —aseguró con voz tranquila, casi fría—, pero desde este momento y hasta que termine tu servicio, seré el único ante el que debas responder.

Intentó alejarse, pero no se lo permitió.

—Estás loco si crees que voy a hacer algo para ti, eres...

—Un demonio —completó por ella sin darle más importancia—, y tú serás mi sierva.

Entrecerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás para poder mirarle.

—Sí, claro, cuando el infierno se congele.

Él sonrió y no se molestó en ocultar lo evidente, algo que debería hacerla gritar como una posesa, como aquella primera vez y que, sin embargo ya solo le causaba curiosidad.

—Pues ve buscando un buen abrigo, Lena, porque lo vas a necesitar.

CAPÍTULO 6

—Necesito explicaciones y también ir al baño.

Aric miró a la mujer que no dejaba de bailar sobre uno y otro pie mientras apretaba los muslos.

—Bueno, vale, las explicaciones pueden esperar —claudicó empezando a dar saltitos—. Así que dime dónde está el jodido baño o me lo hago en tus zapatos.

Sacudió la cabeza, extendió la mano y le señaló la dirección. Si algo había aprendido, era que esa mujer no era de las que amenazaban en vano.

—Ve hacia el fondo de la sala y gira a la izquierda, verás los letreros.

—Buen demonio, ahora, espera aquí, porque como tenga que buscarte por todo el jodido casino, haré lo que no hice la primera vez, Aric, te mataré —declaró con una amplia sonrisa—. Ahora vuelvo. ¡Paso! ¡Mujer en estado de emergencia!

Había hembras a las que era mejor mantener contentas, pero a aquella había que mantenerla lejos de cualquier bebida con marca de la casa. Era la primera vez que veía que el brebaje de Usher obraba tal desastre en un cliente, sabía que no llevaba ni pizca de alcohol, pero estaba claro que cualquiera de los misteriosos ingredientes con los que era elaborado la habían afectado con la misma intensidad que un fuerte licor.

Respiró profundamente, echó un vistazo al reloj en su muñeca y optó por seguirla, todavía quedaba tiempo hasta las doce, pero prefería sacarla de allí antes de que las máscaras cayeran y el casino se revelase como lo que era realmente en noches como aquella. Necesitaban sellar el acuerdo entre los dos, afirmar la voluntaria entrega de su servidumbre y solo había una manera de hacerlo; en la *Arena del Circus*.

El pensar en el lugar del ritual hizo que su pene palpitase, había tenido una maldita erección desde el momento en que capturó su aroma frente a la mesa y, después de haberla sentido contra él, de haber tocado su piel, la idea de tenerla desnuda se acercaba al nirvana.

¿Cómo pudo pensar siquiera por un momento que iba a ser capaz de olvidar a esa humana? ¿Cómo era tan iluso para creer que el que volviese a cruzarse en su camino no significaría nada? Helena había buceado a través de los recuerdos que creía borrados, sintió una inmediata familiaridad nada más verle y si no se había puesto a gritar y llorar como lo había hecho aquella vez en la que le mostró quién era en realidad, era tan solo por el brebaje. Su mente estaba procesándolo todo como si la suya no fuese otra cosa que una nueva etnia y acabase de cruzarse con ella.

—Explicaciones —murmuró para sí y soltó un resoplido—. Ay, Lena, no tienes la menor idea de en qué te has metido. Yo ya no soy el hombre que conociste, sino el que vas a conocer tan pronto atraveses la *Arena del Circo de las Almas*.

Se detuvo junto a la puerta de los baños, podía escuchar el agua correr al otro lado de la puerta, su aroma sostenido en el aire, pero su presencia... Abrió de golpe, los dos grifos de los lavabos estaban abiertos, el agua se escurría por el desagüe y la pequeña ventana del fondo, todavía contenía a la traviesa gatita que se había quedado encajada en ella.

Sacudió la cabeza, puso los ojos en blanco y acortó la distancia entre ambos, sus pasos quedaban amortiguados por el sonido del correr del agua, así que ella solo se dio cuenta de su presencia cuando dejó caer la palma abierta sobre su trasero.

—¡Ay!

—Sabes, Lena, no sé si dejarte ahí un rato y recrearme con tu culo o sacarte para ponerte sobre mis rodillas y darte una zurra.

—¡Ninguna de las dos es una opción aceptable! —la escuchó gimotear—. Pero seré magnánima y te concederé la primera parte de tu segunda opción. ¡Sácame de aquí! Creo que me está subiendo la sangre a la cabeza. Dios, voy a vomitar. O lo haría si tuviese algo en el estómago que echar. Mierda. Tengo hambre. Quizá vomite después de comer algo.

Se cruzó de brazos y no movió un solo músculo, escucharla parlotear era algo nuevo para él.

—¿Aric? ¿Sigues ahí?

—Sí, difícilmente puedo irme a ningún sitio si no es contigo —le dijo sin más—. Aunque, ahora que veo mejor la escena, creo que estás en la posición perfecta para escuchar.

—¿Acaso tienes algo que decir? ¿Ahora? —rezongó ella—. Cualquier disculpa tuya llega cinco jodidos años tarde, es un milagro que me haya acordado siquiera de tu cara.

—No deberías y sin embargo lo hiciste, eres más fuerte o testaruda de lo que pensaba.

—¿Podemos tener esta conversación cara a cara?

—La habríamos tenido en el momento en que salieses del baño —le dijo dejando caer de nuevo la mano sobre su trasero—, si hubieses elegido la puerta.

—¡Deja de pegarme y sácame de aquí, mal nacido!

Su respuesta fue descender de nuevo con la mano sobre ese apetitoso culo, pero esta vez la dejó ahí, magreándose.

—Primero, nada de insultos, espero respeto durante la próxima semana, así que ya puedes ir buscándolo.

—Si piensas que voy a servirte en algo, estás más borracho que yo —canturreó moviéndose como un gusano atrapado—. ¡Sácame de aquí!

—No he bebido ni una gota —le informó, ignorando su pataleta—. Segundo, harás lo que yo diga cuando lo diga.

—Hombres, siempre tan ingenuos —chasqueó—. Claro, cariñito, cuando los cerdos tengan lunares.

—Y tercero, a menos que quieras follar en una sala llena de gente, te sugiero que dejes de retorcerte. —Su respuesta fue una inmovilidad inmediata—. Siempre he preferido follarte en privado.

Ella jadeó y volvió a retorcerse.

—¿En qué mierda de local he ido a parar?

—Esa boquita, Lena.

—Esto es un club de alterne, ¿no? —la escuchó musitar—. Lo del casino no es más que una tapadera, ¿verdad?

—El *Soul Circus* es un casino, ya has visto las mesas de juego.

—¡No me tomes por idiota!

—Nunca he hecho tal cosa.

Ella se quedó en silencio, dejó de patalear, escuchó algo parecido a un murmullo que no logró descifrar, entonces suspiró profundamente y pidió.

—¿Puedes sacarme de aquí, por favor? —pidió compungida—. En serio, se me está subiendo la sangre a la cabeza.

—Cierra los ojos.

—¿Por qué?

—No hagas preguntas, solo ciérralos.

La escuchó resoplar de nuevo, pero notó como su cuerpo se relajaba y, con un solo pensamiento hizo que la ventana la aflojase, dejándola deslizarse hacia atrás para caer en sus brazos con un gritito.

—¡Ay, Dios!

—Te tengo —la sujetó, apretándola contra él, sus miradas se encontraron de nuevo.

—Esto es una absoluta locura —murmuró sin moverse.

—¿Lo dice la mujer que ha intentado escaparse por la ventana del cuarto de baño?

Sus mejillas ganaron color y no pudo evitar sonreír, era realmente atractiva y muy apetecible.

—Ahora sería un buen momento para esas explicaciones.

Él bajó la mirada sobre ella, se relamió y le cogió el rostro en las manos.

—Las explicaciones tendrán que esperar —le acarició el labio inferior—. No puedes menear el culo de esa manera delante de mis narices y esperar que no haga absolutamente nada.

—No he meneado el culo a propósito y menos para ti.

—Pero lo hiciste, ambas cosas.

—Tú y tu retorcida lógica.

—Veo que eso también lo recuerdas —sonrió y bajó sobre su boca, robándole un beso, probando de nuevo el sabor de la mujer que había abandonado tiempo atrás—, veamos que más recuerdas.

CAPÍTULO 7

Helena lo recordaba a él, pensó en contestación a su pregunta, recordaba cosas que había olvidado, que se habían esfumado de su mente o habían sido dibujadas de tal manera que palidecían ante la realidad.

—¿Cómo pude olvidar lo que vi? —Se arrancó de su beso, jadeando, todavía con su sabor en la boca. Lo miró, sus ojos eran mucho más oscuros de lo que recordaba y esos desarrollados caninos, no había sido consciente de ellos, no como ahora, no hasta ese momento en el que todo cambió—. ¿Cómo hemos llegado a este momento?

—El destino es caprichoso, prueba de ello es el que estés ahora aquí después de tanto tiempo —respondió sosteniéndole la mirada—. No deberías recordarme, no completamente, para ti no debía ser otra cosa que una aventura pasajera, una muesca más en tu vida, esa es la manera en la que debías recordar todo. Desdibujé mi rostro en tu mente, maticé mi voz y cubrí con un velo lo que nunca entenderías sin acabar en la locura.

Recorrió su rostro con la mirada, los mismos ojos, los mismos planos, el mismo desafiante mentón, no había cambios en Aric, ni siquiera una maldita arruga.

—¿Quién eres?

—Sabes quién soy, Lena. —La inesperada caricia de sus dedos en su mejilla la estremeció, tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no inclinar la cabeza hacia la palma de la mano que la sostenía o ronronear como una gatita feliz—. Deja que te lo demuestre.

Resbaló el pulgar sobre su labio inferior, su mirada bajó sobre su boca y vio cómo sus labios se estiraban en una conocida sonrisa que le provocó un temblor en el estómago.

—No. —Se apartó de él cuando un ramalazo de pura necesidad se disparó directamente a su centro—. Las cosas no se arreglan con sexo.

Él resbaló la mano bajo su barbilla y se la alzó, obligándola a mirarlo.

—No, no se arreglan, pero sin duda ayuda a liberar la mente y dejar de pensar y pensar y pensar —le dijo con un tono de voz profundo y sexy. Volvió a acariciarle el labio con el pulgar, sonrió completamente y no pudo evitar estremecerse al ver de nuevo los desarrollados caninos que aparecieron en esa perfecta y blanca sonrisa—. El deseo tiene un lenguaje propio, ¿ya lo has olvidado?

No, no lo había olvidado, ¿cómo hacerlo cuando su cuerpo se había despertado como si le hubiesen puesto un enorme helado de chocolate delante al que poder lamer y mordisquear a su antojo?

—No, ya veo que no lo has hecho —ronroneó y todo en ella despertó a esa sensual voz, quiso huir de su contacto, pero sus brazos la rodearon desde atrás, atrapándola entre su espalda y la repisa del lavabo. Se encontró con sus ojos a través del espejo, le sacaba algo más de una cabeza y el tono castaño había adquirido una intensidad sobrenatural que le provocó un ligero escalofrío. Se apretó contra ella, sus manos ciñéndole la cintura mientras bajaba la boca contra su oreja y musitaba—. Hay cosas que son imborrables.

—Tú no eres precisamente una de ellas.

Él se rio, el sonido era ronco y muy erótico en sus oídos.

—Pero qué flagrante mentira —le hociqueó el cuello con la nariz—. Por suerte para ambos, tu cuerpo siempre ha sido más sincero que tu boca.

Se inclinó sobre ella, acariciándole el costado del cuello, sus manos subieron a su talle, los dedos jugaron con los botones de la blusa y los fue desabotonando uno a uno. Aquello era una locura más grande que ninguna otra que recordase, si creyese en el cielo, posiblemente pensase que había terminado en el purgatorio y aquel era su carcelero particular. Pero no, había ido a parar a un lugar mucho más extraño, decidida a poner fin a aquel estúpido asunto sobre la apuesta y encontrar una solución. Todo lo que había encontrado, sin embargo, eran nuevos problemas y el principal era, con toda probabilidad, el más peligroso.

Los labios recorrían su garganta haciéndola contener la respiración, el aroma de ese hombre a especies exóticas y bourbon le hacía cosquillas en la nariz y licuaba su bajo vientre despertando un deseo que la ponía nerviosa.

Los expertos dedos siguieron desabrochándole la blusa con suma lentitud, poniéndola nerviosa y aumentando al mismo tiempo su expectación, la intensa mirada la atrapaba desde el espejo, manteniéndola anclada en una especie de tela de araña de la que no podía escapar. Empezaba a sentirse como arcilla en unas manos expertas, las cuales no dudaron en soltar el último botón haciendo que los globos redondos de sus pechos se desbordaran por encima del sujetador, solo un segundo antes de que la prenda interior desapareciese como por arte de magia.

—Perfectos.

Jadeó, el sonido de su propia respuesta la escandalizó y la llevó a enrojecer, las puntas rosas de sus pezones empujaban contra los pulgares que se cernieron sobre ellos, engrosando cuando los hacía rodar entre los dedos con un hábil y sensual masaje. Sus manos más oscuras destacaban sobre su piel cremosa, atrayendo una y otra vez su mirada mientras su cuerpo recibía las sensaciones de estos sobre sus senos.

Notó la boca en su oreja, vio cómo su lengua emergía de entre los succulentos labios y resbalaba por el arco provocándole un escalofrío de placer, apretó los muslos de forma involuntaria y eso lo hizo sonreír. Era imposible no reparar en cada una de sus reacciones cuando las veía a través del espejo, cuando él hacía de sus caricias todo un espectáculo. Se acercó más a ella, apretándose contra su espalda y haciéndola muy consciente de la dura polla que ya se presionaba contra la parte baja de su espalda.

—Se te oscurecen los ojos a medida que gana terreno el deseo.

Helena tragó con dificultad, su respiración se volvió más pesada, su sexo tembló y la humedad comenzó a deslizarse por sus muslos, cómo si sus palabras fuesen igual a un afrodisíaco que la calentaba más y más. Le sostuvo la mirada un segundo y entonces él la empujó, obligándola a frenar la caída con ambas manos, extendió los dedos sobre la dura superficie del lavabo y el movimiento la hizo malditamente consciente de su presencia detrás de ella.

—Me gusta esta posición. —Su enigmática mirada correspondió a la suya a través del espejo mientras rozaba su barbuda mandíbula contra la suave piel de su mejilla—. Te tengo exactamente dónde quiero, Lena.

Jadeó al notar su mano incursionando bajo su falda, haciendo a un lado la tela de la abertura para acariciarle el muslo en sentido ascendente. Contuvo la respiración a medida que sus dedos se acercaban a la unión de

sus muslos y casi se ahoga con su propia saliva cuando resbalaron sobre la húmeda tela de sus bragas.

Intentó moverse, apartarse de su contacto, pero él apretó más las caderas contra ella y acabó atrapada entre el lavabo, su cuerpo y la peregrina mano que jugaba por encima de la tela que le cubría el sexo.

—Tshh, no seas mala, no he hecho más que empezar.

Estaba sonriendo, sus ojos brillaban de una manera que le provocó una punzada de miedo, quiso protestar, quiso detenerle en ese preciso instante, pero todos sus pensamientos volaron al momento que él deslizó un dedo por debajo de la ropa interior y empezó a acariciar su caliente y mojado sexo.

—¿Lo ves? ¿Lo sientes? Tu cuerpo llora por mí.

Cualquier palabra coherente se evaporó de su boca cuando su pulgar empezó a acariciar rítmicamente la rígida protuberancia de su clítoris, de no estar apoyada en la superficie de mármol, se habría caído al suelo de la impresión. Su cuerpo empezó a temblar, cualquier pensamiento inteligente voló de su mente y su boca emitió toda clase de sonidos desesperados hasta que él la pellizcó y el orgasmo la recorrió, cegándola, robándole el aliento y cualquier pedacito de cordura.

—¡Oh dios mío!

—Todavía no —le pareció escuchar que decía antes de profundizar más con sus dedos, cabalgando sobre su orgasmo.

Se arqueó contra él, mordiéndose los labios para evitar gemir en voz alta, cerró los ojos y jadeó, los rescoldos de la liberación la recorrían dejándola temblorosa, pero el palpar entre sus piernas persistía, si acaso era más insistente que antes.

—Sí, esta eres tú, Lena, tan intensa, tan dulce.

Necesitaba más, le necesitaba, pero el solo hecho de pensarlo era una auténtica locura. Y entonces, lo sintió detrás ella, separándole aún más las piernas, arrastrando la tela sobre su cintura desnudando su trasero un segundo antes de que la cabeza de su pene empujase en ella, estirándola al tiempo que se introducía en su interior.

—¡Aric!

Se rio en su oído, su peso la empujó hacia delante y hacia abajo, se retiró solo para volver a empujar y con cada movimiento sus pechos rozaban el frío mármol estimulándola aún más. Clavó los dedos en sus caderas, sujetándola en cada empuje, dejando que su cuerpo se meciese con cada

golpe, pero impidiéndole al mismo tiempo alejarse de aquella erótica tortura.

Su mente dejó de funcionar, cualquier posible pensamiento coherente quedó hecho trizas, su cuerpo se convirtió en una herramienta de placer, todo lo que podía hacer era jadear, aferrándose con fuerza a los costados del mueble mientras él la follaba con embestidas largas y profundas.

Levantó la cabeza y abrió los ojos, encontró su mirada a través del espejo y se quedó prendada de ella, de la figura de ese musculoso cuerpo que se cernía detrás de ella y de la expresión de completa pasión y deleite que le transformaba el rostro. Sus ojos se habían vuelto de un intenso color rojizo, había desnudado los labios y esos sobrenaturales colmillos asomaban. Estaba traspirado de sudor, pero era el rostro más atractivo que había contemplado en su vida. Tragó, era incapaz de malinterpretar esa necesidad, esa intensidad y deseo con el que se conducía, la manera en que la aferró de las caderas y tiró de ella hacia atrás, encontrándola en cada empuje la volvía loca, derrumbaba cada una de sus defensas y la dejaba a sus pies.

—Ven a mí, Lena, abandona todo lo que eres y entrégate a mí. —Su voz parecía haber bajado un tono, había perdido ese filo humano y se había convertido en algo puramente sexual, intenso y oscuro—. Déjate ir y entrégame todo lo que eres.

Sus palabras actuaron como un afrodisíaco, su miembro pareció crecer en su interior y, un empujón después, Lena gritó a pleno pulmón, entregándose completamente y alcanzando por segunda vez el orgasmo.

Se derrumbó sin fuerzas sobre el lavabo, si no fuese por su fuerte brazo rodeándole la cintura se habría caído al suelo, estaba segura, pues ni siquiera le sostenían las piernas. Sus oídos se habían convertido en el receptor de un tambor, todo lo que podía escuchar era el latido de su corazón y el lejano resoplido de su respiración.

Notó el peso de una mano sobre su espalda, en una larga caricia sobre su espina dorsal y su miembro todavía enterrado en su interior.

—¿Lo ves? El deseo manda —le escuchó musitar, sus manos se movieron sobre sus caderas, acariciándola con languidez—. Te conviene escucharle de vez en cuando.

Intentó moverse, empujando contra él, pero no se lo permitió, la envolvió en sus brazos y presionó su vientre y caderas con más fuerza

contra el tocador. La forma en la que su cuerpo respondió a su miembro, todavía en su interior hizo que se retorciese de vergüenza.

—Suéltame ahora mismo, maldito colmilludo.

La carcajada inundó los lavabos, la vibración de la risa resonó en su interior y su miembro pareció empezar a endurecerse de nuevo dentro de ella provocándole un estremecimiento de placer.

—Pero qué genio tienes —murmuró a su oído, entonces la sorprendió con un beso sobre su hombro—. Va a ser una semana muy interesante.

Dio un paso atrás y la dureza de su miembro empezó a abandonarla, dejándola vacía, desolada de una manera que no comprendía. Él aflojó su agarre sobre ella, se escurrió dejando que la falda volviese a su lugar y se cubrió los pechos con la blusa mientras sentía, con cierta mortificación, como la humedad de su corrida resbalaba por sus muslos.

Con un gesto de satisfacción absoluto, se llevó una de las manos a la cadera y ladeó la cabeza, la recorrió con la mirada y asintió satisfecho.

—Bien, ahora ya podemos hablar de lo que quieras.

Entrecerró los ojos, apretó los dientes y bajó ligeramente la cabeza.

—De acuerdo, hablemos de cómo voy a matarte, maldito hijo de puta.

CAPÍTULO 8

Fuego en la sangre, Helena siempre había sido un polvorín, era capaz de pasar de la más tierna de las actitudes a una fiereza que ponía en peligro a cualquiera que estuviese en su radio de acción en ese momento. Sabía que tocarla era arriesgado, pero no se arrepentía, si acaso el tenerla solo habían aumentado sus ganas de volver a hacerlo y esta vez poder tomarse todo el tiempo que quería con ella. El brebaje no solo la había emborrachado, sino que la había dejado predispuesta hacia él, por suerte o por desgracia, el efecto del cóctel parecía haberse aliviado un poco, pues la mujer parecía un poquito más centrada.

Le dio la espalda mientras se arreglaba la ropa, pero no por ello dejaba de lanzarle miradas fulminantes por encima del hombro. Solo cuando estuvo satisfecha con su aspecto, se giró hacia él.

—¿Vas a decirme a qué demonios estás jugando?

—Eso debería de preguntártelo yo a ti, sobre todo después de verte con medio cuerpo metido a través de la ventana —replicó con sencillez. No perdió de vista cada una de sus reacciones, el sonrojo en sus mejillas, el brillo en sus ojos, la manera en que apretó esos bonitos y apetitosos labios.

—Te dije que no tolero bien el alcohol.

—Y yo que esa bebida no tenía alcohol —le recordó—, obviamente, lo que quiera que tenga tiene el mismo efecto en ti que si te hubieses bebido una botella entera de vino.

Su sonrojo aumentó aún más, giró sobre sus pies y amagó con marcharse.

—No debí venir a este lugar, sabía que había algo raro en esa invitación.

—No había nada extraño en la invitación, lo que leíste en la tarjeta es la única realidad —le dijo al tiempo que movía la mano y escuchaba como la puerta de los aseos se cerraba con pestillo—. Tienes una deuda con el casino, se te ofreció una manera de poder saldar la deuda y recuperar ese dinero y aceptaste las normas establecidas al coger los dados.

—En esas malditas normas no venía especificado la clase de servicio que demandabais —siseó y lo apuntó con el dedo—. No soy la prostituta de nadie.

—¿Acaso me has oído pronunciar esa palabra? —replicó cruzándose de brazos—. Estoy seguro de que no, puesto que no la dije en ningún momento.

—¿Y cómo llamarías a lo que acaba de pasar?

—¿Sexo? ¿Desfogue? ¿Un polvazo?

—¡Te largaste sin más! —Lo acusó, remontándose al pasado—. No, no sin más, primero me asustaste a morir, ¿y ahora pretendes volver como si tal cosa? ¿Cómo si nada hubiese cambiado?

—Todo ha cambiado, Helena —le aseguró—. Lo hizo en el momento en que aceptaste el servicio. ¿Esto? —Señaló el lavabo—. Solo ha sido una consecuencia de algo que ambos deseábamos, así que no le des más vueltas. Volverá a pasar, una y otra vez, siempre ha sido así entre nosotros.

—Eres un cabrón.

Puso los ojos en blanco.

—Si lo fuese, ahora mismo seguirías medio desnuda y te habría arrastrado hasta la Arena sin pensármelo dos veces para volver a follarte allí.

El rojo era un color permanente en su rostro, pensó divertido, un tono que le gustaba bastante sobre ella.

—Hazte una paja y déjame en paz —le soltó ella—, esto se acaba aquí y ahora.

Fue hacia la puerta y al ver que esta no cedía y no se abría, sofocó un jadeo y se giró de nuevo hacia él.

—Ábrela, Aric.

—No puedes irte, no ahora que has aceptado pagar la deuda a través del servicio.

—¡No voy a prostituirme!

—¿Volvemos con lo mismo? —chasqueó—. No eres una prostituta, Helena, eres una deudora del *Circus*.

—Esa deuda no es mía.

—Está a tu nombre.

Sacudió la cabeza, se pasó la mano por el pelo ahora liso y pateó el suelo.

—Esto no nos lleva a ningún lado —resopló, miró de un lado a otro y luego a él—. Mira, no tengo un maldito centavo, ¿vale? Me han desahuciado de mi propia casa, llevo la última semana durmiendo en un albergue, eso cuando no lo hago en la calle y todo por culpa de una maldita sanguijuela. Me ha vaciado mi cuenta del banco y, no contento con eso, me ha dejado llena de facturas de tiendas en las que yo jamás compré ni compraría. No tengo nada más que mi orgullo, Aric y todavía no estoy tan desesperada como para venderme a cambio de dinero.

—¿Con quién has hablado sobre todo lo ocurrido?

Su pregunta la llevó a suspirar una vez más.

—La policía, los del banco, incluso con un abogado de oficio y las respuestas de todos ellos son de todo menos alentadoras —señaló la puerta cerrada—. Y ahora esto. Esa deuda, ese dinero, yo no tengo doscientos mil, no tengo ni dos dólares. Si es que soy estúpida, muy estúpida, nadie da algo a cambio de nada y aquí está la prueba.

—Cierto, nadie da algo a cambio de nada, pero tú has dado tu palabra y por lo tanto, servirás al *Soul Circus*.

Se quedó mirándole, como si estuviese buscando en sus ojos o en sus palabras la verdad o algo oculto.

—¿Y de qué manera podría servir en este lugar si no es trabajando en algún área o haciendo algo que me niego a hacer?

—Porque no se trata de «trabajar» para el casino, como de «servir» a uno de sus socios —replicó sin andarse con rodeos—. En este caso a mí, ya que he sido yo el que se ha hecho cargo de tu deuda.

—Y tú ya has dejado claro qué es lo que quieres a cambio, ¿no?

Enarcó una ceja y chasqueó la lengua ante su tono de voz.

—Si tuviese corazón me sentiría herido, Lena, muy herido —le soltó, sacudió la cabeza y caminó hacia ella.

—Pero no lo tienes, Aric, lo dejaste muy claro hace cinco años.

Ignoró su pulla.

—Hemos follado y lo has disfrutado —le dijo mirándola a los ojos—. Haz a un lado tus sentimientos, Lena, de lo contrario esta semana va a ser muy larga para ti.

—No voy a pasar la semana cerca de ti.

—No, cerca no, la pasarás conmigo —la corrigió sin más—, y una vez termine el plazo, podrás decidir si quieres seguir con tu vida en el punto en

que la dejaste o prefieres darle un giro. Tu deuda estará saldada y no habrá nada que te vincule ya al casino.

—¿Cómo sé que lo que dices es verdad?

—No lo sabrás hasta el séptimo día, entonces comprobarás por ti misma que todo lo que te preocupa, ha quedado atrás, incluyendo tu deuda con este casino.

Respiró profundamente, sin duda buscando serenarse y lo miró una vez más.

—Me has dicho lo que no es el servicio, pero no me has dicho lo que sí es.

—Una servidumbre a tiempo completo, una de la que yo disfrutaré al tenerte para mí y que tú encontrarás bastante estimulante.

—¿Esperas que sea tu esclava sexual?

—Espero que te pliegues a mis deseos, porque esos son también los tuyos, que te conduzcas con educación y respeto ante mí y ante terceras personas, que seas tú misma, porque eso es lo que quiero ver —resumió fácilmente—. ¿Crees que podrás hacerlo?

Entrecerró los ojos.

—¿Solo eso? —No parecía convencida, aunque sus palabras la habían calmado un poco.

—Vas a vivir conmigo durante los próximos siete días.

Abrió la boca y volvió a cerrarla.

—Podría ser peor...

—En la Mansión.

—¿Posees una mansión?

Sonrió y dejó a la vista sus colmillos, cosa que hizo que se estremeciese y fijase la mirada en su boca.

—Diría que más bien la mansión me posee a mí y a sus otros inquilinos.

—¿Otros inquilinos?

—Puedes entenderlo como una pensión humana.

La palabra *humana* la hizo respingar, su rostro le dijo que estaba recordando otro momento, unos recuerdos que debían haberse borrado y que sin embargo, conservaba.

—¿Por qué no siento ninguna clase de aprensión o temor ante todo esto? ¿Por qué veo que tienes colmillos y no salgo corriendo? ¿Por qué recuerdo el miedo que me hiciste sentir y ahora, ahora no puedo sino desear

estrangularte? —Lo miró y había verdadera desesperación en sus ojos—. Aric, tengo miedo, pero no por lo que veo sino por lo que no puedo sentir.

Le acarició el pelo.

—A veces es mejor no pensar en las cosas que uno teme y afrontarlas directamente, solo así se puede llegar a comprender la raíz de ese temor y ver que en verdad solo era desconocimiento.

Respiró profundamente, levantó la cabeza y lo miró a los ojos.

—¿Siete días?

—Siete días.

Asintió más para ella misma que respuesta a él.

—De acuerdo —suspiró—. ¿Y ahora qué?

—Ahora, como deudora, debes de ser presentada en la Arena, de modo que el *Circus* acepte el pago de la deuda bajo servidumbre.

—¿La *Arena*? —Sacudió la cabeza—. ¿Por qué me suena que estás haciendo un símil entre un circo romano y la presentación de los gladiadores? Ya sabes, los imbéciles que van a morir aquí acuchillados, devorados por leones, etc. Te saludan, oh gran capullo del imperio.

Rompió en carcajadas, no pudo evitarlo, la imagen que ella acababa de presentar era realmente muy divertida y, en cierto modo, no estaba muy alejada del carácter real de la *Arena*.

—Hay cosas que es mejor experimentarlas directamente, el misterio hace que la incertidumbre crezca y uno se vuelva mucho más sensible a todo lo que lo rodea —sentenció, se lamió los labios y sonrió mostrando los colmillos—. Solo recuerda una cosa, Helena, yo soy el único que tiene poder sobre ti.

Dicho eso abrió la puerta con un gesto de la barbilla, le cogió la mano y tiró de ella sacándola del pequeño cubículo.

CAPÍTULO 9

Helena empezaba a verse a sí misma como Alicia en el País de las Maravillas o, en este caso, Alicia en el País de las Orgías. La sala que apenas una hora antes había estado ocupada por jugadores y croupier, ahora parecía el escenario de una peli X; una muy rara.

—De acuerdo, Sombreroero, acabo de caerme por el agujero de Alicia en Pornolandia, ¿no?

Su acompañante gruñó, no parecía sorprendido por el espectáculo, sino molesto por encontrarse en medio de él.

—Esto es culpa tuya.

—Peeeeerdonaaaaaa —arrastró las palabras y agitó una mano en el aire señalando lo evidente—. ¿Ahora además de ser deudora soy maga?

—Si no te hubieses encerrado en los lavabos a estas horas ya estaríamos fuera de aquí y no tendríamos que atravesar esta locura colectiva.

—¿Esperas que pase por ahí en medio? —deslizó la mirada y no pudo evitar parpadear como un búho al ver a una pareja. Si bien ella parecía muy humana en su semidesnudez, el hombre parecía un cruce de fauno y vete tú a saber.

—¿Tiene el culo peludo? ¿Eso son cascos? —Sacudió la cabeza con un resoplido—. Dime que esto más que un casino es un burdel para que pueda matarte alegremente y largarme de aquí a la velocidad de la luz.

Gruñó de nuevo, sus ojos se oscurecieron y desnudó los labios.

—Empiezo a pensar que habría sido mejor que no te bebieses el cóctel de bienvenida y fueses una humana normal acojonada.

—¿El cóctel? ¿Así que ahora te dedicas a drogar a las mujeres que aparecen ante ti? —Se llevó las manos a las caderas—. Qué bonito, Aric,

pero qué bonito.

—Quéjate mañana, todavía no hemos llegado a lo más divertido de la noche.

—Ah, ¿pero hay más? —Se burló—. Dudo que algo pueda superar esto, cariño, es incalificable.

Y es que dudaba que alguien pudiese gemir más alto que la mujer que estaba siendo follada sobre la mesa de naipes, a pesar de tener la polla de otro tío en la boca, por no hablar de la pareja de hombres que se estaba practicando un sesenta y nueve mientras una preciosa morena reía y batía palmas mientras los miraba.

Estaba claro que su mente se había volatilizado, que lo que quiera que llevase la copa que le sirvió Aric era cojonudamente bueno, porque más que flipada y escandalizada, había empezado a excitarse y el recordar lo que su ex acababa de hacerle en el lavabo no ayudaba en nada a enfriar su ardor.

Se cubrió los ojos con las manos.

—Esto no está pasando, estás teniendo un sueño de lo más raro, cuando te despiertes estarás en tu cama, no te habrán desahuciado y nunca, jamás, habrás entrado en un casino en el que has vuelto a encontrarte con el hijo de puta del que solo recordabas lo bien que follaba, lo bueno que estaba y poco más.

—Buen intento, nena, pero no funcionará.

Dio un respingo al escuchar la sensual voz masculina que estaba intentando relegar a un inoportuno sueño.

—Todo es real.

—Pues vaya una mierda.

—Puedes dejar de cubrirte los ojos con las manos.

—No quiero —negó sin despegar las manos—. Me estoy poniendo nerviosa con tantos ruiditos sexuales.

—¿Nerviosa o caliente?

Apretó los muslos cuando un aguijonazo de placer la recorrió, bajó las manos y lo miró.

—Sácame de aquí ahora mismo.

El muy hijo de puta se cruzó de brazos y lo miró con esa expresión de divertida superioridad que la irritaba.

—¿Qué te dije sobre ser correcta y hablar con propiedad?

—Todavía no te he insultado —le recordó con un mohín—, y dadas las circunstancias creo que eso habla muy bien sobre mí.

Enarcó una ceja, su diversión empezaba a irritarla.

—No digas ni una sola palabra.

Un agudo gritito la hizo saltar, miró hacia el lugar de procedencia e hizo una mueca al ver a una mujer pasándolo de puta madre mientras la poseían entre dos. No sabía si compadecerla o tenerle envidia.

—¿Pero qué narices estoy pensando?

Se pasó las manos por el pelo y les dio la espalda, encontrándose de nuevo con la mirada de Aric.

—Sácame de aquí, por favor, por favor, por favor.

Pasó de ella hacia el lugar que había estado mirando y cuando volvió a centrarse en ella había cierta curiosidad bailando en sus ojos.

—Ni una palabra, Aric, solo sácame de aquí.

—Lo haré con una condición —le dijo, llamando su atención—. Déjame presentarte en la Arena.

—Lo que sea, lo que quieras, haré eso de los gladiadores y todo —asintió, cualquier cosa sería mejor que aquello—, pero sácame de aquí ahora mismo.

Sus labios se estiraron hasta que sus colmillos quedaron de nuevo al descubierto.

—Todo lo que se espera que hagas —le dijo al tiempo que se inclinaba sobre ella, acariciándole la mejilla con el aliento y finalmente con los labios —, es gemir, yo me encargaré de todo lo demás.

Parpadeó, se echó hacia atrás y lo miró.

—¿Gemir?

No respondió, se limitó a cogerla por sorpresa y echársela al hombro.

—Sí, mi querida Lena, gemir.

Helena empezó a perder el color y ya no sabía si era por sus palabras o por estar boca abajo sobre su hombro.

CAPÍTULO 10

Había pataleado y gritado con todas sus fuerzas mientras la llevaba como a una bombona sobre el hombro, se había desgañitado, clavándole las uñas, amenazando con morderle, pero cualquier posible lucha que hubiese ejercido durante los pocos minutos que le llevó a Aric recorrer aquel laberíntico lugar, se esfumó en el preciso momento en que atravesaron el umbral de una puerta. Si entrar en el casino había sido cómo enfrentarse a un extraño *País de las Maravillas*, aquello fue como aterrizar de golpe en otra época, en un lugar que desafiaba las leyes de la física, pues era visualmente imposible que la monumental construcción que la rodease fuese a caber, ni por arte de magia, en la habitación de un edificio, por muy grande que este fuese.

Había estado en Roma en su viaje de fin de carrera y la sensación que tenía ahora al encontrarse en ese lugar, hacía palidecer su visita al Coliseo. Mientras que la construcción romana estaba en ruinas, aquel lugar parecía intacto, los arcos y capiteles de un inmaculado mármol, las gradas adornadas con enormes estatuas que representaban a algunos dioses conocidos y a otros que no reconocía y la arena que sintió bajo sus pies cuando Aric la dejó en el suelo era tan real como el firmamento cuajado de estrellas que se elevaba por encima de ella.

—Aricles de Epiro, ¿qué te trae a la arena del *Circo de las Almas*?

Se giró de inmediato hacia el lugar de procedencia de la voz, recorrió las gradas vacías hasta llegar a una tribuna en la que se encontraban tres figuras sentadas y vestidas de blanco, cuyos rostros quedaban ocultos en la penumbra.

—Traigo a una deudora que ha aceptado pasar la servidumbre, honorables *dikastes* —respondió con una voz firme, profunda, que parecía resonar en la inmensidad de aquel lugar—. Solicito el beneplácito de la *Arena*.

—Que la *Arena* de los tiempos antiguos guíe tu mano y juzgue si su alma es digna.

La réplica llegó en varios tonos de voz, en distintos tempos y parecieron inundar cada recoveco del circo en forma de eco y cuando este se extinguió, también lo hicieron los tres individuos. Una serie de pebeteros empezaron a encenderse sistemáticamente alrededor del estadio, su luz se derramó hacia el centro, creando una especie de estrella en cuyo centro había una especie de estrado en penumbra.

Helena era incapaz de dejar de mirar de un lado a otro, incapaz de procesar todo lo que veía, lo que sentía al punto de empezar a palparle la cabeza.

—Respira, pequeña, solo respira.

—Esto... esto es... un circo romano.

—Es el *Soul Circus*, el *Circo de las Almas*, el lugar en el que se juzga, se encadena o se libera un alma.

—Pero cómo... —Giró sobre sí misma, mirando de un lado a otro, señalando el lugar por dónde creía que habían entrado, pues ya no conseguía orientarse—. Estábamos en el casino, en una sala y abriste una puerta... Es imposible que esto esté dentro de una habitación.

—El circo está en una dimensión especial —le dijo con un ligero encogimiento de hombros—, digamos que no siempre está disponible para quienes quieren visitarlo y sí lo está para aquellos que deben llegar a él.

Le miró, entonces volvió a mirar a su alrededor, el cielo por encima de su cabeza y se estremeció.

—Creo que me va a estallar el cerebro.

—Cierra los ojos. —Notó sus manos sobre los hombros, los dedos firmes, cálidos—. Respira profundamente, siente el aroma del pasado, de la arena. Escucha, pon atención a los murmullos, oye lo que te dicen...

Siguió sus instrucciones empujada por su voz, cerró los ojos, respiró profundamente y escuchó el silencio, uno que pronto empezó a llenarse de murmullos, de voces que no acababa de comprender hasta que algunas palabras se hicieron más claras.

«*Entrégate*».

«*Bebe de él*».

«*Derrama el alma*».

«*Siente*».

«*Entrégate*». «*Entrégate*». «*Entrégate*». «*Entrégate*».

Todo se volvió una cacofonía, el calor empezó a extenderse por su cuerpo, se le hincharon los pechos, sus pezones se endurecieron y empezó a sentir como se humedecía a causa del deseo que surgía en su interior, un hambre inesperada que parecía dispuesta a arrasarlo con todo.

Abrió los ojos de golpe y se encontró frente a Aric, sus pupilas eran del color de la sangre, el ardor del deseo presente en ellas, su piel parecía más brillante e intensa, con un oscuro bronceado que hacía que quisiera relamerse.

—Bienvenida a la *Arena*.

Su voz era erótica, sensual y contenía un deje de sexo puro que la puso inmediatamente cachonda. Helena sabía que había batallas que no podía ganar y aquella era una de ellas.

La acechó como un león a su presa, la hizo retroceder, paso a paso, el suave crujir de la arena resonaba en el silencioso lugar, pero todo en lo que podía pensar era en la peligrosa bestia que la seguía, que la empujaba sin tocarla hasta el centro del circo.

—Sospecho lo que tienes en mente y no me parece que sea buena idea.

—Yo creo que es una idea maravillosa.

Su voz sonaba más oscura, su sonrisa se hizo peligrosa al mostrar esos colmillos, se estremeció, fue incapaz de retenerlo, como tampoco pudo evitar que su sexo palpitase de necesidad ante su presencia. Todo aquello era una locura, su mundo parecía haberse esfumado en un abrir y cerrar de ojos para ir a parar a otro en el que nada era lo que debía, dónde el suelo se convertía en techo y lo irreal en cotidiano.

Se detuvo al chocar con algo duro, miró por encima del hombro y comprobó con asombro que se trataba de una cama enorme sobre un estrado de piedra, con postes que imitaban a las columnas dóricas de las que colgaban unos pañuelos de seda oscura del mismo color que las sábanas que cubrían aquel lecho.

—Hora de jugar, Lena.

Escuchó su voz acariciándole la oreja, sus labios le mordieron ligeramente el arco de una de ellas, sin duda un truquito de distracción para que no fuese consciente de las muñequeras que rodearon de repente sus muñecas. Un parpadeo y miraba atónita a Aric, otro parpadeo y se encontró extendida sobre la cama, totalmente desnuda y con las muñecas ancladas a las cadenas que salían de cada argolla de las columnas.

CAPÍTULO 11

—¡ Ah no! ¡ Ni hablar! ¡ Suéltame ahora mismo!

Aric no podía dejar de mirarla, era como un sacrificio, una vestal dispuesta a entregarse al dios al que había sido consagrada. Se lamió los labios, verla contonearse sobre la cama, apoyando los pies sobre el colchón para levantar las caderas rezongando, era más de lo que podía soportar, su polla protestó al momento, doliéndose de necesidad. No importaba que acabase de tenerla, quería más, lo quería todo de esa mujer.

—¡ Suéltame, te digo!

—Me parece que me gustas atada.

Chilló y le lanzó una patada, la cual esquivó por casualidad, las cadenas tintineaban con cada movimiento, su cuerpo blanco contrastaba contra las sabanas negras, era una diana en toda regla y era incapaz de quitarle los ojos de encima.

Se deshizo de su propia ropa con un pensamiento, su pene agradeció el haberse liberado de las constricciones, saltó sobre su estómago, erecto, estaba más que excitado ante la presencia de esa mujer.

—Aric, a menos que quieras que te arranque la piel a tiras, ¡ suéltame ahora mismo, bastardo! —Volvió a tirar de las muñecas y emitió un suave gemido—. Sácame estas cosas, me hacen daño.

Le dedicó una mirada carente de interés, sabía perfectamente que las esposas estaban bien colocadas y no dañarían su suave piel.

—Deja de retorcerte y no te lastimarán.

Lo insultó y batalló como una leona durante algo más de quince minutos, entonces se rindió con un resoplido. Su cuerpo estaba brillante por el sudor, sus labios parcialmente abiertos mientras jadeaba en busca de aire.

—Eres un capullo.

Sonrió de soslayo, se levantó y caminó hacia ella.

—Prefiero el término demonio o *sanguinar*, si lo prefieres.

Las mejillas se le encendieron, su piel blanca adquirió un ligero tono sonrosado que le encantaba.

—Te llamaría colmilludo si eso no fuese insultar a los vampiros.

Sonrió con cierta ironía, si tan solo ella supiese.

—Si ya has terminado de protestar, ¿por qué no abres las piernas y me muestras lo que tienes para mí?

Su respuesta fue cerrarlas con más fuerza, estaba convencido de que eso era lo que iba a hacer, así que agitó la mano y tomó en sus manos el ritmo del juego. Las piernas femeninas se abrieron por sí solas, ella soltó un jadeo indignado y empezó a escupir maldiciones.

—Eso está mejor.

—¡Y una mierda que lo está!

—¿Vas a decirme que no estás mojada, muy cachonda y te mueres porque entierre mi polla en ese dulce coñito?

—Esta me la vas a pagar muy cara, Aricles.

Esperó hasta que su cuerpo se relajó de nuevo, no había necesidad de apresurarse, conocía a Lena y sabía que terminaba claudicando cuando todas las opciones de salirse con la suya se agotaban. Eso fue una de las cosas que le llamó la atención sobre ella, pasase lo que pasase, no se daba por vencida.

Subió al lecho, sus manos acariciaron los suaves muslos separándoselos. Se tumbó sobre el vientre, con la cara a centímetros de su sexo, manteniéndola abierta para él mientras le sostenía la mirada a través de su cuerpo. No pudo evitar sonreír con arrogancia, permitiéndole incluso ver un vislumbre de sus colmillos, recordándole así mismo quién era él y dónde estaba.

Desde luego, el brebaje del casino obraba milagros, aunque su durabilidad era finita, mañana volvería a ser dueña de todas y cada una de sus reacciones.

—Solo quiero darte placer, Lena, sé buena, quédate ahí quietecita y disfruta de la función.

No resopló, eso ya era una pequeña victoria, pensó bajando sobre la unión de sus muslos, resbaló las manos por la cara interior, abriéndola para

él y se relamió interiormente. Sopló sobre su clítoris, una manera de hacerla consciente de la vulnerable posición en la que estaba, su respuesta no se hizo de esperar, el tintineo de las cadenas le dijo sin necesidad de mirar que estaba intentando liberarse. Tenía que admitir que la idea de tenerla así, atada a la cama, era realmente caliente.

Bajó la cabeza y gruñó ante su sabor, la lamió con suavidad, comprobando cada una de las reacciones de su cuerpo, sintiendo cómo se tensaba en un momento y se relajaba al siguiente, aprendiendo todo lo que podía sobre la extraña mujer que le había caído en el regazo. Jugó con la protuberante perla, atormentándola con la punta de la lengua mientras disfrutaba de su sabor, escuchó de nuevo el tintineo de las cadenas, pero ya no tiraba de ellas, sus dedos se envolvían alrededor de la cadena en busca de una sujeción que no encontraba de otra manera.

La torturó con lentas pasadas de la lengua haciendo engrosar ese nudo de nervios, con cada nueva pasada intentaba levantar las caderas, más su posición le impedía mover siquiera el culo de la cama.

Sonriendo para sí resbaló la palma sobre su vientre, ascendiendo hasta sus pechos dónde encontró los tensos pezones que no dudó en atormentar, provocando que ese delicioso cuerpo se tensara bajo él.

Ella gimió, por más que quisiera retener esos dulces sonidos, su cuerpo hablaba por sí solo y se alzaba con el poder, sabía que la estaba excitando, que sus dedos y lengua la estaban volviendo loca, pero no lo admitiría así tuviese que caminar descalza por un campo de brasas.

—Aric —pronunció su nombre. No era una hembra dada a suplicar, lo que hacía que su rendición fuese si cabía mucho más dulce para él—. No te detengas...

Podía sentir su excitación, su necesidad de correrse, pero no iba a darle lo que deseaba con tanta facilidad. La torturó durante unos minutos más hasta que de sus labios ya no sabía si salían súplicas, gemidos o sollozos, entonces la llevó a su primer orgasmo con rápidas pasadas de su lengua. Notó su estremecimiento, la manera en que su sexo se contrajo y aumentó de color y esa deliciosa boca gritó de alivio, pero no dejó de lamerla, siguió saboreándola, succionándole el clítoris hasta que empezó a retorcerse y gemir, pronunciando una y otra vez su nombre mientras sacudía la cabeza de un lado a otro y tironeaba de las cadenas.

—Ari por favor... —lloriqueó—. Tú ganas, tú ganas.

Sonrió para sí, abandonó su entrepierna, se limpió la boca y se alzó sobre ella, enjaulándola entre sus piernas.

—Todavía no, pero lo haré, pronto.

La aferró de las caderas y tiró de ella, estirándola al límite de las restricciones, posicionó la punta de su pene contra la húmeda abertura de su sexo y empujó en su interior hasta alojarse por completo.

Gimoteó, se contorsionó, intentó moverse, pero las esposas le impedían moverse, sacudió la cabeza de un lado a otro y musitó en voz baja cosas inteligibles.

—Siénteme, Lena, solo siénteme.

Deslizó las manos de las caderas a las nalgas, levantándola, buscando una posición cómoda para ambos, entonces empezó a retirarse solo para volver a enterrarse profundamente en ella. Se movió con golpes lentos y precisos, rotando las caderas para alcanzar ese punto que sabía la volvía loca, salvaje y hacía que se entregase completamente a él. Una y otra vez, entró y salió de su cuerpo, arrastrándola con él, seduciéndola cómo solo alguien de su raza podía hacerlo, ella podía haber terminado allí por equivocación, sin saber las reglas, pero ahora era suya y tenía la obligación de mantenerla en ese extraño limbo hasta que llegase el momento de traspasar el umbral de la carpa y tomar su propia decisión.

Estiró la mano por encima de su cabeza y chasqueó los dedos, al momento las esposas se abrieron dejándola libre, la cogió de las manos y tiró de ella hasta sentarla sobre su regazo, su polla completamente enterrada en su interior, le rodeó la cintura con un brazo y la levantó, manteniéndose unido a ella solo por la punta.

—Rodéame el cuello con los brazos —la instruyó, guiándola a ello. No se resistió, su cuerpo le pertenecía, podía sentir su sexo pulsando, apretando la punta de su miembro haciendo que quisiese hundirse de nuevo en ella—. No me sueltes, Lena, pase lo que pase, nunca me sueltes.

Lo miró a los ojos, le envolvió los hombros con los brazos y se apoyó en él.

—Sigues siendo un capullo, *sanguinar* —le susurró al oído—. Acaba de una maldita vez y fóllame.

Sonrió para sí, tomó su boca en un hambriento beso y atrajo sus caderas contra las propias, penetrándola de golpe, arrancándole un gemido que se

repitió a lo largo de aquella erótica cabalgata que los dejó a ambos sin aire y completamente saciados en la arena del *Circus*.

CAPÍTULO 12

Cuando la puerta se abrió por sí sola Aric supo que el Circo de las Almas había aceptado el sacrificio y concedía a la deudora la posibilidad de pagar su deuda. Aquel antiguo anfiteatro tenía sus propias reglas, nunca sabías a donde te llevaría cada puerta que se abriese ante ti, así que el que está los condujese a su propia habitación en la mansión lo hizo sisear. Vaciló en el umbral, echó un vistazo hacia atrás y sacudió la cabeza.

—No puedes estar hablando en serio.

El silencio fue la única respuesta, sabía que tenía que dar el paso, no podía permanecer eternamente en la *Arena*. Bajó la mirada a la mujer que llevaba en brazos, Helena se había quedado frita, tan pronto posó la cabeza en su hombro suspiró y se quedó dormida.

Estaba agotada, pero su agotamiento venía de atrás, un cansancio psicológico que había llegado a su punto culminante en el casino.

Miró de nuevo la habitación ante él y dio un paso adelante con decisión, la puerta se cerró a su espalda y no necesitó mirar atrás para saber que se había desvanecido y allí solo estaba la pared.

Sintió el temblor bajo sus pies, una sutil manera que tenía la mansión de decirle que sabía que estaba en casa y que no venía solo.

Dejó a Helena en su cama, la vistió con una prenda que sabía le gustaba y la arropó con un gesto de la mano.

Parecía una niña inocente, un ser desvalido que había atravesado el mismo infierno, su fragilidad era lo que lo había atraído a ella esa primera vez cinco años atrás, lo que había hecho que no pudiese alejarse de ella tras verla en aquella playa, contemplando el horizonte a la orilla del mar.

Él había salido en busca de una presa para saciar su hambre y había encontrado mucho más.

Helena había sido ajena a todo lo que la rodeaba, estaba tan ensimismada en sí misma y en la forma en la que el agua le lamía los pies, que no le importaba que alguien la viese jugando allí, huyendo de las olas,

dejando sus huellas impresas en la mojada arena. Se limitaba a disfrutar del momento y habría seguido haciéndolo en soledad de no ser por el oportuno vuelo de una gaviota a la que ella siguió con la mirada y lo encontró a él.

La resaca marina volvió a lamer la orilla, bañándole los pies con una fuerza que la hizo respingar.

—¿Tan fría está? —mencionó, dedicándole una perezosa sonrisa que sabía solía atraer a las mujeres como una abeja a la miel.

—Un poco.

Su respuesta fue vacilante, vio como paseaba la mirada por la cala, sabiendo que era una zona escondida, que no tenía mucha afluencia.

—Te he asustado, te pido disculpas —declaró alzando ambas manos, mostrándose inofensivo—. Me parece que he interrumpido un momento íntimo con el mar.

Sus palabras parecieron relajarla, le devolvió la sonrisa con renuencia y le dio de nuevo la espalda para contemplar el horizonte.

—Es relajante sentir la brisa en el rostro y ese aroma a sal en el aire, no muchas veces se puede disfrutar de la intimidad de una cala como esta —comentó con una voz dulce, melosa, entonces lo miró por encima del hombro—, aunque parece que he perdido la exclusividad.

—Este lugar invita a la soledad, permite que cualquiera pueda quitarse la máscara, ser uno mismo, sin recibir el juicio de alguien más.

Ella abrió los ojos como si hubiese dicho algo que la afectaba de modo cercano y lo vigiló a medida que avanzaba hacia ella.

—Soy Aric, por cierto —le tendió la mano a modo de saludo.

—Helena. —Correspondió a su saludo con cautela, podía ver en sus ojos que era precavida, pero también estaba interesada en él.

—Tienes un acento, curioso... —apreció—, no eres de aquí, ¿verdad?

Negó con la cabeza y algunos mechones se escaparon de su recogido.

—No, solo he venido a pasar unos días.

—¿Trabajo?

—Algo así —aceptó aceptando su interés—. ¿Y tú? ¿Eres de aquí?

—Curiosamente también estoy de paso —admitió y se lamió los labios—. He venido a cerrar algunos negocios y el lunes volveré a casa.

—Así que, un viaje de fin de semana.

—A veces no se puede disponer de más tiempo.

Unos bonitos ojos azules lo miraron bajo las oscuras pestañas, la atracción estaba allí, pero también la cautela, como si el solo hecho de sentirse interesada en él la pusiese alerta.

—Pero si se sabe aprovecharlo, pueden crearse momentos verdaderamente inolvidables —murmuró bajando el tono de voz, dejando que su esencia pasease por su voz como un canto de sirena—, ¿no te parece?

Se lamió los labios, sonrió suavemente y ladeó la cabeza.

—No sabría decirte, hasta el momento no he creado ninguno.

Acortó la distancia entre ambos.

—Um, pues habrá que ponerle remedio, dulce Lena.

Todo lo que tenía en mente era seducirla, conquistarla, alimentarse de ella y abandonarla, poco podía imaginar que ese primer beso los llevaría sin embargo a compartir mucho más durante esos días.

Se despegó de sus labios escuchándola gemir, sonrió y le acarició la mejilla con el pulgar.

—¿Te atreves a darte un chapuzón?

Ella parpadeó un poco confundida por su beso, lo miró y miró el agua.

—¿Ahora?

—Ahora —respondió besándola tras la oreja, arrancándole una risita al mismo tiempo—. ¿Acaso hay un momento mejor?

Se quitó la camisa, el cinturón, se deshizo de los zapatos y calcetines, le dedicó un guiño y se desprendió de los pantalones con total despreocupación.

—Cuando estés lista... —le dedicó un guiño, dio media vuelta regalándole una buena visión de su espalda y culo y se metió en el agua sin muchos aspavientos.

—¡Estás loco!

Escuchó sus carcajadas y, momentos después sus pasos chapoteando en el agua, jadeando por la fría temperatura y riendo aún más cuando él la salpicó.

—¡Está helada!

La rodeó con los brazos, atrayéndola hacia él.

—Eso podemos arreglarlo.

Capturó sus labios y obtuvo una tímida, pero rápida respuesta que lo animó a profundizar en su interior. La degustó, se deleitó en el salado

sabor que la recubría mientras la ceñía aún más contra él.

—¿Mejor?

Ella se lamió los labios y ronroneó.

—Un poco, pero deberás seguir intentándolo.

Ahora fue él quien se carcajeó.

—Será un verdadero placer.

Habían terminado follando primero sobre la arena, después contra las rocas, para finalmente irse al hotel en el que se estaba alojando Helena a continuar la fiesta. Esa noche se había alimentado de ella, había probado su sangre y había comprendido que quedarse a su lado podría ser un enorme error.

Tres días, habían sido solo tres días, pero fueron suficientes para comprender que podría hacerse adicto a esa mujer y no era algo que contemplara. Las emociones que crecieron en su alma le hicieron dar un paso atrás, la conciencia de que ella era humana y él un demonio le abrió la mente; una cosa era disfrutar del momento, alimentarse de ella, pero otra cosa era conservarla.

El destino, sin embargo, parecía dispuesto a jugar con ambos, no solo había vuelto a ponerla en su camino, sino que lo hacía de una manera rotunda, una que no podía evitar.

—Es un juego demasiado peligroso el que has venido a jugar, Lena — murmuró rozándole el pelo una última vez—, uno al que no puedo permitirme perder.

Se apartó de ella, se cambió de ropa con un solo pensamiento y salió de la habitación. No le cabía la menor duda que la Mansión cuidaría de ella hasta que volviese a su lado.

CAPÍTULO 13

—Buenos días, buenos días, pero que muy buenos... —El recién llegado se frenó en seco—. No, buenos para ti no son. ¿Te dio tiempo a tomar nota de la matrícula del camión que te atropelló?

Aric levantó la cabeza del café que saboreaba y miró a Fey, su hermano estaba más fresco que una lechuga, tenía un buen tono de piel y ese brillo de poder en los ojos que hablaba de una reciente alimentación. Se dejó caer en el asiento contiguo al suyo y tuvo que plegar automáticamente sus alas para no rozarse con él.

Se había pasado la noche paseando por los jardines, moviéndose de un lado a otro como un león enjaulado hasta que la Mansión decidió que ya había hecho suficiente ejercicio y cambió los senderos para obligarle a bajar hacia el lago. La luna se había reflejado en la superficie del agua, la suave brisa había mecido los árboles que rodeaban el lugar y había cedido a la necesidad de refrescarse.

No quería volver con Helena, no quería regresar a su propio dormitorio y verla allí, acurrucada en su cama, no hasta que consiguiese aclararse la mente y encontrase un camino adecuado para enfrentarse a la semana que tenía por delante. Ella no era una deudora más y los próximos días no iban a ser solo un reflejo de sus más íntimos deseos.

Se deshizo de la ropa con un solo pensamiento, olía a ella, tenía su sabor en la boca, si cerraba los ojos podía notar el tacto de sus manos sobre su cuerpo. Gimió, le dolían los colmillos, su aroma lo encendía, su polla erecta era testigo de su deseo. Echó un vistazo al lago y no se lo pensó dos veces, alivió la tensión en los músculos de sus hombros y convocó sus alas. El alivio que sintió al extenderlas fue instantáneo, odiaba tener que replegarlas, pero no era una opción ir por ahí con dos extremidades articuladas con un diseño similar al de los murciélagos. La luz de la luna incidiendo sobre la sedosa y dura membrana creaba un extraño arcoíris sobre el brillante azabache.

Comprobó con suavidad que cada músculo respondía, dio una fuerte sacudida levantando una corriente de aire y asintió satisfecho al ver cómo cada tendón soportaba el golpe y caminó con decisión hacia el lago.

Siempre le había gustado la sensación del agua lamiendo su piel, incluso sus alas, pero esta noche lo que realmente iba a agradecer era que la temperatura del agua lo calmaría lo suficiente como para poder pensar de nuevo con claridad.

Se había pasado la noche medio en remojo, medio en vela, con el resultado de haberse despertado con el sol asomando sobre las montañas y el canto de los pájaros en los oídos. El tiempo de indulto se había agotado, todos sus instintos tiraban de él en una única dirección; Helena.

Y sin embargo, allí estaba, en el comedor familiar, con sus alas presentes y replegadas y una taza de café que hacía tiempo se había enfriado entre las manos y todo porque era incapaz de enfrentarse a la mujer que amaba. Porque ese era el maldito problema, se había enamorado de Helena aquel día en la playa y no había podido sacársela de la cabeza desde entonces.

Dejó a un lado la taza y le echó un vistazo al hombre que lo miraba entre curioso y preocupado. Si bien no eran hermanos de sangre, pertenecían a la misma casta, lo que los hacía algo así como primos lejanos. La verdad es que ninguno de los que habitaban la mansión tenían más relación entre ellos que el haberse conocido a través del casino, habían sido seleccionados personalmente por la Banca para llevar a cabo esos intercambios y para muchos, esta era la oportunidad para dejar atrás sus pasados y tener una nueva oportunidad de futuro.

Ser un demonio en un mundo en el que las antiguas creencias no eran otra cosa que eso, viejas creencias, olvidadas historias o interpretaciones bíblicas, era tener que esconderse, ocultar quienes eran realmente para adaptarse y poder vivir. El mundo sobrenatural al que pertenecían era casi un tabú, para la humanidad no era otra cosa que una fantasía, no realidad y, por el bien de todos los que habitaban en las sombras, siempre debería ser así.

Debió guardar silencio más tiempo del que pensaba, porque su compañero se giró completamente en la silla y entrecerró los ojos.

—Anoche entraste en la Arena. —No era un secreto, cuando alguno de ellos hacía el sacrificio, los demás lo sabían—. ¿Fue todo bien con tu deudora?

—Todo transcurrió cómo debía haberlo hecho —respondió sin más—. Ella pasó el sacrificio.

—Er... vale, entonces, ¿qué coño haces aquí? ¿Dónde has dejado a la gatita?

Dejó escapar un largo suspiro y levantó el pulgar, señalando hacia el techo.

—Arriba.

Él siguió su gesto con la mirada y frunció el ceño.

—¿Arriba?

—Está en mi dormitorio, Fey, el *Circus* nos envió directamente a la *Mansión*.

—¡No me jodas!

—No tengo la más mínima intención de hacerlo.

Su compañero se pasó la mano por el pelo, estaba tan alucinado como lo había estado él cuando se abrió la puerta y reconoció el destino.

—La deudora está aquí, en la Mansión.

—Ajá.

—¿Desde anoche?

—Yep.

—¿Y no la ha echado con cajas destempladas?

Se encogió de hombros y sus alas respondieron al gesto.

—Dado que todavía la siento en el lugar que la dejé y la Mansión está realmente silenciosa, diría que ha aceptado su presencia.

—Joder.

—Tu palabra favorita.

Una puerta se abrió al otro lado de la enorme sala y apareció un bostezante Usher, su compañero enarcó una ceja nada más verle.

—¿Qué has hecho con la deudora? ¿No pasó la prueba de la Arena?

—Está durmiendo arriba.

—¿Cómo? —Su sorpresa era pareja a la de Fey.

—El *Circus*.

El recién llegado se quedó a su lado, miró sus alas y luego a él.

—¿Ella está bien?

Aric enarcó una ceja.

—Te recordó. —No era una pregunta, le sostuvo la mirada.

—Sí. —Breve, sin mayores explicaciones, pero tampoco no hacían falta, ambos parecían haber pillado el significado de la falta de palabras.

—El destino es un enorme hijo de puta —chasqueó Fey.

—Pero nunca da puntada sin hilo —acotó Usher sentándose a la mesa—. Ahora entiendo porque la vi contigo en la mesa, con los dados en las manos.

En un abrir y cerrar de ojos apareció ante él un set de desayuno completo, el aroma del pan recién hecho, de la mantequilla, salchichas vienesas, eran los favoritos del chamán y la casa lo sabía. En muchos aspectos era como tener un ama de llaves y un tropel de criados que trabajaban para todos ellos, la Mansión se encargaba de todo con una precisión milimétrica, incluso de dejar claro a quién quería y a quién no dentro de sus paredes.

—¿Qué tal ha aceptado sus nuevas circunstancias?

Puso los ojos en blanco.

—Si por nuestras circunstancias te refieres al hecho de que se ha metido en un casino llevado por demonios, que se ha visto en medio de una réplica del Coliseo de Roma en sus buenos tiempos y que la he follado en el estrado de la Arena... —ladeó la cabeza—. Se le da bien insultarme, maldecirme, amenazarme y, oh, sí, el brebaje que preparas para el *Circus* la ha emborrachado.

—¿Cómo? —Jadeó—. ¿Es una broma?

Negó con la cabeza.

—Empiezo a pensar que esa mujer es capaz de emborracharse con un vaso de agua —aseguró y se pasó una mano por el pelo—. Nunca he visto una reacción igual, fue... entre gracioso y aterrador.

—Eso es nuevo —aceptó Fey con gesto pensativo—. A Rhiannon la achispó, pero en ningún momento estuvo ni colocada ni mucho menos borracha.

—Pues Helena se ha llevado el premio.

Dejó escapar un profundo suspiro y se puso en pie.

—Y hablando de premios, tengo que asegurarme de que el mío sigue en el lugar en el que la he dejado.

—¿Y vas a ir así?

Miró sus alas ante el gesto de barbilla de su compañero.

—¿Prefieres que vaya desnudo?

Puso los ojos en blanco.

—Creo que un acercamiento más sutil no te iría mal, ya sabes, sin esos apéndices membranosos que llevas en la espalda.

Su respuesta fue levantarse, acomodar sus alas, sin hacerlas desaparecer y, tras coger un trozo de pan con mantequilla que se llevó a la boca, posó una mano sobre los hombros de sus dos compañeros.

—Buscaos unos tapones para los oídos —les soltó—. Será mucho más efectivo que el retrasar lo inevitable.

Palmeó sus hombros y los dejó, ya era hora de que se enfrentase con aquella mujer y empezase a concienciarse de que tenía siete días para pasarlos con ella.

CAPÍTULO 14

Helena se quedó un buen rato mirando el techo, estaba totalmente desorientada, su mente era un galimatías de momentos, cada cual más bizarro, todos ellos protagonizados por el hombre que había desaparecido de su vida cinco años atrás.

Un encuentro fortuito en la playa los había unido y ahora volvían a encontrarse bajo la luz de los focos de un casino. Si tan solo fuese eso, un reencuentro, podría arreglárselas, pero el hombre que había vuelto a su vida no era el mismo que la había dejado o, quizás sí lo era, solo que su perspectiva de él había cambiado radicalmente.

Aric Epiros era un demonio, un *sanguinar*, fuese lo que fuese eso, sus ojos, esos desarrollados caninos, se estremeció ante el recuerdo, pero no encontró el miedo que esperaba. ¿Preocupación? Por supuesto. ¿Nerviosismo? Dios, sí. Y por encima de todo, más allá del miedo, de la incomprensión y lo absurdo, estaba el deseo. Porque lo deseaba, cada vez que esas manos se deslizaban por su cuerpo perdía el control y su cerebro se volvía papilla.

Había sido así desde el primer instante, desde que sus ojos se cruzaron con los de él en aquella playa. No recordaba qué fue lo que le llamó la atención, ni cómo terminó aceptando aquel erótico juego, ahora se preguntaba si aquello no habría sido algún truco motivado por él.

¿Cuántas veces pensó en él después de que se hubiese marchado? ¿A cuántos hombres miró buscando en ellos algo que le recordase a él? Los últimos cinco años había ido a trompicones, pasando de una relación a otra, o ellos eran unos auténticos imbéciles o ella no acababa de encontrar

ese algo necesario para que funcionase la relación, no había sido consciente de qué era lo que faltaba hasta ahora.

Pero el recuerdo de aquel hombre y el *ser* que había descubierto debajo de esa piel luchaban ahora en su mente en un intento por encajar en un solo lugar. Lo que solo había leído en libros de fantasía o en antiguos manuscritos se hacía realidad, era como si le hubiesen quitado una venda de los ojos y estuviese viendo el mundo por primera vez.

Se cubrió el rostro con las manos, se revolvió bajo las sábanas y empezó a apartarlas a patadas.

—Esto es de locos, de locos —jadeó, se incorporó de golpe y comprobó que llevaba un pijama corto que muy bien podría habérselo comprado ella.

Intentó pensar, buscar en su mente los sucesos de la noche anterior y, cuanto más pensaba en ello, más absurdo se volvía todo. La luz que entraba a través de las cortinas la avisó del comienzo de un nuevo día, ni siquiera se había percatado del momento exacto en el que habían dejado aquel impresionante lugar, ni cómo había terminado allí, donde quiera que fuese eso. Bajó los pies al suelo, se pasó los dedos por el pelo y respiró profundamente.

—¿Aric?

Pronunció su nombre una vez, dos, pero no obtuvo respuesta. Esto tenía que ser obra suya, otro de esos extraños *Hocus Pocus* que parecía sacarse de la manga con total facilidad.

—Un circo romano —musitó, aquello era algo que no podría olvidar jamás. Ahora que pensaba en ello con la cabeza fría se daba cuenta de lo mucho que le habría gustado explorar aquel lugar, comprobar si las estatuas eran de quienes parecían ser, si la edificación era de mármol, la bibliotecaria y amante de la historia que corría por sus venas ardía en deseos de saber—. He estado en un jodido circo romano.

Sacudió la cabeza, bajó la mirada a sus manos y comprobó sus muñecas, la sensación de las esposas alrededor de ellas era inquietantemente viva. Se las frotó con un escalofrío y se puso en pie en el mismo momento en que una puerta se abría al otro lado de la habitación.

—¿Aric? ¿Eres tú?

Escuchó el sonido del agua, las luces se habían encendido y no pudo evitar que la recorriese un escalofrío por todo el cuerpo, sin embargo eso no evitó que avanzase con decisión hacia allí y entrase en un bonito cuarto de

baño cuya bañera se estaba llenando en aquellos momentos con agua caliente.

Se mordió el labio, la tentación era absoluta, desde que la habían echado de su hogar no había podido darse el capricho de sumergirse en una bañera, tenía que conformarse con las duchas del gimnasio; por suerte la cuota solía pagarla en efectivo, por lo que tenía todo el mes abonado.

El aroma a flores le hizo cosquillas en la nariz y, antes de poder meditar bien si era o no correcto, se despojó de la ropa y se sumergió en aquella delicia.

—No me importa ser *Alicia en el País de las Maravillas* con tal de tener de vez en cuando uno de estos —cerró los ojos y suspiró de placer mientras se hundía hasta la barbilla en el agua perfumada—. Ay, señor, todo esto es más bizarro que en esa adaptación de *Tim Burton*.

—Pero al contrario que en esa película, esto es real.

Abrió los ojos de golpe, se movió agitada y el agua de la bañera salpicó el suelo mientras se aferraba a los bordes como acto reflejo. Se giró hacia el lado de la puerta y se encontró con esos conocidos ojos y una perversa sonrisa curvándole los labios.

Cualquier posible réplica que tuviese a punto en los labios murió ante la visión que tenía ante ella. Abrió los ojos como platos, sintió que el aire se esfumaba de sus pulmones y terminó boqueando como un pez. Su mente era incapaz de procesar lo que veía, de entender que ese fenómeno que estaba ante ella y se la comía con los ojos era el hombre con el que se había acostado.

Alas, esas cosas negras membranosas con aspecto de neopreno que asomaban por encima de sus hombros y a sus costados eran dos jodidas alas.

—¿En serio? —Acabó gimiendo y señalándolo sin saber dónde detenerse de su anatomía—. ¿Eres pariente de *Batman* o algo?

Puso los ojos en blanco y avanzó hacia ella, con cada paso que daba esos apéndices estaban más cerca, la manera en que la luz incidía sobre ellos creaba brillos entre azules y verdes que se iban variando a medida que se movía.

—*Batman* no es más que un superhéroe de cómic, no es real.

—¿Y tú sí?

Se acuclilló al lado de la bañera y pudo ver el arco superior de las alas, la parte inferior permanecía en el suelo como si fuese una sábana.

—¿Quieres comprobarlo? —Le tendió la mano, parecía estar pasárselo muy bien mientras que ella no hacía otra cosa que preguntarse por qué no estaba gritando a pleno pulmón.

—¿Ese coctel todavía está haciéndome efecto o es que ya se me ha fundido por completo el cerebro?

—El efecto del brebaje se va diluyendo con el paso del tiempo, al menos ahora no pareces totalmente embriagada —aseguró con total tranquilidad y, al ver que no aceptaba su mano la hundió en el agua, agitándola con los dedos—. ¿Qué tal has dormido?

—Alas, tienes dos jodidas alas de... murciélago a la espalda y me preguntas que tal he dormido. —Se rio de forma histérica, al menos en sus oídos le pareció así—. Vale, ¿ahora es cuando te conviertes en murciélago y sales volando por la ventana como *Drácula*?

Nada más pronunciar aquel nombre sintió como el color le escapaba de la cara.

—Respira, Helena, respira profundamente.

Lo miró a la cara, lo recorrió con la mirada y sacudió la cabeza.

—*Sanguinar* viene de sangre, ¿verdad? —lo dijo en un hilito de voz.

Resbaló la mano que tenía en el agua hasta su rostro, acunándole el rostro mientras le sostenía la mirada.

—Necesito que respires profundamente, estás a punto de entrar en shock.

—Llevo en shock desde el mismo instante en que atravesé la maldita puerta del casino —jadeó y lo señaló—, aunque con esto, lo más probable es que termine catatónica.

—Si no has acabado en ese estado hasta el momento, un poquito más de información no te llevará allá.

—¿A esto lo llamas un poquito más de información? ¿Hola? Tío, tienes alas, colmillos, eres un demonio y ni me atrevo a preguntarte si bebes sangre.

—Bien, pues no preguntes.

—¡No me jodas, Aric!

Su respuesta fue inclinarse sobre la bañera y acallar sus protestas con la boca, la besó y si bien al principio se quedó demasiado impresionada por la proximidad de esas cosas, su sabor, la calidez de sus labios y su conocido

aroma la tranquilizaron como si le hubiesen lanzado por encima un cubo de agua fría para apagar un incendio.

—Pero eso es precisamente lo que quiero hacer ahora mismo, Lena — murmuró al borde de sus labios, devorándola con una mirada tan sensual que encendió su propio deseo incluso por encima del miedo y el desconcierto—. Quiero joderte, quiero hacerte perder la cabeza y que no pienses, que te limites a sentir, a gemir y a gritar mi nombre, porque cuando estamos piel con piel, no hay diferencias entre nosotros, no hay preguntas ni respuestas, solo deseo.

CAPÍTULO 15

Sus ojos se la bebían como si estuviese sediento, siempre que la miraba de ese modo se le encogía el estómago y cada una de sus terminaciones nerviosas se ponía alerta. Su deseo despertaba, reaccionando de inmediato a la necesidad de él. Pasó una mano por los mechones de su húmedo pelo, se lo metió detrás de la oreja y se lamió los labios dejando a la vista esos inquietantes colmillos.

—Mírame, mira mis ojos —resbaló los dedos ahora por su mejilla, le cogió la barbilla y se la levantó—. Y verás en ellos lo mucho que te deseo.

Le pasó los dedos por encima del hombro y sintió un profundo escalofrío de placer, ella también lo deseaba, siempre lo había deseado y más aún. Pero, ¿cómo pasar por alto algo como aquello?

Volvió a mirar sus alas y no pudo evitar estremecerse, Aric siguió al momento su mirada.

—Tócalas, así entenderás que son reales.

Lo miró y tragó al mismo tiempo, encogió los dedos y volvió a estirarlos antes de levantar la mano y rozar una inesperada suavidad con la punta de los dedos. Era como acariciar un pedazo de goma, como el neopreno mojado, el suave temblor que lo sacudió tras su caricia la puso tensa.

—¿Te hice daño?

Negó con la cabeza, sus ojos parecían haberse oscurecido, se pasó la lengua sobre los labios y luchó por respirar.

—Mis alas son bastante sensibles en ciertas áreas y tú has ido directa a hacer diana.

Se mordió el labio inferior, volvió a mirar esos apéndices y dejó escapar el aire de manera entrecortada.

—No sé si podré acostumbrarme a esto.

—Lo estás haciendo mucho mejor de lo que cabría esperar —admitió contemplándole el rostro como si pudiese leer lo que había en él—. Tener miedo a lo desconocido es una reacción natural, nos mantiene alertas a los peligros y nos hace conscientes de todo lo que nos rodea. Si no tuvieses miedo, sería peligroso, porque no sabrías diferenciar el riesgo de la estupidez absoluta.

—Dime la verdad, Aric, se ha abierto la puerta del infierno y he caído dentro, ¿no?

Sonrió de esa manera perezosa y sensual, bajó la cabeza y planeó sobre su boca.

—Digamos que has jugado con el demonio a los dados y él te ha ganado la mano.

La besó con una urgencia que hablaba de pura necesidad. Helena gimió en su boca, deslizó los brazos sobre sus hombros y dejó que la arrastrase fuera de la bañera, el agua medio goteando de su cuerpo medio secándose contra la ropa masculina. Le acunó el culo, amasándolo y acariciándolo con pasadas de sus manos, su beso se hizo más intenso, más profundo, le succionó la lengua y la instó a responder cómo solo lo hacía con él.

—No juegues a los dados con un demonio —le dijo rompiendo el beso y echándose hacia atrás al tiempo que la dejaba en el suelo y le dedicaba un travieso guiño.

Su ropa había absorbido toda la humedad de su cuerpo allí dónde se había restregado a él, sus alas seguían plegadas a la espalda, pero tan presentes que era incapaz de dejar de mirarlas. Se quitó los zapatos con facilidad, siguió con la camisa negra y se desabrochó los ajustados vaqueros oscuros, en el momento en que se los bajó por las caderas y su pene se vio libre de restricciones le quedó claro que no se había molestado en usar ropa interior.

Verlo desnudo era todo un espectáculo, ese cuerpo era puro pecado, estaba hecho para seducir, para conquistar, hecho para el sexo. Era imposible que hubiese un ser humano que se le pudiese comparar, lo sabía, inconscientemente le había comparado con sus amantes y habían perdido.

La presencia de sus alas seguía siendo inquietante, pero no sabía si se debía a que su desnudez la distraía, pues encontró que encajaban en el ser que estaba de pie ante ella sin pizca de vergüenza sobre su propia desnudez.

Se mordió el labio inferior y pasó la lengua después sobre él, la boca se le hacía agua, notó esa conocida punzada en el estómago un segundo antes de sentir como su sexo palpitaba de necesidad.

—No lo haré... —murmuró en respuesta a su previa pregunta—, ahora sé que no puedo ganar.

Él dejó escapar un sonoro gruñido y cayó de nuevo sobre ella, robándole el aliento en una batalla de lenguas que la dejó jadeando por más.

—Quizá no a los dados, pero ya has ganado en otras lides.

Cerró los ojos ante el sonido de su voz, era como un afrodisíaco embotellado, se limitó a apretarse contra él y dejar que la alzase en brazos para sacarla del baño y llevarla de vuelta al dormitorio.

Notó el suave y frío edredón contra la espalda mojada cuando la dejó sobre la cama y se estremeció, pero no tuvo ni tiempo de protestar o poner alguna objeción, pues se cernió sobre ella, bajando sobre sus pechos, rozándole con la nariz los montículos desnudos antes de llevarse un pezón a la boca, luego el otro y seguir descendiendo hasta recalar entre sus piernas.

Bajó la mirada a su sexo, vio cómo sus fosas nasales se dilataban ligeramente antes de caer en picado entre sus piernas y sentir su lengua acariciándola. Sus dedos se unieron contribuyendo a aquel lujurioso juego, ayudándose con los pulgares la abrió completamente y sopló una vez, otra, para finalmente lamerla con movimientos largos y lentos, degustando su sabor, recogiendo cada gota de humedad que manaba de su interior.

Se arqueó bajo él, quería acercase más a esa codiciosa boca, pero él la sostuvo con más firmeza, usando parte de su cuerpo para mantenerla sujeta contra el colchón.

Echó la cabeza atrás con un gemido, empezó a sacudirla de un lado a otro, era una exquisita tortura, sus dedos se enredaron en el edredón mientras las sensaciones la golpeaban como fuertes descargas eléctricas. El placer se extendía por su cuerpo, tensándole el vientre y endureciéndole los pezones.

—Aric...

Él ignoró cualquier súplica que saliese de su boca y la deleitó con una última pasada antes de dedicarse a su clítoris. La sensación de su aliento soplando sobre ese pequeño nudo la volvió loca, la hizo muy consciente de su necesidad un segundo antes de sentir como presionaba la lengua contra su entrada para penetrarla.

Todo lo que podía hacer era quedarse allí tendida, gimiendo y jadeando mientras presionaba aún más el rostro entre sus muslos y empujaba la lengua más profundamente como si estuviese bebiendo de ella, besándola profundamente.

—Oh, por favor...

Su desesperada súplica hizo que apartase la lengua y se riese antes de buscar de nuevo su clítoris. Esta vez no se anduvo con sutilezas, lo lamió con firmeza, con movimientos rápidos y el placer la atravesó mientras seguía lamiéndola sin prisas.

Gimió, su cuerpo se tensó y de sus labios ya solo salían jadeos desesperados, notó como sus paredes vaginales se contraían y supo que estaba a punto de correrse. La sola idea de hacerlo en su boca la acaloró, la avergonzaba, pero no tuvo tiempo de objetar pues el inesperado clímax la atravesó como un relámpago de placer que la cegó.

—Sabes realmente bien.

Apenas escuchó su murmullo, ni siquiera opuso resistencia cuando la cabeza de su erección empujó contra ella, penetrándola solo para detenerse al momento, burlándose de ella, diciéndole sin necesidad de palabras quién era el que llevaba la batuta en aquel juego.

Sus alas se habían desplegado cayendo sobre sus brazos como una cortina de seda negra que los envolvía como un capullo, pero ni siquiera ellas eran una distracción para la frustración que la envolvía. Quería llorar, gritar, pero no iba a darle la satisfacción de escucharla suplicar.

—¿Eso es todo lo que sabes hacer? —Optó sin embargo por insultarlo—. Vaya una decepción.

Aric soltó una carcajada, el temblor de su cuerpo la excitó y volvió a atormentarla con la punta de su erección.

—Empezaba a preguntarme cuando volvería esa ironía tan tuya a formar parte del juego.

—¿Quién dijo que juego?

Se revolvió bajo él, buscando obtener aquello que necesitaba pero él la detuvo, aferrándola de las caderas, inmovilizándola y torturándola, penetrándola apenas unos centímetros para retirarse de nuevo y, todo ello, con una lentitud exasperante.

—¡Maldito seas, Aric! —Clamó su nombre, una palpable protesta—. ¡Deja de jugar, capullo!

—¿Qué habíamos dicho sobre los insultos y la falta de respeto, Helena?

—¡Vete al infierno!

Bajó sobre su cuello y le hociqueó la piel con la nariz, mordisqueándola, haciéndola muy consciente de uno de sus colmillos arrastrándose sobre ella.

—Ya me tienes en él —lo escuchó susurrar con la voz ahogada por los besos que dejaba sobre la suave columna—, y créeme, hace una endiablada calor aquí dentro.

Intentó mover de nuevo las caderas, quería que la tomase, quería que la follase de una maldita vez.

—¡Deja de jugar, maldito y fóllame de una vez!

Se rio entre dientes y le dio un largo lametón que la estremeció de la cabeza a los pies.

—No sé, Lena, no he oído que me lo hayas pedido correctamente.

Chilló de frustración y, sin pensarlo, deslizó las manos más allá de sus hombros hasta encontrar la suave textura de sus alas y resbaló los dedos sobre ellas.

—¡Joder! —lo escuchó jadear, todo su cuerpo tembló de nuevo y no pudo sino sonreír por ello—. Serás perra...

—¿Quién está insultando ahora, demonio?

Gruñó, fue todo lo que hizo, eso y mordisquearle el cuello volviéndola loca.

—Te gusta jugar duro, muy bien, pues juguemos así entonces.

La sujetó por los muslos, inmovilizándola, llenándola completamente con un duro empuje de caderas. Le arrebató el aliento, su grosor era suficiente para volverla loca y obligarla a suplicar.

—¡Aric! —Se arqueó contra él jadeando su nombre.

Toda posible réplica quedó relegada al fin cuando se meció en su interior con movimientos largos y furiosos, le levantó las piernas, apoyándole los pies en los hombros, una posición que la abría completamente a él, a sus demandas y le quitaba hasta el más mínimo poder. El sonido de sus cuerpos al unirse era como una erótica canción en sus oídos, giró un poco las caderas, lo justo para llegar a ese punto en su interior que hacía pedazos su voluntad. Helena ya no era capaz de pensar, estaba en llamas, todo lo que sentía era el deseo y la necesidad de él y a ello se entregó sin restricciones.

Gimió en su boca cuando él la reclamó en un húmedo beso, jadeó cuando la abandonó y resbaló por su cuello, besándola, hasta detenerse en

la curvatura del hombro, un ramalazo de caliente y erótico dolor la atravesó como un rayo enviándola sin remedio a un devastador clímax.

Ya no existía ni arriba, ni abajo, no era capaz de distinguir luz de oscuridad, así que se dejó ir a la deriva, mecida entre olas de placer y alivio, volviendo a ser consciente de nuevo de sí misma al sentirlo resbalar fuera de su húmedo sexo.

—Me... me has mordido.

No sabía cómo había sido capaz de encontrar las palabras, pero surgieron de sus jadeantes labios antes de poder detenerlas.

—Solo un poquito.

Se las ingenió para girar la cabeza y lo vio a su lado, tumbado de costado, apoyado en el codo, sus alas recogidas de nuevo a la espalda.

—Eso no pareció solo un poquito —musitó recorriéndolo con la mirada, le hubiese gustado llevarse una mano al hombro para comprobar la herida, pero le pesaban demasiado los brazos—. ¿Qué eres, Aric?

Se pasó la lengua por los labios y se encogió de hombros.

—Ya sabes lo que soy.

Le sostuvo la mirada e hizo un verdadero esfuerzo para llevar la mano sobre su pecho, era cálido, el corazón latía con fuerza bajo su mano.

—Un vampiro.

Lo vio hacer una mueca ante el término.

—Olvidaba que la humanidad tiene un sinfín de nombres para catalogar sus fantasías —chasqueó, bajó la mirada a su mano y se la acarició—. El término adecuado en mi caso es *sanguinar*, pertenezco a una casta demoníaca que sí, se alimenta de sangre, pero también procesamos la comida, caminamos bajo la luz del sol y lo de las estacas... Bueno, clávale un palo en el corazón a cualquier ser vivo y estira la pata fijo.

Dejó escapar un resoplido mitad risa, entonces se dejó caer de espaldas y tiró de ella, rodeándola con el brazo para apoyarla contra su costado. Una suave a la par que dura superficie bajo ella le advirtió de que aquello no eran las sábanas, sino una de esas extremidades.

—Por no mencionar que mi raza posee estos fantásticos apéndices.

Helena no se movió, temía hacerle daño.

—No las dañarás por acostarte encima de una de mis alas, menos aún si estás desnuda —ronroneó bajando sobre ella para besarla en los labios, un contacto fugaz—. Son mucho más fuertes de lo que parecen a simple vista.

—Claro, por eso te estremeces cada vez que resbalo los dedos.

—Solo durante el sexo, es realmente erótico y tú tienes un ojo clínico para llevar la mano justo dónde debes en el momento exacto —aseguró con un divertido sonido.

Suspiró profundamente y lo recorrió con la mirada, al sonreír mostraba abiertamente los colmillos, cosa que no hacía al hablar.

—Pones mucho cuidado para no mostrarlos a la hora de hablar.

—Es una costumbre adquirida, al contrario que mis alas, no son algo que pueda retraer y hacer desaparecer a mi antojo —aceptó con tranquilidad—. Tendría que recurrir a otros trucos de ilusión y, al contrario que a Gawrin, yo no soy especialista en la materia.

—¿Gawrin?

—Le conocerás en algún momento durante los próximos siete días, el *Circus* nos ha enviado a la Mansión.

—¿Estamos en tu hogar?

—Estamos en mi dormitorio, en mi cama y vamos a seguir aquí un poco más —replicó al tiempo que bajaba una mano entre sus cuerpos y la penetraba con un dedo—. Hum, sí, un poco más.

Helena gimió y sus protestas se las bebió la boca masculina, el tiempo de conversación había llegado a su fin.

CAPÍTULO 16

—¿Siempre guardas ropa de mujer en tu armario?

Aric se rio, sacudió la cabeza y señaló la habitación con un gesto de la mano.

—Eso es cortesía de la Mansión, le has caído bien.

—En circunstancias normales, me reiría ante esa declaración, pero voy a ser cauta, decir «*gracias*» y simplemente esperar a ver qué será lo siguiente.

—Me gusta esa actitud, procura mantenerla el resto de la semana.

—Lo haré si me das algo de comer, de lo contrario, no te garantizo que siga siendo tan encantadora como ahora.

Ahora fue él quien se contuvo de responder a eso, si esta era la Helena encantadora, no quería pensar lo que sería tenerla de mal humor.

—Si me enseñas dónde está la cocina puedo prepararme yo misma algo —insistió terminando de atarse los cordones de los botines—. Imagino que habrá comida sólida, ¿no?

Puso los ojos en blanco ante su alusión, echó un fugaz vistazo a la curva de su hombro, ahora cubierta por una blusa y se obligó a permanecer estoico, sin reflejar el placer que había sentido al alimentarse de ella.

—Soy el único que hace una dieta, parcialmente líquida, en esta casa —respondió con sencillez, restándole importancia—. Y de cocinar se ocupa la Mansión, solo tienes que sentarte a la mesa y te servirá lo que desees en ese momento.

—Así que además de demonio, eres un señorito —chasqueó, pero había cierto tono de diversión en su voz—. ¿No tendrás también ama de llaves?

Dejó que sus labios se extendiesen en una amplia sonrisa que mostraba sus colmillos y le dijo.

—Me comí a la última y los demás decidieron que no valía la pena contratar a nadie más. —Se encogió de hombros—. Pero ya que estás aquí, puedes encargarte tú de la tarea.

Se lo quedó mirando con gesto inmutable, entonces le dio la espalda, soltó un resoplido y se dirigió a la puerta.

—Cuéntame otra historia que esa ya pasó de moda hace siglos.

El pomo giró incluso antes de que lo tocara, haciendo que se detuviese en seco y con la mano en el aire.

—No bromeabas con lo de la Mansión, ¿verdad?

—No.

Sacudió la cabeza, aferró el pomo y abrió completamente para salir al pasillo dónde la escuchó jadear, suponía qué era lo que estaba viendo, después de apreciar su reacción ante el escenario del circo, podía imaginarse lo que veía.

Estatuas en pedestales, antiguos tapices, había mucha historia en aquella galería, muchas de las piezas poseían un pedacito del pasado de los habitantes de la casa, para un historiador sería como encontrar un verdadero tesoro, para ellos solo eran recuerdos que habían decidido conservar.

—Ay dios, ay dios, ay dios. —Se giró hacia él señalando con gesto insistente una de las obras sobre un pedestal—. Dime que eso es una reproducción, por favor.

—No encontrarás ninguna reproducción en esta casa —le confirmó—. Son todos originales, cada pieza está catalogada y tiene un certificado de autenticidad.

—Tienes que estar de broma —se rio—. Si lo que dices es cierto...

—No tengo por qué mentir en algo como esto.

—Aric aquí hay piezas de valor incalculable.

—Lo sé —aceptó, cerró la puerta tras él y avanzó por el pasillo dejando a su elección el seguirle o no—. Luego puedes explorar toda la mansión, si eso es lo que quieres hacer, pero ahora, ¿no preferirías comer algo?

Vaciló, el hambre había pasado a ser algo secundario en su mente, pero no para su estómago que se encargó de recordarle que llevaba tiempo sin probar bocado, posiblemente desde antes del cóctel. Tenía que haber pensado antes en ello, en alimentarla como era debido, pero la había visto tan cansada que había preferido dejarla dormir.

—Parece que mi estómago ha decidido ya por mí.

Sonrió de soslayo, se giró y le tendió la mano.

—En ese caso, vamos al comedor.

No hubo vacilación, si bien les echó un fugaz vistazo a sus alas, no dudó en tomar su mano y acercársele.

—¿Puedo hacerte una pregunta indiscreta?

—Me sorprende que me pidas permiso para ello.

Se encogió de hombros.

—Mi cerebro todavía está intentando procesar todo lo que pasa alrededor, no negaré que me siento... inquieta, pero mi curiosidad es incombustible. —Se separó lo justo para señalar uno de sus apéndices—. ¿Puedes volar? Ya sabes, cómo un pájaro... o murciélago o... ya no sé ni cómo llamar a eso.

—Eso se llaman alas —respondió con goteante ironía—, y mi raza las tiene.

—¿Son todas iguales o hay de distintos colores?

Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no romper a carcajadas, con todo, prefería su curiosidad que ese miedo ahogado que había visto en sus ojos.

—Son todas iguales.

—¿Son fuertes?

—Tú has estado tumbada sobre ellas, ¿a ti que te parece?

Abrió la boca para decir algo más, pero frenó en seco. Entrecerró los ojos y lo miró.

—Te estás quedando conmigo, ¿no?

—Mis alas son lo bastante fuertes como para sostenerme en el vuelo.

—Eso quiere decir que vuelas.

—Eso quiere decir que mis alas funcionan perfectamente, pero no tengo la menor intención de parecer *Batman* o cualquier tontería similar.

Se sonrojó, pilló a la primera la indirecta, pues ella había sido la que había hecho referencia al héroe de cómic.

—Um, ¿dónde decías que está el comedor?

Extendió el brazo y la invitó a seguir hacia delante.

—Todo recto y al llegar a las escaleras, hacia abajo —le dio las indicaciones oportunas—. Después te haré un tour para que conozcas la mansión o puedes vagabundear por tu cuenta, ella te enseñará lo que quieras ver.

CAPÍTULO 17

Tener cuatro ojos pendientes de ella no era la manera en que la que Helena esperaba empezar el día, si podía llamársele empezar a levantarse de la cama para la hora de la comida. La casa era enorme e impresionante, habían tardado más tiempo del esperado en alcanzar el comedor porque no podía dar dos pasos sin hacer una exclamación o acariciar de manera reverente un tapiz o algún objeto que solo había visto en sus queridos libros. Aquel lugar era como un museo antiguo mezclado con áreas modernas, podían pasar de una zona totalmente ornamentada y clásica a la más exquisita modernidad, así como a una mezcla equilibrada de ambas como sucedía en la enorme habitación de puertas dobles en la que acababa de entrar.

Aric posó las manos sobre sus hombros recordándole su presencia al tiempo que se dirigía a los presentes con lo que habría jurado era cierta diversión.

—¿Hay una celebración y se os olvidó comunicármelo?

Los presentes murmuraron algo que no llegó a comprender, entonces uno de ellos se levantó, haciendo la silla a un lado. Lo conocía, era el mismo hombre que la había recibido en la puerta de aquel edificio, el que la había conducido a su amante.

—Bienvenida a la mansión, Helena.

—Hola —lo saludó con un gesto de la mano y se pegó instintivamente a su acompañante. Su mente podía estar abotargada, pero sus instintos empezaban a funcionar correctamente alertándola de la presencia de seres que no podían ser humanos.

—A Usher ya lo conoces —escuchó la voz de Aric cerca del oído—. Los dos que están sentados a la izquierda son Fey y Brishen y el que se sienta

junto a Ush es Gawrin.

—Hola a todos.

Las reacciones no se hicieron de esperar.

—¿Una deudora? ¿Se te ha freído el cerebro o qué? —La señaló el llamado Brishen—. ¿Qué coño hace en la mansión?

—Bonita manera de darle la bienvenida —añadió Usher fulminando a su compañero con la mirada.

—Sin duda acabas de caer como una granada de mano en medio de la casta masculina de la mansión, bomboncito. —Fey le guiñó el ojo.

—Una bomba atómica, más bien —aseguró Gawrin recorriéndola de la cabeza a los pies con una mirada abiertamente sexual, entonces se encontró con sus ojos, ladeó la cabeza y asintió—. Sí, un bonito toque de color para la mansión. Bienvenida.

—Gracias —arrastró las sílabas al tiempo que recorría la mesa con la mirada—, creo. —Se giró como un trompo hacia Aric y le susurró—. ¿La cocina? Creo que allí habrá menos testosterona u hostilidad que aquí.

—Siéntate, anda, el único que muerde aquí soy yo.

—Y yo —acotó Fey levantando la mano—, pero prometo que es un mordisquito agradable.

—Ella está fuera de tu menú —lo avisó el demonio con un gruñido de advertencia.

—Eso, tú ponle delante un caramelo a un goloso y luego dile que no puede comérselo —chasqueó él—. Malo, Aric, malo.

El aludido puso los ojos en blanco al tiempo que posaba una mano sobre su espalda y la guiaba al lado contrario de la mesa.

—Ush, vas a tener que comercializar ese tónico tuyo, a la vista está que funciona a las mil maravillas —comentó Gawrin estirando la mano para resbalar un dedo sobre una de las alas de Aric al pasar. El *sanguinar* dio un respingo y fulminó a su compañero con la mirada.

—Mantén las jodidas manos para ti, Gaw, mantenlas sobre todo fuera de mis alas.

—Es demasiado sensible —le dijo el hombre que ocupaba el asiento contiguo al que le indicó Aric, cubriéndose la boca con la mano, como si le estuviese contando un secreto—. Aunque supongo que ya estás al tanto de ello, hueles al *sanguinar*.

Se le incendió la cara, lo sabía porque sentía que le quemaban las mejillas, pero eso no impidió que, tras sentarse se girase hacia él y respondiese en tono similar al suyo.

—¿Y tú que eres? ¿Alguien con buen olfato?

La sorpresa que bailó en sus ojos pronto fue sustituida por la risa.

—Todos los que estamos reunidos a esta mesa, a excepción de ti, somos de distintas castas demoníacas. —Señaló a cada uno y fue informándole—. Aric es un demonio *sanguinar*, algo similar a lo que los humanos llamáis vampiros, Usher, a quién ya conoces, por lo que veo, es un chamán...

—¿Desde cuándo los chamanes son demonios?

—Desde que la zorra de tu abuela se acuesta con uno y da a luz un mestizo que se casa a su vez con un demonio, eso hizo que la tercera generación, o sea, yo, se haya quedado con la mejor parte de su casta.

Parpadeó ante la inesperada explicación.

—Genial.

Hubo un coro de risitas ante su respuesta.

—Fey es un íncubo, un vampiro sexual, pertenece a la misma casta que Aric, solo que de una rama distinta.

—Muy buena forma de explicarlo —aseguró el hombre con un guiño.

—Podría decirse que somos algo así como primos lejanos —añadió su amante, quién se había sentado a su lado, acomodando las alas por encima del respaldo como si fuese algo que hiciese a menudo.

—Brish hoy tiene un mal día, suele ser un tipo simpático —le indicó señalando al hombre que la miraba fijamente, si bien no había hostilidad en sus ojos, quizá curiosidad—. El principito es un demonio *flameris* o lo que es lo mismo, un tipo que se incendia fácilmente.

—En tu mundo mi raza se extinguió hace mucho tiempo, llegando a considerarnos incluso mitos —concretó él, extendió la mano hacia ella y, ante sus ojos, vio cómo esta se cubría de escamas y de sus dedos emergían unas afiladas y ganchudas garras negras—. Nos conocíais como dragones.

Sus palabras fueron un impacto incluso mayor que la visión de su brazo volviendo ahora a su estado original.

—Y yo, puedes llamarme Gaw, soy un demonio *Spero* —se presentó, extendió la mano sobre la mesa y esta cambió al momento, desapareciendo sustituida por un mantel de cuadros sobre el suelo de hierba, la habitación

mudó también y, en un abrir y cerrar de ojos se encontró al aire libre—. Un ilusionista.

Abrió la boca solo para jadear, mirando a su alrededor, sorprendida no solo por el cambio sino por ser capaz de sentir el calor del sol en la cara, la brisa moviéndole el pelo. Un parpadeo después todos volvían a estar sentados a la mesa.

—Respira —escuchó la voz de Aric así como notó su mano frotándole la espalda—. Y tú deja de alardear así, el brebaje de Usher ha tenido un inesperado impacto sobre ella y su radio de acción está desvaneciéndose rápidamente.

—Sí, se emborrachó.

—¿En serio? Eso es nuevo.

—La culpa es suya —señaló apuntando a su acompañante—. Sabía que no me sentaba bien la bebida.

—¿Ah sí?

—Se conocían de antes.

Ante el comentario de Usher todos se quedaron callados por un momento, entonces empezaron a reaccionar de varias silenciosas maneras.

—Joder, ahora entiendo por qué está en la mansión.

—No la traje yo, fue el *Circus*.

—¿Os mandó a la mansión? Doble joder.

—Y tú, deudora, ¿cuál es tu historia?

Los miró a todos y cada uno, intentando filtrar en su mente lo que ahora sabía de cada uno de los presentes. Demonios, magos, chamanes, vampiros sexuales... y sin embargo, al mirarlos solo veía testosterona en estado puro, cuerpos de gimnasio y un magnetismo sexual que la ponía nerviosa. Incluso Aric, sentado a su lado, podía pasar por un hombre normal, si evitaba mirar esas alas.

—Mi nombre es Helena —respondió mirando a Fey—. Soy bibliotecaria y... todavía no sé muy bien cómo he llegado a este momento.

Sacudió la cabeza, respiró profundamente y fue sincera.

—Me encontré con varias deudas que yo no contraí, el banco ejecutó una orden de embargo por el impago de la hipoteca y dos agentes de policía se personaron en mi domicilio a primera hora de la mañana junto con un abogado para ejecutar un desahucio que nunca me fue notificado. —Se lamió los labios y terminó—. Facturas de compras que yo no efectué,

impagos de los que no tuve constancia y la retirada absoluta de los fondos de mi cuenta, todo ello realizado por un oportunista, cabrón, desgraciado, hijo de la gran puta con el que llevaba viviendo algo más de un año.

Se encogió de hombros.

—Y entre todas esas deudas que me dejó estaba la del casino *Soul Circus* —remató con un suspiro—. Todo lo demás, deduzco que es un cliché del que ya debéis estar al tanto.

—¿Has dado con él?

—Todavía no he tenido tiempo de salir, pero lo haré.

—¿Vas a buscarle?

—Recuerdas lo que te dije, tu deuda y tú, ahora sois mías —le recordó Aric con voz tranquila, casi aburrida—. Pasaste la prueba de la *Arena*, me sirves a mí, tu deuda ha de ser condonada y todo lo que se te quitó, devuelto.

Se giró en la silla.

—Eso no fue exactamente lo que se me dio a entender, pero si vas a ir tras ese hijo de puta, yo quiero estar ahí —aseguró, quizá con demasiada intensidad.

—¿Noto cierto tono sanguinario en su voz?

—Desde luego, yo la noto un poquito ilusionada de participar en lo que sea.

—Tu deudora empieza a gustarme un poco más, Aricles.

—No es de las que esconde la cabeza y deja que otros solucionen sus problemas.

Se giró hacia el que dijo eso.

—¿Por qué habría de hacerlo? ¿Tienes idea de las ganas que tengo de ponerle las manos encima a ese hijo de puta? —chasqueó—. Daría lo que fuese para ver cómo se mea en los pantalones...

Algunos de ellos se echaron a reír, Aric sacudió la cabeza y ella la ladeó.

—¿He dicho algo gracioso?

—Toda tú eres refrescante, bomboncito —aseguró Fey, levantándose de la mesa, en un parpadeo estaba en su lugar y al siguiente junto a ella—. Lamento dejaros tan pronto, pero tengo un harem del que ocuparme. —Dicho eso, bajó sobre su boca y la besó. La penetró con la lengua, reclamó sus labios y la hizo gemir para luego apartarse y dedicarle un guiño—. Deliciosa. Ari, si eres un hombre inteligente, no dejarás escapar este manjar.

Con eso dio media vuelta y se esfumó.

—¿Qué coño ha sido eso? —preguntó volviéndose a su amante.

La respuesta llegó al unísono, como si el simple nombre del hombre fuese un resumen de su peculiar carácter.

—Fey.

—A menos que quieras follar con él, te sugiero te mantengas dentro de la cama de Aric. —La directa respuesta de Brishen la tomó por sorpresa—. Suficientes hembras han pasado ya por la cama del incubo.

—¿Ha dicho algo sobre un harem? —murmuró mirando a su amante.

—Es un incubo, se alimenta de la energía sexual de su pareja —se encogió de hombros—, es más cómodo para él de esa manera.

Parpadeó, no sabía que decir con respecto a eso.

—No te preocupes, Helena, eres la sierva de Aricles, solo él tiene potestad para disponer de ti o cederte a otros —añadió Gawrin resbalando un dedo por su mejilla—. Confía en él y en su juicio, nunca nos equivocamos con los deudores que tenemos a cargo.

Se giró para mirarle y él le dedicó un guiño.

—Sé que no quieres estar cerca de Fey, casi te sientas en mi regazo cuando te besó —declaró con un ligero encogimiento de hombros.

—Muy observador.

—Prefieres que te bese yo.

Se inclinó sobre ella, encontró su mirada, le dedicó un divertido guiño y bajó sobre su boca. Si Fey había sido atrevido y pícaro en su beso, Aric fue suave, tomándose su tiempo, invitándola a responder. Y para su absoluta consternación, lo hizo. Correspondió a su beso e incluso gimió en su boca.

—Bueno... eso ha sido caliente, chicos, pero, ¿qué os parece si comemos antes de que uséis la mesa para follar?

—¿Puedo mirar?

—¡No! —jadeó sin saber a dónde mirar o qué hacer. ¿Qué demonios acababa de pasar?

Todos se rieron y estuvo tentada de levantarse y escapar de la silla, pero la mano de Aric sobre su muñeca se lo impidió.

—Tranquila, solo están bromeando. —le aseguró con palpable diversión—. No soy un tipo que comparta con facilidad.

Lo miró con abierta desconfianza.

—No compartir con facilidad no es lo mismo que no compartir en absoluto, demonio capullo.

Hubo un coro de risitas a su alrededor y ella se sonrojó.

—Ahí te ha pillado, Aric.

—Tranquila, pajarito, tu amo ha dejado claro que no quiere que te escapes de su percha.

Se giró apenas hacia Gawrin, quién le guiñó un ojo en respuesta antes de recorrerla con la mirada.

—Una pena.

—Gaw... —lo reprendió Aric.

El aludido levantó ambas manos a modo de rendición.

—Solo recordaba viejos tiempos, hermano.

Pasó la mirada entre ambos y terminó con los ojos sobre él con una abierta pregunta en ellos.

—Gaw y yo hemos compartido a nuestras mujeres en alguna ocasión. — Le quitó importancia al asunto con un simple encogimiento de hombros, como si aquello fuese algo normal, algo que hiciese tan a menudo que ya lo consideraba normal. Una punzada de celos se instaló en su estómago. Por supuesto era de esperar que Aric hubiese tenido amantes, pero, ¿las tenía actualmente?

—Aric no ha tenido una amante fija desde hace casi cinco años — intervino su amigo, como si le hubiese leído el pensamiento—. Solo ha atendido a las deudoras que han caído bajo su cuidado, como lo estás tú ahora. Aunque tú pareces ser mucho más que...

—Gracias, Gaw, es suficiente —sentenció él, interrumpiéndolos, entonces la miró a los ojos—. No voy a compartirte con nadie, así que puedes volver a respirar.

—Gracias a dios.

Un nuevo coro de risitas resonó a su alrededor y no tuvo problema en fulminar con la mirada a los responsables.

—Cambiemos de tema antes de que te licúes a mis pies —chasqueó él—. ¿Qué te apetece comer?

—¿Qué hay?

Sus labios se estiraron en esa perezosa sonrisa, señaló su plato vacío y le dijo.

—Piensa en algo que te apetezca, ¿comida italiana, quizá?

Al momento su mente pensó en un risotto de setas y este apareció un momento después en su plato.

—Buena elección —añadió Gawrin—. Disfruta de la comida.

—¿Cómo demonios...?

—Come, Helena, después te enseñaré la mansión.

El delicioso y especiado aroma de la comida hizo que su estómago protestase al momento.

—Parece que alguien tiene hambre.

Oh, señor, pensó, a este paso su cerebro iba a convertirse en papilla antes de que llegase el final de la semana. Respiró profundamente, cogió el cubierto y lo hundió en el plato, el primer bocado no fue más que el inicio de una serie de ruiditos de placer con los que fastidió la comida de todo macho presente en la mesa.

Algunas venganzas eran sencillamente deliciosas.

CAPÍTULO 18

—Nunca vuelvas a sugerir algo como compartirme con otro tío, no ha tenido la menor gracia.

Aric puso los ojos en blanco, si bien era algo que había hecho en el pasado, se sentía demasiado posesivo con ella como para invitar a un segundo hombre a su cama. No podía evitar pensar en lo tenso que se había puesto al ver cómo Fey la besaba, había estado a punto de levantarse y arrancarle la cabeza al maldito por el solo hecho de tocarla.

Maldita sea, él era un demonio, estaba acostumbrado a jugar en el sexo, a compartir a sus mujeres pues era otra manera de encontrar disfrute, pero con Helena todo era distinto, la posesividad que despertaba en él esa mujer lo estaba volviendo loco.

Amar a una humana era el mayor desastre en el que podía caer un demonio y allí estaba él, colado como un adolescente, caliente por ella en cada jodido momento. Por dios, la habría follado sobre la mesa al primer gemido si no fuese porque ella había dejado claro y con voz temblorosa que no quería ser expuesta.

Esa pequeña traviesa se había dedicado a pasarse la comida gimiendo como si la estuviesen follando y todo porque encontraba el maldito arroz a su gusto. Había recibido miradas furiosas de Usher y Brishen, mientras Gawrin se había partido de la risa e incluso la había tentado.

Sacudió la cabeza. Ella no se daba cuenta de lo que el servicio empezaba a obrar en ella, sus deseos salían a la luz sin reservas, sus labios formaban palabras e ideas que no habría afrontado de otra manera y solo era el principio. Había visto claramente lo que opinaba sobre el hijo de puta que la había engañado, no había amor en sus ojos, ni siquiera un rescoldo y

empezaba a pensar que nunca lo hubo. De algún modo, Helena había buscado alguien en quién apoyarse, una compañía para no estar sola, pero no había en su alma el dolor por el abandono, por la pérdida del amor. Ella estaba cabreada por el engaño, por la estafa, por haber confiado y haber fallado, pero no por la ruptura de un amor.

Se detuvo de golpe obligándole a frenar y se giró de nuevo hacia él.

—¿Qué dirías si yo decidiese compartirte a ti con otra mujer? ¿Eh?

—Si eso es lo que te apetece.

—¡Y una mierda que lo es!

Sonrió ante su ofuscación.

—En ese caso, no meteremos a nadie en nuestra cama.

Apretó los dientes y lo apuntó con el dedo, clavándoselo en el pecho.

—Mantén eso en mente o juro por dios que te arranco las alas de cuajo.

Enarcó una ceja ante la banal amenaza.

—Te noto un pelín irritada.

—Por supuesto que sí, tú me sacas de quicio —resopló—. ¿Por qué dejaste que ese tipo me besase? ¿Es alguna forma de bienvenida o qué?

—Solo es Fey, él es así.

—Lo del harem no es verdad, ¿no?

Se encogió de hombros.

—Ya te lo dije, es un íncubo, es su forma de vivir —aseguró sin darle mayor importancia—. Tienes que entender dónde estás, Lena, con quién estás.

—¿Crees que es fácil? —Señaló a su alrededor—. Todo esto es como una bizarra pesadilla, un sueño en el que no sé si soy espectadora o participante, por momentos tengo miedo de cerrar los ojos y que cuando vuelva a abrirlos tú ya no estés.

—Lo estaré.

—¿Pero por cuanto tiempo, Aric? ¿Por cuánto?

No tenía una respuesta para eso, todavía no, a pesar de que la quería, de que la amaba profundamente, él era un demonio y ella humana. Su unión no era justa para ella, sus tiempos no eran los mismos y, si bien existía la posibilidad de vincularla a él, de alargar su vida tanto como la suya, sería privarla también de todo lo que conocía, de quién era para introducirla en un mundo que apenas si estaba vislumbrando.

Eran demasiados los riesgos, muchas las incógnitas y no estaba preparado para darles respuesta.

—Tanto como me sea posible —respondió con sinceridad—, empezando por estos siete días.

Se giró a medias y se encontró con sus ojos.

—¿Y si quiero más?

Prefirió no responder, no aferrarse a sus palabras como una esperanza, así que fue a ella, le cogió el rostro entre las manos y la besó con hambre.

—Te daré más —ronroneó, dando a su respuesta una connotación completamente sexual—. Tanto como quieras, hasta que no puedas caminar.

Resopló y le dio un empujoncito.

—Enfríate la polla y enséñame la mansión —chasqueó, le dio la espalda y echó a andar—. Y ya que estás, háblame de eso de que mi deuda es tuya y que vas a hacerte cargo de ello. ¿Tienes idea de dónde está ese hijo de puta?

Sonrió para sí y aceptó el cambio de conversación.

—Desde el momento en que aceptaste jugar en mi mesa y los dados jugaron a mi favor...

—Bonita manera de decir que me diste una paliza.

—...se inició el protocolo de recuperación de la deuda asociada a tu caso —continuó—. Tenemos un jefe con contactos bastante interesantes, ellos se encargarán de dar con cada uno de los responsables que te han llevado al casino. Una vez tengamos sus nombres y direcciones, se procederá a... poner las cosas en orden.

—Dime que eso incluye pegarle una paliza, una pequeñita, que no quiero que nadie mate a nadie, pero despellejarle el culo con un látigo no lo veo mal —aseguró con un tonito de voz que lo hizo reír a carcajadas.

—No conocía esta vena salvaje tuya...

—Me dejó en la calle con lo puesto, Aric, me hizo sufrir la humillación de que me levantasen de la cama y me arrastrasen fuera de mi hogar —respondió con voz fría, intentaba ocultar el dolor, pero no podía—. Me culparon de cosas que yo no hice, vi las expresiones de sus rostros, cómo me miraban y solo por ser mujer. No tuvieron piedad, no me dieron oportunidad de defenderme, me dejaron sentada en la acera, con una mochila y un fajo de papeles. Y el responsable de todo ello no estaba, de hecho, sacó todo el dinero de mi cuenta corriente apenas un par de días antes. No, no siento ni pizca de compasión o bondad hacia una comadreja

como esa. Solo quiero que se haga justicia, si esta se extralimita un poquitín, no lloraré.

Dejó caer la mano sobre su cabeza y le revolvió el pelo.

—Lo encontremos, comparecerá ante la justicia y se demostrará que tú no eras culpable de nada de lo ocurrido, recuperarás todo lo que te fue sustraído y, a raíz de este episodio, te habrás hecho más fuerte y sabrás que es lo que deseas para el futuro.

Ladeó la cabeza y le miró.

—¿Eso es de lo que se trata este servicio semanal? ¿De fortalecer la autoestima? ¿De descubrirse a una misma?

—Chica lista —le guiñó el ojo—. Todo lo que necesitas está dentro de ti, solo tienes que aprender a sacarlo a la luz.

—Pues mi autoestima se llevaría una gran inyección si se me permitiera pegarle una buena patada en el culo a ese hijo de puta —aseguró y se cruzó de brazos—. A mí, desde luego, me sentaría de puta madre.

—Miedo me das tú a mí, intuyo que si llegas a encontrarte cerca de ese imbécil no dejarías ni las migas para la policía.

—¿Y puedes culparme? —bufó—. Cada vez que pienso en la semana que he pasado... —apretó los dientes—. Me siento tan estúpida, tan inútil. Quiero decir, ¿por qué no vi lo que estaba haciendo? ¿Por qué he confiado tanto en una persona al punto de dejarlo apoderarse de mi vida?

—Porque quieres confiar, porque confías en que el porvenir siempre será mejor que lo que dejaste atrás y porque eres humana, Lena, el perdonar es una cualidad puramente humana.

Lo miró de soslayo.

—¿Quieres decir con eso que un demonio no perdona?

Se encogió de hombros.

—Intento ser equitativo en todo lo que hago, pero no soy humano y tengo mis... momentos.

—¿Cómo cuáles?

Dudó unos segundos, entonces se encogió de hombros más para sí mismo que para ella y respondió.

—Dejé que una colmena entera se le echase encima al hijo de puta que golpeó a su esposa y la dejó tirada en la calle, después de haberle quitado todo lo que tenía —recordó y tuvo que apretar los dientes—. Me habría gustado romperle las piernas personalmente, pero las abejas ya se

encargaron de hacer que se precipitara en una zanja y acabase con varias fracturas, además de infinidad de picaduras. Se pasó casi un mes en el hospital, solo para salir de allí e ir directo a prisión.

—¿Y ella?

—Ella ahora vive con un hombre un poco más joven, pero que la trata como una reina, que la ama como se merece —aceptó tranquilo—. Curiosamente se habían conocido de jóvenes, no habían vuelto a verse hasta ahora. Creo que esperan su primer hijo, lo cual también es una alegría para ella, pues su marido siempre la había culpado por no darle descendencia.

—¿Ella también pasó por... esto?

Los señaló a ambos y no pudo evitar enarcar una ceja en respuesta.

—Si estás preguntando si me acosté con ella, sí, lo hice. —Fue muy directo—. Follamos una vez, por puro trámite.

Hizo una mueca.

—Puro trámite, sí, claro...

Sonrió, no pudo evitarlo.

—Hay momentos en los que te sientes solo y necesitas del contacto de otras personas, no es algo malo o de lo que se deba esconder, ello no te ata —replicó sin más—, una manera de recordarte a ti mismo que eres valioso y que lo que hayas dejado atrás, debe quedarse allí, que tú no tienes por qué tener la culpa de lo que otros piensen.

—Entiendo lo que quieres decir —aceptó, la ironía se había escapado finalmente de su voz—. Lo siento, no era mi intención juzgarte y eso es lo que he hecho, ¿no?

—Sí, pero puedo entender tus celos.

—Yo no estoy celosa —rezongó—. Qué más quisieras.

—Sí, qué más quisiera —se rio—. ¿Seguimos con el tour o estás cansada?

Sacudió la cabeza.

—Enséñame más —pidió y lo miró de soslayo—, y, si no te molesta, háblame más sobre... tus servicios. Creo que me he hecho una idea equivocada de dónde me metí, aunque tú no es que me ayudases demasiado a corregirla.

Sonrió divertido y la recorrió con la mirada.

—Tú y yo tenemos un pasado en común, Lena, eso ha hecho que cualquier regla establecida en el *Soul Circus* se haya visto alterada —

confesó—, porque tú eres mucho más que una deudora, eres... parte de mi pasado.

Y tenía que aprender a lidiar con él.

CAPÍTULO 19

Helena se sentó en uno de los bancos de piedra que decoraban el jardín, el cielo se había vestido de un intenso negro cuajado de estrellas, era una oscuridad tan aterciopelada, tan intensa que el brillo de los astros parecía incluso más intenso. No había luna, no había nada que quitase la atención de aquel hermoso firmamento.

La mansión era inmensa, no fue consciente de ello hasta que salieron y se dio cuenta de que el atardecer había caído ya sobre el lugar. Ni siquiera sabía en dónde estaba esa enorme casa de piedra, pero después de ver ese cielo intuía que no podría ser ubicada en ningún mapa.

Aric había sido fiel a su palabra y había hablado sin tapujos sobre la labor que realizaba el casino y, por extensión, los cinco hombres que trabajaban para un hombre al que conocían como «*La Banca*». Escucharle fue darse cuenta de muchas cosas, de reconocer su falta de información y echar de una vez y por todas por tierra los prejuicios que había conjurado a raíz de unos pocos momentos vividos.

—Piensas en el casino como un garito humano y no lo es —le había dicho—. Podemos fingir, podemos pasar por humanos, pero somos demonios, vivimos y nos movemos en un mundo sobrenatural, el mundo del Soul Circus.

Y aquella era la clave de todo, reflexionó, lo que daba motivo y justificación a cada una de las cosas que había visto, para todo aquello que no acababa de comprender y a lo que se estaba enfrentando.

Él no se había pasado los últimos cinco años de brazos cruzados, había vuelto al casino para continuar con su labor, para ayudar a aquellos que necesitaban de su ayuda y seguir adelante con su propia vida del mismo

modo en que lo había hecho ella. ¿Cómo podía reprochárselo? ¿Acaso no habían escogido ambos el mismo camino?

Dejó escapar un suspiro, estiró las piernas y echó la cabeza hacia atrás.

—No sé cómo no me ha explotado todavía la cabeza.

Se había quedado sola después de que Brishen hubiese aparecido reclamando la presencia de Aric, su amante le había sugerido que se quedase allí, en el jardín, dónde podría respirar un poco de aire fresco y disfrutar de aquella noche sobrenatural. Y la verdad es que agradecía esa soledad, pues le permitía sumergirse en sus pensamientos, elucubrar sobre las respuestas a las preguntas que se había obligado a hacer a un lado esas últimas veinticuatro horas y aclararse un poco la mente.

—Veinticuatro horas —musitó.

¿Por qué parecía que había pasado muchísimo más tiempo? Parecía que hubiesen pasado días desde aquel momento en la puerta del casino en la que tuvo que discutir con aquella montaña. Ahora sabía que dicho elemento era en realidad una de las ilusiones de Gawrin, que Usher era el que preparaba ese extraño cóctel que había degustado y que la había embriagado en tiempo récord, conocía cada una de las tareas de los hombres en el casino y cómo es que aquella invitación había llegado a sus manos.

—¿Por qué recibí esa invitación?

—Como en cualquier negocio de este tipo, existe una lista de «deudores», hombres y mujeres que han pasado por las mesas de juego y han perdido una elevada cantidad de dinero —le había explicado Aric—. El casino funciona como un lugar de juegos y apuestas como cualquier homónimo humano, es solo que un par de veces al mes, a veces solo una, se tira de esa lista de deudas y se «exige» el cobro.

—Así que sois algo así como agentes de cobro.

—En términos humanos, sí —asintió—, pero el sistema de cobro, como has podido comprobar, es muy distinto.

—¿Utilizáis este sistema con todo el mundo? Porque... joer...

—¿Recuerdas que se te dieron dos opciones?

—Pagar en el momento o jugar para condonar la deuda.

—Hay quienes directamente abonan el importe nada más entrar en el casino, su deuda queda saldada y pueden irse sin más —explicó—. Otros deciden jugar y tienen la fortuna de ganar, con lo que no solo saldan su deuda, sino que obtienen un reembolso por el importe de esta.

—Y luego están los que pierden —completó por él—. Y no es algo casual, ¿verdad?

—Es el azar el que juega en la mesa, pero hay ocasiones en las que es necesario perder para poder ganar.

Y así era cómo ella había terminado con él, porque no se trataba de una deuda de juego, no era alguien que se hubiese sentado ante una mesa a apostar y hubiese tenido mala suerte, era una de esas personas que necesitaban perder para poder obtener lo que quería.

—¿Y qué es lo que quiero?

La respuesta llegó caminando por uno de los senderos, las alas plegadas a la espalda, paso firme, vestido completamente de negro y unos ojos del color del vino que parecían brillar incluso más en la penumbra de la noche.

Él era lo que quería, lo que siempre había querido, porque en el fondo sabía que nunca había dejado de hacerlo, desde el momento en que se cruzó en su camino, Aric se convirtió en parte de ella.

—¿Todo bien? —le preguntó.

Se detuvo al llegar a su altura y vio que tenía las manos metidas en los bolsillos.

—Sí, asuntos del casino, debemos encargarnos de ellos a pesar de estar en periodo de servidumbre.

—¿Así es cómo lo llamáis?

—Suenan mejor que decir «ejerciendo de agente de cobro», ¿no te parece?

—No sabría decirte, Aric, las dos cosas suenan igual de mal.

Se rio y movió las alas para sentarse en el borde del banco.

—Entonces dejémoslo en hacerte compañía —acotó y señaló los alrededores—. ¿Qué te parece?

—Es un lugar muy tranquilo y el cielo, no he visto nunca nada parecido.

—No, es imposible que lo hicieras, esta bóveda celeste solo se ve desde aquí —corroboró—. La Mansión tiene su propio tiempo y espacio, hoy ves este cielo y en la próxima estación, podrías estar contemplando unas montañas.

—Suenan mágico.

—Lo es, *ella* es pura magia, salvaje y ancestral.

—¿Ella?

—¿Crees que un hombre, sea de la especie que sea, podría tener la casa como los chorros del oro y una comida caliente sobre la mesa durante todos los días del año?

—¿Por qué no habría de haberlos? Los hombres son tan capaces como las mujeres.

—Tienes razón, pero aguantar a cinco machos adultos de castas demoníacas, no es sencillo, el más inteligente saldría corriendo con solo ver lo que le espera.

Ahora fue ella la que se echó a reír.

—La verdad es que me encanta la mansión, tiene áreas de una belleza exquisita y ese aire antiguo en unas zonas, el contemporáneo en otras, tendría que ser algo extraño, como un rompecabezas, pero creo que le veo el sentido.

—Ah, ¿sí?

—Son solo suposiciones, ¿vale? —admitió—. Pero tengo la sensación de que cada área refleja la personalidad de cada uno de sus habitantes. Por supuesto hay zonas comunes, pero otras... Tu dormitorio, el baño, es un estilo ecléctico, ni muy moderno ni muy antiguo, me recuerda a ti.

—Sí que eres observadora.

—Los corredores, esa maravillosa escalera, la recepción y las salas comunes de la primera planta son antiguas, como el estilo de arquitectura de la mansión —señaló la fachada a su espalda—, pero ya la segunda planta y sobre todo la tercera, son muy personales. No sabría decir con exactitud a quién pertenece cada una, excepto la tercera... Es difícil de olvidar a Fey en pelotas con una bandeja de cafés en las manos.

Sonrió, nadie en su sano juicio contradeciría eso.

—De acuerdo, bibliotecaria, eres observadora, inteligente e intuitiva —asintió corroborando sus pesquisas—. Has acertado de lleno. La segunda planta es de Gawrin y mía, Gaw tiene un gusto más atemporal que el mío. Fey comparte con Usher la tercera, tienen gustos similares, aunque el chamán no es tan psicótico como el íncubo.

—Parece que os lleváis muy bien.

—En cierto modo somos como una familia. —Se encogió de hombros—. Hemos pasado mucho juntos, incluso nuestro pasado.

Aquello hizo que pensase en todas las obras de arte que había visto, ladeó la cabeza y lo miró.

—¿Qué edad tienes, Aric?

La mirada que le dedicó fue prácticamente una respuesta.

—Dejé de interesarme por mi edad al llegar al siglo veintiuno.

Se estremeció, no pudo evitarlo. Dios, estaba hablando con un demonio, ¿es que no veía lo que tenía delante de los ojos?

—Vale, creo que sencillamente te echaré unos cuarenta y me quedaré calladita.

Sus carcajadas resonaron en el silencioso jardín, se inclinó sobre ella y le acarició el rostro con los dedos.

—Dejémoslo ahora en treinta y nueve —le guiñó el ojo—, que es lo que pone en mi documento de identidad.

Se miraron a los ojos y no pudo evitar preguntar.

—¿Algún día me dirás cuando naciste?

—Hay cosas que es mejor que nunca sepas, Helena, por tu propia continuidad.

No le dejó replicar pues aprovechó para bajar sobre su boca y besarla.

—Um... tienes los labios fríos, vamos a dentro.

Puso una mano sobre su pecho, manteniéndolo a distancia para poder preguntar.

—¿Crees que él aparecerá? ¿Qué me devolverá lo que me quitó?

—Aparecerá y tú recuperarás todo lo que perdiste.

Suspiró, resbaló la mano por su camisa y se detuvo al llegar al cinturón.

—¿Me lo prometes?

Le levantó la barbilla con los dedos y la miró a los ojos.

—Te lo prometo, Helena, te lo prometo.

Si tan solo supiese lo que esas palabras significaban para ella, se incorporó y le echó los brazos al cuello.

—Me encanta este lugar, pero no me quejaré si me llevas a otro más calentito —ronroneó, pegándose a él.

—Veré que puedo hacer.

Se rio, no pudo evitarlo, ambos eran muy conscientes de lo que él podía hacer.

CAPÍTULO 20

Helena estaba disfrutando de un merecido baño de espuma cuando Aric apareció por la puerta. No pudo evitar resbalar la mirada por el musculoso cuerpo desnudo de su amante, no se había molestado en vestirse después de su sesión de cama y a juzgar por la erección que no se molestaba en ocultar, estaba más que dispuesto a seguir con el juego. Las enormes alas negras destacaban contra su piel, recordándole sin necesidad de palabras quién era él.

Todavía le costaba acostumbrarse a verle así, pero no sentía miedo, incluso la palpable sorpresa había desaparecido y solo quedaba una nerviosa aceptación.

—Parece que te gusta lo que ves.

Se sonrojó, sus ojos brillaban de diversión, los labios que había besado hacía poco tiempo se curvaban en una perezosa sonrisa que ocultaba sus colmillos.

—El brebaje de Usher no ha dañado mi cerebro hasta el extremo de no poder apreciar a un hombre atractivo cuando lo tengo delante —respondió hundiéndose un poco más en la bañera—, con alas y todo.

Se rio de nuevo, levantó sus alas, abriéndolas y se reunió con ella en la bañera, intercambiando posiciones. En unos pocos movimientos él se hundió tras ella, rodeándola con los brazos mientras esos lustrosos apéndices quedaban suspendidos a ambos lados.

—¿Estás cómodo?

Ronroneó en su oído y sumergió las manos entre sus piernas abiertas haciéndola gemir.

—Más que cómodo.

—Me refería a tus alas, Aric —aferró sus manos con las propias.

—Ya están más que acostumbradas a estas posturas, no hay ningún problema —la buscó con la nariz, frotándole el cuello para mordisquearle la piel y no pudo evitar estremecerse—. Tranquila, Lena, no voy a morderte.

La afirmación la tomó por sorpresa, sus manos dejaron de acariciarle el monte de venus y subieron a su cintura y lo escuchó suspirar.

—Te has puesto tensa —valoró, algo que ella misma notaba—, recuéstate contra mí y estira las piernas.

Respiró profundamente e hizo lo que le pidió, apoyó la nuca contra su hombro y extendió las piernas notando esa rigidez a la que él había hecho alusión.

—¿Qué ha pasado ahora por esta cabecita tuya? —la habló al oído.

Se relajó paulatinamente sobre él, buscó sus manos y las cubrió con las propias.

—¿Ahora? —Dejó escapar un divertido bufido—. Mi mente no ha dejado de dar vueltas y más vueltas desde el momento en que apareciste de nuevo en mi vida trayendo todo esto contigo.

—Lo estás haciendo muy bien.

—No dejas de decirlo...

—Es lo que veo.

Se quedaron un momento en silencio, disfrutando del calor adormecedor del agua a su alrededor.

—¿Por qué te marchaste sin decirme una sola palabra?

La pregunta surgió por sí sola, pero ya no era un reproche, sino la necesidad de saber.

—Porque no podía quedarme más tiempo junto a ti —respondió con voz ronca, más baja de lo normal—. Lo que pasó, no entraba en mis planes.

—¿Y crees que en los míos sí?

Notó como cogía aire, pues su pecho se expandió tras su espalda y su aliento le acarició la oreja.

—Pertenezco a un mundo que está muy lejos del tuyo, de no ser por la deuda del *Circus*, ni siquiera habríamos vuelto a encontrarnos.

—Podrías haberte negado a recibirme, no puedo creer que no te reconociese al principio.

—Así es cómo debía ser.

—¿Por qué no te negaste?

Se quedó callado, así que levantó la cabeza y se encontró con sus ojos.

—Por el mismo motivo que tú aceptaste jugar y arriesgarte en este juego de azar conmigo —respondió con serena aceptación—, por el mismo motivo que me llevó a hablarte ese día en la playa. Me siento atraído hacia

ti, eres como un extraño imán para mí y es difícil mantenerse alejado una vez me encuentro cerca de ti.

—¿Sabes que me convencí de que tú habías sido una borrachera de fin de semana? —hizo una mueca—. No era capaz de recordar con claridad tu rostro, pero no podía dejar de sentir tus manos sobre mí, ese cosquilleo en el estómago, el calor de un cuerpo, de escuchar una voz y unas risas compartidas como si viniesen de lejos. Es una tortura...

—Helena...

—...amar a alguien que no recuerdas.

El silencio volvió a caer sobre ambos, más denso que una gruesa manta de oscuridad.

—El vino y mi baja tolerancia al alcohol fueron la justificación perfecta —murmuró más para sí que para él—. Fue más sencillo seguir adelante de esa manera.

—Condenada mentirosa.

Se rio, no pudo evitarlo, él sonaba tan irritado.

—Habla por ti, demonio, para mí lo fue, después de un tiempo al menos, lo fue.

Los brazos masculinos la rodearon apretándola más contra él, girándola hasta que se quedado mirándose a la cara.

—No, nunca se hace fácil, cada maldito día que pasa, es como caminar por el jodido infierno —siseó él, sus ojos se habían vuelto rojos y no se molestaba en ocultar los colmillos al hablar—. Y solo ha sido un instante en mi tiempo, una mota de polvo en incontables siglos, tú no tenías que ser otra cosa que un momento fugaz.

Sus palabras la hicieron consciente de la diferencia tan marcada que había entre la vida de ambos, en el tiempo que llevaban caminando por el mundo.

—Y has sido como una jodida chincheta en el zapato.

Parpadeó ante lo que sin duda era la típica rabieta de un niño y soltó una carcajada.

—Vaya, gracias, señor.

Él gruñó y, un segundo después se sintió izada en el aire sin apoyo alguno, extendió los brazos de manera automática en busca de un apoyo y posó las palmas sobre sus hombros. Su cuerpo descendió, quedando a

horcajadas sobre sus caderas, mirando ahora un rostro que había perdido prácticamente toda su humanidad.

—Mírame, esto es lo que soy —siseó entre dientes y no pudo evitar sentir una punzada de miedo—, esto es lo que siempre voy a ser, no podía quedarme contigo, no puedo. Solo eres una... humana.

La manera en que lo dijo le provocó una punzada en el estómago, había tal tono despectivo en sus palabras, que sintió náuseas durante una milésima de segundo.

—¿Tanto me odias por lo que soy?

—Sí, Helena, odio que seas tan solo una pequeña y débil humana, porque estoy obligado a perderte en el transcurso de un parpadeo —aseguró, sus manos se cerraron ahora sobre sus caderas, los dedos le apretaban la carne y las uñas parecían clavársele. Tuvo miedo incluso de bajar la cabeza y mirar por temor a lo que se encontraría, pero no era una cobarde, alguien carente de valor no estaría allí, desnuda, deseando a un ser que parecía cualquier cosa menos humana.

Bajó la cabeza y vio que su piel, así como sus manos, se habían oscurecido y sus dedos terminaban en una especie de uñas negras y ligeramente curvadas.

—Odiarme no hará que el dolor desaparezca, Ari —murmuró utilizando el apodo que le había puesto entonces, cuando se conocieron la primera vez —, lo sé, lo he intentado con todas mis fuerzas.

—No te odio, Lena, nadie puede odiar a su propio corazón —aceptó intentando relajarse—. Es tu humanidad la que detesto con toda mi alma.

—Si me odias por lo que soy —murmuró y levantó la mirada para encontrarse con la suya, le acarició el rostro con la mano y le sostuvo esa fiera e inquietante mirada—, ¿cómo debería reaccionar yo entonces por lo que tú eres? ¿Crees que es fácil enfrentarme a esto? ¿A lo que eres?

—Si fueses una hembra inteligente, te limitarías a aprovechar el momento y olvidarlo después.

—¿Así es cómo has estado viviendo hasta ahora? —Sacudió la cabeza—. Disfrutando un momento para desecharlo al siguiente. ¿Y cómo consigues mantenerte cuerdo a través de... tu vida? ¿Cómo eres capaz de empatizar con los demás? ¿De sentir siquiera?

—Nunca tuve la necesidad de sentir nada hasta que apareciste en mi camino —declaró a través de los apretados dientes—. Amarte ha sido mi

mayor error...

Sacudió la cabeza ante la crudeza de sus palabras.

—Vaya, gracias.

Él gruñó y no fue un sonido humano, sino el de una bestia herida.

—Pero no puedo dejar de hacerlo —declaró aferrándole los antebrazos, enfrentándose a ella con un infinito dolor surfeando sus ojos—. Estoy maldito, no importa lo que haga, porque tú siempre estás ahí, mirándome con esos ojos azules, juzgándome, suplicándome, gritándome... y cuanto más quiero odiarte, más te amo.

—Ari...

—¿Qué hago, Helena? ¿Qué hago contigo? —le preguntó buscando la respuesta en sus ojos—. ¿Qué hago con una humana que me mira con miedo en los ojos? ¿Qué hago con una humana que tiembla entre mis brazos cuando siente mi boca en su cuello? No puedo cambiar lo que soy tanto como tú no puedes dejar de ser lo que eres.

—Solo me das miedo cuando haces lo que estás haciendo ahora —protestó librándose de sus manos—, cuando me tratas como si yo no valiese ni el suelo por dónde caminas, cuando me intimidas para que me aparte de ti, cuando me muestras quién y qué eres para que me aleje. ¿Crees que no me he dado cuenta?

Lo empujó, el agua salpicó en todas direcciones mientras se apartaba de él.

—¡Mírame! ¿Crees que estaría así, desnuda y vulnerable ante ti si te tuviese miedo? ¿Qué te permitiría tocarme, besarme, follarme? —Golpeó el agua, se la lanzó a la cara—. ¡Míranos, maldita sea! ¡Míranos a ambos, Aricles! ¿Qué hay de normal en esto? ¿Qué hay de normal en un mundo que es como una maldita pesadilla mezclada con un infernal sueño surrealista? ¡Estoy haciendo un verdadero esfuerzo por no volverme loca! ¡Y lo hago porque te quiero! ¡Porque nunca he dejado de querer a alguien a quién ni siquiera recordaba! ¡Así que no se te ocurra hablarme sobre tener miedo, capullo!

Se quedó jadeando, ni siquiera se había dado cuenta de que se había puesto de pie hasta que se percató de que lo estaba mirando desde arriba.

—Yo soy la que tiene que enfrentarse con el maldito infierno, te estoy viendo tal y cómo eres, como tú quieres que te vea y sigo queriéndote —musitó derrotada—. Porque te quiero Ari, sin importar qué o quién eres,

cómo te vistas, de qué te disfraces, los siglos que cargues a la espalda o los años que puedan quedarme para estar a tu lado, te quiero. ¿Te enteras, demonio inútil? Te quiero.

—¿Acabas de llamarme «demonio inútil»?

Parpadeó ante su respuesta.

—Sí.

Enarcó una ceja.

—¿Qué dijimos sobre los insultos?

—Tú fuiste el que empezó —lo apuntó con el dedo—. Yo solo sigo tus malos ejemplos.

Entrecerró esos ojos del color de la sangre sobre ella, entonces estiró el brazo y la cogió, tirando de ella en su dirección, atrapándola contra su cuerpo desnudo mientras hacían salpicar más agua de la bañera.

Se quedaron mirándose el uno al otro, ella posó la mano sobre su pecho y afirmó las piernas a ambos lados de sus musculosos muslos, podía notar su dura erección acariciándole el vientre.

—Nunca bajas los brazos, ¿no es así? —le dijo él, no era una pregunta, sino una apreciación—. Da igual que te dejen en la calle con lo puesto, que te arrebaten todo lo que tienes, seguirás luchando hasta el final.

—Siempre lucharé por lo que quiero, por lo que creo justo, nadie me quitará eso, nadie me quitará quién soy.

Asintió, bajó la mirada a sus labios y luego la miró a los ojos.

—Eres un verdadero dolor en el culo, ¿lo sabías?

Inspiró profundamente y ladeó la cabeza.

—El demonio hablando de cuernos.

Sonrió, los labios masculinos se estiraron dejando ver sus colmillos.

—Supongo que esto es un empate —aceptó, se lamió los labios y bajó la mirada sobre su cuerpo—. Ambos hemos puesto las cartas sobre la mesa y ninguno tiene una mano ganadora.

—Estoy dispuesta a arriesgarme de nuevo con los dados —replicó bajando sobre él, tentándole al frotarse contra su erecto pene—, pero esta vez no voy a perder.

Gruñó, resbaló una mano bajo su cabeza, sujetándole el pelo y tiró de ella hacia su boca.

—Siete días, Helena, ya hemos gastado dos. —Se relamió y el gesto la puso caliente—. Cuando saldes tu deuda, volveremos a hablar sobre esto.

—¿Qué más hay que hablar? —lo desafió.

La forma en que desnudó los colmillos le provocó un temblor en todo el cuerpo, pero no se amedrentó, ni siquiera cuando él tiró de su cabeza, obligándola a ladearla y notó el aliento en su cuello.

—De nuestra separación o el final de esta.

Helena gimió al sentir la doble penetración de sus colmillos y su pene al mismo tiempo en su cuerpo, el pinchazo de erótico dolor en su cuello se unió con la fuerza de su empuje desarmándola al momento, impidiéndole dar una respuesta.

—Móntame.

Las palabras resonaron en su mente a pesar de que sus palabras habían sido ahora susurradas al oído.

Ella inclinó las caderas, buscando un ángulo adecuado antes de hacer fuerza en las rodillas y retirarse de él. El agua caliente lamía su cuerpo incrementando la erótica sensación.

—Sigue —la instruyó al tiempo que le pasaba la lengua por el cuello y descendía por la columna, lamiéndola, besándola para recalar en ese lugar que tanto le gustaba entre el primero y su hombro—. Y apriétame.

—Oh dios. —No pudo evitar contenerse en gemir cuando sintió de nuevo sus dientes sobre su piel un segundo antes de rasgarla y notar como él mismo alzaba las caderas para salir a su encuentro.

«Cabálgame, Lena, móntame mientras bebo de ti».

Obedecerle fue prácticamente una necesidad, su boca no la abandonaba y le daba tal placer que se olvidó de todo excepto de follárselo y que la follase a su vez.

Escuchó sus gemidos parejos a los de ella, jadearon juntos con cada sensual movimiento de sus cuerpos, la forma en que el agua le lamía los pezones, hizo que Helena perdiese el control y se entregase al desesperado frenesí de la cópula.

Aric, sin embargo, tenía sus propios planes, pues cambió el ángulo de su cuerpo para poder deslizar el pulgar entre sus muslos. En el momento en que notó la callosa yema frotándole el escondido nudo, el caliente placer se disparó por su cuerpo, echó la cabeza atrás y gritó su nombre mientras se mecía contra él.

—¡Aric!

—Más, Lena, dame más.

Le rodeó la cadera con el brazo y la levantó para poder guiar ahora él los empujes, todo lo que ella pudo hacer fue aferrarse a sus hombros y acompañar sus embestidas con sus propias caderas.

—Dios, eso es bueno, Lena, sí, sigue así, móntame, entrégate a mí.

Le clavó las uñas en los hombros cuando sintió su boca apropiándose ahora de un pezón, la lamió a conciencia, mordisqueándola sin llegar a atravesarle la piel.

—Exquisita, sigue moviéndote, así, dame más.

Se entregó con desinhibición, se olvidó de todo y gimió, jadeó, volviéndose loca, llamando su boca con desesperación para recibir en pago un beso en el que se probó a sí misma.

—Ahora, Lena, córrete otra vez.

Como si fuese un maestro de ceremonias al que nadie podía negar, su sexo se contrajo alrededor de la dura y llena polla, la exprimió en un jadeante orgasmo que se llevó hasta el último grito de su garganta mientras él se corría también en su interior.

Se dejó caer contra él, agotada, incapaz de mover un solo músculo, el corazón le latía en los oídos con tanta fuerza como el de él resonaba contra sus senos.

—Recuérdame —se las ingenió para musitar—, que mantengamos la próxima conversación —se lamió los labios—, en un lugar en el que ambos estemos vestidos.

La respuesta de Aric fue reírse a carcajadas.

CAPÍTULO 21

El tiempo parecía tener otro ritmo en la mansión, los días empezaban a confundírsele en la mente, las noches se convertían en momentos tan especiales que no deseaba que se terminasen, pero todo aquello tenía un final y se acercaba peligrosamente.

Helena hizo a un lado las sábanas, las cortinas de la habitación se abrieron por sí solas, las luces se encendieron y escuchó el agua de la ducha al empezar a correr. Había cosas a las que todavía no se acostumbrada y esa era una de ellas, la mansión ejercía un dominio absoluto sobre las cosas cotidianas, era como si fuese consciente de lo que necesitaba incluso antes de que ella misma lo supiera. Aric había sido incapaz de explicarle cómo era posible o qué era exactamente la mansión, todo lo que le dijo era que siempre había sido así.

Habían hablado, la conversación que se inició aquella pasada noche solo fue la primera de muchas, no era sencillo extraer información de un hombre como él, pero cada nuevo pedazo que le mostraba de sí mismo era una pequeña batalla ganada.

El mundo en el que él se movía, en el que vivían cada uno de los hombres que habitaban la mansión, era algo que se escapaba a su comprensión y, al mismo tiempo, también algo excitante. No podía dejar de preguntarse las distintas épocas por las que habrían pasado, la gente a la que habrían conocido, las situaciones en las que se habrían visto envueltos y mientras lo hacía se volvía consciente de que cada uno de ellos era lo que decía ser.

Se pasó la mano por el cuello y descendió por su brazo hasta la depresión que lo unía con el hombro, tembló al notar la diminuta marca,

tragó con dificultad y se obligó a respirar de nuevo. Aric hacía aquel momento el más íntimo y cercano de todos, por un breve instante podía sentirse parte de él, tan cerca que en ocasiones creyó escucharle en su cabeza, compartiendo cosas que no se atrevía a decir en voz alta.

El pensamiento la llevó de nuevo a prestar atención a su alrededor, al dormitorio masculino y a la ausencia de su acompañante. Él solía despertarla con caricias, con su codiciosa lengua recreándose en su cuerpo o entre sus piernas, pero esa mañana se había marchado como un furtivo, sin que ella se diese cuenta de nada.

—¿Aric?

Sabía que no estaba en el dormitorio, esperaba equivocarse, pero había cosas que eran imposibles de pasar por alto y la presencia de su amante era una de ellas. No hubo respuesta, el silencio era tal que le entró un escalofrío y se apresuró en dejar el lecho y correr a ducharse esperando encontrarle en el comedor o en algún otro lugar de la casa.

No perdió el tiempo ni en secarse el pelo con el secador, se vistió rápidamente y salió como una exhalación.

—¿Ey? ¿Dónde está el fuego?

Se detuvo en seco cuando se encontró con Gawrin, el hombre llevaba un libro en las manos y las gafas en la punta de la nariz.

—Lo siento, no te había visto.

—Me he dado cuenta de ello, créeme —replicó con palpable ironía—. ¿Y bien?

—¿Y bien qué?

—¿Se incendió *vuestro* dormitorio?

La alusión a la relación que mantenía con uno de los miembros de la casa era palpable para todos, no era algo que se molestasen en disimular, pero sin duda quién los había pillado ya en varias comprometedoras situaciones era ese hombre que la miraba como si fuese un helado de chocolate al que le gustase pegarle un lametón.

La tónica general era reírse, hacer algún comentario picantón y lanzarle alguna pulla a Aric antes de dar media vuelta y desaparecer en la sala común de la primera planta o en sus propios dominios, situados en el ala contraria a la que ocupaba el *sanguinar*.

Sacudió la cabeza y suspiró.

—No, estaba en perfecto estado cuando lo abandoné —replicó y señaló el pasillo que llevaba a la planta baja—. ¿Sabes si Aric ya ha bajado a desayunar?

Se quitó las gafas, cerró el libro y asintió.

—Aricles salió hace un buen rato, fue a encargarse de la deuda.

Parpadeó.

—¿De la deuda?

—Ya sabes, esas cosillas por la que terminaste aquí y con él.

Abrió la boca y volvió a cerrarla.

—¿Lo ha encontrado? ¿Cuándo? ¿Dónde? —Hizo una pausa y se pasó la mano por el pelo—. ¿Por qué no me dijo nada? ¡Quiero estrangularlo con mis propias manos!

Se echó a reír.

—La deuda es suya desde el momento en que te ganó en la mesa de juego, pajarillo, así que es a él a quién le corresponde arreglar las cosas —le informó, se metió el libro bajo el brazo y se golpeó los labios con las patillas de las gafas—. Confía en que él sabrá qué hacer para que ese rastrojo humano no se vaya de rositas después de todo lo que te hizo. Tiene muchas explicaciones que dar, una deuda que saldar ante vuestra justicia...

—Nuestra justicia —repitió sus palabras—. Lo dices como si... vosotros os rigieseis por algo más.

—Acatamos las leyes del mundo en el que nos movemos, porque somos parte de él, pero al mismo tiempo tenemos nuestras propias normas. —Onduló la mano y todo a su alrededor cambió, el pasillo, las estatuas, todo desapareció y se encontró en medio de un campo de amapolas, con el sol brillante sobre sus cabezas y el aire meciendo las flores—. Nuestras propias leyes que se escapan al entendimiento de los mortales.

No pudo evitar jadear al encontrarse en ese nuevo escenario, le llevó un par de respiraciones profundas calmarse lo suficiente para que el corazón dejase de latirle en los oídos.

—¿Podrías avisarme la próxima vez que tengas la feliz idea de hacer algo como esto?

Sonrió ampliamente, tenía que admitir que era un hombre devastadoramente atractivo, encantador, mucho menos amenazante que sus compañeros y, al mismo tiempo, también más peligroso debido a esa cercanía que siempre parecía brindar a los que lo trataban.

—A estas alturas el brebaje de Usher ya ha debido de hacer su efecto, así que, buen trabajo de contención.

—Sí, bueno, cuando tienes alrededor de ti a un tío con unas enormes alas de murciélago, colmillos y ojos que tienden a tornarse rojos o te acostumbras o mueres de un infarto fulminante. —Se encogió de hombros—. En mi caso, he tenido tiempo de acostumbrarme.

—Ya veo —asintió, levantó la mano, le dedicó un guiño y el escenario cambió de nuevo a su estado original—. Eres una curiosa aparición, espero que ese demonio sea lo suficiente inteligente para apreciarlo.

Su comentario la cogió por sorpresa, no era algo que esperase escuchar de ese hombre.

—¿Por qué dices algo así? —No pudo evitar preguntar.

Sonrió y un par de puntiagudos pequeños colmillos aparecieron en su boca.

—Porque habría que estar ciego para no ver que amas a un demonio, dulce Helena —aseguró con un brillo inusual en los ojos—, y eso, viniendo de un ser humano, es un don inusual.

—¿No crees que entre un humano y un demonio pueda existir el amor?

Dejó escapar un pequeño bufido.

—Oh, sí, claro que lo creo —se burló—, pero eso no significa que el final sea, cómo decís vosotros, un “*felices para siempre*”.

Le sostuvo la mirada, entonces concluyó.

—Aunque apostarí a las cartas que tú lo aceptarás como un nuevo desafío —sonrió para sí—. Espero que logres lo que desees, Helena, realmente lo espero.

Con eso dio media vuelta y la dejó allí en medio del pasillo, pensando en lo que le había dicho y en cómo conseguir ese maldito «*felices para siempre*» en el que ellos parecían tener problemas en creer.

CAPÍTULO 22

La humanidad era realmente la única culpable de su propia estupidez, pensó Aric al ver la escena que se estaba desarrollando ante sus ojos al otro lado de la calle, dejó el café que le había servido una agradable camarera sobre el plato y acarició con los dedos la carpeta que tenía sobre la mesa. Daba igual que se tratase de un hombre o de una mujer, la codicia estaba en los corazones de todos los individuos, no solo de la humanidad, la sed de poder, el egoísmo, todo ello formaba parte de un círculo vicioso en el que una vez que se entraba era difícil, sino imposible, volver a salir. Y los había reincidentes, que no les bastaba con hacer daño una vez, que necesitaban más, que deseaban más, sin encontrar la satisfacción.

El hombre que estaba al otro lado de la calle hablando con una mujer era exactamente la visión que tenía la humanidad sobre los demonios, sobre la maldad y la codicia, sobre el engaño y la traición. Podía verlo con tanta claridad cómo veía cada una de las almas que pululaban a su alrededor, aquel individuo era el único que había engañado a Helena, que se había aprovechado de su vulnerabilidad, de su generosidad y de la soledad que había quedado en su alma tras su partida.

Lo había rastreado sin problemas, solo era cuestión de esperar a que saliese de su agujero y siguiese con su rutina habitual, después de todo, se sentía a salvo al otro lado del mundo, disfrutando de una de sus tantas identidades con las que embaucaba a las mujeres.

Y luego lo llamaban a él vampiro, pensó poniendo los ojos en blanco.

Aquel tipo era un parásito, se pegaba a sus víctimas como una auténtica garrapata y les iba chupando la vida, viviendo a sus expensas y dándose todos los caprichos que su codicioso corazón deseaba. Helena no había sido

la primera y, a la vista estaba que no era la última. Con toda probabilidad, si no se hubiese sentido atraído por el casino y la oportunidad de hacerse con más poder, habría sido otra sanguijuela más en el mundo, una que se aprovecharía una y otra vez de las mujeres para luego tirarlas a un lado.

Dejó unas monedas sobre la mesa, recogió la carpeta y se levantó, había llegado el momento de pasar a cobrar la deuda que se le debía al *Circus*, sin duda, su alma sería un pago adecuado.

Helena estaba distraída, jugaba con la cuchara mientras le daba vueltas y más vueltas a sus pensamientos.

—Si sigues revolviendo de esa manera el yogur, va a terminar cortándose —comentó Fey, que se sentaba frente a ella, era el único que estaba presente esa mañana.

Levantó la cabeza y lo miró.

—Estás frustrada —chasqueó el incubo—. ¿Aric no te folla tanto cómo debería? Si necesitas un cambio de aires, yo estoy libre hasta las dos.

Le sostuvo la mirada y suspiró.

—¿Cómo lo haces?

—Bueno, nena, el que preguntes eso no habla muy bien de tu amante.

Puso los ojos en blanco.

—Soy un incubo, puedo oler tus emociones, entre otras cosas. Por no mencionar que no sois precisamente silenciosos cuando discutís. ¿Todavía no has aprendido que lo mejor, para no discutir, es follar como conejos? Al menos, la energía empleada sirve para algo.

—No sé ni para qué he preguntado.

—Preguntas porque amas a un demonio que a su vez te ama y no sabe qué coño hacer contigo —resumió con gesto presumido—. Aric todavía piensa que nuestros mundos son distintos, que no pueden mezclarse, no quiere aceptar que vosotros no sois tan distintos. Ya me gustaría que estuviese en mi pellejo.

La miró y frunció el ceño.

—¿De verdad tienes un harem?

—Yo prefiero llamarlo mi «Gran Familia».

—¿Y toda tu familia está... er... ahí, voluntariamente?

Sonrió y mostró unos pequeños colmillos que le provocaron un escalofrío. Mientras que la sonrisa de Aric le resultaba sexy, la de este hombre era peligrosamente sexual.

—Tendré que traer a Rhiannon y presentártela, ella podrá responder a eso, es humana, como tú.

Aquello la sorprendió.

—¿Tienes una pareja humana?

—Ella fue mi deudora, después de saldar su deuda decidió que quería permanecer a mi lado a pesar de que nos separaban más cosas de las que nos unían —comentó con gesto pensativo, había un tono extraño en su voz, como si le sorprendiese la decisión de esa mujer.

—¿Y ella sabía qué eras antes de tomar esa decisión?

—Si no fuese porque empiezo a conocerte, me sentiría ofendido por la pregunta, Helena —replicó con cierta diversión—. Rhia supo desde el primer momento en que entró en la *Arena* que yo no era humano y sí, era consciente de que soy un incubo y de mi forma de vida. Ella decidió que valía la pena arriesgarse y, aunque no lleva bien que tenga otras parejas, comprende que es parte de quién soy.

—Y la aceptaste siendo humana.

Ladeó la cabeza y la miró casi divertido.

—Te seduciría a ti hasta que aceptases quedarte conmigo si no supiese que Aric me cortaría los huevos —canturreó, entonces hizo una mueca como si hubiese recordado algo—, y Rhia le ayudaría. Es una mujer que sabe hacerse oír, humana y todo.

—Parece que le tienes afecto.

—Sí, ¿verdad? —asintió con gesto pensativo—. Aunque diría que es más que afecto, me he acostumbrado a tenerla alrededor. Es alguien importante para mí, como tú lo eres para mi primo. Es curioso cómo vosotros los humanos sois capaces de superar cualquier dificultad cuando os enamoráis, el amor os hace fuertes, os da un poder inmenso que no puede competir con ningún otro en el universo y la valentía de enfrentarlo es lo que os hace valiosas.

—Es un pensamiento bonito.

—Es una realidad, Helena, lo he aprendido por el camino difícil, como dice mi mujer.

—Me habría gustado conocerla.

—A ella también le habrías gustado tú —aceptó mirándola intensamente—. Serías una buena compañía para ella y viceversa, no hay muchos humanos que estén al tanto de lo que ocurre más allá de sus narices y con los que podáis hablar sobre ello.

—Amén a eso.

—Si decides quedarte con Aric, la traeré conmigo a la mansión.

—Más bien es si él decide quedarse conmigo.

—Es un demonio, no te ha sacado de su cabeza desde que te conoció, todos en esta casa lo sabemos, la Mansión lo sabe, —se encogió de hombros—, es solo cuestión de tiempo que se dé cuenta de que *tu* vida es demasiado corta para desperdiciarla en tonterías.

No pudo evitar reflexionar sobre lo que acababa de decir, no se trataba de un error, había marcado el pronombre.

—Gracias, Fey.

Al hombre lo pilló por sorpresa su respuesta.

—¿Por qué?

—Por decirme justo lo que necesitaba oír.

Sus ojos se suavizaron, ladeó un poco la cabeza y asintió.

—Me gustas, Helena, creo que eres lo que ese demonio necesita, no dejes que sus colmillos te asusten.

—No me asustan sus colmillos o quién es en realidad, sino la posibilidad de tener que perderle por segunda vez.

—Bien, eso es justo lo que todos queremos escuchar alguna vez en nuestras extensas vidas, así que díselo —le sugirió—. Le diré a mi Rhiannon que tendrá una compañera humana en la mansión con la que despellejarme verbalmente, la hará delirar de emoción.

No pudo ni responder a semejante declaración, pues el hombre se esfumó en el aire dejándola completamente sola en el comedor. Se estremeció, sacudió la cabeza y se obligó a respirar profundamente un par de veces.

—De acuerdo, cada cosa a su tiempo, por ahora procura seguir respirando.

Miró el yogur, hizo una mueca y lo desechó, se levantó, lista para abandonar la mesa y se encontró con Aric entrando por la puerta. Vestía de manera casual, con vaqueros, camisa y americana, sus alas se habían esfumado y sus ojos tenían ese tono marrón con el que los había conocido.

—Buenos días —lo saludó—. ¿Tanta prisa tenías por abandonar nuestra cama que no me despertaste para acompañarte al menos en el desayuno?

Abandonó el umbral y caminó hacia ella, estaba serio, no había esa picaresca en su rostro.

—Lo he encontrado —la informó—. Está en Londres, tiene una relación con una hembra de aproximadamente tu edad. Es propietaria de una boutique de su propia firma y ha estado viviendo a sus expensas, al mismo tiempo que lo hacía contigo.

Parpadeó, le llevó un buen momento procesar la información.

—¿Cómo?

—Durante el tiempo que estuvo contigo, lo hacía también con esa mujer —le resumió—. Nuestros investigadores creen que ha utilizado tus fondos para viajar de un lado a otro, estableciendo aquí su identidad como Galerista especializado en arte urbano.

Sacudió la cabeza.

—Es una broma, ¿no? —Resopló a modo de risa—. Jamás se ha interesado en el arte, no tiene ni puta idea, para ser precisa.

—Es un estafador, Helena, solo tiene que ser un buen embustero, convincente y carismático, lo demás lo consigue de... —Se detuvo, buscando la palabra adecuada.

—De mujeres como yo.

No lo rebatió, no hacía falta, era algo que saltaba a la vista. En lugar de eso, se cruzó de brazos y empezó a echar cuentas.

—¿Podrías prestarme algo de dinero para que pueda viajar hasta el Reino Unido y asesinarlo con mis propias manos? —lo miró—. Prometo devolvértelo tan pronto me paguen el sueldo que me deben o encuentre un nuevo trabajo, ya que la biblioteca no ha respondido a mis llamadas.

—No voy a pagarte un billete a la cárcel.

Puso los ojos en blanco.

—Solo quiero advertir a esa mujer, no quiero que le tome el pelo como lo ha hecho conmigo —se obligó a no apretar los dientes—. Quiero quitarle para siempre la máscara a ese hijo de puta.

—Si eso es lo que deseas, es lo que te daré —le concedió—. Pero nada de asesinatos, Lena, sacarte de la cárcel no entra dentro de mis competencias.

—¿Puedo al menos romperle los huevos? Solo un poquito, anda, di que sí.

Enarcó una ceja ante su petición y resopló.

—Si no lo haces tú, tendría que hacerlo yo, así que, trabajo que me ahorras.

Se frotó las manos.

—Bueno, pues tú ocúpate de los billetes mientras cojo una chaqueta, mi bolso y...

Sus palabras se vieron interrumpidas cuando le rodeó la cintura con un brazo y la atrajo hacia su cuerpo.

—Tenemos aerolínea privada.

Antes de que Helena tuviese tiempo de abrir la boca y preguntar, ambos desaparecieron de la mansión.

CAPÍTULO 23

Había algo realmente brutal en ver a una mujer pegarle una patada en los huevos a un hombre. Aric no pudo evitar encogerse en solidaridad masculina, Helena permanecía de pie a su lado, tan sorprendida como él mismo por la paliza que la mujer, con la que se habían citado tan solo una hora antes, le estaba dando a Mich Carmody.

—Eso quería hacerlo yo —dijo con un puchero.

—No estoy seguro de que te quede algo que patear.

Ambos se encogieron ante el rodillazo que la chica le pegó en la entrepierna y que dejó al tipo en el suelo, aferrándose los huevos mientras intentaba respirar.

—Joder, ¿estás loca? ¡Putal! ¡Maldita sea! —jadeaba—. Todo es culpa de esa zorra, no la escuches, Rose, nada de lo que dice es cierto. Te lo juro, amor, te juro que...

—¿Amor? ¿Amor? Tú no te amas sino a ti mismo, cabronazo —siseó ella yendo a por su pelo—. ¿Cómo has podido? ¿Cómo pudiste mentirme de esa manera? ¡Has estado viviendo a mi costa y a la de esa pobre chica! ¡Cabronazo!

La manera en que le tiraba del pelo, como si quisiera arrancárselo de cuajo hizo que ambos diesen un respingo. Helena se giró hacia él con una mueca.

—¿Deberíamos detenerla?

—Yo no pienso meterme ahí —señaló la contienda entre la pareja—. Quiero mucho mi polla como para perderla en una patada de esas.

Lo miró con gesto interrogante.

—Y tú también quieres que mi polla siga en el mismo sitio y en el mismo estado que estaba la última vez que la usaste.

Puso los ojos en blanco y lo ignoró.

Estaba muy serena, lo había estado incluso cuando la chica que amenazaba con despellejar al embustero que las había engañado a ambas, los había recibido en su tienda y había mantenido una acalorada discusión con Helena. La chica no le creyó una sola palabra, la había acusado de embustera, de estar buscando dinero, hasta que la oportuna mención de ciertos datos y el visionado de algunas fotos pusieron las cartas sobre la mesa.

Poco a poco empezaron a encajar varios viajes de los que ambas eran conscientes en las mismas fechas, de llamadas, de repentinas escapadas de fin de semana, el tipo las había estado engañando a ambas al mismo tiempo mientras vivía a costa de ambas.

Rose era sin duda una hembra mucho más tajante que su compañera, había puesto al mando de su tienda a la encargada y los había hecho acompañarla al lugar dónde decía que trabajaba su prometido. No hacía ni un mes que le había regalado un caro anillo que no dudó en quitarse, supuestamente iban a casarse dentro de seis meses, boda que ya no se celebraría. Aric había sentido el dolor en el pecho de la mujer, había oído sus emociones, la rabia, la traición, al contrario que Helena, ella si estaba enamorada de un hombre que en realidad no conocía.

Si hubiese quedado todavía alguna duda sobre la identidad de Helena y que lo que había dicho era verdad, quedó totalmente despejada cuando ella entró a solas en la galería y el hombre palideció unos segundos antes de romper en balbuceos.

—¿Qué? ¿Cómo has llegado aquí? ¿De dónde...?

—Sorpresa, Mich —lo saludó con una tranquilidad que lo preocupaba. Helena nunca había estado tan fría, tan distante en toda su vida, era como si sus emociones se hubiesen esfumado y allí no hubiese más que una cáscara vacía—. ¿Me has echado de menos? Porque yo tanto o más que los cabrones que me desahuciaron, o los del banco, o de las tiendas en las que has dejado deudas... Oh, por no mencionar cierta deuda que has contraído con uno de los casinos de mi ciudad.

Como si el tipo no pudiese contenerse empezó a barbotear toda la verdad, sabía que eso iba a herir a Helena, pero no podía permitir que

siguiere en ese estado de completo desinterés, era necesario que escuchase, que no le quedase duda alguna de la clase de hombre que era y de lo que era capaz de hacerle a una mujer.

Su confesión también sirvió para que Rose comprendiese que cada palabra que había escuchado era real, que no había mentido.

—¿Esta era la razón por la que siempre tenías que asistir a esas exposiciones? —Lo había increpado la chica con verdadera rabia y dolor—. ¿La razón por la que nunca querías que te acompañase? ¡Cómo has podido! ¡Cómo!

Por supuesto, él no se quedó de brazos cruzados y, ante la presencia de su actual pareja, el muy canalla no tuvo problema en utilizar a Helena como excusa, culpándola a ella, tachándola de despechada, de que era ella quién lo acosaba, quién lo chantajeaba, que había cedido cortar con todo y por eso ella estaba ahora allí, buscando venganza.

Solo entonces Helena había empezado a despertar, a dejar atrás la frialdad, había sentido la rabia emergiendo en su interior, el dolor que había reprimido, no por la pérdida del amor, sino por el engaño, porque se sentía utilizada, había gritado, sorprendiéndolos, poniendo en palabras todo aquello que no pudo decirle a ese cabrón cuando se encontró sola en la calle. Con toda probabilidad se habría lanzado sobre él, pero Rose la había refrenado en el último momento.

—Permíteme, por favor, yo... necesito hacer esto.

El imbécil no se esperó el primer golpe y la bofetada que le cruzó la cara solo fue la primera de una lluvia de golpes, improperios y maldiciones que terminó en el rodillazo que acababan de presenciar.

—¿La detengo o dejo que lo castre?

Helena se quedó mirando la escena unos momentos, entonces les dio la espalda a ambos y le dedicó una mirada tan vacía que lo preocupó.

—Todo lo que quiero hacer es entregar a esa comadreja a la policía, para poder recuperar mi casa —aceptó con la misma tranquilidad agotada de hasta el momento—, y no volver a ver su cara nunca más.

Asintió, pero no le quitó el ojo de encima.

—Todo volverá a tus manos tan pronto se cumpla la fecha de la deuda —le explicó—, y él habrá tenido exactamente lo que se merece.

Aceptó sus palabras y dejó escapar un profundo suspiro.

—Llévame a casa, por favor.

—¿A casa?

—Sí, a la Mansión —repitió dejando claro qué lugar representaba para ella el hogar.

CAPÍTULO 24

Aric cerró la puerta del dormitorio con cuidado, Helena no había pronunciado palabra desde que la había traído de vuelta, se había tumbado en la cama y, para su eterna sorpresa, había roto a llorar.

Sus lágrimas lo habían desestabilizado, no sabía cómo enfrentarse al llanto, cómo hacer que dejase de llorar, qué decir, pero al parecer todo lo que necesitaba era que se quedase a su lado, abrazándola en silencio hasta que se quedara dormida.

El agotamiento la había vencido al fin, la última semana había sido un cúmulo de situaciones y descubrimientos a los que no había tenido tiempo de hacer frente, lo había aceptado todo como buenamente había podido, adaptándose al momento, pero al final le había pasado factura.

Helena era una mujer con emociones fuertes, intensas, así era como vivía, como sentía y solo podía adivinar lo que el final del servicio supondría para ella.

Echó un vistazo a la puerta y abandonó el área para dirigirse hacia la sala común de la planta, escuchó música al llegar vio a Gawrin sentado con una copa y un libro en las manos.

—Espero que Helena tenga mejor aspecto que tú.

No respondió, se limitó a entrar y se dejó caer en un asiento contiguo. Había vuelto a dejar salir sus alas, necesitaba sentirse él mismo de nuevo.

—¿Lo ha enfrentado? ¿Se ha enfrentado a su dolor?

—Estaba tan fría, era como si lo viese todo desde la distancia —se encogió de hombros—, como si lo que estaba ocurriendo ya no fuese con ella.

—Quizá sea así.

—También es verdad que la señorita Castle no le dio mucho espacio, esa mujer parece una erinia.

Su amigo se rio.

—Lena no ha hecho otra cosa que llorar desde que volvimos —continuó pensativo—. El agotamiento la ha dejado vacía, se ha dormido.

—Y, de algún modo, esto también te ha afectado a ti.

—Lo miró y su amigo se rio a carcajadas, dejó el libro a un lado y lo miró.

—Lo sabes, ¿no?

—¿Qué estoy jodido?

—Que estás enamorado hasta la médula de una humana —sentenció—. La has marcado más de una vez, tu aroma está sobre toda ella y tú, está claro que te has alimentado o no estarías tan jodido.

Gruñó, era todo lo que podía hacer al respecto.

—Aric, ¿por qué te resistes a lo que quieres?

—Es humana.

—Rhiannon también lo es y ha decidido quedarse con Fey.

Negó con la cabeza.

—No puedo hacerle eso, no puedo quedarme con ella, Gaw, no puedo consumir su vida de esa manera. La humanidad es frágil...

—Helena no me parece tan frágil cómo crees que es.

—Morirá en un puñado de años, ¿y entonces qué? —insistió—. Envejecerá, se consumirá y yo... yo seguiré así. Terminará odiándome, se dará cuenta de que ha perdido parte de su vida quedándose conmigo.

—Podrías ofrecerle compartir tu vida...

Negó.

—No le quitaré lo que es suyo, no voy a aprovecharme de ella como lo ha hecho esa sanguijuela...

—Ya la has reclamado, solo es cuestión de...

Volvió a negar con la cabeza y Gaw resopló.

—¿Por qué no se lo preguntas primero a ella? —insistió una vez más—. Tu mujer tiene derecho a poder elegir.

—Helena merece tener su propia vida, una humana libre... merece ser feliz.

—Y de todos los ciegos en el inframundo, tú eres además el que está sordo.

—¿Disculpa?

Puso los ojos en blanco, se levantó y puso un dedo sobre la boca, silenciándolo.

—Luego podrás darme las gracias.

Sintió como se desplegaba el poder de las ilusiones, todo a su alrededor empezó a cambiar y las sombras lo engulleron atrapándolo como un simple espectador en lo que parecía un antiguo salón de baile.

—Ah, llegas como caído del cielo, pajarito —escuchó a su amigo, siguió el sonido de su voz y allí estaba ella—. Pasa, pasa...

Helena miró a su alrededor, sabía que le gustaba lo que veía, le brillaban los ojos, algo que no había ocurrido las últimas horas. Al parecer, todo lo que necesitaba hacer era llorar y así descargarse de todo lo que llevaba encima.

—Lo siento, Gawrin, creí que Aric estaba aquí.

—Sí, ha estado aquí, de hecho, volverá en un rato, así que quédate.

Sonrió suavemente y negó con la cabeza.

—No quiero molestarte...

—No me molestas, además, necesitaba una pareja de baile y, si se lo pido a Aric, me morderá como se me ocurra tocarle el culo.

Ella parpadeó, él puso los ojos en blanco y siguió con la mirada la figura de Helena cuando Gaw la atrajo con su magia, envolviéndola en ella, atrapándola en el mágico baile.

CAPÍTULO 25

Helena se quedó parada, mirando la sensual manera en la que se movía Gawrin al compás de la música. Estaba solo, en aquel escenario de ensueño que había creado, moviéndose con una suavidad y elegancia hipnótica. Sus ojos se encontraron con los suyos y volvió a hacerle la misma invitación tendiéndole la mano.

Incomprensiblemente se sintió atraída hacia él, levantó la mano, haciendo espejo con la suya, palma con palma, sin llegar a tocarse y sintió el mágico tirón que parecía obrar la música alrededor de ellos.

La letra de la canción parecía hablarle al oído y no pudo hacer otra cosa que escuchar.

*Aunque no sea fácil de aceptar...
Hoy que no estás es más difícil respirar
Y aunque el amor es no llorar
Lloro porque digo la verdad*

Se meció a su compás, moviéndose voluntariamente a través del nacarado suelo del salón de baile, la falda arremolinándose en sus piernas con cada traslado, levantando el vuelo con cada giro, mientras sus ojos se mantenían prisioneros de los de él.

—Tú no estás ciega, pero eres incapaz de encontrar las palabras.

Parpadeó ante sus palabras pues no entendía a qué se refería.

—¿Qué palabras?

—Las que se deben pronunciar para que se puedan oír.

Le sonrió, cambió una palma por otra al ritmo de la música, parecía obligarla a seguirle, a ir tras él, como si el dejarle no fuese una opción.

Y la verdad es que hoy no estás

*Y aunque quisiera enamorarte una vez más
Dejaste claro que te vas*

La rodeó con una mano la cintura y la llevó con él a través del suelo de damasco, moviéndose con rapidez, cada pisada parecía más fuerte que la anterior, más decidida, hasta que se hicieron igual de ingravidas y por un breve instante sintió que volaba.

Posó la mano izquierda sobre su hombro y le cedió la derecha como si bailasen un vals, se dejó guiar, cerró los ojos y dejó que la música la envolviese, esta era como un río de agua que navegaba por su torrente sanguíneo, despertaba los secretos guardados en su interior y los sacaba al exterior.

*Cuando te vi
El futuro se me hizo pequeño
Fue tan fácil jurar que era eterno
Nunca es así, nada es así*

Tiró de ella hacia él, la hizo girar y volvió a atraparla una vez más, en ningún momento perdió el ritmo o el enfoque en su mirada.

—Alguien debe dar el primer paso, alguien debe tener valor.

—Me parece que esa no es la letra de la canción.

Se rio, le ciñó la cintura y la alzó en un suave giro.

*Le pido al cielo
Que si hoy tú te vas y me quedo
Me deje tu risa entre hielo
Porque sin tus recuerdos no apadrinan mi consuelo
Le pido al cielo*

—Es la letra de la canción que vive en tu interior, la que pone banda sonora a tus emociones, a tus deseos, a lo que sientes con tanta fuerza que

incluso alguien sordo podría escucharla.

—Pues tienes mejor oído que la mayoría.

—No es a la mayoría a quién venías buscando, es solo a uno que tiene tanto miedo como tú al futuro, a lo que puede encontrar si tan solo se arriesga contigo.

Aquello la sorprendió.

—¿Tiene miedo? ¿A qué?

—A pasar una vida demasiado larga sin ti.

*Que si es tan bueno
No queden a medias mis sueños
Me deje en tu vida ser dueño*

La hizo girar y fueron otros brazos los que la cogieron, otra mirada a la que sostuvo la suya.

—Aric...

—Baila conmigo.

Asintió y le permitió guiarla de nuevo, pero bailar con él no era nada parecido a lo que había sido hacerlo con Gawrin, cada una de sus emociones parecían cantar al mismo ritmo que la canción, dando voz a lo que sentía.

*Me quedo las canciones y mi corazón empeño
Yo te lo ruego
Juro y te espero
Que vuelvas, por favor le pido al cielo*

—¿Por qué lloras, Helena?

Se llevó una mano a los ojos y notó húmedas las mejillas.

—Ni siquiera me di cuenta de que había vuelto a hacerlo.

Se quedaron mirándose, moviéndose con una agilidad asombrosa a pesar de que volvía a mostrar sus alas, sus pasos eran firmes, pero ella se sentía muy liviana entre sus brazos.

—No soporto verte llorar, me siento... impotente.

Sonrió a duras penas.

—No puedo evitarlo, yo solo... yo solo...

—Helena...

*Y aunque no me quieras escuchar
Voy a llamarte cada noche una vez más
Porque quererte es no olvidar*

Negó con la cabeza, se soltó de sus manos, pero ahí estaba Gawrin, reconociéndola como si fuese un pase compartido, reteniéndola para que no pudiese huir de aquello que la hería, de la necesidad que nacía de lo más profundo de su interior.

—Déjame ir, por favor.

Negó con la cabeza, sus ojos parecían brillar con un caleidoscopio de colores, como si fuesen sus propias ilusiones jugando en sus pupilas.

—No quieres que lo haga, no quieres irte, Helena, quieres quedarte, quieres que alguien te retenga...

—Él no lo hará.

Chasqueó la lengua y le susurró al oído.

—Pero mira que sois cabezotas.

Aflojó su agarre sobre ella solo para hacerla girar de nuevo y enviarla a través de la pista a otros brazos, aquellos en los que quería estar, a los que no quería dejar, pero en los que no podía mandar.

*Sólo por ti
Aprendí que se besa despacio
Que es más fuerte el poder de un abrazo
Siempre fue así, ya no es así*

—No puedo darte lo que deseas. —Aric se la bebió con la mirada, había en esos ojos un dolor, una impotencia que sentía en su propio interior como un eco—. No puedo quitarte lo que es tuyo.

—¿Acaso sabes lo que deseo, sabes lo que es mío? —Sacudió la cabeza —. Te marchaste dejándome vacía, no quiero volver a sentirme así.

—No dejaré que vuelvas a sufrir.

—¿Y cómo lo harás? ¿Borrarás de nuevo mis recuerdos? ¿Te borrarás de mi mente? ¿Cómo va a funcionar ahora cuando no funcionó antes? —Sacudió la cabeza—. No quiero olvidarte, no quiero olvidar nada, no quiero olvidar que te quiero, porque eso es lo que más duele, Ari, saber que te quiero con toda mi alma y que mañana solo sentiré un insondable vacío.

—Helena, si me quedo a tu lado, tú seguirás adelante, pero yo permaneceré así, mi tiempo no es el mismo que el tuyo, no puedo verte morir, no puedo ver morir a la mujer que amo.

Sus palabras le provocaron una punzada en el estómago. Había miedo en los ojos de Aric, miedo a perderla.

Le pido al cielo

Que si hoy tú te vas y me quedo

Me deje tu risa entre hielo

Porque sin tus recuerdos no apadrinan mi consuelo

—Este no es tu mundo, no es tu lugar.

—¿Y cuál lo es? ¿Uno en el que los recuerdos me arranquen la vida? ¿Dónde mis sueños se queden a medias? ¿Dónde tú no estés? No quiero un lugar como ese, no quiero un mundo así.

Se soltó de su mano sintiendo que se ahogaba, quería alejarse de él, pero Gawrin no iba a permitirselo. La recuperó, alejándola de su amante, llevándola en alas de la melodía hasta un lugar en el que la soledad de la ausencia se hizo más intensa.

—¿Quieres permanecer junto a él? Rechaza la vida que tienes y abraza la que él te dé.

—¿Qué vida? Aric no me quiere en su vida, no me quiere...

—Claro que te quiere, tontita, te quiere tanto que está muerto de miedo.

—No sé cómo ganar esta batalla, Gawrin.

—No tienes que ganar, Helena, solo tienes que lanzar los dados y esperar.

Lanzar los dados y esperar. Arriesgarse y jugar.

No juegues a los dados con un demonio, le había dicho él una vez, no juegues... Pero lo haría, se arriesgaría una vez más, una última vez por el amor que nunca había abandonado su pecho después de conocerle a él.

*Le pido al cielo
Que si es tan bueno
No queden a medias mis sueños
Me deje en tu vida ser dueño
Me quedo las canciones y mi corazón lo empeño
Yo te lo ruego, juro y te espero*

Apretó la mano que envolvía la suya en un silencioso agradecimiento, cerró los ojos y dejó que la melodía la envolviese, que las ilusiones de aquel demonio amigo la condujesen a dónde debía estar y cuando los abrió, tenía frente a ella al *sanguinar* que amaba.

—Todavía estoy en aquella playa, nunca me he ido de allí, Ari, estoy esperándote y seguiré haciéndolo en la vida que me toque vivir, en el mundo en el que me toque estar, en el tiempo en que deba vagar si con ello puedo volver a encontrarme contigo.

*Hoy lo entendí
Que el amor se te fue en unas horas
Y aunque ruego y te ruego, me ignoras
Siempre es así,
hoy lo entendí*

Se apretó contra él, rodeándole la cintura con los brazos, apoyando el rostro en su pecho y musitó.

—Te quiero a ti, siempre te he querido y, aún si me dejas de nuevo ahora, seguiré queriéndote hasta que las estrellas se caigan del firmamento y ya no haya luna que ilumine nuestras noches —insistió, levantando ahora

el rostro para encontrarse con el suyo—. No quiero una vida en la que tú no estés, si ha de ser breve, que así sea, pero no me alejes, no nos robes lo único que tenemos.

Le cogió la mano y la posó sobre su rostro, sus ojos presos de los suyos.

—Mírame, Lena, mírame bien, comprende lo que soy, lo que siempre seré, no hay vuelta atrás —aseguró él con una frialdad destinada a alejarla, a asustarla, pero ese truco ya no servía con ella, era viejo.

—No necesito una vuelta atrás mientras la vida que obtenga esté junto a ti.

—No lo hagas, no me lo pidas.

—Ya lo hice, Aricles —le recordó—. Esa tarde en la playa nos convertimos en uno y estando separados no hemos sido más que la mitad de cada uno, sé que lo sientes, que lo has sentido en cada momento que hemos compartido esta última semana.

—Dejarte fue lo más duro que he hecho en mi vida, Helena, pero amar da demasiado miedo...

—Sí, pero duele mucho más no hacerlo, Ari, mucho más no hacerlo.

La música los envolvió una vez más, como un recordatorio de lo que eran, de lo que habían arriesgado, de lo que estaban dispuestos a arriesgar hasta el final.

Le pido al cielo

Que si hoy tú te vas y me quedo

Me deje tu risa entre hielo

Porque sin tus recuerdos no apadrinan mi consuelo

Le pido al cielo

—Eres mío. —Sentenció cogiéndole el rostro y mirándole los ojos—. MÍO, Aricles, si tengo que jugar de nuevo con esos malditos dados, lo haré. Porque ya no soy yo la que tiene algo que perder, eres tú quién tiene algo que ganar.

—Helena...

—Te quiero, me da igual lo que eres, quién crees ser o la apariencia que tengas, yo solo... te quiero y quiero pasar mi vida, sea cual sea, dure lo que

dure, junto a ti.

Él le acunó el rostro en la palma y no pudo evitar rozarse contra ella como una gatita.

—Mi Helena —le acarició la mejilla con el pulgar—. Siempre has estado en mí, nunca te has ido, nunca podrías... nunca te vayas, nunca me dejes sin tu amor.

—No lo haré, amor mío —musitó con una sonrisa—. No volvamos a separarnos, Aric, nunca te vayas de nuestra playa.

—Allí estoy ahora, Lena, esperándote.

Asintió.

—Bien, porque yo nunca me he ido de ella.

Que si es tan bueno

No queden a medias mis sueños

Me dejen en tu vida ser dueño

Me quedo las canciones y mi corazón lo empeño

Yo te lo ruego,

juro y te espero

Que vuelvas, por favor le pido al cielo. ^[4]

EPÍLOGO

Helena se despertó con la sensación de haber vivido un sueño, la última semana era lo que parecía, un sueño tan extraño que no había manera de que fuese real. Sonrió, una sonrisa que no había curvado sus labios en cinco años, que no había llenado su pecho con una mezcla de felicidad y nervios como la que ahora palpitaba en su interior. Hizo a un lado las mantas y se desperezó. Las zapatillas la esperaban a los pies de la cama, su bata justo dónde la había dejado aquel día, hoy no había nadie que aporrease la puerta, ningún timbre que sonase de manera repetida, ni notario o policías que la sacasen de su propio hogar con lo puesto.

Mich no era más que una muesca en su pasado, todo el daño que le había hecho lo había pagado, ya no le importaba que fuese de él, en su mente existía un solo hombre y estaba dispuesta a pasar el resto de sus días con él.

Se dio una rápida ducha, rebuscó en su armario en busca de la ropa que quería llevar y sonrió traviesa mientras elegía con cuidado la lencería que la envolvería bajo el vestido.

Cada nuevo paso que daba la acercaba un poco más a la felicidad más completa, al lugar al que entró con miedo, con cautela y que le concedió, aún sin saberlo, el mayor de sus deseos.

Esta vez no fue detenida en la entrada, le abrieron la puerta con total cordialidad y la invitaron a entrar, escuchó los sonidos típicos del casino, las voces de los que apostaban, sonrió al encontrarse con Fey, quién se paseaba con traje y una encantadora pelirroja del brazo a la cual le presentó como Rhiannon y con quién prometió hablar en otro momento. Sin duda, ambas tenían mucho en común.

Intercambió un saludo con aquel al que apodaban La Banca y fue directa a la mesa de *Craps*, dónde Aric, ataviado con esa etiqueta propia del casino, la recibió con una sonrisa y un par de dados rojos brillantes.

—Bienvenida al casino, señorita Albus.

La recorrió con la mirada sin disimular su apetito, sabía que el vestido blanco revelaba generosamente sus senos, que moldeaba sus curvas y la larga abertura que bajaba desde el muslo dejaba a la vista una de sus piernas y las sandalias plateadas que se había puesto para la ocasión.

—¿Tiene intención de apostar esta noche?

Se lamió los labios pintados de un intenso rojo carmín, echó un fugaz vistazo a la mesa y estiró la mano pidiendo los dados.

—Solo si acepta mi apuesta, señor.

—¿Cuál es la cantidad que desea apostar?

—Una eternidad —declaró mirándole a los ojos—. Si gano, me darás una eternidad.

—¿Y si pierde? —Depositó los dados en la palma de su mano.

—Si pierdo, seré tuya toda la eternidad.

—Um, no deberías jugar a los dados con un demonio, amor mío —ronroneó señalando la mesa—, no a menos que estés dispuesta a entregarte para siempre.

Giró la mano y dejó que los dados cayesen sobre el tapete, se inclinó sobre la mesa, enlazó los dedos en su corbata y tiró de él hasta que quedaron muy cerca.

—Lo estoy, Aric, lo estoy.

SOUL CIRCUS

USHER

CAPÍTULO 1

Era poco probable que hubiese algo más deprimente que reunirse un viernes por la tarde con las damas del club de Bridge de su tía. No, espera, sí había cosas más deprimentes y Gwenevere había pasado por ellas en las últimas cuatro semanas.

¿Dónde había una varita mágica o un agujero bien profundo cuando los necesitabas? La primera podría borrar ese mes de un plumazo y la segunda, en caso de que no encontrase la varita, siempre podía esconderse hasta el día del juicio final.

Su madre solía decir que su nombre iba asociado a la tragedia romántica, pero lo suyo era más bien una tragicomedia que nada tenía de romántica y sí mucho de mal karma. ¿Cómo sino podía llamársele al hecho de que su propia progenitora decidiese casarse por cuarta vez y lo hiciese con el hijo de puta de su exjefe?

—El Apocalipsis, querida, esto es el Apocalipsis.

Sí, claro, y las damas que se sentaban alrededor de la mesa eran los cuatro jinetes, pensó poniendo los ojos en blanco.

—No seas melodramática, Bertha, solo es... un bache inesperado en la puta carretera de la vida.

—La niña está mosqueada.

—Como para no estarlo, su madre se ha liado con el cabrón de su jefe.

—Exjefe.

—Gwene, un bache inesperado es que se te pinche la rueda del coche en pleno viaje... —le aseguró Gladis, quién casualmente era su tía.

—El que tu madre se líe con tu jefe, quién fue el novio de la que decía ser tu mejor amiga, la cual no solo se folló a tu prometido tres meses antes

de la boda, sino que se ha aprovechado de ti, se ha comido tu dinero y por ello estás a punto de perder la casa, no es un bache inesperado, querida, es el anuncio del Apocalipsis.

—Gracias, Elaine, eso me hace sentir mucho mejor —replicó con goteante ironía.

La putada era que todo aquello era cierto.

Su querida y atolondrada madre había conocido a Stuart Clifford en la fiesta benéfica que organizaba la empresa de publicidad para la que había trabajado hasta hacía tres meses. En esos momentos, él y su mejor amiga, Maise Cooper, estaban pasando una mala racha y habían decidido darse un tiempo; o eso es lo que le había dicho ella.

¿Qué probabilidades había de que un tipo de cuarenta y dos años, que salía con un bomboncito de veintinueve, se interesase en una mujer de cincuenta y cuatro? Pues al parecer más de las que habría pensado, dado que ambos se liaron en el cuarto de baño de la puñetera planta en la que se celebraba el evento. Y puestos a hablar de probabilidades, ¿Cuántas probabilidades había que la «novia» de su ahora exjefe, fuese a presentarse en la fiesta y se encontrase al tipo con el que salía echando un polvo con la madre de su mejor amiga?

Pues al parecer, todas las del mundo, a juzgar por el maratón de desastres que había comenzado esa noche y culminaron con la que siempre había creído su mejor amiga, montándose en la parte de atrás de su coche con Greg, su novio desde el instituto, con el que iba a casarse en seis meses.

Sin embargo, lo peor todavía estaba por llegar, cosa que descubrió esta misma semana, cuando su abogado la citó en la oficina.

—No, no puede ser verdad. —Los papeles parecían reírse de ella, un blanco refulgente que contrastaba con el tono amarillo de la carpeta que los contenía—. ¡He pagado religiosamente cada plazo! ¡Es imposible que lleve siete meses de retraso en las cuotas!

—Me limito a exponerle los hechos, señorita Loft —le decía el abogado—. El banco no ha recibido un solo pago de las cuotas desde febrero, si el próximo lunes no abona la cantidad establecida, el banco ejecutará la hipoteca.

—¿A cuánto asciende la deuda?

El hombre señaló con la punta del bolígrafo una cantidad escrita en el documento que hizo que se le parara el corazón.

—*Tiene que ser una broma.*

—*Me temo que no. —La seriedad de la voz del hombre, así como su lástima, le corroyeron las entrañas.*

No, no había sido una broma, era una pesadilla hecha realidad, una que la tenía ahora mismo contra las cuerdas y sin la más remota idea de cómo salir de esta; salvo la de matar a la hija de puta que se había acostado con su prometido y restregado luego en la cara.

Su amiga desde la universidad, la persona que siempre había estado a su lado en la vida, con quién lo había compartido todo, a quién llegó a considerar una hermana, parecía haberse convertido en una rata almizclera que, no solo había vivido a su costa, sino que también la había desplumado en los últimos meses.

De algún modo, ella y el cabrón de su ex prometido, se habían embolsado el dinero de los ingresos destinados a pagar la hipoteca y se habían encargado de ocultarlo, ya que no había recibido ningún aviso del banco hasta ahora.

Era culpa suya, lo sabía, nunca debía haber dejado la tarea de pagar la hipoteca en manos de esos dos, pero Greg siempre había sido bueno en las finanzas, al contrario que ella, por lo que solía ser quién se encargaba de esas cosas.

Resopló ante el resumen de los desastres que no habían dejado de lloverle, bien mirado, aquello bien podía ser el inicio de su propio Apocalipsis.

—¿Cassie sigue pensando en hacer ese bodorrio?

La sola mención de su madre la hizo poner los ojos en blanco, aquel era otro de los escabrosos asuntos que le habían llovido encima los últimos días.

—No solo sigue pensando en ello, sino que ha aprovechado lo que ya tenía planeado mi sobrina y se ha ido apropiando poco a poco de las cosas.

—Yo no lo llamaría apropiarse...

—¿Ah, no? —resopló la mujer mirándola de reojo—. ¿Y cómo lo llamarías entonces? Te recuerdo que se ha quedado con tu salón de banquetes, la reserva en la iglesia, la cual ha adelantado, las flores e incluso se le pasó por la cabeza la feliz idea de reformar tu vestido, ya que tú no ibas a ponértelo.

—*Pun, pun y pun*, eso son tres disparos, cariñito, ya estás muerta y enterrada —soltó Bertha con un dramático suspiro.

—Admitámoslo, Gwen, tu madre se ha comportado como una auténtica perra y quién ha pagado el pato has sido tú —resumió su tía—. Follarse al novio de tu mejor amiga en una fiesta, ¿pero qué tiene esa mujer en la cabeza? Te juro que sigo preguntándome cómo tu padre se casó con ella...

Ese era un misterio que ninguno había podido resolver, lo único que tenía claro es que ambos se habían querido con locura hasta que él las dejó de repente. Su madre había tomado entonces las riendas de su propia vida y había seguido adelante como buenamente había podido, aunque no siempre tomó las mejores decisiones, cómo proclamaban sus tres anteriores matrimonios fallidos.

Cassandra Loft Carson Mills, la cual pronto sería, Cassandra Clifford, se había enamorado y desenamorado con tal facilidad, que había hecho que su hija no creyese en los cuentos de hadas o en el amor del que se hablaba en las novelas.

Cualquier mujer enamorada de su novio o prometido, habría sentido algo cuando se entera de que su hombre le ha sido infiel con otra, ella en cambio, solo había sentido pena de que una relación de tantos años se hubiese echado a perder por la estupidez y resentimiento de su ex mejor amiga.

—Se ha comportado como una adolescente descerebrada y no como una mujer de más de medio siglo.

—Gladis, dicho así suena un poco arcaico, ¿no te parece? —comentó Silvie, quién hasta el momento había guardado silencio, concentrada en barajar el mazo de cartas que tenía entre las manos.

Silvie Close era la más joven del cuarteto del club de Bridge, lo que la situaba en unos maravillosamente bien llevados cincuenta y dos años, pero también era la más estrambótica de todas ellas. Si pensabas en una de esas antiguas pitonisas que leían la bola en una carpa de circo, te venía ella a la mente. Vestía siempre de manera bohemia, con turbante y tantas pulseras en las muñecas que era imposible que no se la oyese llegar desde el otro lado de la sala.

—No, en absoluto, se comporta como una mujer de más de medio siglo —replicó y la señaló a ella—, y mi sobrina va por el mismo camino, lo cual es más que preocupante.

—Yo no voy por su mismo camino.

—No, tienes razón, ella tiene más vida sexual que tú.

Puso los ojos en blanco y optó por no responder, Gladis nunca había tenido pelos en la lengua en lo que se refería al sexo.

—Sea como sea, tu madre se está probando ahora un vestido de novia y tiene suerte de que no haya querido acompañarla, de lo contrario la estaría estrangulando con el velo —sentenció.

—Si Gwene y tú estáis aquí, ¿quién la ha acompañado a la prueba?

Uh-oh. La respuesta a esa pregunta iba a desatar un tornado, pero qué demonios, al menos dejarían de fijarse en ella.

—La ha acompañado David.

Su tía resopló como un caballo.

—Señor, era lo que me faltaba, que quiera probarse también un vestido de novia.

Y aquí vamos, pensó con un mohín...

—No digas tonterías.

—Solo falta que te coja prestada la ropa, cielo —añadió Elaine con un aspaviento.

—No le sirve.

—Claro que no, tú tienes tetas y él una polla que se ha olvidado por completo para qué sirve —aseguró Gladis con absoluto dramatismo.

—La culpa la tiene la zorra de su ex, lo hartó tanto que ha decidido irse con el otro equipo y que le den por el...

—¡Bertha!

—Cielito, tu hermano es tan gay que le caen las plumas.

Resopló, empezaba a sentir que le palpitaba la cabeza, algo que solía ocurrir siempre que estaba en medio de esas mujeres.

—David no tiene pluma...

—Solo le falta cacarear —le recordó echando por tierra su defensa—. Y además, tiene esa manía de disfrazarse de mujer... todo un arte, la verdad sea dicha.

—Es parte de su trabajo... —replicó utilizando las palabras que a menudo salían de boca de su hermano.

—¿El que utilice tus cosméticos y se maquille incluso mejor que tú es parte de su trabajo? —comentó Elaine.

—Sí, ya sabes que trabaja como *Drag Queen* en un local de esos... —añadió Silvie metiéndose también en la conversación—. ¿Cómo se

llamaba?

—No tengo la menor idea. —Y era verdad, tristemente no tenía la menor idea a qué demonios se dedicaba su hermano ahora mismo. Hacía tiempo que ambos se habían distanciado, de hecho, se habían visto más en esas últimas semanas, que en los años anteriores.

—Ay, algunas veces me pregunto cómo tengo tan buena memoria para unas cosas y tan mala para otras —chasqueó la mujer, entonces clavó los ojos en ella—. En cuanto a ti, lo que necesitas es un cambio en tu vida.

—¿Te parecen pocos los que he tenido este último mes? —sonrió de soslayo sin poder evitar que se escuchase la ironía en su voz.

—Esos cambios no cuentan, necesitas algo más sustancioso y definitivo.

—Sí, la lotería del estado me vendría ahora mismo de puta madre.

—El dinero no lo arregla todo, querida —declaró y le indicó la única silla que quedaba desocupada en la mesa—. Vamos, siéntate para que pueda echarte las cartas.

Miró el mazo que había estado barajando e hizo una mueca.

—Ahora mismo, la lotería me arreglaría muchísimas cosas.

—Deja de poner excusas y siéntate —la obligó su tía señalando la silla vacía a su lado—. No te obligaré a formar parte de la partida de Bridge de hoy, pero si Silvie quiere echarte las cartas, es por algo.

—No te hará daño conocer lo que hay en tu porvenir...

Dejó escapar un profundo suspiro y se sentó de golpe, no tenía ganas de discutir con su tía.

—No sé cómo demonios acabáis siempre convenciéndome para formar parte de estas cosas —resopló y miró la baraja de la mujer—. ¿Y bien? ¿Qué tengo que hacer?

—Empieza cortando la baraja y veamos que te depara el futuro.

Una lectura del Tarot no le iba a solucionar la vida, pero tampoco le haría daño. Extendió la mano, tocó el dorso decorado de las cartas y levantó unas cuantas para dejarlas al lado de las que quedaban.

—De acuerdo, dime si ves un maletín lleno de dinero y dónde, para que pueda ir a buscarlo.

CAPÍTULO 2

La oscuridad se fue abriendo, dando paso a la luz, pero esta no era suficiente para ver lo que había más allá. Usher reconocía la frialdad que lo envolvía todo, ese aire helador que le congelaba los pulmones con cada bocanada que daba. No podía permanecer mucho tiempo en ese lugar, debía ver y marcharse.

Fijó la mirada en un punto en el horizonte, con el paso del tiempo había aprendido que era la mejor forma de que las imágenes fluyesen a su alrededor, que mantuviesen ese continuo movimiento que las dotaba de claridad. Como si de un tapiz en un telar se tratase, cada hilo se unió a otro formando un conjunto, una película de la que él solo era un mudo espectador y que traía al presente vislumbres del futuro.

Contempló el porvenir, aquello que el destino estaba dispuesto a enseñarle, reconoció algunas personas, escenas cotidianas que solían desarrollarse en la mansión y en el *Circus*, ignoró las sombras que correspondían a otras que se cruzarían antes o después en su camino y retuvo las cosas importantes que debía recordar.

La luz fue engullendo la oscuridad a medida que las imágenes se diluían, las visiones empezaron a desvanecerse devolviéndole al presente, pero antes de que este lo absorbiera, algo captó su atención.

Reconoció el área central del casino y la mesa de naipes, ella estaba de espaldas a él, vestida de blanco, con una larga melena rubia cayéndole por la espalda y unas... ¿zapatillas deportivas? Tan pronto como vino la imagen se fue y volvió a encontrarse sentado en la mesa del comedor, con la cena delante de sí y la mirada de Gawrin puesta sobre él.

—Esta vez ha sido fuerte, te has ido por completo.

Parpadeó un par de veces para aclararse la mente, hizo una mueca y correspondió a su compañero.

—Algo... captó mi atención —replicó, cogió la copa de vino que permanecía dónde la había dejado y se la llevó a los labios.

—¿Algún nuevo cataclismo del que deba saber?

—No creo que unas zapatillas deportivas inicien un evento de esa magnitud.

—¿Unas zapatillas deportivas?

—Vestía de blanco y estaba en el casino, tiene que ser una deudora.

—¿Con zapatillas deportivas? ¿En el *Soul Circus Casino*? —Su amigo y compañero de casa dejó escapar una sonora carcajada—. A Banca le daría una apoplejía si alguien pone los pies en su castillo con algo menos glamuroso que unos zapatos de tacón.

Y ese era el detalle más curioso de todos, pensó, eso y su presencia delante de la mesa de naipes.

—Alguien está de buen humor esta mañana en la mansión, menos mal —escuchó la voz de Brishen y lo vio atravesar el umbral de la puerta con una indumentaria tan formal que no le cabía la menor duda que acaba de escabullirse de la corte—. Empezaba a echar de menos la corte y eso nunca es buena señal.

—¿Problemas en el paraíso, *flameris*? —se interesó Gawrin.

—Dime que entiendes tú por «paraíso» y luego te respondo.

Las bolsas oscuras bajo los ojos del recién llegado evidenciaban su estado, por no mencionar que un hombre que solía conducirse siempre con corrección y exquisitos modales acababa de dejarse caer sobre la silla como un saco de huesos sin alma.

—¿Quién demonios te ha drenado de esa manera?

—No quieres saber la respuesta, amigo mío —aseguró intercambiando una rápida mirada, entonces acarició la superficie de la mesa con las yemas de los dedos—. Mansión, bonita, ¿me pones el desayuno? Algo que pueda revivir a un muerto, por favor.

Con el dramatismo propio que solía usar la casa con ese habitante en concreto, sonó una típica campanilla a modo de anuncio y acto seguido surgió de la nada un menú completo delante de sus narices.

—Si fueses una mujer, demonio o hembra de cualquier especie follable de carne y hueso, me casaría contigo —aseguró poniéndole ojitos a la

comida.

El relámpago que atravesó la habitación seguido de un estruendoso trueno los hizo saltar a todos, las miradas inevitablemente se deslizaron hacia Gawrin quién levantó las manos al momento.

—Eso no ha sido cosa mía.

—Me atreveré a decir que eso es un sonoro y rotundo, «jamás, pero gracias» —murmuró mirando a su compañero.

—No me ofendo, no es cómo si pudiese presentarles a mi corte una casa como prometida —admitió con un ligero encogimiento de hombros. Cogió la servilleta, se la puso sobre el regazo y empezó a dar cuenta del copioso desayuno—. ¿Alguien quiere?

—No, gracias, ya estoy más que servido.

—Demasiado crudo para mi gusto —corroboró y recuperó su copa para darle un nuevo sorbo. El vino era excelente, una cosecha centenaria que no podría catar jamás ningún humano.

—Bueno, ¿alguien va a decirme cuál fue el chiste que os ha puesto de tan buen humor?

—Usher ha tenido uno de sus vislumbres.

—¿Algo que debamos saber y nos ataña a cualquiera de nosotros?

—No —negó con sencillez.

—Vio a una deudora con zapatillas deportivas en el *Circus*.

El gesto de incredulidad en el rostro de Brishen lo decía todo.

—¿En el castillo de su majestad imperial Banca? —Se llevó una mano al pecho en un gesto de lo más dramático—. ¡Corred por vuestras vidas! ¡Ha llegado el Apocalipsis! A la pobrecilla no le dará tiempo ni de mirarse los pies antes de que la conviertan en cenizas.

—Ahora que lo dices, para que eso suceda tendría que entrar en el casino, ¿cómo pasó de la puerta de esa guisa? —añadió Gawrin poniendo en palabras la pregunta que él mismo se había hecho nada más verla.

—Con una invitación.

—Así que esta noche vamos a tener una jornada interesante en el casino. —La apreciación hecha por Brishen carecía de interés alguno.

—Te han jodido a base de bien, ¿eh?

El aludido se limitó a ignorar la pregunta del ilusionista y siguió comiendo.

—¿Cuántas deudas se han contabilizado este mes?

—Déjame ver... —Con un movimiento de los dedos Gawrin hizo aparecer su iPad y comprobó las estadísticas—. Hoy en día... son diez. De esas cuatro ya han sido abonadas, una ha pasado a disposición judicial y de las cinco restantes... dos están en negociación y es posible que se resuelvan con el pago de la deuda, otra está en pleno servicio y el par restante... no hay una respuesta definida.

—Es posible que no haya recibido aún la invitación.

Él negó ante su suposición.

—Según esto, ambas invitaciones han sido recibidas y deben ser contestadas hoy mismo —le informó comprobando sus datos—. ¿Cuál es el nombre de la deudora que viste?

—No lo sé.

La velocidad con la que los dos hombres sentados a la mesa levantaron las cabezas y clavaron sus ojos sobre él fue asombrosa.

—¿Cómo?

—Eso es imposible, Usher.

—No sé su nombre, no lo he visto —admitió y ocultó su preocupación por ese desconocimiento. Por regla general, daba igual que no viese el rostro de la persona, si iba a cruzarse en su camino de alguna forma, su nombre, su rostro, quién era él o ella, eran cosas que sabía al momento.

—¿Qué nombres figuran en los archivos? —Brishen dejó los cubiertos a un lado y extendió la mano para coger la tableta.

—Las dos personas que han recibido las invitaciones y no han pisado aún el Circus son un hombre y una mujer —señaló Gawrin pasándole el dispositivo—. Dado que dices que era una mujer, tiene que tratarse de Erika Marcelo.

El nombre se filtró en su mente arrancando al momento algunos fogonazos de luz de la oscuridad, le mostró escenas parciales, detalles de una vida, pero esa mujer no era la que había visto de espaldas, ella no era la deudora que vislumbró y tampoco tenía nada que ver con ella.

—Erika Marcelo no es la mujer que he visto.

—¿Estás seguro de que la persona que viste con zapatillas deportivas es una deudora?

—Sí, tan seguro como que yo soy el agente que va a recibirla en el *Circus* —admitió sabiendo, en el mismo momento en que pronunciaba esas palabras, que ese era su futuro.

—Podría ser una de las nuevas jugadoras —sugirió el flameris—. Tendría sentido, si no aparece en la lista...

—Quizá debas detenerla antes de que pierda hasta la camisa —añadió el ilusionista—. Alguien con zapatillas deportivas y en un Casino como el *Soul Circus*...

—Perderá.

—Y no te importa lo más mínimo.

Enarcó una ceja ante el tono preocupado de Brishen.

—¿Por qué habría de importarme que una mujer no sepa retirarse a tiempo? —respondió con palpable ironía—. Ya sabes cómo funciona esto, la humanidad tiene libre albedrío y el *Circus* no puede interferir en él.

—Lo que hace cada vez más interesante el estar del otro lado de la mesa —aseveró Gawrin.

—Por una vez, me gustaría encontrar a alguien que se niegue a apostar.

—El día en que eso suceda, estarás muy, pero que muy jodido, Brish —respondió mirando al demonio a los ojos—. No pidas algo a lo que difícilmente podrás hacerle frente.

Había cosas que era mejor guardarse para uno mismo, pensó al ver el futuro del demonio con total claridad, pues el pronunciarlas en voz alta podía invocar al destino.

—Bueno, sea como sea, esta noche saldremos de dudas con respecto a la chica de las zapatillas deportivas —añadió Gawrin—, y no puedo esperar a ver cómo se resuelve.

Respiró profundamente y sintió cómo se le removía algo por dentro, fuese quién fuese esa mujer, no era algo que pudiera ser resuelto en una sola noche.

CAPÍTULO 3

—Interesante...

Aquella no era precisamente una palabra que le aportase tranquilidad o seguridad, menos aun cuando venía de la boca de una mujer que le echaba las cartas. Gwenevere miró la disposición de los naipes e hizo una mueca.

—¿Ves algún maletín con mucho dinero?

Levantó la barbilla lo justo para mirarla.

—Hay cosas mucho más importantes en tu camino que un maletín lleno de dinero.

Enarcó una ceja y señaló la tirada con un gesto de la mano.

—¿Ahí ves un camino?

—Sí —declaró segura—. Y no es uno de fácil tránsito, está lleno de baches.

—La historia de mi vida —suspiró con fingida afectación—. No hay más que echarle un vistazo a las últimas cuatro semanas que he pasado para llegar a esa conclusión.

—Gwene, deja de interrumpir y escucha —la sermoneó su tía.

Puso los ojos en blanco.

—Nada va a cambiar lo que ha...

—Una deuda de juego.

—¿Una qué?

—Te sale una deuda de juego, algo que tienes que pagar...

Hizo un verdadero esfuerzo por no poner los ojos en blanco ante tal clarividencia.

—La puta hipoteca de mi casa, pero como no me toque la lotería este fin de semana, me veo viviendo en la calle.

—No, esto es una deuda de juego...

—Claaaaro, como yo hago tantísimas apuestas... —resopló—. A lo único que he jugado esta semana es a la lotería, ya sabéis lo bien que se me

da cualquier otro juego de azar.

—Y esa deuda promoverá un encuentro decisivo en tu vida.

—Sí, el encuentro del lunes con el del banco para rogarle que me dé una prórroga para poder hacer frente a la deuda que ha provocado esa hija de la gran puta.

Silvia se la quedó mirando, chasqueó la lengua y sacudió la cabeza.

—Deberías aceptar la invitación.

—¿Invitación a qué?

Señaló una carta y no pudo evitar un escalofrío al ver el arcano que representaba; *El diablo*.

—Genial, espera que desempolva la tabla de Guija y hago una llamada a larga distancia, a cobro revertido, eso sí.

Ahora fue la mujer la que puso los ojos en blanco ante su sarcástica respuesta.

—Tienes que aprender a mirar más allá de lo que se ve a simple vista, esta invitación será buena para ti, una oportunidad de cambio —insistió, cogió una carta aquí y otra allí y las recolocó a su conveniencia—. Sí, sin duda esto habla de un cambio favorable, no uno fácil, pero sí favorable y todo viene a raíz de una deuda de juego.

Sacudió la cabeza.

—Yo no he contraído ninguna deuda de juego, Silvie —señaló la tirada con un gesto de la barbilla—. Siento decirte que hoy tus cartas no están precisamente finas.

—Las cartas hablan de una deuda y está relacionada contigo —insistió y su tono fue tan tajante que se vio obligada a dar un paso atrás y cerrar la boca. Esa mujer parecía tener doble personalidad cuando se sentaba delante de su baraja.

—Vale, vale... pues será la deuda de la hipoteca —se encogió de hombros—. De todas formas, ninguna invitación o pacto con el diablo me va a sacar de esta, tendría que producirse un milagro, como el de tocarme hoy la bendita lotería.

—¿Has comprado siquiera un boleto?

Se llevó la mano al bolsillo y sacó la papeleta en respuesta a la pregunta de su tía.

—¿Ves lo desesperada que estoy? —indicó el papel con los números ya rascados—. Ni para un paquete de chicles. Necesito un milagro, Elaine, un

puñetero milagro.

—¿Quieres dejar de soltar tacos y hablar como una señorita?

Se echó a reír, su desesperación era tal que ya no podía hacer otra cosa.

—Estoy a punto de perder mi casa y ni una invitación del mismísimo demonio podría evitarlo, así que permíteme que hable como me dé la puta gana.

Echó la silla hacia atrás y se levantó, no podía quedarse toda la mañana allí, tenía que empezar a empaquetar sus cosas y buscar algún lugar al que mudarse. El solo pensamiento le roía las entrañas, había luchado mucho por tener su independencia y ahora esta se veía amenazada desde varios frentes.

—No dejaremos que eso pase, tu madre es en parte culpable de todo lo ocurrido, ella y su nuevo novio deberían ocuparse de tu hipoteca...

—Por encima de mi cadáver —sentenció con rotundidad—. Antes prefiero quedarme en la calle y con lo puesto, que pedirle algo a ella o al imbécil que era mi jefe.

—Gwene, a veces hay que dejar el orgullo de lado y...

—¿Qué orgullo ni qué orgullo? —siseó con evidente ofensa—. Estamos hablando de una mujer que no ha dudado en acostarse con un hombre que tenía pareja, la que entonces era mi mejor amiga, por no mencionar que ella sabía además que era mi puñetero jefe. No es cuestión de orgullo, esto ya es cosa de ausencia de neuronas y vergüenza ajena. No quiero nada de ella, nada en absoluto.

No tenía que añadir nada más, pues el rostro de la mujer acusaba su conformidad y la incomodidad que había en la veracidad de sus palabras.

—¿Qué es lo que tienes pensado hacer?

Se lamió los labios y suspiró.

—Acabar de recoger mis cosas —admitió pensando en todas las cajas que ya había embalado—. El lunes tengo una cita con el banco para pedir una prórroga, pero nada me garantiza que me la concedan, así que antes de que vengan a sacarme por la fuerza, prefiero conservar mi dignidad e irme por mi cuenta.

—Sabes que puedes quedarte conmigo si lo necesitas...

Se limitó a asentir. Sí, lo sabía, pero valoraba demasiado su independencia y vivir con su tía no era algo que contemplase. Una cosa era quedarse con ella un par de días, más allá de eso, era cómo tentar al diablo

y proponerle iniciar la tercera guerra mundial solo para matar el aburrimiento.

—Ya veré cómo me las arreglo —le dijo con lo que esperaba fuese una confiada sonrisa y empezó a despedirse de cada una de las mujeres—. Disfrutad de vuestra partida.

—Cuídate, querida.

—Y recuerda aceptar la invitación —le dijo Silvie recogiendo ya las cartas del tarot—. Quién sabe, quizá debas perder jugando a las cartas, Gwene, la recompensa será mayor si pierdes que si ganas.

—Si me llega dicha invitación, lo tendré en cuenta —sonrió y les dijo adiós con la mano—. Con lo bien que juego, no me costaría mucho perder.

La única decisión que le cambiaría la vida ahora mismo, sería encontrar un maletín lleno de dinero a la puerta del centro social.

CAPÍTULO 4

Brishen cambiaría sin pensárselo dos veces la *Corte Flameris* por cualquier ciudad del mundo humano. Aquí estaba, paseando cómo cualquiera de los transeúntes con los que se cruzaba, sin identidad, sin responsabilidades, sin tener que preocuparse por otra cosa que el sol calentándole la piel. Nadie salía a su paso preguntándole a dónde iba, ni le recordaba los interminables rituales que debía seguir. Aquí no era el *Gran Lord* de su corte, no era el heredero de un pueblo que odiaba con pasión a los de su clase, que habían bailado sobre el cadáver de su padre; y no es que los culpase, él mejor que nadie sabía lo que era ser su prisionero. Para los humanos, él no era otra cosa que un tipo cualquiera lo que le procuraba una paz y una libertad de la que no había disfrutado en siglos.

Y esa libertad se la debía al ser luminoso que se presentó en la oscuridad de su celda tiempo atrás. Banca se había colado dónde nadie había podido entrar y le presentó una oferta que era difícil rechazar: si aceptaba trabajar para él en el *Soul Circus Casino*, no solo lo sacaría del agujero en el que estaba retenido, sino que lo colocaría en el lugar que le correspondía.

No había sido un mal trato. Interactuar con los deudores y conocer en profundidad a los humanos, lo ayudó a ver el mundo con otros ojos y proporcionar a su corte una visión menos sangrienta que la que había tenido durante el reinado de terror de su antecesor.

Era curioso cómo un demonio podía pasar desapercibido en medio de un puñado de humanos, solo era necesario parecerse a ellos físicamente, ocultar aquellos rasgos que lo delatarían y harían que quisieran huir aterrados, *et voilà*, ya eras uno de ellos.

Las risitas mal disimuladas de un grupo de mujeres que parecía esperar el autobús al otro lado de la calle atrajeron su atención. Caídas de ojos, rosadas lenguas lamiéndose los labios con coquetería, miradas furtivas, todo

ello formaba parte de la atracción natural que las hembras de la raza humana sentían hacia ciertos miembros de las distintas razas sobrenaturales. Sonrió de soslayo, les dedicó un picaresco guiño y siguió andando, dejándolas acaloradas y suspirando por algo que nunca serían capaces de manejar.

Si bien no era un incubo, como Fey, sus apetitos sexuales lo llevaban a preferir presas un poco más afines a su naturaleza. Las hembras humanas eran, en la mayoría de los casos, un exótico aperitivo, algo para entretenerse antes del plato principal, pero no dejaban de proporcionarle una satisfacción efímera. De hecho, solo encontraba adecuadas a las deudoras que aceptaba la Arena, quizá porque era el único momento a partir del cual podía dedicarse a ser él mismo mientras cumplía con su trabajo.

Continuó calle abajo con intención de detenerse en su cafetería favorita para degustar un buen cappuccino, uno de los placeres que había descubierto en este mundo y del que se había hecho prácticamente adicto. La terraza estaba llena de gente a pesar de que la mañana no era cálida, el que esta estuviese acondicionada con estufas para temperar el ambiente otoñal contribuía bastante a tal concurrencia. Sintió el picor típico del deseo procedente de una de las mesas del final, dos mujeres lo miraban, una de ellas con más disimulo que la otra; eran madre e hija. Las ignoró completamente y posó los ojos en la mesa siguiente dónde una nerviosa ejecutiva vestida de manera sobria y al mismo tiempo sensual, tamborileaba con los dedos la superficie de la mesa. Tenía un café todavía humeante a su lado, junto al periódico y un bolígrafo con el que había estado haciendo algunas anotaciones en una libreta. No le resultó difícil entrar en su mente ya que había bajado las defensas, sintió su cansancio, su agobio y el remordimiento por algo que no terminaba de... Ah, ya. Al parecer la chica se había pasado de copas la noche anterior y había terminado follándose a una completa desconocida; otra mujer. El hecho de que hubiese disfrutado de ese inesperado interludio había hecho que empezase a plantearse su propia sexualidad.

Dejó vagar la mirada por la terraza hasta encontrarse con alguien saliendo por la puerta de la cafetería, no sabía qué era pero su presencia lo llamó al instante. Llevaba una bufanda alrededor del cuello, las manos desnudas apretando uno de esos vasos de cartón para llevar, mientras unos labios del color de las cerezas se fruncían en una especie de mohín. No

pudo ver su rostro con claridad, llevaba encasquetado el gorro de lana hasta debajo de las orejas impidiendo que adivinase siquiera el color del pelo. Había algo familiar en ella, la recorrió con la mirada y entrecerró los ojos al ver que una de sus manos parecía estar marcada con algo negro. No podía verlo bien desde esa posición, así que bajó de la acera con intención de cruzar la calle, pero el chirrido de neumáticos, unido al rugido de los tubos de escape, lo obligaron a frenar.

Varios peatones se vieron obligados a correr para evitar ser embestidos por esos imbéciles. Una mujer cogió a su hija pequeña en brazos y se apartó justo a tiempo, un anciano tuvo que ser ayudado por otro transeúnte librándose también por los pelos del segundo conductor y todo ello mientras los motoristas sorteaban a duras penas a la gente entre carcajadas. Entrecerró los ojos dispuesto a frenarlos a su modo, apenas había levantado la mano para hacerlo cuando un inesperado ciclista apareció doblando la esquina y se encontró con el primero de los motoristas.

—¡Oh, Dios mío!

Las palabras de la gente fueron un presagio de lo que ocurrió ante sus ojos, el chirrido de los frenos de la bicicleta, el derrape de las ruedas de la moto y la carrocería impactando contra el suelo arrastrando al motorista, mientras el ocupante de la bicicleta volaba literalmente por los aires tras un primer brutal impacto.

No lo pensó, extensión su poder sobre ella, envolviéndola y protegiéndola en la caída mientras saltaba a la calzada y atravesaba la calle, junto con otro par de individuos, para auxiliar a los accidentados.

—Joder, vaya hostia.

—Llamaré a la policía.

Ignoró las voces a su alrededor y fue directo hacia la ciclista. La chica gimió, girando sobre sí misma, buscando una posición que le permitiese recuperar el aire que le había arrebatado el golpe. Empezó a incorporarse entre siseos hasta quedar sentada y luchó para quitarse el casco de la bici.

—Maldito cabrón... hijo de la gran puta... puto loco...

No pudo evitar sonreír al escucharla, lo último que esperaba era que la hembra tuviese el ánimo suficiente como para maldecir con tal intensidad. Se acercó a ella y retiró la protección que le había evitado daños importantes.

—¿Se encuentra bien?

Consiguió quitarse el casco y levantó la cabeza, el pelo rubio le cayó sobre los hombros, se había raspado la mejilla, pero no parecía nada grave.

—¿De dónde demonios ha salido ese imbécil? —preguntó luchando por ponerse en pie—. ¿Es que ahora regalan permisos de circulación al por mayor?

La vio mirar a su alrededor y soltar un agónico jadeo al localizar lo que había sido su vehículo.

—No, no, no, no... mi bici —gimoteó, se levantó a trompicones y cojeó hasta su transporte, el cual parecía estar bastante entero a excepción del golpe recibido en el manillar y la rueda visiblemente torcida—. No, esto no puede estar pasando. Joder, no puedo tener tan mala suerte. ¿Qué narices he hecho para merecer esto?

Girando sobre sí misma como un resorte, lo miró, lo ignoró con absoluta rapidez y se centró en mirar a su alrededor; no le había duda de que buscaba al culpable de su actual situación.

—¡Tú! ¡Maldito cabrón hijo de la gran puta!

Sin duda la chica sabía cómo insultar, pensó siguiéndola con la mirada mientras se enfrentaba al motorista, un tipo que ya se había quitado el casco y se echaba las manos a la cabeza al ver su moto en el suelo.

—¡Será hija de puta! —masculló el tipo girándose también hacia ella—. ¡Eres una puta psicópata! ¡Mira lo que has hecho! ¡Esto lo pagas!

—A mí no me vengas con amenazas, pedazo neandertal —contraatacó la mujer avanzando como una furia hacia el hombre que le doblaba tranquilamente en tamaño—. ¡Te has saltado un puto semáforo! ¡Te me has echado encima con esa maldita máquina!

—Me has jodido la moto, zorra, así que vas a pagar el arreglo.

—Y una mierda que lo haré —replicó llevándose las manos a las caderas—. No solo no lo haré sino que voy a llamar a la policía...

Dicho eso, le dio la espalda y empezó a buscar en sus bolsillos, momento que aprovechó el motorista para avanzar hacia ella con una obvia intención. Bien, era suficiente, pensó Brishen y estiró el brazo para frenar al individuo.

—Yo no lo haría si fuese tú —le dijo e imprimió en su voz una ligera compulsión, suficiente para una mente tan maleable como la de aquel imbécil—. *De hecho, vas a esperar a la policía y les vas a decir lo que pasó exactamente. Ibas haciendo el idiota con la moto con un amigo y no la*

viste hasta que fue demasiado tarde, admitirás toda la culpa y le pagarás una nueva bicicleta a la señorita.

Sus ojos se encontraron y a pesar del primer momento en el que pareció querer objetar, su mirada perdió definición y se limitó a asentir.

—Sí, ha sido... culpa mía —admitió él en voz alta—. Debería hablar con la policía y explicarle que ha sido culpa mía.

Dicho eso, se acercó de nuevo a la mujer, pero esta vez su lenguaje corporal, al igual que sus palabras, hablaban de arrepentimiento y ganas de corregir el error.

«*Maestro*».

El inesperado susurro le produjo un escalofrío, buscó a su alrededor y encontró al momento su lugar de procedencia. De pie junto a la accidentada bicicleta, si es que podía llamársele estar de pie a la forma en la que parecían flotar las ilusiones de Gawrin, vio a uno de los mensajeros del *Circus*. Todavía no había adoptado una forma que le permitiese interactuar con los humanos, de hecho, en aquellos momentos solo él o *los recaudadores*, como los había bautizado Helena, la compañera de Aric, serían capaces de verle. Entre los pliegues indefinidos de la oscuridad que lo envolvía emergió una conocida silueta que fue cobrando forma hasta convertirse en algo tangible, los huesudos dedos se dirigieron a la mochila tirada en el suelo e introdujo un sobre en su interior. Realizado su cometido, se esfumó en el aire cómo si nunca hubiese existido.

Brishen se encontró parpadeando una y otra vez, su mirada pasó de la mochila a la bicicleta y de esta a la mujer que, con el móvil en la oreja, escuchaba sorprendida la declaración de culpabilidad del motorista.

Acababa de ayudar a una nueva *deudora* del *Circus*.

CAPÍTULO 5

Hablar con la policía resultó tan agotador como entender qué le había golpeado al motorista en la cabeza. El tipo había pasado de ser un completo neandertal, a deshacerse en disculpas y contarle prácticamente los desastres de su vida; como si tuviese poco con los suyos.

Al final el incidente se había saldado con la detención del motorista, el vehículo recogido por una grúa y su bicicleta y ella abandonadas a su suerte. Una rápida revisión hecha por el médico de la ambulancia que habían hecho venir diagnosticó que estaba de una pieza, algo que tampoco podía entender dado lo brutal del impacto, le había dado un par de analgésicos y le dijo que posiblemente sintiese el golpe en los próximos días.

—No debí haberme levantado de la cama —valoró mirando su medio de transporte prácticamente inservible. Tendría que cambiar la rueda e intentar enderezar el manillar, lo que suponía gastos imprevistos y que no podía afrontar—. A lo mejor si lo intento con un martillo...

Un resoplido mitad risa le recordó que seguía en mitad de la acera, se giró y volvió a encontrarse con la mirada de ese modelo de revista que se había quedado con ella desde el momento posterior al accidente. Le había preguntado cómo se encontraba, incluso se había quedado a su lado mientras la atendían en la ambulancia, pero no tenía la menor idea de quién era.

—Quizá la idea del martillo sea un poco extrema —comentó señalando la bicicleta con un gesto de la barbilla—. A menos que quieras cargártela por completo.

—Estoy tentada de hacerlo, pero entonces tendría que recoger los pedazos y llevármelos conmigo —contestó con un ligero encogimiento de hombros—. Un trabajo carente de beneficios.

—Ya veo.

No, dudaba mucho que lo hiciese, alguien como él no tendría los problemas que afrontaba ella ahora mismo.

—No le he dado las gracias por... salir en mi ayuda —comentó y extendió el brazo, teniéndole la mano—. Gracias, señor...

—Flameris, Brishen Flameris —respondió estrechándole la mano con firmeza—. Pero con Brish es más que suficiente.

—Un nombre... poco común.

—Igual que la persona que lo lleva —admitió con tal sinceridad que la cogió por sorpresa—. Y no hay nada que agradecer, es lo mínimo que podía hacer al haber presenciado el accidente.

—Y a pesar de ello, le doy las gracias —aceptó retirando su mano, su contacto era inesperadamente caliente, cómo si ese hombre viviese dentro de un horno—. Será mejor que me lleve esto antes de que vuelva a pensar en el martillo.

Él se limitó a asentir, se llevó las manos a los bolsillos y empezó a retirarse.

—Procura no volver a terminar atropellada, quizá entonces no esté para ayudarte —aseguró y le tendió al mismo tiempo su propia mochila, algo en lo que no había pensado hasta el momento—. Ten, esto creo que es tuyo.

Parpadeó ante sus divertidas palabras e hizo una mueca.

—Gracias —aceptó cogiendo la mochila—. Haré todo lo que esté en mi mano, señor Flameris.

Él se limitó a asentir, le dio la espalda y levantó una mano a modo de saludo.

—Hasta pronto, Gwenevere.

Se lo quedó mirando mientras se alejaba con paso tranquilo, mezclándose con los demás transeúntes hasta que su obnubilado cerebro cayó en la cuenta de algo.

—¿Cómo sabe mi nombre? —murmuró para sí, consciente de que ella no se lo había dado. Bajó la mirada hacia su mochila e hizo una mueca al ver la etiqueta con su nombre, apellidos y dirección colgando de ella—. Por supuesto, cómo sino iba a saberlo.

Sacudió la cabeza en un intento por aclararse la mente, volvió a mirar la destartada bicicleta y resopló.

—Va a ser un camino un pelín largo —suspiró colgando una de las asas de la mochila en el manillar solo para que esta se deslizase hacia el suelo derramando su contenido—. Vale, de puta madre. Por qué no te rompes ya para rematarla, ¿eh?

Cogió la vieja y gastada mochila y empezó a introducir sus cosas cuando sus dedos tocaron un sobre de color negro con su nombre escrito en pulcra letra de color blanco.

—¿Qué es esto? —Le dio la vuelta y frunció el ceño al ver el sello que lo cerraba—. ¿*Soul Circus Casino*?

No tenía la menor idea de cómo había llegado eso a su mochila y tampoco conocía la letra. Agitó el sobre como si esperara que este hablase por sí mismo y al no obtener respuesta, como era de esperarse, rompió el lacre y sacó la tarjeta que contenía.

—Está usted cordialmente invitada a...

Sus ojos se deslizaron sobre el contenido, leyó las breves frases y se echó a reír.

—Vale, así que por eso montaron todo el circo de la tirada de cartas y demás —resopló y sacudió la cabeza—. De verdad, esas mujeres son de terror.

Una invitación... una deuda... y un modo de saldarla, sí claro, y el demonio la estaría esperando para jugar a las cartas.

—Será mejor que me ponga en marcha si aspiro a llegar a tiempo a la entrevista de trabajo.

CAPÍTULO 6

—... y por eso necesito el trabajo.

Si cuando decidió abrir la cafetería alguien le hubiese dicho lo tedioso que resultaría entrevistar a los candidatos para los distintos puestos que necesitaban ser cubiertos, Usher se lo habría pensado dos veces. Pero aquí estaba un año más, detrás de la barra, escuchando los motivos inocuos de una jovencita que pensaba que el enseñar escote y llevar minifalda le iba a conseguir un trabajo para el que ni siquiera tenía aptitudes.

Tachó su nombre de la lista, le dedicó unas amables palabras y la despidió. Lo último que necesitaba era tener que hacer de niñera de una veinteañera con poco seso. De verdad, ¿tanto costaba encontrar una buena camarera en esa ciudad? Si su anterior empleada no hubiese decidido mudarse a Alaska para estar más cerca de su novio, no estaría ahora afrontando ese suplicio.

Comprobó que la breve lista de candidatos se había ido reduciendo a un ritmo alarmante, había demasiados nombres cruzados con una línea y solo un par de posibles contrataciones para las noches.

La campanilla de la puerta sonó con la salida de la recién entrevistada, la melodía atrajo su mirada justo a tiempo de ver cómo alguien apoyaba lo que parecía una bicicleta contra la pared exterior del local, el estruendo que siguió a la caída del vehículo y los improperios femeninos lo hicieron prestar más atención. Solo veía la silueta a través del cristal del escaparate, la cenefa esmerilada que ofrecía un poco de privacidad a las mesas pegadas al ventanal difuminaba su figura. El titileo de la campanilla resonó una vez más cuando la recién llegada empujó la puerta y traspasó el umbral.

—Disculpe, venía por el anuncio del periódico —le informó mientras se acercaba a él con una ligera cojera—. Concerté una entrevista...

Su voz fue como un fogonazo en su mente, en el transcurso de un parpadeo se encontró de nuevo en *Soul Circus*, mirando a la mujer vestida de blanco de espaldas a él, pero en esta ocasión ella se giró y pudo ver su rostro.

—Gwenevere —pronunció su nombre conociendo al momento todo lo que se escondía tras de él.

—Sí, Gwenevere Loft —respondió con un asentimiento. Avanzó directamente hacia la barra tras la que estaba sentado—. Disculpe que aparezca en estas condiciones, pero me temo que acabo de ser víctima de un atropello...

El gesto airado que acompañó sus palabras hizo volar parte de su pelo rubio. Vestía de manera sencilla, poco llamativa, cualquiera que se fijara en ella no vería más que una pobre chica con un desapego total por la moda. Además, el raspón en la mejilla y las evidentes molestias producidas por la caída, no hacían que se sintiese precisamente segura de sí misma. Había sido un verdadero milagro que no se hubiese roto nada, un milagro sin duda motivado por la presencia de uno de sus compañeros.

—¿Se encuentra usted bien?

Una pregunta que formulaba por mera educación, pues conocía ya la respuesta.

—Sí, gracias —aceptó y se paró al otro lado de la barra—. Lamento la tardanza, sé que pasa de la hora de la cita, pero esperaba que...

—Siéntese, señorita Loft —la invitó a ocupar uno de los taburetes—. Llegó justo a tiempo, la última entrevistada acaba de irse.

No le pasó por alto el alivio que cruzó por su rostro e inundó esos almendrados ojos marrones cuando tomó asiento, sus manos se apoyaron con suavidad en el borde de la superficie de madera y pudo ver las marcas de nuevos raspones, así como alguna uña rota; la chica parecía la superviviente de algún cataclismo, en vez de una aspirante a camarera.

Gwenevere Loft era mucho más de lo que dejaba ver, la pasión que ponía en sus convicciones, la férrea defensa de sus argumentos a menudo chocaba con su aspecto de duendecillo. Poseía un alma generosa, probablemente demasiado, a juzgar por los golpes que había recibido durante ese último mes, pero el mayor de ellos todavía no había llamado a su puerta y no lo haría hasta que traspasase las puertas del casino y se diese cuenta de que tenía una deuda que saldar.

¿Cuántas veces había visto aquello? ¿Cuántas personas, hombres y mujeres, acababan pagando por los errores cometidos por otras personas? Helena era sin duda una de las más recientes pruebas de ello, se había visto obligada a presentarse en el *Soul Circus* por la deuda contraída por su ex. Y, en el caso de Gwene, cómo solían llamarla sus allegados, la historia estaba a punto de repetirse.

—¿Quiere un café? —le sugirió, dejó el taburete que él mismo ocupaba tras la barra y se detuvo frente a la línea de licores—. O quizá prefiera algo más fuerte dadas las circunstancias.

—En estos momentos no le haría ascos a una tila —admitió ella y se levantó como un resorte—. Pero puedo prepararla yo, si lo desea.

Se giró hacia ella y enarcó una ceja.

—¿Tan desesperada está por trabajar?

El sonrojo que le tiñó las mejillas le provocó cierta ternura.

—Lo siento, es... parece que el golpe ha afectado algo más que mis nervios —murmuró y volvió a sentarse de nuevo.

Ocultó una sonrisa mientras le daba la espalda y le preparaba una infusión de su propia cosecha.

—Dígame, señorita Loft, ¿tiene experiencia previa como camarera?

—Durante la universidad trabajé a tiempo parcial en una cafetería para costearme los estudios —le informó—. También he trabajado en cocina y tengo varios cursos de cocina tradicional y repostería. De momento nadie se ha muerto por mi comida, así que, diría que es algo para tener en cuenta.

—Sin duda, es algo muy para tener en cuenta, sí —admitió intentando contener la risa, volvió a la barra y le puso delante una taza y una pequeña tetera de la que salía un humeante y perfumado vapor—. Tenga cuidado, está caliente, pero le sentará mejor que la tila.

La forma en la que parpadeó y su rostro acusó la sorpresa, le dijo mucho más de lo que ya sabía sobre ella.

—Muchas gracias, señor Usher.

Dejó escapar un resoplido de risa y sacudió la cabeza.

—Usher es mi nombre —aclaró al tiempo que señalaba con un gesto de la barbilla el nombre impreso en el ventanal del escaparate—. Kerrigan es mi apellido.

—Claro, por supuesto, discúlpeme...

—Hagamos una cosa, dejemos a un lado el protocolo y continuemos con esta entrevista en un tono más formal, ¿te parece?

—Tú eres el dueño, así que, cómo gustes.

—Me decías que tienes experiencia previa en una cafetería y que además eres cocinera —retomó la conversación. No dejaba de ser curioso que tuviese que hacer todas esas estúpidas preguntas cuando ya sabía todo lo que necesitaba saber de ella en ese ámbito. Había vislumbrado momentos de su vida universitaria cuando ella mencionó ese momento, también la había visto en su trabajo, en la cafetería y en la empresa de publicidad para la que había estado trabajando hasta hacía algo más de un mes. Pero debía mantener la máscara de propietario en busca de empleados y esa fachada de humanidad de la que a veces le gustaría prescindir por completo.

Al contrario que sus compañeros del club, él poseía una parte totalmente humana, herencia del chamán con el que se lio su abuela y una demoníaca, cedida por la unión de su padre, hechicero, con una demonio clarividente, el mestizaje era tal que no era sorprendente que él hubiese terminado heredando lo mejor de ambas partes.

—Puedo servir cafés, preparar cócteles, incluso hacer una tarta de zanahoria con mejor pinta que la que tienes ahí expuesta —señaló el expositor de tartas con la barbilla mientras se servía la infusión—. Tengo muy buena memoria para retener los pedidos y sé ofrecer un buen trato a los clientes.

—¿Cuándo fue la última vez que trabajaste en una cafetería?

Dejó escapar un profundo suspiro y se tomó su tiempo en responder, el cual dedicó para soplar el caliente líquido y darle un sorbo.

—Caray, esto está buenísimo —murmuró genuinamente sorprendida—. ¿Qué lleva?

—Dímelo tú —la invitó a ello.

—Um... veamos... frutos rojos, jengibre... diría que algo cítrico... y hay otra cosa que no sé... no sé lo que es —admitió con un mohín—. ¿Podría ser canela?

—No, pero has acertado algunos ingredientes —corroboró. Sus ojos se encontraron con los suyos y le sostuvo la mirada durante unos segundos más—. ¿No vas a contestarme?

—Hace unos seis años —respondió sin dejar de mirarle—. Después de las prácticas de la universidad, encontré trabajo en lo mío y me dediqué a

ello hasta hace cosa de un mes, cuando renuncié.

—¿Y por qué renunciaste?

—Eso no es algo que necesites saber para darme o no el puesto de camarera.

Se rio, la manera tan tajante en que lo dijo le arrancó una carcajada.

—Necesito el trabajo y sé que puedo hacerlo, no encontrarás a nadie mejor para el puesto.

—Modesta, además.

—Soy sincera —replicó, se encogió de hombros y siguió disfrutando de su infusión—. Hum, ¿me darías la receta?

—No —negó divertido—. Pero sí te daré el empleo.

—¿En serio?

—¿Cuándo puedes empezar?

—Ahora mismo, si lo necesitas.

—Por si no lo has notado, hoy el local está cerrado —le dijo echando un vistazo a su alrededor—, y tú parece necesitar recuperarte de ese inesperado atropello.

—Solo son rasguños, la que ha quedado para la unidad de desguace es mi bicicleta.

—Tu bicicleta.

—Hay gente que se mueve en coche, otros en moto, en metro, en taxi... y yo lo hago en bici —sentenció con firmeza—. No contamina y, por regla general, ningún chalado conduciendo su moto a toda hostia te atropella... Se ve que hoy he sido la excepción a dicha regla.

—¿Solo hoy?

—Entonces, ¿de verdad tengo el trabajo?

—Me vendría bien alguien con experiencia y que sepa cocinar una tarta mejor que esa —señaló el expositor—. Además, me salvarás de tener que seguir haciendo entrevistas.

—En ese caso considérate salvado —le tendió la mano por encima del mostrador—. Ya tienes camarera.

Miró su mano y la tomó, en el momento en que su piel entró en contacto con la suya tuvo un nuevo fogonazo, uno que hablaba sin palabras de la clase de relación que iba a tener con esa dulce y fogosa deudora, una de la que sin duda ambos iban a disfrutar.

—Bienvenida al *Kerrigan's*, Gwenevere.

—Gracias, jefe.

CAPÍTULO 7

Gwenevere hizo una mueca mientras se limpiaba los raspones de las manos, después de quitarse la ropa y darse una ducha, se había encontrado con que su cuerpo había acusado el golpe con más fuerza de lo que le había parecido al principio. Podía no haberse roto nada, lo cual ya era un milagro, el casco sin duda había ayudado a que no se abriese la cabeza, pero los hematomas que empezaban a asomar en su cadera y hombro izquierdos le recordaban que había podido perder la vida con total facilidad.

Se estremeció ante la sola idea, el morirle no iba a solucionar nada y, por otro lado, estaba su nuevo trabajo en el Kerrigan's. Todavía le costaba comprender que había pasado más allá del hecho de que su nuevo jefe le hubiese dado el trabajo.

Usher Kerrigan. Un nombre extraño para un hombre extraño, pensó al recordar la forma en la que la había recibido e incluso le había preparado una infusión. No tenía motivos para recelar de él, había sido realmente educado, interesándose únicamente por aquello que podría ajustarse al trabajo que ofertaba, pero a pesar de ello, la intensidad de esa mirada azul que parecía mirar más allá de ella la había inquietado por momentos.

Tenía el aspecto típico de un barman, con camisa negra remangada y un chaleco abrochado que no restaba ni un ápice de sex-appeal a su modesta apariencia, vestía unos vaqueros que le hacían un perfecto culo, cosa que solo pudo vislumbrar unos segundos por encima de la barra sin parecer demasiado obvia. Una sombra de barba le acariciaba el mentón y el bigote, mientras que el pelo corto y desordenado le daba un aire de infinita travesura. Por otro lado, su dicción era perfecta, poseía un tono de voz grave, rico y muy masculino que le daba cierta seguridad; curioso viniendo de un completo desconocido.

Dejó caer el algodón empapado de desinfectante en la papelera del cuarto de baño y fijó la mirada en el reflejo que le devolvía el espejo.

—Las cosas no van a ir mal siempre, Gwen —se dijo a sí misma en un intento por animarse—, acabas de conseguir un nuevo empleo, eso es un motivo para celebrar...

Sonrió, buscando animarse a sí misma con esa idea y dejar de pensar en todo lo que sabía no tenía arreglo a corto plazo. El lunes tendría que ir al banco, ponerse de rodillas y suplicar porque le concediesen una prórroga de modo que pudiese conservar su hogar.

—Si el *rey Arturo* cayó a los pies de *Ginebra*, el director del banco también caerá a los tuyos —declaró levantando el brazo con gesto teatrero, entonces se echó a reír—. Creo que voy a necesitar a todos los caballeros disponibles de *Camelot* para lograrlo.

Sacudió la cabeza entre risas, le dio la espalda al espejo y se dirigió hacia la cocina, sin embargo, el timbre de la puerta seguido por el aporreamiento de esta y la irritada voz femenina de su madre, mezclada con la apaciguadora de su hermano, le impidieron seguir adelante.

—¡Gwenevere Loft! ¡Sé que estás ahí dentro! ¡Abre la puerta ahora mismo!

Puso los ojos en blanco, dejó caer la cabeza hacia atrás con un quejido y cambió de dirección para ir a atender la llamada antes de que saliesen los vecinos a ver qué pasaba en el vecindario.

—Gwene, reina, abre la puerta antes de que Cassie la tire abajo.

Sí, ahora ya no era «*mamá*», la palabra tenía poco glamour para su hermano.

—¿Es necesario que deis el espectáculo de esta manera? —preguntó nada más abrir.

—No puedo creer que me hayas hecho esto —declaró su madre pasando delante de ella y entrando en su casa sin ni siquiera mirarla.

—¿Qué haya hecho el qué?

—Saltarte su prueba del vest... —Su hermano jadeó y se llevó una mano sobre el pecho—. ¡Oh dios! ¿Qué te ha pasado?

Bueno, al menos había alguien que la miraba a la cara y se daba cuenta del aspecto que tenía.

—Me atropelló una moto.

—¿Cómo? ¿Cooooomoooo? Ay dios, por todas las estrellas de Hollywood, ¿cuándo? ¿Cómo? ¿Estás bien?

—Un poco magullada, pero sobreviviré —lo tranquilizó, posó la mano en su brazo, apretádoselo y sonrió—. No te preocupes.

—¿Que no me preocupe? —La señaló de arriba abajo—. Te has mirado al espejo, tienes un aspecto horrible.

—Casualmente acabo de hacerlo y no es para tanto —negó con la cabeza y cerró la puerta tras ellos—. Mi bici quedó mucho peor.

—Oh, Gwene, ¿qué te he dicho sobre ese montón de aluminio?

—¿Que tenía poco *glamour*?

—Que acabarías rompiéndote la crisma, reina —chasqueó, le puso la mano sobre el hombro y se agachó para que sus ojos quedasen a la misma altura—. Pero esto... ¡esto va mucho más allá!

—Oh, deja ya el melodrama, se te están pegando sus malas artes —señaló hacia el interior de la vivienda.

—Drama es el que se ha vivido en la prueba del vestido, cariño, a Cassie le ha dado uno de sus ataques al ver que no venías.

—Le dije con total claridad que no contase conmigo para esto, pero está claro que solo escucha lo que le interesa —resopló y se dirigió hacia el salón dónde su progenitora ya estaba con su perorata.

—...mi única hija, deberías estar a mi lado, ayudándome y en vez de eso, pierdes el tiempo...

—Sí, pierdo el tiempo intentando encontrar una manera de no perder esta casa y buscar un nuevo trabajo —la atajó. Se la encontró sentada en el borde del sofá, con ese aire altivo que se esfumó en el mismo instante en que se molestó en mirarla y se dio cuenta del arañazo que tenía en la cara y cómo se movía.

—¿Qué te ha ocurrido?

—La atropelló una moto —le informó su hermano apareciendo tras ella—. Ay, cielo, si cojeas y todo.

Su madre se levantó como un resorte.

—¿Cómo que te ha atropellado una moto? —jadeó, yendo hacia ella y comprobando que estuviese de una pieza—. Oh dios, ¿por qué no me has dicho nada?

—Lo estoy haciendo —replicó irónica—. Me ha atropellado una moto, mi bici está para el desguace y he encontrado trabajo.

—¿Encontraste trabajo?

—Empiezo mañana como camarera en una cafetería del centro.

—¿Cómo camarera? Pero, Gwene, sabes que podrías recuperar tu antiguo empleo, Stuart está esperando que recapacites y...

—¿Que recapacite? —Casi se ríe ante lo absurdo de su comentario—. Sí, claro, porque la que tengo que recapacitar soy yo...

—Gwenevere, esa no es la mejor manera de afrontar las cosas.

Fulminó a su hermano con la mirada.

—¿Y cuál es según tú? Porque, por más que lo intento, no encuentro una que me satisfaga —replicó con dureza.

—Gwene, lo que te ha ocurrido ha sido horrible, esa mujer no tenía derecho a hacer lo que hizo —comentó su madre—, pero ha sido bueno que vieses su verdadera cara...

—No, ella no tenía derecho a vengarse conmigo por lo que *tú* le hiciste, porque yo no fui la que se tiró a su novio...

—Gwene, por favor, esa no es manera de hablarle a nuestra madre...

—¿Por qué no? —Se giró hacia su hermano—. ¿Acaso no es la verdad?

—No hables de lo que no sabes, Gwenevere, no tienes derecho a juzgarme como si fuese... una mala mujer.

Se mordió la lengua porque no quería decir algo de lo que luego pudiese arrepentirse. Equivocada o no, era su madre y no quería etiquetarla de esa manera, pero eso no evitó que le dijese de una vez y por todas lo que pensaba de su actitud hasta el momento.

—No considero que seas una mala mujer, mamá, pero no eres capaz de comprometerte en serio con ningún hombre, no a largo plazo. En el momento en que alguno de tus maridos deja de bailarte el agua, de adorarte cómo quieres ser adorada y ponen freno a tu impetuosidad, decides que has tenido suficiente y que ha llegado el momento de hacer borrón y cuenta nueva —le soltó de golpe—. La realidad es que no piensas en nadie más que en ti, no te importa si tus decisiones afectan a alguien más, vas a por lo que quieres y que le den al mundo.

—¿Cómo te atreves a hablarme de esa manera? —jadeó ella, visiblemente tocada por sus palabras—. ¡Soy tu madre, Gwenevere!

—Y precisamente porque eres mi madre me he contenido de decirte todo esto a la cara, pero ya me he cansado, la única que ha salido herida a causa de tus decisiones he sido yo —la acusó—. ¿Y has hecho algo para evitarlo?

¿Te has molestado en preguntarme cómo estoy? ¡No! Vienes a mi casa quejándote por no haberte acompañado a la prueba del vestido; mi vestido, porque no te ha dado la gana de buscarte uno nuevo. Te digo que he conseguido trabajo y en vez de felicitarme, desprecias que haya aceptado un puesto como camarera y todo ello mientras gozas de todo lo que yo tenía planeado para mi propia boda —le echó en cara sin cortarse un pelo—. ¡Así que voy a hablarte de la manera en que me dé la gana y si no te gusta, tú y tu... escolta, os podéis marchar de mi casa! Porque todavía es mi casa, al menos hasta el próximo lunes, es mi casa.

A juzgar por las expresiones de sus caras, horrorizada una y sorprendida la otra, no se habían esperado una reacción semejante, ella misma estaba sorprendida de lo que acababa de decir, pero no se arrepentía, de hecho, se sentía mucho más ligera ahora.

—Caray, Gwene, te has quedado a gusto...

No retrocedió ni un solo paso, no se retractó, de hecho ignoró el comentario de su hermano y le sostuvo la mirada a su madre.

—Eres mi madre, pero estas últimas semanas no te has comportado como tal —sentenció ya para finalizar—. No voy a asistir a tu nueva boda, no estoy de acuerdo con la decisión que has tomado, ni cómo la has tomado, así que te rogaría que dejases de increparme y reclamarme por cosas que no me competen.

—Gwenevere, no puedes hablar en serio, es la boda de nuestra madre...

—David, eres mi hermano, te quiero y respeto tu forma de vida, así que te pido que respetes de igual modo la mía y las decisiones que tomo —lo previno con voz firme y seca—. Yo no me meto en tu vida, así que deja de meterte tú en la mía.

Él acusó el golpe y tuvo el buen sentido de mantener la boca cerrada. Si tan solo su progenitora pudiera seguir su ejemplo...

—Me defraudas, Gwenevere, no te crie así —replicó con voz entrecortada, pero en sus ojos no asomaba ni el brillo de una sola lágrima—. Me avergüenza que mi hija hable de esa manera de su madre. Quiero pensar que estás muy estresada y que todo lo que te está pasando te ha pasado factura, espero que reflexiones y te des cuenta del daño que me han hecho tus palabras.

Dicho eso, recogió la mochila y las bolsas que había traído consigo, abandonó el salón y salió de su casa.

—Has ido directa a la yugular, lo sabes, ¿no? —comentó su hermano con un profundo suspiro, siguió la estela de su madre con la mirada y se volvió hacia ella—. Entiendo tu necesidad de dar rienda suelta a todo lo que estabas guardándote para ti, pero no sé si este ha sido el mejor momento para soltarlo, cariño.

—¿Hubieses preferido que lo hiciese en plena boda?

Parpadeó cómo si se estuviese preguntando si lo decía en broma, entonces sonrió, sacudió la cabeza y depositó un beso en su mejilla.

—Siempre has sido una brujilla encantadora, hermanita, procura no herir a nadie más con ese encanto.

Con esa pequeña acotación, dio media vuelta y se marchó meneando las caderas con un arte que ya le gustaría tenerlo ella.

Tras escuchar el sonido de la puerta al cerrarse se dejó caer en el sofá, de repente estaba completamente cansada y sentía unas desgarradoras ganas de llorar. No se opuso, no había derramado ni una sola lágrima desde que todo había empezado y ya era hora de que lo hiciese.

CAPÍTULO 8

El *Soul Circus Casino* abría sus puertas las veinticuatro horas, los trescientos sesenta y cinco días al año, cerrando solo el veintinueve de febrero de los años bisiestos. Nunca supo el motivo que se escondía detrás

de aquel cierre, pero Banca había dejado muy claro a todos sus empleados que ese día en concreto las puertas debían quedar cerradas a cal y canto.

Dejando atrás las mesas de juego ocupadas una noche más por una buena cantidad de gente, fue directo a la sala de juntas esperando encontrar al tipo vestido de blanco que regía el lugar. No dejaba de ser curioso que el casino funcionase durante seis días a la semana con personal humano, el cual era completamente ajeno a lo que ocurría las noches de los viernes, la cual ellos libraban. El cambio tenía que ver con «La Arena», el antiguo anfiteatro romano que aparecía cuando un deudor aceptaba someterse al juicio para pagar su deuda, otro ente tan extraño como la propia Mansión.

Encontró las puertas de la sala abiertas y a su jefe sentado en la cabecera de la mesa con la mirada perdida en el horizonte.

—¿Banca?

El tipo, vestido de blanco de los pies a la cabeza, parpadeó un par de veces y enfocó la mirada sobre él, los ojos claros le provocaron un escalofrío, su color podría entrar en alguna gama de azules, uno que sin duda todavía no habían catalogado.

—Adelante, Usher —lo invitó—. ¿Qué trae a uno de los maestros clarividentes al Circus en una noche como esta?

Nada más traspasar el umbral las puertas se cerraron a su espalda dejándoles encerrados.

—Una visión que he tenido sobre el casino o más bien, algo relacionado con esa visión.

El hombre tamborileó con los dedos sobre la superficie de la mesa y asintió.

—Ah, sí, la deudora atropellada.

No le sorprendió que estuviese al tanto de eso, había muy pocas cosas que se le escapasen a Banca.

—¿Qué sabes de ella?

—¿Qué te hace pensar que sé algo?

Porque al contrario que él, quién solo podía ver el «porvenir» de manera aleatoria y cuando el destino consideraba que debía ser consciente de ello, Banca *conocía* las almas de los que entraban en sus dominios y sabía quién iba a perder incluso antes de que se sentase a jugar en una mesa.

—No hay nada que me lleve a pensar lo contrario.

Sonrió, si es que podía llamársele sonrisa a la curvatura que apareció en sus labios.

—Gwenevere aún no es consciente de su deuda, no tiene la menor idea de que la cadena de acontecimientos que llegó a su vida estas últimas semanas todavía no ha concluido, pero no tardará en averiguarlo y cuando lo haga... bueno, para los verdaderos culpables será una suerte no conocer a su Ruperta y a aquellos que la estiman —admitió con una risita—. Creo que ya conoces lo demás...

Eso explicaría que hubiese recibido ya la invitación, pero no que sus caminos se hubiesen cruzado antes de su incursión en el casino.

—Se presentó en mi local en busca de trabajo...

—...y se lo diste —aseguró levantando un poco la barbilla y sonriendo hasta mostrar una prístina dentadura coronada por dos pequeños colmillos—. ¿Qué es lo que quieres preguntarme y no encuentras el modo de hacerlo?

Ni él mismo lo hubiese resumido mejor, porque no sabía cómo plantear la inquietud que se le había presentado en el momento en que la reconoció.

—Es... ella... —No supo darle forma a la pregunta—. Hay algo que me inquieta y el desconocer el motivo de esa inquietud... me desconcierta.

—Si ese desconcierto se hubiese generado aquí, en el casino, sabiendo que es una deudora, habrías encontrado pronta respuesta, ¿no es así? —respondió cruzando las manos sobre la mesa, inclinándose así hacia delante—. El vínculo entre recolector y deudor cubriría esas dudas...

—¿Insinúas que tengo un vínculo con ella?

—Yo no hago insinuaciones, mi querido demonio —aseguró Banca con esa inquietante tranquilidad que siempre lo envolvía—. A estas alturas deberías saberlo.

Sacudió la cabeza y barajó todas las posibilidades, pero solo encontró una que justificase esa respuesta.

—Su aparición incide directamente en mi camino, por eso no fui consciente de quién era hasta que la vi cara a cara —declaró sabiendo que aquella era la explicación más plausible—. No es una simple deudora...

—¿Cuándo lo son? —chasqueó y se encogió de hombros—. Hombres y mujeres, todos los humanos que atraviesan las puertas del Circus tienen una motivación para hacerlo, lo sepan o no, así como un destino que alcanzar...

Si ese destino os afecta de algún modo, es algo que solo vosotros podréis considerar y manejar llegado el momento.

Libertad de acción y decisión, era algo que Banca había dejado muy claro cuando lo reclutó para el casino. No era un prisionero, estaba allí con un acuerdo a su medida, por voluntad propia y con una cláusula de rescisión que podía utilizar cuando lo creyese oportuno.

—Y hablando del destino, ¿se lo has comunicado ya a Fey?

La mención al íncubo hizo que le corriese un escalofrío por la columna, levantó la cabeza y se encontró prisionero de esos ojos. La visión que había tenido meses antes volvió a cruzar con rapidez ante sus ojos, se le encogió el estómago ante la escena que lo había sacudido una primera vez.

—¿Cómo le comunicas a un amigo que la vida de la humana a la que cree amar no le pertenece? —musitó en voz baja—. ¿Y que la de la hembra que sí lo hace, se agota sin ser consciente de su propio destino?

—Nadie dijo que el don de la clarividencia fuese fácil de llevar.

—No es un don, Banca, es la peor de las maldiciones, sobre todo cuando no tienes la menor idea de cuándo sucederá.

Chasqueó la lengua y lo miró de soslayo.

—Eres demasiado joven para afirmar algo como eso sin haber experimentado ninguna otra —declaró levantándose de la silla con una lenta elegancia—. Pero tú tienes el poder de evitar que otros experimenten las propias, recuérdalo.

Le palmeó el hombro al pasar por su lado sin detenerse y el gesto trajo consigo una nueva visión tan potente y clara que supo que no podría seguir posponiéndolo por más tiempo.

CAPÍTULO 9

Gwenevere fue consciente de que el hombre que acababa de entrar en la cafetería en la que ya llevaba casi una semana trabajando venía a verla a ella. El hecho de que lo hubiese visto dirigirse a la barra, hablar con su jefe y que él la indicase con un gesto de la barbilla, solo reforzó tal convicción. Terminó de colocar el desayuno que habían pedido un par de clientes y regresó a por las siguientes comandas.

—Gwenevere, preguntan por ti —le informó su jefe haciéndose cargo de las tazas y platos sucios que traía en la bandeja.

—¿Gwenevere Loft?

Su voz le provocó un inesperado escalofrío, era dura, profunda, muy masculina y evocaba una inequívoca peligrosidad. No dejaba de ser curioso cómo eso contrastaba con el aire de pura elegancia y profesionalidad que sin embargo emanaba del recién llegado.

—La misma, ¿y usted es?

Sin perder un segundo echó mano al maletín de piel oscura que llevaba consigo y extrajo de su interior un fajo de papeles que le tendió.

—Martin Mallory, de Faber & Castell.

—¿Faber & Castell? —Enarcó una ceja ante su presentación dejando claro que no tenía la menor idea de quién era y que no pensaba coger los papeles hasta que se lo explicase.

—Somos una empresa mediadora de cobros a deudores.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo? —Frunció el ceño—. No es posible que les haya enviado el banco, tengo una reunión con ellos el próximo lunes.

—No vengo en representación de ningún banco, señora Loft...

—Señorita Loft —lo corrigió en el acto, pero el tipo no dudó en pasarlo por alto.

—Mi cliente, que como verá en los documentos, si es tan amable de cogerlos, es Kaliel Rush.

—¿Kaliel Rush? —repitió al tiempo que se cruzaba de brazos con obvia exasperación—. ¿Y quién es ese tal Kaliel Rush? No, permítame que reformule mi pregunta, ¿quién ese ese tipo y qué santas narices tiene que ver conmigo?

—Es el hombre con el que ha contraído una deuda de más de seiscientos mil dólares y que exige su pago inmediato.

Se lo quedó mirando como si le hubiesen salido dos cabezas.

—Espere, espere, espere, meta el freno, señor, porque me he perdido por el camino —admitió con total sinceridad—. ¿Me está diciendo que un tal Kaliel Rush, que no tengo la menor idea de quién es, dice que yo le debo seiscientos mil dólares?

—Si usted es Gwenevere Loft, sí.

—Sí, soy Gwenevere Loft, pero no conozco a nadie con ese nombre y mucho menos al que pueda deberle semejante absurda cantidad de dinero —aseguró con un resoplido de risa—. Tiene que tratarse de un malentendido.

—¿Por qué no coge los papeles, se sienta conmigo en una mesa y hablamos de ello con tranquilidad? —sugirió y señaló discretamente con la mirada hacia un lado y hacia otro dejando claro que había miradas sobre ellos. Al parecer había levantado la voz.

—¿Ocurre algo, Gwenevere?

Su jefe se había acercado de nuevo desde detrás de la barra, su mirada parecía haberse oscurecido ligeramente al posarla sobre el recién llegado.

—Necesito ausentarme unos minutos, jefe, ¿te importa?

El aludido miró al hombre y negó con la cabeza, ella no pudo evitar sentir un escalofrío ante esa mirada.

—Utiliza mi oficina, tendréis mayor privacidad —le señaló la trastienda.

—Gracias, solo serán unos minutos —prometió y le hizo un gesto al recién llegado—. Si me acompaña...

—La sigo.

Echó un último vistazo a su jefe, quién seguía con la mirada puesta sobre el hombre y una expresión indescifrable en el rostro y guio a Mallory hacia la parte de atrás. La oficina del señor Kerrigan era el típico ejemplo de un hombre desordenado, había facturas por todos lados, varias cajas de mercancía recién llegada y un sinfín de cosas que no sabía ni que hacían allí. Cuando firmó el contrato cinco días atrás le había quedado claro que, mientras el local tenía un aspecto impecable, el lugar de trabajo de su jefe parecía un campo de batalla en el que solo él parecía ser capaz de encontrar las cosas. En cierto modo eso le dio tranquilidad, pues lo hacía mucho más humano de lo que le había parecido en un principio.

—Bien, ¿dígame de qué va todo esto? —pidió nada más cerrar la puerta—. Porque le juro que no tengo la menor idea de qué está pasando aquí.

La mirada de ese hombre era penetrante, parecía capaz de mirar a través de ella y eso la ponía nerviosa.

—De veras no recuerda al señor Rush, ¿señorita Loft?

Negó con la cabeza y se cruzó de brazos.

—No es que no lo recuerde, es que no conozco a nadie con ese nombre, señor mío.

—Quizá si le echa un vistazo a los papeles es posible que le venga a la memoria.

Resopló y aceptó lo que antes se había negado a coger para ver si de esa manera podía sacar algo en claro. La mayoría eran facturas por importes bastante elevados, todos ellos procedentes de hoteles, SPA de lujo en los que jamás había puesto un pie y tiendas de firmas en las que sus generosas curvas jamás encontrarían cabida. Y todas y cada una de esas facturas estaban a su nombre.

—Esto tiene que ser una broma. —Sacudió la cabeza y continuó buceando entre los papeles—. ¡Un coche! Pero si no tengo ningún coche y desde luego, no tengo tantos ceros en mi cuenta corriente cómo para comprarme ese modelo, sea cual sea.

Aquello era una verdadera locura, con cada nuevo papel que dejaba a un lado, se encontraba con algo nuevo y más absurdo.

—Una operación estética de pecho. —Se echó a reír y miró al tipo—. ¿En serio?

Él no dijo una sola palabra al respecto, siguió igual de impasible a la espera de que terminase de ojear el material presentado.

Facturas en joyería, el alquiler de un piso en una zona que no podría permitirse en la vida, incluso viajes de fin de semana con vuelos en primera clase y todo ello bajo el nombre de Gwenevere Loft.

—Esta no es mi firma —declaró totalmente seria al ver un duplicado de una factura en el que aparecía garabateado su nombre—. Y se lo puedo demostrar ahora mismo.

Cogió un bolígrafo de encima de la mesa y escribió rápidamente su propia firma. Ella era diestra, con lo que la inclinación de las letras no correspondía, por no mencionar que su grafía era bastante distinta.

—Yo soy diestra y, a juzgar por quién escribió esto, esa persona no lo es...

Y con esa pequeña perla de sabiduría venida de los dos zurdos que tenía en la familia, llegó también una sospecha.

—Yo no he sido la autora de esta firma y menos aún he estado en París —declaró señalándose a sí misma—. ¿Le parece que trabajando en una cafetería podría permitirme un billete en primera a Europa? No me joda, hombre.

Sacudió la cabeza y agitó la mano sobre los papeles.

—Y sobre todo, no conozco a ningún Kaliel Rush —declaró con firmeza—. Así que tendrá que hablar con él y decirle que yo, Gwenevere Loft, no soy la mujer que según parece ha estado viviendo a su costa... Por mi parte voy a dar parte de esto a la policía, porque está claro que alguien ha usurpado mi identidad y se ha estado haciendo pasar por mí.

—Si lo que está diciendo es cierto, señorita Loft, estamos frente a un problema de falsedad documental y usurpación de identidad, lo cual es un delito bastante grave —replicó el hombre y a juzgar por su tono de voz, hablaba en serio—. Mi cliente será informado de esto y tomará las medidas oportunas. Le sugiero que contacte con su abogado, tendrá que demostrar que lo que dice es cierto.

—¿Me está llamando mentirosa?

—Me limito a decirle que busque asesoramiento jurídico, lo va a necesitar.

—¿Por qué? Yo no he hecho nada, quién quiera que haya firmado o hecho esos gastos, no he sido yo.

—Y tendrá que demostrarlo —aseguró, señaló los papeles y se volvió de nuevo a ella—. Quédeselos, son copias, pero le servirán para poner la denuncia correspondiente en la policía. Búsquese un buen abogado, lo necesitará para salir de esta.

Dicho eso, inclinó la cabeza con gesto respetuoso a modo de despedida y se marchó dejándola con más problemas de los que podía afrontar.

—Un abogado, ¿de dónde demonios voy a sacar el dinero para un abogado cuando soy incapaz de pagar la hipoteca de mi casa? —resopló pasándose la mano por el pelo—. Dios, esto se está complicando cada vez más.

CAPÍTULO 10

Usher fingió absoluta indiferencia cuando el cobrador de la famosa empresa salió de la trastienda, correspondió a su saludo con un gesto de la cabeza y echó un vistazo de nuevo hacia la parte de atrás. Había escuchado la conversación sabiendo que aquel era el principal motivo por el que Gwenevere recibió la invitación del *Soul Circus Casino*, lo sabía con la misma certeza con la que sabía que ella no había estado antes entre esas cuatro paredes.

No, no había sido ella la que se había sentado delante de la ruleta y había perdido frente a la Banca, no fue ella la que entregó un talón firmado con el nombre de Gwenevere Loft, convirtiéndola en la única deudora de la suma de dinero. Allí había algo más profundo, el deseo de inculpar a alguien inocente para poder sacar algo a cambio y esa pobre chica, acababa de caer en la trampa.

Era extraño conocer al deudor que tendrías a cargo en el casino incluso antes de que hubiese puesto los pies en él, por no mencionar el hecho de que ella trabajase también para ti. Habría sido mucho más inteligente no contratarla, dejar que siguiese su propio camino, pero sus decisiones a menudo no eran tuyas y solo podía sentarse a observar.

La chica volvió a la barra sin mediar palabra, cogió la bandeja dispuesta a seguir con su jornada, puso su mejor sonrisa y continuó atendiendo a los clientes. Su exterior podía ser el de una mujer cálida e incluso alegre, pero por dentro era un auténtico volcán en erupción, sus emociones giraban a tal velocidad que era imposible seguir las.

—Un café solo, uno con leche y dos raciones de tarta de zanahoria —le pasó la comanda—. ¿Lo ves? Te dije que mi tarta de zanahoria era la mejor.

Enarcó una ceja ante su aseveración y sonrió para mí, preparó los cafés y le sirvió las raciones pedidas.

—¿Tienes problemas?

La pregunta la cogió por sorpresa, pareció estar a punto de decir que sí, pero en el último momento sacudió la cabeza y se encogió de hombros.

—¿Quién no tiene problemas en esta vida?

Sin añadir más, recogió la bandeja con la comanda y volvió al trabajo.

Al menos no había mentido en su experiencia, sin duda sabía cómo desenvolverse y tenía que admitir que le habían conquistado sus artes culinarias. El día anterior había aparecido con dos tartas hechas en casa; *Carrot Cake* y *Red Velvet*, así como un surtido de *brownies*, todo ello se había acabado a lo largo de la jornada, la gente había quedado encantada con esa nueva opción del menú y muchos de ellos habían repetido hoy durante el desayuno.

—Un batido de fresa, un *brownie* de chocolate —le informó volviendo a la barra—. Y una cerveza negra para el capullo de la esquina.

Levantó la cabeza ante el tono de voz empleado por ella y siguió su indicación con la mirada.

—Ese es Taker, si te dice algo, recuérdale que yo sé dónde está enterrada su mujer —le soltó sin pensarse mucho la respuesta—, y que a su lado hay una tumba esperándole.

—Es una broma, ¿no? —La forma en la que lo preguntó lo llevó a mirarla. Parecía realmente sorprendida con su respuesta.

—Su esposa era alcohólica, cuando bebía era incapaz de discernir la realidad de las fantasías, un día se le metió en la cabeza que era un pájaro y podía volar... y se tiró desde el noveno piso de la oficina en la que trabajaba —señaló al tipo con un gesto de la barbilla—. Él suele pasarse por aquí un par de veces al mes, nunca bebe, pero en el día del aniversario de la muerte de Edwina, se pide una cerveza negra y desata su rabia contra el mundo. Se siente culpable por no haber podido hacer nada por ella. Es un viejo solitario que espera el día en que pueda reunirse con ella... o eso dice, porque en cuanto le recuerdas que hay una tumba con su nombre, cambia de tema al segundo y se pone a contarte batallitas de sus días en el ejército; es un veterano.

—De acuerdo, tienes unos clientes muy, pero que muy raros, jefe —aseguró haciendo un mohín—. Pero puedo escuchar a un veterano sin morirme en el intento, después de todo, ellos son los responsables de que este país no se haya ido todavía a la mierda. Y es un logro dado el presidente que ocupa hoy en día el Despacho Oval.

—Si se pone muy pesado, recuérdalo; una tumba con su nombre.

—Qué capullo eres, jefe.

Se encogió de hombros.

—Hay cosas que van en los genes —declaró, le dio la espalda y empezó a preparar la comanda—. Y otras sencillamente aparecen a lo largo de la vida.

—Como las malditas deudas...

Su comentario lo llevó a mirar por encima del hombro.

—Sí, igual que las deudas.

La vio apretar los labios, parecía haberse dado cuenta de su desliz y no quería seguir metiendo la pata.

—¿Ese es el motivo por el que ha aparecido por aquí uno de los cazadores de deudas de la ciudad?

—¿Cazadores de deudas?

—*Faber & Castell* no son conocidos precisamente por su caridad —respondió mezclando los ingredientes para el batido—. Sus agentes son duros, van directos a la yugular... si tienes problemas con ellos...

—Yo no tengo ningún problema con ellos, si acaso lo tienen ellos conmigo. Me reclaman una salvaje cantidad de dinero en nombre de un tipo al que no conozco de nada y que parece que ha estado manteniendo a alguien que ha firmado cada una de las facturas con mi nombre —resopló en voz baja—. ¡Y ahora pretenden que me busque un abogado! Joder, ni que tuviese uno en el bolsillo del que poder disponer a mi antojo.

—¿Alguien ha firmado facturas en tu nombre?

—No le encuentro otra explicación, porque te aseguro que no es mi firma la que estaba en esos papeles —soltó un resoplido—. Jamás en la vida he estado en un circuito de SPA, ni he viajado en primera clase, ya no digamos pisar París o comprarme un coche cuyo precio podría liberarme de una vez por todas de mi hipoteca. Y esa es la única deuda real que tengo, la cual, aún encima, tampoco es que la haya contraído yo, sino alguno de los dos hijos de puta que han estado viviendo a mi costa, ellos han tenido que...

—Las palabras se le quedaron atoradas en la garganta, jadeó y abrió los ojos como platos antes de emitir un pequeño gritito—. ¡La madre que la parió! ¡Ha sido ella! ¡Ha tenido que ser ella!

—¿Ella? —se interesó y bajó la voz a propósito, recordándole subliminalmente dónde estaban.

Gwenevere captó el mensaje al momento, porque se volvió a mirar a su alrededor y sus mejillas adquirieron cierto sonrojo al ver que algunas personas se habían girado hacia ellos. Les dio la espalda y se tomó unos segundos para calmarse.

—Lo siento, es algo privado y lo he traído a mi lugar de trabajo. —Hizo una mueca—. Ni siquiera sé cómo demonios han sabido que estaba aquí, no llevo ni una semana trabajando...

Usher dejó el batido recién hecho sobre la bandeja, añadió el *brownie* y se inclinó sobre la nevera para sacar la cerveza negra.

—Tienen sus recursos para dar con aquellos con los que necesitan contactar —respondió, abrió la cerveza y la depositó sobre la bandeja—. Si necesitas un abogado, puedo recomendarte a alguien.

Sacudió la cabeza y recogió las nuevas comandas.

—Gracias, pero empiezo a pensar que más que un abogado, necesitare un milagro... eso o que me toque la jodida lotería más grande del país.

O que aceptase la invitación que ya estaba en su poder, pensó y se contuvo de decirlo en voz alta, pues en el momento en que sus pensamientos tomaron forma, lo hizo también el futuro a través de la neblina de una nueva visión.

La niebla se fue despejando hasta que se encontró frente a ella, contemplando unos ojos llenos de desafío y determinación. Conocía el lugar en el que estaba, podía sentirlo en la piel más que verlo con sus ojos, entonces sus labios se movieron y se escuchó decir a sí mismo:

«¿Lista para enfrentarte al juego de tu vida?».

La respuesta vino en la forma del fuerte sonido de los tacones femeninos y una sesgada mirada que se cruzó con la suya un segundo antes de notar el calor de su mano aferrándose a la que él mantenía extendida.

«¿Lo estás tú para morder el polvo?».

Tan rápido como llegó, la visión se desvaneció desestabilizándolo por completo. Usher se vio obligado a apoyarse en la barra mientras sus ojos volvían a adaptarse al presente y la mente le giraba ya a toda velocidad en busca de una respuesta a lo que acababa de suceder. Por primera vez no se había limitado a ver el futuro, había formado parte de él.

Levantó la cabeza y encontró a Gwenevere con las manos en las caderas, inclinada hacia delante en una actitud que prometía romperle la cabeza al veterano si no hacía exactamente lo que ella quería. Sonrió, no pudo

evitarlo, esa sorprendente humana prometía ser la horma de sus propios zapatos.

¿Y eso no era sencillamente aterrador?

CAPÍTULO 11

Había cosas que se sabían, pensó Fey, que podías entenderlas interiormente, era como si llevases tanto tiempo buscando algo que cuando encontrabas eso que podía encajar, decidías ignorar todas las señales que te advertían de que te equivocabas.

Echó un fugaz vistazo a la cama de la que acababa de levantarse, las sábanas revueltas cubrían a duras penas la figura de la dulce mujer con la que había retozado. No, ella no era esa pieza que buscaba con tanta desesperación, no tenía derecho a apropiarse de su calidez y su cariño, de beneficiarse de esa necesidad de atención para mantenerla a su lado.

Era consciente de que había errado al negarle el olvido tras el servicio, de que debería haber abierto los ojos en ese instante y devolverla al mundo al que pertenecía, en el que podría seguir su propio camino. Había querido creer en que sus discusiones, esa natural oposición y resistencia a su raza se debía al vínculo que los unía, el que la marcaba como suya, pero la realidad la veía día a día en su cotidianidad.

¿Acaso había renunciado a su harem?

No, no lo había hecho. No había dejado de sentir deseo por sus casuales compañeras de cama, quiso justificarlo diciéndose que las necesitaba para mantenerse con vida y que su corazón le pertenecía a la pelirroja.

¿De veras le pertenecía?

El órgano le latía en el pecho como siempre, no se había saltado ni un solo latido y no había sentido que se detuviese en ningún momento. Y ella no le llenaba, no le saciaba como lo habría hecho la mujer que debería calmar su hambre y su alma.

Se había aferrado a alguien que lo necesita porque quería ser él quien cubriese esas necesidades, pero no era su tarea, si la mantenía a su lado, terminaría por perderla irremediabilmente. Era hora de devolverla a la vida, de renunciar a una fantasía y desesperada necesidad y darle a esa bondadosa mujer el futuro que se merecía.

Sí, era hora de separar sus mundos, de dejarla vivir aún si para hacerlo tenía que borrar las huellas de esos últimos meses juntos.

Ni ella era para él, ni él era para ella, no se permitiría jamás consumir su vida.

—Vuela, pequeña paloma, vuela y encuentra tu propio camino.

La besó en la frente, evitando tocar sus labios y abandonó el dormitorio. Necesitaba poner punto final a aquello y solo había una forma de hacerlo.

CAPÍTULO 12

La noche tenía un tinte particular vista desde la mansión, el cielo cuajado de estrellas, parecía más cercano que nunca y hoy el sonido de las olas se conjuraba con la brisa para crear un dulce y tranquilo arrullo. Usher paladeó el cóctel con el que había experimentado esa noche, una nueva receta que quería introducir en el *Circus* para las noches más complicadas. El sabor especiado, el punto de fuerza, el aroma, todo ello se unía a un particular sabor que lo hacía muy apetecible. Sintió en sus venas el cosquilleo de su propia magia unida a la mezcla de hierbas calmándolo y saciándolo, sería un buen cóctel para rebajar la tensión en los más ansiosos.

Tomó un nuevo sorbo y dejó la copa sobre el ancho espacio de la balaustrada, su mente seguía dando vueltas a lo ocurrido esos últimos días, en especial a la extraña y vívida visión a la que se había enfrentado esa misma mañana.

Nunca había vivido una visión, él era un mero espectador, se limitaba a ver lo que querían mostrarle, pero aquello era absolutamente nuevo.

Respiró profundamente, estiró la mano y dejó que su naturaleza demoníaca saliese a la superficie.

De todos los habitantes de la mansión, él podía ser el más humano, pero su apariencia demoníaca distaba mucho de serlo.

Sintió los caninos alargándosele en la boca, sus brazos creciendo al hinchársele los músculos mientras su piel obtenía ese tono ónix con ocasionales venas plateadas. Las uñas crecieron hasta convertirse en puntiagudas garras negras, cerró los ojos sabiendo que adquirirían ese tono amarillo dorado y suspiró de alivio cuando el palpitante en su cráneo desapareció al emerger un par de cuernos que se arqueaban sobre su cabeza, descendiendo en una ligera curva por debajo de sus orejas. Sacudió la cabeza, metió los dedos en el sedoso y largo pelo negro que ahora le caía liso sobre los hombros y se desperezó.

Hizo desaparecer mentalmente su vestuario humano y volvió a vestirse con prendas adecuadas a su nueva corpulencia, en su forma de demonio no solo crecía unos cuantos centímetros a lo alto, sino también a lo ancho. Movi6 los dedos dentro de las suaves botas que ahora calzaba y lanzó un latigazo con la fuerte y fibrosa cola que emergía desde el coxis hasta sus tobillos.

Volvió a coger el tallo de la copa entre los largos dedos sin ningún esfuerzo y se la llevó a los labios para saborear el líquido que había preparado.

—Quiero uno de esos para mí.

Miró por encima del hombro al reconocer la voz de uno de sus compañeros de casa. El ícubo atravesó el umbral con un aire un tanto oscuro, incluso apagado, parecía estar bajo de energía.

—Parece que te iría bien un chute de otra cosa. —Su voz en esa encarnación era más potente, profunda y oscura—. ¿Una mala noche?

—Podríamos decir que es buena, pues acabo de ver la luz —declaró apoyándose en la barandilla a su lado, con la mirada fija en el horizonte—. Tengo que pedirte que me prepares una dosis de la poción de *Lethe*.

Esa era la poción del olvido.

—¿Para qué?

Lo escuchó suspirar y acto seguido se giró hacia él.

—Debo dejar ir a Rhiannon, ella...

—No es la llave.

—No, no lo es —admitió—. Y parece que soy el último en darme cuenta, ¿eh?

Dejó escapar un profundo suspiro, había llegado el momento y lo sabía.

—Que lo hayas hecho ahora solo es una confirmación de lo que tiene que ser —aceptó—. Tenías que decidir y lo has hecho.

—¿Qué has visto?

—Que ella no era para ti y tú no eras para ella, porque ambos estáis destinados a otros —admitió con un pesado suspiro—. He visto... algo, fragmentos, ya sabes lo que opino sobre...

—Enséñamelo.

Fue tajante, extendió la mano y no pudo evitar hacer una mueca.

—Odio esto.

El ícubo se echó a reír.

—No más que yo, Usher.

Tomó su mano y siseó cuando su cuerpo reaccionó al contacto del incubo, Fey era como un afrodisíaco embotellado y afectaba directamente a su parte demoníaca. Apretó los dientes y se concentró, buscó entre los recuerdos y tiró de la visión, compartiéndola con él.

Sintió el impacto del incubo, el dolor, la esperanza, la desesperación, escuchó su grito y lo escuchó jadear en el momento en que se rompió el contacto.

Su compañero había adquirido su propia forma primigenia, su piel se había oscurecido, su atractivo sexual aumentó exponencialmente, plegó las alas a la espalda, convirtiéndolas casi en una capa y lo miró con unos intensos y vibrantes ojos de color violeta.

—¿Desde cuándo?

—Fey...

—¡Desde cuando!

Su voz fue como un látigo, su cuerpo reaccionó al momento, su sexo creció, la sangre se le espesó en las venas y sintió la rabiosa excitación sexual que despertó al momento corriendo por todo su cuerpo.

—Joder, incubo, ¡basta!

Su rugido devolvió un poco el dominio perdido a su amigo, pero no lo aplacó.

—Desde cuando lo sabes, *chamán*.

Se obligó a respirar y habló entre dientes.

—Eso no es algo que necesites saber, pero sí te informo que me haré un nuevo collar con tus putas tripas... ¡cómo no te comportes!

La amenaza lo llevó a rugir a su vez, sus alas desplegándose.

—¡Debería matarte! ¡Pudiste haberlo impedido!

—¿Desde cuándo haces caso de nada de lo que yo te diga?

El gritó, un sonido que le lastimó los oídos.

—Serás hijo de puta —replicó en tono más bajo—. No vuelvas a ocultarme de nuevo algo que tenga que ver con mi vida.

—No soy tu oráculo privado —resopló empujándolo—. Tengo mis propios putos problemas.

—Odio tus malditas visiones.

—No tanto como yo, amigo mío, no tanto como yo.

El incubo bufó, volvió a plegar las alas y resopló.

—Necesito ese maldito cóctel.

—Cuando drenes ese maldito poder tuyo, cabronazo.

—Jódete.

—Lo estoy haciendo, gilipollas —bramó entrecerrando los ojos sobre él con instinto asesino—. Contrólate de una puta vez.

Sus ojos resplandecieron con malicia.

—Y una mierda que lo haré.

Ese capullo no le dio tiempo ni a recelar, saltó sobre él y le hundió la lengua en la boca. Más que un beso fue una jodida succión de poder, Fey se alimentaba de la excitación sexual que su propio poder amplificaba, era como combustible, un regulador corporal y se aprovechó de su momento de cabreo para drenarlo y alimentarse de él.

Lo empujó, rompiendo el contacto, gruñó mirándole furioso y le lanzó un latigazo con la cola que lo hizo reír a carcajadas.

—*Auch* —Se quejó riendo todavía a carcajadas, viendo como la sangre corría por su brazo.

—Tienes suerte de que me caigas bien o te haría pedazos, capullo.

El aludido se miró el brazo y volvió a mirarlo a él.

—¿Me darás ese maldito cóctel?

Lo miró y suspiró.

—Cerrarémos lo que dio comienzo, dónde dio comienzo —aceptó con renuencia—, pero vuelve a meterme la lengua en la boca y esas dos acabarán clavadas y decorando la pared de la sala principal.

El incubo se rio a carcajadas, los había que no entendían que no bromeaba, sino que hacía promesas, algunas bastante sangrientas.

CAPÍTULO 13

Gwenevere dejó escapar un profundo suspiro, cerró la puerta con un golpe de tacón y dejó las llaves sobre el mueble de la entrada. Estaba agotada, había aprovechado su día libre para dar parte de lo ocurrido a la policía, para denunciar que alguien se había estado haciendo pasar por ella y el resultado solo la frustró más de lo que ya estaba. Era desesperante ver cómo reaccionaba la gente a su historia, el tener que explicar una y otra vez que ni conocía, ni había visto jamás al hombre que reclamaba sus deudas y todo ello mientras veía en sus rostros que no creían ni una sola palabra de lo que decía. Tuvo que ser firme y dejar las cosas bien claras para obtener la promesa de que investigarían lo sucedido.

—Esto va a volverme loca —masculló y fue directa a la cocina, sacó la botella de vino blanco que todavía conservaba para los momentos de crisis y se sirvió una copa.

Los armarios estaban prácticamente vacíos, su nevera parecía a punto de echarse a llorar por la falta de alimentos, pero con la amenaza de desahucio que pendía sobre su cabeza, no le había quedado más remedio que embalarlo todo y prepararse para lo peor.

Se sirvió una copa, le dio un sorbo al frío líquido y suspiró.

—Necesito un milagro, un jodido milagro.

Se bebió el resto de la copa de golpe y, con ella en una mano y la botella en la otra, se dirigió al salón. No dudó en dejarse caer del sofá, sirviéndose una nueva ronda antes de dejar el vino sobre la mesa auxiliar y resbalar la mirada sobre el sobre negro en el cual resaltaba su nombre.

—Dios, había olvidado esa cosa —resopló al tiempo que cogía el sobre y se las ingeniaba para extraer la tarjeta de su interior—. Sí, justo lo que me hacía falta, irme al casino y perder lo poco que me queda.

Estaba entre la espada y la pared, en dos días tendría que enfrentarse con los del banco y estaba convencida de que la resolución no sería a su favor. No le quedaría otra que mudarse, pero los alquileres que había estado

viendo hasta el momento eran una locura y no podía afrontarlos. La idea de instalarse bajo un puente empezaba a resaltar con lucecitas de neón, el problema era que hacía un pelín de frío en esa época del año como para no tener siquiera un brasero pegado al culo.

—Muuuuueeeerrrrtaaaaaa —arrastró la palabra al máximo con gesto dramático—. Estoy muerta, desahuciada, finita, *caput*.

Tendría que recurrir a sus exiguos ahorros, los que había guardado en una cajita como hacían los abuelos, no le quedaba otro remedio, al menos hasta que pudiese encontrar algo asequible y mudarse. Y mientras tanto, pelearía con uñas y dientes por dar con esa maldita hija de puta y hacerla pagar hasta el último centavo que le había defraudado.

Por más vueltas que le daba era incapaz de comprender cómo Maise había podido hacerle algo así, ya no se trataba de que se hubiese acostado con el imbécil de su prometido, sino que se hubiese aliado con este para quitarle el dinero, cuando nunca le había caído especialmente bien. Había muchas cosas que no encajaban en todo aquello, pero era difícil encontrar una explicación plausible cuando las pruebas eran tan flagrantes que apestaban.

Sí, sin duda aquel era el típico escenario de una de esas películas de los domingos, dónde la protagonista además de ciega era estúpida y no se enteraba de que se la estaban dando con queso.

—Vivan los finales felices —dramatizó y se llevó de nuevo la copa a los labios, sorbiendo el delicioso vino.

Qué ironía el estar disfrutando de ese caro vino en un momento como ese, una botella que le había regalado su prometido el día en el que se comprometieron y que iban a abrir en su noche de bodas.

—Ojalá y se te caiga a trozos, capullo —declaró haciendo un simbólico brindis antes de beberse de golpe todo el contenido y servirse de nuevo—. Sin duda sería una venganza estupenda, ya puedo imaginarme la cara que se le quedaría a Maise cuando viese la mini polla de ese cabrón rodando por el suelo.

Se echó a reír ante la sola imagen, sacudió la cabeza y volvió a tomar un sorbo de vino. No necesitaba mucho para achisparse y, cuando terminase con la botella, estaba segura de que estaría tan alegre y borracha que le daría todo igual.

—Por los ex prometidos cabrones y las ex mejores amigas que te despluman y te clavan un puñal por la espalda —levantó una vez más la copa hacia el techo y asintió con la cabeza—. ¡Salud, perras!

Sí, podía pasarse el resto de la noche brindando, pensó con palpable ironía, tenía motivos más que suficientes para dedicar brindis igual de pintorescos a todos y cada una de las personas que habían pasado o estaban todavía en su vida.

—Por mi madre y sus enormes ovarios para casarse de nuevo —declaró antes de vaciar la copa—. Y por su futuro esposo, el cabrón de mi exjefe. Si es que... dios los cría y la muy perra monta la reunión.

Puso los ojos en blanco y se inclinó una vez más sobre la mesa para coger la botella, sus dedos apenas se cerraron alrededor del cuerpo cuando escuchó el agudo tintineo de su móvil anunciando una llamada entrante.

—Claro, únete a la fiesta —chasqueó la lengua, dejó la copa sobre la mesa y cogió el teléfono. Al ver el nombre en el identificador hizo una mueca—. Si no te estás muriendo, desangrado y con las tripas colgando por fuera, no me interesa...

—Joder, Gwene, que macabra resultas a veces.

Puso los ojos en blanco al escuchar rezongar a su hermano.

—¿Qué quieres, *perra*?

A juzgar por el jadeo que escuchó del otro lado de la línea, no era un saludo que su hermano se esperase.

—Cuidadito con ese tono, señorita —la amonestó como una verdadera *Drama Queen*—. Viniendo de ti, no suena precisamente «chic».

—Bien, porque no quería que lo hiciese—admitió encogiéndose de hombros a pesar de que él no podía verla—. ¿Qué quieres?

—Comprobar que sigues viva, no hemos tenido noticias tuyas en toda la semana y Cassie estaba preocupada.

—Pues *Cassie* tiene mi teléfono, al igual que tú y podía haber llamado sin que eso afectase a su recién terminada manicura.

—Hoy estás en modo bruja, hermanita —chasqueó con gesto afectado.

—Nah, es mi modo habitual, solo que aderezado con un carísimo vino blanco —declaró mirando la botella—. Podrán quedarse con mi casa, pero no con el vino.

—¿Estás bebiendo y sola? —Lo dicho, su hermano no solo era gay, era una *Drama Queen*—. ¡Pero si tú eres abstemia por convencimiento!

—En algún momento tenía que romper las reglas y mira, este es un momento de puta madre para hacerlo.

—Estás achispada.

—A juzgar por el vino que falta en la botella, me atrevo a decir que ya estoy un poquito más cerca de una verdadera cogerza que del achispamiento —aseguró con asombrada convicción—. Y es que el vino baja de puta madre.

—Dime que al menos estás acompañándolo con algo de comer.

—No, se me acabó el chocolate y la nevera está tan vacía que se ha echado a llorar cómo si no hubiese un mañana.

—¡Gwenevere!

—¿Quéeee? —replicó en el mismo tono—. Es mi vino y bebo si quiero. Ey, ¿eso no era la letra de una canción?

—Solo en tu cabeza, reina, solo en tu cabeza.

—Bueno, no es como si tuviese que ir a trabajar mañana, así que... —Se encogió una vez más de hombros—. Y en caso de ir, estoy segura de que el señor Kerrigan tendría preparado un café bien cargado sobre la barra antes incluso de que atravesase la puerta. No sé cómo demonios lo hace, pero se adelanta siempre a todo...

—¿El señor Kerrigan?

—El buenorro de mi jefe —asintió con absoluta convicción, aferró el teléfono entre la oreja y el hombro y se sirvió una nueva copa de vino—. Ese hombre no es real, te lo digo yo, nadie puede estar tan bueno y al mismo tiempo no ser un completo gilipollas.

—Me alegra ver que conservas el trabajo —replicó irónico—. Con el carrerón que llevas, empezaba a dudarlo.

—Pero mira que eres perra, por supuesto que conservo el trabajo, no hay nadie que haga unas tartas tan exquisitas y buenas como las mías —aseguró convencidísima de ello—. A los hombres se les conquista por el estómago, mira que te lo tengo dicho...

—Cariño, lo de estar terminando la botella era verdad, ¿no?

—Um... voy por la cuarta o quinta copa... no sé, pero la botella ya está a punto de empezar a bajar de la mitad —entrecerró los ojos para mirar bien—. No, tiene incluso menos de la mitad. Joder, es que tengo sed y a falta de un buen polvo, este es el mejor de los sustitutos.

Se lamió los labios y miró de nuevo la invitación que había dejado a un lado del sofá.

—No sé si tengo algo blanco y de fiesta.

—¿Qué has dicho?

—Nunca he jugado a la ruleta, podría ser interesante.

—¿Gwenevere?

—A la mierda —chasqueó, se bebió todo el vino de su copa de golpe y la dejó sobre la mesa antes de recuperar la tarjeta—. Me voy al casino.

Se levantó de golpe y sonrió cuando el cuarto pareció moverse bajo sus pies durante un brevísimo instante.

—Tengo que dejarte, cariñito, voy a ponerme mona para irme al casino.

—¿Casino? ¿Qué casino? —Su nivel de aturdimiento era palpable en sus palabras—. Pero si tú no sabes ni jugar al Parchís.

—Pero la Oca se me da de puta madre —dicho eso le lanzó un sonoro beso—. Llámame la semana que viene para ver si todavía sigo viva, si no respondo, es que me ha tocado la lotería o he arrasado en el bingo y me he ido de vacaciones.

Dicho eso, cortó la llamada y lanzó el teléfono por encima del hombro.

—Es hora de ser mala —musitó como si estuviese contándole un secreto a alguien, entonces se echó a reír—. Veamos que puedo encontrar de color blanco en mi armario.

CAPÍTULO 14

Usher solo sabía de una mujer que se atrevería a combinar un vestido *flapper* con deportivas y esa era Gwenevere Loft. Tenía que admitir que había cumplido de una forma extraña y personal el apartado de «*blanco y de gala*» que especificaba la invitación al *Soul Circus Casino*, pero si se encontraba ya en el interior del edificio, de espaldas a él, tal y cómo la había visto en aquella visión, era porque ese era su lugar.

Su usual actitud reservada y comedida parecía haber desaparecido por completo bajo los efectos del alcohol. El sonrojo en sus mejillas, la vivacidad de sus ojos y esa característica incapacidad para caminar derecha eran un mensaje claro para cualquiera que tuviese ojos en la cara; se había emborrachado.

Entrecerró los ojos y la observó desde la distancia, ella era su deudora, en el mismo instante en que se sentase ante la mesa de juego, el destino se pondría en movimiento dejándola a su merced.

—Bueno, no cabe duda de que algunas mujeres saben cómo marcar tendencia.

Aric se detuvo a su lado. Esta noche él era el encargado de la vigilancia del casino, lo que hacía que llevase una camisa roja bajo el chaleco negro, mientras que él y los demás *croupier* iban de negro de la cabeza a los pies, teniendo el único toque claro en la pajarita y el prístino chaleco de color blanco y la pajarita. Un guiño a lo que eran, demonios tentando a los deudores que antes o después terminarían sentándose ante sus mesas a jugarse el destino.

No necesitaba preguntar a qué se refería pues ambos estaban mirando a la misma mujer, quien acababa de darse la vuelta y recogía una copa de la bandeja de uno de los camareros con una pícara sonrisa.

—¿Qué demonios le has dado? —le preguntó mirándole de soslayo—. ¿Tu cóctel vuelve a hacer de las tuyas al igual que pasó con Helena?

Negó de manera imperceptible.

—Su embriaguez no es cosa mía... —chasqueó, dejó escapar un resoplido y la señaló con un gesto de la barbilla—. Alguien parece haber necesitado de un poco de estímulo para tomar una decisión.

—No sé cómo demonios ha podido pasar de la entrada con esas zapatillas deportivas, sin duda son una joya en sí misma, pero no precisamente del buen gusto —añadió con un chasquido—. Le conseguiré unos zapatos que hagan justicia a ese vestidito...

—¿No tienes suficiente con supervisar esta noche la sala que tienes que buscar nuevos desafíos? ¿No te llega con Helena?

El *sanguinar* puso los ojos en blanco al escuchar ese nombre.

—Tengo las manos llenas con *mi* mujer —admitió, entonces dejó escapar un pequeño silbido al tiempo que indicaba con un gesto de la barbilla—. Parece que tu deudora ha llamado la atención del jefe.

Siguió su mirada y vio a Banca interceptándola e intercambiando unas palabras con ella. El propietario del casino muy pocas veces interactuaba con los deudores si no era estrictamente necesario, así que el que se hubiese detenido frente a ella debía obedecer a algo importante.

—La chica no tiene la menor idea de por qué está aquí, ¿no? —la pregunta de Aric hizo que se volviese de nuevo hacia su amigo.

—No.

No tenía la menor idea de que su presencia en el casino y la visita del mensajero de Faber & Castell estaban relacionadas, ni que la persona que reclamaba las deudas, Kaliel Rush, era en realidad uno de los Lores de la *Corte Flameris*, quién se pasaba de vez en cuando por el *Circus* y que, con toda probabilidad, había orquestado el que Gwenevere fuese la destinataria de sus deudas.

Había muchas incógnitas alrededor de esa pequeña humana, muchos misterios de los que probablemente ni siquiera ella fuese consciente.

—Y la deuda tampoco es suya.

Volvió a negar con la cabeza y añadió lo que ambos ya sabían.

—Pero está a su nombre y eso, en el *Circus*, es cómo grabar a fuego tu nombre en la piedra del destino.

Su compañero no refutó sus palabras, ambos sabían que así era cómo funcionaban las cosas en aquel lugar.

—Será mejor que conjures la mejor de tus pociones, amigo mío, porque esa pequeña deudora tuya, la necesitará —le aseguró mirando de nuevo en

dirección a lo que ya parecía una acalorada discusión—. Envíame el brebaje con una de las sombras del casino. Si Banca no se la come con patatas, te la enviaré a la mesa de naipes.

Aric le dio una suave palmada y se perdió entre el cada vez más animado ambiente del casino, sin duda listo para rescatar a la mujer que acababa de llevarse las manos a la cintura y parecía dispuesta a amenazar a su jefe.

—Señorita Loft, es un placer tenerla en el *Circus*.

Gwenevere se giró al escuchar su nombre, frente a ella estaba el hombre más impresionante que había visto vestido todo de blanco y con unos profundos ojos azules, parecía un Adonis, pero había algo turbio mezclado con toda esa luminosidad.

—Gracias por aceptar mi invitación.

—¿Su invitación? —preguntó y parpadeó—. Oh, entonces la envió usted.

—Así es, supuse que querría tratar personalmente el tema de la deuda...

Frunció el ceño.

—¿Qué deuda?

—La que ha contraído con el casino.

Parpadeó como un búho, entonces se echó a reír.

—Claro, faltaría más, ahora también tengo deudas de juego, aunque es la primera vez que pongo los pies en este lugar —chasqueó y se llevó las manos a las caderas—. Mire, señor... er...

—Por aquí me llaman Banca.

—¿En serio? —No pudo evitar replicar, entonces añadió—. Bueno, señor Banca, no sé a qué deuda hace alusión, pero puedo asegurarle que no tengo ninguna deuda de juego en este o en cualquier otro casino del mundo. Jamás he entrado a uno, esta es mi primera vez.

—Sí, sé que es la primera vez que entra en nuestras instalaciones, pero también sé que hay una deuda del *Soul Circus Casino* a su nombre. —Dicho eso sacó algo del interior de su chaqueta y se la entregó—. Le debe a nuestro casino esta cantidad y espero que pueda abonarlo... De lo contrario, bueno, tendremos que... buscar una solución alternativa.

Lo dijo con tal ligereza y buen humor que llegó a pensar que le estaba tomando el pelo.

Miró el papel y luego a él.

—Cójalo, necesita verlo por usted misma.

Obedeció sin saber por qué lo hacía, cogió el papel, lo abrió y se quedó sin aire.

—¿Está de coña? —jadeó al ver el importe—. Ni mi casa vale tanto.

Negó con la cabeza e intentó devolverle el sobre.

—Ya he denunciado esta usurpación de identidad y falsificación de documentos ante la policía, alguien se ha estado haciendo pasar por mí...

—Estoy al tanto de sus... circunstancias, Gwenevere, pero la deuda contraída con mi casino está a su nombre...

—Y yo le repito que jamás he jugado aquí, es imposible que me haya visto antes de esta noche, revise las cámaras de seguridad y lo verá.

Sonrió con afectación y chasqueó la lengua.

—Permítame explicarle el mecanismo de... recaudación que tiene el *Circus* para este tipo de situaciones.

—No se ofenda, pero, debería buscar a la persona que le ha hecho tal desfalco y explicárselas a ella.

Él la ignoró.

—Puede abonar hoy mismo el importe, borraremos su deuda y retiraremos la orden de cobro de la agencia, puede negarse a pagar, por supuesto, en cuyo caso derivaremos el asunto a los tribunales...

—¿Me está amenazando?

—O puede jugarse su deuda a una sola mano y, si resulta ganadora, le será condonada por completo sin mayores perjuicios para usted o su paso por el casino —añadió con un tono de voz que le provocó un escalofrío. Sus ojos se habían clavado en ella y, por extraño que resultara, era incapaz de apartar la mirada—. Si pierde... bueno, tendrá una nueva oportunidad de saldar las cuentas aceptando una servidumbre de siete días en el *Soul Circus Casino* u optar por dejar todo en manos de los tribunales...

—Espere, espere, espere... Me acababa de decir que tengo una deuda millonaria con ustedes, cosa que no es cierto y me invita a jugarme esa deuda en sus mesas de juego, ¿está loco o es que le gusta que sus clientes pierdan hasta la camisa? Es lo más absurdo que he escuchado en mi vida y dudo mucho que sea legal.

Se rio y el sonido de su risa le produjo un escalofrío.

—Todo lo que ocurre dentro de estas cuatro paredes, se queda entre estas cuatro paredes, señorita Loft, cada persona que entra por esa puerta lo hace por propia voluntad, no se les coacciona, cómo tampoco se les empuja a jugar —aseguró y señaló a su alrededor con un gesto de la cabeza—. Usted es la que tiene la potestad de decidir si quiere jugar o no, usted y solo usted es responsable de cada una de sus decisiones. —Dicho eso, señaló un punto de la sala y le dijo—. Si desea dejar atrás todas y cada una de sus deudas diríjase a la mesa de naipes y entregue la invitación que ha mostrado en la entrada, el croupier sabrá quién es y lo que debe hacer.

Con eso, le dedicó un gesto a modo de despedida y se perdió entre las mesas, saludando y recibiendo a su vez saludos de las personas que se encontraban en la sala.

Nada de aquello tenía sentido, lo más inteligente sería dar media vuelta y largarse por dónde había venido.

CAPÍTULO 15

Gwenevere se encontró con una copa en la mano y una montaña de hombre cerrándole el paso, todo ello al mismo tiempo. Unos intensos ojos verdes la

recorrieron sin pudor, un escrutinio que le arrancó un escalofrío, pues había algo en su forma de mirarla que la ponía nerviosa.

Dio un paso atrás, buscando poner algo de distancia entre ellos y se fijó en la placa identificativa que llevaba enganchada en el chaleco negro que parecía destacar sobre una camisa rojo sangre.

—Aric.

—Así me llamo —asintió el hombre con un tono de voz que le licuó la sangre al momento—. Y a juzgar por el código de vestimenta, debes haber recibido una de nuestras invitaciones... especiales.

Parpadeó un par de veces y finalmente bajó la mirada a la copa que le había puesto en las manos. El color borgoña se entremezclaba con delgadas líneas rosas mucho más claras, el borde del cristal parecía haber sido teñido con el mismo color y emanaba un aroma silvestre a la par que fuerte que resultaba de lo más invitante.

—Es un cóctel de bienvenida —le informó, como si hubiese podido leer la pregunta en su mente y levantó su propia copa, una en la que todavía bailaba un espeso vino tinto, en un mudo brindis—. Me pareció que le haría falta, sobre todo después de haberla visto con el jefe.

—¿El tipo vestido de niño de comunión?

Los labios masculinos se separaron mostrando una divertida e irónica sonrisa.

—Sí, el mismo, pero procure no decírselo a él a la cara.

—No tengo la menor intención de hacerlo —admitió y, cautivada por el rico aroma de la bebida, se la llevó a los labios. En cuanto tomó el primer sorbo y el líquido le acarició la lengua, reconoció alguno de los sabores del cóctel. El alcohol estaba presente en forma de ron, el fuerte sabor afrutado le daba un nuevo matiz bastante interesante y el ardor que se instaló en su garganta al tragar la estremeció de la cabeza a los pies.

—De hecho, estaba a punto de marcharme —admitió al tiempo que tomaba un segundo sorbo, deseando volver a notar ese ardor que parecía aclararle un poco la mente.

—¿Sin haber jugado siquiera?

—No soy una buena jugadora, pierdo incluso al parchís.

Se rio y fue un sonido agradable.

—Eso es porque no has encontrado el juego o maestro adecuado en el que destacar —replicó, le tendió el brazo y esperó a que lo tomase—. ¿Me

deja sugerirle una mesa?

—No tengo un solo centavo para apostar.

Él bajó la mirada a sus pies y esbozó algo parecido a una mueca.

—Con sus zapatillas deportivas será suficiente —declaró convencido—. Si la pierde, le conseguiremos unos zapatos adecuados para ese bonito vestido.

—¿Qué tienen de malo mis zapatillas? Son muy cómodas.

—Estoy convencido de ello —aseguró con tal ironía que no pudo evitar sonreír en respuesta—. ¿Acepta mi desafío?

—Ah, ¿es un desafío?

—Por supuesto, a una mujer como usted hay que desafiarla para poder ganarle.

—Vaya estupidez —no pudo evitar replicar y él soltó una carcajada al escucharla—. Podría ganarme en cualquier mesa de juego porque no tengo la menor idea de cuáles son las reglas.

—Jugaremos a algo muy sencillo, con los naipes, sus zapatillas contra la casa —la instigó—. Y si gana... no solo se queda con las zapatillas, sino que gana unos zapatos nuevos... y se le condonará la deuda.

Sus últimas palabras fueron las que hicieron que levantase la cabeza y lo mirase ahora directamente.

—¿Acepta? —Su voz fue como una caricia, un susurro que le provocó un escalofrío de placer.

—No —replicó y se tomó el resto del cóctel de golpe. El ardor le descendió por la garganta haciéndola jadear, pero no le importo. Le tendió la copa vacía y añadió—. Gracias por la bebida, estaba deliciosa, pero no voy a jugar por una deuda que ni siquiera es mía, así que, con su permiso o sin él, me largo.

—No la tenía por una cobarde.

—Llámeme gallina si quiere y écheme miguitas de pan que yo me largo. Se echó a reír.

—Si se marcha va a defraudar al *croupier*, arde en deseos de ganarle.

—Y lo haría, no me cabe la menor duda, así que dígame que no pierda el tiempo y ahórreme a mí la derrota.

—¿Siempre es tan pesimista?

—Soy realista, no puedo permitirme ser nada menos. —Se encogió de hombros—. Ni siquiera sé si podré conservar mi casa a partir de este lunes,

ya no digamos encontrar a esa perra que me ha jodido la vida, así que, ¿pelearme con un desconocido ante una mesa de juego por una deuda que no contraí? Gracias, pero tengo mejores cosas en las que invertir mi tiempo.

—Entonces, ¿pagará antes de salir?

—No.

Sonrió de soslayo y la rodeó con el brazo, cogiéndola de la mano y tirando de ella al mismo tiempo.

—Entonces es por aquí, Gwenevere, cuanto antes nos deshagamos de esas deportivas, mejor.

—¿Qué le pasa con mis zapatillas? ¿Y cómo diablos sabe mi nombre?

—Las zapatillas son un auténtico atentado a la vista, en cuanto a tu nombre... Alguien me lo dijo.

—¿Quién?

—La misma persona que te espera en la mesa de juego —respondió empezando a tutearla sin más.

—Eso no es una respuesta.

—Sí, la es.

—Pero no la que yo quiero oír.

—Dudo que haya alguna respuesta a la que quieras prestar oídos ahora mismo —aseguró con una divertida sonrisa mientras seguía conduciéndola hacia el otro lado de la sala—. Algo me dice que eres de esas mujeres tozudas, con ese puntito de «no me da la gana» y que se subleva cuando las cosas no le salen como quieren.

—¿Y ahora me psicoanaliza?

—El infierno me lo prohíba —replicó con tal sarcasmo en la voz que casi le pareció escucharlo reír—. Desde luego, el cóctel te afecta igual o peor de lo que le afectó a mi Helena.

—¿El coctel? ¿Por qué? —Se detuvo en seco y lo miró acusadora—. ¡Me has drogado!

—Claro que no, aquí no drogamos a nadie, solo hacemos que sea más llevadero el trance para los deudores.

—Yo no soy una deudora —replicó y entrecerró los ojos—. ¿Y de qué trance estás hablando?

—No haces más que preguntar.

—Y tú no me prestas la más mínima atención.

Finalmente rompió a reír y su risa resultó de lo más erótica.

—Agradece que no lo haga, querida, agradécelo —declaró entre risas—. Ahora, deja que te lleve con tu recaudador.

—¿Mi qué?

—Olvida las preguntas y pasemos a las respuestas —la ignoró él, clavando esos intensos ojos en ella—. Última oportunidad, ¿aceptas el reto?

—Oh, por amor de dios, si eso hace que dejes de romperme la cabeza lo haré, aceptaré ese maldito reto y me sentaré a la maldita mesa —resopló, entonces sonrió abiertamente y añadió con gesto travieso—. Pero no esperes que juegue.

Puso los ojos en blanco y volvió a empujarla.

—Menos mal que no eres mi deudora, juro que no íbamos a terminar siquiera la partida.

—Dado que no te debo absolutamente nada...

—No se trata de mí, sino de ti y del *Circus*, así que... adelante, Gwenevere Loft.

Aflojó su agarre permitiéndole caminar por sí misma, sin necesidad de ser arrastrada hacia el otro lado de la sala. Se alisó el vestido, le dedicó una de sus miradas más aviesas y avanzó en su compañía hacia una mesa en la que estaban sentados tres jugadores frente a un *croupier*.

—Abre la casa... —escuchó la voz masculina procedente del otro lado de la mesa—. La banca arranca con una puntuación de doce... hagan sus apuestas.

La ronca y profunda voz le provocó un escalofrío, la reconocía, sabía que la había escuchado con anterioridad. Dejó atrás a su acompañante y se adelantó hasta tener una perspectiva clara del *croupier* que vigilaba la jugada y entregaba cartas a quienes lo pedían.

—La madre que lo parió... —masculló en voz baja, entre sorprendida y divertida.

Por supuesto que había reconocido su voz, ¿cómo no hacerlo? El hombre vestido de negro y con chaleco blanco con una placa similar a la que llevaba Aric que repartía las cartas era nada más y nada menos que su jefe.

CAPÍTULO 16

Gwenevere sentía unas inexplicables ganas de parlotear, la cabeza le daba vueltas, le costaba asimilar cada una de las decisiones que tomaba, era como si sus filtros hubiesen desaparecido al igual que su cautela y eso hacía que se dejase llevar por cada uno de sus impulsos.

Encontrarse a su jefe en el casino, no jugando, sino del otro lado de la mesa de juego, había sido tan sorprendente como inesperado. Se había limitado a mirarle en silencio, descubriendo a un hombre mucho más serio y frío del que conoció del otro lado de la barra del bar. Sus ojos se cruzaron con los de ella en un momento determinado y no pudo evitar estremecerse por la frialdad que vio en ellos. Era como si no la reconociese, como si no fuese la misma persona.

—¿Cuál es el nombre del *croupier*?

—Ya lo sabes.

Se giró y lo miró.

—Deja que termine esta mano y se vacíe la mesa —le pidió Aric—, entonces verás a quién buscas.

—Yo no busco a nadie.

—No, curiosamente no lo buscas, pero encontrarás lo que necesitas, así es cómo funciona esto.

—¿Te das cuenta de que soy incapaz de comprender nueve de cada diez palabras que pronuncias?

Ladeó la cabeza y sonrió abiertamente.

—Para ser una mocosa humana, eres muy interesante, Gwenevere, pero que muy interesante.

Ignoró su comentario como si no le interesase lo más mínimo y volvió a fijarse en la mesa dónde Usher Kerrigan repartía las cartas como un verdadero tahúr.

Había algo hipnótico en la forma en que movía las manos, en la seriedad de su rostro. Fue ganando a los clientes uno tras otro, hasta que el último obtuvo el resultado deseado.

—Buen juego, caballero, ha ganado a la casa.

—Hoy es mi noche de suerte —admitió el hombre, recogió las fichas y procedió a levantarse—, pero es de sabios retirarse a tiempo y no tentar al destino. Me dirigiré a la banca para cobrar el premio y me iré a casa. Con lo que acabo de ganar podré hacerle un bonito regalo a mi esposa.

—Que disfrute del fin de semana, señor Jackson.

—Gracias, Usher, lo mismo te deseo.

No es que tuviese dudas al respecto de la identidad del *croupier*, pero escuchar su nombre de boca del hombre lo hizo todo incluso más real. Lo vio recoger las cartas, las devolvió al dispensador y preparó la mesa para una nueva partida, pues el resto de los jugadores también decidió seguir el ejemplo del tal señor Jackson. Solo cuando terminó y levantó la cabeza, sus ojos se encontraron de nuevo y esa frialdad desapareció.

—Hola Gwenevere, bienvenida al *Soul Circus Casino*.

Dejó escapar un profundo suspiro y respondió.

—Algo me dice que esta noche no vas a servirme un café.

—Sería un poco complicado, pero puedo ofrecerte otra cosa —admitió sonriendo con ligereza, lo que hacía que el hombre que conocía volviese a estar allí frente a ella—. Una copa de champán, un cóctel...

—Creo que entre la botella de vino que he vaciado en casa y el brebaje abrasador que me ha dado Aric y que parece que contenía algo... raro... estoy más que servida.

—Aunque no te lo creas, yo no le puse nada a ese cóctel.

—Gracias, Aric —los interrumpió su jefe, atrayendo la atención de ambos hacia él—. Ya me hago cargo de ella...

—Toda tuya, *hermano*, que disfrutéis de la velada.

Para su sorpresa, el hombre se inclinó sobre ella y la besó en la mejilla al tiempo que le susurraba.

—Acepta su oferta, Gwenevere, no se te presentará otra igual en toda la vida.

Dicho eso, dio un paso atrás y se perdió entre las distintas mesas de juego y la gente que paseaba de un lado a otro con una copa en las manos.

—Dime que no es tu hermano.

—No tenemos ningún parentesco sanguíneo, pero pertenecemos a la misma hermandad.

Sacudió la cabeza y se pasó la mano por el pelo.

—No entiendo nada.

—Lo sé y pasará algún tiempo hasta que lo comprendas —admitió deslizando la mirada sobre ella—. Interesante calzado.

Suspiró y ladeó uno de los pies para mostrar las zapatillas deportivas.

—No soy una mujer de tacones, tiendo a caerme con ellos, así que... mejor zapatillas.

—Sabes que existe el calzado plano para mujer, ¿verdad? —Se burló.

—Si vas a meterte con mis zapatillas, te mando al mismo sitio al que lo mandé a él.

—No has llegado hasta aquí para hablar de tu calzado, sino de la deuda que al parecer has contraído con el casino.

—Y dale... Que yo no tengo ninguna deuda con este lugar, es la primera vez que estoy aquí.

—Te diré algo, Gwenevere, a este lugar solo se llega con una invitación —le aseguró—. Si estás aquí, es porque tienes una cuenta pendiente con el *Soul Circus*.

—Cualquier posible cuenta pendiente que tenga en este lugar, no la he adquirido yo.

—Pero está a tu nombre...

—Últimamente parece que todo está a mi nombre —resopló, miró la silla e hizo una mueca—. ¿Te importa si me siento?

—Por favor... —la invitó a ello.

—Que conste que solo quiero descansar, no voy a jugar.

—No puedo obligarte, esa es tu decisión.

—Al fin alguien que dice algo coherente —suspiró y acarició distraída el tapete de la mesa—. Es curioso... no esperaba verte detrás de una mesa de juego.

—Las cosas no siempre son como esperamos que sean. —Se encogió de hombros—. Prueba de ello es que tú estás sentada del otro lado de mi mesa.

—Esta es la segunda vez que nos encontramos con algo de por medio —admitió acariciando el tapete de juego—. ¿A qué corresponde esta mesa?

—Al *Blackjack*, ¿has jugado alguna vez?

—No se me dan bien los juegos de cartas, pierdo incluso al *bridge* — admitió con una mueca—. Mi tía está convencida de que perdería incluso jugando al *parchís*.

—¿Quieres intentarlo? —sugirió deslizando las manos sobre el soporte en el que se había apoyado—. Te lo pondré muy fácil, el primero que se acerque más a 21 puntos, sin pasarse, gana.

—¿Por qué tanta insistencia en que juegue?

—Estás en un casino —señaló lo obvio—. Y tienes una deuda con la banca que podría esfumarse como por arte de magia si me ganas.

—Ya —resopló—. Y si pierdo, no solo seguiré con una deuda que no es mía, sino que además, me harás perder lo que apueste, ¿no? Pues siento decirte, jefe, que cómo todavía no me has pagado, no tengo nada con lo que apostar.

—Tus zapatillas —señaló con un gesto de la barbilla—. Y no te las exigiré ahora...

—Das por hecho que voy a perder.

—Nunca juegues a las cartas con un demonio, Gwenevere, nunca sabes qué es lo que puedes llegar a perder.

Sonrió con total ironía.

—Claro, con un demonio, perdona que te lo diga, jefe, pero tienes tanto aspecto de demonio como yo de ángel.

Ahora fue su turno de reír.

—Como dije, nada es lo que parece —acarició el tapete—. ¿Jugamos?

—Quieres que apueste mis zapatillas, pero, ¿contra qué?

—Contra mí —replicó mirándola a los ojos—. Si ganas, conservas las zapatillas y la deuda que tienes con el casino desaparece...

—No es mi deuda...

—Y si pierdes, servirás al Circus durante siete días, tras los cuales, tu deuda quedará anulada.

Enarcó una ceja ante sus palabras.

—Gane o pierda, ¿la deuda se condona? —chasqueó la lengua, se cruzó de brazos y se inclinó hacia delante—. Puedo no saber jugar a las cartas, pero no soy tan tonta cómo para no oler una trampa cuando es tan evidente.

—No hay trampa, Gwenevere, si me ganas, podrás levantarte de esa silla y marcharte, no tendrás que volver a preocuparte nunca más por las deudas que hay a tu nombre —aseguró con tal sinceridad que le provocó un

escalofrío—. Si pierdes, tendrás una segunda oportunidad... Podrás abonar la deuda íntegra antes de salir o aceptar el servicio y olvidarte de todos tus problemas durante los próximos siete días.

—¿Y qué va implícito en ese servicio?

—Eso solo lo averiguarás si aceptas el trato —replicó con gesto misterioso—. Puedo asegurarte de que no se trata de nada ilegal y que todo, absolutamente todo, está sujeto a tus propias decisiones.

—¿Y si me niego a hacer algo durante el servicio?

—Puedes intentarlo —admitió con un ligero encogimiento de hombros—, y ya veremos si te dejo o no salirte con la tuya.

—Quieres decir que si pierdo y acepto trabajar para el *Circus* durante siete días, ¿estaré a tu cargo?

—Sí. Si pierdes y aceptas el servicio, estarás a mi cargo.

—¿Y por qué no lo has dicho antes? —admitió dejando escapar un suspiro de alivio—. Joder, jefe, no es cómo si no hubiese estado trabajando ya para ti, ¿no?

—Sí, trabajas para mí, Gwenevere —corroboró con sencillez, entonces añadió—. La pregunta ahora es, ¿jugarás?

Miró la mesa con detenimiento y asintió.

—Sí, lo haré —admitió y al decirlo, sintió como si algo la atase al asiento, como si de repente se sintiese más pesada y unida a ese lugar y al hombre que estaba ante ella—. Pero vas a tener que explicarme de nuevo las reglas.

—Que así sea, mi deudora.

Volvió a mirarle a los ojos al escuchar el término e hizo una mueca, Usher Kerrigan estaba seguro de que iba a ganar y esa seguridad no sabía si la excitaba o la ponía todavía más nerviosa.

Solo esperaba no equivocarse con su decisión, no podía afrontar más deudas, era imposible que pudiese sobrevivir a ello.

CAPÍTULO 17

Usher sintió la pesadez de las cadenas sobre él en el momento en que Gwenevere aceptó el desafío, a partir de ese momento el destino los mantendría unidos a través de un camino que todavía no podía vislumbrar.

Sentada al otro lado de la mesa mantenía una expresión de absoluta concentración. Tenía la mirada fija en los dos naipes boca arriba sobre la mesa, la había visto contar los palos de uno de ellos y preguntarle una vez más el valor que tenía la carta del *Joker* en el juego. Sabía que pedir una carta más podría tanto acercarla cómo hacer que sobrepasara los veintiún puntos requeridos, por otro lado, el que él hubiese decidido conservar la segunda carta boca abajo, impidiéndole ver el número, hacía todo mucho más complicado de adivinar.

—¿Quieres otra carta o te plantas? —preguntó rompiendo su concentración tras varios minutos de silencio.

Levantó la cara, sus mejillas se habían coloreado debido al calor de la sala y al de todo el alcohol que llevaba ya encima, el cóctel que le entregó a Aric para ella había derribado todas y cada una de sus defensas, la había dejado receptiva a todo aquello que se presentase bajo sus ojos, lo cual era más que necesario dada la naturaleza del Casino.

Echó un fugaz vistazo al reloj de la pared, la medianoche se acercaba peligrosamente y con ella llegaría el cambio de escenario del *Circus*, uno en el que el mundo sobrenatural camparía a sus anchas frente al humano.

—¿Debería de coger otra?

Su vacilación lo llevó a mirarla de nuevo.

—Tienes quince puntos ahora mismo —señaló sus cartas—, cualquier nueva carta por encima de los seis puntos, te hará perder...

—Pero si saco un seis... ¿gano?

—Solo si la banca —señaló el naipe que todavía no estaba girado—, no hace los veintiún puntos con solo dos cartas.

—Así que tengo todas las papeletas para perder, ¡qué novedad!

No dijo nada, no podía, sabía perfectamente cuál era la carta que se escondía boca abajo, pero ignoraba cual sería la que le tocaría a ella, en caso de pedir una tercera. Con todo, las probabilidades estaban más de su lado que del de la mujer.

—Te has arriesgado a jugar, *Gwen*, ya has dado el primer paso para ganar.

Levantó una vez más la cabeza y lo miró.

—Vaya, es la primera vez que me llamas *Gwen*, siempre escucho mi nombre entero y de carrerilla saliendo de tu boca.

Enarcó una ceja ante tal inesperada apreciación.

—¿Te molesta?

—No, para nada, la forma en que lo pronuncias es... No sé cómo explicarlo, es solo que le das otra entonación, cómo si te estuvieses refiriendo a otra persona a pesar de que esa persona soy yo.

—Siempre te he estado hablando a ti.

—Por eso me gusta escuchar *Gwenevere* de tu boca —aceptó fijándose precisamente en ella. Se lamió los labios y bajó los ojos una vez más hacia las cartas—. Haces que me sienta digna de ese nombre.

No respondió, no podía, debía ser tan neutral cómo pudiera en ese momento del juego.

—Dime entonces, *Gwenevere*, ¿te plantas o sigues?

—Me planto —respondió al momento—. Si pido otra carta sé que me pasará y perderé en el momento, al menos así... todavía tengo una oportunidad de soñar con la victoria.

—La banca se planta —correspondió con su propio turno y giró la carta—. Veintiuno. La casa gana.

Se inclinó sobre la mesa y recogió la única ficha que había sobre la mesa y que correspondía a su deuda.

—Acepto mi derrota —admitió y le tendió la mano—. Felicidades.

Dejó escapar un bufido y aceptó su mano, reteniéndola más de lo que se estimaba educado.

—Tu deuda no ha sido saldada —le informó mirándola a los ojos—, ¿la abonarás ahora íntegramente o la cambiarás por siete días de servicio para el *Soul Circus Casino*?

—No pagaré una deuda que no es mía, aunque tuviese dinero para hacerlo, así que, supongo que aceptaré hacer horas extras durante los próximos siete días —replicó con un ligero encogimiento de hombros—. Elijo los siete días de servicio, *jefe*.

Nada más pronunciar esas palabras, la intencionalidad real en ellas le ató las manos de forma indisoluble, su alma acusó las cadenas que lo unieron a la de ella firmando la sentencia.

—En ese caso, *Gwenevere Loft*, deberás ser presentada ante la *Arena del Circo de las Almas* para sellar tu servidumbre.

—¿Me lo repites con una frase que yo entienda?

—Tu deuda y tú ahora sois más.

Se lo quedó mirando durante unos segundos, ladeó la cabeza y sonrió de manera soslayada.

—Dime la verdad, así es cómo seduces a las pobres almas incautas que se adentran en tu territorio, las sientas a tu mesa y acaban desplumadas.

No pudo evitar sonreír en respuesta, le acarició la parte superior de la mano con el pulgar provocándole un placentero escalofrío y respondió.

—No, así es cómo pienso seducirte a ti.

—Vaaaaleeee —Se echó a reír, tiró de su mano y la dejó ir—. Ya decía yo que alguien con una presencia tan... intensa, no podía ser un angelito.

—No lo soy, pertenezco al gremio contrario, soy un demonio.

—Sí, claro, ¿y dónde has dejado los cuernos y la cola?

Su sonrisa se hizo más amplia. En su encarnación humana se guardaba de no mostrar los colmillos, pero las palabras de la chica no pudieron hacerle más gracia dado lo que implicaban para él.

—Con el otro traje —aseguró, abandonó su puesto y rodeó la mesa para detenerse a su lado.

La diferencia de altura con ella sentada era incluso mayor, hacía que se sintiese como un predador volando sobre su presa. Se inclinó, apoyándose entre el respaldo de la silla y la mesa, de modo que quedase a la misma altura.

—¿Por qué te has bebido tú solita una botella de vino?

—Porque no estabas allí para compartirla —replicó con sencillez—. Y porque si no la abría, serían capaces de embargarla también con el resto de la casa. Así que, mejor pillar una buena cazorza y disfrutar de mis últimas horas en mi hogar que llorar sobre ella, ¿no te parece?

—Las lágrimas pocas veces solucionan las cosas, estoy de acuerdo —admitió y se permitió recorrerla con la mirada hasta terminar en sus zapatillas deportivas—. Has perdido estas también, lo sabes, ¿no?

Se inclinó hacia abajo, para mirar ella misma lo que había captado su interés y soltó un resoplido.

—Venga, quédate también con mis zapatillas —replicó sacándoselas, haciendo cuña un pie con el otro—, pero ya me explicarás cómo me voy a ir a casa descalza.

—No te vas a ir a casa.

—Perdona, pero mi casa sigue siendo mía al menos hasta el lunes —puntualizó al tiempo que le clavaba el dedo en el pecho—. No me la quites antes de que venza el plazo, además... todavía me queda suplicar...

—No me pareces del tipo de mujer que suplica.

—No lo soy —admitió echándose de nuevo hacia atrás en la silla—. Pero cuando tu vida se va por el desagüe en cuestión de minutos, ¿qué otra cosa te queda?

—Arriesgarte en una mesa de *Blackjack*.

Se rio y asintió.

—Buena respuesta, jefe.

—¿Por qué no utilizas mi nombre?

—Porque debo mantener las distancias contigo. Eres mi jefe, no un atractivo hombretón de ojos azules que hace que me pique la piel —confesó y, nada más decir eso se llevó la mano a la boca—. ¿Por qué demonios he dicho eso?

—Porque es lo que piensas, la verdad que se esconde detrás de cada una de tus palabras.

—Sí, bueno, pero no es algo de dominio público y, desde luego, no era algo que tú debieses escuchar —aseguró frunciendo el ceño—. Olvida que lo he dicho. Bórralo. Vamos.

Enarcó una ceja ante la obvia orden implícita en su voz.

—¿Y si no quiero? ¿Y si me gusta lo que acabo de escuchar?

—Pues vamos a tener dos problemas —chasqueó—. El que yo lo haya dicho y el que tú lo hayas corroborado no hace precisamente sencillo el seguir manteniendo una actitud jefe-empleada.

—Bien, porque los próximos siete días no serás mi empleada.

—¿Vas a despedirme? —jadeó, abriendo tanto los ojos que pensó que se le saldrían de las órbitas—. No puedes hacerlo, no tengo otro trabajo y necesito el dinero. Y soy una buena camarera, mis postres están saliendo bien, ¿no? Necesito el trabajo, Usher, por favor...

¿Había algo más frágil que esa dulce y fuerte mujer derribándose de esa manera y sucumbiendo a la súplica? No le gustaba esa imagen de ella, prefería a la Gwenevere que se cuestionaba las cosas, que daba un paso adelante y decía que no encontraría a nadie mejor para el puesto.

—¿Me has oído decir la palabra despido?

Abrió la boca y volvió a cerrarla al momento.

—No.

—Bien. —Se incorporó, la cogió de las manos y la obligó a levantarse también. Descalza era incluso más pequeña, una muñeca vestida al estilo de los años veinte que lo miraba con renovada desconfianza—. No voy a despedirte, pero no serás mi empleada durante los próximos siete días...

—No me despides, pero no soy tu empleada —resumió, arrugó la nariz y se llevó las manos a las caderas—. Cada vez entiendo menos.

—Eres mi deudora —resumió en pocas palabras—. Me haré cargo de tu deuda y a cambio, me prestarás servicio.

—¿Qué clase de servicio?

—Todavía no lo he decidido —admitió—. Supongo que la *Arena* me proporcionará la respuesta. Ven, serás presentada antes de la medianoche.

Miró su mano extendida y automáticamente ocultó las suyas tras la espalda.

—Presentada a quién.

—Al tribunal de las almas.

—¿Tribunal de las almas? —Entrecerró los ojos y lo miró fijamente—. Dime una cosa, ¿esto es algo orquestado por mi tía y su club de Bridge?

—No.

—Ya... Pues no me lo creo.

—¿Qué te hace pensar que esas mujeres tienen algo que ver con lo que está pasando aquí?

—Que la lectura de cartas que hizo Silvie empieza a tener demasiados aciertos para que se trate de algo causal. —Hizo una mueca—. Así que la única explicación coherente que encuentro es que todo esto haya sido orquestado de antemano.

—¿Siempre optas por las opciones más rebuscadas?

—Dame otra que lo explique.

—Podría ser que la mujer tenga habilidad para vislumbrar el futuro a través de las cartas.

—Sí, la misma que tengo yo para saber que mis postres se acabarán en cuestión de horas.

—Así que me ha tocado una escéptica —dejó escapar un resoplido mitad risa—. Interesante.

—No soy escéptica, solo... prefiero creer en aquello que veo, que sé que se hará realidad porque trabajaré para que así sea.

—Ver para creer, ¿es eso?

—Pues sí.

—¿Y dónde queda la parte soñadora?

—Los sueños son para las personas que no tienen nada que perder, no para las que lo hemos perdido todo...

—Tú todavía no lo has perdido todo, Gwenevere, de haberlo hecho no estarías ahora aquí, no te habrías sentado en esa mesa, ni hubieses apostado incluso tus zapatillas a sabiendas de que podrías terminar descalza. Tienes esperanza, la mayor y más importante posesión de la humanidad.

—Suerte que *Pandora* cerró la caja a tiempo, ¿eh?

Sonrió, no pudo evitarlo, tenía que reconocer que la mujer tenía respuestas para todo.

—Y que sigue guardándola para aquellos que la necesitan —replicó y volvió a tenderle la mano—. ¿Me acompañarás voluntariamente?

—¿A dónde?

—Al momento y el lugar en el que dejarás tu mundo y empezarás a caminar por el mío.

Se miró los pies.

—¿Está muy lejos? Porque lo de ir por ahí descalza...

Señaló hacia el otro lado del salón.

—Justo al final del pasillo.

Siguió su mirada y dejó escapar un profundo suspiro, puso la mano sobre la suya y se encogió de hombros.

—Qué demonios, la noche no puede ir a peor y estoy demasiado embriagada como para ponerme a pensar —declaró, entonces apretó su mano y se giró hacia él como si acabase de recordar algo importante—. Pero que sepas que si resultas ser un asesino en serie o algo así, volveré de entre los muertos y te haré la vida imposible durante toda la eternidad.

—¿Eso es una amenaza?

—No, Usher Kerrigan, es una promesa —afirmó con un gesto de la cabeza—. Y yo siempre cumplo las mías.

—Bien, porque yo también cumplo siempre las mías.

CAPÍTULO 18

—*Usherian el Kerr, ¿Qué te trae a la arena del circo de las almas?*

Gwenevere no podía apartar la mirada, entre alucinada y sobrecogida, de los tres individuos vestidos de blanco sentados en la tribuna del dantesco y arcaico edificio. Sus rostros quedaban ocultos en la penumbra, pero sus voces resonaban como si cada uno de ellos tuviese un micrófono pegado a la boca. En realidad, no podía decir cuál de las tres figuras había hablado, pues sus rostros quedaban ocultos en la penumbra. El encontrárselos en medio de una réplica exacta e intacta del coliseo de Roma, con arcos y capiteles de un inmaculado mármol blanco, debería haberle sorprendido, pero su mente parecía haber decidido dejar de hacer horas extras. Las gradas estaban adornadas con enormes estatuas que representaban a algunos dioses conocidos u otros personajes importantes de la historia antigua, había pebeteros llameando y otros objetos de oro empañando el prístino blanco, desde luego, quién se hubiese encargado del atrezo, se merecía un Oscar.

Levantó la cabeza para ver una vez más la cúpula de raso y oscuro cielo cuajado de estrellas, la fría arena se hundía bajo sus descalzos pies, penetrando entre sus dedos y recordándole, al igual que la brisa que le agitaba el pelo y le acariciaba el rostro, que la alucinación que estaba teniendo producto del alcohol y las drogas alucinógenas que ya no tenía duda habían estado en el cóctel, eran asombrosamente reales, aunque alucinaciones a fin de cuentas.

Trató de recordar cómo habían llegado hasta allí, sobre todo porque solo atravesaron una puerta al final de un corredor y no abandonaron el casino en ningún momento. Al notar la caricia de la brisa en el rostro cuando atravesaron el umbral de dicha habitación, pensó que se habían dejado alguna ventana abierta, pero sus pies pasaron de caminar sobre la dureza del suelo a enterrarse en la arena, lo que la llevó a detenerse en seco y apretar la mano que ceñía la suya.

Cómo si se tratase del fundido de una película al cambiar de escena, la oscuridad dio paso a la luz emitida por el fuego que ardía en los distintos pebeteros. El cambio tan repentino de un espacio reducido a la ausencia de paredes, pasando de un ambiente interior a uno claramente exterior, la mareó. Sin embargo, fue el tomar conciencia de sus alrededores, de lo que veían sus ojos y que su cerebro apenas podía procesar, lo que la dejó sin respiración.

No halló palabras, el desconcierto dio paso a la incompreensión y esta al miedo. Empezó a hiperventilar era cuestión de segundos, solo la férrea mano que apretaba la suya y que la obligó a avanzar a través de la fría arena, la mantenía estable.

Sentía que le iba a estallar la cabeza de un momento a otro, no escuchaba otra cosa que el atronador latido de su corazón en los oídos y su propia agitada respiración.

—Traigo a una deudora que ha aceptado condonar su deuda a cambio de la servidumbre, honorables *dikastes*. —Usher habló con voz suficientemente fuerte como para que esta resonase en todo el solitario recinto y la hiciese respingar a su lado—. Solicito el beneplácito de la *Arena*.

Levantó la cabeza para mirar al hombre que la había introducido en aquel arcaico lugar. Al contrario que ella, no se le notaba ni nervioso, ni preocupado y mucho menos al borde de un ataque de histeria, el cual era su caso. La atención de su jefe estaba puesta en la gente sentada en la tribuna, a quienes parecía dirigirse con un tono casi reverencial.

Siguió su mirada y volvió a fijarse en ellos, en sus túnicas de un blanco inmaculado y en la imposibilidad de ver dónde estaban sus manos o sus pies, como si esas partes del cuerpo que debían quedar a la vista estuviesen engullidas por sombras o se las confundiese con la luz de uno de los pebeteros cercanos.

Fue incapaz de encontrar su propia voz, su cerebro parecía haberse dissociado del habla y de cualquier otra función que no fuese la de mantenerla viva. De algún modo, se sentía como si hubiese caído en una gran piscina y, por más que nadase, fuese incapaz de alcanzar la superficie. El agua ahogaba cada sonido, cada emoción, impedía que su mente convulsa tomase consciencia de lo que ocurría a su alrededor, lo cual era de por sí sumamente extraño.

—Que la *Arena* de los tiempos antiguos guíe tu mano y juzgue si su alma es digna.

La réplica resonó en un conjunto de tres voces que se repitieron como el eco a través de todo el recinto de piedra antes de ser absorbidas por el viento. Cuando las últimas notas se desvanecieron, observó atónita que la tribuna estaba vacía y que su voz había vuelto.

—¿A dónde se han ido?

Su pregunta, apenas un susurro en la penumbra de la noche, recibió una inmediata respuesta en la forma de inesperados fuegos cobrando vida en cada uno de los pebeteros dispuestos en el círculo que contenía la arena. La luz de cada uno de ellos se derramó hacia el interior de forma poco natural, las llamas parecían empujadas con un ventilador o succionadas hacia el centro de la pista formando una especie de estrella en cuyo centro se elevaba una especie de altar de piedra del que no se había percatado hasta entonces.

—Dime la verdad, el cóctel que me tomé tenía unos alucinógenos brutales, ¿verdad?

—No, todo lo que contenía era frutos rojos, vodka, unas gotas de lima...
—replicó él y su voz sonó más gruesa, más oscura—, y mi magia.

Ladeó la cabeza esperando ver esos conocidos ojos azules bailando de diversión, pero lo que encontró en cambio fue al mismísimo diablo mirándola a través de unos intensos ojos amarillos.

—Oh dios mío.

Quiso dar un paso hacia atrás, de verdad que lo intentó, pero algo parecía haberle pegado los pies al suelo. Abrió los ojos todo lo que daban de sí, sus labios se separaron buscando el grito de terror que le hacía cosquillas en la garganta, pero nada surgió. Su mente fue incapaz de encontrar ese miedo aterrador que le había clavado las garras, que sabía que estaba ahí, pero al cual era incapaz de aferrarse.

Se quedó mirándole el rostro, viendo cómo se movían sus labios, ahora negros, bajo los cuales asomaban las puntas de unos colmillos. Su cara parecía haberse endurecido, marcándole un poco más las mejillas y la mandíbula, el color amarillo destacaba contra la pupila oscura de sus ojos y su piel había adquirido un tono ónix, veteado de blanco, que destacaba especialmente en sus brazos, grandes y fuertes. Era como si estuviese

mirando una estatua de mármol negro que hubiese cobrado vida y se moviese y gesticulase como su jefe.

—Gwenevere, escucha mi voz.

Las palabras parecieron filtrarse a través del pitido que escuchaba en los oídos, cómo si las escuchase lejanas, entremezcladas con fuertes jadeos.

—Respira despacio, mírame a los ojos y respira despacio...

Sacudió la cabeza e intentó retroceder una vez más, pero sus pies parecían anclados.

—Esto no es real, *tú* no eres real...

Se aferró a esas palabras musitándolas una y otra vez mientras seguía recorriendo su cuerpo y se encogía al ver unas manos muy masculinas coronadas ahora por duras y oscuras uñas afiladas que se elevaban en su dirección.

—¡No! —Levantó ambos brazos para protegerse instintivamente. No quería que la tocase, le tenía miedo, estaba aterrada a pesar de que su cuerpo no fuese capaz de reaccionar a ese terror—. Por favor... no...

Él no solo no la escuchó sino que envolvió esas manos alrededor de sus muñecas con una inesperada y tierna suavidad, el gesto la llevó a mirar de nuevo esas garras y tragar saliva. Levantó el rostro de nuevo hacia él y fue consciente de algo nuevo, algo que había pasado por alto, unos retorcidos cuernos, parecidos a los de un carnero, se curvaban sobre su cabeza y bordeaban una oreja muy humana, enmarcados de manera bastante estética por el largo y liso pelo negro cuyas puntas le acariciaban los hombros.

—Mírame. —Su voz era tan profunda como demandante. Fue incapaz de negarse a su orden y se encontró prisionera de esos ojos—. Tranquila. No te haré daño. Sabes que no lo haré.

¿Lo sabía? Sí, instintivamente sabía que era verdad, que no le haría daño, pero su aspecto no es que le ayudase a convencerse de ello.

—¿Quién... qué eres?

—Sabes quién soy —respondió y siguió cada una de sus palabras con la mirada—. En cuanto a qué soy, lo estás viendo por ti misma; pertenezco a una raza ya extinta, de hecho, soy un mestizo, mitad demonio, mitad chamán.

—De... demonio. —La palabra se le atragantó, pero seguía reproduciéndose en su mente sin control—. Un... un demonio...

Algo se agitó en la periferia de su visión llamándole la atención, quería seguir ese movimiento, ver de qué se trataba, pero parecía anclada a esos ojos.

—Te dije que ibas a dejar de caminar por tu mundo y empezar a hacerlo por el mío.

Sus palabras conjuraron una imagen del hombre que lo dijo, que pronunció esas palabras y fue capaz de superponer su rostro en el de aquel... ser. No había grandes diferencias, de hecho, él seguía estando allí, en la forma de mirarla, de ladear la cabeza y...

—¿Eso es una cola?

Incluso la manera en que curvó los labios y dejó escapar un pequeño resoplido mitad risa, los gestos eran suyos, de Usher. La irremediable atracción pareció romperse y pudo desviar la mirada para seguir lo que creía haber visto.

—Lo es.

Siguió el movimiento hipnótico de aquel látigo oscuro, intentando encajar tal apéndice en el conjunto de unos pantalones de suave y oscura piel marrón y unas botas que sin duda tenían que estar hechas a medida; ese ser podría muy bien de dormir de pie.

—Vale. Lo que sea que me hayan dado en el casino, me está provocando una alucinación de lo más extraña y tétrica —masculló, se tambaleó un poco y estuvo a punto de caer si esos enormes brazos no la hubiesen rodeado. Al parecer sus piernas habían decidido cooperar y ya no estaban ancladas al suelo. Se encontró con ese rostro inhumano muy cerca del suyo, sus ojos amarillos la desconcertaban y asustaban, aunque quizá no tanto como lo hacían esos extraños cuernos, arqueándose y asomando por debajo de las orejas—. ¿Vas a matarme?

—No.

—¿Devorarme?

—No me va el canibalismo.

—Entonces, ¿qué vas a hacer conmigo?

Lo vio suspirar, un verdadero suspiro.

—No tengo la menor idea, deudora —admitió y sintió, más que vio, cómo le apartaba el pelo de la cara con las garras antes de levantarla en vilo como si no pesase—. Pero tú me lo dirás, me lo mostrarás de modo que ambos conozcamos el camino que debemos tomar.

Gwenevere sintió la frialdad de aquella cama de piedra bajo ella cuando la posó sobre el iluminado altar. El miedo consiguió arañar la superficie con suficiente fuerza como para que se encontrase aferrándose a esos hombros duros y a la piel caliente y lisa que asomaba bajo la holgada camiseta sin mangas.

—¿Qué vas a hacer? ¡Dímelo! —jadeó desesperada, intentando bajar sin ser capaz de hacer otra cosa que revolverse, pues él la mantenía prisionera con su propio peso—. Por favor, no me hagas daño... No soy... no soy sabrosa, en serio y tampoco soy material para sacrificios... No sirvo, mi sangre apesta y...

—Gwen.

—¡Qué! —gimió desesperada.

Su respuesta fue resbalar el pulgar sobre su mejilla y mirar la humedad presente en ella.

—No derrames lágrimas en este lugar —le dijo bajando sobre su rostro y, aunque ella contuvo el aliento, sintió sus labios y lengua borrando la humedad—. No entregues ni una sola de ellas a la Arena —musitó de nuevo, besándole el mojado rastro y dejando tras de sí una huella de calidez que hizo retroceder su miedo—. A partir de este momento y durante los próximos siete días, estas —le besó la comisura del ojo, bebiéndose la última—, solo las veré y probaré yo.

Dicho eso la miró a los ojos, bajó de nuevo sobre ella, pero esta vez no fueron sus lágrimas lo que buscó, sino sus labios. Cuando los tocó y la lengua traspasó la barrera de sus dientes acariciando la suya, la dureza y frialdad de la piedra debajo de su espalda, el calor del cuerpo que la cubría y el especiado y delicioso sabor que le inundaba la boca dejó de existir bajo el peso del olvido y una lejana cacofonía de voces que se solapaban unas a otras con infinitud de palabras:

«Acepta tu condena, deudora del Circus».

«Entrégate, siente, entrega tu alma».

«Acepta tu liberación, deudora del Circus».

«Entrégate, rompe las cadenas, libera tu alma».

—¿La aceptas, mi deudora?

«Acepta tu condena».

«Acepta tu liberación».

«Entrégate y rompe las cadenas, deudora de la Arena, libera tu alma».

—La acepto.

Las palabras nacieron en su mente, resonaron en su alma y fueron bebidas por esa caliente y exigente boca que le arrebató el aliento y la cordura dejándola a la deriva en un mar de oscuridad.

—Bienvenida a la Arena, Gwenevere.

Un susurro, una promesa, el comienzo de algo a lo que ni siquiera estaba segura de poder hacerle frente.

CAPÍTULO 19

No estaba preparado para el impacto que supuso besarla, para lo que su sabor le provocó. Estaba dispuesto a llevar adelante un ritual, pero al tenerla entre los brazos, al tocar su piel de aquella manera, Usher comprendió que esa deudora era mucho más que una muesca en su camino. Gwenevere formaba parte de este, no era un obstáculo, sino parte de él.

La Arena tenía la particularidad de sacar a la superficie la verdadera apariencia de cada persona o ser que ponía los pies en sus dominios, los despojaba de todo subterfugio o hechizo que enmascarase su identidad y los obligaba a entregarse al fuego que ya ardía en cada uno de los pebeteros, acicateando con ello el que corría por sus venas.

Sucumbir al deseo cuando te despojaban de toda reserva era fácil, pero hacerlo enfrentándote al mismo tiempo al miedo y la incompreensión que el brebaje retenía con efectividad, anulando cualquier reacción desmedida, podía convertirse en una verdadera pesadilla.

Él mismo testeaba los cócteles que preparaba para el *Circus* y, aquel en particular, hacía que te sintieses cómo encerrado en un tanque de agua, nadando entre un montón de emociones sin ser capaz de salir a la superficie para liberarte. La angustia, el miedo, el dolor o la desesperación estaban ahí, así como el placer, el deseo o la alegría, pero todo ello contenido para permitirle al cerebro humano enfrentarse a los eventos inesperados y que, en circunstancias normales, destrozarían la mente del más cuerdo.

Y él había visto esas emociones contenidas detrás de los ojos de su deudora. Era muy consciente de su miedo, de su terror y de cómo intentaba luchar con todo ello mientras le miraba. Era consciente de la apariencia que tenía en esta encarnación y de a qué solía asociarla la humanidad, no tenía más que meterse en Google y teclear la palabra «diablo» para encontrar imágenes con las que podía contrastar su propia apariencia. Las lágrimas eran la única manera en la que podía exteriorizar sus emociones, su voz sonó temblorosa cuando le pidió que no se la comiese, no pudo evitar poner

los ojos en blanco al recordarlo, besarla había sido una manera de controlarse más él mismo que a ella y poder seguir adelante con su labor.

Deslizó los dedos, con cuidado de no tocarla con las uñas, por su cuello y hombros, su mirada estaba clavada en él, en su rostro, en sus ojos y, rompiendo el silencio que mantuvo desde el momento en que aceptó el tributo en la Arena, murmuró.

—Esto no es real, ¿verdad?

—Es real —respondió procurando mantener un tono bajo que matizase la ronquera en su voz—. Pero no soy lo que piensas que soy.

Sus ojos se deslizaron hacia arriba y supo al instante que estaba buscando, así que ladeó la cabeza para permitirle una mejor visión. No se avergonzaba de lo que era, era parte de su esencia, de su alma y se sentía orgulloso de ello.

—Mi existencia y la de mis hermanos, nada tienen que ver con la visión dogmática del cielo y el infierno, ni soy el Diablo, ni uno de sus generales o príncipes... o como quiera que los llamen.

—¿Y qué eres? —Le tembló la voz, pero fue lo bastante valiente para preguntar.

—Un hombre procedente de una raza distinta a la tuya.

—Esto... está mucho más lejos de ser... una raza distinta... —admitió ladeando su propia cabeza y volviendo a bajar sobre él con la mirada hasta sus labios—. Me aterras... sé que te tengo miedo y no puedo encontrar la manera de hacerlo salir, como tampoco encuentro una explicación al hecho de que... tus besos surtan el efecto contrario.

—En algo tenía que ser bueno, ¿no?

Parpadeó sorprendida por su respuesta, se encontró con sus ojos y la sintió estremecerse todavía bajo él.

—Odio verte ahí —comentó entonces y, antes de poder analizar sus propias palabras, la arrancó del altar de piedra y la depositó en el suelo. Las pequeñas manos se aferraron entonces a su camiseta, parecía diminuta frente a él, su cabeza apenas le llegaba al pecho en su forma demoníaca—. No eres un sacrificio ritual.

—¿Y qué soy? —preguntó bajando las manos para retroceder y apartarse de él, pero sus piernas parecían de gelatina, a juzgar por el tambaleo que casi la manda al suelo—. Además de alguien totalmente borracha y drogada.

La ciñó de la cadera, acercándola de nuevo a él.

—Sí estás bebida, pero no drogada...

Sacudió la cabeza con energía y al hacerlo se vio obligada a sujetarse de nuevo a él.

—Oh, tengo que estarlo, ese maldito cóctel debía tener algo muy, pero que muy potente, porque esto... no es real... aunque tú digas lo contrario.

Enarcó una ceja ante su comentario y no pudo evitar ser de nuevo consciente de la calidez de ese cuerpo femenino apoyado contra el suyo. Su aroma era embriagador, su sabor seguía presente en su lengua y deseaba más.

—¿Esto no te parece real? —Dejó que sus manos se deslizaran rodeándola y abarcando sus nalgas, la atrajo hacia él, uniendo sus caderas para dejarle notar por sí misma si la dura erección que abultaba sus pantalones era ficticia.

Su jadeo, unido a la manera en que deslizó sus propias manos sobre las de él, obligándole a soltarla, fue suficiente respuesta.

—Suéltame ahora mismo...—Se revolvió contra él una vez más y pudo oler su miedo—. Oh dios, suéltame...

Gruñó, un gutural sonido que emergió de su garganta y le provocó un escalofrío. Levantó de nuevo la mirada para encontrarse con su rostro y vio ese terror en las pupilas dilatadas, pero también vio algo más.

—Por favor... —Sus labios se movieron en lo que parecía una súplica, pero la frase no llegó a terminarse, quedó en el aire a su libre interpretación.

—¿Por favor suéltame o por favor... bésame otra vez?

La sorpresa cruzó rápidamente por su rostro, sus mejillas se colorearon, pero el miedo seguía allí.

—No... no lo hagas...

—¿Qué no quieres que haga, Gwen?

Ella tragó.

—No me beses.

Sonrió lo justo para que sus labios se arqueasen sin mostrar sus colmillos, ancló sus dos manos con una sola de las suyas detrás de la espalda y se inclinó sobre ella, obligándola en esa postura a echarse hacia atrás y apoyarse en su brazo.

—Debo hacerlo. No, quiero hacerlo. Y sé que tú también lo deseas.

Abrió la boca para replicar y aprovechó ese momento para sujetarle la barbilla con la mano libre y besarla con el hambre que ya rugía en su estómago.

La deseaba, estaba famélico por ella, en parte porque así lo exigía la Arena y en parte porque ella lo encendía.

Se tragó su protesta, dejó que se retorciese, que pelease hasta que su rendición llegó con la misma dulzura con la que había respondido a su primer beso. Resbaló la mano hacia su oreja, hundiéndole los dedos en el pelo y obligarla así a inclinarse para poder profundizar aún más en su boca. Su deseo por ella iba *in crescendo*, quería arrancarle la ropa, enterrarse entre sus muslos mientras ella lo ceñía con sus piernas y probar los duros pezones que se adivinaban a través de la tela del vestido. Cada fricción de sus cuerpos avivaba el fuego en su interior, despertaba sus ansias y amenazaba con hacerle perder el control.

La Arena surtía el mismo efecto en ella, por mucho que quisiera resistirse, su cuerpo exigía ser atendido, el deseo ardía en sus venas y ya podía oler el aroma húmedo y especiado de su sexo llamándole. Se separó para permitirse recuperar el aliento y enfriar un poco la abrasadora necesidad que lo dominaba.

Los ojos femeninos se habían oscurecido por el deseo, tenía los labios hinchados por sus besos y el rostro teñido de sonrojo.

—Te lo dije —consiguió murmurar.

Gwenevere se sobresaltó, arrugó la nariz y le recordó que todavía no la había soltado con un efectivo tirón.

—Suéltame ahora mismo.

Se lamió los labios con suma lentitud, permitiéndole ver ahora sus colmillos para terminar chasqueando la lengua. Deslizó la mirada sobre el vibrante cuerpo pegado al suyo y negó con la cabeza.

—No quieres que lo haga.

—¡Sí que lo quiero!

Su indignación fue tal que se echó a reír y volvió a besarla, ahora de manera superficial.

—Quieres que siga...

—Y una mierda —gimió bajo su boca—. Quiero que me quites las manos de encima y...

—¿Para poder poner las tuyas sobre mí?

—Para poder pegarte una bofetada, eso para empezar.

—Mentirosa —la acusó en tono divertido y en vez de soltarla la empujó, haciéndola retroceder hasta quedar atrapada una vez más contra la dura piedra del altar—. Escúchate a ti misma, Gwen, escucha cómo se ha enronquecido tu voz, siente cómo te late el corazón, lo hinchados que tienes los pechos y la humedad que empapa tu sexo... Quieres más.

Sacudió la cabeza con energía, sus ojos reflejaban la negación absoluta mezclada con la mortificación de saber que cada una de sus palabras obedecía a una única verdad. Apretó los labios en una dura y obstinada línea, pues temía que le temblase la voz descubriendo su propia mentira.

—No luches contra mí y déjame dártelo, permíteme calmar el deseo que nos consume a ambos.

—No... no puedo... no está bien... esto no está nada bien... —rezongó ella—. ¡Es de locos! Por amor de dios, ¡mírate! ¡Mírame a mí! No puedes... no somos compatibles.

Enarcó una ceja ante su histérica respuesta y se inclinó sobre ella.

—¿Me creerías si te digo que la cópula entre nosotros es total y absolutamente posible además de muy satisfactoria?

—¡Ni en mil años!

Se echó a reír.

—Ese es demasiado tiempo para conservar las dudas —declaró risueño, pero al ver que ella parecía cada vez más asustada, chasqueó la lengua y se inclinó para susurrarle al oído—. No tienes nada que temer, Gwen, jamás te haría daño...

—No te creo —siseó con voz ahogada.

—Lo sé, por eso voy a demostrártelo.

Le soltó las manos, pero no le permitió retirarse, pues le rodeó la cintura con el brazo y la empujó de nuevo contra el altar para darse un festín con su boca una vez más.

Gwenevere estaba a punto de perder la cabeza por completo, su cerebro hacía tiempo que había colapsado y su cuerpo parecía dispuesto a entregarse en sacrificio a ese monstruo que la excitaba sin remedio.

Esto no es real, esto no es real, esto no es real.

La letanía se repetía una y otra vez en su cabeza mientras la lengua masculina hacía estragos en su propia boca y su cuerpo se encendía cada vez más. El ardor entre las piernas rivalizaba con la lava fundida que ya corría por sus venas, se sentía hinchada y húmeda como él había pronosticado, todo su ser vibraba preso de la excitación y el deseo. Todo iba demasiado deprisa, era incapaz de racionalizar lo que ocurría y mucho menos lo que hacía, quería alejarse de él, empujarle y huir casi con tanta desesperación como deseaba restregarse contra su duro cuerpo y acallar el picor de su piel.

Era como estar sujeta de un cable de alta tensión del que de vez en cuando recibía alguna fuerte sacudida, sus terminaciones nerviosas estaban colapsadas, sus manos antes esposadas por una de esas enormes manos ahora luchaban sobre la caliente y dura piel oscura sin saber si buscaban alejarle o deleitarse con la suave y caliente dureza que encontraban bajo las yemas de los dedos.

Su descomunal tamaño la aterraba casi tanto como la excitaba, el sentirse indefensa de esa manera era algo que la ponía nerviosa, que hacía que quisiese huir, pero sus caricias eran tiernas, demandantes, al igual que la boca que devoraba la suya y conseguían hacerla flaquear.

La cremallera de la espalda cedió con sorprendente facilidad, la tela se arrastró fuera de sus hombros, arrastrada hacia abajo, atrapándole los brazos a la altura de la cintura dónde ya le había subido la corta falda. El aire le acarició los pechos hinchados y los pezones haciéndola cada vez más consciente de su desnudez frente a él, las oscuras y puntiagudas uñas resbalaron sobre ellos provocándole un escalofrío de inesperado placer que fue directo a su sexo.

No pudo evitar jadear cuando notó esa mano descendiendo más allá de la falda y hundiéndose entre sus piernas, resbalando sobre el pedazo de tela que todavía cubría su sexo.

—Por favor... —Las palabras le escaparon de la boca en una agónica súplica.

—Nada de lo que te diga va a mitigar tu miedo, así que, solo puedo demostrarte lo que equivocada que estás —respondió lamiéndole la oreja antes de pegarle un mordisquito, el cual no era otra cosa que una técnica de distracción.

Resbaló los dedos alrededor de la tela y tiró de ella hacia abajo, arrancándole literalmente la ropa interior que no dudó en desechar al momento. El pensamiento de que le había roto las bragas como si fuesen papel quedó olvidado en el momento en que los largos y calientes dedos resbalaron sobre sus húmedos pliegues en una íntima caricia.

—Relájate, esto es para ti.

La besó de nuevo con suma lentitud, jugando con su lengua, succionándola solo para abandonarla y resbalar por su cuello. Dejó besos aquí y allá, le pellizcó la piel y sopló aire sobre la húmeda senda provocándole pequeños estremecimientos que no hacían más que aumentar su propio placer. Jugó con ella, la acarició sin llegar a penetrarla, masajeándola mientras continuaba con su descenso hasta sus pechos.

La succionó con suavidad, chupándole los pezones y arrancándole un inesperado gemido de placer, las sensaciones se hacían cada vez más intensas, cómo si ese enorme tanque de agua en el que estaba sumergida empezase a tener grietas y fuese capaz de arañar la superficie.

—No puedo... no puedo creer que esté pasando... no puedo... pensar...

Notó una sonrisa curvando los labios masculinos contra su piel, un mordisquito y entonces esos ojos amarillos volvieron a encontrarse con los suyos.

—Pues no pienses, Gwenevere, no quiero que pienses, quiero que sientas —declaró y acompañó sus palabras penetrándola con un dedo—. Que sientas esto...

No pudo evitar arquearse contra su mano, un gesto involuntario que la avergonzó por completo.

—Dime, ¿te estoy haciendo daño? —susurró contra sus labios, sus ojos todavía prisioneros de los de él—. Si es así, dímelo y me detendré de inmediato.

Pero no le hacía daño, por dios, cómo podría hacérselo cuando todo lo que sentía era placer.

—Dímelo, Gwen —insistió masturbándola—. Quiero saber si te hago daño, si no me dices nada, lo tomaré como un «adelante» y seguiré hasta el final.

Ella jadeó y echó la cabeza hacia atrás cuando notó un segundo dedo uniéndose al primero, abriéndola más. Sus dedos no eran precisamente pequeños, pero incluso esa pequeña punzada de ardor resultó placentera,

parecía saber exactamente dónde acariciarla cada vez que la penetraba y eso la estaba volviendo loca.

—Dios mío...

—Eso ya me gusta más —creyó escucharle reír—. Gime para mí, dulce niña, dame lo que deseo.

No lo haría, no le daría absolutamente nada, pero mientras su mente se esforzaba por formar el pensamiento, su garganta dejó salir toda clase de eróticos sonidos que la traicionaban.

Se retorció debajo de él, sus dedos, su boca, su otra mano, parecía como si no quisiera dejar ni un solo centímetro de su cuerpo sin tocar, sin acariciar y eso la descontroló por completo. Sus propias manos buscaron su piel, algo de lo que asirse en ese imparable remolino de sensaciones.

—Oh Señor, acaba con esto... mátame ya...

Una nueva carcajada resonó en sus oídos y reverberó en su propio cuerpo, volvió a besarla y abandonó su sexo apenas el tiempo justo para que abriese los ojos y lo viese lamiéndose los dedos. ¡Jesús! Esa imagen se quedó grabada en su mente, el rabioso deseo que vio en sus ojos mientras lo hacía a chamuscó por completo.

—Pero mira que eres melodramática —le soltó, sacudió la cabeza dejándole vislumbrar una vez más esos retorcidos cuernos salpicados y se inclinó sobre ella. Sus manos le ciñeron los muslos y la sentó sin esfuerzo sobre la fría piedra, le cogió la barbilla con los dedos y le sujetó el rostro para mirarla—. Solo voy a follarte, Gwen, no tengo el más mínimo interés en derramar tu sangre.

—Oh Dios...

—Dios no, dulzura, demonio —le guiñó el ojo y la tumbó sobre la lisa superficie empujándola con su propio cuerpo—. Te gustará, lo prometo —ronroneó, mientras se hacía sitio entre sus piernas y tiraba de ella hasta el borde—. Estás muy mojada, muy caliente y me deseas tanto como yo a ti.

—No... yo no...

No le permitió acabar la frase, el aire se le quedó atascado en la garganta cuando sintió su grueso sexo empujando en su interior, abriéndose paso con lentitud hasta llenarla por completo. Gwenevera perdió toda noción del tiempo, el espacio y de su propia persona, tan solo podía escuchar su propio latido en los oídos y notar el calor de sus cuerpos unidos.

—¿Sigues viva, mi deudora?

Gimió algo parecido a «joder» o eso creía, pues su habilidad para hablar parecía haberse evaporado.

—¿Eso es un sí?

No le pasó por alto la risa en su voz, pero cualquier pregunta o posible respuesta quedaba ahogada por la increíble sensación de él llenándola por completo. Su cuerpo hervía de deseo, el corazón le palpitaba con tal intensidad que estaba convencida de que terminaría saliéndosele del pecho. Elevó las caderas en un acto reflejo y se rindió por completo a esa extraña y erótica fantasía nacida de sus delirios.

—Gwen, ¿vas a contestarme o debo adivinar? —le susurró al tiempo que se retiraba hasta el final y volvía a empujar con deliciosa lentitud.

—No... tengo... palabras... —se las ingenió para susurrar, arqueándose contra él para recibirlo—, no voy a pensar... no quiero hacerlo...

—Mírame. —Levantó la cabeza y lo hizo, encontrándose con esos ojos amarillos que parecían haberse oscurecido por el deseo—. Te quiero conmigo a cada paso del camino, quiero que sientas cada una de las pisadas que demos juntos hasta el final.

—¿Por qué? —le sostuvo la mirada—. ¿Por qué yo?

—Porque me necesitas y mi destino era estar aquí para ti.

Esos oscuros labios bajaron una vez más sobre los suyos en un caliente y persuasivo beso, una de sus manos resbaló sobre su cadera y le ciñó el muslo, acercándola más a él y a la exquisita sensación de tener su duro e hinchado miembro alojado profundamente en su interior.

—Déjame tenerte, entrégate a mí y romperé esas cadenas que te atan.

—Hermosas palabras provocadas por mi propio delirio —musitó, se lamió los labios y posó la mano sobre la cincelada y dura mejilla por voluntad propia—. Debería estar aterrorizada, gritando a pleno pulmón por tu presencia, por lo que mi cuerpo desea y mi mente se niega a aceptar, pero no soy capaz de salir a la superficie, así que... voy a dejar de intentar encontrar una explicación y decir: Sí. Ya me preocuparé de mis extraños sueños húmedos cuando se pase el efecto de las drogas.

Deslizó la mano hacia atrás y acarició con la punta de los dedos la dura y rugosa superficie de la curvada protuberancia, se incorporó lo suficiente para alcanzar su boca por voluntad propia y se deleitó con el especiado sabor de su lengua y la agresiva sensualidad de sus besos. Sus embestidas se hicieron más fuertes y profundas, dejó atrás aquel juego de tanteo y la

poseyó con un hambre que no hacía otra cosa que despertar la suya desatando un auténtico frenesí.

Copularon de manera intensa, casi salvaje y Gwenevere adoró cada segundo de ello.

CAPÍTULO 20

Gwenevere estaba segura de que iba a morir. Era lo único que podía explicar que le doliese tanto la cabeza y que se sintiese cómo si le hubiese pasado un camión por encima. Se revolvió entre las sábanas e hizo un esfuerzo sobrehumano para meter la cabeza debajo de la almohada y ahogar ese incesante repiqueo que le taladraba los oídos.

—Dejadme morir de una maldita vez.

Incluso su voz le sonó extraña, demasiado rasgada y el que le doliese la garganta al usarla, no era más que otro síntoma de estar cada vez más cerca de *espicharla*. Ahogó un gemido contra la blanda funda y se revolvió como una lagartija a la que hubiese atrapado una red entre la ropa de la cama.

—Que alguien me remate, por favor —gimió quejumbrosa y se arrastró hacia el suave y fresco lado desocupado—. Dios... voy a vomitar.

Su estómago se encogió ante la incipiente náusea quedando todo en simples arcadas.

—Encuentro difícil que aún te quede algo en el estómago.

La inesperada voz la hizo respingar, intentó zafarse de todo aquel lío de sábanas e incorporarse, pero lo que consiguió fue que las náuseas volviesen con mayor fuerza.

—Oh, por favor —gimió llevándose la mano a la boca, respirando a través de la nariz, necesitando vaciar el contenido de su estómago allí mismo—. Me va a estallar la cabeza...

—No me cabe la menor duda —declaró el recién llegado un instante antes de que el colchón cediese bajo su peso y ella se viese inclinada hacia su lado—. Te has pasado la noche con la cabeza metida en el WC. Perdí la cuenta del número de veces que me pediste que acabase con tu miseria.

—¿Y por qué no lo has hecho? —replicó con un quejido.

—Considero que la vida es demasiado preciosa cómo para arrebatársela a alguien cuyo único pecado ha sido beber más de la cuenta —respondió con sencillez—. ¿Qué te parece si abres los ojos e intentas sentarte?

Necesito que te tomes esto, te asentará el estómago y eliminará todas las toxinas que queden en tu organismo...

Abrir los ojos, sí, sin duda sería un buen principio, pensó revolviéndose una vez más. Dejó a un lado la almohada a la que se había aferrado y emergió con lentitud, agradeciendo interiormente que solo estuviese encendida la luz de la mesilla de noche.

Tendría que haber embalado ya esa estúpida lámpara en forma de quinqué, pero se había resistido a hacerlo, no quería tirar la toalla antes de la fecha final.

—No se te ocurra decirle nada de esto a mamá...

Escuchó algo parecido a un resoplido antes de recibir una respuesta.

—Dado que no tengo el placer de conocerla personalmente, no me resultará difícil evitar mencionarle este episodio.

Las risueñas palabras la llevaron a abrir los ojos de golpe, parpadeó para alejar el lagrimeo provocado por el repentino cambio de la total oscuridad a la luz y se incorporó de golpe. Se peleó una vez más con las revueltas sábanas hasta conseguir salir de ellas y encontrarse a su jefe sentado en la cama y con una taza en las manos.

—Tú...

—Sí, yo —respondió con visible diversión. Levantó la taza y se la tendió—. Tienes que beberlo a sorbitos, evitará que tu estómago lo rechace.

Le miró e hizo lo mismo con la taza, entonces negó con la cabeza y terminó por llevarse la mano a la sien ante el agudo dolor que parecía dispuesta a partirla en dos.

—Joder... oh dios... mierda —siseó apretando los ojos y luchando por respirar a través de las molestias.

—Vamos, bebe —le acercó la taza a los labios y pudo notar el aroma cítrico de la bebida—. Solo un sorbo, te sentará bien.

Se las ingenió para abrir un ojo y mirarle de soslayo.

—¿Igual de bien que el cóctel que me disteis anoche? —replicó acusadora—. No sé qué mierda le metisteis a eso, pero ni pienses que voy a volver a...

—Bebe, Gwenevere.

Una única palabra. Una orden directa pronunciada en un tono profundo y muy masculino que le provocó un escalofrío y, para su absoluta sorpresa, no tardó ni dos segundos en coger la taza de sus manos y llevársela a los

labios. Le dio un sorbo, saboreó lo que sin duda era un té con miel, limón y jengibre, el cual le acarició la garganta llevándose ese dolor propio de haberse pasado un buen rato vomitando.

Miró la taza entre las manos y frunció el ceño al darse cuenta de que lo había obedecido sin vacilación, de un modo extraño se había sentido compelida a hacerlo. Olisqueó el líquido buscando algo que se le hubiese escapado, algún aroma que pudiese darle pistas sobre su contenido más allá de lo que ya había detectado sin detectar nada extraño.

—¿Mejor?

Levantó la mirada y se encontró con esos ojos azules que conocía indagando en los suyos. No respondió, de hecho, pretendía dejar la taza sobre la mesilla y pedirle que se fuera cuando contempló estupefacta que no solo no era su mesilla de noche, ni su lámpara la que daba luz, sino que ni siquiera estaba en su dormitorio.

—¿Dónde...? —Las palabras se le atascaron al bajar la mirada sobre sí misma y comprender que aquella no era su ropa de dormir—. Oh, mierda... —Indagó debajo de la sábana y volvió a sisear maldiciendo de carrerilla al ver que carecía también de ropa interior—. Mierda, mierda, mierda... ¿Qué ha pasado con mis bragas?

Su respuesta fue enarcar una ceja.

—¿En serio quieres que responda a eso? —No se molestó en ocultar el divertido tono presente en su voz.

Lo fulminó con la mirada.

—Eres un cabrón hijo de la gran puta —siseó, ciñó con fuerza el asa de la taza reprimiendo la tentación de lanzársela a la cabeza—. ¿Esto es a lo que te dedicas en realidad? ¿A drogar chicas para llevártelas a la cama?

El suspiro que soltó la cabreó aún más.

—Insistes en creer que te he drogado y no es así, Gwenevere, sencillamente el cóctel del *Soul Circus* actúa de manera diferente sobre cada persona que lo toma —le explicó—. Quizá el hecho de que hubieses bebido, cuando está claro que no estás acostumbrada a hacerlo, haya influido en la manera en la que te afectó...

—¡Unas copas de más no te hacen ver demonios potentes salidos del mismísimo infierno con los que te dan ganas de follar! —escupió visiblemente cabreada—. ¡No pienses ni por un momento que esto se va a quedar así! Te denunciaré, a ti y a ese maldito lugar.

—Termínate la bebida y después, hablaremos sobre lo que provoca alucinaciones y lo que no.

—No voy a beber nada preparado por ti...

—¿Qué te apuestas? —replicó haciendo un gesto con el dedo que la empujó a una inesperada necesidad de terminarse el té.

La irritación se filtró a través de sus venas, opacando cualquier sensación de calma y no pudo evitar gritar a pleno pulmón antes de levantar la taza y arrojarla con todas sus fuerzas. El objeto se detuvo en seco a pocos centímetros de su rostro, sostenido en el aire de manera sobrenatural.

—¿Ya estás contenta? ¿Más tranquila?

Lo señaló con el dedo sin poder hacer otra cosa.

—¿Cómo...?

La taza se trasladó por el aire hasta posarse sobre la mesilla de noche en el lado opuesto al que estaba ella.

—Te lo dije anoche, viste lo que soy —replicó con calma y sencillez—. Sabes lo que soy.

Se estremeció y sacudió la cabeza sintiendo que ese natural y desaforado miedo volvía a emerger, siendo aplastado de igual modo sin demasiada dificultad.

—No... eso fue producto de las drogas...

—Nadie te ha drogado, Gwen —declaró al tiempo que se inclinaba hacia delante, atrapándola entre su cadera y su brazo, solo para ver cómo sus ojos cambiaban de ese sosegado azul a un intenso amarillo que la dejó sin respiración—. Las cosas ocurrieron tal y como las recuerdas, no es más que el principio de lo que te espera...

Se pegó todo lo que pudo al cabecero de la cama, era incapaz de dejar de mirar esos ojos, de asociarlos con imágenes y recuerdos que se negaba a aceptar y que la avergonzaban hasta la médula.

—No... no es verdad, nada de lo que pasó fue real...

Bajó la mirada sobre su cuerpo y se lamió los labios.

—¿Me vas a decir que no te excitaste, que no gemiste y gritaste debajo de mí?

—No.

Se echó a reír por lo bajo, como si le hiciese verdadera gracia que se negase a aceptar aquel erótico y fantástico encuentro como algo real.

—Mentirosa.

—Deja de llamarme mentirosa.

—Pues deja de mentirme.

—No te estoy mintiendo, tú esperas que acepte que... esa... bestia... que tú... que él... que... ¡Joder! Nada de aquello puede haber sido real, no quiero que lo sea.

—Ah, al fin una pequeña verdad —admitió entrecerrando los ojos sobre ella—. No quieres que lo sea, pero sabes que lo es. Me sentiste en tu piel, en tu cuerpo, dentro de ti...

—¡Basta! —Gritó, hizo a un lado las mantas e intentó huir—. Si ha pasado algo entre nosotros, no ha sido de manera voluntaria, tú me drogaste y...

—Nadie entra a la *Arena* si no es voluntariamente, Gwenevere.

Su acusación parecía haber tocado algo delicado, pues su semblante se ensombreció y durante unos instantes creyó ver de nuevo aquella bestia o demonio en su piel. Tragó, apretó los puños con fuerza y posó los pies en el suelo, abandonando el lecho.

—Quiero que me devuelvas mis cosas, mi ropa, mi mochila... Todo. Y después me dirás cómo salir de aquí.

—Me temo que tu vestido pasó a mejor vida, las zapatillas las perdiste en la mesa de juego y tus bragas... Sí, las rompí, soy culpable —enumeró con tal desinterés que lo hubiese estrangulado—. Sin embargo, encontrarás alguna cosa que puedas utilizar en mi armario. —Señaló las puertas oscuras al otro lado de la habitación, dejando claro que aquel era su dormitorio—. La Mansión sabe que estás aquí y no me cabe duda de que ya habrá reunido un guardarropa completo para ti.

—¿La Mansión?

Extendió los brazos y abarcó con ellos la habitación.

—Bienvenida al hogar de los recolectores del *Soul Circus* —le dijo antes de levantarse también—. Dado que me he hecho cargo de tu deuda y que tendrás que servirme durante los próximos siete días...

—Esa deuda no era mía, ¿cuántas veces he de decirlo?

—No, no lo era y seré yo quien tome cartas en el asunto, me encargaré de que el responsable, obtenga lo que se merece.

—Espera, ¿me estás diciendo que sabías que la deuda no era mía y aun así me has presionado toda la noche para aceptar lo que quiera que sea que he aceptado? —No podía dar crédito a lo que estaba escuchando.

—Era *tú* deuda, Gwen, o lo fue hasta que aceptaste servirme a cambio de esta —puntualizó—. Alguien dio tu nombre, usurpó tu identidad y firmó con tu nombre para traerte al Circus...

Podía estar aturdida por todo lo que ocurría a su alrededor, tener problemas para encajar los puzles de esa absurda realidad, pero sus palabras solo podían referirse a una persona.

—Maise no haría algo así, no llegaría tan lejos...

Quería creer que no lo haría, necesitaba aferrarse a una mínima esperanza, aunque todo estuviese en su contra. ¿Acaso no se había liado con su ex prometido? ¿No se habían aliado entre ellos para desplumarla y dejarla prácticamente en la calle?

Por otro lado, Greg siempre había tenido negocios con todo el mundo, pero pensar en que hubiese podido meterla en algo como esto, después de todo el tiempo que habían pasado juntos... ¡Se conocían desde el instituto, por dios! Y sin embargo, ¿no le había puesto los cuernos a la menor oportunidad? ¿No había estado viviendo a su costa?

—O quizá sí... ya no lo sé, ya no sé en quién puedo confiar y en quién no —resopló y se pasó una mano por el pelo—. Pero lo que sí sé es que esa deuda no es mía, nunca estuve en ese casino y, desde luego, jamás jugué en sus malditas mesas hasta anoche.

Sacudió la cabeza haciendo volar su pelo rubio.

—Esto es absurdo, ¿es que nadie pide la identificación para comprobar la identidad de la gente que firma un pagaré o contrae una deuda de juego? —replicó incrédula.

—¿Te la pidieron a ti al cruzar las puertas?

Abrió la boca para responder, pero volvió a cerrarla.

—No, solo me pidieron la invitación —admitió frunciendo el ceño, entonces añadió al recordar—. ¡Pero en ella venía mi nombre!

—El *Circus* tiene una manera particular de identificar a sus jugadores, una que va más allá de una invitación de papel.

—Pues perdona que te lo diga, Usher, pero ese lugar necesita actualizarse para evitar este tipo de errores monumentales y desastrosos.

Hizo una mueca y, en honor a la verdad, no sabía decir si era una sonrisa o un gesto de hastío.

—El *Circus* tiene su propia forma de hacer las cosas y, créeme, jamás se equivoca —declaró y se permitió recorrerla con la mirada de manera lenta,

casi como si saboreara cada centímetro en el que posaba los ojos—. Si deseas ducharte, el baño está tras esa puerta. Si no encuentras algo, simplemente di lo que necesitas en voz alta o piénsalo y la Mansión te proveerá. Vendré a por ti en media hora, podemos almorzar aquí o en *Kerrigan's*, después podrás hacer lo que quieras hasta esta noche.

—No quiero almorzar contigo, quiero irme a *mi* casa —puntualizó la ubicación.

—No tengo problema en llevarte a tu casa, pero almorzarás conmigo —le informó y no dejó lugar a discusión—. Quizá entonces entiendas que lo que ves, oyes y sientes es tan real como lo es tu presencia en esta casa. Con un poco de suerte, Helena estará en el comedor y podrá confirmarte que las drogas nada tienen que ver con lo que te está ocurriendo.

Dicho eso, giró sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta, algo que no hubiese tenido mayor importancia si no fuese porque sobre ese perfecto culo, justo donde acababa la columna, se balanceaba una maldita cola del mismo color ónix que la piel de su amante demoníaco.

—Oh dios mío —jadeó antes de dejarse caer sobre la cama y rezongar—. ¿Y quién coño es Helena?

La puerta se cerró tras él dejándola sola con el recuerdo de la caliente noche que empezaba a pensar había sido mucho más que un extraño y erótico encuentro de otra dimensión.

CAPÍTULO 21

—¿Has sacado la cola a pasear o te has olvidado de convocar el resto de los extras? Y no es que me queje, tienes un aspecto muy sexy.

Usher puso los ojos en blanco ante el divertido comentario de Gawrin y apartó la cola del camino del ilusionista; no había cosa que le molestase más que le tirasen de ella, un jueguecito que lo cabreaba sobre manera y que divertía a sus compañeros.

No había sido un descuido por su parte, sino la necesidad de aliviar la tensión de su propio cuerpo. Hacía tiempo que no absorbía tanta energía de la *Arena*, ese maldito lugar actuaba tanto como una batería recargable como lo hacía de sifón, un peaje que estabas destinado a pagar por penetrar en sus dominios, pero que nunca sabías que dirección tomaría hasta estar allí.

Su magia se había alimentado, le había recargado las malditas pilas hasta el punto de brillar como una jodida bombilla en un árbol de navidad, lo que en su caso equivalía a adquirir su encarnación demoníaca para poder canalizar dicha energía y drenar el exceso de ella de la más placentera de las formas.

Intuía que eso era lo que había hecho que Gwenevere se hubiese pasado las últimas horas vaciando su estómago, su magia había penetrado en ella más allá del sencillo hechizo para contener el desbordamiento de las emociones provocadas por el miedo y el terror que una situación sobrenatural solía emerger en los deudores. Su intención era mantenerla calmada, adormecer sus niveles de estrés, de modo que el terror y el miedo a lo desconocido no colapsara la frágil mente humana, pero su poder había ido más allá avivando el deseo de la mujer y arrebatándole prácticamente la capacidad de razonar.

Casi se alegraba de que los únicos efectos secundarios que hubiese provocado ese exceso sobre ella fuesen las horas pegadas al WC mientras vaciaba el estómago y la obvia resaca que había achacado a la ingesta de alcohol y las supuestas drogas en su cóctel.

—*La Arena* decidió inyectarme anoche un chute de energía —declaró, levantó la mano y chasqueó los dedos haciendo surgir unas chispas de colores en sus dedos—. Todavía no he recuperado mis niveles normales...

—¿Y tu deudora ha sobrevivido?

—Sí, aunque se ha pasado buena parte de la noche vaciando el estómago en el cuarto de baño —admitió con un ligero encogimiento de hombros—. Entre la botella de vino blanco que se bebió ella solita antes de entrar en el casino, el cóctel que también tuvo sus particulares efectos sobre ella y la sobrecarga sensorial, eso fue lo mejor que ha podido pasarle para depurar el organismo.

—Cada día que pasa estoy más convencido de que ese lugar tiene conciencia propia, una creada para joder —comentó. Sacudió la cabeza y lo señaló con un gesto de la mano—. Deberías sacar a pasear el resto, esta mañana hay convención demoníaca en el comedor.

Enarcó una ceja.

—¿Qué ha pasado?

—Veamos... Brish ha recibido una carta de su corte y se ha puesto de uñas, literalmente. —Empezó a enumerar con cada uno de los dedos—. Fey le ha dado la patada a Rhiannon, se ha envuelto con sus alas y enseña los colmillos a cualquiera que se atreva a preguntar que le ocurre, por otra parte, Aric se cabreó porque el íncubo le siseó a Helena, cuando se acercó a preguntarle por la humana, y utilizó su atracción natural contra ella, la cual todavía no termina de acostumbrarse a tanta testosterona demoníaca en el mismo lugar. Tengo que decir que esa pequeña humana sabe cómo retorcerle los huevos a alguien, nunca he visto a Fey aullar de esa manera. El caso es que al querido Ari no le hizo ni pizca de gracia que su humana le tocara la polla al íncubo, aunque fuese para retorcerle los huevos, con lo que se desencadenó una brusca confrontación entre el *sanguinar* y el gilipollas siseante.

—Es broma, ¿no?

—No, la Mansión se cabreó de lo lindo. A uno le cayó un candelabro encima y al otro una estatua, las puertas se abrieron y ambos fueron succionados, cada uno por un lado, hacia destinos no muy recomendables —relató con genuina diversión—. Cuando volvieron a manifestarse en la sala, ambos estaban tranquilos, mojados y chamuscados, pero tranquilitos.

Dejó escapar un resoplido, la idea de almorzar en la Mansión ya no le parecía tan atractiva como hacía unos pocos minutos. Lo último que necesitaba era provocarle a Gwenevere un ataque al corazón cuando aún no era capaz de asimilar el que él fuese real y no una enajenación mental.

—¿Helena está bien?

Todos y cada uno de los habitantes de la Mansión se habían encariñado con la humana. Gawrin y él sabían muy bien lo que esa mujer significaba para Aric y lo que su presencia había obrado en el *sanguinar*.

—Dado que le dijo a Aricles que ya podía irse buscando un banco de sangre y un sofá en la casa para pasar el resto de su vida, yo diría que sí —admitió entre risitas—. La engullí en una ilusión tan pronto me di cuenta de que esos dos iban a destrozar la casa.

—Buen chico.

—¿Quieres darme también una palmadita en la cabeza? —se burló tocándosela él mismo.

—¿Y estropearle el peinado? —replicó con la misma burla—. No estoy tan desesperado, Gaw.

—¿Y dónde has dejado a tu deudora?

—En mi suite. —Señaló con el pulgar por encima del hombro.

—Vaya, parece que a esta casa le gusta tener inquilinas femeninas —admitió con una risita—. Primero Rhiannon, luego Helena y ahora Gwenevere.

—No se quedará mucho tiempo...

—Eso dijo Aric de su mujer y ya ves cómo hemos terminado.

—Aricles tenía una historia pendiente con esa humana, su destino era recuperarla y pasar el resto de su vida con ella.

—¿Y el de Fey llevarse el batacazo de su vida? —le soltó con su habitual agudeza—. ¿No se te ocurrió advertirle de lo que iba a pasar con esa pelirroja antes de que hubiese decidido quedarse con ella?

—No soy un oráculo, Gawrin, tampoco tengo una bola de cristal en la que pueda ver qué gilipollez cometeréis cada uno de vosotros —replicó con palpable ironía—. El futuro es tan caprichoso como el destino quiera que lo sea, las elecciones y decisiones que se toman alteran el camino a seguir y solo veo aquello que el destino quiere que vea...

—O lo que es lo mismo «*no soy una pitonisa, Gaw, voy a ciegas*».

—¿No es lo que acabo de decir?

Se echó a reír.

—De acuerdo, ¿qué piensas hacer ahora con tu deudora? ¿Qué la ha llevado al *Circus*?

—No qué, sino quién —aclaró y señaló—. Kaliel Rush es uno de los principales responsables, según parece, pero hay otra criatura en el tablero con la que no contaba. Maise Cooper.

—¿Maise? ¿Quién es esa?

—Una *banshee*.

—¿Tu deudora tiene tratos con una de esas perras irlandesas?

—Mucho me temo que Gwenevere no tiene la menor idea de que la mujer a la que achaca todos sus problemas financieros, es una mensajera de la muerte.

—Pero, ¿qué coño hace una *banshee* rondando a una humana si no es para... bueno, ya sabes, si no tiene un pie en la tumba?

—Todavía no sé la relación que las une, cómo tampoco el motivo por el que ese lord está tan interesado en mi deudora, lo suficiente como para enviar a uno de sus perros a tantearla.

—¿Has hablado con Brishen de esto? —preguntó bajando el tono de voz.

—Todavía no —admitió con gesto pensativo—. Primero quiero saber qué hay detrás de todo ese movimiento que ha llevado a Gwenevere al *Circus* con una deuda completamente ajena a ella.

—Una *banshee*, uno de los miembros de la *Corte Flameris* y una humana a la que han endosado una deuda de juego que ni siquiera le toca de refilón.

—Buen resumen.

Su amigo sonrió de soslayo.

—Vas a disfrutar desentrañando este extraño puzzle.

—No puedo negar lo evidente, con todo, la búsqueda tendrá que esperar, mi prioridad ahora mismo es Gwenevere —admitió mirándole—. La *banshee* tendrá que esperar.

Una perezosa sonrisa curvó los labios del ilusionista.

—Dado que no tengo nada mejor que hacer durante esta semana, mientras tú te entretienes con tu deudora, yo haré un poco de ejercicio y buscaré a esa irlandesita.

—Intenta encontrarla de una sola pieza, necesito respuestas y algo me dice que ella es la única que puede darlas.

—No te preocupes, seré muy delicado —le guiñó el ojo y lo recorrió de nuevo con la mirada—. Oh, y saca a pasear los accesorios de hueso, así el conjunto será de lo más chic.

Abrió la boca para decir algo, pero un grito femenino se llevó sus palabras, atrayendo la atención de ambos.

—¿Tu deudora? —preguntó con una mueca.

Suspiró y asintió.

—Eso me temo.

Giró sobre los talones y se desvaneció en el aire, no tenía tiempo para sutilezas, al parecer su tarea había dado comienzo.

CAPÍTULO 22

Algo iba mal en su cabeza, pero que muy mal, pensó Gwenevere mientras contemplaba entre anonadada y horrorizada la peculiar escena que se desarrollaba delante de ella. Ni siquiera sabía cómo narices había terminado en esa sala. Todo lo que había hecho fue salir de la cama y cruzar el dormitorio hacia la puerta por la que se había marchado Usher con intención de llamarle de nuevo, pero en cuanto la manilla cedió y esta se abrió, se quedó mirando un pasillo completamente vacío.

Sabía perfectamente que no había dado más de dos pasos desde el umbral, podía jurarlo por su vida, pero al dar media vuelta para entrar en la habitación, se encontró frente a los hombres y a la mujer que ahora la miraban como si fuese a ella la que le hubiese crecido otra cabeza.

La educada y avergonzada disculpa que estaba a punto de brotar de sus labios murió en el mismo instante en que se encontró con un par de ojos rojos fijos en ella, unos labios negros que se separaron mostrando un par de puntiagudos colmillos y lo que pensó que era algún tipo de chal o capa, se desplegaba al tiempo que el hombre se levantaba de la mesa revelando unas alas que le recordaron a las de un murciélago.

El «*quién eres tú*» que pronunció se perdió en el aire. El miedo fue instintivo, se giró para escapar y no pudo evitar soltar un alarido al encontrarse de frente con otro individuo con unas alas similares, afilados rasgos demoníacos y unos brillantes y sobrenaturales ojos verdes clavados en ella con curioso interés. Él también abrió la boca, pues sus desarrollados colmillos parecieron brillar ante sus ojos trayendo a su mente una única palabra: «vampiro».

No escucho lo que decía, su mente se había apagado y sus oídos solo captaban el latido de su propio corazón, el cual parecía dispuesto a saltarle fuera del pecho.

Y entonces apareció ella, una mujer con apariencia humana que no dudó en empujar al primer tipo a un lado para abrirse paso y caminar en su

dirección. Levantó las manos, hablándole con suavidad, como si fuese un animal atrapado al que hubiese que tratar con tacto y no dudó en ladrarle al vampiro de mirada siniestra que había dado un paso en su dirección.

—Ni se te ocurra, incubo. —Lo frenó en seco—. Ari, pliega las alas, desaparécelas, lo que sea y eso va también por ti, Fey, la estáis asustando...

¿Asustando? Eso se quedaba corto, el miedo al menos le daría algo para reaccionar, pero allí estaba, mirándoles, ahogándose de nuevo en esa balsa de agua de la que le era imposible emerger, sintiendo que se hundía cada vez más.

—Gwenevere.

Dio un salto, de manera literal, el grito que soltó en el proceso le erizó el vello y habría salido corriendo como alma que lleva el diablo si su pesadilla particular no la hubiese placado y sujetado cuando pasaba por su lado.

—¡Suéltame! ¡Déjame ir! ¡Quiero irme! ¡Necesito salir de aquí! —peleó contra él, empujó, le golpeó y acabó jadeando en busca de aire—. Sácame de aquí, oh dios, sácame de aquí, por favor.

—Tranquila. De los tres, Helena es la única que debería darte miedo de verdad.

Sus palabras fueron como un electroshock, levantó la cabeza y se encontró con sus ojos azules y su absoluta calma.

—Sí, claro, cómo no. —Se quejó la aludida llamando de nuevo su atención. Se había llevado las manos a las caderas y parecía dispuesta a ir a la guerra—. Está claro que no os miráis muy a menudo en el espejo, Usher, de lo contrario entenderías porque una mujer racional acabaría desmayada o muerta de un infarto de miocardio al encontrarse de golpe contigo, con el *polla caliente* o el *señor mordisquitos*.

—¿Polla caliente?

—¿Señor mordisquitos?

—Hoy tienes para todo el mundo, Lena. —Se carcajeó alguien más y Gwenevere no tardó en conocer a otro miembro más de esa extraña secta. En el caso del recién llegado, no había nada, a primera vista, que lo calificase como uno de ellos, pero su sola presencia parecía sobrenatural—. Hola, pastelito, bienvenida a la Mansión.

Se lo quedó mirando sin saber cómo responder, su cerebro parecía haberse fundido otro poco en los últimos minutos y empezaba a preguntarse si recuperaría el funcionamiento habitual alguna vez.

—Gwenevere, ellos son Gawrin, Fey y Aric. —Usher le fue presentando a cada uno de los monstruos presentes en la sala—. Y la humana que da órdenes como un sargento, es Helena, la mujer de Aric.

En el transcurso de un parpadeo, las alas, colmillos, ojos rojos y todo aquello que los proclamaba como seres sobrenaturales, se desvanecieron y los dos hombres adoptaron una apariencia humana. La inmediata transformación volvió a sobresaltarla y terminó pegándose todavía más a la inamovible columna en la que parecía haberse convertido Usher. Con sus brazos todavía alrededor del cuerpo, las grandes y firmes manos acariciándola sistemáticamente, empezó a respirar con mayor tranquilidad. El latido presente en sus oídos empezó a disminuir y el miedo se sofocó una vez más.

—Yo no doy órdenes como un sargento, capullo —replicó la mujer apuntándole con el dedo—. Y ahora, ¿quieres hacer el favor de soltarla para que pueda sentarse a la mesa? La Mansión no ha desplegado un nuevo servicio por amor al arte y estoy segura de Gwenevere ni siquiera ha desayunado.

Escuchar su nombre en boca de alguien que no tuviese una voz ronca, profunda y le provocase escalofríos fue un gran cambio.

—Te estimo, Helena, pero no tanto como permitirte insultos.

La respuesta de su acompañante fue dura e hizo que la mujer entrecerrase los ojos sobre él con abierto desafío.

—Si buscas exquisita educación y cordialidad por mi parte, deberías empezar a trabajar en tus modales, para empezar —replicó con un bajo siseo.

—Helena, no voy a interponerme si sigues por ese camino.

La advertencia llegó de Aric, a quién había conocido en el casino. Él se acercó a la mujer desde atrás y le rodeó la cintura con el brazo, una sutil manera de ofrecerle su apoyo e indicarle a su oponente que tampoco iba a permitir que él se interpusiese en el camino de la chica.

—Se os olvida que yo ya he estado en sus zapatos y no es precisamente agradable —replicó Helena—. Sobre todo porque ese maldito brebaje ahoga cada una de las emociones hasta el punto de sentir cómo si te estuvieses ahogando en un mar en calma.

—¿Qué brebaje?

Sabía que su voz había salido entrecortada, incluso ahogada, pero sus palabras acababan de retratar lo que le ocurría.

—El cóctel que han debido de ofrecerte en el casino.

—¡Lo sabía! —declaró liberándose de sus brazos para poder mirarle y acusarle—. ¡Me drogaste!

—Gracias, Helena, no olvidaré este momento en mucho tiempo —murmuró él con una abierta amenaza en la voz, entonces se centró en ella—. Por última vez, porque no pienso volver a repetirlo, no había ninguna clase de droga en ese cóctel y sí, tus emociones están contenidas y seguirán así hasta que te acostumbres a esto —señaló a sus compañeros y el lugar en sí—, de otro modo tu mente analítica, no lo soportaría, sucumbirías al miedo y, con toda probabilidad, terminarías en la cama de un hospital con un paro cardíaco, eso siendo generoso. Soy un chamán, un hechicero, si así lo entiendes mejor, no necesito utilizar drogas humanas, mi magia es de lejos mucho más efectiva y no resulta dañina para el organismo... si ese es mi deseo.

—Hechicero —repitió la palabra y lo recorrió con la mirada en el proceso, deteniéndose con un jadeo ante el hipnótico balanceo de una cola oscura veteada a su espalda—. Estoy perdiendo la cabeza.

—No más que la mayoría —murmuró y le señaló la enorme mesa a la que habían estado los demás miembros de la sala—. Siéntate, necesitas reponer fuerzas. Después verás las cosas de otro modo.

—¿De otro modo? —No pudo evitar soltar una ahogada e histérica risa—. Sois... monstruos...

—El término que buscas es *demonios*, pastelito —puntualizó Gawrin con un carraspeo—, eso si quieres empezar con buen pie en esta casa.

—... o permanecer en ella —comentó Fey.

—Hombres, da igual la clase o raza a la que pertenezcáis, no tenéis ni puta idea de cómo tratar a una mujer —farfulló Helena y, antes de que pudiese evitarlo, se encontró llevada por la mujer al otro lado de la mesa, dónde había un juego completo de desayuno impoluto—. Ven, ignóralos, sé de primera mano que es la mejor manera de enfrentarte a esta situación.

—¿Cómo puedes saberlo?

Ella sonrió y la calidez que emanó esa sonrisa diluyó un poco más su aprensión.

—Porque yo también me senté ante una de las mesas de juego del *Soul Circus Casino* y perdí —declaró cubriendo su mano—. Nadie puede siquiera empezar a imaginarse lo que se siente al descubrir que lo que creías una fantasía, se vuelve realidad ante tus propios ojos, el miedo, la incompreensión y el terror que te inunda... Yo lo descubrí una vez sin los beneficios del «cóctel» y créeme, Gwenevere, lo que quiera que haya hecho Usher para minimizar ese estado, es mejor que nada.

No sabía cómo responder a eso, así que se limitó a sentarse y recorrer con la mirada la mesa hasta encontrarse de nuevo con los ojos ahora azules del chamán.

—Helena 1 - Usher 0 —escuchó que mascullaba alguien entre risas—. Aric, cada vez me gusta más tu mujer.

—También a mí, pero no por eso dejaré que te la folles —respondió el aludido con abierto hastío.

—Tú quitándole siempre la diversión a todo —chasqueó en respuesta.

—Ignórales —le sugirió Helena apoyándose en el respaldo de su silla—, es la cantinela que llevo escuchando entre Aric y Gawrin desde que llegué a esta casa.

—Eso es porque tú no has dicho que sí, Lena —replicó Gawrin dedicándole un guiño a la mujer—, de lo contrario disfrutarías de un estupendo trío.

—Por encima de mi cadáver, *ileriano*.

El hombre se echó a reír y le sopló un beso antes de dirigirse a su compañero y palpearle el hombro.

—Lo dicho, Aric, me encanta tu mujer.

El aludido puso los ojos en blanco y extendió la mano en dirección a la mujer.

—Lena, se hace tarde.

—Mierda, es verdad —jadeó la chica, soltó unos cuantos improperios de carrerilla y se inclinó hacia ella—. Tengo algo que resolver esta mañana, pero por la tarde estaré libre, si sigues por aquí y te apetece charlar, solo pregunta a la Mansión y te indicará al momento dónde estoy.

¿Preguntar a la mansión? Ni siquiera pudo preguntar a qué se refería, pues la chica arrancó en una breve carrerilla, se agarró a la mano extendida de su pareja y ambos se esfumaron, literalmente, en el aire.

—Joder...

—Respira, pastelito, solo respira —se rio Gawrin, le guiñó el ojo y se volvió hacia Usher—. Me gusta su estilo, es muy... erótico, pero imagino que no estás de humor para compartirla así que... me voy.

—Subrayo las palabras del ilusionista —añadió Fey uniéndose a su compañero.

Al contrario que la pareja, ambos optaron por la puerta, la cual se cerró detrás de ellos dejándoles a solas en aquella enorme sala. Su amante la recorrió con la mirada y chasqueó la lengua.

—Cierra los ojos —le dijo al tiempo que caminaba hacia ella.

—¿Por qué?

Se detuvo a su lado, apoyando una mano en la mesa y la otra en el respaldo de la silla, bajó sobre ella y le susurró al oído con genuina diversión.

—Porque imagino que preferirás llevar puesto algo más que una de mis camisetas deportivas cuando te sientas a la mesa a desayunar.

Su comentario la hizo jadear y, por primera vez desde que salió del dormitorio, fue consciente de que lo había hecho tal cual estaba, con la enorme camiseta masculina y sin nada debajo.

—Oh, joder —gimió mientras enrojecía hasta la punta del pelo—. Maldita sea, es culpa tuya, si no te hubieses ido de esa manera...

—Cierra los ojos —pidió una vez más y acompañó su petición con los dos dedos bajándole los párpados—, y piensa en algo bonito.

—Tú colgando de una soga —rezongó.

Un inesperado viento caliente acompañó su carcajada mientras le lamía la piel, un segundo después notó como nuevas e inesperadas prendas se le ceñían al cuerpo. Abrió los ojos, apartándose de su contacto y no pudo evitar jadear al verse las piernas cubiertas por unos pantalones vaqueros y una camiseta ciñéndole los pechos debajo de una liviana chaqueta. Incluso sus pies estaban ahora calzados con zapatillas, sus zapatillas deportivas.

—¿Cómo...?

Usher cogió la servilleta que estaba sobre la mesa, la sacudió con elegancia y se la puso sobre el regazo.

—Desayuna, después te llevaré a casa —le apartó un mechón de pelo de la cara, remetiéndolo detrás de la oreja y se incorporó.

La besó en la cabeza, un gesto que la sorprendió casi tanto como la aparición de un completo desayuno continental ante ella en la mesa.

—Esto no está pasando...

—Sigue repitiéndotelo y quizá consigas convencerte de ello.

Se giró en la silla para ver cómo se alejaba y no pudo evitar morderse el labio para no soltar de nuevo una maldición al ver cómo esa cola se agitaba como una perezosa serpiente a su espalda.

No era humano, tenía cola y, cómo le había dicho Gawrin, solo había una palabra correcta para definirle; *demonio*.

«Quizá debas perder jugando a las cartas, Gwene, la recompensa será mayor si pierdes que si ganas».

Sacudió la cabeza al recordar las palabras de Silvie. No, no podía ser verdad, nada de lo que le había dicho en la lectura tenía sentido y sin embargo, aquí estaba, sentada a la mesa de uno de los demonios, hombres o lo que fuese, más sexy que se hubiese cruzado en su camino.

CAPÍTULO 23

De pie en la entrada de su modesta casa, la misma que estaba a punto de perder, Gwenevere se dio cuenta de que parecía que habían pasado días y no tan solo unas pocas horas desde que salió por la puerta. Todo lo que elucubró el día anterior se deshizo como un castillo de naipes bajo una ráfaga de viento, aceptar la invitación y traspasar el umbral del casino la había sumergido en un mundo que a duras penas se atrevía a considerar real.

—¿Vas a entrar o prefieres que te deje en algún otro sitio?

Giró sobre los talones para ver a Usher de brazos cruzados y apoyado en la puerta del coche, la había arrastrado del comedor a un garaje dónde la hizo subir a uno de los coches, para luego ponerse él al volante y conducir finalmente hasta aquí.

Ni siquiera le había pedido la dirección, había encendido el motor y algo menos de veinte minutos después, enfilaban por su calle, deteniéndose justo delante de la típica valla blanca de las casas de la zona. Aunque hubiese querido recordar el camino, le habría resultado imposible, en cierto momento el paisaje a su alrededor pareció desdibujarse y al siguiente, estaban saliendo de la autopista.

Cualquier rasgo demoníaco se había extinguido, sus ojos azules brillaban por sí mismos con esa humana intensidad, el pelo se le había alborotado por el viento y los vaqueros, con la camisa y el chaleco que ya le había visto llevar en la cafetería, le devolvían al «jefe» que ella conocía, alejándole del «demonio» que la había arrastrado a toda aquella locura.

Demonio. El término todavía se le atascaba en la garganta y le provocaba escalofríos.

—¿No deberías estar ya en el Kerrigan's?

La sonrisa perezosa que le curvó los labios, mientras descruzaba los brazos y avanzaba hacia ella, le provocó un temblor de inesperada

excitación. Parpadeó sorprendida por su propia reacción y se tensó a medida que se acercaba.

—Me voy ahora para allí, pero debo cerciorarme de que tú estarás bien y que no harás nada estúpido.

—¿Nada como qué?

—Dar media vuelta en el momento en que arranque el coche y ponerte a vagabundear sin rumbo fijo —admitió con sencillez—. Ahora eres mi responsabilidad...

—No lo soy...

—... y sé lo mucho que te ha impactado cada uno de los pasos que has dado desde el momento en que pisaste el casino.

—¿Y puedes culparme por ello?

—No, Gwen, no te culpo de nada, de hecho, intento que tú misma no te culpes por cosas que no habrías podido evitar, ni aunque lo hubieses intentado —le aseguró mirándola a los ojos—. Debes seguir tomando tus propias decisiones tal y cómo lo has hecho hasta ahora, eso lo que necesitas, más allá de lo que yo pueda decirte o pensar al respecto, necesitas recuperar tu propia vida.

—En ese caso, súbete al coche y déjame en paz —replicó tomando al pie de la letra sus palabras

—Lo haré tan pronto me digas si vas a quedarte aquí o te irás a algún otro lugar.

—¿Quieres que te haga un *planning* y así te quedas más tranquilo? —resopló con creciente irritación—. O quizá prefieras ponerme una pulsera de localización, ya puestos.

Ladeó la cabeza y sonrió dejando entre ver una perfecta dentadura.

—No es algo que necesite, mi pequeña deudora, sabré dónde estás en cada momento.

—Eso no suena precisamente tranquilizador.

—¿Quieres escuchar algo tranquilizador?

—Dudo siquiera que conozcas el término.

—Ven a la cafetería a las nueve, te estaré esperando con un café recién hecho y una ración de tarta de queso.

—Eso no es tranquilizador, es una amenaza —replicó con un bufido—. Y yo no he cocinado ninguna tarta de queso para el *Kerrigan's*.

—No, no lo has hecho... todavía. —Se inclinó sobre ella y la besó en la mejilla—. Disfruta de tu tarde, Gwenevere.

Parpadeó entre sorprendida por su beso y conmovida por la calidez que sintió en el estómago ante el gentil gesto.

—¿En serio te vas?

Preguntó al ver que se alejaba de nuevo de vuelta al coche.

—Es obvio que no quieres que me quede y yo tengo algunas cosas de las que ocuparme —admitió llevándose las manos a los bolsillos—. Nos veremos esta noche.

—¿Qué te hace pensar que acudiré?

—Que de todos tus males, descubrirás que yo soy el menor —le soltó levantando el brazo a modo de despedida al tiempo que abría la puerta del lado del piloto con obvia intención de entrar—. No llegues tarde, Gwen.

Dicho eso, se metió en el coche y arrancó con repentina prisa.

—Dios, esto no puede estar pasando —miró su casa y suspiró—. Ojalá fuese todo un maldito sueño...

Pero su particular pesadilla parecía empeñada en seguir acumulando desastres, pensó atravesando el umbral y sintiendo que se le encogía el estómago al ver todas las cajas apiladas en el recibidor.

Un día. Mañana el banco ejecutaría la hipoteca y ella se quedaría en la calle.

—¿Por qué no dejas caer una bomba sobre mí y terminamos de una vez?

Todo estaba tal cual lo había dejado la noche anterior, la botella vacía sobre el mueble, la copa con apenas un culín de vino... Anoche, todo había ocurrido esa pasada noche. Se estremeció, no quería pensar, no quería recordar, pero era más fácil decirlo que hacerlo.

Recogió la copa, dejó caer la botella en el contenedor destinado al cristal y fregó los cacharros que habían quedado en el fregadero, puso la tetera al fuego y abandonó la cocina rumbo al sofá de la sala cuando el timbre de la puerta la hizo detenerse en seco.

Resopló, echó la cabeza hacia atrás y gimió como una moribunda. Empezaba a pensar en ignorar el timbre, en hacer creer a quién estuviese al otro lado que no había nadie en casa, pero la insistencia del estridente sonido le crispaba los nervios. Se levantó de mala gana y atravesó la casa dispuesta a decirle, a quién estuviese molestándola, lo que podía hacer exactamente con ese dedo.

—Levanta el dedo de ese botón o te lo corto, cap... —Las palabras se esfumaron de sus labios en el preciso instante que vio a la persona que se encontraba al otro lado de la puerta.

—Hola Gwene.

Escuchar de nuevo su voz fue como recibir una descarga eléctrica, todo su cuerpo entró en tensión, sus dedos apretaron con fuerza la madera de la puerta hasta ponerse blancos.

—¿Qué haces aquí?

Con obvia vacilación y una repentina imposibilidad de mirarla a la cara, su inesperado visitante respondió.

—He venido a pedirte perdón.

Si el *Conejo Blanco* de *Alicia en el País de las Maravillas* hubiese llamado a su puerta diciendo «*llego tarde*», no le había sorprendido tanto como el encontrarse con el hombre que ahora tenía frente a ella. Bien vestido, mejor de lo que lo había visto jamás, con otro peinado, fresco como una lechuga e incluso con un ramo de flores en las manos, se encontró a Greg, su ex prometido.

CAPÍTULO 24

Había cosas que jamás cambiaban en el *Underground*, pensó Usher echándose a un lado justo a tiempo para evitar un proyectil en forma demoníaca que atravesó la entrada para aterrizar, en un lío de alas, cola y miembros, contra los contenedores al otro lado de la calle. Tras él apareció una atractiva y curvilínea *súcubo* que se limpiaba las manos la una contra la otra mientras dejaba claro su punto con un profundo acento parisino.

—Nadie critica mi comida, Connard —replicó llevándose las manos a las caderas y dejando clara su postura—. Si tus papilas gustativas no funcionan o te las han extraído, vete a que te las arreglen o devuelvan, porque si vuelves a poner una sola pezuña en mi bar, no quedará de ti ni las cenizas.

El chico no era más que un joven demonio imberbe y también estúpido, nadie en su sano juicio jodería con Juliette en su propio territorio, lo más inteligente que podía hacer era bajar la cabeza y largarse corriendo, pero él parecía dispuesto a inmolarse a sí mismo.

—No tienes derecho a...

—Si quieres vivir, cierra el pico, pliega las alas y arrastra tu culo fuera de aquí. —Se adelantó, evitando que la entrada se viese inundada de sangre y vísceras, que sin duda sería lo que ocurriría como ese idiota siguiese protestando—. No se le lleva la contraria a la propietaria del bar, mucho menos cuando ella está presente. Si quieres mantener los ojos en sus cuencas y cada órgano dentro del cuerpo, lárgate ya.

La poca lucidez que podía haber en esa alcoholizada mente masculina pareció surgir a la superficie, porque el muchacho tuvo el buen sentido de cerrar la boca y escabullirse sin nada más que algunos bajos siseos.

—Buen chico —suspiró para sí y se volvió hacia la mujer, quién lo recorría con una abierta mirada sexual—. Te veo bien, Juliette.

—Usherian el Kerr —ronroneó ella, se lamió los labios y le dedicó una amplia sonrisa predadora—. Dichosos los ojos que te ven, hechicero, el mundo humano se debe estar consumiendo si te has dejado caer por el *Underground*.

Correspondió a su sonrisa y chasqueó la lengua.

—¿No puede apetecerme solo venir a verte?

Se echó a reír, un sonido musical que te erizaba la piel y despertaba el deseo de cualquier hombre que la rondase.

—*Mon cœur*, incluso tus mentiras suenan dulces en los oídos de quienes las escuchan —replicó y sacudió la cabeza—. ¿No deberías estar trabajando en ese delicioso local tuyo?

—Me he tomado el día libre, tengo otras cosas entre manos.

—¿Otras cosas? —Volvió a recorrerlo con la mirada, sonrió de soslayo y señaló el umbral con un gesto de la barbilla—. Entiendo, ¿por qué no pasas y me cuentas en que andas metido ahora?

—Lo haré si mi invitas a una de esas fantásticas creaciones culinarias tuyas —la engatusó.

Sus ojos brillaban, siempre lo hacían cuando alguien la halagaba con sinceridad.

—Sígueme —ronroneó y pasó ante él meneando las caderas.

Juliette Francois era una hembra peligrosa, un demonio sexual con una baja tolerancia a las gilipolleces y que regentaba uno de los pocos locales en el mundo humano para razas sobrenaturales. Era curiosa la manera en la que funcionaba aquel lugar y cómo permanecía oculto de los ojos de los mortales, solo quien poseía un gramo de sangre de demonio podría encontrarlo y traspasar el umbral, dejando atrás cualquier tipo de *glamour* o camuflaje y mostrándose tal cual era en realidad.

Notó el hechizo grabado en esas paredes y sintió cómo lo despojaba de su aspecto humano, el cambio fue inmediato, sacudió la cola, destensó los hombros y deslizó la punta de la lengua por uno de sus colmillos. Sus ojos se adaptaron a la nueva iluminación del interior, echó un rápido vistazo a su alrededor reconociendo algunas caras y continuó hacia la larga barra de color caoba detrás de la que ya se movía Juliette.

Si la súcubo era encantadora en su forma humana, la original la convertía en una oscura belleza. Con una piel suave color canela, un largo y lacio pelo negro que le caía casi hasta la cintura y unos labios color borgoña

que dejaban vislumbrar dos pequeños y coquetos colmillos, era una creación de otro mundo. Su magnetismo sexual era como un afrodisíaco que atraía a machos y hembras por igual, eran pocos los que no caían en sus redes y los que lo hacían, recordarían ese momento durante el resto de sus patéticas vidas.

—De acuerdo, *mon freud*, cuéntame —pidió sirviéndole una copa—. ¿Qué ha hecho que dejes tu cómoda y pequeña cafetería humana y vengas a este oscuro e infernal tugurio?

Ocupó uno de los taburetes y cruzó los dedos de oscuras uñas.

—Una de las deudoras del *Soul Circus*.

Enarcó una ceja y se inclinó hacia delante, apoyándose sobre la barra.

—Así que sigues trabajando para él. —Sacudió la cabeza—. ¿Cuánto tiempo de servicio te queda?

—El que sea necesario —replicó desestimando la pregunta y la curiosidad subyacente en su voz.

—De acuerdo, no preguntaré más —aceptó, chasqueó la lengua y se incorporó un poco—. ¿Qué es lo que necesitas?

Esto era lo que hacía de ella una mujer no solo atractiva sino valiosa, era de las que iban al grano.

—Encontrar a alguien —admitió y echó un nuevo vistazo a su alrededor—. Una *banshee*, en el mundo humano responde al nombre de Maise Cooper y, de algún modo, parece estar relacionada con uno de los lores de la *Corte Flameris*... entre otras cosas.

—¿Quién?

—Kaliel Rush.

Parpadeó varias veces y resopló lanzándose a una rápida diatriba.

—Déjame adivinar, esa *banshee* formaba parte de su oscuro harem.

—¿Un harem?

Entrecerró los ojos y se inclinó hacia delante, mirándole a los ojos.

—¿Por qué te interesa esa pequeña *mensajera de la muerte*? Si forma parte del harem de Lord Kaliel... no durará mucho.

—Porque alguien parece haber perdido a propósito en las mesas del casino para dejar una deuda a nombre de mi deudora.

Ellaladeó la cabeza, echándose el pelo sobre el hombro de forma sensual.

—Entonces, has salido de caza y por una humana, nada más y nada menos.

—Me he quedado con su deuda, así que, me interesa dar con ella para poder recuperar mi inversión.

La súcubo resopló y puso los ojos en blanco.

—Como si tú tuvieses problemas de dinero para echar de menos esa calderilla, Usherian, esto es algo personal, te gustan demasiado los humanos...

—Mis ancestros eran humanos...

—Y demonios. —Lo señaló entero con un coqueto gesto—. Por suerte en ti el equilibrio es... magnífico.

—Gracias —se rio—. Tengo buenos genes.

Ahora fue ella la que se echó a reír, destensando el ambiente,

—Si no me cayeses tan bien, ahora mismo saldrías volando a través de la puerta —aseguró chasqueando la lengua—. Veré que puedo averiguar sobre tu *banshee*, mientras tanto, ponte cómodo y cuéntame cómo te has metido en esta nueva aventura.

—Jugando, Julliette, jugando y ganando a las cartas.

CAPÍTULO 25

—¿Puedo pasar?

Gwenevere no podía creer que hubiese pronunciado esas dos palabras, no después de lo que le había hecho. El presentarse allí y llamar a su puerta ya era lo bastante surrealista cómo para dar más importancia a esa frase.

—No, no puedes —declaró con tal firmeza que lo llevó a levantar la cabeza y mirarla casi con sorpresa—. ¿Qué te ha llevado a pensar que podías volver a poner un solo pie en esta casa después de lo que esa zorra y tú me hicisteis? No sé cómo tienes la desfachatez de presentarte siquiera en mi puerta.

—Me equivoqué, Gwene.

—No me digas.

—Tienes derecho a dudar y a no creer en mis palabras, pero necesitaba pedirte perdón —continuó con tono derrotista, tendiéndole el ramo—. Son para ti.

—No las quiero.

—Gwene, han sido muchos los años que hemos pasado juntos, casi toda una vida, no puedes echar por tierra todo eso por tan solo... un desliz —se justificó—. Sé que tengo la culpa, no te merecías... eso.

—¿Eso? —dejó escapar un resoplido—. Llámalo por su nombre, Greg, follarte a la que entonces consideraba mi mejor amiga. No te importó que estuviésemos prometidos, que digo, yo no te importé lo más mínimo, ¿y ahora vienes con un ramo de flores en las manos y una disculpa? Tenías que haberlo pensado antes de meter la polla en un agujero ajeno.

—Joder, nena, lo siento, yo... —chasqueó, cómo si no supiese cómo seguir—. Ella no es lo que parece, no es lo que crees, me embaucó...

—Vaya hombre, ¡pues bien venido al club! —replicó cruzándose de brazos.

—Gwene...

—¿Qué? Has venido a pedir disculpas, pues bien, vale, listo —sentenció sin más—. Ya lo has hecho, así que ahora dime dónde demonios está mi dinero. ¿Qué habéis hecho con las mensualidades de mi hipoteca y con los fondos que teníamos en la cuenta?

—Cariño, no sé de qué me estás hablando...

Lo de fingir nunca se le había dado bien, estaba claro que se olvidaba que lo conocía desde el instituto, que sabía cuándo se marcaba un farol. Era un actor consumado y un gran comunicador, pero ella había aprendido con el paso de los años a detectar esas pequeñas mentiras y sus estudiadas actuaciones.

Señaló la casa a su espalda con un gesto del pulgar.

—¿Quieres que te lo refresque? Bien, no hay problema. Os apropiasteis de las mensualidades de la hipoteca, me vaciasteis la cuenta y, aún no sé cómo, uno de tus socios ha estado usando mi nombre para ponerme al frente de sus deudas, así que deja el teatrillo y dime qué coño habéis hecho con mi dinero. ¿Dónde está Maise? ¿Qué habéis hecho con mi dinero? ¿Quién demonios es ese Kaliel Rush y por qué mierda sabe mi nombre?

—Joder, Gwene, no tengo la menor idea de lo que estás hablando —replicó ahora con su acostumbrado tono de fastidio, bajando el ramo. Sí, este era él, ¿por qué solo ahora se daba cuenta de esos pequeños detalles y de lo mucho que en realidad siempre le habían molestado? ¿Cómo los había podido pasar por alto?

Y más aún, ¿cómo había podido pasar tanto tiempo al lado del hombre que estaba ahora ante ella?

Los hoyuelos que le habían parecido atractivos en su momento, ahora ya no lo eran, sus facciones eran demasiado abruptas, sus ojos reflejaban mentiras y falsedad, todo en él no era más que... fachada. Ya no le parecía tan atlético, ni apetecible en un entorno puramente sexual y, por dios, detestaba ese tono nasal con el que hablaba a veces.

¿Cómo no se había dado cuenta de ello antes? Había pasado más de media vida a su lado, ¿se habría conformado con la comodidad? ¿Había estado tan necesitada de compañía que se volvió ciega a sus defectos?

De manera inconsciente le vinieron a la mente otros ojos, un rostro muy distinto y unos labios cuyos besos la habían hecho perder la cabeza en un abrir y cerrar de ojos. Greg nunca la había desconcertado de esa manera, con él todo había sido *a*, *b* o *c*, sin giros, sin sorpresas.

Sacudió la cabeza haciendo a un lado los peregrinos pensamientos, descruzó los brazos y se los llevó a la cadera.

—No te creo —sentenció finalmente—. ¿Qué habéis hecho con mi dinero? ¿Dónde están nuestros ahorros? ¡Las mensualidades que nunca fueron ingresadas para pagar la hipoteca!

—¡No lo sé! ¡Pregúntaselo a esa perra de Maise! —Estalló, su rostro se desfiguró por la rabia y un inusitado rencor—. Fue ella la que se lo llevó todo.

Entrecerró los ojos, no le creía, no sabía por qué, pero seguía sin creerle.

—No te creo.

—Te digo la verdad, Gwene, yo no quería meterme en esto, ¿vale? —Pasó de nuevo a la justificación—. Ella me embaucó, me sedujo...

Enarcó una ceja y soltó un resoplido.

—Maise ni siquiera podía verte, Greg, no te soportaba...

—Todo era un truco para que no sospechases de ella... —declaró con absoluto convencimiento—. Es toda una actriz, sabe cómo envolverte, cómo hacer que te lo cuestiones todo. Yo no quería, me sentía culpable, pero entonces... nosotros parecíamos habernos distanciado y ella me dijo que tú...

—¿Que yo qué? —De verdad, empezaba a echar de menos las palomitas para disfrutar adecuadamente de la actuación.

Se pasó las manos por el pelo con gesto nervioso, resopló y puso esa cara de cordero degollado con la que siempre se había salido con la suya. Era curioso que lo que antes le había parecido incluso tierno, ahora lo viese como una actitud infantil y provechosa por parte de un hombre que lo tenía todo.

—Es culpa mía, cariño, por confiar en ella, por creerla cuando me dijo...

—Sacudió la cabeza y siguió con su oscarizada actuación—. Dios, ¿por qué la creí? Sabía que era tu mejor amiga, pero... creer algo como eso...

—¿Cómo qué? —Lo animó—. Vamos, adelante, continua... esto se está poniendo muy interesante.

Su tono debió de sorprenderlo pues perdió el hilo de su actuación durante unos segundos.

—Ella... ella me juró que me estabas poniendo los cuernos con alguien...

—No me digas —Ladeó la cabeza—. ¿Y ese alguien tenía nombre?

—Gwene, ella era tu mejor amiga... —Se evadió de la pregunta.

—Sí, eso parecía...

Resopló, aquello se estaba alargando bastante, echó un vistazo hacia el interior, pensando en dar media vuelta y dejarlo allí, pero él seguía con su monólogo.

—...quién mejor te conocía, no quería dudar, pero...

—Todavía no me has dicho el nombre del tío con el que supuestamente te estaba poniendo los cuernos, Greg —le recordó, como buen apuntador para que el actor no pierda el hilo del papel.

—Un compañero de trabajo... —respondió con un encogimiento de hombros—. No, no quise saber su nombre...

—Qué conveniente.

—Nena, por favor...

Oh, ya era suficiente, pensó dando un paso hacia delante, levantó la mano y lo apuntó con el índice.

—Primero, no me llames «nena» —puntualizó, clavándoselo en el pecho—. Y segundo, te olvidas de que nos conocemos desde el instituto, Greg, a estas alturas conozco cada uno de tus trucos, de tus caras, de tus actuaciones... Y créeme, este no es tu mejor papel.

Entrecerró los ojos y se llevó las manos a las caderas.

—Puedo haber sido una estúpida de primer grado por no haberme dado cuenta o no haber querido hacerlo —admitió, más para sí misma que para él—, pero tengo que darte las gracias. Sí, con sinceridad, debo hacerlo porque me has ayudado a abrir los ojos.

Lo miró de arriba abajo de manera insultante, haciendo lo que muchas veces él había hecho con ella, chasqueó la lengua y agitó las manos.

—Llévate tus flores, tus mentiras y tus teatrillos, no vuelvas a acercarte a mí a menos que sea para devolverme lo que me habéis quitado —insistió, dejándole las cosas claras—. Por lo que a mí respecta, tú ya no formas parte de mi vida, no existes y no me importa lo más mínimo lo que te pase y...

—Joder, Gwene, esa puta me ha dejado limpio —estalló finalmente, dejando a la vista el motivo de su presencia allí—. Se quedó con todo...

—¿Y? —replicó enarcando una ceja—. ¿Quieres que te compadezca o te de la enhorabuena?

—Necesito que me ayudes.

Estalló en carcajadas, no pudo evitarlo, lo había dicho con tal convencimiento, que no pudo hacer otra cosa que reír.

—Claro que sí, hombre, no tengo mejor cosa que hacer que ayudar al hijo de puta que no solo me ha vaciado la cuenta, sino que me ha puesto los cuernos con mi mejor amiga —replicó con mordacidad—. Pero verás, hay un problema. Da la casualidad de que las mensualidades de la hipoteca que nunca llegaron a pagarse, ahora se han hecho tantas que es imposible abonar todo ese importe y el banco me ha dado de plazo hasta mañana para pagar o me embargan la casa. Tengo la orden sobre la mesa de la cocina. O, que no se me olvide el encantador agente de cobro de un tal Kaliel Rush, que supongo tú conocerás de tus negocios, detrás de mi culo desde hace unos días exigiendo el pago de unas deudas que ni siquiera contraje yo...

Dejó escapar un afectado suspiro y añadió con tono modoso.

—Así que, lo siento, *nene*, pero no puedo pagarte ni un café... ni aunque se diese el milagro de que quisiera hacerlo, no tengo ni dónde caerme muerta.

Su respuesta no pareció gustarle, ya que hizo oídos sordos a sus palabras e insistió en lo que había venido a buscar.

—Joder, Gwenevere, no necesito mucho, solo lo justo para recuperar mi coche —le soltó con evidente fastidio porque ella se estuviese tomando las cosas a guasa—. Te lo devolveré lo antes posible, lo juro.

—¿Qué parte de “*no tengo ni dónde caerme muerta*” no has entendido?

—Oh, vamos, los dos sabemos que Cassie no dejaría que su hijita se quedase en la calle y su novio está forrado —continuó ahora con un tono nada conciliador—. Solo necesito dos mil y te los devolveré...

Sí, se había equivocado mucho, pero muchísimo con ese hombre, comprendió Gwenevere con un amargo sabor de boca y un nudo en el estómago, y el darse cuenta de ello ahora hacía que sintiese una profunda vergüenza para consigo misma. No había estado solo ciega, sino sorda y muda a juzgar por lo que ahora veía con apabullante claridad. Esa noche en el casino parecía haberle quitado la venda de los ojos obligándola a ver la realidad.

—No puedo creer que haya tardado tanto en darme cuenta —musitó más para ella misma que para él.

—Gwene, por favor, nos conocemos desde siempre, tienes que...

No quiso oír más, le dio la espalda y miró hacia el recibidor.

—No es necesario que digas nada más, Greg —respondió caminando hacia el interior—, dame un momento y te daré exactamente lo que necesitas...

—Sabía que podía contar contigo, cariño, te juro que lo arreglaré, arreglaré todo esto y volveremos a estar como antes —lo escuchó farfullar, pero no le dio mayor importancia, pues estaba bastante ocupada intentando acceder a la esquina en la que estaban apiladas las cajas con sus cosas—. Yo te quiero, Gwene, de verdad...

Allí estaba *Ruperta*, sobresaliendo por detrás de las cajas. Se había resistido a deshacerse de ella pues era el único recuerdo que le quedaba de un padre, uno que se había marchado sin mirar atrás. No había querido dejar de recordar quién era él, quién había sido para ella y por ello todavía la conservaba.

Envolvió los dedos alrededor del frío y largo cuello, apretó los labios y la extrajo, saliendo después con ella acunada en los brazos.

—Sabía que podía contar contigo, amor, yo... ¡Hostia puta!

Sí, sin duda era una exclamación perfecta para alguien que se encontraba encañonado por una vieja escopeta de caza; su *Ruperta*.

—Lo diré una vez, solo una, Greg —murmuró en voz baja, fría, apuntando el cañón hacia ese idiota y acariciando con el dedo el gatillo—. Fuera de mi casa, de mi vida, de hecho, cámbiate de ciudad, de modo que no tenga que volver a ver tu puta cara, porque como vuelvas a poner un solo pie en mi porche, te meteré una bala en los huevos.

—Gwene, baja eso, nena, puede disparársete y...

—¡Fuera de mi propiedad, comadreja! —le gritó. Sin pensarlo dos veces, bajó el cañón hacia el suelo, afianzó la culata contra el hombro, bajó el cañón y apretó el gatillo. El disparo que restalló retumbándole en los oídos, dejando una pequeña nube con olor a pólvora que se disolvió rápidamente.

Esa cosa era una verdadera antigualla.

—¡Has perdido la puta cabeza! —chilló él dando un paso hacia atrás con el rostro blanco y una expresión de absoluta incredulidad al ver que el disparo había impactado justo delante de sus pies.

Volvió a amartillar el viejo arma y lo apuntó una vez más.

—Interesante pregunta —chasqueó—. Es curioso, pero a pesar de los recientes acontecimientos por los que he pasado, de todo lo que he visto, mi

mente sigue... más o menos intacta, aunque no puedo decir lo mismo de tu anatomía si sigues aquí un segundo más...

—¡Estás zumbada! ¡Voy a denunciarte a la policía!

—¡Genial! ¡Hazlo! Así podré explicarles que una comadreja ha intentado atacarme en mi propia casa —sonrió con malicia y levantó el cañón con una obvia intención—. Me perdonarán el que le haya disparado al ladrón entre las piernas...

Acarició el gatillo y puso su expresión más sádica, un gesto que sabía llevaría a ese imbécil a ponerse de rodillas, cosa que sin duda habría hecho si alguien no hubiese levantado el cañón de la escopeta, haciendo que disparase al aire y acto seguido escuchase el grito de su ex, corriendo a ponerse a salvo detrás de uno de los coches aparcados en la calle.

Al parecer el primer disparo no había sido demasiado importante para que los miembros de la vecindad asomasen la cabeza para ver que ocurría, pero el segundo ya trajo consigo algunos sonidos de puertas abriéndose y avisos de *«voy a llamar a la policía»*.

—Si no me preocupasen los problemas que tu belicosa actitud pudiesen ocasionarle a Usher, habría dejado que le disparases en las pelotas —aseguró el recién llegado al mismo tiempo que le sacaba el arma de las manos.

En cuanto posó los ojos sobre él, reconoció a uno de los hombres que había conocido esa misma mañana en la mansión.

—Tú...

El tipo puso los ojos en blanco e hizo una mueca.

—No sé por qué ese es un *«nombre»* que últimamente me aplican bastante a menudo —declaró al tiempo que le daba la espalda y extendía la mano hacia la calle musitando unas palabras en voz baja. El aire pareció vibrar al compás de estas, cómo cuando el calor extremo parece difuminar las imágenes, pero en esta ocasión, ese aire pareció crearlas, como un espejismo que se alzase de la nada.

—Está bien, vuelvan a sus casas, ha reventado una tubería al final de la calle. —Decía un hombre vestido de policía, mientras se escuchaba el ulular de las sirenas y una dotación de bomberos se afanaba en controlar el geiser de agua que segundos antes no había estado allí—. No hay peligro para la vecindad, pueden estar tranquilos.

—Entra en casa —la orden vino ahora del recién llegado, quién la invitó a hacerlo sosteniendo todavía el arma en una mano.

—Devuélveme a Ruperta —exigió estirándose ya para cogerla, pero en el momento en que iba a tocar el cañón, el metal se combó, retorciéndose hasta convertirse en una maleable y siseante serpiente—. ¡Joder! ¡Aparta eso de mí!

—Entra en casa, Gwenevere, deberías estar en compañía de tu deudor y no... pegándole tiros a gilipollas.

—Yo le pego tiros a quién me da la gana, Gawrin —replicó recordando su nombre y volvió a mirar de nuevo la inverosímil escena que había aparecido como por arte de magia. Un escalofrío le bajó por la columna y esa sofocada sensación de miedo le hizo cosquillas en el estómago—. Señor, ¿cuánto más van a durar los efectos alucinógenos de lo que tenía el maldito cóctel de anoche?

—Lo necesario para que no te de vueltas la cabeza —replicó a su espalda, obligándola a traspasar de nuevo el umbral de su hogar—. Bonita casa, aunque un poco vacía, ¿no?

—Si se la va a quedar el banco, tendrá que conformarse únicamente con paredes.

—No se la quedará el banco, ahora tus deudas le pertenecen a Usher, supongo que te devolverá la casa si se lo pides educadamente —replicó el hombre cerrando la puerta tras de sí—. ¿Dónde le has dejado, por cierto? Dime al menos que no le has pegado a él también un tiro. Es un milagro que esta antigualla funcione.

Ante la mención de Ruperta, se volvió hacia él y allí estaba de nuevo su escopeta.

—¿Cómo demonios...?

—Ilusiones —replicó y, con solo mover la mano derecha, todo a su alrededor empezó a cambiar y en vez de encontrarse en el vacío recibidor de su casa, se encontró en uno totalmente amueblado y con un aspecto mucho más sofisticado—. ¿Y bien? ¿Puedo suponer que tu recolector está entero?

—Necesito sentarme. —Y eso fue lo que hizo, sentarse en el suelo, para luego cubrirse los ojos con las manos y sacudir la cabeza—. Estás soñando, Gwen, cuando te despiertes, todo será como era hace un par de días y no tendrás un jodido *David Copperfield* en el recibidor de tu casa.

La sonora carcajada irrumpió su momento de auto convencimiento.

—Si prefieres tu ambiente minimalista, por mí no hay problema —replicó risueño—. Ya puedes abrir los ojos, vuelve a estar todo cómo estaba.

Se limitó a apartar dos dedos y mirar entre ellos, en efecto todo volvía a tener su aspecto original, pero más que tranquilizarla, la perturbó aún más.

—Y bien, ¿qué has hecho con Usher?

—La última vez que lo vi no tenía ningún agujero de bala, si eso es lo que te preocupa.

—Toda una hazaña de contención dado lo que he visto —admitió con palpable ironía—. ¿Quién era tu indeseada visita? Se ha ido corriendo como alma que lleva el diablo.

—Un maldito gusano.

—¿Gusano? Pues lo de reptar se le ha olvidado.

—Impediste que le pegase un tiro para recordarle cómo se hacía —replicó levantando la cabeza para encontrárselo de pie, con las manos en los bolsillos y mirándola—. No sé dónde está *él*, dijo que tenía cosas que hacer y se fue. Deberías imitarle y hacer lo mismo.

—No eres muy hospitalaria que digamos.

—Perdona si no te invito a té con pastas, pero ya he embalado hasta las tazas.

Se rio entre dientes y acabó por acucillarse para quedar a su altura.

—Prefiero el café, pero no le haría ascos a las pastas —admitió en tono suave, como si pensase que al levantar la voz ella pudiese romperse o salir corriendo—. Así que Usher te ha dejado aquí y se ha marchado.

—¿Piensas que lo he escondido o algo? —rezongó señalando a su alrededor—. Quizá no te diste cuenta, pero es igual de grande que tú, así que difícilmente cabría dentro de un armario, que es lo único que queda aquí dentro.

—Touchè —admitió con una risita—. Entonces, ¿tienes idea de dónde está tu recolector?

—¿Puedes dejar de llamarle así?

—De acuerdo, tu amante, entonces.

Se estremeció.

—Dejémoslo en recolector.

Se carcajeó y, antes de que pudiese evitarlo, la cogió de las muñecas y la levantó.

—De acuerdo, lo buscaré por mi cuenta —declaró, la recorrió con la mirada y al final la soltó—. Intenta seguir de una pieza y sobre todo, no dispares a nadie más mientras él esté fuera, ¿vale? Odiaría perderse una escena como la de antes.

Dio un paso atrás, separándose de él y apuntó.

—Si lo encuentras dile... —Se quedó a media frase, no estaba segura de cómo continuar, de hecho, ni siquiera estaba segura de porqué había abierto la boca para empezar.

—¿Sí?

—Que no se dé prisa en volver.

Gawrin se carcajeó una vez más.

—No sé, cielo, si yo fuera él y te tuviese a ti esperándome, me daría prisa, pero que mucha prisa, para volver a tu lado —le guiñó el ojo, se tocó la sien con dos dedos a modo de despedida y se esfumó.

—¡Joder! —jadeó, se llevó la mano al pecho y terminó retrocediendo hasta quedar pegada a la pared—. ¡Avisad cuando vayáis a hacer eso!

Sus palabras resonaron en el solitario y vacío recibidor e hicieron eco en sus propios oídos, pues no había nadie más que las escuchase en esos momentos, no cuando el único que había podido hacerlo se había evaporado, literalmente, ante sus ojos.

CAPÍTULO 26

—¿Sabías que tu deudora tiene una escopeta a la que llama *Ruperta*?

Usher levantó la mirada del paquete que estaba relleno para ver a Gawrin atravesando el umbral que comunicaba la cocina con el área de la barra.

—Y su puntería da pena.

Suspiró interiormente, al pensar en Gwenevere y lo que quiera que hubiese podido hacer en el breve tiempo que llevaba separada de él.

—¿De qué me estás hablando?

Su amigo rodeó la barra, echó un fugaz vistazo al local, el cual estaba ocupado por dos parejas y un hombre mayor leyendo el periódico en una esquina y ocupó uno de los taburetes.

—Has dejado a una humana, vinculada a ti por la *Arena*, sola y casi le vuela la cabeza a un gilipollas —resumió tamborileando los dedos sobre la superficie de madera—. Entiendo que lo kamikaze que es te acojone un poco, pero, ¿tanto te disgusta para abandonarla de buenas a primeras?

Suspiró, cogió otro par de cafés para llevar que tenía preparados y los añadió a la caja con el logotipo del Kerrigan's.

—No he abandonado a mi deudora, Gawrin, solo le he dado espacio —replicó con gesto aburrido—. Ella necesita tiempo para procesar todo lo que le está ocurriendo y la única manera de dárselo era dejarla a su aire durante unas horas y en la seguridad de su casa.

—No, si segura desde luego lo está. No hay quién se le acerque con esa antigualla, aunque me preocupa un poquito que se dispare a sí misma o le explote en las manos esa cosa —chasqueó y entonces sonrió—. Me gusta, tiene agallas.

—Quítala de tu menú, *ileriano*.

Levantó ambas manos a modo de fingida rendición.

—Sabes que nunca tocaría a la deudora de otro recolector sin su consentimiento —corroboró con total sinceridad—. Además, ella es demasiado... frágil para mi gusto. Está rota, tan fragmentada que es un milagro que siga en pie. Cómo lo hacen, ¿eh? Solo son humanos.

—Vida, Gaw, se llama vida y los humanos tienen un apego considerable hacia ella —rezongó—. Mientras ese deseo lata en sus corazones, serán capaces de hacer milagros.

—No, si el milagro es que ella misma no se haya matado —suspiró y sacudió la cabeza—. Si no te hubiese estado buscando a ti, no se me habría ocurrido rastrearla y no habría terminado en el umbral de su casa evitando que llenase de plomo a un completo imbécil. ¿Sabes que el tipo salió corriendo y chillando como una niña? Incluso para un macho humano, eso es muy degradante.

—Motivo por el cual le ha hecho un favor al aparecer en su porche y mostrarse tal cual es.

Su amigo entrecerró los ojos.

—Ya sabías que pasaría por allí.

—Sí.

—¿Y la dejaste en compañía de su *Ruperta*?

—Me temo que esa tal *Ruperta* no entraba en mi rango de visión —admitió.

Ni en su conocimiento sobre el porvenir de su deudora. Desde el momento en que reclamó a Gwenevere en la arena, sus visiones sobre ella se habían reducido al mínimo, apenas había tenido el vislumbre de un necesario encuentro al dejarla en su casa.

—Y tampoco el hecho de que pasases por allí, ¿para qué me buscabas?

—He escuchado algunas cosas sobre la *banshee* que estás buscando y quería saber si tú has oído algo.

—He estado en el *Underground*, he hablado con Julliette y hay algo muy raro alrededor de esa chica y su desaparición.

—¿Qué tal está esa deliciosa y pecaminosa incubo?

—Ve a verla y lo sabrás —replicó mirándole de soslayo—. ¿Qué has descubierto tú?

—Que esa señorita Maise Cooper, alias, la *banshee*, parece haberse metido en un jardín del que no es probable que salga con vida —admitió con un bajo silbido—. Ese tal Kaliel, ha lanzado una cacería sobre ella.

—¿Qué puede haber hecho una pequeña mensajera de la muerte como Maise Cooper a un lord de la *Corte Flameris* para que tenga tanto interés en acabar con ella? —Se preguntó en voz alta—. ¿Y por qué ha dejado la deuda del *Circus* a nombre de Gwenevere? Ha llegado a enviar a uno de los mensajeros de los de *Faber & Castell* a reclamar unas facturas que nada tienen que ver con mi deudora.

Y él lo sabía de primera mano, pues desde el momento en que Gwenevere había caído bajo su cuidado, todas y cada una de las deudas presentes en ese momento habían ido a dar a sus manos.

—Deberías hablar con Brishen sobre ese tal Kaliel, él debe conocerlo o saber el motivo del interés de un lord de su corte por una simple humana —admitió Gawrin—, así como también en dar caza a una *banshee*.

—Hay demasiadas piezas sueltas en este puzle y soy incapaz de ver la imagen final —admitió con un resoplido de fastidio—. Y eso me cabrea sobremanera.

—Pues si tú no eres capaz de verlo, con el don que tienes, eso sí que puede resultar muy, pero que muy chungo.

Dejó escapar un bufido, cerró la caja y la precintó, para finalmente levantar de nuevo la cabeza y mirarle.

—Necesito que me hagas un favor.

Gawrin se inclinó sobre la barra y apoyó la cara en una mano, mientras le hacía ojitos.

—¿Y cómo vas a pagarme? —ronroneó en respuesta.

Se inclinó hacia él, hasta quedar casi nariz con nariz.

—Te diré dónde vas a encontrar a tu próxima aventura de una noche —replicó con el mismo tono meloso utilizado por él—, y que te va a dejar un muy buen sabor de boca.

—Ahora hablamos el mismo idioma, hermano —admitió lanzándole un beso—. Bueno, ¿qué quieres que haga?

—Necesito que te quedes al frente mientras hago esta entrega y traigo de vuelta a mi deudora.

—Sabes que tu chica está convencida de que se va a quedar en la calle, ¿verdad? —comentó con una mueca—. ¿No le has dicho todavía que sus

deudas son ahora tuyas y ya están saldadas?

—Sí, lo hice, pero ella tiende a escuchar solo lo que le interesa, por eso dejaré que hable mañana con el del banco. —Se encogió de hombros—. Quizás entonces se digne a prestarme atención.

—Detecto cierto tonito irritado en tu voz, Usher.

—Como ya dije, no me gusta ir a ciegas y no he vuelto a tener ninguna visión del futuro de ella desde que todo esto dio comienzo de manera oficial —admitió en voz alta—. Eso solo tiene un significado.

—Que ese pastelito va a joder contigo a un nivel muy, pero que muy profundo.

Sí, sin duda ese era un buen resumen de la situación.

—Bueno, no te podrás quejar, vas a tener diversión por un tubo —se burló, entonces añadió—. Suerte con la visita, sin duda será de lo más peliaguda viendo cómo se las gasta la muchacha.

Su respuesta fue poner los ojos en blanco, coger el paquete con el pedido y salir por la puerta.

CAPÍTULO 27

—De acuerdo, señoras, confesad.

—¿El qué?

—Lo sabéis muy bien —repuso Gwenevere mirando a cada una de las socias del club de bridge de su tía—. Esas malditas cartas, la lectura, él... Lo teníais todo preparado.

—Gwen, ¿de qué estás hablando? —preguntó Gladis, mirándola sin comprender.

—Y luego está todo ese circo, los trucos, las ilusiones, las máscaras... —continuó sin detenerse.

—Ay, Bertha, dale una de tus pastillas que la perdemos —chasqueó Elaine.

—¿Quién fue la instigadora? —No cedió ni un ápice mientras las examinaba detenidamente.

—Gwene, si nos dices de qué hablas, quizás...

—De ese hombre o demonio, Usher Kerrigan...

Su tía frunció el ceño y apuntó.

—¿Ese no es el nombre de tu nuevo jefe?

—Es que él no es solo mi jefe.

—¿Ya lo has catado? —Preguntó Bertha—. Caray, como corréis la juventud en estos tiempos.

—¿Te has acostado con tu jefe? —La sorpresa en el tono de voz de Gladis era palpable.

—No me acosté con mi jefe, sino con un demonio.

—¿Tu jefe tiene un demonio? —preguntó alguien más.

—No, él es el demonio.

—¿Tan malo es?

—Es eso o que folla de pena —chasqueó una de ellas.

—No sabía ni que conocieses esa palabra, Elaine.

—¿Podemos concentrarnos, por favor? —pidió de nuevo, mirándolas a todas.

—Es un poco difícil cuando tu propia sobrina habla de cuernos y rabos —adujo su tía.

—Señal de que está bien dotado —se rio Silvie.

Dejó caer la mano sobre la mesa con un sonoro golpe que la llevó a chillar.

—¡ Tiene cola!

—Cariño, me preocuparía si no la tuviese.

—Me estáis volviendo loca —gimió llevándose ahora las manos a la cabeza—. Solo quiero saber de quién fue la idea de enviarme esa invitación y contratar a un gigoló.

—¿Gigoló? ¿Y eso que es?

—Un puto.

—¿Pero no has dicho que era *croupier*?

—Tiempo muerto —gesticuló su tía—. Gwene, no sé en qué te has metido, pero nosotras no hemos tenido nada que ver.

Sí, claro, como no.

—Y yo me chupo el dedo.

—¿No eres muy mayor para eso?

Elaine negó con la cabeza y la miró al decir.

—Cariño, solo es una tirada de cartas, no tienes que tomarte las cosas al pie de la letra.

—Pero es que hay demasiadas coincidencias —repuso con un mohín—. Joder. Es como si todo estuviese orquestado de ante mano y también está toda esa locura, las drogas y las alucinaciones...

—¡ Gwenevere Augusta Loft! ¿Has consumido drogas?

El escuchar su nombre de pila completo y de carrerilla hizo que le rechinasen los dientes.

—Yo no consumo drogas, pero estoy convencida de que me echaron algo en la bebida y... Joder, tía Gladis, es que todo es una locura, estoy perdiendo la cabeza.

—Cariño, lo que creo que pasa es que todo esto te está pasando factura —aseguró conciliadora—. Está haciendo que veas cosas dónde no las hay.

—Es el estrés, fijo.

—Que estrés ni que estrés, es que a la niña le echaron un polvo que le deritió las neuronas —declaró Bertha llena de razón—. Ya era hora de que alguien la sacudiera a base de bien en la cama, ese sosaina con el que te ibas a casar te habría enterrado por el aburrimiento.

—¿Este también es un *yogurín* como el de tu madre?

—¿Cuántos años piensas que tiene la niña, Silvie? —chasqueó Bertha.

—Nadie te dirá nada si te tiras a alguien más joven que tú.

—Dudo que sea más joven que yo, no lo sé, pero... —Sacudió la cabeza y resopló—. ¡Qué más da todo eso! Yo solo quiero recuperar mi vida.

—¿Todavía no has conseguido contactar con Maise?

La pregunta de su tía la llevó a soltar un nuevo suspiro.

—Es como si se la hubiese tragado la tierra —admitió y, por extraño que le pareciese, la ausencia de la chica la hacía sentirse mal, hacía que se preguntase qué podía haberle hecho para que se hubiese comportado de esa manera con ella, sobre todo después de cómo se habían conocido—. No sé nada de ella, no tenía familia, así que... No puedo creer que me haya hecho algo así, no a mí... Es que nada de esto tiene sentido y mañana... mañana tengo que ir al banco e interceder para que no me quiten la casa. Joder, esto es una auténtica mierda.

—Cariño, sabes que puedes quedarte en casa, no hay necesidad de que te mudes a un hotel.

—No quiero molestar y necesito mi espacio, Gladis.

—No hay necesidad de que molestes a nadie más, Gwenevere, como ya dije, vas a quedarte conmigo.

Todas las damas presentes se giraron al unísono hacia la inesperada voz masculina que irrumpió su charla. Gwenevere tuvo que parpadear varias veces para asegurarse de que no estaba teniendo alucinaciones y que el hombre que acababa de personarse en la sala, llevando una caja con el logo del Kerrigan's era realmente su jefe.

—¿Qué haces tú aquí? —Las palabras salieron solas de su boca.

—Ah, ya ha llegado el café —exclamó Silvie levantándose al momento para recibir al recién llegado—. Pasa hijo, déjalo sobre la mesa, por favor.

—¿Le conoces? —El susurro de su tía y la mirada de interrogación la hizo poner los ojos en blanco.

—Claro que le conozco.

—Dime que es el maromo al que te has tirado —comentó Bertha, quién no tuvo la prudencia de bajar la voz.

—Oh, por favor —gimió ella.

—Madre del amor hermoso, esto sí que es una mejora, niña —aseguró Silvie.

—Pasa, pasa, no todos los días tenemos tan agradables vistas —lo invitó también Elaine.

—Ni tales culebrones —admitió su tía mirando sin disimulo al chico—. ¿Os conocéis?

—Sí.

—No —respondió al mismo tiempo que él.

—¿En qué quedamos, Gwene, querida?

Usher dejó la caja con el logotipo de la cafetería sobre la mesa y dio un paso atrás, sus ojos se encontraron con los suyos y enarcó una ceja.

—De acuerdo, sí, nos conocemos, él es mi nuevo jefe... —rezongó, dejando patente lo obvio al señalar el logotipo de la caja—. Ahí es dónde trabajo.

—¿Ese jefe al que te has tirado?

—Al menos su gusto ha mejorado y mucho.

—Diablos, ¿es que no tenéis filtros? —alzó la voz girándose hacia ellas para fulminar a todas y cada una de ellas con la mirada.

—¿Eso qué es? —acabó preguntando Elaine.

—Callarse la boca para no avergonzarla delante de su nuevo novio —sonrió Silvie.

—No es mi nuevo novio.

—Pues polvete —canturreó la mujer.

—Joder, joder, joder...

—Y cuál es tu nombre, querido —se adelantó Gladis.

—Usher, Usher Kerrigan —se presentó con obvio buen humor, el brillo en esos ojos azules y la manera en que intentaba contener la risa le decía lo bien que se lo estaba pasando—. Un placer conocerlas, señoras.

—Pero si además es educado —alabó una de ellas—. Gwene, a este amárralo bien y que no se te escape.

—Tierra trágame, por favor —gimoteó y se volvió de nuevo hacia él—. ¿Qué haces aquí?

—Ya te lo he dicho, traer el pedido que ha hecho Gladis —señaló el nombre en la caja.

—Esa sería yo, soy la tía de Gwenevere —se adelantó la mujer tendiéndole la mano.

—Un placer conocerla.

—El placer es todo mío —admitió ella con un tono tan suave que no pudo evitar mirarla confundida—. Y gracias por contratar a nuestra Gwene, la pobre ha pasado por un mal momento y...

—Ya, suficiente, no es necesario que le cuentes toda mi vida —rezongó rompiendo el apretón y prácticamente empujando a Usher para interponerse entre ambos.

—La niña se está poniendo colorada, señal de que le gusta, sí.

—Ay, qué romántico —suspiró soñadora Elaine—. Ir a encontrarse así, por casualidad.

—Casualidad mis bemoles —masculló y se giró para enfrentarlo—. ¿Qué demonios haces aquí? ¿Y desde cuándo se hacen entregas a domicilio?

—Desde siempre —admitió con un ligero encogimiento de hombros—. Y estoy aquí porque Gawrin tiene tan buen sentido de la orientación que habría terminado en la otra punta de la ciudad si lo hubiese enviado a él con el pedido.

La mención de su compañero trajo a su mente lo ocurrido esa misma mañana y, a juzgar por la respuesta que le dio sin necesidad de pregunta, estaba claro que estaba al tanto del incidente.

—Ya hablaremos sobre tu *Ruperta* y su uso indebido.

Las mejillas se le enrojecieron al momento.

—No tenemos nada de lo que hablar.

—Ruperta, ¿quién es Ruperta? —preguntó Bertha.

—No me digas que todavía guardas esa antigualla —jadeó su tía.

—Sí, lo hace —respondió Usher en voz alta sin dejar de mirarla—. Y también funciona, a juzgar por el tiro que intentó meterle a su ex prometido.

Iba a estrangularlo, le picaban las manos por ponérselas alrededor del cuello y apretar.

—Espera, ¿has disparado esa vieja escopeta? —Su tía Gladis parecía en shock—. ¿Le has disparado a Greg?

—No le di. —Hizo una mueca, pues realmente le hubiese gustado meterle un perdigonazo en los huevos—. Solo quería dejarle clara mi postura.

—No le diste, porque Gawrin impidió que le disparases una segunda vez.

—¿Y qué querías que hiciese? ¿Qué le diese las gracias al hijo de puta que me puso los cuernos con mi mejor amiga y que aún encima ha tenido los santos huevos de venir a pedirme dinero? —exclamó furiosa—. ¡Tu amigo tuvo suerte de que no le hubiese disparado a él también!

—Tenías que haberle volado las pelotas, cariño —declaró una de las damas.

—Con su puntería se habría volado ella misma un pie —resopló su tía.

—Mi puntería no es tan mala.

—No me hagas contarles a todas y a tu novio lo de tu hermano —replicó su tía.

—¡Él no es mi novio! —Acabó gritando—. ¡Yo no salgo con demonios!

—A la niña se le ha ido la cabeza, Gladis.

—El estrés, te dije que estaba sometida a demasiada presión —añadió Bertha.

—Gwene, será mejor que esta noche vengas a casa... —empezó a sugerir su tía.

—No se preocupe, Gladis, yo me ocuparé de ella —la cortó Usher, interrumpiendo aquel incesante cotorreo femenino—. De hecho, vas a venirte conmigo ahora.

Su declaración hizo que se girase hacia él a la velocidad de la luz.

—No iré contigo a ningún sitio.

—No era una petición, Gwenevere —declaró en voz baja y, tras cogerla por la muñeca, se volvió a las otras mujeres—. Si nos disculpan un momento.

La arrastró sin miramientos al otro lado de la sala, atravesó el umbral y se detuvo en el pasillo.

—Suéltame, quítame las manos de encim...

No pudo terminar la frase, le cogió el rostro entre las manos y la besó. No fue delicado, la avasalló, la engulló y quiso protestar por ello, pero esa necesidad duró lo que dura un suspiro. Su calor, su aroma, la suavidad de

sus labios la llevaron a rendirse contra él, buscando esa fuerza tan natural en él y que a ella parecía faltarle cada vez más.

El beso pasó de la absoluta intensidad, de una lucha de voluntades por ver quién se salía con la suya a una lenta y deliciosa tortura, una caricia que terminó en una progresiva calma que los llevó a respirar uno el aliento del otro mientras se apoyaban frente con frente.

—¿Por qué me haces esto?

—Porque parecías necesitarlo y yo me moría por hacerlo.

—Esto no tiene sentido.

—No debe tenerlo, solo tiene que pasar.

Sintió las lágrimas picándole detrás de los ojos, la nariz congestionándose y ese indefinible nudo de angustia que no terminaba de desatarse oprimiéndole el pecho.

—Él se presentó en mi casa para pedirme dinero. Me trajo flores, jamás en su puta vida me trajo flores y ahí estaba, vestido como si fuese un playboy de baja estopa y pidiendo disculpas... Unas disculpas que duraron lo justo para sacar a colación su necesidad de dinero, claro —musitó dejando salir todo aquello que había retenido muy dentro de sí—. Tenía que haberle disparado a él, no advertirle, sino dispararle.

—Si lo hubieses hecho ahora mismo te estarías sintiendo culpable por herirle y él no se merece ni uno solo de tus pensamientos.

—Me estoy ahogando, siento que me hundo cada vez más y soy incapaz de salir a la superficie, Usher —admitió con gesto desesperado.

—No dejaré que lo hagas, te sostendré, solo tienes que apoyarte en mí.

Levantó la cabeza y lo miró, declarando lo obvio.

—Ni siquiera te conozco...

—Cualquier persona que me conozca podrá decirte que tú has visto más de mí en un solo día de lo que ellos han visto en toda una vida —le confirmó y no había sombra de duda en su voz, de algún modo sabía intrínsecamente que le decía la verdad—. Cometí un error al dejarte sola, no estabas preparada para enfrentarte todavía a tus propios demonios.

—Yo quería estar sola.

—No es verdad —declaró separándose de ella, mirándola a los ojos—. Tú no has nacido para vivir en soledad, Gwen, tu destino no es estar sola...

Volvió a besarla y no pudo hacer otra cosa que suspirar, pues todos los nervios, el mal humor y la irritación que había tenido apenas unos segundos

antes se habían evaporado por completo.

—Bueno, Gladis, parece que los niños ya han hecho las paces.

—Ay, qué pareja más bonita hacen.

—Desde luego, la niña gana con el cambio.

Usher se rio entre dientes mientras ella se separaba de él y miraba hacia el umbral de la puerta para ver al club de bridge de su tía, con ella a la cabeza, espiándoles con sonrisas de felicidad y satisfacción en sus caras.

—Señor, dame paciencia —murmuró llevándose una mano al tabique nasal—. De acuerdo, se acabó el espectáculo, señoras, aquí no hay nada que ver, dispérsense.

Se giró entonces hacia él y lo apuntó.

—Y tú, fuera de aquí.

Él no cedió ni un solo centímetro al responder.

—Claro, cuando recojas tus cosas.

—¿No os quedáis?

—No hay comida suficiente —replicó ella con un bajo siseo, como una gata enfurruñada.

—Déjales, Bertha, los chicos necesitan espacio para hacer cochinadas...

—¡Oh, por favor!

—Gwene, ni se te ocurra perder este tren —la animó Elaine—, no vas a encontrar un hombre más atractivo que este y con todo tan bien puesto.

—Elaine, está delante, puede oírte.

—¿Y? El chico es un bombón y lo sabe.

Usher se rio entre dientes.

—Le da mil vueltas a ese *pazguato* que tenías antes en casa.

—Y hablando de tu ex, ¿al final le volaste las pelotas o no?

—No.

—A Dios gracias o ahora mismo estaríamos visitándola en alguna comisaría de policía.

—Te dije que te deshicieses de esa antigualla, cariño.

—Es un recuerdo, tía Gladis, no me desharé de él...

—Pero tampoco volverás a utilizarlo —sentenció Usher—. Yo me encargaré personalmente de eso.

—Sigue diciéndotelo en voz alta unas cuantas veces más, a ver si cuela.

—Colará, Gwenevere, colará.

—Ay, me gusta este chico —aseguró Silvie—. Quédatela, hijo, te aseguro que es un buen partido.

—¿Queréis dejarlo ya, panda de cotillas?

—Eso pienso hacer, señora, de hecho me la llevaré a cenar para que se olvide de su *Ruperta*.

—¿Sabes? Creo que voy a aceptar tu oferta, tía Gladis, iré a casa y...

—Tú te quedas conmigo, Gwen —la atajó él con un tono de voz que le provocó un escalofrío—, no hay discusión sobre eso.

—¿Qué te apuestas?

Sus labios se curvaron, la miró de arriba abajo y suspiró.

—Esperaba no tener que hacer esto, pero ya que estás decidida a poner pegas a todo...

Un ligero aviso para lo que vino después, que fue cogerla en un rápido movimiento y echársela sobre el hombro como si fuese un fardo cualquiera.

—¡La madre que te parió! ¡Bájame ahora mismo!

—Señoras —ignoró su protesta y se volvió a las mujeres para despedirse—. Que disfruten de su reunión, con su permiso, me llevo a *mi mujer*...

—¡No soy tu mujer, so bruto!

La mano abierta que cayó sobre su trasero y lo sobó, desmintió sus palabras para cualquiera que estuviese mirando.

—Estás bajo mi cuidado y eres una mujer —le soltó divertido—. Eso te hace *mi mujer*.

—¡Bájame!

—No.

—No puedes hacer esto.

—Juraría que ya lo ha hecho, cariño, así que disfrútalo —le soltó una risueña Silvie.

—¡Tía Gladis! —gimió, pidiendo ayuda.

—Ten cuidado con mi sobrina, querido, que no se te caiga.

—No se preocupe, la llevo bien sujeta —declaró apretándole el culo.

—¡Usher!

—Quien fuera más joven... —suspiró alguna de ellas.

Gwenevere no era capaz de mirar a nadie en esa posición. Boca abajo sobre su hombro, no podía ver más allá de las piernas cubiertas por pantalones vaqueros de ese hombre, no sin apoyarse en él para incorporarse un poco.

—Con su permiso, nos retiramos, señoras —anunció él—. Un placer conocerlas.

—Igualmente, hijo, no dejes de pasarte la próxima vez con Gwene.

—Oh, por favor, ¿es que nadie va a hacer nada? —gimoteó ella.

—Disfruta de la compañía, sobrina.

La chica llegó a vislumbrar la radiante sonrisa en el rostro de su tía, la cual parecía realmente encantada con todo aquel show.

—¡Por todos los demonios! —acabó farfullando y empezó a golpearle con los puños, revolviéndose con ímpetu para que la soltase a medida que se la llevaba—. Bájame, ponme en el suelo ahora mismo, sé caminar. ¡Déjame!

—Lo haré cuando lleguemos al Kerrigan's —replicó aferrándola con más fuerza, impidiéndole así moverse—. Cierra los ojos, evitará que te marees.

No tuvo tiempo de preguntar el motivo, pues el estómago le dio un vuelco y su cuerpo pareció caer al vacío en cuestión de décimas de segundo.

Al siguiente parpadeo, se encontró en el local en el que trabajaba.

CAPÍTULO 28

—Oh... joder, joder, joder... —gimió ella y volvió a arremeter contra su espalda con mayor energía—. ¡Bájame! ¡Bájame ahora mismo!

—¿Prometes comportarte?

—¡No!

—Entonces no te bajo.

—¡Usher!

—Gwenevere.

—Ponme en el suelo ahora mismo.

—¿La palabra mágica?

—¡Capullo!

Usher se rio, no podía evitarlo, su rebeldía le resultaba tan tierna como divertida. Le sorprendía que, con todo lo que le había pasado solo el día de hoy, tuviese fuerzas para seguir luchando y enfrentarse a él. Era una luchadora, no había nadie que pudiese decir lo contrario, pero solo si se miraba más allá, detrás de esa coraza con la que se vestía para batallar, podían verse las grietas, unas que iban ganando profundidad.

—¿Tanto te cuesta decir «por favor»? —preguntó con suavidad—. Juraría que es la palabra mágica universal por excelencia.

—Solo lo diré una vez, mi estómago se está rebotando y si no me pones en el suelo ahora mismo, te vomitaré encima —siseó, revolviéndose una vez más.

—Diría que eso también funciona como palabra mágica, Usher.

El comentario llegó desde el otro lado de la sala, donde Gawrin se entretenía secando algunos vasos.

—¿Algún problema en mi ausencia? —le preguntó a sabiendas de que el ilusionista se las habría arreglado si así hubiese sido.

—Ninguno, ya sabes que encuentro de lo más entretenido estar detrás de la barra —admitió, entonces señaló a la chica con un gesto de la barbilla—. Me alegra ver que no te has disparado todavía en un pie, pastelito.

—¿Quieres hacer el favor de ponerme en el maldito suelo? —resopló con desesperación—. En serio, Usher, voy a vomitar...

Maniobrando su cuerpo para impedirle escapar, la hizo resbalar sobre él hasta que sus pies tocaron de nuevo el suelo.

—Debería vomitarte en los zapatos, solo por joder —rezongó doblándose por la mitad, alternando la mirada entre los dos—. Debería hacerlo sobre los de ambos.

—Las broncas, vómitos y quejas, hacia este lado. —Señaló a Usher, antes de prestarle atención a él—. ¿Podrás con ella tú solito?

Enarcó una ceja ante el tono burlón utilizado por su compañero.

—¿Tan peligrosa la consideras?

—No la has visto con *Ruperta* en las manos.

Puso los ojos en blanco.

—No volverá a acercarse a un arma.

—Eso me tranquiliza.

—Por si no lo habéis notado, sigo aquí, capullos —les recordó ella, llevándose las manos a las caderas.

—Sería difícil pasar por alto tu presencia, Gwenevere, eres muy ruidosa —declaró Gwarin prestándole la debida atención—. Pero incluso así, tienes tu encanto.

—Oh, por favor —resopló, dio media vuelta y se dirigió hacia la barra, para entrar en ella y empezar a prepararse un café—. ¿Cuándo demonios voy a despertarme de esta absurda pesadilla?

—Cuando comprendas que no es una pesadilla, sino tu propia realidad —contestó el ilusionista, adelantándose a sus propias palabras—. Cuanto antes lo aceptes, antes verás las ventajas que conlleva.

Ella se limitó a dedicarle una fugaz mirada antes de volver a concentrarse en su tarea.

—Tu deudora es realmente cabezota, ¿eh?

—Necesita tiempo... —comentó y añadió casi para sí mismo—, y yo también.

—Espero que el de servicio sea suficiente para que puedas completar el puzle que tienes entre manos, hermano —respondió su amigo, le posó la

mano sobre el hombro y se lo apretó a modo de despedida—. Si necesitas algo, solo pídelo.

Con eso le hizo una antigua y burlona reverencia y se disolvió, literalmente, como si fuese una pintura cuyos colores se diluían y convertían en humo.

El inesperado sonido de loza rompiéndose lo llevó a ladear la cabeza y encontrarse a Gwenevere con las manos en alto, temblando ligeramente, mientras miraba con ojos abiertos llenos de desconcierto y ligero temor hacia el lugar en el que había estado su compañero hacía unos segundos.

—¡Cristo! —La escuchó murmurar un segundo antes de apoyarse contra la barra y desaparecer tras ella con un sonoro «uff» al acabar sentada en el suelo—. Joder... joder, joder, joder. De acuerdo, respira, Gwen, es un truco de magia, solo eso.

Usher se inclinó por encima de la barra para verla con las piernas cruzadas y frotándose la cara con las manos.

—¿Estás bien?

Sacudió la cabeza con tanta energía que le voló el pelo en todas direcciones.

—No, no estoy bien, estoy... alucinando, lo cual no sería malo si tuviese puesta una camisa de fuerza, pero como no es el caso y tengo el corazón a mil... pues no estoy bien —declaró con sorprendente tranquilidad—. De hecho, no soy capaz de levantarme del suelo porque las piernas no me responden, no me responde absolutamente nada.

Rodeó la barra para reunirse con ella y vio los pedazos de la taza y el café derramado en el suelo; aquel había sido el ruido que había escuchado segundos antes de que ella terminase de esa guisa.

—¿Gwen?

Levantó la cabeza y vio unas lágrimas que no habían estado antes ahí, la manera en que apretaba los labios y se esforzaba en respirar, mientras temblaba de la cabeza a los pies le indicó que la coraza se había resquebrajado por fin.

—Solo... solo necesito unos minutos... —musitó con ese tono tan sereno que le provocó un escalofrío—. Por... por favor, solo... dame unos minutos y...

Las palabras se quebraron al igual que lo hizo su voz. Sabía que no quería que nadie la viese de esa manera, temía que cualquiera pudiese

aprovecharse de su estado emocional para hierla de nuevo y el que se envolviese a sí misma con los brazos, ocultando la cabeza contra las rodillas, era una clara confirmación.

—Nadie te culpará por mostrar debilidad, por ceder alguna vez ante la necesidad de apoyarte en alguien más —le dijo acucillándose frente a ella, teniendo cuidado de no tocarla o invadir su espacio personal en esos momentos.

Negó con la cabeza, pero no abandonó su capullo protector.

—Solo estoy cansada —carraspeó.

—Sí, lo estás, pero a un nivel mucho más profundo del que piensas —admitió en un tono de voz bajo, casi arrullador—. Te harás pedazos antes o después si sigues presionándote de esa manera. Lo que ha ocurrido no ha sido culpa tuya, solo eres responsable de tus propias decisiones, no de las que tomen los que están a tu alrededor.

—Y sin embargo esas decisiones han incidido directamente en mi vida, me han dejado en la situación en la que estoy y no es una que se solucione a base de terapia psicológica, ¿sabes? —resopló, abandonó la protección de sus propios brazos y lo miró a los ojos—. No voy a darme por vencida, no puedo permitírmelo, no quiero perder lo poco que tengo...

—Gwen... —La cogió de la muñeca, su mano pronto engulló la de ella ejerciendo una firme presión, calentando la piel que se había vuelto repentinamente fría—. Hay batallas que no puedes ganar, hay momentos en los que es necesario detenerse y deponer las armas para encontrar un nuevo comienzo.

—No quiero un nuevo comienzo, quiero mi vida de vuelta tal y cómo era antes de todo esto —gimió y al momento vio en sus ojos el horror que la recorrió al escuchar su propio tono, al sentir que se venía abajo, que las lágrimas corrían por sus mejillas, vencéndola—. No, no puedo... tengo que irme, tengo que irme ya... yo...

El cuerpo no le respondía, tal y como había mencionado, era incapaz de encontrar las fuerzas para ponerse en pie y esa incapacidad la volvió ansiosa, desesperada. Tiró de ella y la ciñó a su cuerpo, abrazándola, manteniéndose firme como una roca contra sus forcejeos mientras le susurraba al oído.

—No hay necesidad de huir, no tienes que correr a esconderte, no de mí. Ella gimió y empujó contra él con renovada desesperación.

—Suéltame, Usher, déjame ir, por favor —suplicó entre lágrimas, luchando consigo misma y con la rabia de su propia impotencia—. No puedo... no puedo hacerlo... no quiero...

—¿Derrumbarte? ¿Dejar salir todo lo que reprimes y te devora desde adentro? —Sabía que sus palabras le harían daño, que en su estado la llevarían a luchar aún más, pero era necesario que las escuchase, que viese la verdad detrás de cada una de ellas—. Ya has sido fuerte durante demasiado tiempo, Gwen, es hora de bajar los brazos. No puedes luchar eternamente, no cuando tu alma pide a gritos que alguien la deje llorar.

Sacudió la cabeza con fuerza y clavó los dedos en sus brazos, aferrándose a la tela de su camisa como si fuese una tabla de salvación.

—Déjame ir, por favor...

—No. —Fue tajante en su negativa—. Demasiada gente te ha abandonado ya, no seré alguien más a quién puedas añadir a la lista.

—¡Usher, por favor! —Acabó gritando su nombre, sin saber si le rogaba que la soltase o la apretase más fuerte.

—No me iré, Gwen, no me moveré de aquí, no te soltaré hagas lo que hagas, así que déjalo ir.

Luchó, intentó apartarse, librarse de él de todas las formas posibles, para finalmente ceder con un angustiado sollozo. Ocultó el rostro en su pecho y se aferró a él desesperada, abriendo las compuertas de la presa que llevaba tanto tiempo contenida en su interior.

CAPÍTULO 29

Gwenevere se quedó sin fuerzas, agotada y sin ganas de moverse de los cálidos brazos que la envolvían. Sus lágrimas se habían secado al fin, notaba la garganta reseca del llanto, pero también más liviana.

Miró hacia delante. Acurrucada en el regazo masculino, contempló las cajas de reposición y los vasos que se ocultaban en las estanterías detrás de la barra. Ambos se habían parapetado allí, sentados entre cascos de cervezas y puertas frigoríficas como si fuese el mejor lugar del mundo dónde esconderse.

El brazo que había descansado contra su cadera subió por su espalda en una reconfortante caricia, giró la cabeza y se encontró con esos penetrantes ojos azules sobre ella.

—¿Cómo te encuentras?

—Como si me hubiese atropellado un camión. —Las palabras surgieron solas, sin animosidad, solo era cansancio, un profundo agotamiento emocional—. Demasiado cansada para moverme siquiera.

—No hay necesidad, encuentro que el suelo es de lo más cómodo. De hecho, ahora mismo empiezo a verle una nueva utilidad a esta zona del bar.

Lo miró fijamente e hizo una mueca al ver cómo sus labios se curvaban con ligera diversión.

—Creo que acaba de convertirse en mi rincón favorito —insistió y le ciñó la cintura con el brazo que la rodeaba—. Habría que mejorar la decoración, pero...

Su propio estómago eligió ese preciso momento para protestar audiblemente, cortando de raíz cualquier comentario.

—Diría que eso tendrá que esperar frente a lo que opina tu estómago, ¿eh?

Se ruborizó, pues el sonido se repitió ante la perspectiva de comida. Lo cierto era que tenía hambre, algo que no había notado hasta el momento.

—¿Cenamos?

Asintió y, esta vez, consiguió zafarse de su abrazo, escabulléndose hasta conseguir ponerse en pie.

—Puedo preparar algo rápido —argumentó. De repente, su proximidad la ponía nerviosa, necesitaba recuperar su espacio y autonomía—. Miraré que hay en la cocina.

—No te molestes, Gwen, te dije que tendría la cena lista a las nueve —le informó levantándose.

—Son las nueve menos cinco, ¿piensas tener la cena aquí en cinco minutos?

—Y en menos —aseguró saliendo de detrás de la barra, se dirigió hacia una de las mesas cercanas y posó la mano sobre esta.

Una tras otra, las persianas bajaron, la puerta principal se cerró, oyó el pestillo de la puerta y la mesa en la que se había apoyado se vistió inmediatamente con mantel, velas y dos servicios completos acompañados por sendas bandejas con humeante comida.

—La cena está lista.

Lo miró y contempló como sus ojos habían adquirido ese brillo extraño, su color se había oscurecido y durante un breve instante, volvió a mirar el rostro de la bestia.

—Esto está ocurriendo de verdad.

Él se limitó a mirarla, su rostro completamente humano, las facciones del hombre que conocía y, aun así, había mucho más detrás, como si su verdadero rostro quisiera emerger al mismo tiempo.

—Dios... No sé si empezar a hiperventilar o desmayarme aquí mismo —admitió bajando la mirada, para luego volver a levantarla y posarla de nuevo sobre él.

Esa extraña dualidad había desaparecido, los ojos azules brillaron con esa humana intensidad antes de cerrarse en un parpadeo.

—Procura no sucumbir a ninguna de las dos —replicó en tono anodino—. Vacía la mente y ven a cenar, lo verás todo mejor con el estómago lleno.

El aroma de la comida le hacía la boca agua y le recordó que apenas si había picoteado durante el día, su estómago contribuyó a decidirla con un nuevo gruñido que le arrancó un breve sonrojo y la empujó hacia la dispuesta mesa.

Usher supo que había ganado unos cuantos metros de ese camino en común al ver a su deudora abandonar la seguridad de la barra y caminar hacia él. Todavía quedaba un largo trecho por delante, pero la calma que había ganado tras tirarse más de una hora llorando, merecía la pena el esfuerzo.

Ella estaba destrozada, sabía que tenía que proceder con cuidado o la perdería y aquello era algo que no se podía permitir... No después de la visión de futuro que había vislumbrado mientras la tenía en brazos.

Había sido casi como si se hubiese abierto una puerta ante él, como si las cortinas que cubrían el porvenir se hubiesen descorrido para permitirle no solo ver, sino ser parte de una escena de su propio futuro. Se había sentido allí a sabiendas de que no era su momento, había escuchado, olido y sentido como si estuviese en su propio cuerpo, un inesperado regalo que lo había llevado a ver un momento muy particular y que le dejaba perfectamente claro que su camino y el de esa mujer se habían unido por una buena razón.

Atrás quedaban las dudas, ahora entendía esa falta de claridad en el porvenir de Gwenevere y en el suyo propio, un futuro que ambos estaban destinados a compartir.

Observó cómo miraba las velas encendidas y acariciaba con cuidado el borde de los platos, la suavidad de su tacto y la manera en que parecía contenerse le decía mucho más que cualquier frase que emergiese de su boca.

—Jamás he cenado a la luz de las velas... —musitó al fin.

—Lo sé.

Levantó la cabeza y clavó esos inquisitivos ojos sobre él.

—¿Hay algo que no sepas?

—Muchas cosas, Gwenevere, más de las que me gustaría en estos momentos, pero el misterio es lo que hace que vivir sea una aventura.

—Una filosofía muy particular.

—¿Cuál dirías que es la tuya?

—¿Sobre la vida? —Sacudió la cabeza—. Nunca me había parado a pensar en ello, no hasta que ocurrió todo esto... Supongo que podría resumirse en *«vive hoy, porque mañana no sabes quién te joderá, te arrebatará tu casa, tus ahorros y tus sueños»*.

—Nadie puede arrebatarte tus sueños.

—Cuando te quitan los medios que tenías para llegar a hacerlos realidad, sí, pueden arrebátartelos —replicó con una inusual dureza—. Supongo que es una lección para obligarte a poner los pies en la tierra y ser... consecuente con lo que esperas de la vida.

—¿Y cuál era ese sueño?

—Ninguno que ahora importe, los sueños quedan relegados a un segundo plano cuando la realidad te golpea con tanta fuerza que hace que incluso pierdas tu casa...

Enarcó una ceja ante su comentario.

—Empiezo a poner en duda que me escuches cuando hablo.

Ahora fue ella la que duplicó su gesto.

—Es un poco difícil concentrarte en lo que dice tu interlocutor cuando este pasa de... ti. —Lo señaló con un gesto de la mano—. A *otra cosa* que te hace papilla el cerebro.

—¿Eso es un insulto?

—Es un retrato de mi actual situación —Señaló la mesa—. Para muestra un botón, señor mago.

—No soy un mago...

—No, el término que tú has utilizado es... Chamán —concretó, dándole a entender que sí lo escuchaba, al menos de vez en cuando—. Lo equivalente a un hechicero, según tus propias palabras, lo que nos lleva de nuevo a un truco como este.

Sacudió la cabeza sin saber cómo responder a ese particular razonamiento, retiró la silla y la invitó a tomar asiento.

—¿La comida es de verdad o se esfumará en el aire en cuanto dé el primer bocado?

—Es tan sólida como tú y como yo —le informó mientras se inclinaba sobre ella y le susurraba al oído—, enviada directamente por la *Mansión* para su nueva huésped.

—Me quedaré en mi casa, al menos hasta que me echen de ella —replicó ladeando la cabeza de modo que quedaron frente a frente.

—Nadie va a echarte de tu hogar, Gwenevere, el banco no ejecutará la hipoteca, puedes ahorrarte la visita de mañana.

—¿De qué estás hablando?

—Y esta es la prueba de que no escuchas cuando te hablo —resopló—. Tus deudas pasaron a mis manos en el mismo instante en que aceptaste

servirme —le dijo, capturó un mechón de su pelo y lo frotó entre los dedos antes de retirárselo de delante de la cara—. Me he hecho cargo del pago de la hipoteca, ya no tienes ningún asunto pendiente con el banco. La casa es completamente tuya... o lo será cuando termine el servicio.

Se lo quedó mirando fijamente, escudriñando su rostro como si buscase en él alguna señal de que le estaba tomando el pelo.

—No lo has hecho.

—Sí, lo hice.

—¿Por qué?

—En serio, pequeña, ¿llegaste a escuchar algo de lo que se te explicó en el casino?

Un bonito e inmediato sonrojo le cubrió las mejillas.

—Esa bebida tuya hizo un trabajo estupendo distrayéndome...

—Mi cóctel y la botella de vino blanco que te bebiste antes de ir —chasqueó, pero no pudo evitar sonreír al momento—. Te lo resumiré una vez más y, por favor, esta vez, procura escuchar.

—Estoy escuchando.

—Aceptaste jugar...

—Y perdí miserablemente —corroboró ella con un mohín—, me quitasteis hasta las zapatillas y no lo digo en sentido figurado.

—Y tú aceptaste intercambiar tus deudas por una semana de servicio para el *Circus* —continuó—, sirviéndome a mí. Bien, pues en ese momento, tus deudas pasaron a ser mías y, como mías que son, me he encargado de hacer los pagos correspondientes.

—Pero esas deudas no las contraí yo —negó con rotundidad—. Quién debería pagar por ellas es el responsable de contraerlas...

—Esa es otra parte de la deuda de la que ya me estoy encargando.

Ella frunció el ceño, la sospecha acudió a sus ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Hay cosas que no sabes y, tampoco es el momento de hablar de ellas, así que, vamos a cenar —replicó, cogió la servilleta de la mesa y se la dejó caer en el regazo.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad? —preguntó ella con genuina confianza en sus palabras—. Esto es algún truco más de los tuyos.

—No, Gwenevere, no lo es.

—Pero... —Sacudió la cabeza una vez más, casi podía ver su mente trabajar a toda velocidad intentando procesar lo que acababa de decirle—. ¿En serio has pagado mi hipoteca?

—Si nos ponemos técnicos, la hipoteca ahora es mía, así que la pagué, no me gusta tener deudas con nadie —replicó con un ligero encogimiento de hombros antes de ocupar su propio asiento—. Tu casa es ahora mía y te será devuelta dentro de siete días.

—Es una broma.

—Nunca bromeo con las cosas importantes.

—Pero...

—Empiezo a sospechar que no sabes lo que significa el que hayas aceptado jugar en el *Soul Circus Casino*.

—Perdí mis zapatillas, me drogaste y echamos un polvo.

Se echó a reír, no pudo evitarlo, la contundencia con la que pronunció aquellas palabras le provocó una carcajada.

—Un interesante resumen, aunque yo me refería al hecho de que tus deudas pasaron a mis manos en el momento en que aceptaste... echar un polvo.

—¿Me estás diciendo que he echado un polvo contigo a cambio de mis deudas? —con abierta ironía—, porque eso no suena nada bien, señor mío, nada bien.

—No, tuvimos sexo porque ambos lo deseábamos y porque esa fue la manera que escogió la Arena para sellar nuestro destino.

Empezó a parpadear de manera muy seguida, sus labios entreabiertos parecían querer decir algo, pero no acababan de formar las palabras.

—No... no te conozco y me acosté contigo... —musitó después de algunos segundos—. No, no contigo... con... con él...

—Divides algo que permanece unido bajo una misma piel.

Sus palabras la llevaron a recorrerle con la mirada, entrecerró los ojos y buscó algo que no podía verse a simple vista.

—¿Qué me has hecho? —musitó mirándole a los ojos.

—He abierto una puerta que permanecía cerrada.

—¿Por qué?

—Porque tu alma gritaba para que lo hiciese.

—No lo entiendo —admitió sin perder el contacto con su mirada.

—Llegará el momento en que lo hagas, pero hasta entonces... solo tienes que dedicarte a ser tu misma y vivir, algo que hasta el momento no has hecho, no de verdad.

Tan pronto como pronunció esas palabras vio la reacción que tuvieron sobre ella, como si hubiese levantado la mano y le hubiese dado una bofetada, espabilándola, despertándola en el acto.

—No tienes la menor idea de quién soy como para juzgarme con tal dureza.

—No, no sé quién eres ahora mismo, pero sé lo que serás y eso me lleva a querer saber más, a desear más... —replicó un tanto misterioso—. Así que, ¿qué te parece si empezamos desde el principio y esta vez lo hacemos sin máscaras?

Dejó que su apariencia humana se fuese diluyendo, adoptando en el proceso cada uno de sus rasgos demoníacos hasta presentarse ante ella como el demonio que era, extendió la mano por encima de la mesa y la miró fijamente.

—Hola, soy *Usherian El Kerr*, aunque me conocen como Usher Kerrigan.

CAPÍTULO 30

Gwenevere se quedó mirando la mano de dedos largos y piel veteada coronada por puntiagudas uñas negras que cruzaba por encima de la mesa. Sus propias manos seguían encima de su regazo, aferradas la una a la otra mientras su mente intentaba lidiar con las imágenes que se grababan en sus pupilas.

Las llamas de las velas titilaban entre ellos, el aroma de la comida envolvía el ambiente cómo lo haría durante una cena común y corriente, pero aquellos adjetivos no encajaban ante la escena de otro mundo que ofrecía el comensal sentado frente a ella.

Sus ojos, ahora de un amarillo dorado, la miraban desde un rostro de ángulos marcados, con líneas duras y agresivas que no le restaban un ápice de masculinidad. El pelo negro, ahora largo, enmarcaba las duras protuberancias óseas que nacían en su cuero cabelludo, un poco más atrás del inicio de la frente y se combaban hacia sus orejas, cuyo pabellón parecía afilarse ligeramente. Su nariz era recta, perfecta y sus labios llenos, de un tono oscuro que no llegaba a confundirse con el negro, sino más bien con un rico chocolate caliente, empezaron a curvarse ligeramente hasta mostrar una dentadura blanca de la que asomaban unos pequeños colmillos superiores.

Lo que debería ser una mueca aterradora, convirtió su rostro en un paradigma de sensualidad que le provocó una inesperada punzada en la parte baja del estómago.

Se obligó a tragar mientras bajaba la mirada sobre un ancho torso marcado por la tela de la misma camiseta que había estado llevando hasta el momento y dónde podía leerse el nombre de la cafetería. Sus brazos parecían haber aumentado de tamaño, de hecho, todo él parecía haber crecido a lo alto y, sobre todo a lo ancho, mientras su piel adoptaba ese tono veteado que veía en su mano extendida.

Estaba empezando a tener dificultades para respirar, parecía haberse quedado pegada a la silla, incapaz de dejar de examinar a la bestia demoníaca que permanecía delante de ella con la mirada fija en la suya. Entonces captó algo por el rabillo del ojo y, al girarse lentamente para mirar, se encontró con un largo látigo de la misma piel y que se movía como la nerviosa cola de un gato, pero cuya punta, terminaba en una irónica forma triangular.

Aquella imagen no era nueva, él no era nuevo para ella, conocía ese tono de piel, sabía que tacto tenía, recordaba la suavidad y el cuidado con el que esas manos la habían acariciado, el sabor de esos labios y el calor de su boca. La conciencia de ese conocimiento trajo consigo esas escenas eróticas que había achacado a un extraño y erótico sueño, una inesperada y desenfadada realidad que se había negado a aceptar y que ahora, con él frente a ella, la abofeteaba sin piedad.

Tragó con dificultad y, si bien su cerebro prácticamente le estaba gritando y enseñándole con luces de neón la salida, desprendió sus manos y llevó una de ellas al encuentro con esa otra que seguía colgada sobre la mesa con infinita paciencia.

Deslizó los dedos por la caliente piel masculina y no pudo evitar dar un respingo cuando las largas falanges se cerraron alrededor de la suya.

—Gwenev... Gwenevere Augusta Loft y, siempre y cuando no tengas en mente... comerme, matarme, descuartizarme o lo que sea que hagan los de tu clase... puedes llamarme Gwen.

Él apretó aún más sus dedos y eso la llevó a levantar la mirada de golpe para encontrarse con su expresión irónica.

—Como ya te dije en una ocasión, no me va el canibalismo, la sangre me da más bien asquito y, aunque en la escuela de hostelería me enseñaron a despedazar piezas de carne, no incluía la anatomía humana, así que... —le dijo y pudo escuchar la ironía goteando de cada una de sus palabras—. ¿De verdad me crees capaz de hacer todo eso?

Miró su mano al notar como le acariciaba el dorso con el pulgar provocándole pequeñas cosquillas de placer.

—No —admitió y, de una manera un tanto absurda, se dio cuenta de que era verdad—. Es un cliché... y mi mente ha ido a por él como una bala...

—Tu mente va siempre como una bala a por todo tipo de cosas —admitió él y su tono de voz sonaba más ronco que de costumbre, más

oscuro—. ¿Si te suelto la mano, te quedarás ahí sentada o saldrás corriendo?

Levantó de nuevo la cabeza para mirarle y no pudo evitar recibir el impacto de esa mirada.

—No me sueltes todavía —la respuesta fue tan estúpida, que ella misma se quiso pegar por ello—, solo por si acaso.

Su respuesta fue reír, una reacción tan humana que sus duras facciones parecieron perder esa afilada peligrosidad y dotarle de mayor atractivo. Ladeó ligeramente la cabeza y le frotó los dedos con los suyos.

—¿No preferirías recuperar tu mano y cenar antes de que la comida se enfríe del todo?

La alusión a la cena hizo que mirase la mesa dispuesta bajo sus manos y su estómago volviese a protestar.

—No sé si seré capaz de dar siquiera un bocado... —Admitió mirándole de nuevo y diciendo en voz alta—, contigo ahí sentado.

Su respuesta fue tirar de su mano por encima de la mesa, obligándola a acercase, mientras se la llevaba a los labios y depositaba un beso sobre ella.

—Hagamos la prueba.

Al momento perdió el calor que le envolvía los dedos, la soltó y cogió los cubiertos para servirse un poco del contenido de una bandeja, cortarla con suma facilidad y, tras pinchar el tenedor en un pedacito de carne, lo acercó a sus labios.

—Abre.

El cerebro se le había licuado por completo, pensó ella cuando se vio a sí misma abriendo la boca y aceptando el bocado que él le ofrecía.

—Ahora se supone que debes masticar y luego tragártelo, así es cómo funciona.

Las palabras, dichas en tono inocente y el hecho de que él mismo probase también la comida, la hizo reír. Tuvo que cubrirse la boca para evitar escupir la comida, pues no le había dado tiempo ni a saborearla.

—Oh dios, esto es surrealista.

—¿Está bueno?

Asintió, no se le ocurría otra cosa que hacer y entonces se dio cuenta de que sí, que la carne estaba deliciosa.

—¿Podrás comer tú sola?

—Prometo intentarlo.

—Bien —aceptó y le guiñó el ojo en el proceso, antes de coger una copa con vino y levantarla hacia ella—. Por un nuevo y prometedor comienzo entre nosotros.

Miró la mesa en busca de su propia copa y vio cómo esta estaba ya llena de vino. La cogió entre los temblorosos dedos y la levantó al mismo tiempo.

—Por mi cerebro, el cual espero que aguante este nuevo asalto.

—Por eso también —aceptó divertido y bebió de su copa, dejando que ella hiciese lo propio de la suya.

Si alguien le hubiese dicho a Gwenevere que acabaría cenando esa noche a la luz de las velas con un demonio, se habría encerrado en su casa, con *Ruperta* en los brazos y le habría pegado un tiro al primero al que se le ocurriese llamar a la puerta. Y sin embargo, aquí estaba, con *él* sentado frente a ella, hablando como si fuese un tipo normal y no una representación de los habitantes del infierno.

Aquella normalidad era extraña, tanto que tuvo que convencerse a sí misma que estaba en una cena de *Halloween* y que los cuernos, los colmillos y esa la maldita cola que no dejaba de agitarse, eran parte de un elaborado atrezo.

—¿Puedes hacer que *eso* se esté quieto? —prorrumpió tras varios minutos intentando evitar mirar el travieso apéndice.

—¿*Eso*?

Señaló con el tenedor la ondulante cola de demonio.

—No sé si es que tiene vida propia o lo haces a propósito, pero resulta... perturbador.

—Perdón —replicó recogiendo el apéndice y deslizándolo sobre su regazo—. No tiene vida propia, es solo una reacción a mi estado de ánimo, cómo cuando tú estás nerviosa y tamborileas continuamente con los dedos.

Bajó la mirada sobre su propia mano y vio precisamente el gesto al que él acababa de hacer mención.

—Una reacción nerviosa —musitó para sí, dejó el tenedor a un lado y lo miró—. ¿Yo te pongo nervioso? ¿En serio?

—Tu nerviosismo me afecta. No quiero que estés incómoda, pero tampoco puedo evitarlo, no más de lo que ya lo he hecho —admitió con un ligero encogimiento de hombros—. Necesito que te acostumbres a mí, que entiendas lo que soy y la mejor manera es que lo veas por ti misma y lo asimiles.

—Eso podría llevarme un pelín más que una cena, ¿sabes?

Sonrió y cruzó las manos sobre la mesa.

—Considera lo de esta noche como un prometedor comienzo.

Miró sus manos entrelazadas, los gestos que hacía y que reconoció también en su jefe. Eran ademanes adquiridos, gestos y movimientos que siempre había asociado con él.

—¿Cómo eres capaz de... parecer tan humano? Trabajas en una cafetería y...

La pregunta brotó de sus labios y, tan pronto como la escuchó, se avergonzó de haberla hecho.

—Lo siento, eso no ha sido amable...

—Porque es lo que soy —la atajó con naturalidad—. Tengo ambas herencias en mi ADN, eso me permite adquirir cualquiera de las dos en el momento en que lo desee.

—Y siempre has sido... así.

—¿Así cómo?

Lo señaló con un gesto de la mano.

—Pues... así —hizo hincapié a su apariencia.

Usher se rio, su sonrisa era genuina, no se molestaba en fingir.

—Nací como humano, solo que con sangre de demonio —le explicó—. Estos —deslizó un dedo sobre una de las huesudas protuberancias—, y mi cola no aparecieron hasta que pasé el rito de madurez de mi tribu. Y fue un alivio que lo hiciera, pues desaparecieron los dolores de cabeza y de espalda.

Gwenevere parpadeó ante sus palabras.

—¿Qué quieres decir con dolores de cabeza y espalda?

Su respuesta fue señalarle los pechos.

—Piensa en cómo te sientes al final del día, después de tener esas dos preciosidades comprimidas dentro del sujetador y llegas a casa y puedes liberarlas. Es un alivio poder hacerlo, ¿no?

Parpadeó un tanto sorprendida por la alegoría elegida.

—Menuda... comparación.

—Pero la entiendes.

Asintió con una divertida mueca.

—Me resulta muy, pero que muy familiar, sí.

—Tenía trece años cuando aprendí a liberar esa... presión y manifestar mi parte demoníaca —continuó con sencillez—. Las jaquecas que había tenido durante años, el dolor de espalda, todo ello se fue cuando comprendí finalmente quién y qué era.

—¿No sabías lo que eras?

—Para nada, mis padres y, sobre todo mi abuela, siempre me dejaron clara mi naturaleza mestiza y me enseñaron a verla y aceptarla como algo normal, como algo que forma parte de mí y me complementa.

—Debió ser... difícil para ti.

—Tuve una infancia distinta, eso es todo, los tiempos de entonces no son los de ahora, el mundo ha cambiado bastante con el paso... del tiempo.

Esa extraña mención la llevó a pensar en algo que no había tenido en cuenta. Lo miró de arriba abajo intentando calcular su posible edad, desde luego, no aparentaba más de treinta o treinta y pocos años.

—¿Qué edad tienes?

Una perezosa sonrisa le curvó los labios, pero esta vez no llegó a mostrar los colmillos, ni siquiera un vislumbre de sus dientes.

—Los demonios tenemos una vida mucho más longeva que los humanos —se limitó a responder—. Dado que soy mestizo, soy un poco más joven que la media.

—No vas a decírmelo —concluyó al ver su mirada.

—Para esta noche ya has tenido explicaciones suficientes —sentenció con sencillez—. Ahora, ¿por qué no me hablas un poco de ti?

—No creo que haya mucho que no sepas de mí, a la vista de los acontecimientos —replicó con un ligero encogimiento de hombros.

—Hay mucho que no sé de ti, cosas que me gustaría escuchar de tu boca —le dijo sin dejar de mirarla—. Por ejemplo, ¿dónde aprendiste a preparar unos postres como los que has traído estos días?

—Mi tía, Gladis, a quién ya has conocido esta tarde —puntualizó con retintín—, me enseñó a cocinar. Mi madre no es que tuviese mucho tiempo entre matrimonio y matrimonio.

—Es una mujer... peculiar.

—El burro hablando de orejas.

—Ella es humana, Gwen.

—A veces he llegado a pensar que llegó de *Krypton*.

Él se rio entre dientes.

—El caso es que fue quién me enseñó a cocinar y me animó después a tomar cursos de cocina durante las vacaciones para perfeccionar mis dotes culinarias. —Se encogió de hombros—. Aunque mi profesión no tiene nada que ver con la cocina, soy publicista.

—¿Por qué elegiste esa profesión si te gustaba cocinar?

—Porque era lo que me permitiría encontrar trabajo e independizarme lo antes posible —admitió con un suspiro—. Mi madre puede llegar a ser un tanto... estresante, ella y yo hemos chocado mucho a lo largo de mi vida.

—Así que por eso trabajaste como camarera durante la universidad.

Asintió, sorprendida de que se acordase de lo que le había dicho o que le hubiese dado más valor que un simple pedazo de información.

—Sí, en parte fue por eso y en parte porque necesitaba el dinero —admitió, entonces aprovechó el mismo tema para desviar su atención sobre ella hacia él—. Y tú, ¿cómo has pasado de ser *barman* de tu propio negocio a trabajar como *croupier* en un casino?

—El *Soul Circus* llegó a mi vida antes que el *Kerrigan's* —admitió sin más—. Banca necesitaba a alguien que le echase una mano y, en esos momentos, yo necesitaba aprender a lidiar con mis dones. Fue un buen intercambio que hemos seguido manteniendo hasta el momento presente.

—Tus dones... de hechicero.

—El de los trucos de magia es Gawrin, lo mío es más... sutil.

—Sí, tú solo preparas mejunjes con los que hacer que a una le dé vueltas la cabeza y acepte como obra divina el estar ahora mismo sentada ante alguien como tú.

El silencio cayó entre ellos después de tal comentario, tomándose su propio momento para analizar aquellas palabras, fue él quien lo rompió unos instantes después.

—¿Me tienes miedo, Gwenevere?

La seriedad en su rostro y en su voz la llevó a mirarle a los ojos, a luchar con la inquietud que le provocaba esa mirada, para finalmente negar con la cabeza.

—No —confesó. Y era una realidad, no le tenía miedo—. Sé que debería tenerlo, mi mente intenta advertirme del peligro que supones para mí. Mi... ¿humanidad? Esa se rebela ante la sola posibilidad de tu existencia, pero hay algo que no me deja levantarme de esta silla y echar a correr, no sé lo que es, pero es lo que hace que sienta que no debo temerte, que no me harás

daño... Quizá sea el efecto de ese mejunje que me disteis a beber o que mi cerebro ya se ha frito por completo y no diferencia la realidad de la fantasía... Sea como sea, no, no te tengo miedo, *Usherian*.

—Es extraño a la vez que reconfortante escuchar mi nombre completo de tu boca —admitió con voz ronca, sus ojos parecieron hacerse más oscuros mientras la miraba—. Gracias.

—¿Por qué?

—Por seguir sentada en esa silla —le dijo, se inclinó hacia delante, apartó su propio asiento y se puso en pie.

El gesto de dejar la servilleta sobre una esquina de la mesa y beberse el resto de la copa de vino de golpe, resultaba demasiado humano, cotidiano, para alguien como él, un ser que no dudó en arrancarla de su propia silla y estrellarla contra su pecho mientras bajaba la boca sobre la suya.

—...y por no huir ni siquiera ahora —murmuró sobre sus labios—, a pesar de ver cuáles son mis intenciones.

—¿Qué te hace pensar que sé cuáles son?

—Porque te las diré ahora mismo, una por una —aseguró, rozándole la mejilla con los nudillos—. Voy a desnudarte, voy a recorrer con mi lengua y mis labios cada centímetro de tu cuerpo, voy a hacerte gritar de placer y cuando haya terminado contigo, no te quedará la menor duda de que entre mis brazos, solo encontrarás placer.

Gwenevere no pudo más que gemir en cuanto sus labios tocaron los suyos, abriéndose a un beso que, si era honesta consigo misma, había deseado y temido toda la noche, uno al que se entregó sin reservas.

CAPÍTULO 31

Gwenevere era tan cálida y dulce que era imposible no querer darle un bocado, su manera de mirarle lo había mantenido en un limbo, ambos parecían haber estado jugando a un extraño juego de acertijos en el que se tanteaban el uno al otro.

Ella se había mantenido alerta, todavía temerosa y recelosa ante su actual apariencia, pero no había sucumbido al miedo ni al rechazo.

Besarla había sido el premio a todo un día de contención, la deseaba, lo había hecho desde el momento en que la vio en aquella visión de espaldas a él, con sus zapatillas deportivas y ese deseo había ido in crescendo después de haberla probado en la arena. Y a ella, él no le era indiferente, a pesar de sus intentos por apartar la mirada y desviar su atención, podía sentir su necesidad, su apetito cada vez que posaba los ojos sobre su cuerpo; algo que también la había avergonzado.

Intuía que su deudora era una mujer que no había disfrutado demasiado del sexo, que no se había permitido explorar su propia sexualidad limitándose a saciar sus necesidades con el que, hasta hacía poco tiempo, había sido su prometido. En muchos aspectos era como un capullo de rosa a la espera de que alguien la hiciese florecer.

Disfrutó del sabor de su boca y la ciñó aún más a su cuerpo, respirando su aroma y escuchando el acelerado latido del corazón contra el pecho. Estaba asustada, su mente humana se esforzaba en buscar una justificación a lo que le ocurría, al deseo que su sola presencia prendía en ella y el no encontrarla, la mantenía en una precaria balanza en desequilibrio.

Dejó sus labios y recorrió su mandíbula a besos y caricias hasta llegar a la oreja, a la cual prodigó un mordisquito que acompañó con unas palabras.

—Estás a salvo conmigo, Gwen, tú, por encima de todos los demás, siempre estarás a salvo conmigo.

Notó el leve estremecimiento que la recorrió, aunque no sabía si se debía a sus palabras o al calor de su aliento en la oreja el que se lo provocó.

—Déjame darte lo que ambos necesitamos —continuó, resbalando una mano sobre su cintura, ciñéndola con suavidad antes de frotar su pelvis contra ella dejando claro su deseo—, lo que ambos deseamos.

La rendición llegó con un suave suspiro, su cuerpo se rindió contra él, mientras sus manos se apoyaban ahora sobre sus antebrazos y esa dulce mirada se elevaba hasta encontrarse con la suya.

—Nada de drogas... nada de trucos... nada de...

—Nada más que placer —concluyó por ella, capturando de nuevo su boca en un persuasivo beso.

—Eso —gimió entre sus labios, correspondiendo a su avance con una tímida respuesta.

Sonrió para sí, la abrazó, rodeándola incluso con la cola y aumentó la dureza del beso, volviéndolo más descarnado mientras se desplazaba con ella entre los planos para terminar en el dormitorio de la mansión, hundiéndola en la cama bajo su peso.

Rompió momentáneamente el beso para recrearse en la hembra que tenía debajo de él, esos bonitos ojos se abrieron, parpadeando por la sorpresa, pero no le permitió decir ni una sola palabra al posar un dedo sobre sus labios.

—Te quiero en mi cama, en mi territorio, dónde solo yo pueda tener acceso a ti —replicó manteniéndose sobre ella, sin aplastarla, solo haciéndola consciente de su presencia.

Ella se lamió los labios, rozando su dedo en el proceso y apartando el rostro lo justo para contestar.

—¿Qué te había dicho sobre los trucos?

Sonrió perezoso, cuidando de no mostrar los colmillos en ese momento.

—No usaré ninguno que no sea en nuestro mutuo beneficio —replicó bajando sobre su boca—, ¿de acuerdo?

Su mirada se clavó en la suya.

—Prométeme que ni el vino ni la comida tenían alguna sustancia extraña y que no has usado alguno de tus... dones... sobre ellos.

Su petición le dijo que tan hondo había sido lastimada, le habló de su desconfianza y de la necesidad de confiar de nuevo en alguien.

—Te prometo que esta noche, no he hecho nada para condicionar tu voluntad y te prometo así mismo, que durante el tiempo que estés en mis brazos, tendrás plena capacidad de decisión —le aseguró—. Jamás influiré

en tu voluntad, pero no puedo hacer nada sobre los efectos del brebaje del club, esos se irán diluyendo con el paso de los días hasta que se cumpla el tiempo del servicio.

—Gracias.

Negó con la cabeza.

—No me des las gracias, Gwenevere, nunca me des las gracias por darte lo que te corresponde —le informó—. Aunque, dejaré que me digas lo buen amante que soy cuando termine contigo.

La genuina e inesperada carcajada que sacudió el cuerpo femenino tiró de su propia sonrisa, la previa tensión se diluyó por completo y quedó una vez más a su merced.

—Tienes unas salidas de lo más ocurrentes, Usher, así como un ego desproporcionado.

—El ego viene parejo al tamaño —le dijo, guiñándole el ojo, para luego bajar sobre su boca y degustar de nuevo esa dulzura que le estaba gustando cada vez más.

Gwenevere gimió contra esa dura boca decidida a arrebatarle tanto el aliento como la cordura. Ese hombre no se andaba con sutilezas, era un conquistador en toda regla, decidido a obtener lo que deseaba sin hacer prisioneros. Corresponder a su beso era algo tan natural como respirar, un deseo nacido desde lo más hondo de sí misma y que no podía pensar en otra cosa que no fuese en satisfacerlo. Su cuerpo se derretía bajo esas fuertes manos que la aferraban contra el colchón. Había decidido desligarse por completo de su caótica mente, dejando a un lado las insistentes, aunque amortiguadas, órdenes de su cerebro que la instaban a protestar, a temer esa cercanía, a recordar quién y sobre todo qué era él. El picante y especiado aroma de la piel masculina le gustaba demasiado como para abandonarlo, sus caricias firmes, pero carentes de brusquedad, la animaban a desear acercarse a esas manos a buscar más de ellas. En muchas formas, ese hombre se había convertido en un afrodisíaco vivo y ella no deseaba otra cosa que bañarse por completo en su esencia.

Su sexo empezó a pulsar de necesidad, los pechos se le hincharon y los pezones se endurecieron al roce contra el fuerte y amplio pecho, el deseo emergió de su letargo despertando un hambre inesperada que exigía más de

lo que él le daba. Cerró los ojos y se deleitó en cada pequeña caricia, en el peso que había sobre ella, la envergadura que la envolvía y la mantenía contra el colchón con una pasión y dominación que le aceleraba el corazón.

Desterró el punzante miedo que insistía en emerger de la neblina de su mente, hizo a un lado las dudas y se permitió disfrutar de lo que él le hacía sin culpabilizarse por sus propias necesidades. Dejó que esas manos la cubrieran de caricias, que la recorrieran desde los hombros a la cintura, deseando al mismo tiempo que la ropa que los separaba se esfumase de una maldita vez, pues quería sentir ese tacto sobre su piel, acariciándole las costillas, los pechos, jugando con los duros pezones que se rozaban contra su pecho.

Jadeó en su boca y se mordió el labio inferior cuando los sensuales labios se deslizaron por su barbilla, le mordieron suavemente el mentón y se deslizaron por su cuello cómo si le hubiese leído la mente. El peso del cuerpo masculino cambio de posición y se encontró con las piernas separadas, con una rodilla entre los muslos y su figura manteniéndola prisionera. Levantó la cabeza y se encontró con su rostro fijo en ella. El pelo negro le caía hacia delante, enmarcándole la mandíbula, la sombra de esos huesudos arcos pegados a su cráneo parecían destacar en la inmediata cercanía, pero eran sus ojos, de un brillante tono entre dorado y amarillo los que le arrebataron el aliento.

Un escalofrío la recorrió de los pies a la cabeza, se le puso la piel de gallina, pero eso no impidió que siguiese contemplándole, examinando con más detenimiento cada uno de esos rasgos que cruzaban la línea de la humanidad y, al mismo tiempo, lo dotaban de un absoluto y mortal atractivo.

Usher no hizo comentario alguno sobre su escrutinio, se limitó a sostenerse sobre sus brazos, mirándola con una tranquilidad solo desmentida por la tensión que le marcaba la mandíbula y el inequívoco deseo que le bailaba en los ojos. Ni siquiera se movió cuando deslizó unos temblorosos dedos sobre la mejilla y aventuró una brevísima caricia hacia esos extraños arcos.

—¿Te haré daño si te toco?

—Me harás daño si no lo haces —admitió con voz tan ronca, que parecía venir de ultratumba.

Tendría que haberse muerto de miedo en ese momento, retraerse por completo, pero esa mirada la tenía hechizada, tanto así que ni siquiera se dio cuenta de que había tocado una de las duras protuberancias hasta que vio su mano recorriendo su curvatura.

—Es... duro y rugoso... —Escuchó el asombro en su propia voz—. Pero también cálido... ¿por qué?

—No están hechos solo de hueso, hay sangre y venas en el interior, son... parte de mí.

Son parte de mí.

Sangre, hueso y venas. ¿No era de eso de lo que estaba hecha ella también? ¿De lo que estaban hechos los seres humanos?

Abrió la mano y deslizó los dedos sobre la dura protuberancia, enterrando los dedos en su pelo hasta curvarlos alrededor de su cuello para tirar de él hacia abajo y unir sus labios con los de él en un generoso y voluntario beso. Se bebió el suspiro masculino que escapó de esa dura boca y lo tentó con la lengua, urgiéndole a profundizar en ella con un solo gesto.

Su peso cayó completamente contra ella, hundiéndola en el colchón, tomando el mando del asalto y convirtiéndolo en una conquista absoluta. La devoró, no había otra manera de describirlo, se la bebió como si fuese un hombre sediento, sus manos parecieron multiplicarse pues las sintió en todo su cuerpo, ciñéndola, moldeándola, apretándola, hasta que fue consciente de que el tacto era piel con piel; la ropa de ambos había desaparecido por arte de magia, dejándolos completamente desnudos y enredados.

Jadeó y echó la cabeza hacia atrás en busca de aire cuando abandonó su boca y se dedicó a atormentarle el cuello con los labios, un inesperado movimiento captado por el rabillo del ojo la llevó a mirar en esa dirección para encontrarse esa suave y fibrosa cola agitándose de un lado a otro por encima de su espalda. Fue instintivo seguir su dirección desde la punta a la base, la cual estaba pegada a su coxis, como si fuese una prolongación de la columna masculina. Ante ella tenía un cuerpo perfectamente esculpido, con una ancha espalda y un culo al que le daba ganas de pegarle un mordisco y esa cola, señor, debía estar loca, pero le parecía de lo más sexy.

El pensamiento no duró mucho en su mente, pues en el momento en que esa caliente y codiciosa boca se apropió de un duro pezón, la recorrió un fuerte y caliente relámpago que fue directo a su sexo.

Usher no había estado preparado para esa mujer, no estaba preparado para la dulzura y el profundo reconocimiento que ella le había obsequiado con tan solo un beso. Había esperado rechazo, repulsa e incluso miedo, se mantuvo inmóvil a la espera de que ella tomase la decisión de seguir adelante o terminar en el acto con lo que habían empezado, cuando vio en sus ojos una súbita comprensión, así como una inesperada comunión que la llevó a entregarse completamente a un beso que derribó cada una de sus defensas y le tocó el alma.

Gwenevere lo había aceptado como lo que era, dándose cuenta en ese preciso instante que, más allá de las diferencias físicas, él no era tan distinto de ella o de cualquier ser humano. Esa pequeña humana le había tocado el alma como ninguna otra persona o ser lo había hecho, a parte de su propia familia.

No tenía palabras, la dulzura y la entrega de esa diminuta mujer lo había puesto de rodillas, había sentenciado su destino con más efectividad que cualquier fragmento de futuro que pudiese haber visto que compartirían.

La necesidad de tenerla cerca, de sentirla suya, había hecho que se deshiciese de la ropa de ambos con tan solo un pensamiento, la sensación de sus pechos desnudos apretándose contra su torso y esos duros pezones rozándole habían sido una auténtica provocación que no había querido evitar.

Descendió sobre ella con intención de devorar cada centímetro de su piel, fue muy consciente del momento en que su cola captó su atención, distrayéndola el tiempo suficiente para permitirse a sí mismo descender sobre esas maduras bayas que coronaban sus senos y darse el gusto de meterse una en la boca.

Los llenos pechos encajaban perfectamente en sus manos, los acarició y amasó, jugando con una mano sobre un pezón mientras se amamantaba del otro, escuchándola gemir mientras se arqueaba debajo de él. Cerró la boca una vez más sobre el apetitoso botón y lo succionó con fuerza, sabiendo que le provocaría una punzada de dolor que conectaría directamente con su sexo. Se tomó su tiempo, aprendiendo las respuestas de su cuerpo y aprovechándolas en su propio beneficio, la tuvo retorciéndose debajo de él, gimiendo y curveando sin poder alejarse más allá de dónde él le permitía.

Gwenevere reaccionaba de forma desinhibida, podía sentir como sus emociones se habían disparado, entremezclándose unas con otras, atravesando la neblina provocada por el brebaje del club de manera atronadora. Ella era una cosita intensa, una mujer de fuertes reacciones que se había abocado a mantenerlas bajo control. Su natural desconfianza y el miedo a ser herida, la habían conducido a adoptar un carácter tranquilo, a huir de los conflictos, cuando su naturaleza era sin duda combativa. Intuía que incluso en el sexo se había guardado de mostrar sus verdaderos sentimientos, de entregarse a sus verdaderas apetencias, algo que estaba más que dispuesto a echar por tierra.

Su cuerpo era como arcilla lista para ser modelada, se encendía en respuesta a sus demandas y las acataba con entusiasmo, la excitación palpitaba en sus venas así como en su sexo, su respiración era un buen indicativo de ello, así como el tono sonrojado que había ido adquiriendo esa blanquita piel. Escucharla gemir, sentir sus manos resbalando sobre su cuerpo sin contención era un auténtico regalo del que iba a disfrutar inmensamente.

Sonrió para sí y le prodigó un último lametón a la deliciosa fruta antes de pasar al otro pecho y repetir la misma atención. Se lo metió en la boca, jugó con la lengua y la succionó con la fuerza suficiente para arrancarle un nuevo jadeo.

—Usher...

La manera en que pronunció su nombre le provocó un ramalazo de placer, su pene engrosó de entusiasmo, podía notar cómo le pesaban los testículos y ese tirón en la baja espalda que hacía que quisiese olvidarse de los preliminares y enterrarse directamente entre sus piernas. Se obligó a respirar profundamente y buscar un poco de autocontrol para poder seguir adelante con lo que tenía en mente, que era devorarla por completo. Sopló sobre su sensible piel y notó el leve estremecimiento de ese cuerpo contra el suyo, un simple vistazo por encima de sus pechos lo llevó a conectar con sus ojos abiertos y llenos de deseo, un desnudo e inocente ardor que lo impulsaba a llevar a cabo toda clase de travesuras. Sí, ver esos ojos oscurecerse de deseo y esos labios abiertos gritando su propia liberación sería un premio añadido.

Mientras seguía torturando con los dedos y la lengua uno de sus pezones, resbaló la otra mano a lo largo de su costado, le arañó con mucha suavidad

la cara interna del muslo y fue directo a su húmedo y caliente sexo. No se lo pensó, resbaló un par de dedos a lo largo de la raja, empapándose con sus jugos y, al mismo tiempo que succionaba su pezón con fuerza en la boca, la penetró con los dedos.

El maullido de placer que escapó de su garganta y el curveo de sus caderas lo llevó a sonreír con malicia.

—Que delicia, tan mojada y caliente, apretándome como si no quisieras dejarme escapar —ronroneó sobre su pecho y volvió a tirar de su pezón, ahora entre los dientes, al tiempo que retiraba los dedos y volvía a introducirlos más hondo provocándole nuevos gemidos—. Sí, que pequeña más dulce eres, Gwen.

—Oh, por favor... —jadeó, agitando la cabeza sobre la cama, retorciéndose bajo su boca y sus dedos.

Rio contra su piel, la torturó un poco más y finalmente abandonó su pecho para reclamar su boca, succionando su lengua y beberse sus quejidos de placer.

—Por favor, ¿qué, mi deudora? —Le preguntó, dejando de mover los dedos enterrados en su sexo.

—No, no pares...

—Um... ¿quieres más de esto? —abrió los dedos, en un movimiento de tijera que la hizo enloquecer.

—Dios... Sí, por favor...

Se rio en voz alta al tiempo que repetía el movimiento un par de veces, incrementando su necesidad y deseo, haciendo que el sudor brotase en su piel y su respiración se hiciese cada vez más rápida.

—¿Sabes lo que quiero yo?

Sacudió la cabeza con desesperación, incapaz de responder a eso.

—Quiero estar dentro de ti, quiero que me aprietes como lo haces con mis dedos, quiero follarte con tanta desesperación que me duele —admitió en voz ronca, grave y más oscura de lo que quería dejar traslucir—. ¿Qué te parece?

Ella gimió con desesperación.

—¿En serio quieres que responda a eso?

—No, cariño, no hace falta. —Se rio una vez más—. Sé que tú también lo quieres.

E iba a dárselo de la manera que él quería, la poseería de tal manera que no le quedasen dudas sobre sus intenciones, era suya para cuidar de ella, para resolver ese asuntillo de la deuda y, cuando hubiese terminado con el trabajo, entonces se centraría en conseguir que esa visión que había vislumbrado, se hiciese realidad; proceso del que sin duda disfrutaría mucho.

Le acarició los labios con la boca, se los mordisqueó a conciencia y jugó con su lengua mientras se hacía sitio entre sus piernas y se introducía en ella poco a poco, degustando cada segundo de esa caliente y húmeda funda que lo iba acogiendo hasta terminar completamente enterrado en su interior.

La sintió temblar a su alrededor mientras su cuerpo se ajustaba a su tamaño, se entretuvo en mordisquearle un poco más los labios y decirle cosas sucias al oído de manera burlona. Le encantaba ver como se sonrojaba, pero le gustaba aún más ver el brillo de deseo que se encendía en su mirada acompañando a esa rojez sobre sus mejillas y, con eso empezó a moverse, entrando y saliendo de ella con la necesidad presente en cada uno de sus empujes. No fue suave, no era el momento para serlo, ella estaba tan caliente, tan desesperada que pronto se acopló a sus penetraciones, gimiendo y jadeando sin reservas, aferrándose a él mientras la montaba con frenesí, llevándolos a ambos hacia una culminación que sacudió los cimientos de la maldita Mansión.

No estaba seguro de si la cama resistiría al jueguecito de esa noche, pero ya se ocuparía de preocuparse por ello por la mañana, después de que se hubiese vaciado varias veces en esa mujer.

CAPÍTULO 32

La luz se colaba a través de las cortinas incidiendo directamente sobre ella, Gwenevere apretó los ojos y rezongó, no le apetecía lo más mínimo despertarse, quería seguir durmiendo un ratito más, estaba demasiado cómoda y calentita cómo para querer abrir los ojos y enfrentarse de nuevo al mundo.

Sentía el cuerpo lánguido y saciado, la pasada noche había sido intensa, deliciosa en más sentidos de los que estaba dispuesta a admitir y quería quedarse allí, acurrucada, fantaseando un poco más.

El solo pensar en las pasadas horas la excitó de nuevo, se humedeció, su sexo latiendo entre sus piernas con renovada necesidad.

Apretó los muslos intentando paliar la incomodidad solo para darse cuenta de que no podía ni siquiera cerrar las piernas y de que incluso el aire la molestaba.

Gimió, se arqueó y abrió los ojos a un techo alto con molduras. Lo recordaba de la noche anterior, lo había vislumbrado por momentos, como el resto de la habitación mientras Usher la tomaba entre postura y postura.

Un ramalazo de placer la hizo arquear la espalda, el sueño empezó a despabilarse y con la conciencia llegaron también sus propios gemidos de placer y el vislumbre del balanceo de esa dichosa cola hacia los pies de la cama.

—¿Usher?

Su sexo se contrajo al notar una suave caricia seguida por el cálido aliento de una boca cerniéndose sobre él.

Parpadeó entre sorprendida e incrédula, se incorporó sobre los codos y jadeó al ver la oscura cabeza coronada con esos rugosos cuernos que se estaba dando un festín entre sus piernas.

La imagen la hizo repentinamente consciente de la lengua que la lamía con fruición, de la boca que se pegaba a sus labios vaginales, succionándola

y dejándola temblorosa, sin poder hacer otra cosa que aferrarse a las sábanas de la cama y retorcerse contra él.

Su incapacidad para moverse obedecía a los fuertes brazos que le rodeaban los muslos, manteniéndola completamente abierta y a merced de la codiciosa y hambrienta boca masculina. Le había doblado las rodillas, exponiendo su sexo por completo a su mirada, sus dedos y su boca, triunvirato que se había unido para darle un despertar de lo más erótico.

—Oh, joder —jadeó, apretando los labios, cogiendo puñados de tela con los dedos y luchando por no gemir en voz alta.

Un nuevo lametón, sus dedos ayudándose para abrirse camino hasta su hinchado clítoris para que su boca succionase con fuerza la sensible perla arrancándole un gritito que acompañó al brutal orgasmo que la atravesó como un relámpago, sacudiendo su cuerpo y arrancándole el aliento al punto de hacerle ver lucecitas detrás de los párpados cerrados.

—Buenos días, pequeña Gwen —lo escuchó decir a través del latido de su propio corazón en los oídos—. ¿Has dormido bien?

Su respuesta fue gemir y revolverse en el mismo instante en que notó que desaparecía el peso sobre sus piernas, encontrándose arropada por unos fuertes brazos y un cuerpo duro y caliente.

—Eres... un... capullo... —se las ingenió para decir entre jadeos.

—Ya veo que no eres una persona madrugadora —se rio en su oído, mordándole el lóbulo al tiempo que la ceñía a él y le hacía notar la dura erección que ahora presionaba contra su culo.

—Ahora mismo... dudo incluso... ser persona —musitó intentando apartarse, sin éxito.

—En ese caso, te lo recordaré —le mordió de nuevo el lóbulo, calentándole el cuello con su aliento mientras sus manos la rodeaban e iban directas a sus pezones, pellizcándoselos y retorciéndoselos, provocando que se arquease contra él y le frotase el duro miembro con las nalgas.

—No puede ser que estés así después de lo de anoche.

—Soy un demonio, me gusta el sexo y me gusta enterrar mi polla en un coño calentito por las mañanas.

Jadeó ante la crudeza de sus palabras cuando las vertió en su oído. Él no se cortaba a la hora de decir las cosas tal y cómo le venían a la cabeza, en las últimas horas le había demostrado que, además de saber comportarse como un perfecto caballero, podía ser también un cabrón hijo de puta de

lengua sucia. Y maldito fuera, porque lo que al principio la había azorado y avergonzado, ahora también la encendía.

—Y el tuyo lo está, caliente y húmedo —ronroneó empujando su duro miembro contra su trasero una vez más, frotándose contra ella mientras torturaba los sensibles pezones—. Y, antes de que preguntes, es demasiado temprano para levantarse, así que...

—Es demasiado temprano para levantarse, ¿pero no para que me despiertes de esta manera? —gimió arqueándose contra sus manos, cosa que hizo que su culo se apretase más contra su erección.

—Si sigues meneándote así, te la meteré, Gwen —rezongó de nuevo en su oído, pellizcándole una vez más los pezones, provocándola—. O quizá te folle ese bonito culo.

—Por encima de mi cadáver.

Se rio entre dientes y, abandonando su pecho, subió su mano hasta su barbilla y, girándole el rostro, la besó con suavidad, con una lentitud que acompañaba con los frotamientos de su pene.

—Usher... —gimió rompiendo el beso, encendida una vez más por sus caricias. Jamás había tenido tantos orgasmos seguidos, ese hombre era capaz de darle un nuevo sentido a su vida sexual.

—Gwen —repitió lamiéndole la oreja, provocándole cosquillas—, te necesito ya.

Y según decía esas palabras, deslizaba la mano entre sus piernas, descubría su todavía hinchado clítoris y, cogiéndolo entre el índice y el pulgar lo apretó al tiempo que la penetraba desde atrás provocándole un orgasmo instantáneo que la hizo gritar a pleno pulmón, convulsionando alrededor del hinchado y duro miembro que empezó a moverse en su interior.

CAPÍTULO 33

Gwenevere se despertó sobresaltada, el sol entraba por las cortinas semi abiertas e incidía sobre la cama en la que había dormido. Se aferró a la sábana que ahora cubría su desnudez y examinó rápidamente a su alrededor en busca del objeto del sonido.

Su teléfono vibraba, bailando sobre la mesilla de noche de un lado de la cama, donde también se encontraba su mochila.

Se estiró, cogió el teléfono y frunció el ceño al ver el número en la pantalla; era su madre.

Cortó la llamada y volvió a mirar a su alrededor, estaba en el dormitorio de Usher, el mismo en el que había pasado la noche.

Se revolvió, arrastrando la sábana con ella he hizo una mueca ante el incómodo dolor que notaba entre las piernas. El solo recuerdo de la noche, así como las previas horas, la dejaron roja como un tomate. Había perdido la cabeza por completo, lo sabía, como también que no le importaba lo más mínimo.

Nada de lo que había pasado últimamente tenía sentido, su vida se había convertido en una montaña rusa y, dentro de todo ese desastre, él parecía ser el único que se había preocupado realmente por ella.

Arrancó la sábana y se envolvió con ella mientras deambulaba por la habitación. Encontró una muda de ropa en el cuarto de baño, así como artículos de aseo femeninos. No sabía cómo había llegado allí su ropa, pero tampoco iba a pensar demasiado en ello.

Aprovechó para asearse y bañarse sin que su amante-jefe-demonio diese señales de su presencia. Empezó a secarse el pelo con la toalla cuando el teléfono volvió a sonar; esta vez era su tía, Gladis.

—Hola Gladis.

—Gwene, cariño, ¿dónde estás?

Miró a su alrededor e hizo una mueca.

—En casa, ¿ocurre algo?

—¿Le dijiste a tu madre que la acompañarías hoy a la prueba del vestido?

—No —negó con un resoplido—. Le dejé muy claro que primero era mi casa y después ella. Tengo una cita con el banco para... Bueno, supongo que ahora ya no tiene importancia.

—¿Has conseguido que te den una prórroga?

El tono esperanzado de su tía la llevó a morderse el labio inferior. Si con prórroga se refería al hecho de que su casa ya no estaba en manos del banco, sino en las de Usher y que este había prometido devolvérsela al final del servicio... sí.

—Sí, algo así. —Aquello era lo más cerca que podía estar de la verdad—. ¿Qué pasa con Cassie? ¿Se ha puesto en modo víctima otra vez?

Un largo suspiro que sabía traía consigo una petición que no tenía las más mínimas ganas de aceptar.

—La he tenido más de media hora al teléfono lloriqueando por el supuesto abandono de sus hijos durante un día tan importante en su vida.

—¿Sus hijos? ¿David la ha dejado ya por imposible?

—Tu hermano tenía hoy un compromiso ineludible, según sus propias palabras —resopló—. Le he dicho que la acompañaría y que hablaría contigo. ¿Puedes escaparte aunque sea quince minutos y pasarte por la boutique? Si tengo que lidiar yo con tu madre, terminaré estrangulándola con el velo.

—Y si voy yo, saldrá de allí sin vestido y cabreada como una mona —le informó con un resoplido—. Además, esta mañana trabajo.

O al menos esperaba seguir teniéndolo. Lo de acostarse con su jefe era algo que no había hecho nunca, por otra parte, tampoco se había acostado con un demonio y ahí estaba, en su dormitorio después de haber pasado una desenfrenada noche de sexo con uno.

—Cielo, a pesar de todo, Cassie sigue siendo tu madre.

Una madre que no había dudado en dejar las necesidades de sus hijos de lado para atender las suyas propias, incluso si eso significaba abrirse de piernas para su antiguo jefe.

—Ella tiende a olvidar, cuando le conviene, que tiene una hija.

Un resoplido atravesó la línea telefónica.

—De acuerdo, no quería tener que recurrir a esto, pero me lo has puesto difícil —dramatizó su tía—. Ven a la prueba del vestido y te daré la receta

de esa tarta de chocolate que tanto deseas.

Jadeó y miró el teléfono como si pudiese ver a su tía a través de él.

—¡Eso es chantaje!

—¿Quieres la receta o no?

Por supuesto que la quería. Llevaba el último año suplicándole que se la diera y no había manera de que soltase prenda. Había intentado hacerla por sí misma, pero jamás conseguía ni la cremosidad ni ese toque que le daba un ingrediente que sabía le faltaba. Gladis la había traído por primera vez a una de sus reuniones del club de Bridge y había sido amor a primer mordisco.

Respiró profundamente y dejó escapar el aire antes de sisear.

—De acuerdo, pero no estaré allí más de quince minutos...

—Que sean veinte.

—Y tú estarás allí, a mi lado, solo eso evitará que sea yo la que la estrangule.

—¿Podrás estar allí a las doce?

Miró la hora en el teléfono y luego a su alrededor.

—Lo intentaré.

—Gracias, cariño...

—Tú acuérdate de traerme la receta completa —replicó, se despidió rápidamente y colgó—. Dios, dame paciencia.

Su madre siempre había sido una experta en chantaje emocional, su rostro angelical hacía que cualquiera que no la conociese cayese bajo su influjo. Sacudió la cabeza, se guardó el móvil en el bolsillo de la chaqueta, terminó de secarse el pelo con la toalla y se dirigió a la puerta.

—A ver cómo demonios salgo ahora de aquí.

Llevó la mano al pomo y cerró los dedos a su alrededor dispuesta a abrir, pero alguien se le adelantó, ya que se abrió y apareció al otro lado un atractivo y muy humano Usher.

Sus ojos volvían a tener ese tono azul tan enigmático, la sorpresa bailó en ellos unos segundos antes de que fuese convertida en calidez al tiempo que sus labios se curvaban en una sonrisa de satisfacción. Vestido con vaqueros, camisa y chaleco, le recordó al hombre que había visto la primera vez tras la barra del *Kerrigan's*, aquel que le había dado trabajo en la cafetería. Entonces, cómo si el recién llegado quisiera dejar claro que era

mucho más, vislumbró por el rabillo del ojo el movimiento de una larga y suave cola demoníaca.

—Buenos días.

—Um, hola.

Fantástico. Su cerebro había decidido utilizar ese preciso momento para quedarse en pausa.

—Veo que ya estás lista para empezar la jornada.

La mirada tan sensual que le dedicó le provocó un estremecimiento que fue directo a su abusado sexo.

—Sí, no suelo dormir hasta tarde... y tenemos trabajo, ¿no?

Ladeó la cabeza y sonrió.

—¿Te sientes con fuerzas para ocuparte de la cafetería esta tarde?

La pregunta hizo que se le quitase un inesperado peso de encima. Se sentía como una adolescente que se acaba de acostar con su primer chico y no sabe cómo reaccionar después.

—Por supuesto, para eso me pagas, ¿no? —sonrió.

Su respuesta lo llevó a dejar escapar un resoplido de risa.

—Sí, supongo que para eso contraté una camarera, para que me ayude a atender a la gente cuando yo no doy abasto —replicó. Entonces dio un paso hacia delante, levantó la mano y resbaló los nudillos por su mejilla—. Pero ahora mismo no estoy pensando en mi empleada, sino en la mujer que me he follado durante la noche. ¿Cómo estás?

Su rostro se encendió como una farola.

—Bien.

A juzgar por la manera en que enarcó una ceja y la recorrió con la mirada, no parecía convencido de su respuesta.

—Vale... sí, bien, aunque... bueno... hacía mucho que no... estaba con alguien tan intenso.

Sus labios tiraron hacia una sonrisa socarrona.

—Puedo prepararte algo para aliviar esas... molestias.

—¡No! —Soltó abruptamente, entonces hizo una mueca y añadió—. Nada de brebajes, gracias.

Se rio entre dientes y, la mano que le había acariciado la mejilla se escurrió ahora por detrás de su cuello, sujetándola con firmeza para poder capturar sus labios y mordisqueárselos con lentitud, hasta que abrió la boca

con un suspiro e incursionó dentro. El beso no fue agresivo, sino dulce, tanto que se encontró derritiéndose contra él.

—Así está mejor —lo escuchó murmurar y, cuando abrió los ojos lo vio mirándola con esa misma ternura—. No hay necesidad de que te sientas cohibida conmigo, ambos estuvimos de acuerdo en acostarnos y ardo en deseos de repetir...

—Sí, bueno, no vayas tan rápido —replicó en cuanto su cerebro volvió a funcionar. Lo empujó con ambas manos y se apartó de ese duro y cálido pecho en el que estaba tan cómoda—. Esta mañana tengo cosas que hacer...

—No es necesario que vayas al banco, aunque si ese es tu deseo...

—Si voy me dirán que tú ya has comprado la hipoteca y que mi casa ya no es mi casa, ¿no? —resumió intentando lidiar con esa nueva resolución—. En cuyo caso, será mejor que me ahorre la visita. Pero quiero mi casa, te pagaré lo que has abonado si me das algo de tiempo y...

—Gwen, te lo dije anoche, cuando termine el servicio, tu casa será de nuevo tuya.

—No quiero deberle nada a nadie.

—Lo sé —admitió y se llevó las manos a los bolsillos.

Dejó escapar un pequeño suspiro y se pasó la mano por el pelo todavía húmedo.

—Necesito volver a mi casa, mi tía acaba de llamarme para que la acompañe a la prueba de vestido de mi madre.

—La que se casa con tu exjefe.

Frunció el ceño, ladeó la cabeza y lo miró.

—Te hablé de eso, ¿no?

Asintió.

—No quiero ir, pero si no aparezco, se hará la víctima aún más y mi tía acabará cometiendo un *fratricidio*. Se le da de puta madre el chantaje emocional y mi tía Gladis no tiene porqué aguantar sus desplantes, sobre todo a su edad.

—¿Y tú sí?

La pregunta la cogió por sorpresa.

—No, no después de lo que me hizo, pero es mi madre y eso no puedo cambiarlo.

—¿Quieres ayuda para lidiar con ese dragón?

La manera en que lo dijo y la picardía que vio en sus ojos la hizo sonreír.

—No, gracias, creo que ella se moriría si te viese... de esa guisa — señaló su cola.

—Si cambias de opinión, solo tienes que decírmelo y te acompañaré — se ofreció. Y aquello fue una nueva sorpresa, su ex prometido jamás se había ofrecido a acompañarla o a servirle de apoyo cuando lo necesitaba.

—¿Lo harías?

Usher enarcó una ceja ante la pregunta.

—¿Por qué no habría de hacerlo? —replicó a su vez—. Eres mía y yo cuido lo que es mío.

La declaración fue como un cañonazo directo al corazón.

—¿Disculpa?

—Eres mi deudora, durante los próximos días, todo lo que tenga que ver contigo y te afecte, me afectará a mí también.

Por supuesto, estaba hablando de ese servicio al que no dejaba de hacer alusión, pensó con repentina desgana.

—Ya.

—¿Tienes tiempo para desayunar o quieres que te lleve ya a casa?

—¿Tú lo tienes para perderlo conmigo? —Las palabras abandonaron su boca incluso antes de que hubiese podido ponerles freno—. Quiero decir que tendrás que abrir la cafetería, de hecho, no sé cómo no estás ya allí.

—No estoy allí todavía, porque tú estás aquí y no soy de los que se deshace de su amante tras una noche de sexo, sexo estupendo, por cierto — le dijo al tiempo que la envolvía con la cola y tiraba de ella hacia él de manera muy efectiva—. Y en ningún momento he considerado que pierdo el tiempo que paso contigo, por el contrario, es un periodo... estimulante y enriquecedor —añadió ciñéndola de la cintura y besándola de nuevo, esta vez, con absoluta sensualidad—. Pero tú tienes la palabra, ¿desayunas aquí conmigo o te llevo a casa?

El movimiento ondulante del extremo de la cola parecía hipnotizarla, obligándola a mirar el suave apéndice.

—Si dejas eso fuera de la mesa, acepto desayunar contigo.

Aflojó su presa sobre ella, desenredándola y soltó un latigazo en el aire que la hizo respingar.

—Olvídate de mi cola y vamos a desayunar.

—Es un poquito difícil hacerlo cuando no dejas de moverla como si fuese un látigo. —Señaló lo obvio—. Me pone... nerviosa.

Su respuesta fue llevar la punta triangular delante de su rostro y acariciarle la mejilla con ella.

—Mira, ves, no muerde.

Gwenevere soltó tal grito ante el contacto, que estaba segura de que la habrían escuchado en toda la mansión.

—¡Ay dios! ¡No vuelvas a hacer eso! —Se echó hacia atrás, apuntando de manera acusadora el delicado látigo—. ¡Guarda eso ahora mismo!

La cara de póker que puso Usher al escuchar su grito mudó cuanto el maldito demonio se echó a reír a carcajadas, doblándose por la mitad, encontrando hilarante algo que a ella no le había hecho la menor gracia.

—Vale, bien, riéte cuanto quieras, pero no vuelvas a tocarme con eso —se estremeció al tiempo que miraba desconfiada el agitado apéndice—, me da repelús.

Sus risas fueron en aumento al punto de tener que limpiarse los ojos de las lágrimas que le asomaban por la hilaridad que lo recorría. Desde luego, era el único que se lo estaba pasando bien, pensó Gwen, entrecerrando los ojos y mirando de nuevo ese serpenteante látigo.

La verdad es que su movimiento era hipnotizante, no podía hacer otra cosa que seguirlo, como haría un gato dispuesto a saltar encima de una brizna de hierba y, para su propio horror, eso fue lo que hizo, pues estiró la mano y aferró con ganas la caliente, sedosa y dura vara entre sus dedos.

—¡Ya está bien! —añadió al tiempo que le daba un ligero tirón y, acto seguido, se encontraba con los ojos de Usher clavados en ella. Desde luego, el movimiento había sido efectivo para hacer que dejase de reírse—. Para ya de una vez.

El hombre entrecerró los ojos y bajó la mirada sobre su mano, la cual aferraba todavía esa parte de él. Y ella, en vez de soltarla de inmediato, acabó agarrándola con las dos manos y apretándosela contra el pecho, como si de esa manera pudiese evitar que le diese con ella.

—Empezaste tú... —le recordó de manera acusadora.

Usher se lamió los labios y se aclaró la garganta antes de decirle en voz profunda y ligeramente ronca.

—Y tú no tienes ni idea de la manera en la que lo estás terminando —replicó volviéndose hacia ella, tensando la cola y tirando ligeramente en una silenciosa petición—. Suéltame, Gwenevere.

Sacudió la cabeza con tanta energía que le agitó el pelo, su voz le provocó un estremecimiento que nada tenía que ver con el placer.

—Lo haré cuando me prometas que no vas a tomar represalias.

Un nuevo tironcito y ella la aferró más contra sí.

—Oh, las tomaré, créeme que las tomaré —admitió bajando todavía más el tono de voz. Sus ojos empezaron a mudar de ese humano azul a un vibrante amarillo—. Aprenderás el por qué no es buena idea que le agarres la cola a un demonio de esa forma.

Tragó con dificultad, el miedo volvía a surfear bajo esa capa de ahogamiento que siempre parecía mantenerlo al margen.

—Si me haces daño, te retuerzo las pelotas —siseó, dejando que su boca fuese por libre.

Él chasqueó y se detuvo solo cuando estuvo a escasos centímetros de su rostro.

—Si no me sueltas ahora mismo, no irás a tu cita, no irás a tu casa y ya no digamos, pisar la cafetería esta tarde —replicó con lo que parecía un bajo ronroneo—. Y no me hago responsable de si, cuando termine contigo, no puedes ni caminar.

Aquello fue tan efectivo como darle una descarga eléctrica. Soltó de inmediato su cola y dio un paso atrás con las manos en alto.

—Lo siento, lo siento mucho, no lo volveré a hacer —recitó de manera atropellada—. Pero, demonios, Usher, tú no vuelvas a asustarme de esa manera.

Él sacudió la cola detrás de sí, provocando un chasquido en el aire y manteniéndola al mismo tiempo fuera de su alcance.

—No vuelvas a cogerme la cola a menos que yo te haya dado expreso permiso, Gwen, o tengas el tiempo suficiente como para pagar las consecuencias —le dijo ahora con suavidad, acunándole el rostro con una mano para alzarlo hacia él—. Es mucho más sensible de lo que parece, sobre todo en las manos correctas.

—Pues tú no vuelvas a asustarme —replicó sintiendo las lágrimas picándole tras los ojos—. Estoy haciendo verdaderos esfuerzos para no empezar a correr en círculos gritando como una posesa, así que, ¡colabora, caray!

—Solo mantente cerca de mí, cariño, ese miedo acabará desvaneciéndose completamente con el tiempo —replicó en tono

conciliador—. Ya diste el primer paso al aceptar lo que soy y, como dices, sin terminar corriendo en círculos como una posesa.

Hizo una mueca.

—Dale las gracias a ese brebaje tuyo.

Sonrió y sus ojos volvieron a adquirir ese tono azul.

—Ven a desayunar, te explicaré por el camino el por qué no es una buena idea hacer lo que acabas de hacer y cuál será tu... castigo por ello.

Jadeó abriendo los ojos como platos.

—No puedes castigarme por haberte cogido la cola.

Ladeó la cabeza y, con un audible chasquido en el aire de dicho apéndice, la atrajo contra él con dureza, ciñéndole la cintura con el brazo y cogiéndole la barbilla con los dedos de la mano libre.

—Y no voy a castigarte por haberla cogido, sino por haberlo hecho cuando no tenemos tiempo para arreglar las cosas de manera satisfactoria —replicó y miró, relamiéndose los labios—. Así que hasta ese momento, tendrás que darme algo que me dure lo suficiente como para no recordarlo a cada rato.

Y ese algo fue comérsela allí mismo, beberse su aliento y grabarse su sabor, mientras notaba una contundente erección empujando contra su vientre y sus labios la marcaban con dureza en uno de los besos más agónicos y calientes que había recibido jamás.

Se separaron jadeando, a ella apenas si le sostenían las piernas, algo que pareció satisfacerle, pues la miró de la cabeza a los pies y asintió satisfecho.

—Eso está mucho mejor, así tú también tendrás algo en lo que pensar.

CAPÍTULO 34

—No sé. No acaba de convencerme —murmuraba Cassie mirándose en el espejo del salón de pruebas de la boutique—. Creo que podría subírsele un poco al dobladillo y bajar un par de centímetros más el escote, ¿qué os parece?

Gwenevere vio cómo su tía dejaba a un lado la revista que había estado ojeando para mirar a su hermana por enésima vez en los últimos cuarenta minutos. Aquella prueba estaba durando demasiado y los continuos cambios de su madre sobre el vestido empezaban a hacer mella en ella.

—Has hecho que le suban el dobladillo dos veces, que le quiten los tirantes y reduzcan el tamaño del corsé a uno en el que no entrarías ni aunque dejases de respirar —pronunció, incapaz de quedarse más tiempo callada—. Si sigues haciéndole cambios, terminarás casándote en bragas o con un salto de cama...

—Gwene... —pidió su tía, pero su madre ya jadeaba, girándose sobre los altos tacones para recriminarle sus palabras.

—¿Qué? ¿Mírala? El traje de una vedette cubre más que lo que tiene puesto.

—Por dios, oírte hablar de esa manera es como escuchar a tu padre —protestó llevándose las manos a las caderas con disgusto—. ¿Nada de lo que hago o sugiero estará jamás bien para ti?

Enarcó una ceja ante semejante apreciación, ya que no eran muchas las ocasiones en las que mencionaba al hombre que había sido su marido y que los había engendrado a David y a ella.

—¿Qué importancia tiene lo que yo diga? Harás lo que te dé la gana, como siempre.

—Ahí la tienes —insistió, dirigiéndose hacia su tía—. Demuestra la misma insensibilidad que él.

Se contuvo de poner los ojos en blanco, de nada serviría intentar dialogar con ella, pues se estaba comportando igual que una adolescente con su

vestido de graduación. El problema era que Cassie no era una adolescente, ni estaba buscando su vestido de graduación. Era una mujer que se había divorciado tres veces, las mismas que se había vuelto a casar.

—Algo bueno tenía que heredar de él, ¿no te parece? —No pudo evitar replicar ante su declaración. Entonces la miró detenidamente y fue brutalmente honesta—. Si se le da más escote a eso, tus amiguitas saldrán de paseo en el instante en que respires un poco más fuerte de la cuenta, en cuanto al bajo... yo volvería a ponerle todo lo que le has cogido, eso si quieres que conserve cierto aire de elegancia y no parecer una fulana demasiado ceñida.

Su tía se cubrió el rostro con una mano, ella había querido evitar eso mismo haciéndola venir y lo único que había conseguido es que fuese su hija la que le pusiese los puntos sobre las íes.

La culpa era toda de Usher, todo ese asunto de la maldita cola y el castigo al que había hecho referencia la mantenían entre nerviosa y expectante. Sus palabras habían sido crudamente sexuales, no había espacio a la equivocación en sus actos y en la manera en que le dijo que iba a castigarla.

¡La culpa era suya! ¿Por qué tenía que sacar a pasear eso? Más aún, ¿por qué se le había ocurrido la genial idea de agarrarle la cola al demonio cuando previamente había gritado porque le había rozado con ella la mejilla?

Bajó la mirada sobre su mano, recordando el tacto, la calidez y la dureza que había encontrado bajo ella, había pensado que se trataba de... algo igual de extraño que sus cuernos, sus ojos dorados o los colmillos, pero a juzgar por su reacción, era algo más sensible.

—De verdad, Gwen, si tu única intención al venir era criticarme y echar por tierra mis esfuerzos, podrías haberte ahorrado la visita —declaró su madre, ajena a sus propios pensamientos.

Al parecer sus palabras la habían picado, pues la miraba con la barbilla en alto, la nariz respingona en una posición de altivez y sus gestos propios de una estricta institutriz.

—Cassie, Gwene ha hecho un esfuerzo para venir y...

—No te molestes, Gladis —la atajó, levantando una mano y deteniendo su perorata—. Hace tiempo que sé cómo funciona la mente de mi madre y

cuáles son sus prioridades, entre las que hace mucho tiempo que no figuramos ni mi hermano, ni yo.

—¿Cómo puedes decir eso? Yo fui la que os sacó adelante a tu hermano y a ti cuando vuestro padre se largó, me desviví para que tuvieseis todo lo necesario...

Sus palabras fueron como un dardo directo al corazón, uno que la irritó sobremanera, pues su percepción de las cosas no era tal.

Sí, ella había sido lo bastante valiente como para seguir adelante con dos niños pequeños, pero no lo había hecho sola, se había refugiado en Gladis, al menos el primer año, pues pronto encontró un sustituto para su padre.

—Mamá, el único esfuerzo real que has hecho en tu vida tiene que ver con los pobres incautos a los que perseguiste y asediaste hasta que conseguiste que te pusieran un anillo en el dedo —le soltó, bajando la voz un poco, evitando que la asesora que las había dejado unos momentos para ir a buscar a la modista, escuchase la trifulca.

—¡Gwenevere! —jadeó, totalmente atónita con su respuesta—. ¿Cómo puedes decir esas cosas? ¡Soy tu madre! Ten un poco de respeto, esos hombres de los que hablas han sido tus padrastros...

Hizo una mueca ante su respuesta.

—Jamás consideré a ninguno de ellos un padrastro, no me dieron tiempo, en el momento en que dejaban de hacer lo que tú querías que hicieran, les dabas la patada —sentenció sin andarse por las ramas—. Llevas tres matrimonios y tres divorcios, mamá, por no mencionar que vas a por el cuarto...

—Al menos yo voy a casarme.

La manera en que lo dijo hizo que su tía chasquease la lengua y le llamase ella misma la atención a su madre, había sido un golpe bajo, pero no era algo que le sorprendiese, no viniendo de quien venía.

—Cassandra, eso ha sido muy feo de tu parte, lo que ocurrió no fue culpa de Gwenevere...

—Por supuesto que no fue culpa mía, es suya —declaró sin andarse con rodeos—. Es incapaz de pensar en alguien más...

—Oh, por favor, habías estado saliendo con ese chico desde el instituto, Gwenevere, incluso os fuisteis a vivir juntos al poco tiempo de empezar la universidad. No me pediste permiso, ni siquiera mi opinión. —Le echó en

cara—. Has tenido tiempo más que suficiente para casarte con él, pero lo fuiste retrasando una y otra vez...

Y esa era su madre en toda su gloria, siempre dispuesta a darte dónde más te dolía.

—Me fui a vivir con él nada más empezar la universidad, porque tú convertiste mi cuarto en un vestidor nada más salí por la puerta —le recordó con palpable ironía—. No sé si es que estabas deseosa de deshacerte de mí o pensabas que estaba lista para que me dieras la patada y querías ponerme de patitas en la calle. Te recuerdo que antes de irme a vivir con Greg, estuve viviendo con mi hermano, porque elegiste ese año para volver a casarte y pasar una larga luna de miel por Europa.

Si quería sacar los trapos sucios, ella también tenía una cesta de ropa que podía airear.

—En cuanto al matrimonio... A una se le quitan las ganas de arriesgarse, sobre todo cuando ves que tu madre lleva tres y va a por el cuarto —remató con un tiro certero—. Aunque te felicito, ¿eh? Con este último te has lucido de lo lindo. No esperaste ni a que le diese la patada a su actual novia, la cual, ¡mira tú que casualidad! Era mi mejor amiga, mi única amiga, tristemente, todo hay que decirlo. Oh, por no mencionar el pequeño detalle de que yo trabajaba para él. Sí, un buen trabajo que se ha ido a la mierda por ti y tu... gran carrera en el amor.

—Gwene, cariño, ¿en qué habíamos quedado?

Su tía quería interceder, recordándole que había prometido intentar no estranglarla, pero era tan difícil callarse ahora que había empezado a hablar.

—Todavía no le he puesto el velo alrededor del cuello, Gladis.

—No puedo creer que me estés echando en cara algo como esto, sabes perfectamente que...

—¿Qué sé, mamá? ¿Qué no tenías intención de esconderte en el baño como una colegiala y arrastrar al perverso de mi jefe allí para echar un polvo? —replicó esbozando una sarcástica sonrisa—. Desde luego que no, lo último que podía pensar era en que mi madre, *mi señora madre*, una mujer de cincuenta y cuatro años, estuviese tan desesperada como para liarse con un tipo de poco más de treinta en la fiesta de la empresa a la que insistió acompañarme. Dime algo, ¿lo tenías planeado?

Su jadeo fue genuino, pero no así la mirada y el tono ultrajado de su voz.

—¿Cómo te atreves a hablarme de esa manera? —siseó, echando furtivos vistazos hacia la puerta cerrada de la pequeña habitación en la que estaban esperando—. ¡Soy tu madre!

—Sí, eres mi madre y yo soy tu hija, esa hija a la que tu aventurilla con su jefe, le ha causado un filón de problemas —le recordó—. ¿Alguna vez te paraste a pensar en qué posición me iba a encontrar yo cuando decidiste lanzarte de cabeza a por ese hombre? —la acusó—. No, por supuesto que no. Admítelo, mamá, siempre has sido primero tú y luego tú, solo te has acordado de nosotros cuando necesitaste algo... Y para muestra —se señaló a sí misma en ese momento y lugar—, un botón.

Su rostro empezó a ganar color, la manera en que abrió los ojos y se le dilataron las fosas nasales le decía, sin necesidad de palabras, que había dado en el centro de la diana.

—He venido porque la tía Gladis me pidió que lo hiciera, porque sabe que esto es importante para ti, pero ya me cansé de ser la única que tiene que poner buena cara y ceder para que tú te sientas bien —declaró decidida a decirle todo lo que no le había dicho hasta el momento—. ¿Quieres volver a casarte? Bien, hazlo, pero olvídate de que asista a dicha boda. Estoy cansada de ver cómo siempre haces tu santa voluntad a costa de los demás. Esta vez has ido demasiado lejos y no quiero participar, no cuando tu supuesta felicidad, ha sido el motivo de que mi vida se haya venido abajo como un jodido castillo de naipes.

—Gwene, por favor —intervino su tía—. Sé que estás pasando un mal momento, pero no puedes culpar a tu madre por las decisiones tomadas por otras personas.

—Y no lo hago, tía, cada uno es responsable de sus propias decisiones —admitió con total sencillez—, pero a veces esas decisiones pueden afectar a otras personas y joderles la vida directa o indirectamente.

—Yo no tengo la culpa de que esa chica, que decía ser tu amiga, se comportase como una auténtica perra contigo.

—No, no tienes la culpa, de hecho, debería escribirle una postal a Maise para darle las gracias por haberme sacado de encima a un gilipollas —admitió con gesto pensativo. Con solo pensar lo que había vivido el día anterior con la visita de su antiguo novio, se le revolvía el estómago—. Pero eso no quita el hecho de que ella decidió joderme a mí, cuando a quién tendría que haberle arrancado los ojos era al hijo de puta de su supuesto

novio, que no tuvo problema es ponerle los cuernos con otra y arrancarte a ti los pelos, por ser *la otra*.

Se encogió de hombros y soltó un profundo suspiro.

—Está claro que el karma me odia —concluyó. Cogió su mochila de la silla dónde lo había dejado, sacó el teléfono para ver la hora y suspiró de manera exagerada—. Vaya, mira que tarde se ha hecho —chasqueó y las miró a una y a otra—. Tengo que hacer un par de cosas antes de irme a trabajar, lo último que necesito es que mi jefe me eche la bronca también por llegar tarde.

Se puso la correa al hombro, besó a su tía en la mejilla, agradeciéndole la receta que le había pasado por fin y se volvió hacia su madre, observando una vez más el vestido.

—Si quieres parecer una novia, será mejor que empieces a buscar algo que te haga sentir como tal.

La besó también en la mejilla, más por costumbre que por verdadero cariño y se marchó, curiosamente, mucho más liviana de lo que había llegado.

A veces sentaba bien decir todo lo que una llevaba guardado, aunque fuese en el probador de una tienda de novias.

CAPÍTULO 35

Sin duda, la mejor manera que había de ocultarse de alguien que te buscaba, era permanecer bajo sus propias narices y esa mujer parecía haber convertido aquello en su propio mantra, pues se encontraba coqueteando con los clientes a los que atendía en la terraza del restaurante.

Maise Cooper no era precisamente alguien sutil, se rozaba, acariciaba, todo ello de una manera bastante insinuante destinada a atrapar la atención de los incautos humanos que no perdían la oportunidad de echar un vistazo a su generoso escote o a sus largas piernas.

El carácter latino del local contribuía a su camuflaje, su largo y ondulado pelo negro, los vivarachos ojos verdes y esa sonrisita picarona, además del marcado acento hispano, convertían a la chica en el cebo perfecto para atraer al tipo de clientela que solía darse en ese lugar.

Usher ocupó una de las mesas de la terraza que estaban a la sombra, ojeó de manera despreocupada la carta sujeta entre el servilletero y un pequeño cenicero y esperó a que la dicharachera camarera se acercase a tomarle nota.

A esas horas de la mañana todavía no había mucha gente, la mayoría de los clientes procedían de los edificios de oficinas de la zona, solo había que ver sus ropas, los portafolios y los teléfonos móviles de los que no se separaban, para saber el tipo de clientela que solían tener.

Escuchó distintos acentos, algunos incluso chapurreaban algo de español, queriendo sorprender y agradar a la coqueta empleada que les seguía el juego mientras calculaba las posibilidades y beneficios que podría sacar de cualquiera de los presentes.

Sonrió para sí. No se había molestado en cambiarse para la ocasión, así que vestía los vaqueros, la camisa y el chaleco de esa mañana, al que había añadido una americana. Dejó el teléfono, el último modelo del iPhone, sobre la mesa junto a las llaves del coche, en el cual destacaba el llavero de

una conocida y cara marca. Todo era un juego de apariencias, un cebo para atraer a la mujer que tenía una cuenta pendiente con su deudora.

En circunstancias normales se limitaría a localizarla y entregarla a las autoridades oportunas, pero este caso se había vuelto personal desde el mismo momento en que Gwenevere apareció en su futuro. Su pequeña y recelosa deudora necesitaba tener un *tête à tête* con la mujer que había causado su actual situación. Entre ambas había una historia pasada, una amistad que, con toda probabilidad, la *banshee* había tenido en mente cultivar.

Había tenido vislumbres de ese pasado, de la relación que ambas habían mantenido y eso lo había hecho sospechar de nuevo. No había nada que evidenciase el repentino cambio que llevó a la chica a traicionar a Gwenevere, era como si de la noche a la mañana, a la *mensajera* se le hubiesen cruzado los cables y necesitase desaparecer.

Esa misma incompreensión era lo que había herido a su deudora, el ver cómo la persona en la que se había apoyado durante tanto tiempo, a quién había confiado todo, le daba la espalda sin una sola explicación. A su mujer le costaba confiar en las personas y abrirse a los demás, pero cuando lo hacía se entregaba hasta el tuétano. Quién la hiriese, no solo estaría traicionando su confianza, sino que le estaría clavando un puñal hasta lo más hondo.

—Buenos días. —Se presentó con una amplia sonrisa y ese acento español que dejaba ver al modular las frases—. Vaya, una cara nueva, ¿qué te pongo, *guapo*?

Sonrió para su beneficio, dejó que su mirada la recorriese con abierta apreciación masculina y se inclinó hacia delante, fingiendo hacer un esfuerzo para no mirarle las tetas.

—Estoy dudando entre los huevos rancheros y la tabla de la casa —respondió modulando su voz—. ¿Qué me recomendarías?

Se echó el pelo por encima del hombro con gesto estudiado, se acarició el labio inferior con la parte de atrás del bolígrafo y le dedicó un sensual mohín mientras fingía pensárselo.

—Los huevos están deliciosos, sobre todo, si se preparan de la manera adecuada.

Asintió y correspondió a su apreciación con abierto descaro.

—Y tú, estoy seguro, que los preparas... de maravilla.

Se rio, un sonido musical que contenía ese timbre sobrenatural con el que enganchaba a los incautos. Era como una hermosa sirena que te iba envolviendo poco a poco alrededor de su dedo.

—No se me da nada mal.

Se pasó la punta de la lengua por el labio inferior y se inclinó sobre él.

—Y si añades un vino tinto para acompañar, ya es puro pecado...

—En ese caso, creo que pecaré... y pediré los huevos rancheros con una copa de vino tinto —corroboró y añadió en tono meloso—, y cuando me los traigas... podrás sentarte y contarme porqué una *banshee* destrozaría a una inocente humana a la que ha considerado algo más que una amiga.

Su comentario hizo que abriese los ojos de par en par, al momento empezó a mirar a su alrededor y retrocedió con obvia intención de largarse, pero no se lo permitió.

—¿Quién eres? —preguntó ella al darse cuenta de que no podía moverse, que apenas si podía dar pequeños pasos de un lado a otro, pero no tenía la libertad para abandonar su presencia.

—Soy uno de los recaudadores del *Soul Circus*.

El nombre hizo que sus ojos se abrieran incluso más, una sombra de miedo se instaló entonces en sus pupilas.

—¿Te envía él? No voy a volver, prefiero que me mates, porque no voy a ir con él.

Entrecerró los ojos al escuchar su voz, estaba realmente asustada, su *glamour* estaba empezando a titilar y en cualquier momento quedaría a la vista su verdadera apariencia.

—Contrólate. —En sus palabras iba impresa su magia y ella acusó el golpe—. No estoy aquí para robarte la vida...

—¿Qué buscas, entonces?

—Gwenevere —pronunció el nombre de su deudora y vio al momento la reacción en el rostro de la mujer—. Estoy aquí por ella, por lo que le has hecho, por lo que le has quitado...

—Si vienes buscando dinero, pierdes el tiempo, demonio.

Sonrió ante el reconocimiento de su género.

—Las deudas que dejaste a su nombre, han sido saneadas —le informó y vio el alivio en sus ojos—, pero hay otras a las que solo tú puedes poner fin.

Se tensó, lo notó en su figura y vio cómo negaba sin más. El miedo que había vislumbrado en sus ojos se incrementó, incluso le recorrió el cuerpo

provocándole un estremecimiento.

—Yo no tengo ninguna deuda con esa débil humana, no hay nada que me una a ella.

Y mientras pronunciaba esas palabras, Usher vislumbró su pasado, uno que arrojaba una nueva luz sobre esa mujer y su relación con Gwen, así como el motivo por el que esa pequeña e inteligente *banshee* había obrado de la manera en que lo había hecho.

—La has protegido, a costa de ti misma, has protegido a una hembra humana —declaró, destapando su secreto—, de *él*.

Jadeó, el horror en sus ojos mudó rápidamente a una vibrante y ardiente furia, posó las manos de golpe sobre la mesa y, durante un breve instante, su verdadero rostro asomó bajo la máscara de su belleza.

—Si te acercas a ella, si le haces algo, no habrá lugares suficientes en nuestro mundo y en este, donde puedas ocultarte —lo amenazó, su voz contenía todo el peso de la muerte a la que era afín—. Díselo, dile a ese mal nacido que llevaré la muerte a él o a cualquiera que se atreva a tocar a *mi Gwenevere*.

Sonrió con petulancia, la miró de nuevo de arriba abajo y sentenció.

—Y eso es justo lo que necesitaba oír —aseguró satisfecho—. Ahora, dime quién es el *cadáver* que está interesado en *mi* mujer.

La chica parpadeó visiblemente sorprendida, se lo quedó mirando unos segundos, frunció el ceño y bajó la mirada sobre sus manos.

—¿Quién eres?

No dudó, extendió la mano hacia ella.

—Me conocen como Usherian el Keer, pero puedes llamarme Usher, sierva de la muerte.

La *banshee* le cogió la mano y, al igual que él era capaz de ver el futuro, ella sería capaz de vislumbrar su vida y su muerte.

CAPÍTULO 36

Gwenevere atravesó la puerta del *Kerrigan's*, la campanilla titiló avisando de un nuevo ingreso, posiblemente el primero de la jornada, a juzgar por lo vacío que parecía el local a esas horas. Comprobó que el cartel de «ABIERTO» estuviese hacia fuera y dejó que la puerta se cerrase tras ella. Las sillas, que solían acabar sobre las mesas al final de la jornada, estaban en su sitio, los servilleteros distribuidos e incluso las nuevas cartas descansaban en el lugar dispuesto para ellos.

Se desabrochó la chaqueta y avanzó hacia la barra, la cual estaba desierta, tan solo la música que escuchaba procedente de la trastienda avisaba de que había alguien en el local.

—¿Usher? —Llamó esperando verlo aparecer de un momento a otro a través del umbral que comunicaba la zona principal con la cocina y el almacén.

Dejó el mochila sobre uno de los taburetes para quitarse la chaqueta y, recogiendo todo, se dirigió hacia la trastienda, dónde tenía la camiseta con el logotipo del local y el delantal con su block de notas.

Necesitaba ponerse a trabajar, si estaba entretenida al menos olvidaría durante un rato el momento que había pasado en la tienda de novias con su madre. Tras abandonar el lugar había vuelto a casa encontrándola más vacía y solitaria que nunca, la ausencia de sus cosas, así como las cajas que todavía tenía apiladas le provocaron una punzada en el corazón y acabó llorando a moco tendido en medio del salón, sentada en el suelo con una caja de clínex al lado.

¿Qué clase de vida había tenido hasta el momento? ¿Por qué se había aferrado a ese lugar después de todo lo que había ocurrido en él? Una tras otra las preguntas surgieron en su mente, al igual que los recuerdos vividos entre esas cuatro paredes, recuerdos buenos y malos. Había sido inevitable encolerizarse, gritar a pleno pulmón un momento para llorar a toda pastilla

al siguiente, se había sentido tan bipolar que había terminado hecha un ovillo en el suelo, mirando la pared mientras recuperaba el aliento.

Agradecía no haber tenido espectadores durante tal melodrama, que nadie hubiese visto su rostro cuando se levantó por fin y se dirigió al baño para lavarse la cara. Era como si en cuestión de horas hubiese envejecido varios años, cómo si la mujer alegre que había sido se hubiese consumido bajo todo aquel cúmulo de acontecimientos y se le hubiese olvidado como sonreír.

La traición era algo que dolía muy adentro, que conseguía hacerte pedazos, trozos que después eran muy difíciles de volver a unir correctamente sin dejar grietas. Ni siquiera sabía cómo había sido capaz de mantenerse entera hasta ahora, cómo conseguía levantarse cada día y enfrentarse al mundo sin nadie a su lado que le diese un empujoncito, cómo lo había hecho tantas y tantas veces antes Maise.

Pero más que la traición, estaba el hecho de no entender el motivo que llevaba a alguien en quién confiabas, que era prácticamente una hermana para ti, a hacer algo como eso. Por más que lo había analizado, que lo había reproducido en su mente, no conseguía reconocer en aquella mujer que la había apuñalado una y otra vez con sus palabras y crueldad a la dulce y alegre chica que había sido todos esos años. Eso era lo que más dolía, la incompreensión, el no ser capaz de encontrar una justificación y que la empujaba a querer buscarla, a encontrarla y pedirle que le dijese «por qué».

Pero Maise Cooper se había esfumado, había desaparecido de la faz de la tierra y nadie que la conociese, podía darle razón alguna de su paradero.

Siguió el sonido de la música hasta la trastienda, dejó la cocina y se acercó al almacén para encontrarse a alguien retirando las cajas de cervezas vacías.

—¿Señor Flameris?

El hombre se giró hacia ella con gesto sorprendido, sosteniendo entre los dientes el palillo de un caramelo y abriendo los ojos en reconocimiento al verla.

—Ah, eres tú —dijo sacándose el caramelo de la boca—. Veo que sigues de una pieza, me alegra verlo.

Enarcó una ceja ante el tono de su voz y no pudo evitar fijarse en que vestía uno de los polos con el anagrama del local.

—Usher dijo que llegarías a lo largo de la tarde, esperaba estar de vuelta para entonces, pero parece que te has adelantado —continuó el hombre, quién volvió a meterse el caramelo en la boca para tener las manos libres y sacar del almacén las cajas llenas de botellas vacías—. Como *vesh* no hay *muxo* movimiento... —mencionó con el caramelo en la boca—, ¿te *apetexe* tomarte un café?

Lo siguió con la mirada, demasiado sorprendida de la presencia del hombre que la había salvado de terminar bajo las ruedas de una moto y de que hablase de su jefe con tanta familiaridad. Un inesperado escalofrío le bajó por la columna al pensar en que tan familiar podían ser los dos hombres.

—Voy a sacar esto a la puerta de atrás, para que el repartidor los recoja cuando venga a traer la nueva mercancía —le informó, posando un momento las cajas sobre la barra y quitándose el caramelo de la boca—. Cámbiate si quieres, prometo que no miraré.

Abrió la boca para decir algo, pero no encontró respuesta alguna que decir, todavía estaba demasiado sorprendida de encontrárselo allí.

Se escabulló con rapidez en la trastienda, dejó su chaqueta y su mochila en el lugar destinado a ello y se puso la camiseta del trabajo por encima de la interior que llevaba puesta, cogió el delantal y salió de nuevo abrochándose. Brishen se encontraba ya detrás de la barra, moviéndose cómo si no fuese la primera vez que estaba allí y hacía tales tareas.

—Pareces un poco cansada, ¿Ush no te deja descansar?

La pregunta la cogió por sorpresa y, antes de que pudiese decir algo al respecto, sus mejillas empezaron a colorearse.

—¿Disculpa? —consiguió musitar.

El hombre se limitó a girar un poco la cabeza y dedicarle un guiño mientras se entretenía en preparar un par de cafés.

—Supongo que a estas alturas ya sabrás lo que es Usher en realidad, lo que son cada uno de los habitantes de la *Mansión*... —Sus palabras no hicieron otra cosa que confirmar las sospechas que le habían pasado por la cabeza—. Eres la primera deudora que conozco en circunstancias tan... peligrosas.

—Eres... como él.

Su respuesta fue reírse con suavidad, retiró los dos cafés que había preparado y puso uno delante de ella.

—No, no soy como él, mi casta es un poco más... calentita —replicó con un mohín—. Y también tiene la piel más dura, con escamas y eso.

Parpadeó, no podía haber escuchado bien.

—¿Con escamas y eso?

Su respuesta fue levantar la mano en el aire y, tras soplar sobre ella, su piel empezó a mudar, los dedos se alargaron, las uñas crecieron negras y ligeramente ganchudas y su brazo adquirió una textura rugosa, llena de escamas cómo las de un...

—Lagarto, eres un... ¿lagarto? —Se estremeció ante aquella visión, pero por más que lo intentó no le resultó repulsiva.

—No insultes, niña, desciendo de una antigua corte draconiana.

Draconiana, como en... ¡Joder! Gwenevere dio un paso atrás de manera inmediata, lo recorrió con la mirada de la cabeza a los pies mientras él sacudía la mano y su brazo volvía a adquirir de nuevo apariencia humana.

—Sí, esa palabreja que se te ha pasado por la mente es justo la respuesta adecuada.

Se llevó las manos a la cabeza, como si de esa manera pudiese impedir, ¿qué?

—¿Puedes leer mi mente?

Ladeó la cabeza, sonrió y cogió su taza de café, a la cual le dio un largo sorbo.

—Sí, pero no lo he hecho, no es necesario cuando todo lo que piensas lo articulas con los labios —aseguró replicando lo que ella había hecho sin darse cuenta—. Dragón, sí, esas cosas grandes que escupen fuego... Solo que ni somos tan grandes y, lo de escupir fuego... bueno, depende de a quién le preguntes y lo mal que le caigas, está un poquito sobrevalorado.

—Necesito sentarme.

—Creo que vas a necesitar mucho más que eso a juzgar por la palidez de tu cara —admitió mirándola curioso—. Aunque tengo que felicitarte, al menos no estás amenazando con matarnos a todos, cómo hicieron Rhiannon o Helena, sin ir más lejos.

—Creo que me he saltado esa fase —admitió sin poder evitar un escalofrío, mientras echaba fugaces miradas hacia la mano que había posado ahora sobre la superficie de la barra al dejar de nuevo el café en su sitio.

—Siéntate, anda, no quiero tener que explicarle a tu recolector porqué te has llevado un chichón al caer desplomada en el suelo —la invitó a ello—. Te prometo que soy un buen chico, que no me meto en problemas y que jamás toco lo que es de otro recolector... a menos que me lo pidan amablemente.

Su respuesta le arrancó una reacia sonrisa, algo que relajó un poco el ambiente entre ellos.

—Además, disfruto de la compañía femenina cuando tiene una buena conversación —admitió señalando los taburetes por fuera de la barra—. Y prometo dejarte libre en cuanto entre algún cliente por esa puerta.

Cosa que esperaba que sucediese pronto, pensó Gwenevere, mientras se sentaba y aceptaba el café que había preparado y dejado sobre el mostrador para ella.

—Con leche y azúcar —le informó, indicando la taza.

—¿Eso también lo has leído en mi cara?

Sonrió con ese gesto pícaro que había visto también en Usher.

—Eso, nunca lo sabrás —le dijo al tiempo que cogía su propia taza y tomaba un sorbo de su caliente bebida.

CAPÍTULO 37

Usher reconoció la inequívoca huella de Gwenevere en el mismo instante en que atravesó la puerta de la cafetería y le asaltaron una serie de aromas procedentes de la cocina. El local parecía estar a la mitad de su capacidad, había varias mesas ocupadas con parejas que disfrutaban de un café y conversación, otros se habían enchufado al WIFI y trabajaban mientras picoteaban un pedazo de tarta, incluso había una mesa de cuatro que estaba disfrutando de una selección de dulces que no tenía la menor idea de dónde habían salido.

Brishen se movía detrás de la barra preparando una nueva comanda, a juzgar por la tetera para infusiones y las pastas que acompañaban a dos tazas de expreso a la que unió una tercera. En cuanto levantó la cabeza y lo vio, le dedicó un guiño y señaló hacia la trastienda.

—Llegas tarde —le dijo a medida que se acercaba hacia la barra—. El huracán de vainilla que tienes ahí dentro ha decidido iniciar un zafarrancho de combate ella solita y no he querido, ni siquiera lo he intentado, detenerla. Parece que preparar postres la relaja y tus clientes están encantados de la vida.

Enarcó una ceja ante el comentario de su compañero, podía sentir el nerviosismo de la mujer y su lucha interior a través del vínculo de la *Arena*, una lucha que se había originado en algún momento de la mañana y que había ido *in crescendo*. Gwenevere había tocado fondo y ahora luchaba con uñas y dientes por subir a la superficie y ver lo que quedaba allí después del huracán de sucesos que la había atravesado. El tiempo de lamentarse, de compadecerse de sí misma, había quedado atrás y ahora necesitaba respuestas.

—¿Ha preparado todo esto aquí? —Señaló con un movimiento de la barbilla las tartas que había sobre el aparador.

—Sí —aceptó empujando la bandeja con la comanda a un lado—. Si no supiese que es humana, pensaría que es una pequeña diablesa que está

dispuesta a arrasar con todo.

Sonrió de soslayo, ya se había dado cuenta de que cuando algo la motivaba, era como un huracán que giraba sin parar y se llevaba por delante todo lo que encontraba, incluyendo el trabajo. No había conocido jamás a una mujer tan diligente y trabajadora, prueba de ello era que desde que ella estaba allí, la clientela había ido en aumento.

—Te ha llamado nada más traspasar la puerta, por cierto —le comentó en voz baja—, y pareció bastante decepcionada al no verte y eso que yo soy mucho más alto y guapo.

No le quedó otra que poner los ojos en blanco ante la réplica de su amigo.

—¿Puedes encargarte un rato más de esto? —señaló la sala.

—Por supuesto —concluyó, rodeando la barra para recoger la bandeja y disponerse a llevar el servicio—. Es una pena que no tengamos de esto en la corte, me encantaría ver a Tasia echando espuma por la boca mientras me ve cargar con una bandeja.

Sacudió la cabeza.

—Un día de estos te vas a encontrar con un enorme problema a las puertas, Brish.

—Si eso significa la destrucción de la corte, por dios, que llegue ya.

Con eso, cogió la bandeja y se giró.

—Encárgate de tu deudora, yo cubro el fuerte.

Le posó la mano sobre el hombro y asintió, mientras su amigo y compañero permaneciese lejos de la *Corte Flameris*, su vida no correría peligro, lo cual resultaba irónico, pues dicha corte era el feudo de Brishen y su derecho de nacimiento.

No dejaba de ser curioso cómo la mayoría de los miembros de la Mansión solían dejarse caer por su local humano cuando necesitaban escapar de sus propias vidas, era como si entre esas cuatro paredes se sintiesen a salvo o, por lo menos, pudiesen evadirse lo suficiente para recomponerse a sí mismos.

Le echó un último vistazo a la sala, sonrió a alguno de los comensales que solían venir con asiduidad y se deslizó hacia la trastienda, dónde ya escuchaba el murmullo de la radio unido a los resoplidos de su mujer.

El dulce aroma de la repostería se hizo más intenso en el momento en que atravesó el umbral que comunicaba con la cocina. Gwenevere se había

recogido la melena en un desgredado moño que se le torcía hacia la derecha, mientras varios mechones, manchados de harina, la hacían resoplar para apartarlos.

Estaba, literalmente, con las manos metidas en la masa, dándole tal paliza al engrudo que sobresalía entre sus dedos que cualquiera con un pizca de sentido común habría dado media vuelta para volver por dónde había venido. Su lenguaje corporal hablaba de intranquilidad y enfado, pero lo que sin duda le llamó la atención eran las huellas de las posibles lágrimas que habían surcado por sus mejillas, dejando un surco en el polvo blanco que se las manchaba.

—¿Gwen?

Dio un respingo y levantó la cabeza, girándose en su dirección, mirándole con la nariz y los ojos enrojecidos.

—¿Problemas culinarios, cariño?

Vio como esa naricita se arrugaba, levantaba la barbilla y prácticamente lo fulminaba con la mirada antes de volver a lo suyo.

—Ninguno.

Volvió a meter las manos en la masa, haciendo una bola y levantándola para dejarla caer después con tal saña sobre la improvisada mesa de trabajo, que tembló todo lo que había sobre ella.

—Llegas tarde, por cierto, tu amigo, el escamas, ha estado detrás de la barra las últimas cuatro horas —le informó, pasándose el dorso de la mano por la mejilla dejando un nuevo rastro de harina—. Llegué a pensar que habías decidido hacer pellas.

—Si hubiese decidido tomarme el día libre, no te habría hecho venir —respondió sin sacarle los ojos de encima—. Se me complicó un poco el asunto que tenía entre manos, por eso le pedí a Brishen que abriese en mi lugar.

—¿Sabías que ya nos conocíamos? —comentó sin mirarle—. Me ayudó el día del accidente, el mismo en el que vine a la entrevista que pusiste buscando empleada para la cafetería.

—Sabía que se había topado con una de las deudoras del *Circus*, pero no que dicha deudora y mi empleada eran la misma persona, no hasta que te vi yo mismo frente a la mesa de juego.

—El mundo es un jodido pañuelo —masculló y continuó con su fiero amasado, descargando el puño sobre la mesa—. Uno retorcido, sucio y

maldito.

Y con cada palabra que decía, apretaba con mayor fuerza la masa, destrozándola.

—Vale, deja eso, ya lo has maltratado lo suficiente —pidió acercándose a la mesa—. Deduzco por tu buen humor, que tu mañana no ha sido precisamente agradable.

—No, no lo ha sido —dijo dejando la masa y empezando a limpiarse las manos—. Me he peleado con mi madre o, más que pelearme, le he dicho todo lo que siempre había querido decirle y hasta ahora no me había atrevido. Ha sido liberador, pero también ha hecho que me sienta como la mierda y que me haya puesto a analizar todos y cada uno de los desastres que me han llovido últimamente. Así que he terminado encerrándome aquí, pagando mi cabreo, mi decepción y frustración en la cocina.

—Puedo darme cuenta de ello —admitió mirando a su alrededor, viendo todos los recipientes utilizados, la crema de chocolate que tenía al fuego y las frutas peladas y troceadas esperando en un bol—. Has convertido esto en una verdadera batalla campal.

—No te preocupes, lo limpiaré tan pronto termine con la última tarta —replicó, moviéndose hacia lo que tenía en el fuego y empezó a remover el contenido con una cuchara de madera—. No tendrás motivos para enfurruñarte.

—¿Enfurruñarme? —No pudo evitar que se notase la diversión en su voz—. Juraría que yo no soy el que está enfurruñado aquí, Gwenever.

Ella lo ignoró, levantó la cuchara del recipiente y resbaló el dedo sobre el contenido para probarlo.

—Um... le falta azúcar.

Verla moverse con tanta soltura por la cocina, con esa seguridad en sí misma y en la tarea que llevaba a cabo, era vislumbrar un poco de la verdadera Gwen, de la mujer que había sido en el pasado. Contempló su periplo con el chocolate, vio cómo sus labios se movían, levantaba la cabeza y le decía alguna cosa, pero ya no la escuchaba. La vista se le nubló unos segundos, esa conocida niebla desdibujó todo a su alrededor y se vio engullido por el tiempo, llevándolo a otro momento, en el mismo lugar y con la misma mujer.

Ella sonreía, llevaba el pelo recogido en una coleta alta, atada con un pañuelo con calaveras y calabazas de Halloween y gesticulaba con una

cuchara manchada de chocolate en la mano.

—...desde aquel día, nunca volví a mirar el chocolate de la misma manera y lo sabes —le decía, pues estaba hablándole a él. Como la última vez, no era un mero espectador, estaba allí, en su propio futuro—. Eres el único culpable, Usher, así que no te quejes y Pruébalo.

Rodeó la mesa, moviéndose con lentitud, casi como quién se balancea hasta que toda ella terminó entre sus brazos y el chocolate tiñó sus labios, los mismos que limpió a lametones.

Tan rápido como llegó, la visión se diluyó devolviéndole al presente y a la mujer que lo miraba desde el otro lado de la mesa, moviendo los labios mientras fruncía el ceño.

—¿...bien? ¿Hola? Tierra a Usher, ¿me escuchas?

Se sacudió los rescoldos de la visión de encima y respiró profundamente.

—¿Te encuentras bien? —repitió ella.

—Sí, lo siento —se disculpó—. Me he ido durante unos segundos.

—Ya lo he visto —replicó mirándole curiosa—. ¿Seguro que estás bien? ¿Quieres que avise a Brishen?

Negó con la cabeza y señaló el chocolate.

—Estoy bien, es algo que suele sucederme de vez en cuando. Me abstraigo completamente cuando me golpea alguna visión —admitió en voz alta—. Es parte de mi herencia... de la humana.

—¿Tienes visiones? —Su sorpresa era absoluta—. ¿Sobre qué?

—Sobre reposteras sexys y coberturas de chocolate —replicó hundiendo el dedo en el chocolate y embadurnándole los labios para luego inclinarse hacia ella y lamérselos cómo querría hacer en el futuro—. Hum, está bueno.

—Haz el favor de no jugar con la crema, es para la tarta.

No pudo evitar sonreír ante su comentario.

—No estoy jugando, solamente pruebo lo que haces —replicó inocente—. Y ese chocolate sabe mucho mejor en tus labios. —Dicho lo cual volvió a embadurnárselos para besarla después, retirando la crema con la lengua para luego hacérsela probar de su propia boca—. Lo dicho, delicioso.

La mirada de Gwenevere lo decía todo, sus mejillas se habían arrebolado por debajo de las manchas de harina, pero sus ojos lo miraban como quién mira a un niño travieso al que no sabes si amonestar o perdonar.

—¿Hay alguna posibilidad de que te comportes como mi jefe y no como un... er... demonio... calenturiento?

Usher dejó que sus labios se curvaran ligeramente en una perezosa sonrisa, la recorrió una vez más con la mirada y asintió.

—Muchas posibilidades, sobre todo porque tu jefe espera que recojas todo esto y lo limpies antes de colgar el delantal por hoy.

La chica se llevó las manos a las caderas.

—Que no se preocupe, porque será lo siguiente que haga en cuanto termine con esto y meta la última tarta en el horno —señaló ella con gesto petulante—. ¿Algo más?

—Sí, reserva esa tarta de chocolate para esta noche —le indicó—, será parte de tu castigo por haberme cogido la cola sin permiso.

Hizo una mueca.

—Ya te dije que lo sentía —resopló—. En serio, Usher, no fue a propósito, ni siquiera me di cuenta...

—No te preocupes, Gwen, después de esta noche, serás perfectamente consciente de ello.

Ella resopló haciendo que los mechones enharinados de su pelo volasen y volviesen a aterrizar delante de su rostro. Tenía que admitir que la mujer lo tenía hechizado, le gustaba cada una de sus facetas, desde su candidez a esos inesperados estallidos de genio, la encontraba atractiva en su sencillez, pues no era alguien que dedicase horas y horas a cuidar su aspecto o mostrarse seductora. Gwenevere no destacaría entre una multitud, pero tampoco le hacía falta, pues era en su sencillez y gran corazón, dónde radicaba su belleza.

—Vamos, a trabajar —la instó a ponerse a ello y se aplicó la orden—. Voy a relevar a Brishen, si me necesitas, estaré detrás de la barra.

—Oído, cocina.

—¿Y Gwen?

—¿Sí, jefe?

—No sigas maltratando la masa —le guiñó el ojo—, o la que terminará llorando será ella.

CAPÍTULO 38

La campanilla de la puerta sonó por última vez al salir la última pareja de clientes. Usher les deseó una buena noche y procedió a darle la vuelta al cartel de modo que figurase como «CERRADO», para terminar cerrando con llave.

Había sido un día largo, uno que aún no había tenido tiempo de analizar y que sabía le traería más problemas que soluciones.

Escuchó el trájín en la trastienda, Gwenevere se había dedicado a limpiar a fondo y recoger las cosas. En el local todavía perduraba ese aroma a vainilla, chocolate y canela, uno que ya empezaba a asociar con ella.

Cuando llegó y la vio descargar su furia sobre la mesa de trabajo supo que no podía hablarle de su encuentro con la *banshee*, no todavía. Ella necesitaba lidiar con su pasado, enfrentarse a sus emociones, asentar las bases de su vida después de los últimos sucesos que la habían puesto patas para arriba, solo así sería capaz de encontrar las fuerzas necesarias para enfrentarse a cualquier futuro posible.

Esa dulce mujer se encontraba en el centro de una trama que ignoraba, una que había llevado a esa joven a hacer hasta lo imposible para mantenerla al margen y a salvo de lo que acontecía a su alrededor. La mujer no era la traidora que le habían retratado, aunque había interpretado su papel con el convencimiento suficiente para que se la etiquetase como tal. Lo que en un principio había parecido una traición, extorsión y robo en toda regla, ocultaba un hecho mucho más importante y oscuro, una fijación insana de una tercera persona sobre una incauta e inocente humana.

—Sabía que la quería, en el momento en que la vio, decidió que sería una de sus «mascotas» humanas. —Le había contado la *banshee* cuando se convenció de que él no era otro de sus cazadores y que su presencia podría suponer un cambio e incluso una ayuda para su actual misión; proteger a Gwenevere Loft—. No podía permitir que la destrozase cómo ha destrozado a tantas mujeres humanas, que la convirtiese en una de esas cáscaras vacías

sin conciencia y con una eterna necesidad de él. Gwene es demasiado dulce, demasiado inocente para caer en las garras de alguien como Lord Kaliel. Ella me ayudó cuando nadie más lo hizo, me tendió la mano y me ofreció su amistad a pesar de no saber quién era yo. No podía dejar que ese hijo de puta le pusiera las manos encima, pero nunca pensé que llegaría tan lejos como para jugársela en las mesas de juego.

Maise había arrojado luz sobre algunos de los puntos que no habían estado demasiado claros, puso sobre la mesa la verdadera motivación que se escondía bajo la orden de caza que había sobre su cabeza y el interés de Kaliel por recobrar sus activos a costa incluso de la extorsión.

Fue él quien había puesto a Gwenevera como deudora y tejó una perfecta tela de araña a su alrededor con la única intención de acercarla más y más hacia la astuta araña que esperaba en el centro para devorarla. Su intención había sido asfixiar a la joven mujer para que aceptase la oferta que Faber & Castell le presentaría cuando comprendiese que iba a perderlo todo, pero no contó con la negativa de la chica a aceptar una deuda que no era suya ni lo que le depararía el *Circus*.

El lord de la *Corte Flameris* decidió iniciar entonces una caza de brujas para dar con la *banshee* e impedir que esta abriese la boca, estaba decidido a recuperar su «joya» en cuanto se cumpliese el plazo, usando a la misma mujer que supuestamente la había traicionado cómo presente.

Lamentablemente, no había contado con él en la ecuación y sus ganas de echar por tierra cualquier plan que tuviese, solo por el hecho de ser él; jamás dejaría que algo malo le pasase a su mujer.

Gwenevera era su futuro, su mujer y no la cedería a nadie. Esa humana se merecía ser cuidada, atesorada y querida y él quería darle todo eso, quería amarla cómo ya lo estaba haciendo.

Enamorarse de su deudora no era algo que hubiese entrado en sus planes, pero desde la primera visión que tuvo de ella, lo obsesionó. Tenía algo que lo atraía, que no la convertía en la típica mujer que se lanzaba sobre él buscando un polvo rápido y satisfactorio. Ella no lo había mirado sino con rubor y nerviosismo, se había introducido en su mundo casi por accidente, pero cuando lo abrazó, cuando se entregó a él a sabiendas de quién era y del temor que le encogía el estómago, necesitando darle algún tipo de consuelo, firmó su sentencia.

Ese gesto lo conmovió y enamoró, más allá de su familia, nadie lo había aceptado de ese modo, abiertamente, sabiendo quién y qué era, sin fingimientos, con los brazos abiertos y el temor a lo desconocido presente en sus ojos, pero con el coraje suficiente para pasar sobre él.

Y entonces, esa pequeña pillastre, le cogió la cola.

Oh, sabía que no lo había hecho a propósito, probablemente incluso la culpa de ello hubiese sido suya, pues no paraba de moverla de manera inconsciente, pero la forma en que la apretó contra su pecho, negándose a soltarle... Esa muñequita lo había reclamado para sí, lo había marcado como suyo en ese mismo instante y estaba dispuesto a demostrarle que tan suyo podía llegar a ser.

Se relamió al pensar en ella, su sexo engrosó en respuesta a su deseo, con un solo pensamiento aseguró puertas y ventanas y fue a buscar lo que era suyo.

Quedaban cosas que decir, explicaciones que dar, ella tenía que darse cuenta de la clase de trampa que había sido tejida a su alrededor, recuperar lo que le había sido arrebatado, pero todo ello tendría que esperar hasta después del castigo que estaba a punto de verter sobre esa deliciosa y tierna mujercita.

La cocina volvía a tener el aspecto impoluto de esa mañana, todas las cacerolas, los utensilios e ingredientes que la habían ocupado habían sido lavados y devueltos a su lugar. La última tarta que había sacado del horno llevaba un buen rato enfriando sobre una encimera, el aroma a chocolate caliente le había estado acompañando durante buena parte de la limpieza, opacando el de los desinfectantes y abriéndole el apetito. No es cómo si no hubiese estado picoteando aquí y allí mientras trabajaba, sobre todo una vez que su rabieta se fue enfriando y la calma volvió a asentarse en su interior.

Gwenevere dejó el paño a un lado, se quitó el delantal y lo dobló pulcramente para devolverlo a su lugar. Había escuchado a su jefe despidiéndose de los últimos clientes, la campanilla de la puerta se había escuchado seguida al poco rato del tintineo del llavero que cerraba el local por el día de hoy.

La jornada había llegado a su fin y eso le traía a la mente el caliente recordatorio que le había hecho Usher horas antes. Echó un fugaz vistazo hacia el umbral que comunicaba la cocina con la barra, el estómago se le encogió al momento ante la perspectiva de lo que pudiese tener en mente ese hombre.

Como si sus pensamientos lo hubiesen conjurado, su silueta emergió entre la penumbra de la sala principal y fue cobrando vida bajo la luz de la cocina.

—¿Esa es mi tarta?

La pregunta la cogió por sorpresa, al igual que el hecho de que fuese directo a la repisa y se inclinase para aspirar el aroma a chocolate y no le dedicase ni una sola mirada.

—Chocolate y nueces —le informó en voz tenue—. Se está enfriando, así que no metas las pezuñas...

Él se volvió hacia ella, clavó esos profundos ojos azules sobre ella y enarcó una ceja.

—Yo no tengo pezuñas —le dijo en voz baja, con un tono tan oscuro y grave que le bajó un escalofrío por la columna—. A estas alturas ya deberías saberlo...

—Era una forma de hablar, no una descripción gráfica de tus... atributos —replicó mirándole de refilón—. Si me hubiese dirigido a ellos, habría empezado por...

Los labios se curvaron ligeramente hasta mostrar un asomo de dientes blancos.

—Mi cola. Sí, lo sé, parece haberte fascinado...

—Tu cola no me ha fascinado, me ha *fastidiado*, que no es lo mismo —resopló en respuesta—. Y mejor lo dejamos aquí, no estoy de humor para empezar una discusión sobre... tus atributos demoníacos.

Se rio por lo bajo, abandonó la tarta que le había llamado tanto la atención y avanzó hacia ella.

—No hace falta que discutamos sobre mi anatomía, de hecho, no hay necesidad alguna de discutir por nada.

La manera en que se movía, la gracilidad que adoptó su caminar, la hizo sentirse igual que una gacela asediada por una enorme y peligrosa pantera que, en cuanto le pusiese las manos encima, la devoraría completamente.

—¿Por qué será que no te creo? —replicó empezando a retroceder.

—Todo lo que vamos a hacer es resolver un asuntillo que tenemos pendiente —continuó sin perder el paso ni apartar la mirada de la suya.

—No creo que este sea el momento ni el lugar para resolver nada... —insistió y pegó un gritito al ver cortada su retirada por la alacena que tenía a la espalda—. ¿Por qué no lo dejamos para mañana y...?

Sus palabras se las comió, literalmente, cuando la atrapó contra el mueble y bajó la boca sobre ella, apropiándose de sus labios y de su lengua.

—Me has cogido la cola y eso trae consigo consecuencias —gruñó, deslizándose de sus labios a su mandíbula, mordisqueándola hasta atrapar el lóbulo de la oreja entre los dientes—. Ningún demonio que se precie dejaría pasar tal afrenta sin un adecuado castigo, un recordatorio de lo que pasará si vuelves a hacerlo en el futuro, sin pedir permiso.

—No quería hacerte daño —musitó temblando entre sus brazos, pero era incapaz de discernir si era de temor o de excitación, pues toda ella se encendía como una llama cada vez que la tocaba—. Te lo juro...

—No me has hecho daño, Gwen —le susurró al tiempo que jugaba lamiéndole la oreja—, tu tacto nunca me hace daño. Tus manos sobre mi piel son cómo tener un millón de mariposas acariciándome, mimándome y me gusta esa sensación. Me gusta tenerte tan cerca que puedo respirar tu aroma a vainilla y chocolate. Tú despiertas mi hambre y también eres la única capaz de apaciguarla.

Sus declaraciones la derritieron, cualquier posible reticencia que quedase en su cuerpo se esfumó y acabó apoyándose en él.

—Pero nadie le toca la cola a un demonio a menos que quiera reclamarlo para sí o esté buscando la muerte —ronroneó y le mordisqueó el arco superior de la oreja—. Y dado que no te considero tan suicida como para lo segundo, optaré por la primera opción.

—Estás hablándome de cosas que yo desconozco, Usher —gimió ante la implicación de lo que acababa de decirle, si bien no quería morir, ni de lejos, la idea de reclamarle para sí era tan atrayente como aterradora—. ¿Por qué no venís con un librito a modo de manual de instrucciones? Sería muy útil para evitar cometer esta clase de errores.

Se rio contra su oído, entonces se apartó lo justo para mirarla a los ojos.

—Sí, desconoces esas cosas, por ello, solo te castigaré.

—No quiero ser castigada.

—¿Prefieres reclamarme, entonces?

—¿Qué implica eso exactamente?

—Que seré tuyo, mientras viva, te perteneceré en cuerpo y alma y tú, serás mi única dueña.

Lo dijo tan serio, con tanta pasión que estuvo a punto de decir en el acto: *Sí, por favor*. Y, a medida que ese pensamiento se filtraba en su mente, se dio cuenta con absoluto horror, de lo que eso significaba. *Me he enamorado de mi jefe*.

La realidad la bañó como una ola, las implicaciones de ello se filtraron en ella como si fuesen el agua que la salpicaba y se encontró mirando a los ojos de alguien a quien apenas conocía y a quién, sin embargo, estaba empezando a amar.

—Olvida que te he cogido la cola —musitó con voz entrecortada—. Fue un error, una equivocación, un momento de enajenación mental.

Sí, igualito al que estaba padeciendo ahora mismo, pensó, porque ella no podía enamorarse de él, no podía.

No podía enamorarse de alguien en solo unos pocos días. No, el amor no funcionaba así, tenía la prueba en su anterior relación, una que había cultivado durante años y... Y que nunca la había hecho sentirse ni remotamente tan vapuleada como cuando Usher estaba cerca de ella. Greg nunca la había hecho reír, nunca la había abrazado mientras lloraba, no le había dado su espacio para que solucionase sus cosas, no la había mirado y hecho que se le cayesen las bragas... No la había hecho hervir de pasión, no cómo lo conseguía ese hombre frente a ella. Puede que Greg hubiese sido su primer amor, que se hubiese aferrado a él para no estar sola, pero, ¿acaso había llorado su pérdida? ¿Le había dolido el corazón? No, que la dejase había sido casi un alivio, más aún después de darse cuenta, durante una conversación de escasos quince minutos, de la clase de gilipollas con el que había convivido.

No, no te has enamorado de tu jefe, Gwenevere Loft, te has enamorado del demonio que existe bajo ese disfraz.

Abrió la boca para coger aire, pues sentía que se estaba ahogando, se aferró con fuerza a la alacena que tenía detrás de ella e hizo lo impensable, fue a él.

—Olvida que te cogí la maldita cola —pidió deslizando la mano por su barbuda mejilla, rodeándole el cuello con los dedos y tirando de él hacia

abajo hasta quedar a escasos centímetros de sus labios—, y hazme olvidar a mí que lo he hecho.

—Algunas acciones no se pueden borrar, Gwen —declaró mirándole a los ojos, cuyo color había ido cambiando paulatinamente a ese extraño dorado.

—Pero sí pueden ser pospuestas para ser analizadas en otro momento, ¿no?

La boca masculina adoptó una irónica sonrisa.

—Sí, mi deudora, pueden ser pospuestas para ser analizadas en momentos... más propicios.

Con eso, bajó sobre sus labios y la besó con esa ternura y suavidad que solo había encontrado en él.

CAPÍTULO 39

Lo que comenzó como un coqueteo, una inofensiva caza alrededor de la cocina, terminó en un momento de abierta sinceridad que puso a la mujer contra las cuerdas. Usher se dio cuenta demasiado tarde de lo que acababa de hacer, de que sus palabras, más que sonar como una divertida sugerencia, lo habían hecho como una proclama.

Había visto la sorpresa, el horror y la anonadada comprensión pasando a la velocidad de la luz por los ojos femeninos, no había sido necesaria una confirmación oral, pues las siguientes palabras pronunciadas por Gwenevere habían sido suficientes.

Ella acababa de llegar a alguna clase de comunión consigo misma, a ese punto de inflexión que permitía tomar las decisiones importantes en la vida de cada uno y la respuesta que había obtenido la había asustado. No estaba preparada para enfrentarse consigo misma, no con todo el equipaje que todavía llevaba consigo y que no había tenido tiempo a deshacer.

Había sido valiente al dar ese paso adelante y pedirle un aplazamiento de la sentencia, reconociendo que había una conexión entre ambos que, lo supiera o no, iba mucho más allá de la pasión compartida.

La sintió temblar, su corazón corría a toda velocidad, podía sentirlo a través de las yemas de los dedos que mantenía apoyadas sobre el pulso en su cuello, pero ello no impidió que correspondiese a su beso, el que ella misma había pedido, con la misma entrega de siempre.

Deslizó las manos sobre su cuerpo, adoraba su sabor, le gustaba la manera en la que la suave y cálida figura encajaba con la suya, los ruiditos que escapaban de sus labios para terminar tragados por su propia garganta. La moldeó recorriendo cada pedazo y sintiendo como aumentaba su deseo, cómo se rendía al placer compartido, el mismo que lo tenía ya duro e hinchado, su pene empujando contra el confinamiento de los pantalones mientras se restregaba contra ella.

Los cálidos brazos se envolvieron alrededor de su cuello, buscando pegarse más a él, no dudó en aferrarle las nalgas y atraerla contra él, aupándola hasta que le rodeó la cintura con las piernas y, de ese modo, pudo trasladarla hasta la mesa central de la cocina recién liberada. La sentó en el borde, sin dejar de comerle la boca o resbalar las manos por su cuerpo, ciñéndola y deseando al mismo tiempo hacer trizas la maldita ropa que le estorbaba.

Se obligó a ejercer una fuerte contención sobre sí mismo y deslizó los labios por su mejilla hacia la oreja que había mordisqueado antes, le gustaba la manera en la que maullaba cada vez que le mordisqueaba el lóbulo; sin duda había dado con un punto especialmente sensible en esa dulce mujer.

—Hueles tan bien que me dan ganas de comerte —murmuró con voz ronca—, y quizá lo haga una vez que te arranque la ropa. Sí, serías el plato principal perfecto y de postre, esa rica tarta de chocolate.

Su respuesta fue gemir, retorciéndose bajo su boca.

—Sí, puedo imaginarlo claramente —continuó atormentándola con palabras—. Totalmente desnuda, extendida sobre la mesa en la que has estado trabajando toda la tarde, abierta para mi disfrute, el cual traerá consigo el tuyo.

Se estremeció debajo de él, sus manos resbalando sobre su espalda, aferrándose a su camiseta.

—Quiero poner mi boca en ese húmedo coñito —gruñó, deslizando la lengua por cada ángulo de la pequeña oreja—. Me gusta tu sabor, creo que podría hacerme fácilmente adicto a él.

Abandonó su oreja para volver a capturar sus labios, succionándole la lengua y deleitándose en su sabor al tiempo que bajaba las manos a sus pechos y empezaba a atormentarlos por encima de la ropa.

—También me gusta esta bonita boca, ¿sabes? —continuó ronroneante—. Esos labios llenos, la traviesa lengua con la que respondes a mis besos... Sí, creo que me gustaría mucho tenerlos sobre mi polla, succionándome, humedeciéndome con ese delicioso calor.

Un nuevo gemido escapó de su boca, podía notar como se retorció debajo de él, cómo tiraba de su ropa, sin duda excitada por las cosas que le decía. Había descubierto que le encantaba hablarle de esa manera sucia, de

decirle sin adornos lo que quería de ella, ver el sonrojo cubriéndole las mejillas y todo el cuerpo solo para aceptarlo con naturalidad.

—Quiero follarte la boca —continuó en voz baja, solo para sus oídos—, quiero llenarte la garganta y...

—¡Joder, Usher! ¡Deja de hablar! —gimoteó con desesperación y propinándole al mismo tiempo un mordisquito propio en el cuello que lo hizo reír.

—No me interrumpas, podría perder el hilo de todo lo que quiero hacerte y tendría que empezar desde cero —la regañó divertido, bajó sobre ella y le lamió los labios—. Y va en serio, Gwen, quiero tu boca en mi polla...

No la dejó responderle, pues volvió a tomarla en un caliente y húmedo beso, la devoró con fruición, deleitándose con su sabor, tragándose sus gemidos y envolviendo su lengua con la suya con transparente hambre.

—Pero ahora, sobre todo, te quiero desnuda —jadeó entre frase y frase, mientras extendía una mano sobre ella y hacía desaparecer toda su ropa.

Gruñó rompiendo el beso para echarse atrás y contemplar el delicioso patio de juegos de piel caliente que se revolvía sobre la mesa. Dividió su atención, al tiempo que se relamía, entre el nido de rizos que acunaba su pubis y los llenos pechos de rosados pezones que ya se habían engrosado y despuntaban duros.

—Soy fan absoluto de tus tetas, dulzura —declaró llevando ambas manos sobre ellas, amasándolas mientras deslizaba los pulgares sobre las duras cúspides. La escuchó contener el aliento, su pelvis elevándose sobre la mesa, contoneándose debajo de él.

Resbaló las manos sobre sus costillas, moldeándola y recreándose en la suavidad de su piel para subir después por sus brazos hasta los hombros y volver a bajar, prodigándole espaciadas caricias de modo que no quedase un pedazo de su cuerpo sin venerar.

—Usher...

—¿Sí, Gwen? —respondió volviendo a resbalar las manos sobre ella, pasando ahora su vientre, bajando por la cara interna de los muslos, evitando su sexo y continuar hacia sus tobillos.

—Tienes las manos calientes... —ronroneó ella.

—Ventajas de ser un demonio —replicó con una risita, separándole las piernas, para poder meterse entre ellas y continuar acariciándola con lentitud—. Somos unos espléndidos masajistas.

Se deleitó en contemplar su cuerpo expuesto a su mirada y a su placer, su piel blanca ganando ese colorcillo rosado de la excitación, mientras sus labios se separaban en busca de un beso que no llegaba. Era preciosa en su sensualidad, tímida y ardiente a la vez, una mezcla explosiva que le hacía desearla cada vez más.

Estaba hambriento de ella. Todo él; humano y demonio. Quería enterrarse entre sus piernas, penetrarla y sumergirse en ella hasta las pelotas y bombear como si no hubiese un mañana.

Se lamió los labios y descendió una vez más hacia su cintura, hambriento por poner su boca en esa caliente humedad que a duras penas ocultaban sus rizos. Su aroma era embriagador, como un maldito afrodisíaco que le estaba llevando al límite, amenazando con hacerle perder la razón.

Tragó la saliva que se le acumulaba en la boca, la ansiedad de tomarla le provocaba un hambre atroz y hacía que se le apretasen los testículos. Si no la tenía pronto, acabaría por correrse en los pantalones, pensó irónico, lo cual sería además de humillante, un auténtico desperdicio.

Con un solo pensamiento se deshizo de su propia ropa, su pene saltó libre de restricciones, duro, erecto, apuntando hacia su estómago, dispuesto a sumergirse en esa caliente y húmeda calidez que prometía llevarle al cielo. Pero no había fantaseado tanto con devorarla cómo para perderse ahora la posibilidad de hacerlo.

—Di «*Bon Appétit*», Gwenevere.

Se sumergió entre sus piernas, le separó los muslos con las manos y aspiró con fuerza el salobre aroma de su feminidad, los caninos se le alargaron al momento, sabía que sus ojos habían adquirido ese tono dorado de su parte demoníaca y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no ceder al impulso y cambiar completamente.

La primera pasada de la lengua sobre los húmedos y brillantes labios le supo a gloria, tanto que no dudó en repetir la operación un par de veces más y entregarse finalmente a uno de los oscuros placeres de los que más disfrutaba.

Ella se arqueó debajo de él, levantando las caderas para salirle al paso mientras se retorció sobre la mesa y gemía cómo una gatita.

—¡Usher! —jadeó su nombre, sus manos se arrastraban sobre la mesa provocando pequeños sonidos metálicos que se veían interrumpidos solo

por sus propios gemidos—. Oh dios....

Sonrió para sí, su pequeña humana tendía a mentar a su deidad cuando estaba enfrascada en el placer, eso cuando no mencionaba al diablo o soltaba un montón de palabras ininteligibles que le parecían de lo más tiernas.

Jugó con ella con la boca y añadió también un par de dedos, su sexo rezumaba la humedad que él se bebía lametón tras lametón, disfrutando del enrojecido coño como si fuese una golosina y él un adicto al azúcar.

—Córrete para mí, gatita, quiero beber de ti hasta saciarme por completo.

Una sentencia que estaba dispuesto a llevar a cabo y para lo que no cejó en esfuerzo alguno. La folló con la lengua y con los dedos, tanteando incluso el fruncido anillo de su culo, provocando que se tensara al momento, sorprendida por su osadía y asustada de lo que quizá tuviese en mente.

—Tranquila, dulce, todavía no ha llegado el momento de jugar ahí.

Continuó con sus caricias, que a juzgar por los jadeos, gemidos y palabrotas que soltaba su mujer, se asemejaban más a una tortura. No paró hasta alcanzar su objetivo, hacerla retorcerse debajo de él, contrayéndose alrededor de sus dedos en continuos espasmos mientras lamía su clitoris y la nueva humedad que brotó con el primero de los orgasmos.

Siguió lamiéndola a través de los temblores, manteniéndola al borde, sujetándola cuando se desplomó jadeante sobre la mesa y sus piernas colgaron del borde. Solo entonces se permitió incorporarse, contemplar la dulce presa que tenía sobre la mesa y ceder a la necesidad de su polla, la cual amenazaba con reventar.

—Adorable —murmuró para sí, encontrándose con los ojos semi cerrados de su amante, mientras intentaba recuperar el aire a través de los labios parcialmente abiertos—. Eres una de las cosas más adorables que he tenido nunca sobre la mesa de mi cocina. Creo que te mantendré más a menudo sobre ella, solo para recrearme.

—Idiota.

Parpadeó ante el inesperado insulto, entonces se echó a reír y, todavía entre sus piernas, se inclinó sobre ella, apoyó ambas manos sobre la mesa para sostener su peso y se cernió sobre ella.

—Repíte eso si te atreves, cariño.

Sus mejillas enrojecieron incluso más, sus ojos brillaron y esos llenos labios se separaron.

—No —le soltó—, porque seguro que encuentras otra ley no escrita que diga que no se puede llamar idiota a un demonio.

Se rio entre dientes.

—Eres la humana más irreverente que he conocido en mi vida —admitió divertido—, y no sabes lo mucho que me pones.

—Oh, creo que puedo hacerme una idea... gracias.

Gruñó y capturó su boca en un tórrido y rápido beso.

—No, cariño, todavía no te haces una idea adecuada, pero dame tiempo y verás... —prometió llevando una mano sobre sus pechos, acariciándole un pezón que después pellizcó—. De hecho, creo que este es el momento perfecto para enseñarte lo mucho que me pones.

Dicho eso se retiró, la cogió de las muñecas y tiró de ella para incorporarla, sujetándola por la cintura mientras la arrastraba al borde de la mesa, le separaba las piernas aún más y se restregaba contra su húmedo sexo.

—¿Te haces una idea o... necesitas más?

La vio tragar, su mirada bajó hacia abajo, entre sus cuerpos y el azoramiento bailó en sus ojos. ¿Cómo podía una mujer ser tan inocente y sensual al mismo tiempo?

—¿Estás seguro de que esa parte de tu anatomía es humana? ¿Qué no ha crecido un poquito desde la última vez que la vi?

La carcajada que reverberó en su pecho hizo eco en toda la cocina.

—Te prometo que es la mismísima polla que te folló anoche —le soltó entre risas—. Es una de las pocas cosas de mi anatomía que se manifiestan del mismo tamaño, lo cual es un alivio, créeme.

El rostro femenino se volvió completamente rojo, durante un momento pudo ver que no sabía dónde meterse.

—Dios, me fríes el cerebro, yo no suelo decir esas cosas... No en voz alta, al menos.

Le cogió la mano y se la llevó a la erección, cerrando los ojos al sentir los dedos femeninos sobre él.

—Me gusta freírte el cerebro si este es el resultado, amor mío —admitió abriendo de nuevo los ojos para encontrarse con los de ella—. Muero por

estar dentro de ti, quiero follarte, marcarte, hacerte indeleblemente mía. ¿Podrás soportarlo?

La pequeña lengua emergió de entre los labios femeninos y se los lamio con suavidad.

—Sé que no me harás daño, aunque, chico, impones un poquito así — señaló con el dedo hacia abajo—. Solo... hazlo despacio...

Si no estuviese ya enamorado de ella, en ese preciso momento, ante la mirada de dulce deseo en sus ojos, habría caído rendido a sus pies.

—Estás hecha para mí, Gwen, siempre lo has estado.

Capturó su boca, sujetándole la cabeza con la mano para empujarla de nuevo sobre la lisa superficie y, sin romper el contacto con sus labios, introducirse en su interior con toda la lentitud y suavidad de la que fue capaz.

—Usher... —gimió ella arqueándose, levantando las piernas para cruzar los tobillos sobre su trasero—. Oh, señor...

—Respira, cariño, respira para mí —le susurró al oído, manteniéndose inmóvil solo unos segundos antes de empezar a retirarse—. Te siento tan apretada, tan caliente... Me estás matando...

Y estaría más que satisfecho de morir de esa manera si era ella la que lo mataba.

Volvió a besarla con hambre mientras embestía contra ella, le aferró la cadera con una mano y afirmó su posición sobre la mesa con la otra mientras entraba y salía de su interior. La suavidad del principio fue dando paso a la imperiosa necesidad de follarla duro, los agónicos gemidos de ella se mezclaron con sus propios gruñidos y el sonido del metal de la mesa rechinando con cada movimiento de caderas. Antes de darse cuenta, la estaba embistiendo sin piedad, buscando enterrarse en ella hasta las pelotas, queriendo marcarla tal y cómo le había anunciado, deseando vaciarse completamente en su interior y hacerla completamente suya.

Ella lo acompañó a cada paso de aquella desesperada carrera, lo apretó entre sus muslos, le salió al encuentro y gritó, convulsionando alrededor de su duro miembro cuando la alcanzó el segundo de los orgasmos.

Usher no se detuvo, introdujo una mano entre sus cuerpos, buscando la endurecida e hinchada perla de su clítoris y la frotó haciéndola gemir de nuevo, provocando que los espasmos de su cuerpo se alargasen. Gweneveré terminó llorando, suplicándole, pero no cedió hasta que el tercer orgasmo

sacudió el dulce y pequeño cuerpo arrastrándole a él a su propia liberación, una que derramó completamente en ella.

CAPÍTULO 40

Gwenevere sentía que iba a la deriva, le dolía la garganta, notaba el cuerpo tan pesado que no podía ni mover los dedos de las manos y ya no digamos levantar los párpados. La oscuridad se la había llevado durante unos benditos momentos, arrancándola de la ola sobre sensorial que la arrasó tras el tercer explosivo orgasmo a que sobrevivió a duras penas.

Se tomó unos segundos para situarse, en ser consciente de su cuerpo y de cada sonido a su alrededor antes de intentar abrir los ojos.

—Bienvenida de nuevo.

La voz de Usher llegó acompañada de la visión de su rostro, de esos hermosos y vibrantes ojos azules clavados en ella y sus dedos acariciándole el pelo y apartándoselo de la frente. Detrás de él, enmarcando el techo estaban las conocidas molduras de su dormitorio, también vislumbró la lámpara y parte del armario, situándola al momento en un lugar distinto al que recordaba.

—¿Cómo...? ¿Cuándo hemos...?

Le puso un dedo sobre los labios, callándola.

—Te has ido durante unos minutos —siguió acariciándole el pelo.

Arrugó la nariz.

—¿Me he desmayado?

—Culpable —asintió y, más que contrito, parecía orgulloso consigo mismo.

—Oh, por favor —gimió y se acurrucó debajo de las sábanas que ahora empezaba a notar—. Mátame ya y acaba de una vez.

—¿Y perderme toda esta diversión? —replicó deslizando la mano ahora por debajo de la sábana, acariciándola y haciéndola muy, pero que muy consciente de su desnudez—. De eso nada.

Notó como el colchón cedía por su lado y, al momento, acabó desliziéndose hacia él, pegándose al duro y fuerte cuerpo masculino.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó, acariciándole perezoso el costado, desde hombro hasta la cadera.

—Sobreviviré... si no intentas matarme de nuevo.

—Tenía hambre de ti, supongo que se me fue un poco la mano...

—¿Un poquito? Me has noqueado... —farfulló avergonzada por admitir tal cosa en voz alta. Jamás le había pasado algo parecido, aunque, bien mirado, tampoco había disfrutado del sexo de una forma tan intensa—. Y no te estoy halagando...

—Aguafiestas —ronroneó tirando de ella hacia él y poniéndosela prácticamente encima para poder abrazarla y mordisquearle los labios—. ¿Mareos? ¿Dolor de cabeza?

—¿Cuenta el escucharte hablar como dolor de cabeza?

—Gwen, quiero asegurarme de que estás bien —volvió a peinarle el pelo con los dedos—, así que responde a lo que te pregunto.

—No me mareo y no tengo dolor de cabeza, aunque si me pidieses que me pusiera ahora mismo de pie, lo más seguro es que terminase de bruces en el suelo.

—Bien —admitió satisfecho.

La besó, hundiéndole la lengua en la boca, resbalando las manos por su espalda hasta llegar a su trasero y, aferrándole las nalgas con un gruñido, le separó los muslos con sus propias rodillas, obligándola a separar las piernas para terminar a ahorcajadas sobre su estómago.

Gimió al notar su polla erecta frotándose contra su tierno sexo desde atrás, sacudió la cabeza en una firme negativa y quiso estrangularlo cuando vio la pícara sonrisa en sus ojos.

—Cierra los ojos...

—No...

—Gwen...

Volvió a negar con la cabeza.

—No te tengo miedo. —Una declaración muy valiente para alguien cuyo corazón empezaba a latirle cada vez más rápido, pero no quería obviar lo que tenía delante, no quería cerrar los ojos ante la aterradora realidad que iba cobrando sentido en su interior.

Se mordió el labio inferior y se inclinó sobre él, mirándole a los ojos.

—Hazlo.

No se hizo de rogar, sus ojos empezaron a perder su tono azul, mudando a un marrón y finalmente al bruñido amarillo de un iris sobrenatural. Los planos de su rostro se afilaron, el tono de su piel cambió paulatinamente, como si se estuviese quitando una máscara y apareciesen debajo sus verdaderas facciones. Notó sus manos ciñéndose a su cintura, las uñas presionándole la piel mientras se desperezaba debajo de ella y ese suave látigo vagaba por debajo de las sábanas en una íntima caricia que le provocó un escalofrío. El pelo le cayó sobre los ojos, como si lo hubiese tenido recogido y acabase de soltarse y esas huesudas protuberancias ocuparán el lugar que siempre había sido suyo.

Los labios adquirieron un tono más oscuro y cuando la lengua emergió de entre ellos para lamérselos, vislumbró uno de los colmillos.

Gwenevere se obligó a respirar profundamente y soltar el aire, estaba tensa, lo sabía y le llevó un momento volver a relajarse, tiempo que le concedió sin decir nada.

—Ya no tiembles —comentó él rompiendo el silencio, dotando su voz de un tono mucho más profundo que le provocó un estremecimiento de placer—. Es un comienzo prometedor.

—Un locura, Usher, es una locura —corrigió apoyándose en su pecho para incorporarse y poder mirarle a la cara. El movimiento la llevó a rozarse contra la dura verga, ahogó un gemido y volvió a inclinarse hacia delante, sobre él. Llevó una mano con lentitud hacia su rostro, resbaló los dedos por su mejilla, acariciando su pelo y rozó esa huesuda dureza—. Y no sé cómo resistirme a ella...

Bajó sobre su boca y unió sus labios en un suave beso, deslizó la lengua entre sus labios y gimió cuando él salió a su encuentro, devolviéndole el beso.

—No te resistas, Gwen, no te resistas —respondió él en su boca, aferrándole las caderas, instándola a levantarse y así poder conducirse de nuevo en ella desde atrás.

Ella gimió en su boca, se aferró a su cuello con una mano y a su hombro con otra mientras él la mantenía quieta y seguía empujando en su interior hasta que notó sus testículos.

—Usher —jadeó su nombre ante sus labios, privada de su beso.

—Móntame. —Su voz fue como un látigo en su mente, una orden que no fue capaz de negar, pues antes de ser consciente de ello, estaba moviendo

sus caderas para abandonarle y volver a llevarle profundamente a su interior.

Se echó hacia atrás, sentándose sobre sus caderas, sintiéndole profundamente enterrado en su prieto sexo. La llenaba completamente, podía sentirle duro, caliente y grueso, estirándola de una manera deliciosa. Se mordió el labio inferior ahogando un gemido, echó la cabeza hacia atrás y contoneó sus caderas con suavidad.

—Acaríciate los pechos, déjame ver cómo te pellizcas los pezones — insistió él mirándola con deseo—. Muéstrame tu placer, Gwenevere.

Se lamió una vez más los labios, deslizó los dedos sobre los duros muslos masculinos y subió las manos a los senos, moldeándolos, levantándolos y presentándoselos como una ofrenda. La forma en que la miraba la ponía caliente y hacía que se humedeciese incluso más, se movió sobre él, montándolo con suavidad mientras jugaba con sus pechos.

—Tus pezones —graznó él, relamiéndose—, pellízcatelos.

Sonriendo perezosa, se llevó los dedos a la boca, se lamió las yemas y acto seguido los pasó por las duras cúspides, rodeándolas, gimiendo en voz alta cuando se los pellizcó provocando en el proceso pequeñas descargas de placer que fueron directamente a su sexo.

Él gruñó y movió las caderas en un silencioso recordatorio, no necesitó decirle más, pues empezó a mecerse contra él, levantándose lentamente para luego volver a bajar. Era un baile lento, sensual, destinado a torturarle cómo había hecho él con ella en alguna que otra ocasión. Lo montó entre gemidos, echando la cabeza hacia atrás, jugando con sus pechos, provocándole hasta el punto de hacerle abandonar su relajada postura, ceñirle las caderas y empezar a bombear en ella con rapidez y fuerza.

Gwenevere empezó a rebotar en sus caderas, le rodeó el cuello con un brazo y echó el cuerpo hacia atrás, permitiéndole bajar sobre sus pechos para atormentarle los pezones con la boca. La follaba sin piedad, entrando en ella con fuerza e intensidad, marcándola cómo le había asegurado que haría. El deseo le inflamaba el cuerpo, la desinhibía y hacía que se humedeciese más y más, facilitando la ardiente monta a la que estaba siendo sometida.

—Usher —gimió su nombre, jadeando y lloriqueando cuando su boca apretaba sus pezones provocándole una punzada de placentero dolor.

—Eres perfecta, tan adorable —masculló con voz profunda y ronca—, podría pasarme la vida enterrado en tu coño, follándote sin descanso.

Dios, no debería excitarla tanto que le hablase de esa manera, en realidad, sentía una particular vergüenza ante su crudeza sexual, pero no podía evitarlo.

Volvió a pellizcarle el pezón con los dientes, primero uno y luego el otro, entonces la empujó hacia atrás, tumbándola sobre la cama, saliéndose de ella y dejándola vacía y deseosa de más.

—No... —protestó con un quejido a lo que él sonrió petulante.

—Sobre tus rodillas, gatita, quiero follarte desde atrás.

Las mejillas se encendieron con el calor provocado por sus palabras, se lamió los labios y rodó sobre su estómago, moviéndose con lentitud hasta terminar de rodillas, oportunidad que aprovechó su amante para atraerla hacia él.

—Sigue provocándome así, Gwenevere, y la próxima vez te follaré el culo.

Le pegó una bofetada en una de las nalgas, luego en la otra, deslizó la mano entre las mejillas hasta alcanzar su sexo y bañó los dedos en sus jugos antes de arrastrarlos de vuelta hacia atrás, alcanzando el ceñido rosetón en el que empujó la punta del dedo haciéndola respingar.

—¡Usher! No, para, eso no...

—Shhh —le susurró al oído, lamiéndole la oreja al tiempo que le ceñía la cadera con la mano libre mientras seguía jugando superficialmente en su ano—. Todavía no ha llegado el momento, necesitas preparación, pero llegará, Gwen, llegará y cuando te folle, cuando entierre mi polla profundamente en tu culo, te correrás una y otra vez.

Ella jadeó y sacudió la cabeza con una firme negativa que terminó en un nuevo gemido, pues al tiempo que retiraba el dedo de su culo, se hundía de un solo empujón en su húmedo e hinchado sexo.

—Gime para mí, pequeña deudora, dame tu orgasmo una vez más.

Se retiró y volvió a empujar aferrado a sus caderas. En esa posición, podía controlar sus embates, la profundidad con la que llegaba, le arrebatava la capacidad de decisión dejándola completamente a merced de lo que quisiera hacerle. No opuso resistencia, se entregó a él sin reservas, dejándole hacer lo que quisiera con ella, sabiendo que la haría delirar de

placer e incluso después, seguiría exprimiéndola hasta que todo lo que pudiese hacer fuera suspirar de agotamiento.

Se aferró a las sábanas, sintiendo como le flaqueaban los brazos, aguantando sus embestidas y uniéndose a ellas a medida que el placer crecía y el nudo en el bajo estómago se hacía cada vez más y más grande hasta explorar.

—¡Usher!

Gritó su nombre mientras colapsaba sobre el colchón, temblando por los estremecimientos que la recorrían mientras él la sujetaba con garras de acero y seguía montándola hasta culminar derramándose en su interior con un sobrenatural gruñido.

—Por todos los dioses, Gwen, eres mi maldita condena —le escuchó decir unos momentos después, saliendo y dejándose caer sobre el colchón, para abrazarla—. ¿Estás bien?

No tenía palabras, apenas sí tenía fuerzas para hacer otra cosa que respirar y el cansancio tiraba de ella hacia el sueño, así que se limitó a acurrucarse contra él y suspirar.

Esperaba que esa fuese suficiente respuesta para él.

CAPÍTULO 41

La noche había ganado terreno, el cielo se había cuajado de estrellas y el sonido de los grillos y de las cigarras se confundía con el lejano ulular de un búho, toda una sinfonía que entraba a través de la ventana abierta y que contrastaba con el absoluto silencio que dominaba el dormitorio.

No reconocía el lugar de emplazamiento de aquella casa, solo podía suponer que se encontraba a las afueras, probablemente en algún pueblecillo de montaña en el que los habitantes de esta encontrasen la tranquilidad y soledad que necesitaban.

Gwenevere se envolvió en la amplia camisa que había cogido sobre la silla, una prenda masculina que todavía olía a su dueño, el cual dormía apaciblemente boca abajo entre las enredadas sábanas. El pelo le caía sobre los hombros, uno de los retorcidos cuernos le enmarcaba el semblante mientras su piel oscura y vetada, destacaba contra la blancura de la ropa de cama. La larga cola de la discordia, asomaba por debajo de la sábana que le cubría las caderas, un largo y suave látigo que invitaba a ser acariciado, a pesar de las protestas de su dueño.

Se levantó del alféizar en el que llevaba un rato sentada y cerró la ventana con cuidado. Se había despertado hacía algo más de una hora, presa de los rescoldos de un extraño y muy vívido sueño que la había dejado en un estado de alteración absoluto.

Cerró los ojos y respiró profundamente, mirando de soslayo al hombre que dormía ajeno a su despertar y que había sido parte protagonista de ese onírico momento, uno que no era capaz de quitarse de la cabeza.

No era de las que se obsesionaba con esas cosas, por norma general no le daba la más mínima importancia a los sueños, pero su mundo, tal y como estaba antes de que él se cruzase en su camino, se había ido a la mierda. Ya nada era igual, incluso ella había cambiado y de nuevo, el motivo de ese cambio tenía que ver con el dueño de esa dichosa cola.

Se sentó en una esquina de la enorme cama y lo miró, pero su mente no le veía a él, ni siquiera estaba allí, pues todavía estaba envuelta en el velo de los sueños.

La puerta de la cafetería se había abierto y ella entró llevando en ambas manos las bolsas con la compra que acababa de hacer en el supermercado. Estaba emocionada, deseosa de hacer la tarta de chocolate y nueces que tanto le gustaba. La campanilla sonó a su espalda, alertando a su marido, quién emergió desde la puerta trasera, limpiándose las manos en el delantal y haciendo una mueca al verla.

—Gwenevere, ¿cuántas veces tengo que decirte que me avises si tienes intención de ir de compras?

En un par de zancadas, había rodeado la barra y acortado la distancia entre ellos, arrebatándole las bolsas de las manos e inclinándose hacia ella para besarla en los labios.

—Solo he traído los ingredientes necesarios para hacer tu tarta de chocolate —replicó pasando por su lado, dedicándole un vistazo por encima del hombro—. Sabía que te pondrías en plan demonio mandón, así que he pedido que el resto de la compra nos lo traigan esta tarde. Aunque, si no quieres tarta...

—Amor mío, eres una chantajista consumada —declaró caminando tras ella y envolviéndola con un brazo, para apretarla contra él y darle un sonoro beso detrás de la oreja—. Me vuelves loco, pero loco con tus idas y venidas. ¿No puedes simplemente sentarte un ratito y dejar que te mime?

Se rio, ladeando la cabeza para darle acceso y se apretó contra él, posando su mano sobre la suya.

—Si me mimas más de lo que ya lo haces, no volveré a entrar jamás por la puerta —sonrió divertida—, y me parece que te gustaría que lo hiciera.

—No sé, Gwen, me cuesta tomar partido por una cosa o la otra, te adoro de ambas maneras.

Su respuesta había sido girarse y abrazarle, besándole de nuevo con cariño, maravillada de amar tanto a ese hombre.

—Gracias por quererme, Usher, entonces no lo sabía, pero llegaste para quedarte y hacerme vivir de nuevo la vida.

—Nací para ti, amor, como tú naciste para mí —le dijo, apartándole el pelo de la cara—. Te lo dije, entonces, Gwen, nuestro camino era este,

caminar como uno y terminar así, juntos.

Se apretó un poco más contra él y le envolvió la cintura.

—¿Y no has visto si nos tocaba la lotería, mi vida?

Su respuesta fue reír, besarla en la cabeza y empujarla hacia la cocina.

—Hazme esa tarta y olvídate de la lotería, Gwenevere, mis visiones del futuro no incluyen ese tipo de juegos... Ya no, cariño, tú fuiste mi última apuesta, la cual sabía que terminaría ganando.

Lo sintió a su espalda, comentando alguna cosa que ya no conseguía escuchar, mientras se dirigía hacia la cocina, pensando ya en los ingredientes que había comprado, sonriendo a su propia imagen vislumbrada en el espejo del aparador de la barra, pero sin llegar a traspasar nunca el umbral de la cocina... pues en ese momento despertó.

Volvió a abrazarse, echó un nuevo vistazo a su dormido amante y se levantó necesitando un momento para sí misma, para pensar y entender que era lo que había visto y, si lo que había visto, su imagen en aquel espejo, era algo más que un sueño o una posible ilusión.

Se dirigió a la puerta y la abrió sin encontrar impedimento alguno, nada más salir al pasillo, las luces empezaron a encenderse por delante de ella, como si le marcase la dirección a seguir.

El lugar estaba en silencio, no se escuchaba ni un solo ruido, lo que hacía que pasearse por aquel lugar y en plena noche, le provocase cierta incomodidad. Reconoció algunas de las obras de arte expuestas en las paredes de la última vez que recorrió el pasillo, aunque en esta ocasión, en vez de girar a la derecha para bajar las escaleras, las luces siguieron encendiéndose a lo largo del segundo tramo del pasillo, suponía que invitándola a seguir esa dirección.

Había algo extraño en esa casa, era como si hubiese alguien mirándote en alguna que otra ocasión, esperando a ver qué decías o qué dirección tomabas para advertirte de que no debías seguir o para darte la bienvenida.

Llegó al final del pasillo justo a tiempo de ver abrirse unas puertas francesas que daban a una pequeña y coqueta sala, con una enorme terraza abierta.

Echó un rápido vistazo a su alrededor, sin encontrar otra posible vía que no fuese la de volver sobre sus pasos, así que traspasó el umbral. La habitación tenía un aire puramente femenino, con un juego de sofás y mesa

de café dominando la zona central, un par de butacas en una esquina y un juego de jardín presidiendo la amplia terraza. Y fue allí, sentada a la mesa de jardín, dónde encontró a Helena, a quién había conocido en su primera visita, tan solo el día anterior.

—Oh, lo siento, pensé que... no había nadie.

La chica, quién parecía estar disfrutando de un bol con tres bolas de helado de chocolate, se giró hacia ella con sorpresa, entonces sonrió y señaló la silla libre frente a ella.

—Hola —sonrió con calidez—. No te preocupes, pasa, solo estoy yo. Los hombres de esta casa no suelen acercarse por aquí bajo pena de muerte. ¿Te has perdido?

Negó con la cabeza y avanzó hacia la terraza, deteniéndose ante las puertas francesas al darse cuenta de que iba descalza.

—Demonios... se me olvidó el calzado.

Helena se rio por lo bajo.

—Sí, esos mismos suelen ser los culpables de nuestros olvidos —aseguró la chica, entonces levantó la cabeza y pareció fijar la mirada en algún punto por detrás de ella—. Mansión, ¿podrías conseguirle unas zapatillas a nuestra nueva invitada?

Un timbre, parecido al de una campanilla, resonó en la habitación y, un segundo después, Gwenevere se encontró con un par de zapatillas y una chaqueta de color marengo sobre la mesa del salón, la cual había estado vacía hasta ese momento.

Respiró profundamente, luchando para aquietar su corazón y cogió las prendas.

—Gracias, Mansión —musitó mirando a su alrededor con recelo.

Un suave tintineo, esta vez, parecido al timbre de un mensaje entrante en el móvil, resonó en el cuarto.

—Le caes bien —aseguró la chica, quién volvió a meter la cuchara en el bol y se llevó un poco de helado a la boca—. Ven, te prometo que yo ni muerdo, ni tengo colmillos, ni alas, ni hago trucos de magia, ni nada que tenga que ver con el mundo sobrenatural. Soy una satisfecha humana casada con un *sanguinar*.

—¿*Sanguinar*? —preguntó saliendo a la terraza y aspirando el aroma floral que la envolvió al momento—. Que bien huele.

—Son las rosas, tienes que decirle a Usher que te enseñe los jardines, son de otro mundo. Bueno, de otro mundo en el buen sentido, son rosas, pero florecen todo el año y su aroma es... bueno, ya puedes olerlo —aseguró apuntándola con la cuchara—. En cuanto a los *sanguinar*, a pesar de lo poco que le gusta la palabra a Aric, sería lo que los humanos conocemos como «*vampiro*», solo que con una apariencia más... al estilo *Batman diabólico*.

Vampiro. La sola palabra le provocó un estremecimiento, aunque la comparación con Batman hizo que se formase en su mente una imagen bastante rara.

Sacudió la cabeza y echó un vistazo a su alrededor, la decoración de la terraza correspondía al estilo victoriano, al igual que buena parte de las zonas comunes que había visto hasta el momento de la casa.

—¿Quieres? —le preguntó enseñando el tazón—. Hoy es una noche perfecta para comer helado.

Asintió, cogió la cuchara extra que le ofrecía y la hundió en el recipiente de helado de la mujer.

—Gracias.

—No hay de qué.

La chica parecía realmente agradable y normal, no le saldrían cuernos, cola o cualquier cosa rara.

—Entonces, ¿no podías dormir?

Sacudió la cabeza.

—He tenido un... sueño un tanto perturbador.

—¿Una pesadilla?

Negó de nuevo con la cabeza y guardó silencio, no sabía cómo explicar la sensación que le había quedado, el miedo y la incompreensión que sentía ante lo que había visto.

—No, fue... un sueño bastante real, pero no tiene mucho sentido, no se trata de un recuerdo, ni de algo que ya haya pasado, era como si estuviese...

—¿Viendo tu propio futuro?

Esa posibilidad, que le había pasado por la cabeza y no se había atrevido a decirla en voz alta, salió de los labios de Helena.

—Um... no estoy segura, pero, supongo que sí, es... podría serlo...

—¿Se lo has dicho a Usher? —preguntó con una mirada inquisitiva—. Si es una visión de tu futuro, él podrá confirmártelo y si es un simple sueño, te

dirá que significa.

Gwenevere enarcó una ceja y se la quedó mirando con cara de póker, a lo que la chica terminó suspirando.

—Déjame adivinar, no tienes la menor idea de lo que te estoy hablando —chasqueó ella—. De verdad, esperaba que Usher tuviese un poco más de sentido común que la media de los habitantes de esta casa.

—¿Las palabras «Hombre» y «sentido común» juntas en la misma frase?

—Tienes razón —admitió con una risita, entonces suspiró de nuevo—. Pero sí, deberías hablar con él, eres su deudora, sea lo que sea que hayas soñado o vislumbrado, podrá aclarártelo con facilidad. Ese demonio tiene un don especial para la clarividencia, excepto cuando le preguntas por los números de la lotería.

Un ligero escalofrío la recorrió ante el comentario de la lotería, pues se acercaba demasiado a lo que había vislumbrado.

—¿Quieres decir que él es... un vidente?

—Es un chamán, lo cual, si me lo preguntas, para mí viene a ser lo mismo que un vidente... —Se encogió de hombros—. Pero su explicación es un poco más larga, si le preguntas te dirá...

—Helena, métete en tus propios asuntos.

La voz masculina hizo que ambas dieran un respingo y se girasen para encontrarse con Usher, en toda su demoníaca gloria, con los ojos clavados en ella.

—Um, sí, esa también es una frase que sin duda oirás mucho por aquí —murmuró la chica en voz baja, levantándose con parsimonia y tomándose su tiempo para recoger el bol del helado, la cuchara y llevársela con ella—. Debería darte vergüenza, Usher, ocultarle cosas a tu deudora...

—Helena, ve a joder a Aric y déjanos solos.

La chica lo recorrió de los pies a la cabeza. A pesar de lo pequeña que era, se detuvo a su lado y lo miró con altivez.

—Si me da los números de la lotería, no me ves el pelo en toda la semana.

El hombre entrecerró los ojos, esos iris amarillos destellaron unos segundos antes de que replicase con inusitada fuerza.

—Helena, ¡fuera!

Antes de que la chica pudiese abrir la boca y responder, se esfumó, literalmente, en el aire.

—¿Qué le has hecho? —jadeó Gwenevere, dando un paso hacia adelante y deteniéndose casi al momento al ver la expresión oscura y peligrosa que rondaba su rostro.

—Nada irrevocable —replicó con un tono de voz mucho más oscuro de lo habitual, incluso para esa encarnación. Guardó silencio unos segundos, entonces rotó los hombros y respiró profundamente, su apariencia demoníaca pareció fluctuar en el aire y, acto seguido, volvía a tener delante de ella al humano, cuyos ojos azules volvían a mirarla—. La he enviado con su marido.

Gwenevere recorrió la terraza y la sala con la mirada, encontrándola vacía.

—Así que también puedes hacer eso.

Él dejó escapar un profundo suspiro, se llevó las manos a las caderas y ladeó la cabeza.

—Ese es uno de los pequeños trucos que guardo en la manga —admitió mirándola—. Ven, supongo que este es tan buen momento como otro para que hablemos sobre lo que te ha llevado a abandonar nuestra cama en medio de la noche.

Miró su mano tendida, suspiró y avanzó para tomarla.

—Un sueño —respondió en voz baja, levantando el rostro para encontrarse con sus humanos ojos azules—, porque eso ha sido, ¿verdad? Un... sueño.

Le apretó la mano y la acercó hacia él, rodeándola así con el otro brazo.

—No, Gwen, lo que probablemente hayas visto, sea tu futuro.

CAPÍTULO 42

El silencio se instaló entre ellos durante el paseo que los llevó desde el salón femenino, a las dobles puertas de cristal que conducían al jardín cubierto en el ala este de la primera planta. Usher había sido consciente en todo momento del nerviosismo de Gwenevere, no había perdido detalle de su desasosiego. La oyó dejar la cama y abrir la ventana, empapándose un buen rato del aire frío que envolvía la noche. Sabía que necesitaba esos momentos para sí misma, para lidiar con lo que quiera que habitase en su interior, en especial después de haber presenciado la inesperada revelación que parecía haber tenido en la cocina del *Kerrigan's*. Sus pensamientos eran tan claros que habían flotado hacia él, la sorpresa, la aceptación de algo tan inesperado como descubrirse enamorada de un demonio... Su mujer lo quería y ese era un inesperado regalo. Un grano en un desierto de incertidumbres, sí, pero uno que contenía la esperanza de que el futuro que había vislumbrado pudiera hacerse realidad con el tiempo.

Sabía que se había sumido en el mundo onírico, había notado su huella en el momento en que atravesó ese místico portal, lo que no pudo ver era lo que había detrás de la puerta que ella abrió, una que al parecer era solo para Gwenevere. Lo que quiera que hubiese existido detrás la perturbó lo suficiente como para hacerla salir del dormitorio y vagar por la mansión en plena noche.

Su primer impulso fue detenerla, pero la incertidumbre y la necesidad de darle lo que parecía ser tan importante para ella, su propio espacio, lo había llevado a seguirla en silencio. La Mansión había sido mucho más astuta que él, pues dirigió a la solitaria humana hacia el salón privado, un lugar que había aparecido de la nada al poco tiempo de que Helena se instalase definitivamente en su nuevo hogar. Aquel se había convertido en su lugar especial, un rincón en el que poder estar a solas con sus pensamientos, destinado únicamente para la mujer y, a partir de ahora, parecía que también para Gwenevere.

Suponiendo que estaría bien en compañía femenina, que la presencia de Helena podría ayudarla a entender mejor el mundo en el que había ido a parar, se dispuso a dar media vuelta para dejarla sola, pero la mención a un sueño y la explicación de Helena, lo obligaron a continuar.

Sabía que debía tener una conversación con su mujer, poner sobre la mesa todas y cada una de las piezas del puzzle que se había ido montando a su alrededor desde el momento en que sus caminos se cruzaron, pero la búsqueda del instante adecuado lo había llevado a un callejón sin salida y a tener que dar explicaciones de una manera que no le gustaba hacer.

—Entonces... puedes ver el futuro.

El comentario rompió el silencio entre ellos, Gwenevere se había adentrado en el pasillo de piedra y acariciaba una de las rosas con las yemas de los dedos. Ladeó la cabeza y lo miró. No había acusación alguna en sus ojos o en su voz, solo curiosidad y una pregunta.

—Puedo vislumbrar algunas escenas que tendrán lugar en el porvenir de ciertas personas, pero no puedo saber lo que va a pasar solo por el deseo expreso de saberlo —admitió, buscando la manera más fácil de explicárselo—. Mis ancestros solían acudir a los dioses en busca de una guía espiritual, creían que las visiones que tenían eran enviadas por alguna deidad de la tierra, del aire, del agua o del fuego y recurrían a ciertos brebajes para acceder a ese plano espiritual y encontrar las respuestas que necesitaban.

—Como los chamanes de las tribus indígenas o nativas americanas.

Asintió agradecido de que entendiese el concepto aunque fuese a grandes rasgos.

—Sí, como los antiguos nativos americanos —concretó, para que le fuese más sencillo seguir la explicación—. Mi tática abuela era uno de los más poderosos chamanes de su tribu, sus dones estaban estrechamente conectados con la tierra y el aire, de ella desciende mi lado humano de la familia y la base de mi poder, el cual se mezcló con mi lado demoníaco, permitiéndome no solo vislumbrar el futuro, sino también el pasado.

—Así que, puedes vislumbrar tanto el porvenir como lo que ya ha pasado en la vida de cualquiera.

Negó con la cabeza.

—No, no en la vida de cualquiera —la corrigió—. No soy un oráculo, no puedo ver a voluntad, es... ¿Cómo puedo explicártelo para que lo entiendas? Necesito un punto de referencia, algo que implique a esa persona

y que a su vez tenga relación conmigo. Es necesario que su camino se cruce de algún modo con el mío para que yo tenga acceso a su pasado o a su futuro, aún si todavía no ha sucedido.

—Solo puedes ver aquello que incide con tu propio futuro —murmuró ella tras un momento de reflexión—. ¿Es eso?

—Piensa en ello como tirar una piedra en un lago, tú eres quién tira la piedra y esa acción afecta a todo lo que hay en ese lago en ese momento y también a cualquiera que haya visto ese lanzamiento o encuentre esa piedra —resumió y negó con la cabeza—. Es algo complicado.

Ella se limitó a asentir y volvió a darle la espalda, moviéndose lentamente entre las flores, disfrutando de la calidez que envolvía el acristalado edificio que contenía el jardín, cuyo techo dejaba ver las estrellas a través de sus cúpulas y tejados de cristal. Aquel era uno de sus lugares favoritos de la mansión, un pequeño bosque de plantas y árboles lleno de recovecos en los que descansar con un libro, dónde escuchar el sonido del agua de las fuentes e incluso esconderte del mundo. Ver a Gwenevere en él no hacía más que aumentar su placer, ella parecía encajar a la perfección, como si fuese una pequeña ninfa que por fin encuentra su hogar.

—¿Qué fue lo que viste en tus sueños?

La pregunta emergió de sus labios sin poder contenerla. Necesitaba un punto de inicio, algo desde dónde poder llevar esa conversación hacia los aspectos más importantes que los unían a ambos y de ahí partir hacia esas piezas del puzle que habían aparecido en su mesa y que todavía no habían sido encajadas en su lugar.

La vio detenerse, dándole todavía la espalda, vestida tan solo con esa chaqueta que cubría su propia camisa y los pies calzados con zapatillas. La natural fragilidad que a veces la envolvía parecía hacerse mayor bajo su actual apariencia.

—A nosotros —respondió en apenas un hilo de voz—. En el *Kerrigan's*.

Un ligero escalofrío le bajó por la columna y se encontró teniendo que tragar el nudo de saliva que se le alojó en la garganta.

—¿Quieres describirme el sueño?

Se giró hacia él, sus ojos parecían brillar bajo la pálida luz del lugar.

—No era un sueño, no lo era, ¿verdad?

Negó con la cabeza con lentitud.

—Es posible que lo que vieses, fuese una parte de... tu futuro.

—Y en ese futuro, sigues estando tú —declaró. Era más una acusación que la constatación de un hecho—. Porque no es solo mi futuro, sino también el tuyo, ¿no es así?

Respiró profundamente y asintió, entonces empezó a caminar de nuevo hacia ella.

—Sí, Gwen, nuestro camino sigue el mismo sendero, nuestras vidas estaban destinadas a encontrarse —admitió deteniéndose frente a ella—. Lo que viste... es, con toda probabilidad, lo que sucederá algún día.

Ella bajó la cabeza, mirándose las manos, las cuales retorció una contra otra.

—No... no fue exactamente una visión, yo estaba allí, Usher, era como si fuese actor y espectador al mismo tiempo —gesticuló, perdida en el recuerdo—. Las emociones... mis emociones, cada paso, cada sonido, cada toque... pude sentir todo eso y... me vi, vi mi reflejo en el espejo del aparador de las bebidas y... Tenía el pelo más corto, llevaba una chaqueta que no había visto en mi vida, pero lo que más me impactó fue...

Le puso un dedo sobre los labios, silenciándola, pues sabía perfectamente lo que había visto ya que él también había estado allí, en su propio cuerpo, viéndola entrar en la tienda con dos bolsas, sintiendo su enfado ante el hecho de que quisiera salirse siempre con la suya y muriéndose de amor por esa mujer que lo besaba con ternura.

—Lo sé, Gwenevere, sé qué viste porque yo también lo vi —admitió bajando la cabeza sobre ella, encontrándose frente con frente—. Has estado en nuestro futuro, en un momento de nuestro futuro...

—¿Eso es lo que va a suceder? —musitó pegándose un poco más a él—. ¿Ese es... mi futuro?

—Es una posibilidad —admitió y la miró a los ojos, así de cerca, viendo toda una miríada de emociones cruzando por ellos—, algo que podría ocurrir, pero también podría cambiar y no llegar a pasar. El porvenir no está escrito en piedra...

Y aquello era algo que había comprobado en más de una ocasión. Podía ver cosas, vislumbrar el probable futuro, pero cuando se trataba de algo tan trascendental, había muchas cosas que podían cambiar por el camino, rupturas, reconciliaciones, muertes... Nadie sabía con seguridad cuál sería el resultado hasta estar allí, en ese punto y ver si se cumplía o no.

—¿Entonces por qué he visto eso? ¿Por qué tú también lo has visto?

—Porque en este momento, aquí y ahora, tenemos todas las papeletas para llegar a ese momento —dijo con toda la sinceridad de la que fue capaz—. Porque lo que siento por ti... lo que ambos sentimos... nos conduce hacia esa meta.

Gwenevere dio un paso atrás, sacudiendo la cabeza, perder su cercanía le provocó un escalofrío.

—Todo va demasiado rápido, yo... yo todavía no sé cómo he acabado así, cómo he podido... cómo te... —se pasó ambas manos por el rostro, resopló y, haciendo un ejercicio de concentración para recuperar la calma, se paró ante él y lo miró a los ojos—. Me he enamorado de ti, de ti y de tu otro tú, de hecho creo que prefiero... bueno, ya sabes... al tipo de la cola...

—Somos uno solo, Gwenevere...

—No me interrumpas —lo amenazó con el dedo en alto, volvió a respirar para calmarse y prosiguió—. Yo... creo que te quiero, pero te quiero de una manera distinta a como pensé hasta ahora que era querer. Tú haces que quiera sonreír incluso aunque lo que deseo en realidad es llorar, haces que sea capaz de levantarme incluso cuando me han golpeado tan fuerte que no soy capaz de hacerlo, convertirte mi terror a lo desconocido, en algo que ansío ver y tocar y me has hecho fuerte a pesar de haberse sentido siempre una debilucha... Me has dado más en estos pocos días de lo que mucha gente me dio en años, Usher. Sé lo que eres, no diré que no me salta el corazón del pecho cada vez que... Bueno, ya sabes, aparece en escena tu otro yo. O cuando haces alguno de esos truquitos de magia. Pero, si pensar continuamente en ti, si echarte de menos en el instante en el que te vas, si querer que me dejes sola y arrepentirme al instante porque te he perdido, es quererte... Entonces te quiero, Usherian El Kerr y no tengo la menor idea de si eso es suficiente, de si lo será para llegar a ese futuro.

—Lo es, Gwen, tiene que serlo porque no concibo otro para mí —admitió por primera vez en voz alta. Acortó la distancia entre ellos una vez más y le acunó el rostro con las manos—. No estaba preparado para ti, ni siquiera quise pensar en lo que tu llegada significaría en mi vida, pero ahora ya no puedo negarlo, no quiero negar que me he enamorado de ti. Te quiero, es algo que sé y que necesito que tú también sepas. Lo que pase a partir de ahora, dependerá solo de nosotros. No sé si llegaremos a ese momento en particular, pero mientras lo intentemos, para mí será perfecto.

—Sabes que no te llevas ninguna joya conmigo, ¿no? —admitió ella con una mueca—. Ya has visto la clase de líos en los que suelo meterme.

—He visto la clase de mujer que eres a raíz de cada uno de los líos en los que te metes —admitió—, y me gusta, me gusta mucho.

—Bueno, vale, eso está bien, porque tú eres un demonio, lo cual también es un enorme «wow» para mí, pero... me gustas tanto que se me mojan las bragas cada vez que me miras como lo estás haciendo ahora.

Usher se rio entre dientes.

—Me gusta que se te mojen las bragas —replicó divertido.

—Sí, bueno, pero es que ahora no las llevo, ya sabes...

—Gwenevere, eso no se le dice a un demonio, no en un lugar lleno de tantos recovecos oscuros a los que poder arrastrarte.

Ella miró a su alrededor y se mordió el labio.

—Lo siento, ya te dije que necesito un manual de instrucciones sobre lo que decir o no decir a un demonio —replicó con un mohín—. Deberías escribirlo y poner como punto número uno: No coger la cola de un demonio a menos que quieras que te folle hasta el desmayo.

Una sonora carcajada emergió de su garganta liberando la tensión que no había sido consciente que guardaba su cuerpo hasta ese momento. Había estado conteniendo el aliento durante toda esa conversación, casi esperando a que ella lo rechazase o le lanzase algo a la cabeza y, en cambio, la pequeña humana que tenía de pie ante él, acababa de decirle que lo amaba.

—¿Gwen?

—¿Sí?

—Acabas de decir que me amas, ¿verdad?

Ella parpadeó un par de veces, entonces resopló y lo aferró por la camisa que llevaba puesta.

—A ver, Usher, mírame a los ojos y abre bien los oídos —le dijo ella marcando cada una de las palabras—. Te quiero. No sé por qué, ya que a veces eres un demonio insufrible, pero te quiero. ¿Te ha quedado claro ahora?

Sonrió perezoso, acariciándole las mejillas con los pulgares y asintió.

—Sí, Gwen, ahora ya me ha quedado claro.

La besó con suavidad, degustando sus labios, recorriéndolos con la lengua antes de traspasar la línea de sus dientes y reclamarla para sí durante

un buen rato. Finalizado el beso, la cogió de la mano y tiró de ella hacia el interior del jardín.

—¿Puedo saber qué haces?

Él la miró por encima del hombro.

—Arrastrarte a algún lugar oscuro para comprobar que, efectivamente, no llevas bragas —le informó.

—Oh, por todos los demonios —replicó ella con un bufido—. Todavía no hemos terminado de hablar.

—No, la verdad es que no. Hay otras cosas de las que tenemos que hablar, pero dado lo que tengo que decirte y tu posible reacción, mejor te secuestro ahora, te hago el amor hasta que grites y mañana, si eso, continuamos con la conversación.

Porque ahora, todo en lo que podía pensar era en esa mujer desnuda y gimiendo de placer para él, un pensamiento que opacaba todo lo demás y que lo llenaba de impaciencia.

CAPÍTULO 43

Gwenevere se acurrucó contra el cálido cuerpo de Usher, la fragancia y el colorido de las rosas que los rodeaban parecían acogerlos en su abrazo, mientras el techo de cristal sobre sus les regalaba una hermosa noche estrellada. Debajo de ellos, cubriendo el duro suelo, había una cálida manta de piel que conjuró su amante en algún momento de ese frenético encuentro.

Empezaba a temer que su cerebro se hubiese estropeado para siempre, pues no conseguía encontrar el pudor o la preocupación, para estar allí completamente desnuda.

—Puedo oír los engranajes de tu cerebro, ¿a qué le estás dando vueltas?

—A todo —admitió—. A cada uno de los sucesos que me han traído hasta este momento, a todo lo que se ha quedado por el camino, lo que he perdido, lo que he ganado... Puestos en una balanza, la verdad es que la cosa apesta.

—Te sorprenderá saber que algunas de las cosas que dejaste atrás, podrás volver a recuperarlas.

—¿Mi casa, por ejemplo? —lo miró irónica—. Te recuerdo que has dicho que me la devolverías al final del servicio. Y hablando de eso, ¿qué es exactamente eso del servicio? ¿Y lo del ese circo romano? ¿Por qué un casino...?

—Wow, despacio, Gwen, una pregunta a la vez —se rio—. Me sorprende que no hayas preguntado antes...

—Tengo demasiadas cosas en la cabeza, demasiados problemas, los cuales no es que hayan desaparecido precisamente... Esto ha sido lo primero que me ha venido a la mente. ¿Cómo he podido terminar con semejante deuda? ¿Cómo pudo Maise hacerme esto?

Lo escuchó suspirar, entonces la rodeó con el brazo e inclinó la cabeza para mirarla a la cara.

—En realidad, ella no es la responsable de lo ocurrido en el *Circus*, Gwen, como tampoco lo es de muchas otras cosas.

Frunció el ceño y se incorporó apoyándose en su pecho hasta sentarse.

—¿De qué estás hablando?

Él dejó escapar un resoplido y se dejó ir, cruzando los brazos detrás de la cabeza. Sus ojos dorados se clavaron en los suyos y, cuando comenzó a hablar, pudo vislumbrar la punta de los colmillos. Era curioso cómo su dicción no se veía alterada por esos desarrollados caninos.

—¿Qué es lo que sabes exactamente de Maise Cooper? ¿Cómo llegaste a conocerla? ¿Cuándo fue?

La pregunta la tomó por sorpresa, no era algo que esperase oír, de hecho, tampoco era algo de lo que le apeteciese hablar. Recordar esos días era recordar la traición, el dolor y la burla, pero lo que acababa de decirle, no pudo pasarlo por alto.

—Espera, ¿cómo que ella no fue...?

—Contéstame —la interrumpió—, quizá así pueda ir uniendo las piezas que me faltan y explicártelo paso a paso.

—¿Explicarme el qué, Usher?

—Quién es en realidad tu Maise Cooper y lo que ha hecho por ti hasta el día en el que os separasteis, lo que sigue haciendo para protegerte.

Hablaba en serio, comprendió Gwenevere, sus ojos no mentían, no estaba hablando por hablar. Se lamió los labios y sacudió la cabeza.

—No lo entiendo, pero ella... ella y yo nos conocimos hace unos diez años. Yo había empezado la universidad y estaba trabajando de camarera, llevaba... creo que algo más de dos semanas en el trabajo, ella solía pasar por delante de la cafetería, pero nunca entraba. Ese día, me tocó cerrar y la vi, parecía que le hubiese pasado un camión por encima; estaba sucia, herida y calada hasta los huesos. Pensé que la habían agredido o algo, me acerqué para ofrecerle ayuda, le dije incluso de ir a la policía, pero dijo que su estado tenía que ver con una novatada de la universidad. No la creí, la verdad sea dicha, pero tampoco podía dejarla en la calle, así que me la llevé conmigo a la habitación que había alquilado ese año.

Hizo una pausa, se lamió los labios y continuó.

—Ella no estaba en la universidad, trabajaba en un edificio de oficinas cercano como teleoperadora —continuó tirando de sus recuerdos—. Era unos cuantos años mayor que yo, pero nos entendíamos y, tras unas cuantas

charlas y juntarnos para salir a tomarnos algo, con el paso del tiempo acabamos por compartir un primer apartamento. Eso fue antes de que se nos uniese Greg y ese gusano y yo formalizásemos una relación.

Parecía mentira que hubiese pasado tanto tiempo de aquello, que la mujer que había conocido entonces, quién había estado siempre a su lado, apoyándola como una hermana mayor, hubiese cambiado tanto como para lastimarla de la forma en que lo hizo.

—Se convirtió en mi amiga, en mi hermana, nos apoyábamos la una a la otra cada vez que nos veníamos abajo... En cierto modo, formamos una familia, una que ella destrozó de la noche a la mañana. Siendo sincera, sigo sin comprender por qué lo hizo, qué la llevó a colaborar con ese imbécil, a poner en peligro nuestra casa... a acostarse con mi entonces prometido. Los vi, Usher, los vi follando en la parte de atrás del coche, en el garaje de mi casa y eso fue... lo más duro de todo. No por él, creo que nunca lo quise realmente, pero ella, ella era mi hermana y me traicionó.

Sacudió la cabeza y se dejó caer sobre él.

—Y ahora es cuando tú me dices que nada de eso ha sucedido y que lo he soñado, que ella es una santa y que...

—Es una *banshee*.

Se incorporó de golpe.

—¿Una qué?

—Una *banshee*, una mensajera de la...

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad?

Se incorporó, sentándose también y le acarició el pelo.

—No, no es momento de bromear —aceptó serio—. Ella es una *banshee*. La he rastreado desde el momento en que te convertiste en mi deudora. Las deudas del *Circus* estaban a tu nombre, pero ni siquiera fue ella la responsable de esas deudas, había alguien más moviendo los hilos.

—¿Quién?

—Alguien que siente debilidad por cierto tipo de mujeres y que haría lo que fuese necesario para arrastrarlas a su abismo.

Arrugó la nariz.

—No tengo idea de que me estás hablando.

—Y el motivo de que no lo sepas, es porque ella te ha protegido todo este tiempo, a costa de vuestra amistad y del daño que ha podido hacerte a raíz de ello.

Se lo quedó mirando, parpadeando sin acabar de comprender sus palabras.

—Espera, espera, espera... —levantó ambas manos—. A ver que lo entienda. ¿Me estás diciendo que me ha hecho un favor al llevarse mi dinero, dejarme en la calle y echar un polvo con mi ex?

Se echó a reír, no pudo evitarlo, sonaba todo tan surrealista.

—Por favor, Usher, eso es demasiado bizarro incluso viniendo de ti.

Su respuesta fue ondear una mano y al momento acabó vestida de nuevo con su camisa y la chaqueta que le brindó la Mansión.

—Sé lo que puedes pensar con respecto a eso —le cerró la chaqueta y la envolvió con los brazos—, pero para entenderlo realmente debes ver a tu amiga como lo que es, un miembro de otra... raza, alguien de mi mundo. Desde el instante en que decidiste ayudar a una *banshee* herida sin pedir nada a cambio, te convertiste en su humana, en su familia y morirá antes de hacerte daño o permitir que alguien te lo haga.

Le acarició el rostro y supo que esas palabras eran veraces.

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué hizo todo eso? ¿Por qué *me* hizo todo eso?

—Para protegerte de alguien que te desea para él y que sé a ciencia cierta que habría destruido lo que eres, convirtiéndote en una cáscara vacía —confesó con absoluta seriedad—. Siempre has estado con un pie en mi mundo, aun así he tenido que ser yo quien descorriera el velo. Hubiese preferido no tener que decirte nada de esto y solucionarlo por mi cuenta, ya que forma parte de mi trabajo como recolector del *Circus*, pero sé que ocultártelo solo te haría más daño y sembraría una desconfianza que no quiero que haya entre nosotros. Es tu vida, tienes que poder decidir por ti misma el camino que deseas recorrer.

Y esa era una de las cosas que más agradecía de él, no intentaba dictar sus pasos, no le decía cómo debía hacer las cosas o cómo comportarse. Ella era la que tenía siempre la última palabra y en ocasiones incluso la única, para decidir sobre su destino.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por verme —admitió acariciándole la barbuda mejilla—, por verme de verdad.

Sonrió y la besó con ternura.

—Creo que eso es algo que debería agradecerte yo a ti —aseguró—. Tú has conseguido ver más allá de lo que soy y no es algo que muchos consigan.

—Supongo que nos parecemos más de lo que creía, cola aparte.

Se rio entre dientes.

—Te gusta mi cola más de lo que estás dispuesta a admitir.

—Me reservaré mi opinión. Cada vez que tu cola está de por medio, terminamos enredados y desnudos.

—¿Y eso es malo?

—Si sigues así, lo será —señaló a su alrededor—. ¿Has visto a dónde me has arrastrado?

—La próxima vez seré más creativo.

—No, gracias —se echó a reír—. Me conformo con una cama suave.

—En ese caso, tengo la cama perfecta. —Con eso la envolvió en sus brazos y la acostó de nuevo sobre la peluda manta—. La nuestra —declaró besándola, distrayéndola de esa sensación de caída libre que terminó con ambos en la cama de su dormitorio con las primeras luces del alba asomándose en el horizonte a través de la ventana.

CAPÍTULO 44

Gwenevere no podía dejar de mirar a los hombres allí reunidos. Después de compartir un agradable desayuno en la cama con su amante, la había arrastrado hasta el enorme salón de molduras victorianas y mobiliario moderno en el que estaban reunidos los miembros de la Mansión.

Por suerte, todos parecían haber decidido adquirir una apariencia humana, lo cual evitaba que se les quedase mirando boquiabierta. O al menos, el efecto era menos impactante, ya que, siendo honesta, por momentos se sentía en un casting de hombres mortalmente sexys.

Apenas si había tenido tiempo para digerir la información que había dejado caer Usher sobre su cabeza cuando se encontró allí en medio, ocupando uno de los sillones, mientras él volvía a sacar a la luz lo sucedido. A los presentes no les importaba tanto su situación y por lo que había pasado, como la misteriosa persona que estaba detrás de ello.

Maise, su Maise, era una *banshee*, una criatura sobrenatural, un heraldo de la muerte, según podía recordar de sus clases de folclore irlandés y escocés en la universidad. El descubrimiento se le hacía tan difícil de digerir cómo el hecho de que cada una de las cosas que le había hecho, obedecían a un papel, una magistral interpretación para alejarla del peligro que siempre la había rondado.

¿Cómo no se había dado cuenta? ¿Por qué nunca sospechó que había alguien con tales intenciones detrás de ella?

Cerró los ojos ante el escalofrío que la recorrió y volvió a abrirlos al notar la mano de Usher resbalando por su espalda, haciéndole notar su presencia.

—Tranquila, todo irá bien.

Levantó la cabeza para encontrarse con los ojos azules de su amante. Él parecía genuinamente convencido de ello y esa seguridad evitaba que cediese a ese ahogante miedo que todavía le comprimía las entrañas de vez en cuando.

—Si Kaliel está detrás de esto, tendrá que responder ante mí —sentenció Brishen. El hombre parecía en ese momento un ejecutivo de alguna importante empresa, llevaba un traje a medida de un color gris paloma y una camisa rojo sangre sin corbata, que realzaba el tono bronceado de su piel. Sus ojos verdes parecían refulgir mientras hablaba, dejando patente que el nombre pronunciado no correspondía con alguien precisamente querido.

—Desde luego, es el que ha puesto precio a la cabeza de la *banshee* de Gwenevere —comentó Fey, quien permanecía alejado de todos ellos, con los brazos cruzados sobre el pecho y un pie apoyado en la pared en la que se recostaba.

—Ella no es mi *banshee*.

—En realidad sí, en el momento en que ella se presentó ante ti y la ayudaste sin pedir nada a cambio, te convertiste en su dueña —explicó Gawrin. Con las manos en los bolsillos y gesto relajado, se apoyaba en uno de los muebles cerca de Fey—. Ella se quedará junto a ti y tu familia hasta el final de los tiempos.

Se estremeció, hablaban de la inmortalidad como si fuese algo que pudiese adquirirse en un supermercado y era un concepto ajeno a ella.

—Eso es mucho tiempo —murmuró.

—Los mensajeros de la muerte no tienen edad —resopló Fey.

—Pero sí pueden morir —añadió, recordando otra de las cosas que acababa de descubrir y que Usher no le había dicho.

Ese hombre, fuese quién fuese, había puesto precio a la cabeza de Maise por el simple motivo de haberse negado a facilitarle el camino para llegar hasta ella. La mujer que la había desplumado, que se había involucrado con su ex prometido, estaba en peligro por el simple hecho de protegerla.

—Todos somos susceptibles a dañarla antes o después —insistió Fey. Gwenevere no le conocía bien, de hecho, había algo en él que le provocaba una abierta desconfianza y no era solo ese aire de arrolladora sexualidad que proyectaba y le aceleraba el corazón. Existía una oscuridad en él, una que le provocaba escalofríos—. A unos nos lleva años y a otros siglos...

Sus últimas palabras fueron como una bofetada, inconscientemente recorrió a cada uno de los presentes con la mirada hasta posarla sobre su amante, que ocupaba el brazo del sillón en el que ella estaba.

No era humano, tuvo que recordarse pues tendía a olvidarlo con bastante facilidad, era un demonio, todos los presentes a excepción de Helena y ella misma, pertenecían a una raza sobrenatural.

—Somos como las cucarachas, pastelito —replicó Gawrin desde el otro lado de la sala, distrayéndola momentáneamente—. Nacemos, crecemos, morimos y desaparecemos, la única diferencia es que nos lleva un poquito más de tiempo.

—¿Y cuánto es exactamente un poquito? —preguntó mirando directamente a Usher, quién le sostenía la mirada.

—Um, esta conversación me provoca cierto *déjà vu* —murmuró Helena, mirando a su marido con cierta ironía.

El *sanguinar* puso los ojos en blanco y miró a Usher, invitándole con un gesto a dar una respuesta.

—Yo ya estuve ahí, te toca.

Esos iris azules parecieron oscurecerse un poco, se lamió el labio inferior y dejó escapar un pequeño suspiro antes de proceder con una tarea que no parecía gustarle demasiado.

—Dependiendo de la clase de demonio de la que estemos hablando, suelen tener una media de vida bastante más elevada que los seres humanos —respondió, inclinándose sobre ella, deslizando los dedos sobre su pelo para apartárselo del rostro—. Cuando decidimos emparejarnos, esa longevidad, digamos que se acorta, ya que nuestra vida pasa a ser compartida con nuestra pareja. De ese modo, el tiempo de vida de ambos se equilibra y, en nuestro caso, me refiero a la parte no humana presente en esta sala, el metabolismo también lo hace...

—Ellos pasan a envejecer a un ritmo humano y sus parejas, léase nosotras, ganamos unos cuantos años más de juventud —lo interrumpió Helena, simplificándolo todo de modo que lo entendiese—. No es un mal trueque, créeme, no te gustaría vivir eternamente sin la persona que amas a tu lado o ver morir a aquellos que quieres antes que tú.

Las palabras de la mujer tenían sentido, entendía lo que quería decir, pero estaba teniendo bastantes problemas para asimilarlo. Tendría que dejarlo a un lado, como muchas otras cosas, para analizarlo en profundidad cuando su cerebro decidiese cooperar.

—¿Qué edad tienes? —Se encontró preguntándole de nuevo a Usher, el cual se limitó a sonreír de manera petulante.

—Más que tú.

—No te canses, Gwenevere, eso parece ser un tabú común a todos los miembros de esta casa —replicó la mujer con un resoplido—. Todavía no he conseguido sonsacárselo a mi marido.

—Retomando el tema que nos ha reunido aquí a todos —les recordó Gawrin, recuperando el hilo de la conversación—. Deberíamos dar de nuevo con esa *banshee* e interrogarla, ella parece tener las respuestas a cada una de las incógnitas que todavía hay sobre la mesa.

—¿Qué sabéis de ese tal Kaliel? —preguntó Helena, mirando a su marido y a los demás.

—Pertenece a mi corte —informó Brishen con voz fría, sus brillantes ojos parecieron oscurecerse mientras proseguía—. Fue uno de los consejeros del antiguo Gran Lord, alguien con su misma filosofía de vida, una que no tiene cabida en el régimen actual. Es un hombre poderoso, temido más que respetado y, hasta ahora solo había escuchado rumores a los que no quise dar mayor credibilidad, obviamente, debía estar más atento.

Hizo una pausa, parecía estar buscando las palabras adecuadas para proseguir con su explicación.

—Lo que se decía sobre él era que tenía especial predilección en el género humano, unos apetitos poco saludables y que tenían mucho que ver con su oscura naturaleza —continuó en un tono de voz cada vez más helado—. Se decía que tenía un harem de hembras a su disposición y un especial apetito por las mujeres humanas.

—Un apetito que yo mismo comparto —añadió Fey en voz baja, mirando a su amigo—, vivo de mi harem, literalmente.

El silencio se hizo durante unos segundos en la sala, uno incómodo, que parecía dejar en el aire algunas veladas acusaciones.

—Tú cuidas de las hembras de tu harem, incubo —continuó Brishen sin apartar la mirada de la del otro demonio—, mantienes un equilibrio simbiótico, pero lo que yo he visto... No había vida en esas mujeres, estaban rotas y no solo físicamente, su mente se había esfumado, eran cáscaras vacías, en muchos casos, lanzadas a los perros para satisfacer muchos de los oscuros vicios que se dan en lugares que no has pisado en la vida.

Gwenevere se estremeció ante sus palabras, pero Fey no pareció inmutarse, se quedó en la misma posición, sin dar más indicios de emoción

que un ligero palpitir en su mandíbula.

—Fey...

La voz surgió del hombre que estaba sentado a su lado, levantó la cabeza y vio el dolor en los ojos de Usher, algo que la sorprendió.

El íncubo encontró la mirada de su compañero y negó lentamente con la cabeza.

—Ni siquiera lo intentes, chamán, ya has hecho más que suficiente.

Usher acusó el golpe de sus palabras, pudo darse cuenta por la manera en que se tensó. Estaba claro que entre ellos había una historia de algún tipo y posiblemente reciente. Sin pensarlo, extendió la mano hacia él y envolvió los dedos en los suyos, llamando su atención.

Se inclinó sobre ella y la besó en la sien, apretando al mismo tiempo su mano en un silencioso agradecimiento.

—Ese hombre no se acercará a ti —le prometió con una fiera firmeza.

—Si la *banshee* puede confirmar lo que le ha contado a Usher, arrastraré con suma felicidad el culo de ese hijo de puta de vuelta a la *Corte Flameris* para que sea juzgado y sentenciado a muerte.

La implicación de aquellas palabras y la extrema tranquilidad con la que anunció la ejecución de alguien le provocó un escalofrío.

—¿A muerte? —No pudo evitar repetir.

Brishen se giró hacia ella, sus ojos parecían dos témpanos de incendiado jade, no había emociones en su rostro, de hecho, este parecía haberse afilado y oscurecido provocándole un inmediato terror.

—Piensa en él como un tratante de blancas, como un proxeneta, ¿dejarías que siguiese por ahí sembrando dolor, destrucción y causando la muerte de mujeres inocentes?

Se esforzó para tragar el nudo de terror y negó con la cabeza

—No —sabía que le temblaba la voz, pero no podía evitarlo, aquel hombre se había convertido en un fiero demonio sin apenas haber cambiado su aspecto—. Por supuesto que no, pero no soy un Dios para decidir sobre la vida o la muerte de alguien.

Sus labios se curvaron en una siniestra sonrisa.

—Por suerte para ti, no vives en mi corte, allí, yo soy lo equivalente a una deidad.

Tragó, le costaba identificar al hombre que la había ayudado tras el accidente, que la había tratado con cuidado y amabilidad con el frío y letal

ser que hacía que sudase frío.

—Brish, relájate, la estás asustando —mencionó Gawrin, posando una mano sobre el hombro de su amigo—. Ella solo es una pequeña humana que acaba de caer en el regazo de Usher, dale tiempo para aprender las normas.

El aludido miró a su compañero con esa misma falta de empatía, entonces, suspiró audiblemente y se giró de nuevo hacia ella, ahora con el rostro relajado y amable que conocía.

—Te pido disculpas, Gwenevere, es un tema que me afecta directamente. Asintió, sin saber qué hacer.

Ellos hablaban de algo que le era ajeno, algo que, si tenía que creer en su palabra, siempre había estado a su alrededor, acechándola sin que fuese consciente de tal peligro.

—¿Por qué nadie lo ha detenido hasta el momento? ¿Si sabíais lo que era capaz de hacer...?

—Porque no es algo que salga en los noticiarios, ni en los programas de televisión —la atajó Fey, mirándola—. Porque el que ha hecho esto pertenece al mundo sobrenatural, uno del que tú solo has visto la versión cándida y luminosa, pero que tiene también una muy oscura, una en la espero que nunca tengas que asomar la nariz.

—Fey, ya basta, tus asuntos son conmigo, no con ella.

El siseo de Usher y su rápida reacción la cogió por sorpresa, pero el incubo se limitó a abandonar su puesto contra la pared y mirarlos a ambos.

—Chicos, chicos, este no es el momento ni el lugar —los atajó Gawrin, quién se puso estratégicamente entre ellos—. Además, tenemos dos impresionables damas delante.

—¿Lo de *impresionables* va por mí, Gaw? —bufó Helena.

—En estos momentos diría que por Gwene —aseguró dedicándoles un guiño a ambas.

—Lo importante ahora es dar con ese hijo de puta —musitó Fey, quién parecía estar haciendo un verdadero esfuerzo para contenerse—, y evitar que mujeres como Gwenevere, puedan ser utilizadas para sus perversos fines.

La sola idea de estar en su punto de mira le provocó un escalofrío.

—No puedo creer que haya tenido a un fanático tras de mí y no me haya dado ni cuenta —suspiró—. Es que no tiene sentido. Quiero decir, mírame,

no soy alguien a quién le guste precisamente destacar. Me lo creería sin dudar si se tratase de mi madre, pero yo...

—Eso es lo que atrae a personas como él, se sienten atraídos por la inocencia, la ternura, lo que sea que puedan corromper.

Y su única línea de defensa, en su caso, había sido una mujer, su mejor amiga, aquella a quién había insultado y llamado de todo los últimos meses.

—¿Sabéis dónde está *ella*?

—Si es inteligente, seguirá oculta para no llamar su atención —comentó Aric.

—Yo sé cómo localizarla —admitió Usher, volviéndose hacia ella—. No quiere ponerte en peligro, se niega a acercarse, pero tampoco puede permanecer lejos y ese cabrón lo sabe. Se ha estado ocultando y seguirá haciéndolo hasta que sepa que tú estás completamente a salvo.

Sus palabras le provocaron un nudo en el estómago.

—Ha sido mi hermana durante gran parte de mi vida, nunca he podido darle las gracias o pedirle una explicación. —Se pasó una mano por la frente—. Y ahora me entero de que todo lo que hizo, por detestable que fuera, tenía un motivo de peso detrás. Necesito verla, necesito asegurarme de que está bien, si le pasa algo... si le ocurre algo por mi culpa, no me lo perdonaré jamás, Usher.

—Lo sé, *amor mío* —aceptó dejando patente a quién quisiera escuchar, lo que ella significaba para él.

—Eres una humana extraña, Gwenevere.

El comentario llegó de Fey, quién la miraba con una inesperada intensidad.

—¿Y eso por qué?

—Tienes compasión —añadió Brishen, levantándose del asiento que había ocupado—, algo de lo que en ocasiones, nuestro mundo carece.

—Más bien, de lo que vosotros olvidáis que tenéis escondido en alguna parte de esa fantástica anatomía.

—Helena...

—Lo dicho, Aric, me encanta tu mujer —se rio Gawrin.

—¿Cuándo la vais a compartir? —añadió Fey, con tono distendido y pícaro—. Digo, por mirar.

—Es broma, ¿no?

—Llevan así desde que los conozco. Si no bromeasen de esa manera y se pelearan, empezaría a pensar que pasa algo y muy grave —admitió con una risita, entonces miró a Aric con indudable amor—. Además, ambos saben que soy mujer de un único demonio.

—Por suerte para mí —declaró él.

—¿Y tú que dices, Gwene? —ronroneó Gawrin—. ¿Te apuntas a un trío?

—Por encima de mi cadáver.

—Antes te destripo.

Los presentes se echaron a reír a carcajadas al escuchar la respuesta simultánea de Usher y suya.

—A eso le llamo sincronización.

—Tienen las ideas muy claras.

—Ignórales, suelen jugar siempre a los mismos juegos cada vez que hay una mujer nueva en casa —le dijo su compañero—. Deberíamos irnos, hay trabajo que hacer.

La mención de la nueva jornada de trabajo la hizo consciente de muchas cosas. Deseaba volver a la cafetería, pasar la mañana en alguna rutina establecida que le permitiese poner de nuevo los pies sobre la tierra. Todo lo que había ocurrido, que ocurría delante de sus propias narices ahora mismo... era demasiado para procesarlo, tenía que pensar, poner un orden a su vapuleada mente y encontrar una salida.

—Estoy lista —le informó, poniéndose en pie—, sólo deja que coja mi mochila...

La detuvo cuando hizo el amago de marcharse, sus ojos se encontraron con los suyos y vio la comprensión que le brindaban.

—Me pondré en contacto con ella y buscaremos una manera de reuniros —le informó, pues sabía que era lo que necesitaba, aún si no lo hubiese puesto en palabras—, pero hasta entonces, te quedarás tranquila y no cometerás ninguna tontería que pueda ponerme los huevos de corbata. No tienes nada de lo que preocuparte, no dejaré que ese tipo se acerque a ti, ha cometido un gran error al llevar sus tejemanejes hasta el *Soul Circus*.

—Me ocuparé de mantener una... agradable conversación con ese hijo de puta —añadió Brishen, poniendo de manifiesto que estaban todos metidos en el mismo barco—. No volverá a molestaros ni a tu *banshee* ni a ti, Gwenevere, te doy mi palabra.

Y escuchándole, supo que estaba emitiendo una sentencia definitiva, una que cumpliría cayese quién cayese.

—Vamos, Gwen, te acompaño —se ofreció Helena, aprovechando para sacarla de aquel tumulto—, y por el camino me cuentas cómo has terminado no solo de deudora de Usher, sino como su empleada.

Miró a la chica, quién le sonrió tranquilizadora y luego a su compañero.

—Cogeré las llaves del coche.

—Gracias a dios.

El comentario arrancó algunas risas que se perdieron mientras ambas se alejaban por el pasillo dejando a los hombres en el salón. Las puertas se cerraron tras ellas y, la fingida tranquilidad que habían mantenido para beneficio de las dos chicas, se esfumó.

—La *banshee* está marcada para morir, la están cazando —le recordó Gawrin—, en el momento en que la encuentren...

—Encontradla primero y llevadla al *Circus* —sugirió Fey abandonando su distendida postura de brazos cruzados—. Nadie en su sano juicio atravesará las puertas sin el beneplácito de Banca.

—La *Mansión* tampoco —les recordó Aric—, y si la *banshee* le pertenece a tu deudora, será aceptada.

—Gwen no está todavía preparada para enfrentarse con ella, hay cosas que necesita resolver—comentó Usher—. No puedo permitir que pierda la familia humana que tiene, no puedo arrancarla de su humanidad.

—Entonces, ¿es oficial? —preguntó Aric mirándole a los ojos—. ¿Se quedará contigo?

—Lo será tan pronto concluya el servicio —replicó y miró hacia las puertas cerradas—. Tenemos un futuro compartido, el llegar a él, dependerá de las decisiones que tomemos ambos a partir de ese momento.

—Bueno, parece que tendremos a otra mujer en la casa, la familia crece, ¿quién creéis que será el siguiente en caer?

—Prefiero no saberlo —respondió Brishen al tiempo que se levantaba y anunciaba—. Voy a encargarme de ese cabrón.

—Brish, no hagas nada que afecte a tu corte.

—Usher, vivo para joder a mi corte, no me quites la diversión con tus malos augurios.

—Cualquiera te priva a ti de algo, *mi señor* —se burló Fey.

—Me pasaré por el *Underground* para ver que noticias hay y después echaré una mano en la cafetería, así tendrás tiempo para arreglar las cosas con *tu* Gwen.

Lo miró e hizo una mueca.

—Te aburres mucho, ¿no?

—Muchísimo —se rio.

—De acuerdo, compañeros, que empiece la fiesta —declaró Fey sonriendo maliciosamente.

CAPÍTULO 45

Usher miró disimuladamente a la mujer que se movía entre las mesas. Iba de un cliente a otro sin parar, cogía los pedidos, recogía las mesas y las limpiaba, entregaba las consumiciones, se había pasado así toda la mañana. Cuando no estaba en el comedor, la encontraba detrás de la barra o incluso en la trastienda, estaba haciendo un verdadero esfuerzo por mantenerse ocupada.

—Un té de limón y jengibre para la mesa del fondo —le pasó la comanda mientras vaciaba las tazas y los platos en el lugar destinado a ello—. Y una cerveza negra y fría para el señor Puig.

—¿Por qué no te tomas un descanso? —le sugirió—. Aprovecha para comer algo ahora que no hay mucha gente.

—Estoy bien y no tengo hambre —negó con la cabeza—. Con lo que desayuné hoy, no sé cómo no salí rodando como una peonza.

No discutió, sabía que no conseguiría hacerla cambiar de opinión, no cuando parecía tener tantas cosas en la cabeza con las que lidiar.

Optó por preparar las consumiciones y ponérselas en la bandeja.

—De acuerdo entonces, cuando quieras hacer una pausa, avísame —pidió y echó un vistazo al reloj—. Tengo que llevar unos papeles a la gestoría, me han citado a las cuatro y no sé lo que tardaré en salir de allí. ¿Podrás ocuparte tú sola de la cafetería hasta que vuelva?

—Por supuesto —aceptó al instante—. Y tranquilo, encontrarás todo tal y como estaba cuando regreses.

Sonrió, no pudo evitarlo. Su dulzura era algo único, tanto como esa inocente picardía de la que no sabía si era consciente, pero también podía ser bastante cabezota, lo suficiente como para cerrarse en banda cuando así lo quería. No iba a insistir en hacerla descansar, al menos no de momento, ya se las ingeniaría después para que dejase de correr de un lado a otro y comiese algo, solo entonces podría hacer algo para ayudarla con el batiburrillo mental que parecía darle vueltas en la cabeza.

Volvió a la faena, continuó con la reposición de las neveras y sacó las cajas para que las recogieran los repartidores en la entrada del almacén. Todavía había mercancía suficiente, así que no tendría que hacer un nuevo pedido hasta por lo menos el final de la semana, pensó mientras se deslizaba de nuevo detrás de la barra.

—Voy a mirar la tarta fría que metí en el congelador, ya debe estar lista —comentó pasando por su lado—, y hemos terminado la de zanahoria.

—A la gente le está gustando bastante —mencionó, siguiéndola con la mirada—, aunque yo sigo prefiriendo la de chocolate.

—Dime que no te la has comido toda de ayer a hoy —pidió deteniéndose en el umbral de la cocina.

—Has visto lo que quedaba de ella en el desayuno.

Ella jadeó y lo miró de arriba abajo.

—Por dios, ¿y dónde lo metes?

—Tengo un metabolismo rápido —se rio entre dientes—. Dejaré que me prepares otra para el fin de semana.

Su respuesta fue poner los ojos en blanco y desaparecer en la cocina.

La campanilla de la puerta anunció la llegada de nuevos clientes, se giró y posó la mirada en el recién llegado, cuya apariencia era cuando menos llamativa. Vestido como un gótico de la cabeza a los pies, el alto y delgado tipo conjuntaba unas botas de motorista con un largo abrigo de estilo pirata y un movimiento de caderas digno de una modelo de pasarela. Sus ojos, de un vibrante marrón, fueron como un detonante en su mente. Las compuertas se abrieron y como si se tratase de una cascada, vislumbró la información del recién llegado que era, nada más y nada menos, que David Loft, el hermano de Gwenevere.

Su aura era realmente fuerte y se reflejaba en la seguridad de su lenguaje corporal. Donde Gwenevere era delicada, tímida y reservada, este hombre era justo lo contrario. Él no se escondía, mostraba abiertamente su ambigua sexualidad e incluso parecía disfrutar de la atención que suscitaba en la gente.

Avanzó directo a la barra y ocupó uno de los taburetes que había frente a él, cruzó las piernas y apoyó un brazo en la superficie mientras le miraba directamente a los ojos.

—Buenos días —lo saludó, dejando el paño de secar a un lado y prestándole la debida atención—. ¿Qué va a tomar?

—Una cerveza de malta, fría.

—En seguida —aceptó con una suave palmada sobre la superficie de la barra. Le dio la espalda, abrió una de las neveras, sacó una cerveza y, tras abrirla, la dejó frente a él—. Supongo que estás aquí para ver a Gwenevere.

El hombre acusó la sorpresa en sus ojos, pero no dejó que trasluciese.

—¿Hoy trabaja?

Señaló la trastienda.

—Está liada en la cocina con los postres —le informó. Se acercó a la vitrina y sacó el último pedazo de tarta de limón que quedaba y se la puso delante—. Pruébala. Tu hermana tiene mucho talento. Invita la casa.

Sus ojos se angostaron y no le pasó por alto el rápido escáner al que lo sometió.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó con abierta desconfianza.

—Tus ojos son del mismo color que los de ella —respondió con un ligero encogimiento de hombros—. Y os parecéis, no mucho, pero sí tenéis un aire familiar. Además, comentó que tenía un hermano, así que... solo sume dos y dos.

Continuó con su escrutinio como si pudiese hacerse una idea de quién era él y si sus palabras eran reales o solo una comedia.

Usher casi podía jurar que el hombre estaba acostumbrado a ser mirado y cuestionado por su forma de ser o de vestir, especialmente por aquellos cercanos a él, por ello se escudaba en semejante atuendo, dándoles así algo de lo que hablar sin ahondar en nada más. Quería dar una imagen para que la gente se fijase en ella y olvidase lo que había detrás.

—Pareces saber mucho de ella para llevar tan poco tiempo trabajando para ti.

Enarcó una ceja ante la directa acusación y sonrió de soslayo.

—Di lo que quiera que hayas venido a decir —lo invitó, apoyándose en la barra—, está claro que no te has dejado caer por casualidad.

Él cogió la botella, desechando el vaso, entre los largos dedos y le dio un largo trago antes de devolverla a la barra y decir sin tapujos.

—¿Te estás tirando a mi hermana?

Desde luego, a ese tío no se le podía acusar de andarse por las ramas, pensó con ironía. Sus ojos no dejaban de evaluarlo, cómo si pudiese leer su propio lenguaje corporal en busca de una respuesta.

Lentamente, con esa petulancia bien estudiada, se inclinó hacia adelante, apoyó el brazo en la lisa superficie y, sosteniéndole la mirada, le habló en voz baja.

—Gwenevere es muy capaz de decidir por ella misma con quién quiere o no echar un polvo —le soltó con tono despreocupado—, y el que tú hayas hecho tal pregunta, es una afrenta hacia ella. Te agradecería que no la menospreciaras, no es algo que vaya a permitirte... ni a ti, ni a nadie.

Los ojos marrones se abrieron poco a poco, mostrando más que sorpresa cierto alivio y reconocimiento. Quizá había dado una impresión equivocada con sus palabras, o lo había hecho a propósito, pero detrás de toda esa actuación existía una genuina preocupación fraternal.

—Buena respuesta, *bombón*, buena respuesta.

Esbozó una mueca ante el apelativo escogido, sacudió la cabeza y se rio entre dientes.

—Me llamo Usher —le tendió la mano por encima de la barra—, suena menos insultante que «*bombón*».

El hombre esbozó una amplia sonrisa y correspondió a su saludo cogiéndole la mano con maneras muy femeninas.

—David Loft, aunque mis amigos y la gente que encuentro atractiva me llaman *Xera Delacourt* —replicó en abierto coqueteo—. Xera para ti, querido.

—Un placer conocerte, Xera.

—El placer es todo mío, créeme —aseguró mirándole con descaro. Le soltó la mano, se echó hacia atrás la larga melena que le caía sobre los hombros y suspiró—. Desde luego, mi hermanita ha ganado con el cambio, le das mil vueltas a esa comadreja desnutrida de su expareja.

—Me alegra saberlo —sonrió divertido.

—Su ex era un cabrón...

—Soy consciente de ello.

—Y ella se merece tener un poquito de suerte —continuó, parecía dispuesto a dejarle las cosas claras quisiera oírlas o no—. Si tú eres el elegido que se la va a otorgar, estupendo. Ahora, si tus intenciones son menos que honorables... Mejor dilo ahora, *bombón*, así no tendré que volver después a romperte las piernas...

Enarcó una ceja ante la canturreante amenaza.

—Yo soy el afortunado por haberla encontrado y no permitiré que nadie, amigos, familia o un gilipollas, la lastime —confesó sin ambages—. Eso debería responder por mis intenciones.

Su interlocutor no pudo decir lo que pensaba al respecto, pues Gwenevere eligió ese momento para traspasar el umbral que separaba las dos áreas del local con una tarta en las manos.

—Ya tenemos el postre fresco listo para esta tarde, Usher, lo pondré en la vitrina y...

Sus palabras se cortaron abruptamente cuando vio a la persona sentada al otro lado de la barra. En unas décimas de segundo, vio cómo sus ojos pasaban de la sorpresa al alivio y su lenguaje corporal mudaba a una prudente cautela.

—David, ¿qué haces aquí? ¿Ha pasado algo? ¿Cassie está bien?

El aludido levantó una mano para interrumpirla y puso los ojos en blanco al responder.

—Cassie lleva con una crisis monumental desde que la confrontaste en el probador —le informó con evidente fastidio—. Nena, tienes que avisarme cuando decidas hacer esas cosas. ¡Me lo he perdido! Gladis dijo que fue como ver a una altiva y justiciera *Lady Godiva* a caballo por el medio de su pueblo.

—*Lady Godiva* se paseó por el pueblo completamente desnuda —apuntó divertido, viendo el intercambio de los dos hermanos.

—Pues aquí, *Lady Gwene*, sin caballo y desnudando el alma —sonrió con coqueteo antes de prestarle toda su atención a la chica—. Tiene tal drama montado que podría ganar el próximo Oscar de la Academia a la mejor actriz dramática.

Gwenevere resopló y se apoyó contra la barra.

—Debía haberme quedado callada...

—Hiciste lo que necesitabas hacer —le recordó resbalando la mano por su espalda y deteniéndose a la altura de su cintura.

—¿Estás loca? —intervino también Xera—. Es lo mejor que has hecho en la vida, sin mencionar a *tu hombre* aquí presente...

Ella frunció el ceño y ladeó la cabeza.

—¿Qué le has dicho?

—Me preguntó si me estaba tirando a su hermana —replicó con un ligero encogimiento de hombros—. Me limité a explicarle nuestra

relación...

—Usher... —siseó por lo bajo, entonces se giró como una exhalación hacia el otro lado de la barra—. Y tú, ¿cómo te atreves a preguntar tal cosa?

—Cariño, necesitaba tantear el terreno —chasqueó con afectación—, no todos los días se te presenta delante un *polvazo* como él.

—Ignórale —resopló, apoyándose contra él—. Se cayó de la cuna de cabeza y este es el resultado.

Se rio entre dientes y resbaló la mano por su cintura, abrazándola desde atrás.

—Lo siento, *Xera*, pero soy todo suyo —replicó lanzándole un guiño.

—Que lamentable pérdida —dramatizó, con la risa burbujeando en sus ojos—. Qué remedio. Mi hermanita se ha quedado con el premio gordo. Podré soportarlo, pero solo si me invitas a comer, Gwene.

—No sé si te has percatado de ello, pero estoy trabajando.

—Ya no —declaró sin darle más opciones. Con un rápido movimiento le soltó el delantal y se lo quitó—. Te libero. Ve con *Xera*, llevas toda la mañana trabajando sin parar, así que te lo has ganado.

—Usher...

—Ahórrate el tonito conmigo, Gwenevere, ya sabes que no me afecta lo más mínimo —le soltó divertido, entonces se giró hacia su hermano—. No dejes que vuelva antes de las cuatro.

—¡Hecho, *bombón*! —declaró *Xera* poniéndose en pie—. Gwene, vamos, mueve el *culete*. Oh, pero antes. —Cogió el cubierto en el platillo y procedió a probar la tarta. La serie de ruiditos que empezaron a emerger de su garganta casi lo hacen reír a carcajadas—. Dios del cielo, cariño, esto es... el paraíso. ¿De verdad lo has hecho tú? ¿Y qué coño has hecho todo este tiempo encerrada en una oficina? ¡Lo tuyo es la repostería! Oh, por dios... —volvió a comer otro trozo—. Celestial, sí, sí, sí, celestial... ¿Crees que podrías preparar unas... diez de estas para la semana que viene? Serían perfectas para la inauguración de la obra.

—¿La inauguración de qué?

El tipo se hinchó como un pavo y se señaló a sí mismo de arriba abajo.

—Mi obra, por supuesto, la gran y maravillosa *Xera Delacourt*, hará su debut en un musical —declaró con inusitado fervor, se giró hacia el resto del comedor y alzó la voz—. Estáis todos invitados a venir al espectáculo

más fabuloso del mundo. El estreno es dentro de dos semanas, en el *Teatro Madison*. Las entradas ya están a la venta y podréis verme a mí.

Risas, aplausos y comentarios de apreciación correspondieron a la teatral presentación, al parecer los clientes que esa mañana disfrutaban de sus consumiciones, también lo hacían del espectáculo.

—¿Vas a actuar en un musical?

Su rostro se dulcificó y asintió, la mirada en sus ojos hablaba de esperanza, de alegría y también de cierto temor por la respuesta de ella.

—Soy *una* de los protagonistas —admitió, le cogió la mano por encima de la barra y le acarició los dedos—. Ven, come conmigo y te lo cuento todo.

Una mano tendida, una oportunidad para retomar algo que había quedado olvidado en el pasado, probablemente relegado por las decisiones que una y otra habían tomado y que ahora podían enmendar.

Usher no podía decirle que hacer, no podía obligarla a elegir un camino, pero podía estar allí para ella.

—Recupera tu vida y a los que quieres que sigan en ella —le susurró al oído, empujándola hacia el otro lado de la barra.

La mirada que vio en sus ojos le recordó que todavía tenía un largo camino por andar, pero se encargaría de estar justo allí, a su lado, para ayudarla a levantarse cuando tropezase, para hacerle ver que podía seguir adelante si ese era su deseo. Siempre estaría a su lado, siempre la amaría, no había nada que impidiese que esa dulce mujer que se había colado en su corazón, lo abandonase.

—Volveré antes de las cuatro.

Le guiñó el ojo en respuesta.

—Disfrutad del reencuentro —les deseó a ambos.

Xera la envolvió en un abrazo que prácticamente engulló a la pequeña mujer.

—Gracias por hacerlo posible —murmuró antes de apretar a su hermana y empezar a parlotear mientras la empujaba hacia la salida—. ¡Te la devolveré para que la sigas adiestrando, *bombón*!

Sacudió la cabeza intentando contener la risa, mientras veía a Gwenevere pegándole un puñetazo en el hombro a su acompañante, con una amplia sonrisa en el rostro.

CAPÍTULO 46

—Parece un buen tipo, alguien decente, además está buenísimo —admitió David con un ronroneo—. Has hecho una buenísima elección.

El comentario la llevó a levantar la mirada de la degustación de sándwiches que habían pedido para comer. Aquel era un ritual que había olvidado, algo que solían hacer a menudo; compraban unos sándwiches, unas bebidas y se iban a uno de los parques públicos, ocupaban una mesa a la sombra y disfrutaban el aire libre así como de la mutua compañía.

—Más bien ha sido él quien me ha elegido a mí —respondió a su comentario.

—No te subestimes, Gwene, nadie con ese cuerpo y esa cara se conformaría con poca cosa —sentenció limpiándose los dedos con una de las servilletas—. Y solo hay que ver cómo te mira... o cómo lo miras tú. Ay, cariño, saltan chispas, corazones y unicornios. Es puro *love*, un flechazo instantáneo.

Gwenevere se limitó a sonreír, si él supiera que tan instantáneo y fuerte había sido. Nunca pensó que se pudiese necesitar tanto el contacto de alguien, el que la sola presencia de esa persona le hiciese latir el corazón a toda velocidad y, sobre todo, llegar a aceptar algo tan irreal y aterrador como su apariencia demoniaca como algo sexy e incluso protector.

—Usher me hace sentir que puedo ser yo, que no necesito ocultar lo que soy o lo que pienso, de algún modo me ha hecho ver que puedo vivir y no limitarme a sobrevivir.

—Y eso lo convierte en un hombre único e inteligente, mucho mejor que esa babosa con la que estabas antes.

Su comentario hizo que bajase la mirada hacia el sándwich a medio comer abandonado en una esquina del plato de papel y arrugase la nariz.

—¿Cómo he podido equivocarme tanto con Greg? —preguntó, dando voz a sus pensamientos, a esa pregunta que tantas y tantas veces se había hecho los últimos meses.

Él respiró profundamente y le cogió la mano por encima de la mesa.

—Debí haberme dado cuenta mucho antes de que ese imbécil no te hacía feliz, que no existía el brillo que ahora hay en tus ojos —declaró apretándole la mano en un mudo gesto de apoyo—. Si hubiese estado más pendiente de ti... —Sacudió la cabeza y casi pudo saborear su culpabilidad—. No he sido precisamente *el hermano* que debía ser... O *la hermana* que siento que soy. Tenía que cuidar de ti, era mi deber tras la partida de nuestro padre, pero mis propios problemas me cegaron a cualquier cosa que no fuese... Yo.

Gwenevere no pudo pasar por alto el hincapié que acababa de hacer en el género, cuestionándose su propia sexualidad, su propia personalidad y haciéndolo con la efectividad que necesitaba alguien que también había estado ciega, que no había querido ver lo que estaba delante de sí misma por los mismos motivos que había expuesto; centrarse en ella y aislarse de todo lo demás.

—No fuiste el único que se encerró en su burbuja y se aisló del mundo. Debí darme cuenta de lo que sucedía, debí estar ahí para apoyarte, para apoyarte cuando decidiste *quién* necesitabas y querías ser —admitió acariciándole el brazo a través del abrigo—. Te dejé con mamá, dejé que lidiases con ella y con sus... locuras...

—Yo puedo lidiar con mamá, corazón, me habría preocupado mucho más que la que se hubiese quedado junto a ella hubieses sido tú. Su forma de ver la vida, de hacer las cosas... te habría llevado a la locura y lo más probable es que hubieses terminado ahorcándola.

—Sí, casi lo hago en la trastienda de la boutique de novias.

—Gladis no dejaba de abanicarse mientras hablaba de ti y *tu despertar*, como ella lo llamó, estaba orgullosísima, tan orgullosa de la mujer fuerte que eres...

—Yo no soy fuerte...

—Gwenevere Augusta Loft, te has enfrentado al mismísimo infierno y has bailado con el diablo —aseguró con gesto serio—. Si eso no es fortaleza, que baje Dios y me lo diga. —Soltó un fuerte resoplido y continuó—. Cuando supe lo de Maise, lo que mamá había hecho... Dios, cómo me enfurecí. No podía creer que se hubiese atrevido a ir tan lejos —chasqueó—. ¡Robarle el novio a tu mejor amiga! Nunca me di cuenta hasta ese momento de lo ciega que he estado con ella, de lo permisiva que he sido

y de las veces que la he justificado solo para que me dejase en paz y pudiese seguir con mi vida, haciendo lo que yo quería hacer. Si Gladis hubiese estado delante, se habría escandalizado, créeme, solo nos faltó llegar a las manos como lo harían dos gatas.

Sacudió la cabeza haciendo volar la larga melena y, ese simple gesto, hizo que reparase una vez más en algo que siempre había estado ahí y que, sencillamente, había decidido ignorar.

Y dolía, el comprenderlo ahora dolía mucho más que cualquier herida pasada, porque se daba cuenta de lo sola que había estado en realidad, de lo mucho que había perdido en el camino.

—¡Y Maise! Te lo juro, por más vueltas que le doy a lo ocurrido, no puedo creerme que ella te haya traicionado de esa manera —continuó con un femenino resoplido—. Llegué a convencerme de que aunque yo no estuviese ahí, aunque Cassie metiese la pata, siempre la tendrías a tu lado. ¡Ella tu fiel defensora! Imagínate que llegué a pensar si no estaría enamorada de ti... No te haces una idea de las broncas que tuvimos, de las veces que esa pequeña y voluptuosa morenita se enfrentó a mamá por ti, para defenderte... ¿Y entonces ocurre esto? No, querida, aquí hay algo que falla.

Aquello era algo nuevo, pensó con cierto sobresalto. Sabía que su familia la conocía, de hecho, siempre pensó que no se llevaban bien por algo, pero de ahí a enterarse que su amiga la había defendido con uñas y dientes...

La mención de su amiga la sobresaltó, lo que su hermano le decía no tenía sentido para ella. Sabía que se habían conocido, por supuesto, pero de ahí a tener encontronazos para defenderla...

—Sinceramente, Gwene, no puedo creer que te haya lastimado de esta manera, aunque, bien mirado, casi te ha hecho un favor al liarse con ese imbécil de Greg y sacarlo de en medio —admitió con retintín.

—La verdad es que acabo de enterarme de que Maise ha tenido razones de peso más que suficientes para montar... todo este teatro.

La manera en que enarcó la ceja y la miró de soslayo, decía mucho sobre lo que estaba pensando.

—¿Teatro? —carraspeó—. Corazón, no quiero meter el dedo en la llaga, pero... te desplumó como a una gallina y se cepilló a tu prometido.

Y ese era el único cabo suelto que no acababa de comprender, especialmente porque Maise nunca había soportado a Greg, no podía ni verlo delante o eso era lo que siempre había creído... hasta que los vio.

—¿Tú te acostarías con alguien que no soportas? —preguntó con repentina necesidad de encontrar la respuesta.

—No, le arrancaría la polla y se la haría comer —declaró al tiempo que se miraba las uñas—. Ese es más bien mi estilo.

Hizo una mueca ante la sangrienta escena y sacudió la cabeza.

—El que se acostaran, el pillarlos así, tendría que haberme dolido —musitó pensando en aquel momento—. Por lo menos tenía que haber sentido rabia, desilusión a causa de la traición de Greg, pero lo que realmente me dolió fue el pensar en que ella me había traicionado, en que hubiese puesto en peligro mi hogar... Nuestro hogar.

—Cariño, tú no amabas a Greg —le dijo con suavidad—. Por eso te haces tantas preguntas y por eso te has colado como una loca de ese hombretón.

Suspiró, sabía que tenía razón.

—No, no lo amaba —admitió en voz alta, para sus propios oídos—. Y ha tenido que venir a llamar a mi puerta y pedirme dinero, para que cogiese a Ruperta y quisiera volarle los huevos.

—¿Qué hiciste qué? —El gritito que soltó casi la deja sorda.

—Shh, baja la voz —pidió, recordándoles a ambos que estaban en un espacio público.

—¿Le disparaste a ese cabrón? —Se inclinó sobre la mesa para poder mantener cierta privacidad.

—Un amigo de Usher impidió que le disparase.

—¡Gracias al cielo! —aceptó llevándose la mano libre al pecho—. Aunque un buen agujerito en cierta parte de su anatomía, habría solucionado muchas cosas...

Puso los ojos en blanco y evitó no conjurar esa imagen.

—Y sin embargo, ahora creo... no, sé que hay una traición mucho mayor y que es la que más me ha dolido, una que no... que no soy capaz de perdonar...

—Mamá —respondió por ella sin vacilar un solo segundo—. Lo sé o al menos, creo que llegué a intuirlo, aunque no quería aceptarlo. A ver, sigue siendo nuestra madre, pero... reconozco que lo que hizo no tiene disculpa

alguna. Me he convencido de que esa mujer no piensa, es de esas que dónde pone el ojo... ve un anillo y va a por él.

—No va a ser feliz, no con ese hombre —negó convencida de ello—. Ya no se trata de la diferencia de edad, sino de que ella es un espíritu libre, siempre está buscando algo, pero no lo encuentra. Lo intenta, una y otra vez, pero nunca conseguirá lo que realmente quiere...

—Aunque diga lo contrario, estuvo muy enamorada de nuestro padre —corroboró con un suspiro—. Y no lo ha olvidado...

—No. Necesita encontrar su lugar, pero no lo hará hasta que se olvide de él o encuentre a alguien que le pare los pies y no le de todo lo que quiere.

—No crees en este próximo matrimonio.

—¿Tú sí?

Negó con la cabeza.

—No. Sé que solo es un capricho y que terminará por echarlo de su lado como a todos los que pasaron por la vicaría antes que él —aceptó con un mohín—. Y eso es lo que más me fastidia, porque no duda en arrasar con todo lo que encuentra a su paso para conseguirlo, sin importarle quien caiga, incluso si son sus propios hijos.

Respiró profundamente y continuó con mayor desazón y un inesperado rencor.

—No fuiste la única a la que olvidó, Gwene, la única a la que dejó de ver realmente.

Sus palabras iban envueltas en dolor y rabia, unas emociones que intuía que siempre habían estado ahí y nunca había sido capaz de ver. Y no lo había hecho porque, a su manera, ella también había estado ciega, encerrada en su burbuja, atrapada en una rutina a la que ni siquiera podía llamar vida... Usher tenía razón, necesitaba recuperar las riendas de su vida, hacerla suya y aprender a vivir de nuevo con sus propias decisiones y no bajo la sombra de las de alguien más.

Sacudió la cabeza una vez más y se fijó en la persona que tenía delante, en la mujer cuyos ojos eran el reflejo de los suyos propios, en su *hermana* mayor.

—Me gusta tu estética, por cierto, estás... increíble, de una forma rara, ¿vale? —admitió y se echó a reír al confesar—. De verdad, nena, es que te maquillas mejor que yo y tienes el pelo de un brillante... Creo que te odio un poco ahora mismo.

Ella se echó a reír, lanzó la melena hacia atrás con gesto teatral y le dedicó un guiño.

—Tú no necesitas maquillaje, tienes una cara dulce y preciosa que enamora y un pelo totalmente *chic* —aseguró y señaló con el pulgar por encima del hombro—. A tu bombón solo le faltaba ponerse a babear mientras te miraba.

Sonrió en respuesta y suspiró.

—¿Cuánto hace que no hablábamos de esta manera?

—¿Años? —sugirió con un ligero encogimiento de hombros.

—Es increíble cómo las dificultades son las que nos hacen darnos cuenta de todo lo que ocurre a nuestro alrededor, las que nos hacen tocar fondo para poder emerger y hacerlo con más fuerza.

—Has madurado de golpe en estos últimos meses, Gwene. Tu rostro se ve más sereno, se te nota más ligera, cómo si te hubieses sacado un peso de encima —admitió mirándola con atención—. Las dificultades te han hecho crecer y el amor florecer... —suspiró con una pasión que la hizo reír—. Te sienta tan bien estar enamorada. Estás preciosa, hermanita, más hermosa de lo que te he visto nunca.

—Sigue adulándome así y verás cómo me hincho como un pavo.

Se rio y su risa resultó contagiosa.

—Te he echado de menos, ¿sabes? —admitió Xera—. Esto, las risas, las charlas... Lo he echado de menos. Me has hecho más falta de lo que pensaba...

—Pues ahora ya estoy aquí —afirmó con seguridad, dejando que sus labios se curvasen por sí solos—, y creo que ya va siendo hora de que te vea cómo tú deseas que te vean, señorita *Xera Delacourte*.

El brillo de humedad que apareció en los ojos fue alejado a base de aleteo de pestañas.

—Vale, vale, vale, no nos pongamos sensibleras, ¿eh? —Se abanicó con la mano—. Tengo ensayo a última hora de la tarde y no puedo llegar congestionada y con los ojos rojos como amapolas.

—¿Cómo demonios has terminado en un musical sin que yo me haya enterado? Ni siquiera sabía que cantabas.

—Mis amigas me arrastraron a ello después de escucharme en un karaoke. Ha sido una locura de año, sobre todo cuando me eligieron para el

papel principal —chilló excitada—, pero encima del escenario, con ese maravilloso vestuario... Nunca un show *Drag Queen* me ha aportado tanto.

—¿Dijiste que el estreno era dentro de dos semanas?

Asintió emocionada.

—Será un nuevo espectáculo, una apuesta arriesgada, pero estamos encantadas de llevarlo a cabo —admitió ilusionada al máximo.

—Pues ya estás consiguiendo un par de entradas para mí —le apretó la mano—, y que estén en primera fila, por favor, no quiero perderme tu debut.

—¿Estás segura?

La pregunta le provocó una punzada en el corazón, pues había escuchado el deseo y el miedo detrás de esas dos palabras.

—Estoy segura de que quiero ver a *mi hermana* brillar sobre el escenario —aseguró con firmeza, luchando con sus propias lágrimas—. Y pienso arrastrar a Usher conmigo, así que...

Con un chillido, se levantó y la arrancó de la silla para engullirla en un enorme abrazo.

—Mi Gwene, mi dulce y preciosa Gwene —murmuró en su oído—, no dejes que se te escape, cariño, cualquier hombre que obre tales milagros, merece la pena ser conservado para siempre.

—No lo dejaré escapar, ahora que nos hemos encontrado, nos aguarda el mismo futuro —replicó devolviéndole el abrazo—. Me quedaré a su lado, tanto como él quiera que esté.

Y esperaba que fuese para siempre.

CAPÍTULO 47

Había momentos en los que debías aprovechar las opciones que el destino ponía a tu alcance, sobre todo cuando actuaban a tu favor y te ofrecían la excusa perfecta para resolver los pendientes que todavía tenías en tu haber. Y el que se hubiese presentado el hermano de Gwenevere en el *Kerrigan's*, era una que su mujer no podía permitirse desperdiciar.

Apenas quedaban tres días para que se cumpliese el tiempo del servicio, momento en que ella volvería a ser totalmente libre, en el que debería dejarla ir y permitirle elegir el camino que quisiera seguir. Sabía que tenía mucho trabajo por delante, que pasaría algún tiempo hasta que comprendiese que era dueña de su propia vida, de que tuviese la fuerza necesaria para enfrentarse a cada pequeña batalla, pero al menos lo haría sabiendo que cualquier posible traición o amenaza habría quedado atrás para siempre.

Lo primero era lo primero, pensó Usher esperando ver aparecer a la coqueta camarera con aspecto hispano que atendía el local, en el que la había localizado la primera vez. Necesitaba recoger a esa pequeña y escurridiza *banshee* y ponerla a salvo.

Mientras Kaliel Rush estuviese ahí fuera y la orden de caza que pesaba sobre su cabeza siguiese vigente, no cesaría la amenaza. Y, perseguir a esa chica, era como si lo hiciese a su propia mujer.

Gwenevere no superaría jamás el que le pasase algo a Maise, no cuando existía un vínculo tan fuerte entre las dos, uno que sabía se mantendría en el sitio y se perpetuaría a través de su línea de sangre hasta que esta desapareciera. Las mensajeras de la muerte solían vincularse a una familia para toda la eternidad y serían fieles a ella hasta que la última gota de sangre de esa línea se extinguiese. La *banshee* seguiría aquí incluso después de que su ama hubiese pasado al otro lado, velaría por sus hijos y los hijos de sus hijos hasta que el último de ellos abandonase la tierra. Sería en ese

momento y solo en ese momento, cuando la mensajera quedaría libre de su tarea y podría reunirse con ellos en el más allá.

Examinó con atención los alrededores, asegurándose de que no hubiese sorpresas esperándole en alguna esquina. Había rastreado el lugar antes de venir y, una vez allí, había extendido un hechizo protector que lo avisaría en caso de que alguien, no humano, intentase pasar sus salvaguardas con intenciones menos que pacíficas.

La tarde se había encapotado, la brisa empezaba a anunciar la próxima entrada del invierno aun estando a finales de octubre, pero aquello no parecía desanimar a los comensales que ocupaban las mesas exteriores del local.

Vio su pelo negro por el rabillo del ojo incluso antes de ser consciente de su presencia. La chica se las había arreglado para parecer completamente humana enmascarando su sobrenatural presencia detrás de un cuidado *glamour*; eso haría que pasase desapercibida para cualquiera que no estuviese buscándola con mucha atención. La vio sonreír, intercambió algunas palabras en español con un veterano y dejó sobre la mesa la comanda que traía antes de dar media vuelta y regresar al interior del local. Sin embargo, no llegó a entrar, se detuvo en seco a unos pocos pasos y se giró en su dirección. Sus ojos verdes se oscurecieron y, durante un brevísimo segundo, vio ese rostro esquelético reflejado en sus hermosas facciones.

Usher dejó su vigilancia y avanzó hacia una de las mesas vacías cercanas al bajo edificio de una sola planta, se sentó, posó el móvil encima de la mesa y esperó paciente a que ella se acercase.

—¿Gwenevere está bien? ¿Le ha ocurrido algo?

La ansiedad mal disimulada en su voz no hizo más que corroborar sus previos pensamientos sobre el vínculo que las unía.

—Tu *ama* está perfectamente bien, un poco vapuleada por los recientes acontecimientos, pero decidida a seguir adelante —declaró en voz baja—. Quiere verte.

Sus palabras hicieron que ella se sobresaltase y empezase a negar con la cabeza.

—No. No puedo. Si me acerco a ella, él la encontrará —negó y el temor que tiñó sus palabras, se convirtió instantáneamente en fiereza—. No puedo ponerla en peligro.

—El *Gran Lord* de la *Corte Flameris* ha convocado a Kaliel en una audiencia —le informó con ese tono despreocupado que procuraba quitarle hierro al asunto—. Es cuestión de tiempo que acabe ante la justicia de la corte y sea condenado por sus delitos.

La manera en que abrió los ojos, la duda mezclada con el alivio y la incertidumbre que paseó por ellos, le mostró la duda que la embargaba; no estaba segura de creer en sus palabras, aunque tenía deseos de hacerlo.

—Él no se plegará a la justicia, alegrará que cada una de las mujeres que entraron en su harem, lo hicieron voluntariamente —negó con gesto decidido—. Se librará como tantas otras veces... e irá tras tu mujer, irá tras mi ama y la matará.

—Gwenevere es humana, si se atreve a respirar siquiera cerca de ella, estará muerto antes de que tenga tiempo de pensar en qué lo ha golpeado —replicó con mortal frialdad—. El *Gran Lord* que rige ahora la corte, no tiene nada que ver con el antiguo. Él será quien haga resurgir el fuego que se ha extinguido y purifique lo que fue contaminado... Tu ama está a salvo y tu deber es estar a su lado, sobre todo ahora.

Ella tragó, podía ver en su mirada la necesidad de acatar sus órdenes, de responder de inmediato a esa necesidad, pero el miedo a poner en peligro a su amiga, a la persona que se había compadecido de ella y la había salvado, era demasiado grande para hacerle frente. Su vida le pertenecía a la humana y si dándola podía salvarla, lo haría sin dudar.

—La has herido, la has dejado con preguntas a las que solo tú puedes dar respuesta —insistió, buscando esa rendija a través de la que sabía llegaría a tocarla—. No sé cómo, pero ha mantenido la esperanza contigo a pesar de todo lo ocurrido y de las pruebas que pusiste ante sus ojos, se ha negado a pensar en ti de la manera en que querías que lo hiciese. Oh, sí, la has herido, lo has hecho profundamente, así que deja de temblar, recoge tu maldito orgullo y enfréntala. Te ha dado una oportunidad para hablar, está dispuesta a escuchar lo que tengas que decirle, así que mueve el puto culo, *mensajera*, porque empiezo a cansarme de dialogar.

La chica acusó el golpe de sus palabras, llegó incluso a dar un paso atrás mientras llevaba la mano a la cadera en busca de algo que ya no estaba allí. Esa criatura era de estirpe guerrera y lucharía, lo haría hasta el último aliento.

Respiró profundamente y continuó.

—Tienes dos opciones, permanecer entre las paredes del *Soul Circus Casino* hasta que ese chiflado esté ardiendo en el infierno —sentenció—, o venir a La Mansión, dónde está Gwenevere y dónde serás bien recibida. En ambos lugares estarás a salvo de los cazadores y de la orden que pesa sobre tu cabeza.

Parpadeó rápidamente, se retorció las manos y le dio la espalda un segundo. Empezaba a pensar que daría media vuelta y lo dejaría allí, rechazando su oferta y volver con la persona con la que quería estar.

—No tengo todo el día, muchacha.

La chica se tensó, apretó las manos a ambos lados en sendos puños y dejó escapar el aire.

—Llévame con mi ama, chamán —musitó en voz baja, entonces ladeó la cabeza para mirarle por encima del hombro y vio las lágrimas brillando en sus ojos—, y la serviré hasta el final de mi vida.

—Ya era hora —masculló con un aliviado suspiro, dejando el asiento y señalando el restaurante con un gesto de la barbilla—. Diles que renuncias, que te paguen la jornada y vámonos a casa.

El rostro de la mujer pareció rejuvenecer, asintió con un gesto y empezó a desanudarse el delantal al tiempo que avanzaba hacia el local al grito de: *¡Busca alguien más a quién explotar, cabronazo, que yo me largo!*

Sonrió para sí, al parecer había jefes que no sabían cómo tratar correctamente a sus empleadas, solo había que ver el cariño con el que dejaban sus trabajos.

CAPÍTULO 48

—¿Dónde está?

El sirviente casi se mea en los pantalones al verle atravesar el umbral de la casa. Brishen era consciente de lo que su presencia suponía para el hombrecillo, para toda su gente él era el etíope de la maldad y su odio hacia su predecesor se extendía sobre la corte en mil y una versiones de tortura, castigos y destierros que llegarían bajo su nuevo gobierno. Su presencia era motivo de terror, de castigo y mil y uno holocaustos más... aquella era la leyenda que habían creado a su alrededor y de la que no tenía inconveniente en usar para su propio beneficio.

—Mi... mi señor...

—¿Dónde está Lord Kaliel! —Alzó la voz dejando que su naturaleza demoníaca se reflejase en sus ojos—. ¡Que se presente ahora mismo ante mí!

El lastimoso tipo se lanzó inmediatamente al suelo, postrándose sobre sus rodillas con gesto suplicante.

—Mi amo no está en casa, *milord*, este pobre siervo no sabe de su paradero, oh, *Gran Lord*.

No. Nadie parecía saber del paradero de Kaliel o, en caso de saberlo, tenían demasiado miedo cómo para que su nombre se relacionase con el suyo al saber que el *Gran Lord* de la *Corte Flameris* lo estaba buscando. Había sido consciente de ello cuando se presentó en la oscura sala del trono y vociferó llamándolo a su presencia.

Lo había hecho a propósito, sabiendo que se correría rápidamente la voz y que el aludido intentaría hacer cualquier cosa para evitarle a él y su convocatoria.

Había enviado a las *Sombras*, la guardia personal que solo seguía las órdenes del *Gran Lord* de la corte, a rastrear su paradero y eso lo había traído hasta aquí, a las puertas de la propia casa del antiguo consejero.

—Solo lo preguntaré una vez más —informó al aterrado siervo, que temblaba como una hoja sobre el suelo—. ¿Dónde está tu amo?

Su tono de voz hizo provocó que el siervo perdiese el dominio sobre sí mismo y el caliente olor de la orina llegase a su sensible nariz. Hizo un gesto de asco y se apartó al ver cómo el tipo se meaban en sus propios pantalones.

—*Milord*... por favor... piedad...

A un gesto suyo, el hombre fue rápidamente arrancado del suelo y sostenido, chillando y suplicando piedad, por dos *sombras*.

—¡*Milord*, piedad, os lo ruego, tened piedad!

Lo ignoró y se limitó a mirar a su alrededor, buscando, agudizando sus sentidos en busca de ese hijo de puta. El *lord* de la corte vivía con todo tipo de lujos y opulencia, su mansión se encontraba dentro de la fortaleza, como la de otros lores de la corte que darían hasta un brazo con tal de no perder su posición. El lujo y el poder, así como una posición elevada, eran lo que muchos perseguían y Kaliel había resultado ser uno de los más codiciosos y peligrosos miembros de un consejo que no le había dado otra cosa que quebraderos de cabeza.

—Arrancadle los ojos —ordenó con una calma tan letal que parecía que estuviese pidiendo que le hiciesen cosquillas—. Quizá entonces recuerde que no es sabio mentir a su señor...

Los gritos subieron de decibelios, aunque esta vez contenían algo más que súplicas.

—¡En el *Circo*! ¡Está en el *Circo*! —Chillaba como un cerdo al que se le lleva al matadero.

Levantó la mano, deteniendo a su guardia de cumplir sus órdenes.

—¿Qué es el *Circo*?

El hombrecillo, olvidada ya su lealtad para con su amo frente a su deseo de seguir con vida y evitar que lo mutilasen, se apresuró a añadir.

—En el nivel inferior, está en el nivel inferior —insistió golpeando el suelo, cómo si esperara que se abriera de un momento a otro bajo él—. Llegó anoche y se fue directamente al *Circo*.

Se inclinó hacia delante para que pudiese mirarle a los ojos.

—Llévame hasta él.

En su precipitación por obedecer, cayó varias veces, levantándose con premura o terminando por arrastrarse e ir a gatas para cumplir con sus

órdenes, sin duda una prisa que tenía que ver con mantenerse lejos de las sombras que no dudarían en arrancarle los ojos a una sola orden suya.

Ese infecto despojo de criatura, una con la apariencia rechoncha de un humano de baja estatura, estaba muerta de miedo. Podía olerlo y ese aroma le asqueaba casi tanto como el de la orina que le humedecía los pantalones. Se esforzó por no dejar traslucir su disgusto y lo siguió a través de la planta baja de la casa hasta el ala más alejada, atravesaron una puerta cerrada con clave digital y continuaron descendiendo por un largo pasillo.

Nada más poner un pie más allá del umbral sintió la presencia de la muerte. Habían sido tan cercanas durante una época de su vida, que su huella había quedado para siempre tatuada en su alma. Descendió todo el camino hasta un elegante pasillo de suelo de damero y paredes pintadas de un oscuro tono borgoña decoradas por arcaicas lámparas de estilo victoriano e inquietantes obras de arte, que bien podían haber sido sacadas de un oscuro burdel.

La presencia de la muerte se hizo más intensa en ese lugar, casi podía saborearla y, mientras sus ojos repasaban las paredes, el suelo y el techo, fue dándose cuenta de los anclajes que colgaban de algunos puntos de la pared, muchos de los cuales incluso tenían cadenas con grilletes.

Con cada paso que daba por el pasillo, crecía su rabia, todo su cuerpo se tensó en previsión de lo que estaba convencido que terminaría encontrando. Lo más perturbador de todo fueron el silencio, la ausencia de cualquier sonido y el hedor que empezó a perfumar el aire a medida que se acercaban a una nueva puerta.

—Ábrela —ordenó al sirviente, quién se había parado en seco frente a las dos hojas de descomunales dimensiones.

—Mi señor, el amo Kaliel es el único que tiene acceso, solo él tiene la llave —musitó entre atronadores temblores.

Miró de nuevo las inmaculadas hojas de un prístino color blanco.

—¿Qué hay detrás?

El hombrecillo palideció aún más, si eso era posible y empezó a sacudir la cabeza, retrocediendo con los ojos llenos de desesperado terror.

—No lo sé, mi señor, nadie del servicio puede acceder aquí abajo y, los que podemos, tenemos estrictamente prohibido pasar de este punto —informó atropelladamente—. Es el *Circo*. Solo los elegidos por Lord Kaliel

pueden acceder y siempre lo hacen encapuchados y bajo tupidas túnicas oscuras que ocultan su identidad.

La información hizo que se le revolviesen las tripas, aunque no le sorprendía que hubiese miembros de la corte que tuviesen tratos de cualquier clase con Kaliel, el hombre podía llegar a ser realmente encantador cuando se lo proponía y era un extorsionador de primera.

Apretó los dientes, más personas implicadas significaba un mayor número de infecciones en sus dominios, un mal que podía extenderse con una rapidez pasmosa, sobre todo porque la mayoría de los que se relacionarían con el lord, pertenecían al mismo círculo social y no habían recibido con agrado el hecho de que él fuese quién hubiese heredado el liderazgo de la *Corte Flameris*. No podía dejar que esto se saliese de control, no podía permitir que aquellos que habían estado al lado de su antecesor, siguiesen contaminando la corte de aquella manera y saliesen impunes.

No volvió a preguntar por la apertura, se limitó a levantar la mano y apoyar las yemas de los dedos sobre la fría superficie con un escalofrío de desagrado; aquel era el tacto de la muerte. Luchó con la imperiosa necesidad de retirarse e imprimió su propia huella, dejó que el calor lo envolviese y fluyese de sus dedos hacia las duras hojas de acero que empezaron a derretirse como si las estuviese consumiendo la lava.

El olor del metal derretido se mezcló al instante con el de la sangre y la muerte, un hedor insoportable que le provocó una arcada que reprimió a duras penas. Los chillidos del sirviente resonaban en el lugar mientras traspasaba el umbral, esa pequeña muestra de su poder lo había llevado al límite. Las luces empezaron a encenderse una tras otra como si hubiesen sido accionadas por algún sensor de movimiento y la oscuridad se diluyó dejando a la vista a la mismísima muerte.

Nueve pilares se alzaban alrededor de la enorme y cavernosa habitación que pretendía imitar un circo romano, entre cada uno de ellos, unos perfectos aros enmarcaban la presencia de exquisitas estatuas de mármol blanco que se alternaban con elaboradas tribunas vestidas de terciopelo negro.

Deslizó la mirada sobre las columnas y apretó los dientes ante el silencioso y oscuro recordatorio de otra vida, una que se asemejaba bastante a ese infierno. De cada una de ellas colgaba el cuerpo sin vida de una

hembra, humanas y no humanas, según pudo adivinar en ciertos casos, ataviadas con sedas y gasas que mostraban la crueldad sobre los delicados y jóvenes cuerpos.

El fuego se agitó en su interior y su visión se oscureció durante unos instantes. Se sentía arder, su naturaleza *draconia* tomó el mando y un latido después, cada una de esas ocho figuras, fue envuelta en un abrasador y poderoso huracán ardiente que calcinó en un abrir y cerrar de ojos a las víctimas de aquella horrible masacre.

Deslizó la mirada por la última de las columnas y se giró hacia el altar que había instalado en el medio de la sala sobre el mismo suelo de damero gris y negro manchado por la sangre que goteaba desde la losa de mármol en la que reposaba el noveno cadáver.

Avanzó hacia él. La sangre lo empapaba todo, formaba un charco sobre la mesa que rebosaba y goteaba hacia el suelo procedente de las numerosos cortes que lo asaetaban, así como también del cuchillo clavado en su pecho y del cercenado cuello. Ladeó la cabeza, su atuendo le daba una pista sobre su identidad, pero esta quedó confirmada cuando se agachó y vio el desaparecido cráneo al otro lado de la mesa, con los ojos abiertos de par en par y una mueca de horror curvándole los labios.

—Y el verdugo se convierte en víctima.

Lord Kaliel Rush había sido asesinado, apuñalado y decapitado en su propio infierno, uno en el que se aseguraría que ardiese durante toda la eternidad.

Se incorporó y, levantando una vez más la mano, envolvió los restos del lord de la corte en llamas, un fuego que lo consumiría poco a poco. No obtendría una partida rápida ni piadosa, no lo convertiría en cenizas con tanta rapidez, se merecía el mismo trato que había dado a sus víctimas, solo le fastidiaba no poder hacer aquello mientras estuviese con vida y gritando de pura agonía.

—Registrad la casa y sacad a aquellos que no tengan una sola gota de esa sangre en sus manos —declaró en voz alta, dirigiéndose a sus sombras—, el resto arderá junto con este maldito lugar.

No necesitó confirmación verbal, su guardia de élite obedeció al momento desapareciendo en la oscuridad para peinar la casa a la velocidad de la luz y extraer de ella a aquellos que fuesen inocentes; si es que había alguno.

Brishen se giró lentamente hacia el siervo que lo había conducido hasta allí. Él había vuelto a la entrada, los ojos desorbitados miraban con asombro y horror lo que había al otro lado del umbral.

—Dame los nombres de los *lores* que han entrado en esta sala.

—Mi... mi... se... señor... yo no... yo no lo sé... —gimió, incapaz de articular las palabras con cierta coherencia—. Sus caras... nunca se les veían las caras... Llevaban túnicas, túnicas de distintos colores, todas oscuras, pero no sé... no sé quiénes eran... no sé...

—Dame-los-nombres —insistió con voz oscura, mortal, no había piedad en el ser en el que se había convertido, no después de haber presenciado el horror de aquella sala.

—Mi señor, os lo ruego, ¡piedad!

Extendió la mano hacia él y vio el horror, el miedo a la muerte en sus ojos mientras las llamas empezaban a lamerle unos dedos que ya no eran humanos.

—No existe la piedad.

No para alguien cuya alma estaba tan manchada de sangre como la de su amo, para alguien que no había movido un dedo para evitar aquella crueldad, que había ayudado y conducido a otros a formar parte de ese horrible destino.

—Que arda hasta tu alma.

Las llamas nacieron bajo sus pies, los chillidos empezaron en el momento en que se dio cuenta que no podía escapar, que ni siquiera podía moverse del lugar.

Brishen pasó por su lado, ajeno a los alaridos, a las súplicas y a la muerte que dejaba tras de él. Echó un último vistazo hacia la enorme sala, sus ojos se posaron en la única columna que no había sido manchada por el fuego, cuyos grilletes estaban abiertos y que, con toda probabilidad, habría contenido a la víctima que se había convertido en verdugo de su propio captor.

«Milord, la casa ha sido purificada».

La voz de ultratumba de las sombras resonó a su espalda, asintió en respuesta y, girando sobre sus talones, abandonó aquel lugar dejando tras de sí el sobrenatural fuego que devoraría y licuaría incluso las piedras.

CAPÍTULO 49

Gwenevere levantó la cabeza al escuchar la campanilla de la puerta, el último de los clientes se había marchado hacía ya media hora. Tras echar el cierre y darle la vuelta al cartel, se refugió detrás de la barra con un té y un pedazo de la tarta.

La reunión con su *hermana* le abrió los ojos en más de una manera, la hizo darse cuenta de todo lo que había dejado atrás, del tiempo desperdiciado, de que nunca había vivido de verdad, sino que se había limitado a sobrevivir. Y ya era hora de ponerle remedio.

Se encontró con la cálida mirada de Usher, quién agitaba su propio juego de llaves en la mano mientras sostenía la puerta abierta para dejar pasar a la persona que venía con él. Con unos gastados *jeans*, zapatillas deportivas y una sudadera bastante grande para el delgado cuerpo que la llevaba y con la capucha ocultando su identidad, el desconocido entró con cierta prisa, echando furtivas miradas hacia atrás antes de que el dueño del *Kerrigan's* cerrase de nuevo con un solo gesto de la mano.

—¿Qué ha pasado?

El nerviosismo del desconocido la llevó a dejar su asiento y rodear la barra mientras alternaba la mirada entre uno y otro.

—¿Estáis bien? —preguntó uniéndose al recién llegado en su preocupación.

Su amante pasó ante su acompañante y llegó hasta ella.

—No ha pasado nada, tranquila —la calmó, posó una mano sobre su hombro y se giró de nuevo hacia su acompañante—. He traído conmigo a alguien... que quería verte.

Sus palabras llevaron al encapuchado a tirar de la capucha hacia atrás, dejando a la vista una larga melena negra y unos rasgos hispanos en los que destacaban unos intensos ojos verdes que se clavaron en ella con una mezcla de alivio y vergüenza.

—Maise...

El nombre brotó de sus labios trayendo a su mente al momento la última vez que habían estado cara a cara. Las acusaciones, la burla en esos ojos, el sarcasmo en sus palabras y el dolor que ella había sentido por cada una de esas cosas, la incompreensión que la había llevado a renegar en un primer momento de la crueldad de esa mujer, solo para darse cuenta de que su vida se había ido a la mierda en un abrir y cerrar de ojos. Maise Cooper era la responsable de que hoy estuviese en este lugar, indirectamente, ella la había conducido a este momento y todo, ahora lo sabía, para protegerla de algo de lo que jamás habría sido consciente hasta que fuese demasiado tarde.

—Hola Gwenevere —dijo en voz suave, pareciendo tantear el terreno en el que estaba—. Sé lo que debes estar pensando ahora al verme, yo solo puedo decirte que...

—No, dudo mucho que sepas lo que estoy pensando en estos momentos, porque ni yo misma estoy segura de ello —la interrumpió con quizá demasiada brusquedad—, pero me alivia ver que estás bien.

—Lo siento, de verdad, siento mucho haberte metido en todo esto —declaró la chica con fervor—. Te hice daño y entiendo que no puedas perdonarme, pero no podía hacer otra cosa, no podía decirte que yo soy... lo que soy.

—Una *banshee* —dejó que la palabra brotase de sus labios, que encajase en el lugar que debía encajar, aceptando una realidad que, hasta hacía poco más de una semana, había sido motivo para considerarla una chalada—. Ahora lo sé... Sinceramente, no estoy muy segura de lo que implica exactamente eso a pesar de que me lo han explicado.

Hizo una pausa, sacudió la cabeza y resopló.

—Esto es de locos, ¿vale? —admitió y la señaló—. Tienes muchas explicaciones que darme y hay mucho de lo que tenemos que hablar. Sí, tenemos que hablar largo y tendido de ciertas cosas, pero... Mierda, Maise, no puedo odiarte cuando has sido como una hermana para mí, cuando has estado a mi lado cuando nadie más lo ha estado y cuando yo misma sabía que tenía que haber un motivo oculto para que hicieras todas las estupideces que hiciste...

La chica dejó escapar el aire que no sabía ni que había estado conteniendo, entonces, dio el paso que ella misma no se había atrevido a dar y acortó la distancia entre ambas para abrazarla.

—Lo siento, Gwene, si hubiese existido otra manera de hacerlo, de mantenerte a salvo, lo habría hecho —le susurró al oído, al tiempo que le acariciaba el pelo—. Perdóname, pero si volvieses a estar en peligro, volvería a hacer lo mismo.

Hizo una mueca y se separó para mirarla a los ojos y decirle.

—Más te vale que no te acerques a ese demonio, porque por él sí que soy capaz de arrancarte los ojos.

La *banshee* acusó con sorpresa la declaración impresa en sus palabras, parpadeó un par de veces cómo si no pudiese creerse esa amenaza y finalmente se echó a reír.

—Oh, Gwenevere, ya era hora de que encontrases a la horma de tu zapato —aseguró entre risas.

Sonrió, no pudo evitarlo y correspondió a su abrazo.

—Prométeme que jamás volverás a hacer nada tan estúpido, Maise, que no volverás a ponerte en peligro para protegerme —pidió, entonces se separó de nuevo de ella y añadió mirándola a los ojos—. Y sobre todo, que no volverás a urdir un plan tan estúpido.

La chica retrocedió a su vez, le apartó un mechón de pelo de la cara y le cogió la mano con firmeza.

—No puedo prometerte que no vaya a salir en tu defensa cuando te encuentres en peligro, es mi naturaleza, Gwenevere, es lo que soy, es parte del vínculo que me une a ti —declaró con total seriedad—, pero te prometo que consultaré contigo las cosas antes de hacer algo tan estúpido de nuevo.

Resopló ante sus palabras y la miró, se obligó a sí misma a ser consciente de su presencia, de la mujer a la que había echado la culpa de lo que le había ocurrido, pero era incapaz de encontrar en su interior un solo gramo de desagrado, ira o rencor hacia ella.

—Tendrá que valer —dijo después de un largo suspiro, entonces se llevó las manos a las caderas y se liberó—. Dios, Maise, me has hecho atravesar un infierno, me han salido nuevas canas, he pasado un mes horrible y... y he terminado cayéndome dentro de un agujero de conejo, al puro estilo de *Alicia en el País de las Maravillas*, para acabar con él.

Señaló a Usher, quién se había mantenido en un segundo lugar, detrás de la barra y que levantó la cabeza al escuchar su nombre.

—En realidad acabaste en el *Soul Circus Casino*, vestida de etiqueta, con zapatillas deportivas y una botella de vino blanco encima.

—¿Qué botella de vino blanco? —preguntó la *banshee*, volviéndose hacia ella con una pregunta clara en los ojos.

Hizo una mueca y bajó el tono de voz.

—*Esa* botella de vino blanco.

La chica parpadeó varias veces, con gesto incrédulo.

—¿Te bebiste esa botella entera tú sola?

—En realidad, no me la bebí entera —replicó girándose para enfrentarse con él y fulminarlo con la mirada—. Tú no estabas allí cuando la abrí, así que, no opines.

Se rio entre dientes.

—No, no estuve en ese momento, Gwenevere, pero... lo vi —confesó con un ligero encogimiento de hombros—, y sí estuve presente durante el resto de la noche...

Sus mejillas se colorearon al momento, le dio la espalda y se dirigió ahora a la recién llegada, cuyos labios se habían curvado ligeramente.

—¿En serio te la bebiste?

—Qué habrías hecho tú si de la noche a la mañana te encuentras sin prometido, con la hipoteca a punto de expirar y el banco queriendo quedarse con tu casa, ¿eh?

La chica se quedó de piedra, mirándola sin entender.

—Gwene, ¿de qué estás hablando? ¿Qué ha pasado con la hipoteca? —preguntó en apenas un hilito de voz—. ¿Y qué es eso de que el banco quería quedarse con tu casa?

Su preocupación era palpable, tanto que no podía fingirla.

—Greg insinuó que tú te llevaste el dinero de la hipoteca de los últimos meses —le informó—. Os lo daba a vosotros para que lo ingresaseis y nunca lo hicisteis. Además, dijo que tú te habías llevado todo, por eso vino a mi casa.

Frunció el ceño ante su comentario.

—Gwenevere, te juro por lo más sagrado que ingresé ese importe en la cuenta que me diste cada vez que me tocaba a mí hacerlo —aseguró poniendo los ojos como platos—. No me he retrasado ni una sola vez con el pago, si incluso guardé cada recibo...

—Maise, hablé con el del banco, me lo dijo en mis propias narices, que llevaba varios meses de retraso y, no solo eso, sino que el mismo día en el que os largasteis, desapareció todo el dinero de mi cuenta.

Negó con la cabeza, el pelo negro volando en todas direcciones, entonces se quedó estática, como si de repente le hubiese venido algo a la mente. Su rostro pareció vibrar y desdibujarse y, sobre los rasgos femeninos que tan bien conocía, apareció la silueta de una oscura calavera que la llevó a apartarse de ella en ese mismo instante y retroceder hasta quedar con la espalda pegada a la barra.

—Ese hijo de puta es hombre muerto...

—Tshh, abajo, *banshee*, estás acojonando a tu ama —declaró Usher a su espalda, un segundo antes de aparecerse como por arte de magia delante de ella—, y llamarás la atención de aquellos que intentas mantener al margen.

Escuchó un bajo siseo, algo parecido a un grito que empezó a hacerle daño en los oídos, pero tan rápido como vino se fue, quedando tan solo la airada voz de la chica.

—¡Tenía que haberle cortado las pelotas y hacerle comer su propia polla! —la escuchó gritar—. ¡Cabrón mal nacido! Tenía que haber hecho algo antes, tenía que haberle desenmascarado mucho antes.

Gwenevere se apoyó en la espalda de Usher y asomó la cabeza por un lado para ver de nuevo a su amiga, sulfurada, sí, pero totalmente humana.

—¿Qué mierda era... eso? —musitó.

—*Tu banshee* —replicó él, echando el brazo hacia atrás para rodearle la cintura—. Es una mensajera de la muerte, tenlo siempre presente, de ese modo no te saltará el corazón del pecho.

—Sí, bien... preferiría que obviara esa... faceta —admitió, pues el corazón le estaba latiendo a toda velocidad.

—Maldita sea, Gwene, tenía que haberlo sacado de tu vida mucho antes —continuó con tono irritado—. Sabía que no era de fiar, que lo único que buscaba de ti era el dinero, la comodidad, pero tú parecías tan... tranquila y en paz con él... No quería quitarte eso.

—¿Estamos hablando de quién creo que estamos hablando?

—Llevaba tiempo tirándome los tejos. A él solo le importaba tu cuenta corriente, no te quería, si incluso te puso los cuernos... Pero tú no lo veías, no querías verlo, así que no me quedó otro remedio que hacer algo drástico y encontré la excusa perfecta cuando tu madre decidió tirarse a Stuart...

Se pasó una mano por la frente, pues empezaba a tener jaqueca.

—Espera, alto, ¡*Stop!* —Dio un paso adelante, saliendo de la protección de su compañero—. ¿Me estás diciendo, que el hijo de puta que vino a

llorarme y pedirme dinero, fue el único que se ha estado apropiando del dinero de la hipoteca y quién me ha vaciado la cuenta?

La chica asintió sin dudar.

—La madre que lo parió. —Ahora fue ella la que siseó—. Joder, debí haberle volado las pelotas con *Ruperta*.

—¿Le has disparado con esa antigualla?

—¡Sí! Pero Gawrin, un amigo de Usher, me la quitó de las manos antes de que pudiese acertarle.

—Y gracias al cielo por ello —declaró el aludido, llamando la atención de ambas—. Chicas, sé que tenéis cosas que discutir, gente a la que planear matar y esas cosas, pero, ¿qué os parece si lo hacéis en la *Mansión*?

Las miró a ambas y Maise reaccionó al momento, volviéndose hacia la puerta antes de dar un paso hacia él y asentir.

—¿Quién es realmente ese hombre y qué demonios quiere de mí, Maise? —le preguntó a su amiga.

—Alguien que haría que los monstruos de tus pesadillas, pareciesen simples osos de peluche, Gwenevere —aseguró mortalmente seria—. Ese hombre es peligroso, él...

—Está muerto.

La inesperada voz masculina resonó en la sala al mismo tiempo que una oscura forma se materializaba cerca de la puerta. Maise se movió, colocándosele delante, mientras Usher abandonaba su lado y avanzaba con palpable tranquilidad hacia el recién llegado; Brishen.

—¿Lo has encontrado?

El hombre asintió, su mirada cayó primero sobre su amiga y luego sobre ella. De algún modo, Gwenevere era incapaz de quitarse de encima la visión oscura y mortal que había visto de él en el salón de la *Mansión*. Daba igual que pareciese casi aburrido en esos momentos o que se hubiese comportado con exquisita educación cuando se conocieron, su parte demoníaca le ponía los pelos de punta.

—Alguien se nos adelantó —murmuró en voz baja—. Se han encargado de darle el mismo trato que él dio a sus víctimas.

La manera en que Usher posó la mano sobre su hombro y el intercambio de silenciosas miradas que pasó entre los dos hombres, fue una privada comunión entre ambos.

—Eres el *Gran Lord* de la corte *Flameris* —escuchó musitar a su amiga, quién no le había quitado el ojo de encima—. Has sido besado por la muerte.

Brishen le dedicó una elegante reverencia un tanto burlesca.

—*Banshee* —la reconoció como lo que era, entonces añadió—. Quién ha puesto precio a tu cabeza, ya no podrá cobrar su recompensa. No en este mundo, al menos.

Gwenevere vio como trastabillaba, dando un paso atrás y dejaba escapar un delicado jadeo.

—Entonces, ¿es verdad? Él... está...

No fue necesario que terminase la frase, pues tanto él como Usher correspondieron a su respuesta con una afirmación.

El alivio se vertió sobre el cuerpo femenino, sus ojos se empañaron ligeramente y al volverse, la vio esbozar una tierna sonrisa.

—Se acabó, Gwene, al fin se ha terminado...

Sí, la pesadilla de su amiga, el hijo de puta que había provocado que ella la abandonase para mantenerla a salvo, había llegado a su fin.

—Hablaemos de los detalles en la *Mansión* —escuchó que Brishen le decía a Usher—. Parece que su fijación por tu deudora no era más que la punta de un complicado y enorme iceberg, uno que puede haber enraizado en mi propio hogar.

Su amante se limitó a asentir en respuesta, entonces se volvió hacia ella y le tendió la mano.

—¿Gwenevere?

No dudó un segundo, le acarició el brazo a Maise al pasar junto a ella y tomó la mano de Usher.

—Vámonos a casa —musitó dejando que la atrajese hacia él—. Voy a necesitar una enorme tetera y unas cuantas pastas de canela para conseguir sacar algo en claro de todo esto. ¿Crees que la *Mansión* podría proporcionármelas?

—No tienes más que pedírselo, algo me dice que jamás te negará nada.

Por ahora se contentaría con que se lo diese hoy, solo así podría enfrentarse con la interminable cantidad de preguntas que ya le burbujeaban en la cabeza.

CAPÍTULO 50

Más tarde, esa misma noche...

El cansancio se evidenciaba en cada uno de los suspiros que dejaba escapar la mujer que tenía en brazos, Usher la apretó contra sí, disfrutando al fin de ese momento de paz que habían encontrado en el jardín cubierto. La oscura noche cuajada de estrellas les ofrecía un techo perfecto, mientras la suave manta sobre la que yacían los aislaba del frío suelo. Se había asegurado de que ninguno de los miembros de la casa tuviese la intención de buscarles ni a ella ni a él hasta por lo menos el día siguiente. Gwenevere necesitaba un descanso, después de la cantidad de emociones en las que se había visto sumergida en un solo día, su alma prácticamente había suplicado un interludio para poder procesar todas y cada una de esas vivencias.

La comida compartida con Xera la había ayudado a recuperar una de las piezas del puzle de su pasado, reencontrarse con Maise había dado respuesta a muchas de las preguntas que no había dejado de hacerse desde el momento en que ella se marchó, pero también había traído algunas nuevas que serían respondidas con el tiempo.

Por ahora, la aliviaba sobremanera el saber que su amiga no había sido responsable de la ausencia de pagos de la hipoteca o del desfalco en sus cuentas. Era algo que él había sabido desde el primer momento, pero no le correspondía revelárselo, no cuando el desenlace de todo aquello había estado claro en su mente.

Gwenevere necesitaba esto, necesitaba liberarse de cada capa de suciedad por sí misma, debía abrirse camino ella sola y alcanzar la meta que la esperaba, solo así comprendería que tenía la fuerza suficiente para enfrentarse al futuro tal y como quisiera dibujarlo. Sin duda, la cantidad de insultos y amenazas de muerte que escuchó a gritos a través de la casa en relación con su ex, había sido una buena terapia para ella.

Bajó la mirada sobre el dulce cuerpo que tenía entre los brazos y que se revolvía buscando una posición más cómoda.

—No puedo creer todo lo que ha pasado el día de hoy, tengo la sensación de que en vez de horas, han pasado semanas, incluso meses —suspiró y se acurrucó contra él—. Tengo la cabeza como un bombo, te lo juro.

—Te creo.

Ella levantó la cabeza y se encontró con su mirada.

—¿Qué es lo que crees exactamente? ¿Qué he perdido la cabeza? ¿Qué me va a explotar el cerebro? ¿Qué se me han derretido las neuronas?

—Que necesitas dejar de pensar y descansar —resumió deslizando los pulgares sobre sus sienes—. Tus preocupaciones irán desapareciendo poco a poco, solo tienes que dejar que las cosas se asienten.

Suspiró audiblemente y volvió a recostar la cabeza en su brazo mientras jugaba perezosa con los botones de su chaleco.

—Mi *hermana* protagoniza un espectáculo musical —murmuró más para sí que para él—. Mi mejor amiga vuelve a mi lado y lo hace echando por tierra un montón de ideas que preconcebí sobre ella. Me da hasta vergüenza pensar que la he culpado de todo esto, de quitarme mi casa, cuando detrás de ello estaba el hijo de puta de mi ex prometido. Y la reciente pesadilla que parecía cernirse sobre mi cabeza como un nubarrón, ha desaparecido y todavía no sé ni cómo y, siendo honesta, me da miedo el siquiera preguntar.

Brishen le había hecho partícipe de lo que había visto al otro lado de aquella puerta, de cuál había sido el resultado de la búsqueda y cómo había acabado esta; con Kaliel muerto, pero no por su mano.

Sin duda su amigo tenía un misterio entre manos, uno que con toda probabilidad traería a su corte muchos más problemas de los que ya tenía.

—Solo piensa en que se ha erradicado un mal mayor de la faz de la tierra y que, tanto Maise como tú, ya no tendréis de qué preocuparos —resumió con sencillez—. Has recuperado a una parte de tu familia, eso es lo que debes tener presente y de lo que tienes que alegrarte.

—¿Crees que todavía estoy a tiempo?

—¿A tiempo de qué?

—¿De recuperar a *toda* mi familia?

Sonrió para sí y deslizó la mano sobre su brazo, por encima de la chaqueta.

—Cada persona sigue su propio camino, unos tienden a acercarse y otros a alejarse, pero en algún momento de la vida, te encuentras con un cruce dónde es inevitable no encontrarse —mencionó—. El que no hables con ellos todos los días, el que no tengas una relación tan estrecha, no significa que no sean parte de ti. Mi abuela podría darte una charla sobre ello y ponerme a mí como protagonista, pues no la veo muy a menudo.

—¿A qué llamas tú «no muy a menudo»?

—Este año ha cumplido unos orgullosos y bien llevados ciento tres años, para una mujer humana.

Gwenevere jadeó y se incorporó de golpe.

—¿Ciento tres años? ¿Y sigue viva?

—No me han llegado noticias de lo contrario, así que imagino que sí.

Ella parpadeó ante su respuesta, entonces entrecerró los ojos.

—¿Y cuánto hace que no la ves? ¿Qué no hablas con ella?

—Seis años... por lo menos... quizá un poco más. —Se encogió de hombros—. Mi madre dice que cuando vuelva a poner los pies en la tierra de mis antepasados, se me caerá la cola. Mi padre, por otro lado, está convencido de que si vuelvo, los ancianos me romperán la cabeza con sus reproches hasta que quisiera calcinarlos, ya que quieren que ocupe su puesto en el futuro... Él es humano, el chamán de la tribu, mientras que mi madre... es quién me ha dado esa cola que tanto te gusta.

—Tu madre es un demonio.

—Es una *Priya* —concretó—. Está conectada con los elementos, es capaz de prever si habrá sequía un año, si habrá inundaciones y, en ocasiones, incluso habla con los espíritus.

—Así que tu padre es humano y tu madre... un demonio.

Él asintió.

—¿Y tienes hermanos?

—Fui hijo único —le contó, queriendo hacerla partícipe de un trocito de su vida—. Mamá llegó a la conclusión de que criar a uno como yo era más que suficiente.

—¿Tan travieso eras?

—Fui un verdadero ángel, un demonio modélico.

—Y voy yo y me lo creo —se rio ella y agitó un dedo ante su cara en firme negativa—. No cuela, Usher.

—Tenía que intentarlo.

Sacudió la cabeza y levantó la mirada hacia el techo de cristal.

—Me gusta la paz que transmite este lugar, el silencio, los aromas... Resulta tan tranquilizador —musitó y dejó escapar un suspiro—. Podría quedarme aquí para siempre.

Se dejó caer hacia atrás, volviendo a sus brazos.

—¿Qué pasará ahora? —murmuró ladeando la cabeza para encontrarse con su mirada—. No queda mucho para el final del servicio.

No, no quedaba, en un par de días debería dar por concluido el pacto que los unió en la Arena.

—Todo lo que te ha aquejado, todo aquello que te ha provocado dolor, todo ello ha llegado a su fin, tu vida volverá a ser completamente tuya a partir de la media noche del séptimo día —le explicó—. Podrás volver a empezar, es el momento de mirar hacia el futuro.

—¿Y tú?

—¿Yo?

—¿Qué pasará contigo?

—Mi misión terminará y tendré que dejarte ir, mi deudora.

Se lamió los labios y volvió a incorporarse, para tener una posición más elevada.

—¿Y si no es lo que quiero?

—¿Qué es lo que quieres entonces, Gwenevere?

—A ti —admitió con sinceridad—. Quiero quedarme junto a ti, si es lo que tú también deseas, claro...

—¿Te quedarías a mi lado, Gwen? ¿Aun sabiendo lo que eso significa?

Sus mejillas se colorearon suavemente.

—Ya has vislumbrado nuestro futuro, Gwen, solo tienes que elegir el camino...

—Y elijo ese, Usherian, elijo el que me ha traído hasta ti y me conduce a ese momento que me enseñaste —confesó convencida de sus palabras.

—¿Estás segura de eso?

—Te quiero, quiero todo lo que eres, hasta lo más hondo de tu ser, así que, por favor, no me dejes ir después del séptimo día, quédate conmigo y no me sueltes jamás.

—Solo tú podías llegar a mi vida y hacer realidad el mayor de mis sueños —musitó acunándole el rostro con una mano y acariciándole la

mejilla en el proceso—. Te quiero, mi dulce deudora, mi futuro, mi amor, no hay camino que quiera recorrer si no es contigo a mi lado.

No, ningún otro lo haría tan feliz cómo lo era ahora mismo con esa mujer entre sus brazos, su cálido cuerpo pegado al suyo y su boca entregándole toda esa dulzura, todo ese amor.

EPÍLOGO

Dos semanas después...

El atardecer teñía el cielo de rosas y naranjas, la brisa del mar le acariciaba el pelo mientras hundía los pies descalzos en la arena que daba a la pequeña e íntima ceremonia que se estaba llevando a cabo cerca de la orilla.

Cambió los zapatos de mano y se apoyó en el fuerte brazo que la ayudaba a mantener el equilibrio, avanzó paso a paso hasta detenerse detrás de la última fila de invitados. Sonrió a la mujer que se giró hacia ella desde la primera fila y le guiñó el ojo a su hermana, quién, sin duda, opacaba drásticamente el sencillo vestido de la novia.

La ceremonia prosiguió, la pareja intercambió los votos y cuando llegó el momento en el que el juez preguntó si alguien tenía algún impedimento para que la boda se realizase, Gwenevere notó la mano de Usher sobre su hombro, un mudo recordatorio de lo que habían hablado esas últimas semanas.

Permaneció inmóvil, observando a la dispar pareja, analizando las miradas, las fugaces caricias y delicadas muestras de cariño que se prodigaban como quién representaba un papel.

Su madre estaba muy hermosa, Cassie siempre había sido ese tipo de ave exótica e intemporal que llamaba la atención allí por dónde iba y que por lo mismo resultaba inalcanzable. Vestía un modelo un poco más discreto del vestido que se había probado en la tienda de novias y, aun así, lo encontraba bastante atrevido para una mujer de su edad.

El novio, por su parte, seguía esa línea elegante que recordaba haberle visto en las reuniones laborales e incluso en la fiesta de empresa en la que los protagonistas de estos esponsales, se habían conocido. Había tenido que convencer a Maise de que necesitaba hacer aquella visita por sí misma, dar

ese nuevo paso en su camino para no mirar en el futuro hacia atrás y arrepentirse por no estar presente en esta boda.

Estaba aquí por esa mujer que comparecía ante el juez de paz para casarse por cuarta vez, había venido por las dos personas que asistían a la ceremonia en primera fila y sobre todo, lo había hecho por sí misma, porque recientemente había aprendido que para abrazar el futuro, primero debía hacer las paces con el pasado.

Notó la mano de su pareja en la espalda, levantó la cabeza y se encontró con su cálida mirada. Usher la contemplaba de una manera que hacía que se le licuase la sangre, que su corazón bombease a toda velocidad y le flaqueasen las piernas. No se trataba solo de la sensualidad en esos ojos azules, sino el profundo y transparente amor que se reflejaba en ellos y que la hacía sentirse la mujer más feliz de la tierra.

Y esa felicidad era lo que la había empujado a dar ese último paso, a dejar atrás la última pieza de equipaje de su pasado y enfrentarse al futuro con optimismo.

—... yo os declaro, marido y mujer... —escuchó la declaración final del juez, quién miró a uno y a otro—. Ya puedes besar a la novia.

Los aplausos sucedieron al beso, la flamante nueva pareja de esposos se giró hacia sus invitados y empezaron a recibir las primeras felicitaciones. En honor a la verdad solo reconoció a su tía y a Xera entre los presentes, la mayoría de las caras ni siquiera le sonaban, con lo que debían venir por parte del novio o ser algunos nuevos conocidos de su madre.

La pareja sonrió, agradeció los buenos deseos y avanzó por el pasillo abierto entre los asistentes, charlando, riendo y haciéndose carantoñas hasta que su madre se percató de su presencia y sus ojos se abrieron en toda su amplitud y sus labios gesticularon su nombre.

—Gwenevere.

No le pasó por alto el rápido repaso que le dedicó a Usher antes de volver a posar la mirada sobre ella, curvando los labios con esa sonrisa estudiada que siempre tenía guardada para las situaciones incómodas.

—Cariño, qué feliz me hace que hayas venido —declaró abriendo los brazos con intención de darle un teatrero abrazo.

Dando un estratégico paso atrás, tomó sus manos, cosa que la sorprendió, antes de besarla en la mejilla.

—Tenía que venir, necesitaba estar aquí y verte vestida de novia — declaró con sinceridad—, y desearte felicidad y prosperidad en tu nuevo matrimonio.

El nuevo recién estrenado marido de su madre acudió al lado de su esposa y le sonrió al verla.

—Gracias por venir, Gwene, de verdad.

Levantó ligeramente la barbilla, su exjefe era un hombre casi tan alto como Usher, pero le faltaba carácter, le faltaba ese aire letal que tenía su demonio y que hacía que le temblasen las piernas con solo una sonrisa.

—Felicidades —le tendió la mano—. Espero que sepas dónde te has metido y que este matrimonio os aporte a ambos buenas experiencias y una convivencia agradable.

Dejando al novio un poco confundido por sus palabras, los miró a ambos y dijo lo que había tenido que decir.

—Tenía que venir y despedirme —declaró mirando a su madre—. Ha llegado el momento de separar nuestros caminos, de que yo siga el mío y viva mi vida cómo deseo, al lado de la persona con la que quiero compartir mis momentos, mi presente y mi futuro —declaró girándose a Usher, para cogerle la mano y sentir a cambio su apretón—. Eres mi madre, me diste la vida y siempre te querré por ello, pero no soy como tú, no busco lo que he dejado atrás, no quiero vivir anclada en los recuerdos y estar buscando algo que no existe. Te deseo felicidad, mamá, deseo que algún día encuentres lo que buscas y conozcas de verdad lo que significa amar a alguien sin importar nada más.

Se inclinó sobre ella y le dio un último apretón en las manos.

—Adiós.

Con eso, dejaron a la pareja allí parada, entre sorprendidos y anonadados, para ir a saludar a su tía y a Xera, quienes no dudaron en engullirla en un abrazo y mostrarse igual de alegres por la presencia de Usher.

—Corazón, acabas de convertirme en la hermana mayor más orgullosa de la faz de la tierra —le aseguró Xera, apretándole ambas manos—. Soy muy fan, que lo sepas.

Se rio y le apretó las manos en respuesta.

—Yo sí que soy muy fan tuya, cariño —le aseguró—. Casi muero de emoción durante tu actuación, le he dicho a Helena que tiene que venir

conmigo de nuevo a verte.

—De hecho, se lo ha dicho a todo aquel o aquella que se ha encontrado delante —aclaró Usher, mirándola de soslayo con cierta picardía.

—No podía tener mejor relaciones públicas —se rio su hermana—. Y tú, *bombón*, ¿cuándo piensas arrastrar a mi hermanita al altar?

—No corras tanto, todavía se están conociendo —añadió Gladis, abrazándola a su vez—. Has hecho lo que debías, hija, quizá ella ahora no se dé cuenta y no lo valore, pero recordará este día.

—Y yo también, tía —aseguró devolviéndole el abrazo—, yo también recordaré que hoy, por fin, he elegido mi propio camino.

Su mirada se cruzó con la de su demonio, quién la miraba cómo si no hubiese nadie más alrededor.

—Siempre a tu lado, amor mío —le dijo, sin importarle quién estuviese delante, arrancándola de los brazos de su tía para atraerla a los suyos—. Y estoy dispuesto a casarme contigo si tú lo estás.

Ella se rio al escuchar su propio juego de palabras.

—¿Esa es una petición de matrimonio formal, señor Kerrigan?

—Tan formal cómo puede hacerla un demonio, amor mío.

—Entonces mi respuesta es sí, Usher. Para siempre y eternamente, sí.

—¡Parece que tenemos otra boda en ciernes! —estalló su hermana en una alegre carcajada—. Gladis, ve preparando la pamera que nos vamos de bodorrio.

Gwenevere no pudo hacer otra cosa que estallar en risas, antes de rodear el cuello del hombre que amaba con los brazos y entregarse completamente a su caliente y demoníaca boca.

FIN

[1] El Craps, también llamado pase inglés, es un juego de azar que consiste en realizar distintas apuestas al resultado que se obtendrá al lanzar dos dados en el tiro siguiente o en toda una ronda

[2] Juego de cartas francesas común en los casinos, semejante al *blackjack*.

[3] Juego de cartas, propio de los casinos con una o más barajas inglesas de 52 cartas sin los comodines, que consiste en sumar un valor lo más próximo a 21, pero sin pasarse.

[4]. ***Canción “Le pido al cielo” de Luis Fonsi.***